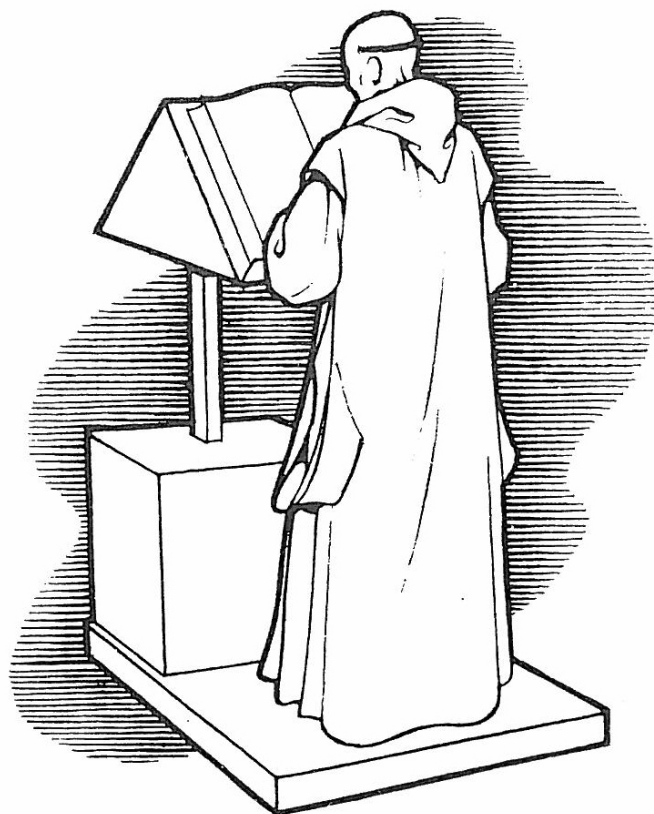


LECTURAS MONÁSTICAS

para las celebraciones
de todos los santos y beatos
de la tradición monástica

tomadas de distintos
leccionarios monásticos
y otras fuentes



Tomo II
Julio — Diciembre

Siglas utilizadas en este leccionario

OSB: Orden de San Benito

OCIST: Orden Cisterciense

OCSO: Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia

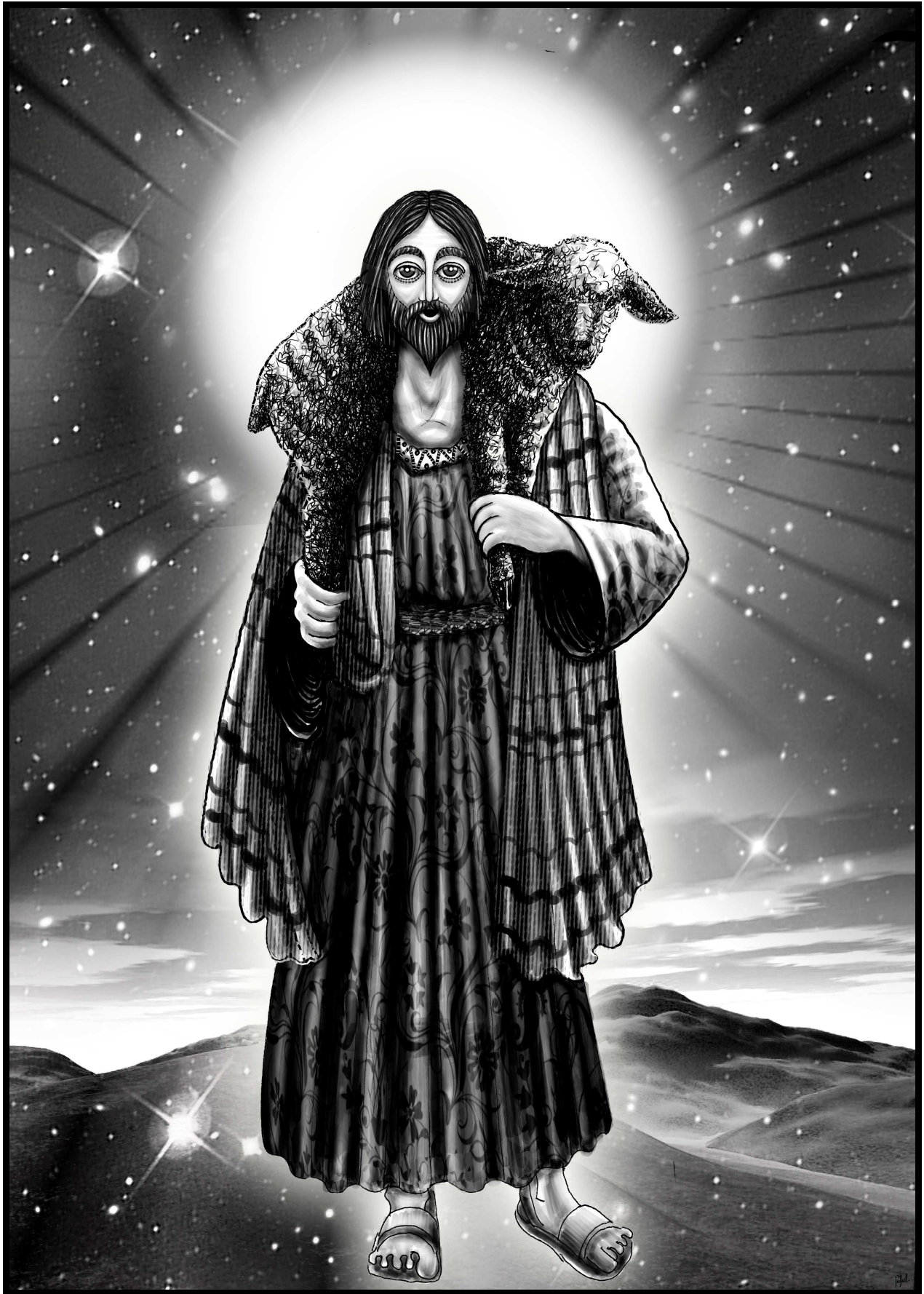
OCART: Orden de la Cartuja

OSPPE: Orden de San Pablo Primer Eremita

ECMC: Eremitas Camalulenses de Monte Corona

Nota previa: Este leccionario proporciona lecturas para las celebraciones de los santos y beatos de las distintas Órdenes Monásticas masculinas con casa en España. Estas lecturas se pueden utilizar en el oficio de lectura (Maitines / Vigilias), en el refectorio, o bien, en la lectura capitular. Han sido tomadas de diversos leccionarios monásticos, de órdenes religiosas y de los propios de algunas diócesis. Se puede ver la bibliografía utilizada al final del libro. Las ilustraciones son obra de Rafael Forés.

Esta edición es únicamente para **uso privado**, y no tiene ningún reconocimiento oficial por parte de las autoridades religiosas competentes en la materia. Sin valor comercial alguno. Ha sido terminada en el mes de febrero del año del Señor 2021, por Juan Carlos Escribano López (jc.escribano@gmail.com).



PROPIO DE LOS SANTOS

JULIO

1 de julio

San Fagildo de Antealtares, abad
Monasterio de Samos: memoria

El abad Fagildo es uno de los monjes más famosos de la Edad Media compostelana. Fue el promotor, junto con el obispo Diego Peláez, de la Concordia de Antealtares (1077), un documento donde se narra por primera vez el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago y se establecen los acuerdos que permitieron la construcción de la catedral románica. Falleció en el año 1084 y está enterrado, según la tradición, en el actual convento de San Paio de Antealtares.

San Pedro Damián. La autoridad en el monasterio
De Perfectione Monachorum. Cap.15 y 16 y final del cap. 24
PL 145, col. 313 y ss., 328

Que tu vida no discrepe de tu lengua

Ante todo, oh venerable abad haz tú mismo lo que mandas, ejercita lo que predicas, cumple lo que ordenas. Que tu vida no discrepe de tu lengua, que no parezcan tus obras opuestas a tu doctrina, y que no enseñe una cosa la autoridad del que preside y manifiesten otra las obras de la vida.

Sal pocas veces a distancia a fin de que la semilla de la palabra que has esparcido, puedas fomentarla continuamente mediante el riego. No aparezcas como huésped en el monasterio, al estar tanto fuera, sino que la prolongada y seria permanencia te señale como morador y casero.

Que la parquedad en el comer recomiende al que predica el ayuno, y que la garganta del comedor no haga frente a los dichos del orador, ya que mejor demuestra la sobriedad la mano llevada a la boca suavemente, que la lengua del que habla comiendo. Una predicación asaz viva y eficaz para las mentes de los discípulos es aquella que encamina la boca ajena hacia la mesa, cuando quien encauza se mantiene en el rigor del ayuno.

Levanta la vara contra los delincuentes de tal modo que reprimas en ti mismo con rígida disciplina los movimientos de la ira. Mientras tanto, cuando amenaces, cuando atemorices al culpable con motivos de terror, vuelve los ojos hacia ti mismo; ten en cuenta la medida de la fragilidad humano y piensa finamente que tú

mismo podías ser corregido si estuviese presente un censor; no te extrañe que algún súbdito desobedezca tal vez todos tus mandatos, cuando es tan grande la fragilidad humana que los mismos miembros de tu cuerpo no pueden en absoluto obedecerte en todo.

Y para que lo que vamos diciendo sea más evidente, manda a tus ojos que no se cansen, a tu corazón que no admita las fantasías del cerebro y a tus miembros genitales que no sientan los efectos de los incentivos de la lujuria. Ordena a la gula que sea sobria, para que no tenga prurito de alimentos exquisitos y, en una palabra, a tu cuerpo que no sufra por las enfermedades que le sobrevengan, Y cuando hayas comprobado claramente que tienes que dar razón de estas cosas, pero que no puedes en manera alguna conseguirlo, qué tiene de particular que no alcances la obediencia completa de aquellos que están separados de ti por su personalidad y sus costumbres. A la verdad, si consideras en ti mismo estas cosas con diligente meditación, sobrellevarías de modo ecuánime el exceso de las deficiencias de tus hermanos.

Si por casualidad aumentase la hacienda o hubiese una buena cosecha, con lo cual se enriqueciese la Casa de Dios, no lo atribuyas a tus méritos o esfuerzo sino a favor de Dios. Recuerda, pues, los tiempos en que eras un particular y que entonces no te sucedían tales cosas. Un mayordomo, cuanto más feliz puede parecer por la mayor cuantía de lo que se le encomienda, tanto más desgraciado es al llegar la hora de la cuenta, y tanto más debe más cosas al rendir cuentas, cuanto más se jacte al recibir encomiendas mayores.

Desde luego, hay que temer mucho lo que se dice, “que el abad ha de dar cuenta de todos las almas que se le han encomendado, incluida la suya”. Consideremos, pues, cuánto conviene que al presente esté muy atemorizado quien en el juicio final se presentará a ser juzgado ya fatigado de pedir cuentas ajenas; pero, como a un doctor le corresponde más enseñar que aprender, basta con estas pequeñas advertencias a aquel que, destinado a emitir su propio juicio tal vez sienta molestia en oír cosas ajenas.

En cuanto al prior del monasterio, ejercerá bien su oficio si no discrepa de la voluntad de su abad, si confirma los ánimos de todos los hermanos en cuanto de él dependa en el sincero amor a dicho abad, pues, así como el abad en todo cuanto hace debe incitar a sus hijos al amor de Cristo, del mismo modo, el prior, a fin

de que no se produzca alguna envidia, lo cual Dios no quiera, procure que todos los hermanos a una amen al abad. Que uno y otro se salgan al paso con un solo espíritu, y a. ser posible, críen para Dios tal prole que inscrita en el registro de la herencia celestial, no tenga descendencia.

Como rector, pues, el abad ame y anime a los hermanos cual hijos, para que él también sea considerado como Padre por los hijos. Ame a todos, a fin de que todos le amen, y así, el Pastor y las ovejas, el jefe y el escuadrón de soldados formen una confederación con un solo espíritu en la práctica de las virtudes, y así la caridad, que es. Dios, reine sobre ellos con unidad indisoluble.

O bien:

San Ildefonso de Toledo. La felicidad del santo desierto
“De la marcha por el desierto, por donde se camina
después del Bautismo”. Cap. 72. BAC 320

Todo el que ama lo eterno corre con avidez hacia él

Oh yermo bienaventurado, adonde no se llega con movimiento de pies, sino con los deseos del corazón, No se busca allá la ambición terrena sino la reflexión interior; el alma que allá se encamina no se cansa, porque el viaje no se cubrió con ajeteo agotador de piernas. No se inquiere allí cuándo se logrará el descanso, sino cuándo se llegará a la perfección que lo merezca. Y como el premio es allí lo que en algo se estima, ningún trabajo, por arduo que parezca, se regatea para conseguirlo.

Allí no hay olvido del futuro aunque sean duras las apreturas del presente; allí ya se gusta algo de la recompensa cuando la perseverancia se mantiene inquebrantable con el peso del padecer; a la cual no fecundan las aguas de los placeres, sino el calor de la caridad; cuyo verdor se alimenta no de voluptuosa savia, sino de los fervientes esfuerzos de la santa vigilancia; cuya persistencia se mantiene no por las interrupciones del ocio, sino por una continua aplicación.

Allí el aromoso olor de las buenas acciones no se desvanece por ningún ataque del siglo; donde su hermosa presencia no la estorba el obstáculo de la pereza; allí el santo trabajo no causa fastidio a la constancia en las obras; allí toda santa acción es gozo, y la ociosidad execrable y nula. No es tan ardua que llegue a espantar.

Por eso, inocente como es, ignora con gusto la libertad por estar en medio de los pecados. Es grata a la vez que estrecha; grata, por los deseos del premio; estrecha, por la prohibición de los pecados.

Todo el que ama lo eterno corre con avidez hacia él. Todo el que está pegado a lo temporal, no se atreverá, atado como está, a emprender esta felicidad. Allí aprecia la certidumbre de la salvación en medio de adversidades, pero enerva el tranquilo bienestar del ocio. Allí el amor es fuerte como la muerte, porque aquel a quien inspiró el amor de Dios lo tiene muerto la actividad del mundo.

Allí todo viajero, herido por la caridad, corre, y es impulsado vivamente por el aguijón del amor al premio de su herida. Establecida en el seno de la tierra, se deleita con el esfuerzo del cielo. Desarrollada en el tiempo mortal, posee un amor mortal; y en cuanto se entrega de verdad a la mortificación del cuerpo, por eso tiende libremente a la gloria de la inmortalidad.

Ella está abierta a los pasos de las almas santas. Todo futuro ciudadano de la patria feliz echa a andar hacia ella con la continencia, la anhela con los años, avanza con el tiempo, la gestiona con las obras, la ansia con la intención, la abraza con el amor.

Tan eficaz es, que quien hubiere ingresado por el camino de esta religión se entrega a la inocencia arde en caridad y anhela la manifestación de la gloria de Dios para ser saciado perennemente con ella; porque todo viajero que camina por ella, cuanto más sabio y adherido estuviere a su orden propio, tanto más seguro estará de la esperanza del premio; y cuanto más ferviente en obrar el bien, tanto más confiado estará de percibir el premio.



8 de julio
Beato Eugenio III, papa
OCIST y OCSO: memoria

Bernardo Paganelli nació en Pisa y el año 1115 entró en la camáldula de San Zenón, de donde fue elegido prior en 1128. Desde 1135 hasta 1137 ejerció el cargo de vicegobernador de la ciudad de Pisa, pero al cabo de poco, movido por las exhortaciones de nuestro padre san Bernardo, ingresó en Claraval. El año 1141 el mismo san Bernardo lo envió a Roma como abad del monasterio de los Santos Vicente y Anastasia (Tre Fontane). Elegido sumo pontífice el día 15 de febrero de 1145 con el nombre de Eugenio III aceptó el gobierno de la Iglesia en tiempos difíciles. Promovió la II Cruzada y recibió de san Bernardo el famoso tratado “De consideratione”. Fue también el primer papa de la orden cisterciense. Murió el día 8 de julio de 1153 en Tívoli.

*De la Carta al Capítulo General de Císter del año 1151,
del beato Eugenio III, papa
PL, 182, col. 476*

Eugenio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a los amados hijos Goswino, abad de Císter, y a todos los abades congregados en el nombre del Señor, en Císter, salud y bendición apostólica.

... Pedimos que vuestra caridad sea tan solícita en las cosas de Dios, de la observancia de la Orden, de la guarda de la disciplina, que despreciando lo que queda atrás, corráis de tal modo hacia adelante que no aparezca mancha alguna en vuestras obras capaz de impedir que vuestras oraciones lleguen a Dios.

Cuantas veces os reunís, amadísimos hijos, tened la común preocupación de corregir lo que tenga necesidad de corrección y establecer lo más provechoso a la salud de las almas y también de la Orden; porque *quien desprecia lo pequeño, poco a poco se precipitará (Eccló 19,1)*. Ni aun lo que parezca de poca importancia dejéis de corregir, pues inútilmente cierra las puertas de la ciudad quien deja abierta una brecha al enemigo por donde pueda entrar, diciendo la Escritura: *Lo mismo hace una grieta de la que no se hace caso, que el fuerte vendaval, y evitaste la mole grande; atiende, no te aplaste la arena.*

Poned vuestra atención en los primeros padres, que fundaron nuestra sagrada orden, y considerad cómo, abandonando el mun-

do y despreciando todas las cosas, dejando a los muertos enterrar a los muertos (*cf. Lc 9,60*), volaron a la soledad, donde, dejando a otros los muchos cuidados del ministerio, ellos se sentaron con María a los pies de Jesús, para recibir tanto más ricamente el maná celeste cuanto más lejos se retiraron de Egipto.

Salieron, en verdad, de su tierra y de su parentela (*cf. Gen 12,1*); se olvidaron de su pueblo y de la casa de su padre; prendado el Rey de su hermosura, les hizo crecer en un gran pueblo y hasta el extremo de la tierra extendieron sus ramas; mas de tal modo, que su esplendor iluminó todo el cuerpo de su Iglesia... Recibieron las primicias del Espíritu; el óleo de su piedad fluyó hasta nosotros.

Así, pues, habéis de considerar con máxima atención y obrar de tal modo que no degeneréis de sus virtudes, sino como fuisteis en el retoño, seáis también en el tronco. Y pues habéis recibido de ellos la semilla de vida, también con ellos creced y producid frutos. Daos cuenta cómo desean recibir de vuestro aceite aquéllos a quienes se les apagan las lámparas, y muchos, movidos por la divina gracia, desean entregarse a vuestro género de vida y encomendarse a vuestras oraciones.

Los hijos de este mundo, aun en contra de vuestra voluntad, se esfuerzan en arrastraros a su género de vida y os quieren hacer volver de la paz de la contemplación y de la soledad del desierto a las preocupaciones y los negocios. Poned en el centro de vuestro corazón las instituciones de vuestros padres y, poseyendo su espíritu profético, elegid más bien ser despreciados en la casa de Dios que habitar en las tiendas de los pecadores.

O bien:

*De las cartas de san Bernardo, abad de Claraval
Epístola 238: BAC n° 505, pp. 749-751*

El hijo se ha transformado en padre y el padre en hijo

Ha llegado hasta nosotros, y se difunde con :incesantes encomios, lo que el Señor ha hecho de vos. Me he contenido hasta ahora sin escribir, y he meditado en silencio el suceso. Esperaba, en verdad, vuestra carta y que os adelantarais con expresiones de afecto. Esperaba que llegase un hombre fiel, un mensajero vuestro que me explicara todo, punto por punto: qué ocurrió, cómo y de qué manera. Esperaba que viniera quizá alguno de mis hijos y aliviara mi

dolor de padre diciéndome: Tu hijo José está vivo y reina en todo Egipto.

Por ello esta carta no es fruto de la voluntad, sino de la necesidad, y me la han arrancado los ruegos de los amigos, a quienes no puedo rehusar la poca vida que me queda. Pero ya que he comenzado, voy a hablar a mi señor. Y no me atrevo a llamaros ya hijo, porque el hijo se ha transformado en padre y el padre en hijo. El que vino después de mí está delante de mí. Mas no lo envidio, porque lo que me faltaba a mí espero tenerlo en él, ya que no sólo ha venido después de mí, sino por mí.

Si me lo permites, he sido yo, en cierto modo, quien te engendré con el Evangelio. Al fin y al cabo, ¿quién será nuestra esperanza, nuestra alegría y nuestra honrosa corona? ¿No sois vosotros ante Dios? En realidad, el hijo sabio es orgullo de su padre. Pero en adelante ya no te llamarán hijo, sino que te pondrán un nombre nuevo pronunciado por la boca del Señor. Ha sido una transformación de la diestra del Señor, y muchos se alegrarán por ello. Lo mismo que antiguamente a Abrán se le llamó Abrahán, y a Jacob Israel; y para referirme más en particular a tus predecesores, así como Simón se convirtió en Cefas y Saulo en Pablo, del mismo modo mi hijo Bernardo se ha transformado en mi padre Eugenio, gradas a un cambio venturoso y muy útil, según esperamos.

Es la mano de Dios, que levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria.

Lo importante es que con este cambio tuyo también cambie a mejor la esposa de tu Señor, que se te ha confiado, y en adelante no se le llame Sarai, sino Sara. Reflexiona sobre esto que te digo, que el Señor te lo hará comprender. Si eres amigo del Esposo, no llames a su amada mi princesa, sino la princesa, porque no tienes ningún derecho sobre ella. Lo único que debes hacer en su favor es dar la vida, si fuera necesario. Si te envió Cristo, estarás convencido de que no vienes a ser servido, sino a servir: no sólo a darle todos tus bienes, sino sobre todo tu propia vida, como ya te he dicho.

El mismo día, 8 de julio
San Famiano, eremita
Monasterio de Samos: memoria

En el monasterio de Oseira se celebra el día 8 de agosto
con la categoría litúrgica de fiesta
San Famiano de Oseira, monje y peregrino

En la OCIST se celebra el día 9 de agosto como memoria libre

Nació en Colonia, en el seno de una familia acomodada. A los dieciocho años recibió las órdenes menores, usando desde entonces una vestimenta adecuada al estado clerical, destacando una cruz que llevaba siempre pendiente del pecho. Inclinado a la piedad, empezó a disgustarle la mundanidad de las comodidades y agasajos por ello marchó en peregrinación a Roma y todos los santuarios de Italia, y a Compostela, donde llegó en 1115. Permaneció en Galicia varios años, recibiendo la formación espiritual de parte de un santo monje. Peregrinó a Tierra Santa, deteniéndose allí algún tiempo, para luego volver a Galicia. Vivió como ermitaño en San Plácido a las orillas del Miño. Ingresó en los benedictinos de Oseira, que adoptarían los estatutos de Cister. El abad le mandó a una pequeña fundación que llevó a cabo en San Lorenzo de Melias, donde parece que vivió algunos años. Marchó de nuevo en peregrinación a Roma, donde tuvo la inspiración de dirigirse a Galesse, ciudad toscana, en el ducado de Florencia. Aquí murió a los sesenta años de edad. En torno a su sepulcro se produjeron muchos milagros y su fama de santidad se extendió rápidamente. Fue el primer cisterciense canonizado.

***Lectura tomada de “Medula Histórica Cisterciense”
de fray Roberto Muñiz, ocist.***

Vol. 3, Valladolid, 1784, vid. pp. 193-205 y 308-318

Nació en Colonia, Alemania, en 1090, de padres nobles y ricos. Su nombre de pila fue Guard. Desde niño fue piadoso, inteligente y muy caritativo. Antes de los dieciocho años tomó la sotana clerical y su vida se convirtió en una continua penitencia y mortificación. Ayunaba siempre, se disciplinaba y tenía larga oración. Teniendo gran deseo de perfeccionar su vida, emprendió una peregrinación en total pobreza a Roma. Veneró los santos sepulcros de los apóst-

toles Pedro y Pablo, pasó a Loreto y de allí se encaminó a Santiago de Compostela. Allí vivió tres años formándose en la vida espiritual, templando su carácter y sus fervores, en aras de hacerlos perfectos. Peregrinó también a Tierra Santa, donde tuvo varias visiones y consuelos del Señor, cuya Pasión era el punto de meditación preferido de nuestro santo.

Volviendo a España, pasó por Lemos, cuyo camino le llevó a una montaña llamada Bacal, entre los ríos Miño, y Sil. Aquel lugar le pareció perfecto para comenzar a ser ermitaño, como sentía era su vocación. Había en aquel paraje tres ermitas muy devotas que pertenecían a la administración del monasterio de Pombeyro. El santo pidió al abad poder cuidar de ellas entre que hacía su penitencia y trabajo. El abad consintió, viendo sus buenas disposiciones y así Guard, como aún se llamaba, empezó a hacer vida eremítica en aquella montaña. Allí oró, trabajó, leyó y se santificó el santo ermitaño mientras cuidaba de los santuarios, durante veinticinco años.

Al cabo de todos esos años supo el santo de la vida ejemplar de los monjes del famoso monasterio cisterciense de Osera, quiso conocerles y al ver el género de vida que llevaban, pidió el hábito del Císter. El abad, que sabía quién era aquel eremita famoso por su santidad le admitió presto en la recién fundada Orden. Le envió el abad a hacer el noviciado al monasterio de San Lorenzo, también en Osera para que con su vida penitente diera ejemplo a los jóvenes monjes que a raudales entraban al recinto. Allí pronto se convirtió en el mejor ejemplo de la religión cisterciense, por lo cual los superiores le mandaron se ordenara sacerdote. Cinco años vivió en el monasterio cuando otra vez tuvo la revelación de que debía peregrinar a Roma. Allí volvió a venerar las santas reliquias, y terminadas sus devociones, emprendió el regreso a España. Pero he aquí que estando de vuelta, tuvo la revelación de que Dios le quería en la ciudad de Galesio, donde terminaría sus días.

Obedeció el santo y allí se encaminó. Poco antes de llegar a esta ciudad se sintió terriblemente sediento y no hallando fuente alguna por allí, dio un golpe a una peña con su báculo y al punto brotó un raudal copioso de agua. Entró el santo a la ciudad, donde fue acogido por un señor llamado Ascar, quien le trató con veneración. Visitó Famiano las iglesias de Galesio, y al cabo de verlas todas, se sintió morir. Hizo llamar a un párroco, con quien se confesó y a quien reveló quien era y que su muerte ocurriría pronto.

Además, señaló el sitio donde debía ser sepultado, y el párroco le dijo que no era sitio conveniente, pues ni era terreno sagrado y, además, pasaba por allí una acequia. El santo replicó que era voluntad divina, a lo cual el sacerdote no protestó más.

Llegado el día señalado, Famiano hizo su último portento: sanar del mal de riñones a su anfitrión Ascar. Se confesó y comulgó y expiró, el 8 de agosto de 1150, teniendo setenta años de edad. El pueblo veneró su cuerpo durante días, celebrándose estupendos funerales. Fue sepultado donde había dicho el santo, pues por milagro la acequia se había secado.

Fue canonizado por el papa Adriano IV en 1154, nombrándole patrono de Galesio. Es el primer santo canonizado de la Orden del Císter, antes incluso que san Bernardo, quien había muerto el año antes.

O bien:

*De las cartas de san Pedro Damiano, obispo
Liber VIII, 6: PL 144, col. 473-476*

Aguarda con alegría el gozo después de la tristeza

Me rogaste, carísimo, que te enviase una carta con palabras de consuelo y que endulzara con suaves recomendaciones la amargura de tu alma en medio de las pruebas que sufres. Pero si no se ha dormido el raciocinio de tu prudencia, tienes el consuelo a tu alcance, ya que te lo pueden dar las mismas palabras que conducen a la heredad de los hijos de Dios. En efecto ¿Qué puede ser más claro que lo que dice la Escritura?: *Hijo mío, cuando te acerques al temor de Dios, preparándote para las pruebas mantén el corazón firme, sé valiente.*

Donde hay temor y justicia, cualquier adversidad no es considerada una tortura de esclavo, sino una corrección paterna. Por eso el bienaventurado Job al ser golpeado por los azotes dijo: *Que Dios se digne triturarme y cortar de un tirón la trama de mi vida* y añadió enseguida: *sería un consuelo para mí, torturado sin piedad saltaría de gozo.*

Y es que para los elegidos de Dios el mismo azote divino es un gran consuelo, ya que a cambio de los breves castigos que soportan, se fortalecen con la felicidad sobrenatural. Por eso el martillo

golpea el oro, para que el artesano saque la escoria, y el obrero usa la lima para que brille con más esplendor el metal centelleante.

El horno prueba la vasija del alfarero, el hombre se prueba en su razonar. De ahí que Santiago diga: *Que el colmo de vuestra dicha sea pasar por toda clase de pruebas.* Debemos alegrarnos de las pruebas con las que se nos inflige una pena temporal por los pecados; así conservaremos para el cielo los premios de las buenas obras que hayamos practicado.

Por eso, amadísimo y dulcísimo hermano, cuando haces penitencia y te castigas con las asperezas de la disciplina celestial, que no te oprima la desesperación ni se te escape una queja murmuradora, no te hundas en un triste abatimiento ni te impacientes por pusilanimidad, antes bien no desaparezca jamás de tu semblante la serenidad, ni de tu pensamiento la alegría, ni la acción de gracias de tu boca.

Hay que alabar la providencia divina, que fustiga a los suyos en el tiempo para evitarles los castigos eternos, los oprime para ensalzarlos, los hiere para curarlos, los derriba para levantarlos. Con éstos y con otros testimonios de la Sagrada Escritura, amadísimo, fortalece tu alma con la paciencia y aguarda con alegría el gozo después de la tristeza.

Que la esperanza te conduzca hacia este gozo, que la caridad avive tu fervor, para que tu pensamiento, sobriamente ebrio, olvide los sufrimientos externos y tienda hacia aquello que contempla interiormente.



11 de julio
San Benito de Nursia, abad. Patrono de Europa
—Patriarca de los monjes de Occidente—
fiesta

Nuestro Padre san Benito, abad
OSB, OCIST, OCSO, ECMC: solemnidad

Ya en el siglo VIII se celebraba el día 11 de julio en el monasterio de Fleury la fiesta de la Traslación de las Reliquias de san Benito, efectuada el año 673. Más adelante se extendió a los monasterios benedictinos como segunda solemnidad del santo. Con la reforma del calendario litúrgico después del Concilio Vaticano II, este día se ha convertido en la principal celebración de san Benito para toda la Iglesia. La proclamación del santo Patriarca de los monjes como patrono de Europa, hecha el año 1964 por el papa Pablo VI, ha añadido importancia a este día.

De los sermones del beato Guerrico, abad
Sermón 25 en la fiesta de San Benito, IV.
Col. Padres Cistercienses n. 10,
Monasterio de Azul, Argentina 1983, pp. 259 y ss.

Lo santificó por medio de su fe y mansedumbre

Estas palabras, referidas a Moisés, se aplican hoy —con gran acierto a mi modo de ver— al bienaventurado patriarca Benito, el cual, hallándose lleno del espíritu de todos los santos, con mucha mayor razón hemos de creer que estuvo dotado del espíritu de Moisés. Si el Señor tomó del espíritu de Moisés y lo infundió en aquella multitud de ancianos llamados a compartir su ministerio en calidad de ayudantes, cuánto más lo infundió en éste, que desempeñó en plenitud la totalidad del ritual.

Aquél fue libertador de los cautivos de Egipto, éste lo es de los que renuncian al mundo. El primero fue legislador, también lo fue el segundo; aquél fue solamente ministro de la letra que mata, éste, del espíritu que vivifica. Moisés, *a causa de la dureza de corazón* de los judíos les impuso prescripciones desprovistas de bondad, exceptuando algunos preceptos morales; Benito estableció una disciplina sencilla, penetrada toda ella de la pureza del Evangelio; el primero escribió muchas cosas difíciles de entender, im-

posibles de hacer o al menos inútiles; el segundo nos dejó escrita una Regla, rectísima norma de vida, de lenguaje claro, notable por su discreción. Finalmente, aquel jefe de los hijos de Israel, a quienes sacó de Egipto, no logró introducirlos en la tierra prometida; nuestro jefe, abanderado de los ejércitos monásticos, nos precede hoy, por un camino recto —el camino del oriente— en nuestro andar hacia el reino de los cielos.

No es un desvarío creer que igualó en mérito a aquél a quien superó en el ejercicio de sus funciones; de aquí que se le puedan aplicar con toda propiedad las palabras dichas acerca de Moisés: el Señor lo santificó por medio de su fe y su mansedumbre, por cuanto en estas dos virtudes —fe y mansedumbre— se mostró maestro consumado, él, que no vivió de distinta manera de lo que enseñó.

Porque ¿dónde poder encontrar una fe más firme que la suya cuando en plena niñez, burlándose del mundo que le sonreía, pisoteó con desprecio tanto la gloria del mundo como sus atractivos personales, prefiriendo padecer por Dios males en este mundo antes que verse colmado de bienes temporales?

¿Qué cosa más santa que la mansedumbre de nuestro padre, al cual no fue capaz de irritar la malicia de los falsos hermanos, cuando armaron asechanzas a su vida al presentarle veneno mezclado con vino? De Moisés dice la Escritura que *fue el hombre más manso que hubo en la tierra*; sin embargo, ¿niega que su espíritu se haya irritado alguna vez?; ¿no recuerda que se irritó, y se irritó mucho contra sus rivales? En cambio la mansedumbre de este maestro nuestro es algo admirable, y no recuerdo que se haya irritado nunca.

Por medio de la fe y la mansedumbre vosotros podéis ser también santos, y la mansedumbre no se hará sospechosa si está precedida de la fe, con tal de que ésta sea verdadera, no fingida, fe no muerta, sino viva y vivida... Con todo, la fe, que *es el fundamento de las cosas que se esperan*, presente como ya presentes los bienes futuros y los hace, por así decir, existir en el corazón del creyente.

La fe es el fundamento de las cosas que se esperan y una prueba de las cosas que no se ven. Esta es aquella fe que obra por el amor; que, consciente de los propios méritos, da origen a la esperanza, a la vez que es causa y fundamento sobre el cual estriban los bienes eternos que nos esperan. *Sin esta fe es imposible agrar-*

dar a Dios, y con ella es imposible desagradarle. Tus ojos, Señor, están puestos en la fe, dijo quien estaba continuamente en tu presencia por la fe. Que tus ojos, Señor, se fijen en mi fe, en justa reciprocidad, puesto que mis ojos están puestos siempre en el Señor, que me dice lleno de confianza: “Tú sabes lo que es la fe”.

O bien:

San Benito de Nursia, Regla de los monjes

Prol. 4-22; cap 72, 1-12: CSEL 75, 2-5.162-163

No antepongáis nada absolutamente a Cristo

Cuando emprendas alguna obra buena, lo primero que has de hacer es pedir constantemente a Dios que sea él quien la lleve a término, y así nunca lo contristaremos con nuestras malas acciones, a él, que se ha dignado contarnos en el número de sus hijos, ya que en todo tiempo debemos someternos a él en el uso de los bienes que pone a nuestra disposición, no sea que algún día, como un padre que se enfada con sus hijos, nos desherede, o, como un amo temible, irritado por nuestra maldad, nos entregue al castigo eterno, como a servidores perversos que han rehusado seguirlo a la gloria.

Por lo tanto, despertémonos ya de una vez, obedientes a la llamada que nos hace la Escritura: Ya es hora de despertarnos del sueño. Y, abiertos nuestros ojos a la luz divina, escuchemos bien atentos la advertencia que nos hace cada día la voz de Dios: Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón; y también: Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

¿Y qué es lo que dice? Venid, hijos, escuchadme: os instruiré en el temor del Señor. Caminad mientras tenéis luz, antes que os sorprendan las tinieblas de la muerte.

Y el Señor, buscando entre la multitud de los hombres a uno que realmente quisiera ser operario suyo, dirige a todos esta invitación: ¿Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad? Y si tú, al oír esta invitación, respondes: “Yo”, entonces Dios te dice: “Si amas la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad; apártate del mal, obra el bien, busca la paz y corre tras ella. Si así lo hacéis, mis ojos estarán sobre vosotros y mis oídos atentos a vuestras plegarias; y, antes de que me invoquéis, os diré: Aquí estoy”.

¿Qué hay para nosotros más dulce, hermanos muy amados, que esta voz del Señor que nos invita? Ved cómo el Señor, con su amor paternal, nos muestra el camino de la vida.

Ceñida, pues, nuestra cintura con la fe y la práctica de las buenas obras, avancemos por sus caminos, tomando por guía el Evangelio, para que alcancemos a ver a aquel que nos ha llamado a su reino. Porque, si queremos tener nuestra morada en las estancias de su reino, hemos de tener presente que para llegar allí hemos de caminar aprisa por el camino de las buenas obras.

Así como hay un celo malo, lleno de amargura, que separa de Dios y lleva al infierno, así también hay un celo bueno, que separa de los vicios y lleva a Dios y a la vida eterna. Este es el celo que han de practicar con ferviente amor los monjes, esto es: estimando a los demás más quea uno mismo; soporten con una paciencia sin límites sus debilidades, tanto corporales como espirituales; pongan todo su empeño en obedecerse los unos a los otros; procuren todos el bien de los demás, antes que el suyo propio; pongan en práctica un sincero amor fraterno; vivan siempre en el temor y amor de Dios; amen a su abad con una caridad sincera y humilde; no antepongan nada absolutamente a Cristo, el cual nos lleve a todos juntos a la vida eterna.

O bien:

Estatutos monásticos de Ludovico Blosio

Ch. 32. Ed. Praglia 1929, "Scripta monastica" n°10, pp. 130 y ss.

Carísimos hijos, a vosotros que recibisteis el hábito monástico, como signo de la santidad de vuestra vida, a vosotros que os sometisteis al suave yugo del Señor, os exhorto, os advierto, os suplico en las entrañas de Jesucristo, a que recordéis vuestra vocación, huyáis de toda falta y despreciéis todo lo que es falsedad. Fijaos en el universo; ved cómo crece y decrece; en él nada es estable. Como el polvo levantado por el viento, él se desvanece, tanto él como los deseos que él suscita. Considerad que la vida presente es como un vapor fugaz; toda carne es como el heno, su brillo como la flor del heno, que pronto se marchita y se pudre. Pensad en esto, volved vuestros espíritus a las realidades de lo alto; abandonad las que son caducas; apresuraos hacia lo que es eterno.

Hijos míos, daos cuenta de vuestra dicha. Sí; Dios os eligió como heredad suya; os sacó de los peligros y de múltiples engaños del

mundo; os tomó de un mar encrespado, para llevaros a un puerto resguardado, a un santo monasterio, donde permanezcáis en su presencia día y noche como corderos sin mancha, dispuestos a gozar de su vista tan deseable. Ciertamente no trató a todos de esa manera, no mostró a todos esa benevolencia. Estad, pues, agradecidos a tan amable Señor; servid con corazón perfecto a este esposo tan delicado. Acordaos de los santos y santas de Dios que os precedieron desde hace mucho tiempo en la vida monástica; recordad cómo despreciaron todas las vanidades del mundo y sirvieron a Dios con pureza e integridad bajo la disciplina regular.

Os lo suplico, queridos hijos, amigos de Dios, coherederos de Cristo, que habéis sido regenerados en la novedad de una vida espiritual, que elegisteis la mejor parte, corred incansablemente tras las huellas del Cordero inmaculado: amad a Cristo sin vacilaciones. Él es la dulzura de vuestras almas, el consuelo en la peregrinación de vuestra vida. Él es quien da gusto a todos vuestros trabajos. Retenedle firmemente en un corazón indiviso; aspirad a él día y noche; buscadle activamente en los libros, en la iglesia, en el claustro, en el refectorio, en el jardín, en la celda, en el lecho, dondequiera que os encontréis, antes de que las sombras se alarguen y que descienda el día, antes de que esta miserable vida llegue a su fin y comience la eternidad. Haced de vuestro monasterio un agradable sepulcro en que reposaréis un poco, hasta el día de la resurrección en el que apareceréis con Cristo en la gloria. Sea para vosotros una cruz el dejar, aunque sea por poco tiempo, la tranquilidad del santo lugar, dejar los dulces abrazos de vuestro Esposo.

En la soledad del monasterio se posee a Jesús; en medio de la multitud del mundo, se pierde. Evitad, pues, el estrépito del mundo, rehusad las relaciones superfluas con los seculares, para pasar todo el tiempo de vuestra vida conversando con Jesús y María, su Madre, y para merecer ser admitidos un día a la gloria eterna, prometida a los que les son fieles. Poned vuestras delicias en el servicio de Dios, en las lecturas santas, las oraciones y las meditaciones. Regocijaos, alegraos, vosotros, elegidos como servidores del Rey eterno. Sed diligentes en el oficio divino; no os contentéis con celebrarlo por rutina, sino con celo y amor; las palabras del oficio divino, que fueron dictadas por el Espíritu Santo, pronunciadlas, cantadlas íntegramente, con respeto, con devoción, persuadidos de que nada carece de valor, tanto la sílaba más pequeña

como la nota más breve y la inclinación más sencilla, con tal que vuestro espíritu esté vigilante, vuestra intención sea recta y vuestro afecto puro.

Los que pueden unirse a Dios más libre e íntimamente, denle gracias al Señor, y no desprecien a los que no tienen la ocasión o la gracia de consagrar mucho tiempo a oraciones privadas o a la contemplación, pero quieren de veras aplicarse a la alabanza, a los rezos o a las lecturas comunes. Desead el aprovechamiento espiritual, evitad con cuidado todo lo que sentís que le es un estorbo. “Os exhorto, puesto que sois hijos de la luz, a huir las tendencias egoístas carnales, que luchan contra el alma”. Evitad el exceso de vino; absteneos de los amargos deleites de este mundo; seguid las santas observancias de nuestra orden, no como insensatos, sino como prudentes, que conocen que ésa es la voluntad de Dios. Observad íntegramente, en cuanto os sea posible, vuestras reglas y estatutos, que son muy ligeros y fáciles de guardar.

Tened horror al vicio de propiedad; no deis ocasión al demonio. Guardad la unidad en el Espíritu con el vínculo de la paz, tened entre vosotros sentimientos de afecto. Sin ellos el monasterio en que vivís, no puede ser la morada de los santos ángeles, sino sólo la de los espíritus malignos. Estad, pues, llenos de amor: cultivad la caridad como niños recién nacidos y sin malicia. No haya murmuración entre vosotros, ni odio, ni detracción, ni sospechas continuas, ni envidia: eso no, jamás. En la casa de Dios no debe verse reinar más que la paz y sus consecuencias. Soportad los defectos los unos a los otros, en cuanto dependa de vosotros; ayudaos mutuamente, compadeceos los unos de los otros, practicad la corrección fraterna.

Los jóvenes respeten y honren a los ancianos; por su parte, los ancianos amen a los jóvenes y, con su ejemplo y sus palabras, anímenlos a la observancia exacta de la orden. Cada cual esfuércese por mortificar la voluntad propia, y doblegarla con gozo espiritual al juicio de su superior; y cumpla, prontamente y sin contradicción, las órdenes recibidas. Huid de la hinchazón presuntuosa y arrogante, aborrecible a los ojos de Dios; huid de la vanagloria y de sus precipicios; buscad ser conocidos de sólo Dios e ignorados de los demás. Preferid obedecer a mandar; aprender más bien que enseñar; “es voluntad de Dios que viváis así en la santidad”. Vivid según esta norma, venced al mundo, al demonio, a la carne y a la misma naturaleza. Sed humildes, apacibles y respetuosos de la pa-

labra del Señor, de suerte que el Espíritu Santo repose en vosotros.

Si la vida monástica llega a pareceros gravosa, si sentís vuestro espíritu pesado y el corazón árido en el servicio de Dios, si os afligen tentaciones penosas o tribulaciones y angustias, no os perturbéis, no temáis exageradamente, sino sed fuertes; las penalidades y el desagrado de un momento pronto os conducirán a los gozos de la felicidad eterna. Un poco más y cesará toda tristeza; aún un poco, y seréis llevados al descanso y a la gloria eterna. Entonces os alegraréis con el pensamiento de los días en que conocisteis la desgracia y vuestros miembros se rejuvenecerán como reverdece la hierba. Entonces “el Señor os consolará, como la madre consuela a sus hijos, y en Jerusalén seréis consolados. Entonces estaréis radiantes, vuestro corazón se alegrará y se dilatará, al ver la hermosura de la ciudad santa; al contemplar cara a cara al Dios de los dioses en Sión; al poseer lo que nadie vio con sus ojos ni oyó con sus oídos, ni el corazón del hombre pudo imaginar”, todos esos bienes que se dignará conceder a todos nuestro Señor Jesucristo, que reina con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

O bien:

*De la carta apostólica “Pacis nuntius”,
de Su Santidad Pablo VI
AAS 56, 1964, pp. 965-966*

San Benito, patrono de Europa

Con mucha razón se alaba a san Benito como misionero de la paz formador de la unidad, maestro de la cultura, y principalmente como gran promotor de la vida cristiana y organizador de la vida monástica occidental.

Pues en tiempos en que el Imperio Romano se precipitaba a su ruina, desgastado por su envejecimiento, cuando algunas naciones de Europa andaban todavía envueltas en tinieblas, mientras otras gozaban de una situación más privilegiada y de los bienes espirituales, el santo con el ingente esfuerzo de su incansable virtud, logró que brillase una nueva aurora en el mismo continente.

Sirviéndose de la cruz, de las letras y del arado, y especialmente por sí mismo y por sus hijos atrajo a la civilización cristiana a los

pueblos que habitaban desde el mar Mediterráneo hasta las regiones escandinavas y desde Irlanda hasta las tierras de Polonia.

Por medio de la cruz, esto es, por la ley de Jesucristo reafirmó y aumentó las buenas costumbres en la vida privada y pública. Agrada también recordar que mediante la “Obra de Dios”, esto es, por su manera particular y asidua de rezar, enseñó que el culto divino era de suma importancia en la sociedad humana. De ese modo formó la mudad espiritual de Europa por la cual hizo que naciones diferentes por su lengua, por su raza y por su manera propia de ser se sintieran un único Pueblo de Dios.

Esta mudad con el decidido apoyo de los monjes, discípulos de la escuela de tan gran Padre, se convirtió en la nota distintiva de lo que llamamos Edad Media. Unidad que como dice san Agustín es el alma de toda la belleza, y que desgarrada más tarde por las vicisitudes de los tiempos, se esfuerzan por restituir nuevamente en nuestros días cuantos están dotados de buena voluntad.

Por las letras, esto es, por la cultura de la inteligencia, en cuanto este mismo venerable Patriarca, de quien tantos monasterios tomaron su nombre y su vitalidad, guardó y trasmitió a la posteridad mediante su inteligente cuidado los antiguos monumentos literarios y cultivó con sumo esmero la disciplina de la enseñanza, cuando las ciencias y las artes liberales se hallaban en medio de la oscuridad.

Finalmente con el arado, esto es, por medio de la agricultura y otros medios subsidiarios, cambió extensas y áridas regiones en campos feraces de fertilidad y en huertos agradables; de suerte que uniendo el trabajo manual a la oración según las palabras ora et labora, dio a conocer la excelencia del trabajo entre los hombres.

No sin razón Pío XII llamó a san Benito “Padre de Europa.” A la verdad, de ese modo inspiró a los pueblos de este continente el amor y la voluntad del buen orden, en el que se apoyaría la vida social. De aquí que nuestro predecesor deseó que por las súplicas de un varón tan esclarecido, Dios bendijera todos los pasos que se vienen dando para unir a los mismos pueblos con vínculos de verdadera fraternidad.

También el papa Juan XXIII suspiró con toda su voluntad y con aquella amorosa solicitud en la que tanto sobresalía, para que se lograra eso mismo. Y Nosotros mismos aprobamos de todo cora-

zón todos los proyectos referentes a ello, para favorecer la unidad entre las naciones de Europa.

Por lo cual hemos atendido con sumo agrado los ruegos de muchos Padres cardenales, arzobispos, obispos, generales de órdenes religiosas y los de otras muchas personas insignes procedentes del laicado. Todos ellos nos han pedido que declaremos que san Benito sea patrono de Europa.



12 de julio
San Juan Gualberto, abad
OSB, OClST, OCSO, ECMC: memoria libre

Juan nació hacia el año 1000. Después de perdonar por el amor de Cristo al asesino de un hermano suyo, este caballero florentino recibió el hábito monástico en San Miniato. Deseando una vida más austera pasó a la Camaldula y más tarde, en 1030, al fundar Vallombrosa puso los cimientos de una nueva familia benedictina. También gracias a su ejemplo de pobreza y de vida auténticamente fraternal estimuló el deseo de una vida mejor entre los clérigos de malas costumbres. El día 12 de julio del año 1073 murió en Passignano, cerca de Florencia.

De la Carta de san Juan Gualberto, abad, sobre la Caridad
PL, 146, col. 804-805

Testamento espiritual de San Juan Gualberto

El abad Juan a todos los hermanos unidos a él en el amor fraterno: salud y bendición.

Aquejado hace ya bastante tiempo de una grave enfermedad, espero de día en día que Dios acoja mi alma y que la tierra de mi cuerpo vuelva al polvo de donde fue sacada. Lo cual nada tiene de extraño, porque la misma edad, aun sin el peso de una tan grave enfermedad, me recuerda a diario que debo vivir en esta espera. Yo pensaba salir calladamente de esta vida; pero, habida cuenta del nombre y el puesto que, aunque indigno, he ocupado en esta tierra corruptible, me ha parecido de alguna utilidad decir unas palabras sobre el vínculo del amor. En cuyo tema no diré nada nuevo ni de mi propia cosecha, sino que me limitaré a repetir brevemente y como de pasada lo que oís a diario. La caridad es indudablemente la virtud que impulsó al Creador de todas las cosas a hacerse criatura. Es la virtud que él mismo recomendó a los apóstoles como síntesis de todos sus mandamientos: *Esto os mando: que os améis unos a otros.*

De ella habló el apóstol Santiago diciendo: *Quien observa entera la ley, pero falla en un solo punto, tiene que responder de la totalidad.* Ésta es de la que el apóstol san Pedro afirma: *La caridad cubre la multitud de los pecados.*

De todo lo cual podemos concluir que, si poseemos la caridad, podemos cubrir todos los pecados, y que a quienes creen haber adquirido las demás virtudes, si no tienen caridad, de nada les sirven. Si un soberbio o desobediente cualquiera escuchare lo que acabo de decir, en seguida pensará que él está realmente en posesión de la caridad, basado en la mera comprobación de que perdurará físicamente en la comunión fraterna. Pero he aquí que san Gregorio le desengaña de esta —digamos— falsa opinión, al indicar los límites de la verdadera caridad, diciendo: “Ama perfectamente a Dios, quien no se reserva nada de sí mismo”.

No sé en concreto qué decir de la caridad, pues no ignoro que todos los mandamientos brotan de esta raíz. Porque si es verdad que son muchas las ramas de las buenas obras, una sola es la raíz: la caridad. Los réprobos no pueden aguantar por mucho tiempo su ardor, como expresamente afirma nuestro Salvador: se enfriará el amor de la mayoría. Sobre estos que se han enfriado en el amor y se han separado de la unidad, llora y gime el apóstol San Juan diciendo: *Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros.*

Y si esto es así, o mejor, porque esto es así, todo fiel debe reflexionar continuamente sobre la manera de adherirse a tan sumo bien, y buscar ansiosamente unirse a sus compañeros de peregrinación hacia Dios. Y así como los réprobos, al abandonar la caridad, son amputados del cuerpo de Cristo, así los elegidos, abrazándola sinceramente, quedan establemente unidos al mismo cuerpo de Cristo. Para conservar inviolablemente la caridad, en gran manera es útil la unidad fraterna, que se agrupa bajo el cuidado de una sola persona. Pues así como se seca el lecho de un río si se le divide en infinidad de arroyuelos, así también la unidad fraterna es menos eficaz en sus realizaciones concretas si se polariza en multitud de iniciativas.

Por lo cual y para que esta caridad permanezca largamente inviolable entre vosotros, es mi voluntad que, después de mi muerte, vuestro cuidado y dirección queden en manos del padre Rodolfo, al menos con las mismas atribuciones que tuve yo mientras vivía. Adiós.

O bien:

*De la exposición de Guillermo, abad de San Teodorico,
sobre el Cantar de los cantares*

In Canticum canticorum I, str. 10: SCh 82, pp. 268-274

La benevolencia de la caridad fraterna disfruta en el prójimo

Vuelta la Esposa a las doncellas, a las hijas de Jerusalén, hijas de la paz divina, que comparten su deseo y la acompañan en su amor, les dice: Dadme fuerzas con pasas y vigor con manzanas ¡Desfallezco de amor! No puede dejar de amar a las demás, puesto que ella misma recibe gran consuelo en su dolor, porque el alma que ama a Dios de veras, lo ama y se abraza a su amor dondequiera que lo halle: Si descubre la belleza divina en el prójimo a menudo le agrada más que si la descubriese en sí misma, ya que conociendo claramente su propia conciencia puede ver en sí misma tanto lo que todos conocen como lo que se les oculta; mientras que en el prójimo tan sólo ve lo que es manifiesto, es decir, algunos frutos visibles del espíritu o del amor, a partir de los cuales puede adivinar y amar el amor que no se ve. En sí misma puede ver a la vez cualidades y defectos, pero del prójimo sólo puede juzgar a partir de lo que se ve.

Por todo ello suele censurar con severidad sus propios asuntos, mientras que con caridad benigna excusa a los demás, y así le agrada más un poco de bien en el prójimo, de quien ignora la complejidad interior, que un gran bien en sí misma, que debe sufrir a solas el suplicio de tal complejidad. Se complace más en otro cuando apenas empieza, que en sí misma cuando está avanzando; más en los progresos ajenos que en la propia perfección.

La benevolencia de la caridad fraterna disfruta en el prójimo de todo lo que no podría disfrutar en sí misma, aunque lo poseyera más que ningún otro; y es que, como ya se ha dicho, al quedar oculta la conciencia de los demás, solamente se manifiesta el rostro del bien, de tal manera que el amigo de Dios lo abraza con gozo en el hermano. Pero, por lo que toca a sí mismo, como no escruta su conciencia sino a causa de sus pecados, aunque hubiese en ella algo agradable no osa hacer caso, siendo tanto es juez severo en causa propia.

Este es el orden de la caridad y la orientación legítima del amor encendido. Lo primero es amar a Dios nuestro Señor con todo el

corazón, de tal modo que la memoria piadosa lo recuerde sin cesar; con toda el alma, es decir, viviendo siempre en Él y tendiendo hacia Él con todas las fuerzas humanas, esto es, empleándolas fielmente en su servicio en el prójimo; y con todo el pensamiento, o sea, amándole con perfección y rectitud. Por otra parte, hay que establecer una alianza natural de buena voluntad con cualquier hombre que viva según Dios, y reservar para el prójimo, como para uno mismo, un afecto lleno de piedad.

Así pues, quien tiene una caridad bien ordenada ama al Señor su Dios, en El se ama a sí mismo, y ama también al prójimo como a sí mismo, con tanto y tan intenso amor como el que se tiene él mismo. Y si tal vez la perfección de la caridad es mayor en otro, entonces se alegra por ello tiernamente en Dios y considera mejor al otro que a sí mismo. Esto es lo propio del hombre: amar a Dios como Dios y Señor suyo, amarse rectamente a sí mismo y amar al prójimo como a sí mismo. Este es el orden de la caridad, dispuesto según la ley del Espíritu de la vida, promulgada por la Palabra de Dios en el Espíritu Santo.



13 de julio
San Enrique, oblato
Patrono de los Oblatos de Nuestra Orden
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

San Enrique, rey y oblato benedictino
Monasterios de Silos y Leyre: memoria libre

Nació en Hildesheim, Baviera, hijo de Enrique el Litigioso. Fue educado en un monasterio, antes de asumir sus obligaciones políticas. Elegido duque de Baviera, se casó con santa Cunegunda de Bamberg por sus virtudes. Después de siete años de gobierno ducal y tras la muerte de Otón III, fue elegido rey de Germania en el año 1002. Desde su juventud fue llamado Enrique “el Piadoso”. Se vio obligado, casi durante toda su vida, a empuñar las armas: ante todo para someter a los rebeldes a su vasto imperio. Luchó contra la simonía de los obispos y consiguió la conversión del rey de Bohemia, Esteban. Se hizo defensor del pueblo débil, a lo largo de una vida entregada a Dios y a sus súbditos en cuerpo y alma. Potenció la reforma cluniacense, iniciada en aquella época por san Odilón de Cluny —uno de sus íntimos amigos— y el beato Ricardo de Saint-Vanne. Murió prematuramente a los cincuenta y un años en Gotinga, disponiendo que se le sepultara en la catedral que había mandado construir. Quiso hacerse benedictino y por esto fue declarado por el papa san Pío X, patrón de los oblatos benedictinos. Eugenio III lo canonizó en 1146.

De la vida antigua de san Enrique
MGH Scriptores 4, pp. 792-799

Proveía a la paz y tranquilidad de la Iglesia

El bienaventurado siervo de Dios, después de haber sido consagrado rey, no contento con las preocupaciones del gobierno temporal, queriendo llegar a la consecución de la corona de la inmortalidad, se propuso también trabajar en favor del supremo Rey, a quien servir es reinar. Para ello, se dedicó con suma diligencia al engrandecimiento del culto divino y comenzó a dotar y embellecer en gran manera las iglesias. Creó en su territorio el obispado de Bamberg, dedicado a los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, y al glorioso mártir san Jorge, y lo sometió con una jurisdicción

especial a la santa Iglesia romana; con esta disposición, al mismo tiempo que reconocía el honor debido por disposición divina a la primera de las sedes, daba solidez a su fundación, al ponerla bajo tan excelso patrocinio.

Con el objeto de dar una muestra clara de la solicitud con que aquel bienaventurado varón proveyó a la paz y a la tranquilidad de su Iglesia recién fundada, con miras incluso a los tiempos posteriores, intercalamos aquí el testimonio de una carta suya: “Enrique, rey por la gracia de Dios, a todos los hijos de la Iglesia, tanto presentes como futuros. Las saludables enseñanzas de la revelación divina nos instruyen y amonestan a que, dejando de lado los bienes temporales y posponiendo las satisfacciones terrenas, nos preocupemos por alcanzar las mansiones celestiales, que han de durar siempre. Porque la gloria presente, mientras se posee, es caduca y vana, a no ser que nos ayude en algún modo a pensar en la eternidad celestial. Pero la misericordia de Dios proveyó en esto una solución al género humano, dándonos la oportunidad de adquirir una porción de la patria celestial al precio de las posesiones humanas.

Por lo cual, Nos, teniendo en cuenta esta designación de Dios y conscientes de que la dignidad regia a que hemos sido elevados es un don gratuito de la divina misericordia, juzgamos oportuno no sólo ampliar las iglesias construidas por nuestros antecesores, sino también edificar otras nuevas, para mayor gloria de Dios, y honrarlas de buen grado con los dones que nos sugiere nuestra devoción. Y así, no queriendo prestar oídos sordos a los preceptos del Señor, sino con el deseo de aceptar con sumisión los consejos divinos, deseamos guardar en el cielo los tesoros que la divina generosidad nos ha otorgado, allí donde los ladrones no horadan ni roban, y donde no los corroen ni la polilla ni la herrumbre; de este modo, al recordar los bienes que vamos allí acumulando en el tiempo presente, nuestro corazón vive ya desde ahora en el cielo por el deseo y el amor.

Queremos, por tanto, que sea conocido de todos los fieles que hemos erigido en sede episcopal aquel lugar heredado de nuestros padres que tiene por nombre Bamberg, para que en dicho lugar se tenga siempre memoria de Nos y de nuestros antecesores, y se inmole continuamente la víctima saludable en provecho de todos los fieles que viven en la verdadera fe”.

O bien:

*Narración tomada de la edición del “Año Cristiano”
de Fray Justo Pérez de Urbel
Ediciones FAX. Madrid, 1951*

Se abría el segundo milenio cristiano con una sonrisa de esperanza. La voz de Gerberto, que había dado un crepúsculo bello y tranquilo a aquel siglo X, atormentado y caótico, acababa de extinguirse, “dejando al mundo helado de horror”, según la expresión de un cronista de aquel tiempo. Pero el relámpago del genio había roto para siempre la nube de la barbarie. Los discípulos del gran Pontífice recogían solícitos su herencia, surgían nuevos maestros, la tierra se cubría del manto alegre de sus iglesias románicas, y Enrique II, el joven rey de Germania, recogía con entusiasmo aquel gran ideal político-religioso de un Imperio de amor y de paz, realizado por la confederación de los príncipes cristianos bajo la sombra del águila imperial, para la gloria de Cristo y la felicidad de los pueblos.

Sabio, recto y bueno, este nieto de Carlomagno y de Otón el Grande había recibido la educación de un monje más que la de un guerrero. Un monasterio de Hildesheim le protegió, en días aciagos para su familia, contra las suspicacias de Otón II, y allí creció aprendiendo la gramática, traduciendo a Virgilio y cantando los salmos. A los veinte años ya puede empuñar la lanza y montar a caballo y prepararse para ceñir la corona ducal de Baviera. Otón II ha visto su mirada leal, y sabe que no tiene nada que temer de aquel vastago de un competidor de su padre. Es su mejor apoyo, el compañero de sus expediciones guerreras, el ornamento de su corte y el confidente de sus grandes proyectos de dominio universal. Va a ser también su continuador. Otón muere en 1002, cuando se preparaba a realizar sus sueños generosos. “El dolor —dice un cronista de aquellos días— hubiera sido irremediable si no nos hubiera quedado el duque Enrique, que entonces gobernaba el ducado de Baviera, rigiendo al pueblo en la justicia, amplificando la paz, aumentando el prestigio de las iglesias, magnificando la religión y la ley.”

Enrique amaba la paz, pero no temía la guerra. Aunque pertenecía más a la raza de los grandes políticos que a la de los conquistadores, empieza su gobierno humillando a sus competidores en el interior y restableciendo en el exterior el prestigio del Impe-

rio. Triunfa en Italia, fortifica el lazo feudal, que intentaban romper los pueblos eslavos del Este, y aniquila un conato de revuelta en su mismo palacio. Después se consagra de lleno a su programa de restauración social y religiosa. Es un programa heredado de su antecesor; pero mientras que Otón III era un utópico, un soñador, él; dotado de una visión certera y práctica, no obra sino después de una larga reflexión. La fe de Otón se complacía en los procedimientos altivos y en las demostraciones ruidosas; la de Enrique es discreta y sólida a la vez, y sabe encontrar sabias combinaciones para conciliar los intereses de la Iglesia con los del Estado. El celo religioso va en él estrechamente unido a la ambición del poder, y no quiere restablecer el prestigio de la autoridad real sino con la ayuda de una política profundamente cristiana. Se ocupa de liturgia y de estudios, con más competencia que Carlomagno. Con él, la cuestión de la reforma eclesiástica va a ocupar el primer plano; se esforzará sinceramente por regenerar a la Iglesia, no sin hacerla servir para robustecer su propia autoridad.

Empieza fundando, dotando y restaurando los monasterios, donde va a encontrar sus mejores colaboradores. El monacato es, a sus ojos, un organismo maravillosamente apto para realizar su obra de civilización. Veía en cada monasterio una fuerza viva, alrededor de la cual encontraban apoyo y trabajo poblaciones enteras; un foco de oración, de estudio y de actividad bienhechora, un dominio que limitaba las posesiones de los grandes vasallos, siempre propensos a la revuelta. Quiere monasterios ricos e influyentes, pero al mismo tiempo observantes. Busca hospitalidad en ellos mejor aún que en los palacios; asiste a las vigilias monacales como en los días de su infancia, y preside con frecuencia las comidas de los monjes, contento con sus pobres escudillas de legumbres. Pero estas visitas tienen, a la vez, un carácter de piedad y de inspección. Cuando encuentra abusos, no teme arrancarlos con energía. Una estrecha amistad une al emperador con el gran reformador del siglo, con Odilón de Cluny. En aquella obra de reforma monástica, Odilón es la cabeza. Enrique, el brazo derecho. Con la aprobación del abad de Cluny, Enrique depone prelados indignos, quebranta resistencias, destruye la relajación y restablece la disciplina. Enriquece a los monasterios y vela sobre ellos con la solicitud de quien se considera el abad de los abades. Quiere que la tutela imperial garantice su bienestar temporal y espiritual. Cuando llega a Montecasino, hace que los monjes elijan un nuevo

abad en su presencia, y le recibe bajo su regio protectorado. Toda elección nueva deberá recibir su aprobación antes que el elegido sea consagrado por el Papa.

El piadoso emperador recorre todo el Imperio, desde Nápoles hasta el Báltico, imponiendo su programa de reforma. Es un amante de la paz, y se esfuerza por verla reinar en sus dominios. Proclama y favorece “la paz de Dios”; conferencia con Roberto el Piadoso, rey de Francia, para estudiar la manera de extender esta paz a todo el universo; y va de ciudad en ciudad reuniendo asambleas, en que todos, desde el más humilde al más poderoso, juran “mantener la paz, no invadir las iglesias como no sea para arrestar a un malhechor; no asaltar a clérigos y monjes que no lleven armas seculares; no robar ni buey ni vaca, ni ninguna otra bestia de carga; no aprisionar a aldeano, aldeana o mercaderes; no apropiarse caballos o jumentos en los pastos; no destruir ni incendiar las casas; no arrancar ni vendimiar las viñas con pretexto de guerra”. Los pueblos reciben con entusiasmo al buen rey, que trabaja de esa manera por el bienestar de su vida. Cuando llega a una población, la multitud le rodea gritando: “¡Paz, paz, paz!”, y ese mismo grito se repite en las asambleas, mientras los obispos levantan sus báculos y los guerreros humillan sus espadas.

Al lado del emperador se mueve una multitud de hombres activos, celosos y entusiastas. Los margraves, que se oponían al movimiento, han sido corregidos con severidad o depuestos. El rey interviene en los Concilios, censura la negligencia de los prelados, inspira sus consejos y da a sus decisiones la consagración de la majestad imperial. En pocos años ha logrado renovar completamente el episcopado germánico. Lo mismo que a los abades, depone a los obispos recalcitrantes. Confirma a las iglesias el privilegio tradicional de la libre elección, pero se guarda muy bien de conceder otros nuevos, y nunca se olvida de añadir esta cláusula: “salvo el consentimiento real”. Considera la entrega del anillo y del báculo, insignias de la dignidad episcopal, como atributo exclusivo del emperador. Es un derecho que le da la costumbre de aquel tiempo, y del cual usa siempre con rectitud y sabiduría, eligiendo hombres de positivo valor y de vida ejemplar, capaces de secundarle en su acción reformadora.

El cristianismo iba penetrando lentamente en los pueblos de la frontera oriental del Imperio, pero también allí llegaba la influencia del emperador. Consigue la conversión de san Esteban, rey de

Hungría, a quien había casado con una hermana suya, y para acelerar la propaganda misionera, restablece al este del Saale y del Elba el episcopado de Meseburg y crea el de Bamberg. Esto era en 1012. Un año más tarde se presentaba de nuevo en Italia, apaciguaba las luchas que ensangrentaban las calles de Roma, y recibía de manos de Benedicto VIII la corona imperial. El Papa le recibió rodeado de un numeroso cortejo de prelados, presentándole un globo de oro adornado de piedras preciosas y rematado en una cruz. Era el símbolo del poder que el soberano debía ejercer sobre el mundo como fiel soldado de Cristo. Enrique le tomó en sus manos, admiró su belleza y dijo:

“Nadie más digno de poseer tal presente que los que, lejos del mundo, se consagran a la práctica de la virtud y gozan de la intimidad de Dios.” Y envió la esfera a los monjes de Cluny. La buena armonía sellada entonces entre el emperador y el Papa no se interrumpió un solo momento mientras vivieron. Ella les permitió trabajar con eficacia por el bien de la cristiandad y proseguir aquel plan de restauración tan generosamente inaugurado. Delante del sucesor de san Pedro, Enrique obraba como el más respetuoso de los fieles, pero conocía los peligros que rodeaban al pontificado, y sabía que en aquellas circunstancias sólo el poder imperial lograría tener a raya las facciones italianas. Esta preocupación palpita en una carta famosa que firmó antes de salir de Roma. Por ella se reservaba el derecho de velar, como defensor de la Iglesia romana, por la seguridad del Vicario de Cristo y la elección canónica de su sucesor, exigiendo que el nuevo Papa jurase respetar los derechos de todo el mundo.

Hay que reconocer que san Enrique no siempre tuvo la noción exacta de las atribuciones del poder temporal; pero si alguna vez saltó sus fronteras, fue siempre a impulso de su celo por el bienestar de la Iglesia y de su amor al mejoramiento de la sociedad cristiana. Nadie como él tuvo la conciencia de los males de su tiempo, y nadie trabajó con tanta energía para remediarlos. Y pudo morir tranquilo al ver cómo despertaba en la nueva generación el sentimiento de los intereses comunes; el afán de regeneración, el ardor por combatir los abusos y la inquietud por el exceso de la corrupción. Era una parte de su obra.

San Enrique había empezado por encarnar en su vida aquel alto ideal, que hubiera querido imponer en todos los hogares de su Imperio. Dueño de sí mismo en todas las complicaciones de la po-

lítica, lo era más aún en el gobierno de sus actos y el dominio de su corazón. Tenía el recato de una virgen, el fervor de un monje y la austeridad de un anacoreta. Más de una vez quiso cambiar el manto imperial por la cogulla monástica; pero los abades no querían recibirle en sus monasterios, convencidos de que su puesto estaba en el trono. Destinado desde su infancia a la clericatura, hizo el propósito de pasar su vida en castidad perfecta; pero tanto le hablaron los príncipes y los mismos obispos de las razones de Estado, que al fin les dijo:

“Sea, me casaré; pero habéis de traerme la mujer más virtuosa, la más bella, la más amable y la más noble del Imperio.” Le trajeron una doncella, hija del conde palatino, que se llamaba Gunegundis y vivía retirada en su castillo de las orillas del Rin. Los obispos bendijeron aquella unión dichosa, y Alemania se alegró—dice un cronista— como se alegran los campos con el rocío de la aurora en un día de estío. Más se alegraron los ángeles del Cielo. Desde la primera noche los dos esposos hicieron votos de vivir como hermanos. “Ahora ya puedo llamarte mi amiga, mi esposa inmaculada—decía Enrique a Gunegundis—. Como a una esposa te amaré siempre, y siempre te tendré como la más querida mitad de mí mismo.”

La historia del mundo nos ofrece pocos rasgos tan bellos. En aquella primera mitad del siglo XI, cuando la concupiscencia había roto vallas y frenos, cuando los señores feudales apresaban en sus castillos las hijas de sus vasallos, y los obispos y los clérigos y los monjes mismos, ante la ley del celibato, intimada por los cánones conciliares, gritaban aguijoneados por la pasión: “No es posible”, Dios quiso dar a los hombres aquel ejemplo de dos príncipes que en medio de las delicias de la corte, entre un mundo ávido de satisfacer sus apetitos, de gozar, tienen valor para luchar contra todas las influencias y sobreponerse a todos los prejuicios. Era el cumplimiento de la palabra evangélica: “Cuando venga el Paráclito, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”

Pero el mundo no perdona fácilmente esa dura lección. Un rumor escandaloso se esparció por la corte, y el pueblo le recogió con avidez. Malas lenguas decían que la emperatriz deshonraba a su marido. Dijéronlo un día y otro día, y el emperador acabó por creerlo, con el mayor desgarramiento de su alma. Fue una tragedia doméstica, sin violencias, pero con algo peor, la frialdad, la separación de dos almas que estaban unidas en Dios. Enrique ol-

vidaba, resignado, en medio de la agitación de los negocios y los consuelos de la oración. Gunegundis rezaba y lloraba; y un día, echándose a los pies de su marido, le dijo: “Señor, creed que soy inocente. No os lo digo por mí, sino por la gloria del Imperio, y estoy dispuesta a probarlo de cualquier manera.” La prueba se realizó, pública, como el maligno rumor. Fue una ordalía, lo que entonces se llamaba el juicio de Dios. Príncipes, obispos y pueblos se reunieron en la ciudad real de Bamberg. En medio de la plaza, una tras otra, brillaban doce rejas de arado largas, humeantes, incandescentes. Suelta la cabellera blanca, vestida de una túnica blanca, símbolo de su inocencia, más bella que nunca, las manos cruzadas, los ojos clavados en el Cielo, Gunegundis empezó a caminar a través del hierro candente. Un estremecimiento de horror agitaba a la muchedumbre. Entre tanto, ella avanzaba, serena, por la senda roja, y en su extremo se detuvo como en un escabel de honor. Miles de voces proclamaban su inocencia; los calumniadores caían de rodillas pidiendo perdón, y Enrique se acercaba a ella, la cogía de la mano, la volvía a colocar en el solio imperial y reanudaba con ella aquella vida santa que perfumaba la corte y regocijaba al Cielo. Al tiempo de morir, podía decir a sus obispos y a sus margraves: “Más de veinte años hace que me confiasteis esta virgen de Cristo; yo la devuelvo al Señor Jesús y a vosotros, con toda la pureza de su virginidad.”

En un monasterio de Bamberg vivió durante catorce años una hermana que vestía la negra cogulla de estameña. Era la sirvienta de todas las monjas y la más humilde. Cuando la preguntaban por sus tiempos de emperatriz, ella respondía: “Dejad eso, hermanas; todas somos esposas de Cristo, y esa es nuestra mayor gloria.” Sin embargo, al tiempo de morir, mandó que la llevaran a dormir el último sueño junto a su señor y hermano, el santo emperador Enrique. Sobre él mármol fúnebre reposan todavía sus figuras, dulces y serenas en la muerte; ella, con el cetro del Imperio en la diestra; él, con la esfera coronada por la cruz. Sobre las cabezas, el brillo de las tiaras imperiales, y a los pies, mordiéndoles rabiosas el manto, las bestias del placer, que subyugaron y pisotearon.

15 de julio

Beato Bonifacio de Saboya, monje y pastor

Ingresó a temprana edad en la Gran Cartuja de las cercanías de Grenoble, deseoso de consagrarse a la oración y el estudio. Pero, antes de terminar el noviciado, fue nombrado superior de Mantua, contra su voluntad. Era apenas subdiácono cuando fue elegido administrador de la diócesis de Belley de Borgoña y, siete años después, ocupó el mismo puesto en la diócesis de Valence. En 1243 fue proclamado arzobispo de Canterbury. La primera medida del beato Bonifacio fue hacer todas las economías posibles: abolió todas las sinecuras y oficios superfluos y ordenó al clero y a los beneficiados que ayudasen a pagar las deudas de la diócesis. Murió en el castillo de Sainte-Hélène des Millières, durante una visita que hizo a su país natal. Fue sepultado en el monasterio cisterciense de Hautecombe. Su culto fue aprobado por Gregorio XVI en 1838, debido a la veneración que el pueblo cristiano le profesaba desde tiempo inmemorial. Su fiesta se celebra en los monasterios de los cartujos, en Saboya y Cerdeña.

Homilía del Maestro Eckhart

Instructions spirituelles de Maître Eckhart.

Les Traités. Ed. Seuil 1971, pp. 47-49; trad. J. Ancelet-Hustache

El hombre debe asirse a Dios y acostumbrar su corazón a poseerlo en todo tiempo como alguien presente en la mente, en el espíritu y en la voluntad. Repara en tus disposiciones respecto de Dios cuando permaneces en la Iglesia o en tu celda; conserva con firmeza esas mismas disposiciones de espíritu cuando te halles entre la gente y en medio de la confusión de un mundo tan tumultuoso. Mas al pedirte tal igualdad de ánimo, no quiere significar que hayan de reputarse por buenas indistintamente todas las ocupaciones, o todos los lugares, o todos los hombres. Esto sería totalmente erróneo: pues, claro está, el orar es mejor ocupación que el hilar, y la iglesia es lugar más apropiado que la calle. Lo que quiero decir es que durante el trabajo tienes que conservar la misma disposición de espíritu, la misma puntualidad, la misma exactitud respecto de Dios. Créeme: si tuvieras tal igualdad de ánimo, nada ni nadie interrumpiría la continua presencia de Dios.

Aquel para quien Dios no es objeto de tal asimiento interior, debe andar buscándolo fuera, de aquí para allá, y por tanto imper-

fectamente, entre tareas, o gentes, o lugares determinados. Eso indica, precisamente, que no lo posee, y entonces es fácil que sobrevenga la turbación. Pero, en ese caso, no es sólo la mala compañía la que te turba, sino también la buena; no sólo la calle, sino también la iglesia; no sólo las malas palabras y acciones, sino también las buenas. El impedimento está, en efecto, en uno mismo; Dios no ha nacido todavía en ti. Si hubiese nacido, lo sentirías íntimamente presente en todo lugar y en cualquier compañía, muy oculto y escondido; siempre poseerías a Dios, y nadie podría arrebatártelo ni estorbar su obra. ¿En quién estriba, por tanto, la posesión auténtica de Dios? Estriba en un sentimiento del corazón, en una disposición interna del entendimiento, en una orientación de la voluntad hacia Dios. Por otra parte, sería humanamente imposible, o difícilísimo, llevar a cabo semejante propósito, y aunque se consiguiera, no sería lo mejor. El hombre no puede darse por satisfecho con ninguna idea de Dios: al esfumarse la idea, se esfumaría el mismo Dios. Hay que poseer a Dios mismo, que sobrepasa cualquier concepto o cosa creada. Dios, así, considerado, no se esfuma, a no ser que uno le vuelva de intento la espalda.

El que así posee a Dios esencialmente, se aferra divinamente a Dios, y Dios brilla ante Él en todas las cosas: Todas le dan noticias sabrosas de él, en todas se le refleja Dios, a todas horas tiene Dios puesta en él su mirada. Se siente libre de cualquier vínculo, y su imaginación se vuelve, en lo íntimo del corazón, hacia Dios blanco de su amor. Cuando uno está sediento con sed ardiente, no cabe duda que puede emplearse y pensar en cosas que no se refieren a su sed; pero haga lo que hiciere, esté donde estuviere e intente lo que intentare, la imagen de la bebida no se aparta de él; y a mayor sed, corresponde una imagen más íntima, presente y continua de la bebida. Otro tanto ocurre al que ama de todo corazón: nada fuera del amado le dice nada ni le llega al alma, sólo a él y a nadie más tiene en el espíritu; y en cualquier compañía u ocupación, jamás se desvanece en él el objeto de su ardiente amor, en todo encuentra su imagen, y cuanto más intenso es el amor, tanto más presente perdura la dicha imagen ante sus ojos.

El hombre que posee a Dios esencialmente, no busca ya la paz, pues ningún sobresalto lo turba. Tal hombre es del agrado divino, ya que todas las cosas las toma divinamente y mejores de lo que son en sí mismas. Claro que para llegar a poseer esta disposición,

es menester aplicarse a ello y velar asiduamente sobre nuestro interior, con una conciencia despierta, auténtica y operante, a la que debe ser fiel el alma a despecho de todo y de todos. No se formará tal conciencia sino huyendo del mundo exterior y refugiándose en la soledad interior. Mas será menester cultivar la soledad interior en cualquier coyuntura en que uno se encuentre, abrirse paso hacia Dios por entre todas las cosas, asirse a Dios en lo íntimo de las cosas, y llegar a representárselo en su interior, convertido ya en la determinación del propio ser.

O bien:

Homilía de san Gregorio Magno, papa y doctor
Règle pastorale de saint Grégoire le Grand, I, 1-3.6. PL 77, col. 14-23

Ningún arte se asume para ser enseñado, si antes no se ha aprendido con atenta reflexión. Puesto que la dirección de almas es el arte de las artes, ¡qué grande es la temeridad de los que reciben el magisterio pastoral carentes de sabiduría! Pues ¿quién no sabe que las heridas del alma están más ocultas que las de la carne? Los que no conocen la fuerza curativa de las plantas se avergüenzan de ser tenidos por médicos del cuerpo, en cambio, los que no han conocido en absoluto las leyes del espíritu, no temen hacer de médicos del alma. Dentro de la santa Iglesia hay algunos que codician la gloria de este honor, bajo apariencia de ministerio, ahora que los grandes de este mundo —por iniciativa de Dios— tienden a reverenciar la religión. Desean ser tenidos por doctores, anhelan sobresalir por encima de los demás y, poniendo por testigo a la Verdad, quieren el primer puesto en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas y que se los salude en primer lugar en la plaza. En la medida en que éstos llegaron sólo por orgullo a esta cátedra de humildad, en esa misma medida, son incapaces de desempeñar dignamente el ministerio de la solicitud pastoral que han recibido. Se cae en contradicción en este magisterio cuando se enseña una cosa y se vive otra.

Hay también algunos que, con mucha curiosidad, sondean las leyes del espíritu, pero desprecian con su vida lo que penetran con el entendimiento. Enseñan a la ligera lo que aprendieron no con sus obras sino sólo con el estudio; y lo que predicán con sus palabras lo contradicen con sus acciones. De ahí se sigue que, cuando el pastor se encamina por despeñaderos, el rebaño lo sigue al pre-

cipicio. Por eso, el Señor se lamenta de la despreciable ciencia de los pastores, diciendo contra ellos por el profeta: “Vosotros mismos, cuando bebéis agua limpiísima, enturbiáis el resto con los pies; mis ovejas han de pastar lo que vuestros pies han pisoteado y beber lo que vuestros pies han enturbiado”. En verdad, los pastores sí que beben agua limpiísima cuando se sacian de los manantiales de la Verdad y la entienden correctamente; pero enturbian con sus pies esta misma agua cuando corrompen con su mala vida lo estudiado en la santa meditación. Y, por supuesto, las ovejas beben agua ensuciada con sus pies cuando algunos fieles no siguen las palabras que oyen, sino que sólo imitan los malos ejemplos que ven.

Hemos dicho todo esto brevemente, para poner de manifiesto la importancia que tiene la responsabilidad de este ministerio; de modo que quien no esté preparado, no se atreva a recibir los sagrados ministerios; y no acepte, por el deseo de esta dignidad, ser llevado a la perdición. De ahí que Santiago piadosamente lo prohíba, diciendo: “No queráis vosotros ser hechos maestros, hermanos míos”. Por eso, el mismo mediador entre Dios y los hombres, que excede en conocimiento y comprensión de lo humano y de lo divino a los mismos espíritus celestiales, y reina en los Cielos desde toda la eternidad, evitó que lo nombraran rey en la tierra. Ciertamente está escrito: “Dándose cuenta Jesús de que iban a ir a prenderlo por la fuerza y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte Él solo”. Pues, ¿quién hubiera gobernado tan libre de culpa como Él, que hubiera regido a los que Él mismo había creado? Para eso, precisamente, había venido en carne; no sólo para redimirnos por su pasión, sino también para enseñarnos con su predicación dando ejemplo a los que lo siguen. Él no quiso que lo hicieran rey, sino que voluntariamente fue llevado al patíbulo de la cruz. Rechazó la gloria del poder que se le ofrecía y prefirió la pena de una muerte vergonzosa.

Hay algunos que rehuyen esta responsabilidad sólo por humildad, para no ser preferidos a los demás, pues se consideran inferiores. Su humildad es verdadera ante los ojos de Dios, si se rodea también de las demás virtudes; es decir, cuando no se obstina en rechazar lo que se le manda aceptar. Pues, no es verdaderamente humilde el que sabe que debe asumir el gobierno por un juicio de Dios y, sin embargo, lo rechaza. Ahora bien, el que es fiel a las disposiciones divinas y es ajeno al vicio de la obstinación, cuando

se le impone la dignidad de este gobierno, si ya está provisto de dones con los que puede aprovechar a los demás, debe huir de su inclinación y obedecer contra su deseo.

O bien:

*Lectura tomada de una breve biografía
Del libro “Santos y Beatos de la Cartuja”, de Juan Mayo Escudero*

Nació en 1207, en la familia ducal de los Saboya. Su abuelo fue el beato Humberto III, y sus padres fueron Tomás I de Saboya y Margarita de Ginebra. De joven Bonifacio fue de porte noble y bello, y era diestro con las armas. Sin embargo, muy joven dejó lo prometedor del mundo para consagrarse a Dios en la austeridad de la Gran Cartuja, en Grenoble. Allí quería vivir y morir, santificando su alma con el estudio y la oración, pero Dios y la Iglesia quisieron otra cosa.

Aun era novicio cuando el papa Honorio III, por influencia de su familia, le nombró prior de un conflictivo monasterio en Mantua, que ni cartujo era. Dos años estuvo allí, haciendo la paz y reformando las costumbres. En 1228 se le permitió volver a la Cartuja, para continuar su noviciado, a la par que le ordenaban de subdiácono. En 1230 el papa Gregorio IX manda sea ordenado presbítero y le nombra administrador apostólico de Belley. En 1237 es nombrado administrador de la sede de Valence, y en 1240, de la sede primada de Inglaterra, vacante desde la muerte de San Edmundo (16 de noviembre). En 1241 la reina Leonor de Inglaterra logra que se nombre a Bonifacio, sobrino suyo, para la archidiócesis primada, buscando solucionar la crisis entre el rey Enrique y la Iglesia, por causa de las intromisiones reales en la disciplina eclesiástica. En 1243 el papa Inocencio IV confirmó la elección, y la consagración episcopal se le dio en 1244, en el Concilio de Lyon.

Aunque Bonifacio tenía amistad con el rey Enrique, no se dejó llevar por esta, sino que defendió los derechos de la Iglesia y corrigió al rey cuando fue necesario. Fue, paradójicamente, con los miembros de la Iglesia, con los que tuvo que batallar: las diócesis sufragáneas de Canterbury, especialmente Londres, se negaron a recibirle en su visita pastoral, que implicaba reforma moral y económica. Bonifacio había encontrado a la archidiócesis arruinada y endeudada, pues aunque el rey había devuelto algunas de las ren-

tas confiscadas a san Edmundo, los gastos y las canonjías eran demasiadas. Como empezó recortando y suprimiendo salarios, llamando a la moderación, pues muchos clérigos se le opusieron. La cosa fue a mayores en el monasterio de San Bartolomé el Grande, donde Bonifacio se fue a las manos con el subprior, lo que devino en una batalla entre los monjes y los guardias de Bonifacio, el cual terminó golpeado y no salió herido porque, según el proceso legal que se estableció, llevaba una cota de malla bajo el hábito. La leyenda laudatoria, por su parte, dice que era un cilicio. Además, tuvo que huir y excomulgar a los rebeldes.

Los canónigos de San Albano y los de San Pablo entablaron un proceso legal en Roma, acusándole de sobrepasar sus poderes como arzobispo metropolitano, de inmiscuirse en asuntos internos de las diócesis, los monasterios y capítulos canonicos. La acusación estuvo bien fundamentada y era apoyada por varios prelados, tanto que ni el rey pudo hacer algo por protegerle. Bonifacio apeló en Roma, pero el papa Inocencio IV restringió sus atribuciones y le obligó a levantar las excomuniones, aunque al mismo tiempo confirmó que tenía derecho a hacer la visita pastoral y la reforma de la archidiócesis y sus sufragáneas. La paz fue restablecida poco a poco y la situación mejoró. No solo pagó las deudas, sino que construyó iglesias, monasterios y hospitales, e hizo próspera la diócesis. Bonifacio fue regente de Inglaterra en ausencia de Enrique. En una ocasión fue legado real en Francia y en otro momento hizo la paz entre las principales facciones de Saboya, que amenazaban la sucesión de los condes.

Bonifacio falleció el 4 de julio de 1247, mientras estaba de visita a sus familiares en Saboya. Fue sepultado en el espléndido panteón familiar del monasterio cisterciense de Hautecombe. Su culto no vino por parte de su Orden, sino que fue la Casa de Saboya la que promovió su culto, aunque ciertamente la Cartuja siempre se enorgulleció de Bonifacio. En 1547 se abrió el sepulcro y se le halló incorrupto, lo que aumentó más aún la devoción de los saboyanos.



16 de julio
Beatas Vírgenes de Orange, mártires
OCIST y OCSO: memoria libre

Durante la Revolución Francesa, el mes de julio de 1794 en Orange treinta y dos gloriosas mártires, monjas de varios institutos, fueron guillotizadas. Encarceladas desde hacía cuatro años habían convertido la prisión en un monasterio. Entre ellas había dos hermanas de la familia Justamond: sor María de San Enrique y sor Sagrado Corazón de María, ambas cistercienses del monasterio de Santa Catalina de Aviñón.

*De la Carta Apostólica “Adolevit Martyrum”, del papa Pío XI
10 de Mayo de 1925. AAS 17, pp. 234-236*

¡Espectáculo digno de la admiración de cielo y tierra!

La Iglesia ha crecido enrojecida con la sangre de los mártires, y ninguna edad ha puesto fin jamás a la serie de los esforzadísimos héroes que dieron testimonio de Jesucristo con el derramamiento de su sangre; siempre aparecen nuevos títulos en los índices de sus fastos.

Tal sucedió en los tiempos aciagos en que, en Francia, a fines del siglo XVIII se desató una cruel persecución promovida por los enemigos del nombre cristiano, en la cual muchos sacerdotes, religiosos y monjas expulsadas de sus claustros, fueron muertas por odio a la fe y sufrieron un glorioso martirio.

Entre estas vírgenes consagradas a Dios, que, emuladoras de las hazañas de los antiguos adalides de la fe, no vacilaron en sufrir por Cristo los tormentos más atroces y perder la misma vida de forma cruenta, hay que contar a treinta y dos monjas. Todas estas siervas de Dios rechazaron los placeres propios de su edad y del mundo y las riquezas, dejaron a sus padres y prefirieron escoger a Jesucristo por Esposo y seguir al Cordero celestial, que se apa-cienta entre azucenas.

Entre los tumultos ciudadanos y los peligros inminentes, las prudentes vírgenes no descuidaron un punto de sus reglas y observancias, ni dejaron de rezar uno solo de los oficios propios, perseverando en la práctica constante de las buenas obras hasta que fueron aherrojadas.

Fueron llevadas a la cárcel pública de Orange, que les sirvió de convento y, aunque cautivas, jamás dejaron de orar y platicar sobre las cosas divinas y demás devociones acostumbradas, a fin de prepararse a la muerte inminente mediante la súplica a Dios.

Entonces se vio claramente cuál es el poder de la fe en Jesucristo; entonces aquellas débiles y mansas mujeres dieron ejemplos admirables de heroica fortaleza. Conducidas al tribunal, sin espantarse, dieron a los impíos jueces respuestas dignas de los antiguos mártires, al usar el lenguaje que emplearon los antiguos defensores de la fe, de acuerdo con la divina promesa: *Lo que tenéis que decir se os inspirará en aquel momento.*

Todas, por conservar la fe, no temieron hacer frente a la muerte. El cuatro del mes de julio de 1794 por primera vez, algunas del escuadrón invencible fueron condenadas e inmediatamente guillotinas, y en nueve ocasiones durante el mismo mes, una tras otra, todas fueron ajusticiadas subiendo al patíbulo de la muerte. Daban gracias a los jueces y a los mismos verdugos por haberles facilitado ir tan pronto a celebrar las Bodas del Cordero; se adelantaban hacia la muerte con rostro alegre y suaves cantos; y, besado el patíbulo, ante la admiración y susto de los mismos que las iban a ejecutar, con gran fortaleza y rebosando de celestial alegría, ofrecieron sus cuellos inocentes a la cuchilla que les iba a segar las cabezas. ¡Espectáculo digno de admiración de cielo y tierra!

O bien:

*De los sermones de san Bernardo, abad de Claraval,
sobre el Cantar de los cantares*

Sermón 47, 4-5: BAC n° 491, pp. 619-621

**Los mártires están expuestos como espectáculo
de los ángeles y los hombres**

El sabio se refiere con razón a un espíritu múltiple, porque bajo la capa de una sola corteza literal se esconden diversos sentidos espirituales. Según las diversas clases de flores, una flor es la virginidad, otra el martirio y otra las buenas obras: la virginidad se halla en el jardín, el martirio en el campo y las buenas obras en la cámara nupcial.

Con toda propiedad la virginidad se asigna al jardín, porque es de suyo pudorosa, rehúye el trato, le agrada la soledad oculta y

soporta bien la disciplina. La flor está encerrada en el jardín, está expuesta en el campo y es derramada en el lecho. Por eso leemos: Eres jardín cerrado, fuente sellada. Este claustro del pudor se sella para guardar la santidad inviolada de la virgen, que debe ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Por otra parte, con la flor del campo se simboliza el martirio, pues los mártires están expuestos al escarnio de todos, como espectáculo de los ángeles y de los hombres. ¿No escuchamos su voz digna de lástima en el Salmo: Fuimos el escarnio de nuestros vecinos y la burla de los que nos rodean? Y a su vez la acción buena se representa con la cámara nupcial, porque da paz y seguridad a la conciencia. Cuando se ha realizado el bien, se duerme con más seguridad y se entra con más confianza en la contemplación profunda y sublime, porque es mayor la seguridad de no haber dejado de hacer las obras de caridad por amor a la propia paz.

En cierto sentido, todo se consume en el Señor Jesús. Él es la flor del jardín, engendrado virgen de un renuevo virgen. Es la flor del campo, el mártir, corona y ejemplar de los mártires. Expulsado de la ciudad, padeció fuera del campamento, elevado sobre un leño, hecho espectáculo e irrisión de todos. También es la flor de la cámara nupcial, espejo y modelo. de toda buena obra, como Él mismo se lo echó en cara a los judíos: He realizado muchas obras buenas entre vosotros. Y la Escritura añade: Pasó haciendo el bien y curando a todos.

Si en el Señor se cumplen estas tres cosas, ¿por qué prefirió llamarse “Flor del campo”? Sin duda para animar a que sufrieran la persecución, inminente ya para Él, a cuantos optasen por vivir santamente en Cristo. Y le seduce definirse a sí mismo bajo ese aspecto en el que desea ser modelo. Es lo que otras veces he dicho: que a la esposa le apetece siempre la paz y Él la incita a la acción, recordándole que debemos pasar mucho para entrar en el Reino de Dios. Por eso cuando se disponía a volver al Padre, después de haberse desposado en la tierra con la nueva Iglesia, les dijo: Llegará el día en que os maten pensando que así dan culto a Dios. Y también: Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Puedes colegir del Evangelio otras muchas cosas semejantes en las que se anuncian los males que han de sobrevenir.

El mismo día 16 de julio

Beatos Claudio Béguinot y Lázaro Tiersot, monjes y mártires —Mártires cartujos de la Revolución Francesa— OCART: 12 lecturas

Claudio Béguinot nació en Langres, Haute-Marne, el 19 de septiembre de 1736. Ingresó en la Orden Cartujana, siendo profeso de la cartuja de Saint Julien. Fue arrestado en abril de 1793, alojado en casa de Caban Vergetier. Fue detenido en la prisión de Saint-Vivien. El 6 de marzo de 1794 fue enviado como deportado a Rochefort, donde estaba el 12 de abril. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 16 de julio de 1794. Persona de gran espiritualidad y santidad de vida que había pasado su vida dedicado a la contemplación de las cosas divinas, era buscado en el barco por todos como el mejor confesor, y su pureza y humildad le hacían recomendable a todos. Fue beatificado, al igual que el P. Savouret y los demás mártires de Rochefort, el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

Lázaro Tiersot nació el 29 de marzo de 1739 en Semur-en-Auxois, Côte-d'Or, Francia. Ingresó en la cartuja de Nuestra Señora de Fontenay, en la que profesó el 18 de diciembre de 1769. En su convento tenía el cargo de vicario. Fue arrestado el 19 de abril de 1793. Llevado a Auxerre, se le juzgó apto para la deportación y con otros catorce compañeros sacerdotes fue enviado en abril de 1794 a los pontones de Rochefort, siendo embarcado en el Washington. Se cree que su enfermedad se debió a que no se acostaba de noche para no quitar sitio a sus compañeros vecinos que lamentaban que apenas se podían estirar cuando se acostaban. Se le propuso ir al hospital pero él respondía que quería morir entre sus hermanos. Mostró gran paciencia, dulzura y espiritualidad.

Sermón del beato Heinrich Seuse

Henri Suso, "L'horloge de la Sagesse", I, 13. P. Ch. Richstätter, Marietti, Turin, 1929

“La Divina Sabiduría dice: agrégate al número de los fuertes; a su ejemplo aprende lo que debes hacer y con qué paciencia debes sostener las adversidades, a fin de que tú también, probado por la tribulación, puedas unirte a este ejército innumerable, en el gozo sin fin. Sube, pues, con corazón magnánimo, levántate hacia lo al-

to, mira atrás y observa la multitud de Santos que ha habido desde el comienzo, y advierte que todos aquellos que me han agradado de una manera especial, fueron particularmente probados en soportar adversidades”. Haciendo caso omiso de muchas otras, me vienen a la mente las palabras del Salmista, hombre según el corazón de Dios: “Me habéis enviado congojas numerosas y terribles, mas volviéndoos a mí, me habéis devuelto la vida, otra vez me habéis sacado de los abismos de la tierra”. ¿Quién osará decir que los Santos mártires son unos holgazanes y gruñones? Ellos han soportado los ultrajes y los golpes, llevado cadenas y puestos en prisión sufrieron toda clase de torturas, y fueron finalmente gloriosamente coronados.

“Si las tribulaciones no afligieran —dice la Divina Sabiduría— no se las podría llamar tribulaciones. Cuando la tribulación está presente, soporta la tristeza. Cuando ha pasado y se la ha vencido, se siente uno muy ligero. Breve es la amargura, pero dilatada la consolación. En fin, la tribulación frecuente es vencida por el hábito, hasta el punto de no parecer casi tribulación, o de parecer ligera. Quien se habitúa a las cosas extraordinarias, le presta poca atención. Empero, una superabundancia divina de dulzura, en tanto que tal, no sería para ti tan meritoria ni tan digna de alabanza como una tribulación soportada con paciencia y con ferviente caridad. A veces se encuentran hombres que enorgullecidos por sus éxitos, cayeron en la ruina, rotos por la adversidad, aflojando en sus resoluciones espirituales. Si tú te distinguieras en la ciencia y penetraras todos los secretos de las artes liberales, si aparecieras admirable en toda disciplina, si sobrepasases a los retóricos y dialécticos por tu elocuencia y la sutilidad de tus argumentos: todas estas cosas te servirán menos para darte una buena vida que aquella otra cosa necesaria a la salvación, a saber: “por la caridad de un corazón puro, con buena conciencia y la fe no fingida”, abandonarte a ti mismo y obedecer pacientemente a su voluntad. En efecto, aquello puede ser común a los buenos y a los malos; pero esto último, no se lo encuentra sino en los elegidos.

Como en la cítara las cuerdas convenientemente tensas dan un sonido agradable, así cada alma cuando está bajo los golpes de la adversidad, cierta fuerza y habilidad la elevan sobre sí para dar una dulce y celeste melodía. Es preciso saber, pues, que la tribulación del tiempo presente es despreciada por este mundo tan loco, pero juzgada como cosa preciosísima a los ojos de Dios, Juez Su-

premo. Ella apacigua la cólera del Juez, y cambia su severidad en amistad y benevolencia. Quien sufre voluntariamente por Dios las adversidades, se asemeja a Cristo paciente y es abrazado por Él con vínculos de particular amor. Su fruto balsámico da un vigor incorruptible. Como la estrella de la mañana anuncia al mundo la próxima salida del sol, así sucede con la tribulación del hombre: ella le muestra la gozosa aproximación del Sol celestial que quiere visitar al alma afligida y atestigua el consuelo interior que se seguirá. Y así como la noche tenebrosa precede al día luminoso, y la aspereza del invierno al gozo del verano, así la tribulación tiene por costumbre preceder al consuelo interior y exterior de las almas buenas.

“Como el arco iris resplandeciente en la nube luminosa” es el signo de la paz de Dios con el género humano, así la tribulación que nos abate es la señal del favor divino para el alma, prelude de la gracia, compañera de la esperanza, madre del amor. Ella protege como un baluarte su vida activa y agudiza finamente el ojo de la contemplación. Ella vuelve espiritual al hombre carnal, y celestial al alma terrestre. Lo que es impedido para difundirse, está constreñido a subir. La tribulación conduce al abandono del mundo, pero engendra la familiaridad con Dios. Ella disminuye, es verdad, el número de amigos de Dios, pero es su costumbre aumentar la gracia. Lo que el Bien Supremo escogió y mereció ser honrado con dilección particular, es rechazado por este mundo como una cosa vil. Empero ella es la vía estrecha, pero segura y corta que conduce a la vida. Aprecia, pues, oh hombre sabio, cuán insensato sería quien no quisiera sufrirla aquí abajo, después de haber meditado a menudo su utilidad.

¡Cuántas almas habrían cometido grandes faltas y hubieran caído en crímenes horrendos, si no hubiesen sido preservadas por una piadosa disposición divina por medio del sufrimiento! En efecto, ¿quién sino la tribulación da un mejor conocimiento de sí mismo a un corazón inflado por el orgullo, a un alma soberbia, a un hombre ambicioso, y le quita toda idea alta de sí mismo, y le inspira la humildad de corazón y le enseña la condescendencia con el prójimo que sufre? El sufrimiento, alimento de la humildad, maestro de la paciencia, guardián de la virginidad, es el procurador de la felicidad eterna. La tribulación es tan saludable que con dificultad se sustrae el alma al influjo de su bondad. Y desde luego, pertenece al número de los principiantes, proficientes y

perfectos. Ella quita la herrumbre de los pecados, procura el crecimiento de las virtudes y confiere la abundancia de las gracias. ¿Qué cosa hay más útil que este precioso tesoro?

En efecto, el sufrimiento elimina los pecados, disminuye el purgatorio, rechaza las tentaciones, extingue los apetitos carnales, renueva el espíritu, refuerza la esperanza. Él vuelve alegre el rostro, trae serenidad a la conciencia y asegura la continua abundancia de goces interiores. El sufrimiento es una bebida que cura, una hierba salutífera, superior a todas las hierbas del paraíso terrestre. Él castiga el cuerpo corruptible, pero fortifica el alma inmortal. El alma devota se enriquece con la tribulación, como las rosas y los lirios son fecundados por el rocío del cielo. Él da la sabiduría, aporta la circunspección, y vuelve más ejercitado al hombre sin experiencia. Quien nunca ha sido tentado, ¿qué conoce? Quien no ha sufrido la adversidad, ¿qué sabe él? El sufrimiento es un don precioso de Dios, es la vara plena de amor, la corrección del padre. Es una invitación a las almas de buena voluntad, y tiene por costumbre atraer hacia él las voluntades rebeldes. De suerte que adversidad o prosperidad son una ayuda para el hombre paciente, sufrido: amigos y enemigos le sirven igualmente.

“Yo, dice la Divina Sabiduría, he creado todo de la nada. Pues bien, yo envíé tribulaciones imprevistas sobre mis elegidos, a fin de que no sean privados de tan inmenso beneficio”. En efecto, por las adversidades se experimenta la virtud, se edifica al prójimo, se glorifica al Señor. La paciencia en las adversidades es “como una columna de humo que exhala mirra, incienso y toda clase de aromas”, cuyo olor suavísimo, desprendido del fuego de la tribulación, sube continuamente delante de mis ojos, me aplaca y tiene en suspenso la admiración de toda la corte celestial. Así como los hombres en este mundo tienen la costumbre de fijar su atención sobre el caballero que combate duramente en el torneo, así toda la asamblea celestial aclama y admira al hombre espiritual que combate animosamente en esta vida. Todos los Santos miran benévola-mente al hombre que sufre, puesto que también ellos durante su vida bebieron el cáliz amargo que el Señor les dio, y ahora animan a las almas temerosas de Dios, y proclaman que el sufrimiento no contiene nada de malo; al contrario, es una bebida saludable. La virtud de la paciencia da la gloria del martirio y la palma de la victoria.

Una joya preciosa en una montura de oro, tal es la paciencia que se demuestra en los sucesos desfavorables. Una gema brillante, un olor perfumado, un panal que destila miel por todas partes: tal es el religioso que camina pacientemente en medio de sus hermanos, y soporta con humor igual sus defectos. Su voz dulce viene de un corazón alegre, y guarda dentro de sí, paladeando el cielo, un canto profundo que no pueden cantar los que no han merecido cantarlo por la paciencia del alma en las adversidades de la vida. ¿Qué más diré aún? Ni la lengua puede expresar, ni la letra escribir cuán útil es soportar, con paciencia las tribulaciones. En verdad, de esto solo no te olvides, de todas las cosas que te he dicho antes: aquellos que sufren son llamados desgraciados por los mundanos, pero “Yo —la Divina Sabiduría— los considero como bienaventurados, pues reinarán conmigo sin fin”.

O bien:

*Lectura tomada de una breve biografía
Del libro “Santos y Beatos de la Cartuja”, de Juan Mayo Escudero*

En 1789 estallaba la Revolución Francesa, en cuyo marco alcanzarían la palma del martirio numerosos sacerdotes, religiosas y seglares que no admitieron vivir sin Dios. A partir de 1790 la persecución arreció luego de la “Constitución Civil del Clero”. En 1792, con el infame y obligatorio juramento que toda persona consagrada debía firmar, concediendo al Estado el poder absoluto, la persecución llegó a sus extremos, pues la mayoría de obispos y presbíteros se negaron a firmarla. En Rochefort fueron hacinados en barcos ochocientos sacerdotes y religiosos que, supuestamente, serían deportados a las Guyanas, pero realmente les dejaron morir, o mejor dicho, vivir para siempre, algunos de ellos ya beatificados por su testimonio, contado por los supervivientes, liberados en 1795.

Entre los mártires tenemos a dos monjes cartujos. Del primero, Claudio Beguignot, se sabe que nació 1736 y que profesó sus votos en la cartuja de Bourfontaine, en 1760. Era un buen monje, que al suprimirse su monasterio por la Revolución, al haberse negado a firmar la “Constitución Civil del Clero” se escondió en la cartuja de Rouen. Pero en 1791, ante la inminente persecución, los monjes de esta cartuja se dispersaron, escondiéndose en diversos sitios. Claudio fue apresado en casa de unos amigos en 1793, y se le

condenó a la deportación en 1794. Fue llevado a un barco de los mencionados antes en Rochefort. Allí padeció unos meses innumerables sufrimientos y privaciones, que llevó con entereza. Falleció el 16 de julio de 1794, a la edad de cincuenta y ocho años.

De él dirá uno de los cartujos sobrevivientes a aquel calvario: “Este santo religioso falleció en el gran hospital, durante mi permanencia en él. Después de haber pasado santamente la mayor parte de su vida en la contemplación y en la práctica de todas las virtudes propias del claustro, la terminó aún más santamente en la profesión de la fe, en medio de las obras penosas de su ministerio sacerdotal, como confesor. Casi todos los enfermos acudían a él, aunque Dom Claudio estuviera tan enfermo como ellos. Tantos trabajos terminaron por enardecer su sangre. A esto se añadió el empeoramiento de una llaga que se había hecho en una pierna, y en tal forma que le ocasionó la muerte. Falleció como había vivido; con las señales de un verdadero predestinado, en el mes de julio de 1794. Con solo ver a este hombre de Dios, se sentía uno atraído por el amor a la penitencia. Llevaba la mortificación de Jesucristo en todo su cuerpo. Nunca se hubiera uno cansado de oírle hablar de Dios, tal era la unción con que lo hacía. (...) Los rasgos de su rostro tenían algo de parecido con los que los artistas acostumbran a representar a san José Benito Labre. Esta es la razón por la que habíamos dado ese mismo nombre a este gran siervo de Dios”.

El beato Lázaro Tiersot nació en 1739 y había profesado sus votos a los treinta años, en la bella cartuja de Fontenay. En 1790 hubo de abandonar su monasterio, para esconderse en Avallon, donde fue apresado en 1793 y encarcelado en Auxerre. Junto a otros quince sacerdotes fue trasladado a los barcos de Rochefort en 1794. Murió el 10 de agosto del mismo año de fiebres. De él tenemos este testimonio: “El primero de nuestro departamento que cayó enfermo fue el Padre Tiersot, cartujo de Avallon, quien había ejercido en otro tiempo el cargo de vicario en su orden. Se atribuyó su enfermedad a la caritativa costumbre que había tomado de no acostarse durante cuatro días, para no molestar a sus vecinos que se quejaban de no disponer de cama. (...) El último día de su enfermedad, algunos de los nuestros le encontraron y le dijeron que pronto volvería a unirse a nosotros en el mismo departamento. Ante esta salida, sonrió y dijo: 'Mañana me toca a mí. Dentro de tres horas ya no estaré más en este mundo'. Es cierto que para

nosotros fue motivo de alegría, ver que uno de los nuestros iba a recibir la recompensa que justamente había merecido por tantos sufrimientos tolerados por causa de la fe; sin embargo, fue también motivo de gran dolor, perder un hombre tan extraordinario. Su sola presencia era suficiente para infundirnos valor y constancia.

Cuando alguno se le quejaba del sufrimiento que tenía que soportar, el cartujo solía responder así: 'Esto no es nada; merecemos mucho más. Quienes eran condenados a las minas en los primeros tiempos de la Iglesia, después de haberles cortado un pie o haberles sacado un ojo, por la confesión de Jesucristo, lo pasaban mucho peor que nosotros'. La dulzura de su carácter, su modestia y humildad, así como su tierna piedad, eran causa de que fuera querido y buscado por todos. Los recién venidos, que aún no le conocían, nos preguntaban al verle: '¿Quién es ese?' Y, sin esperar nuestra respuesta, añadían: '¡Ese Padre es un santo!' Yo tuve el gusto de conocerle en Auxerre y de permanecer en su compañía cerca de diez meses. No vi en él otra cosa, sino muchas y excelentes cualidades, sin ningún defecto. Me admiró, sobre todo, su fortaleza para superar cualquier sufrimiento; austero consigo mismo e indulgente hacia los demás. En él se daban de la mano un gran sentido común, con un profundo conocimiento de la teología”.

Las reliquias de ambos santos mártires son veneradas en la isla de Aix. Fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II, junto a otros 72 mártires de Rochefort.



22 de julio
Santa María Magdalena
memoria

Santa María Magdalena
Patrona de la Congregación
ECMC: fiesta

María Magdalena es considerada entre los discípulos de Jesús. Natural de Magdala, una ciudad importante por la industria pesquera y por el comercio del pescado salado. En el tiempo de Flavio Josefo contaba con cuatro mil habitantes y una flota de doscientas treinta embarcaciones, y era de cultura completamente helena. En las reseñas se describe una iglesia que se dice estaba sobre la casa de la Magdalena. Las excavaciones han identificado un monasterio. Es notable la vía y la torre romana del acueducto, y una pequeña y elegante sala que pudo ser una sinagoga. Encontramos a María Magdalena la mañana de Pascua en el jardín de José de Arimatea, cercano al Gólgota, donde estaba la tumba en la que fue colocado Jesús: María Magdalena inclinada llorando. Una página dulcísima del Evangelio describe el dolor, la sorpresa, la alegría de esta mujer que corre a avisar a los discípulos aún turbados por la muerte en cruz de su maestro. Se la nombra como Apóstol de los Apóstoles a la cual Cristo se revela llamándola por su nombre. Fue sobre todo durante el siglo XII cuando su culto se difundió en la Iglesia occidental.

San Gregorio Magno, Homilía 25 sobre los evangelios
1-2.4-5: PL 76, col. 1189-1193

**Ardía en deseos de Cristo,
a quien pensaba que se lo habían llevado**

María Magdalena, cuando llegó al sepulcro y no encontró allí el cuerpo del Señor, creyó que alguien se lo había llevado, y así lo comunicó a los discípulos. Ellos fueron también al sepulcro, miraron dentro y creyeron que era tal como aquella mujer les había dicho. Y dice el evangelio acerca de ellos: Los discípulos se volvieron a su casa. Y añade a continuación: Fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando.

Lo que hay que considerar en estos hechos es la intensidad del amor que ardía en el corazón de aquella mujer, que no se apartaba del sepulcro, aunque los discípulos se habían marchado de allí. Buscaba al que no había hallado, lo buscaba llorando y, encendida en el fuego de su amor, ardía en deseos de aquel a quien pensaba que se lo habían llevado. Por esto, ella fue la única en verlo entonces, porque se había quedado buscándolo, pues lo que da fuerza a las buenas obras es la perseverancia en ellas, tal como afirma la voz de aquel que es la verdad en persona: El que persevere hasta el final se salvará.

Primero lo buscó, sin encontrarlo; perseveró luego en la búsqueda, y así fue como lo encontró; con la dilación, iba aumentando su deseo, y este deseo aumentado le valió hallar lo que buscaba. Los santos deseos, en efecto, aumentan con la dilación. Si la dilación los enfría, es porque no son o no eran verdaderos deseos. Todo aquel que ha sido capaz de llegar a la verdad es porque ha sentido la fuerza de este amor. Por esto dice David: Mi alma tiene sed de Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Idénticos sentimientos expresa la Iglesia cuando dice, en el Cantar de los cantares: Estoy enferma de amor; y también: Mi alma se derriete.

Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Se le pregunta la causa de su dolor con la finalidad de aumentar su deseo, ya que, al recordarle a quién busca, se enciende con más fuerza el fuego de su amor.

Jesús le dice: “¡María!” Después de haberla llamado con el nombre genérico de “mujer”, sin haber sido reconocido, la llama ahora por su nombre propio. Es como si le dijera:

“Reconoce a aquel que te reconoce a ti. Yo te conozco, no de un modo genérico, como a los demás, sino en especial”.

María, al sentirse llamada por su nombre, reconoce al que lo ha pronunciado, y, al momento, lo llama: “Rabboni”, es decir: “Maestro”, ya que el mismo a quien ella buscaba exteriormente era el que interiormente la instruía para que lo buscase.

O bien:

Sermón de san Ambrosio, obispo y doctor
Expositio Evang. secundum Lc. VI, 17-19. 21-26. 34-35
PL 15, col. 1673-1678. SC 45, pp. 234-241

En todas partes donde oigas que ha llegado el Justo, ya a la casa de un indigno, ya a la casa de un fariseo, apresúrate; consigue la gracia del huésped, consigue el Reino de los cielos, pues “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los cielos hace fuerza y los esforzados se apoderan de él”. En todas partes donde oigas el nombre de Cristo, sal a su encuentro; cualquiera que sea la morada interior en la que sabes que ha entrado el Señor, tú apresúrate también. Cuando hayas encontrado la sabiduría, cuando hayas encontrado la justicia en el interior de alguien, acude a sus pies, es decir, busca al menos la parte inferior de la sabiduría. No te dedignes de los pies; una tocó la fimbria y fue curada. Confiesa tus pecados con las lágrimas; que la justicia celestial diga también de ti: “Con sus lágrimas regó mis pies, y los enjugó con sus cabellos”. Y tal vez Cristo no ha lavado sus pies, para que los lavemos nosotros con nuestras lágrimas. ¡Buenas lágrimas, capaces no sólo de lavar nuestros pecados, sino también de regar los pasos del Verbo celestial para que prosperen en nosotros sus caminos! ¡Buenas lágrimas, donde no sólo se encuentra la redención de los pecados, sino el alimento de los justos! Pues un justo es quien dijo: “Mis lágrimas me sirven de pan”. Y si tú no puedes acercarte a la cabeza de Cristo, que con sus pies Cristo toque tu cabeza. La fimbria de su manto sana, y sanan también sus pies.

Bienaventurado el que puede ungir con óleo los pies de Cristo — Simón no lo había hecho todavía—, pero más feliz aún aquella que los ha ungido con perfume; pues, habiendo concentrado la gracia de muchas flores, expandió olores suaves y variados. Y tal vez nadie pueda ofrecer tal perfume más que la Iglesia sola, que posee innumerables flores con olores variadísimos; ella toma a propósito la apariencia de una pecadora, pues también Cristo ha tomado la figura de pecador. Por lo mismo, nadie puede amar tanto como ella, pues ama en una multitud. Ni siquiera Pedro, que dijo: “Señor, tú sabes que te amo”; ni siquiera Pedro, que se afligió cuando le fue preguntado: “¿Me amas?” —como si se dudase de su amor—

. Luego ni el mismo Pedro, pues era la Iglesia la que amaba en Pedro; ni tampoco Pablo, pues Pablo forma también parte de ella.

Tú también ama mucho, para que se te perdone mucho. Pablo ha pecado mucho: él mismo ha sido perseguidor, más él ha amado mucho, puesto que ha perseverado hasta el martirio; sus innumerables pecados le han sido perdonados porque ha amado mucho; y no perdonó derramar su sangre por el nombre de Dios. Observa el buen orden: en la casa del fariseo está la pecadora, que es glorificada; en la casa de la Ley y de los Profetas no es justificado el fariseo, sino la Iglesia; pues el fariseo no creía y ella sí. Él decía: “Si fuese profeta, sabría quién y qué tal es la mujer que lo toca”. Ahora bien, la casa de la Ley es la Judea; esa Judea donde la Ley está escrita no sobre piedras, sino sobre las tablas del corazón. Allí es justificada la Iglesia, en adelante superior a la Ley: pues la Ley ignora el perdón de los pecados; la Ley no tiene el sacramento donde son purificadas las faltas secretas, y, por lo mismo, lo que falta a la Ley tiene su cumplimiento en el Evangelio.

“Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta”. ¿Quiénes son estos dos deudores? ¿No se trata de dos pueblos: uno constituido por los judíos y el otro por los gentiles, entrampados con el dispensador de los tesoros celestiales? “Uno —dice— debía quinientos denarios y el otro cincuenta”. No es una cosa de poca monta este denario, en el cual se dibuja la imagen del rey y tiene grabado el trofeo del emperador. El dinero que debemos a este acreedor no es material, sino el peso de los méritos, la moneda de las virtudes, cuyo valor se mide por el peso de la gravedad, el brillo de la justicia y el sonido de la alabanza. ¡Ay de mí, si no tengo lo que recibí!, o mejor, ¡qué difícil es que alguien pueda pagar íntegramente su deuda al acreedor! ¡Ay de mí, si no pido: “dame lo que me debes”! Pues el Señor no nos habría enseñado a pedir en la oración que sean perdonadas nuestras deudas si no supiese que difícilmente se encontrarían deudores solventes.

Pero ¿cuál es este pueblo que debe más, sino nosotros a quienes se nos ha confiado también más? A los otros se les han confiado los oráculos de Dios, a nosotros se nos ha confiado el Hijo de la Virgen. Tú tienes un talento, el Hijo de la Virgen; tú tienes el céntuplo, fruto de la fe. Nos ha sido confiado el Emmanuel: Dios con nosotros; nos ha sido confiada la cruz del Señor, su muerte, su resurrección. Aunque Cristo ha padecido por todos, sin embargo,

por nosotros ha padecido de un modo especial, porque él ha padecido por la Iglesia. De esta forma, con toda certeza, debe más quien más recibió, y entre los hombres, más desagrada el que más debe; pero la misericordia de Dios ha cambiado la situación de tal forma, que ame más quien más debe, si consigue la gracia. Pues el que es agradecido posee la gracia, y el que la posee, por el mero hecho de poseerla, paga; porque cuanto más se da a Dios, más se posee; y cuanto más se posee, más se está en condiciones de dar.

Consiguientemente, puesto que nada hay que podamos dar a Dios dignamente, —¿qué le daremos por la humillación de la Encarnación, por los golpes, por la cruz, por la muerte, por la sepultura?— ¡Ay de mí, si no amo! No temo decir: Pedro no ha pagado y él ha amado más; no ha pagado Pablo; ciertamente dio muerte por muerte, pero otras cosas no pagó, pues debía mucho. Escucha a él mismo, que dice que no pagó: “¿Quién le ha dado primero para que él le devuelva?” Aun cuando paguemos cruz por cruz, muerte por muerte, ¿acaso le pagaremos el tener todas las cosas de Él, por Él y en Él? Luego paguemos amor por nuestra deuda, caridad por el beneficio, gratitud por el precio de su sangre; pues ama más aquel a quien más se ha dado.

Que cada uno se dedique a adquirir, con su trabajo y con el esfuerzo de la virtud, un vaso de perfume, no un perfume vulgar o vil, sino un perfume precioso en un vaso de alabastro, un perfume puro. Pues, si recoge las flores de la fe y predica a Jesús crucificado, se derrama el perfume de su fe por toda la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, muerto por el mundo, y que descansa en Dios. Toda la casa comienza a oler la pasión del Señor; comienza a oler su muerte; comienza a oler su resurrección, de tal forma que todo el que forma parte de este pueblo santo puede decir: “Dios me libre de gloriarme si ni es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. El olor se expande, se exhala el perfume sobre todo el cuerpo, si alguien —¡ojalá también yo!— puede decir: “El mundo está crucificado para mí”. Para el que no ama las riquezas, ni los honores del mundo, ni lo que es suyo, sino lo de Cristo; para el que no ama lo que se ve, sino lo que no se ve; para el que no está apegado a la vida, sino que desea disolverse y estar con Cristo, el mundo está crucificado.

Esto es tomar la cruz y seguir a Cristo, a fin de que nosotros también muramos y seamos sepultados con Él, a fin de que podamos exhalar el perfume que esta mujer ha empleado con vistas

a su sepultura. No es un perfume de bajo precio, éste por el cual el nombre de Cristo se ha extendido por todas partes. De aquí el dicho profético: “Tu nombre es como un bálsamo fragante”, expandido, para que la fe exhale más este perfume. Gracias a esta mujer, entendemos lo que dijo el Apóstol: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Pues si en esta mujer no hubiera abundado el pecado, tampoco hubiera sobreabundado la gracia; ella ha reconocido su pecado y ha conseguido la gracia. Por eso es necesaria la Ley: por la Ley reconozco mi pecado. Si no hubiese Ley, el pecado estaría oculto; reconociendo mi pecado, pido perdón. Por la Ley, pues, reconozco las clases de pecados, el crimen de mi prevaricación; corro a la penitencia y obtengo la gracia. Luego la Ley procura el bien, puesto que ella lleva a la gracia.

O bien:

Sermón de san Gregorio Magno, papa y doctor

Hom. 33, 1-2. 7-8; 25, 1-2. 4-5. 10. PL 76, col. 1239-1244; 1189-1196

Al pensar en la penitencia de María Magdalena, mejor que decir algo, quisiera llorar; pues ¿a qué corazón, aunque sea de piedra, no movería a imitar su penitencia las lágrimas de esta pecadora? Porque ella consideró lo que había hecho y no quiso poner coto a lo que había de hacer: ella se presentó en medio de los comensales, llegó sin ser llamada y ofrendó sus lágrimas en medio del festín. Deducid qué amor la abrasaría, cuando no se avergüenza de llorar en medio de un banquete. Mas he aquí que se puso a mirar las manchas de su torpe vida y corrió, para ser lavada, a la fuente de la misericordia, sin avergonzarse de los convidados; porque, como ella se avergonzaba gravemente de sí misma en su interior, no creyó que hubiese exteriormente cosa que la avergonzara. ¿Y qué admiramos más, hermanos carísimos, el que María venga o el que la reciba el Señor? ¿Que la recibe diré o que la trae? Pero mejor diré que la trae y la recibe; porque sin duda, Él, que con su mansedumbre la recibió exteriormente, interiormente la trajo con su misericordia. Bien: recorriendo el texto del Evangelio, veamos también ya el orden por el que vino a ser sanada.

“Trajo un vaso de alabastro, lleno de bálsamo, y arrimándose por detrás a los pies de Jesús, comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo”. Es cosa clara, hermanos, que

aquella mujer, mientras estuvo dada a las obras ilícitas, llevó consigo el bálsamo para perfumar su cuerpo; de manera que aquello que antes torpemente había aplicado a sí, ahora laudablemente lo ofrecía a Dios; con los ojos había deseado lo terreno, pero ya, afligiéndolos por el arrepentimiento, lloraba; había exhibido sus cabellos, adornando su rostro, pero ahora con los cabellos limpiaba las lágrimas; había hablado con labios altaneros, pero ya, besando los pies del Señor, los imprimía en las plantas de su Redentor. Luego cuantos deleites tuvo, otros tantos holocaustos halló en sí. El número de sus delitos lo convirtió en número de virtudes, para que cuanto por su parte había despreciado culpablemente a Dios, todo ello sirviera a Dios en penitencia.

Consideremos ahora cuán grande misericordia fue, no ya recibir con Él a la mujer pecadora, sino el consentirle, además, que enjugase sus pies. Consideremos la gracia de Dios misericordioso y condenemos nuestros muchos pecados. Ya lo estáis viendo: Él ve a los pecadores y los aguanta; soporta a los que están resistiéndolo y, no obstante, a diario los está llamando con su clemencia por medio del Evangelio; está deseando que hagamos una confesión sincera, y perdonar todos nuestros delitos. Con la misericordia del Redentor nos mitigó el rigor de la Ley, pues en ella está escrito: “El que hiciere esto y aquello, muera de muerte; el que hiciere esto y aquello, sea apedreado”; mas nuestro Creador apareció hecho hombre, y a quien confiese los pecados promete, no el castigo, sino la vida; recibe a la mujer que confiesa sus llagas y la despide curada. Luego su misericordia trocó el rigor de la Ley, puesto que a los que ésta condena justamente, Él los libra misericordiosamente.

Ella, que antes, cuando pecaba, habíase mantenido fría, después, cuando amó, ardía en llama viva. En efecto, luego que llegó al sepulcro y no encontró allí el cuerpo del Señor, creyó que había sido robado y corrió a contárselo a los discípulos, los cuales, cuando llegaron, comprobaron ser verdad lo que les había dicho la mujer, y lo creyeron. De ellos se ha escrito poco antes: “Con esto se volvieron otra vez los discípulos a casa”; y después se agrega: “Entretanto, María estaba fuera llorando”. En lo cual se debe considerar cuán grande sería el amor que ardía en el corazón de esta mujer, que no se apartaba del sepulcro del Señor aun después de haberse retirado los discípulos. Buscaba al que no hallaba, y, buscándolo, lloraba; e, inflamada en el fuego de su amor, ardía en deseos de

encontrar al que creyó robado. De aquí resultó que al cabo lo viera solamente ella, que había perseverado en buscarlo.

Tenemos ya que María, llorando, se inclinó y miró al sepulcro. Ciertamente que ya había visto antes vacío el sepulcro y ya había anunciado que el Señor había sido robado. ¿Qué significa, pues, el que de nuevo se inclina y otra vez quiere verlo, sino que al amante no le basta haber mirado una vez, porque la fuerza del amor acrecienta el deseo de inquirir? Como hemos dicho, los santos deseos crecen con la dilación; pues, si con la dilación desfallecen, no fueron deseos verdaderos. En este deseo ha ardido todo el que ha logrado llegar a la Verdad; que por eso dice David: “Sedienta del Dios fuerte y vivo está mi alma. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!” Así es que nos amonesta diciendo: “Buscad sin cesar su rostro”; y por eso el profeta dice: “Mi alma te deseó en la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas me dirigiré a ti desde que amanezca”; y por lo mismo la Iglesia dice otra vez en el Cantar de los Cantares: “Desfallezco de amor”. Porque justo es que con ver al médico logre la salud quien, por desearlo ardientemente, tiene llagado de amor su corazón. De ahí que nuevamente dice: “Mi alma había quedado desmayada al eco de su voz”. Luego el alma del hombre que no busca el rostro de su Creador está endurecida en el mal, porque permanece fría en su interior; pero, si comencare a inflamarse en tal deseo, desmayada por el fuego del amor, corre en seguimiento del que ama; tórnase ansiosa con el deseo, tiene por viles cuantas cosas antes le placían; fuera del Creador, nada le agrada; y cuanto anteriormente deleitaba su ánimo, se le hace después por demás pesado; nada alivia su tristeza mientras no llega a ver al que desea; el alma se angustia; la misma luz le causa fastidio; y con tal fuego en el alma consúmese la herrumbre de la culpa y queda el alma en deseos encendida como un ascua de oro; porque con sus costumbres había perdido la hermosura y con este incendio resplandece.

“Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vio a Jesús en pie, más no conocía que fuese Jesús”. Es de notar que María, que aún dudaba de la resurrección del Señor, se volvió hacia atrás para ver al Señor, o sea, que por su misma duda había como vuelto la espalda a la cara de Señor, de quien ni pensaba siquiera que habría resucitado; y así, porque amaba y no creía, veía y no conocía a Aquel a quien el amor hábale hecho presente y la duda lo hacía desconocido. Desconocimiento que se expresa también cuando se añade:

“Mas no conocía que fuese Jesús”. El cual le dijo: “Mujer, por qué lloras? ¿A quién buscas?” Le pregunta la causa de su llanto para que creciera el deseo, para que al nombrar a quien buscaba se abrazara más en su amor. Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dijo: “Señor, si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré”. Seguramente que esta mujer, que creyó que Jesús era el hortelano, aún equivocándose, no se equivocó. ¿O es que no era para ella hortelano espiritual quien por medio de su amor plantaba en su pecho las semillas vivas de las virtudes? Mas, ¿qué significa el que, habiendo visto al que creyó ser el hortelano, sin haberle dicho aún a quién buscaba le dice: “Señor, si tú lo has llevado”? Pues, cual si ya hubiera dicho por cuyo amor lloraba, nombró a quien no había nombrado; que esto suele hacer en el alma la fuerza del amor, creer que nadie desconoce a aquel en quien ella está siempre pensando. Pues de igual modo, esta mujer tampoco dice a quién busca, y, no obstante, dice: “Si tú lo has llevado”; porque piensa que ninguno ignora a quien llora ella así con un constante anhelo. Dícele Jesús: “¡María!” Después de haberla nombrado mujer, por el nombre común a su sexo, y no fue reconocido, la llama por su nombre. Como si claramente le dijera: “Reconoce a quien te conoce”.

Magdalena halló vivo al que buscaba muerto; y halló en Él tanta gracia, que ella misma vino a anunciarlo a sus apóstoles, esto es, a sus nuncios. Por tanto, hermanos, ¿qué es lo que aquí debemos contemplar, si no es la inmensa misericordia de nuestro Hacedor, quien, para muestra, nos ha puesto por ejemplares de penitencia a aquellos que, después de la caída, hizo vivir por medio de la penitencia? Yo estoy mirando a Pedro, me fijo en el ladrón, miro a Zaqueo, veo a María, y no hallo en ellos sino modelos de esperanza y de penitencia puestos delante de nuestros ojos. Tal vez alguno ha decaído en la fe: mire a Pedro, que lloró amargamente porque, tímido, negó.

Otro ha sido cruelmente malo para con su prójimo: mire al ladrón, que en el mismo trance de la muerte, arrepentido, alcanzó los premios de la vida. Otro, abrasado en la fiebre de la avaricia, arrebató lo ajeno: mire a Zaqueo, que si quitó algo a otro, devolvió el cuádruplo. Otro, inflamado en el ardor de la liviandad, perdió la pureza de la carne; mire a María, que con el fuego del amor divino redujo a cenizas el amor carnal. Ánimo, que Dios omnipotente por doquiera nos pone a la vista a quienes debemos imitar; doquiera

nos muestra ejemplos de misericordia. Desagrádenos los males ya experimentados; Dios omnipotente se olvida gustoso que hemos sido malos; dispuesto está a considerar por inocencia nuestra penitencia. Manchados después de las aguas saludables del bautismo, renazcamos de las lágrimas.

O bien:

Sermón de san Bernardino de Siena, presbítero

Sermo 46. Venetiis, 1745, t. II, pp. 270 y ss

“Amó mucho”

Grande es la fuerza del amor, y nadie puede fácilmente resistirla; todo lo vence, todo se lo somete, obliga a todo a conspirar a sus fines. Vence a los enemigos amándolos, y hace amigos suyos hasta a los inicuos. Si el amor no encontrase enemigos, no podría obtener esa victoria. Éste fue el insuperable amor de la Magdalena, que sobrepasó al del fariseo que la creía pecadora; venció a su hermana Marta, que la consideraba ociosa; venció a Judas, que la acusaba de pródiga. Y es que había dicho a su Maestro aquello de Job: “Ponme cerca de ti, y pelee contra mí quien quisiere”. Tan fuerte fue este amor en la Magdalena, que venció hasta a Cristo, puesto que le obligó a derramar lágrimas para resucitar a Lázaro. ¡Oh insuperable amor de la Magdalena, que por tu inmensa fuerza venciste al Invencible!

Un amor infatigable inflamó el corazón de la Magdalena. El Dios a quien toda criatura confiesa diciendo: “Mi Dios eres tú, que no necesitas de mis bienes”, ése mismo ama a los hombres y lo único que pide de ellos es amor, cosa no difícil de ofrecer, pues san Agustín dice que el amor desconoce la palabra “dificultad”. Quien ama dará mucho al amigo, y todavía pensará que da poco o nada. A Jacob le parecieron los largos años de servicio como unos pocos días, porque estaba enamorado, la fuerza del amor hace que el verdadero amante no conceda importancia a cualquier cosa que sufra por el amado, ni piensa en otra cosa sino en el amado, a quien lleva como un sello sobre el corazón y sobre el brazo, como quería el Esposo de los Cantares. Así se consagró la Magdalena enteramente al amor de Cristo; por eso lo escuchaba infatigablemente, lo siguió con la misma constancia en la vida y en la muerte, preparando los aromas para ungir su cadáver. Iba una y otra

vez al sepulcro, siempre en busca del amor de su alma. Y después de todo esto estimaba que no había hecho nada de extraordinario por su Amado.

La desaparición del objeto amado aumenta el deseo, y cuanto más ardientemente se ansía, más se sufre con la desaparición. Por eso la Magdalena repetía aquello de los Cantares: “Decid a mi Amado que languidezco de amor”, de amor a Jesús, mi Señor y Redentor. Esta amorosa languidez no era otra cosa sino la tristeza que invade al amante cuando el amado falta. Oh presente ausencia, oh ausente presencia del Amado, alma bendita, que al mismo tiempo se perdía y se poseía. No podía ella quedar satisfecha con el deseo, porque no ansiaba sino desear: en efecto, el deseo es el hambre del alma. Por eso esta alma amando a Dios no se saciaba de amor puesto que Dios es amor, el que lo ama, ama el amor. Y el amor del amor forma un círculo que no tiene fin o medida. Oh amor insaciable el de la Magdalena, amor voraz que de la riqueza engendraba pobreza; estando gustando las delicias divinas, ardías en mayores deseos, pues si recibías en plenitud, no sin embargo hasta la saciedad. Como dice el Eclesiástico: “Los que me comen tendrán más hambre —dice el Señor—”. ¡Oh buen Dios! Amaros es comeros: ¿Cómo alimentáis a los que os aman de suerte que tengan más hambre, sino porque Vos sois al mismo tiempo comida y hambre de comida? Por eso quien no ha gustado de Vos nunca, no sabe lo que es tener hambre; pues para eso dais de comer, para producir hambre.

No me engaño juzgando que sería inútil tratar de calmar o mitigar el dolor de esta alma hambrienta, que languidece y pena, e intentar levantarla de su decaimiento, pues para ello sería preciso que Dios le curase su herida de amor. De modo que esta sagrada aflicción interior no puede ser mitigada con humana consolación; porque, habiendo perdido la suavidad interna, su pena no puede ser aliviada exteriormente, más aún, resúltanle importunos los consoladores, como al santo Job. Esto lo sentía en su espíritu la Magdalena, que decía con el Profeta: “Mi alma rehusó el consuelo; me acordé de Dios, y quedé consolada”. No puedo comparar la criatura con el Creador, no puedo hallar dulzura en la tierra, pues todo me parece oscuro en comparación de Cristo mi amor, Luz resplandeciente. Feliz tristeza que no provenía de apego a las criaturas sino al Creador; que no se quejaba de nada de la vida pre-

sente. Digna era de tener por consolador al Dios de toda consolación, la que rechazaba todo consuelo de las criaturas.

No podía hallar lenitivo fuera de Dios, quien había aprendido a no amar nada fuera de Él. Sólo podía consolarla el que era su Huésped, el Dios que es amor. El cual, si bien nunca falta a los justos en cuanto al mérito, muchas veces se les ausenta en cuanto a la consolación; la ausencia de Dios aumenta el mérito, mas su presencia llena de consolación. En el primer caso, Dios se complace en el alma; en el segundo, el alma se deleita en Dios. El primer estado es más útil, el segundo más agradable. La Magdalena tenía en sí esta suavidad, pero permanecía oculta, no la sentía su corazón de modo sensible. Con la demora del Esposo, la Magdalena, por su gran deseo, no podía dormirse ni dormitar como las vírgenes necias, sino que, excitada con continuos suspiros y gemidos del corazón, no conseguía dominar su dolor ni esconder el fuego que ardía en él. Tampoco podía escuchar a la razón, porque el amor ignora el modo y medida. La única cosa en que podía pensar era cómo recuperar la anterior fruición del Amado, cuya prisa en volver le parecía a ella tardanza.

El ojo de este amor era casto, columbino, no buscaba el deleite de las cosas humanas, sino que en lo transitorio contemplaba lo eterno. Era en Magdalena su ojo recto sincero, bien intencionado y puro, sin desviarse hacia lo malo ni apegarse a lo terreno; ojo simple y prudente, no turbado por ninguna mala sospecha, nunca solicitado por la curiosidad, atento siempre a Aquel a quien los Ángeles desean contemplar. Porque un amor vehemente no soporta no ver a quien ama; el amor es el ojo, y amar es ver. Con este ojo hirió al mismo Dios-amor, como se le dice en los Cantares: “Llagaste mi corazón, hermana mía esposa, llagaste mi corazón con una mirada de tus ojos”.

Esta gran santa Magdalena estaba iluminada por tal esplendor de fe, fortalecida por la fuerza de tan gran esperanza, inflamada por tan divino amor, que podía decir con el Salmista: “El Señor es mi luz, —he aquí la fe— y mi salvación —he aquí la esperanza—: ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida, ¿de quién temblaré?” Ved aquí el ardentísimo amor, que echa fuera el temor. Esta seguridad es aquella paz que atrae el espíritu al recogimiento interior; paz que lleva a olvidar lo exterior, que agudiza el ingenio, que alumbra la razón, llena los deseos del corazón, absorbe el entendimiento, libera de toda concupiscencia y de todo temor. Apa-

centada con esta paz, decía la Magdalena con el Salmista: “En paz dormiré y descansaré”. Considerad, os ruego, lo que quiere significar al decir “dormiré”: pensad lo que hace el sueño natural en el hombre. Porque este sueño suplanta a los sentidos corporales: priva del uso de la vista, del oído, del olfato y de los demás sentidos, e incluso de los miembros. Pues, así como por el sueño exterior se duermen todos los sentidos corporales, así por este sueño interior de la Magdalena, de que hablamos, quedaban eclipsados todos sus sentidos internos, pues le absorbía los pensamientos, la imaginación y la memoria.

Como la gota de agua mezclada con vino parece desaparecer totalmente, adquiriendo el sabor, el color y la fuerza del licor al que se junta, así los piadosos y reiterados afectos y gemidos de la Magdalena, absorbidos en Dios, no revelaban los propios sentimientos, sino los sentimientos de Cristo Jesús, conforme Él había dicho: “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón”. Y el salmo dice: “Un abismo atrae a otro abismo”; porque el abismo de la divina inmensidad atrae, transformándolo, al abismo de la humana nulidad. La naturaleza del amor ardiente es tal que pone todo su empeño y encendido deseo no sólo en vivir en la intimidad de su amado, sino también en hacerse en cierto modo una misma cosa con él. Y el amor de Dios llega a superar esto incomparablemente, pues el alma que ama a Dios lo prefiere a sí misma, llegando a olvidarse de ella y aniquilarse por amor de Él. Sin embargo, esto no lo puede conseguir plenamente en esta vida, sino sólo en la gloria sempiterna.

O bien:

María Magdalena, la enamorada de Dios
Reflexión del P. Juan J. Ferrán, lc. Fuente: catholic.net

María de Betania, la pecadora convertida

Realmente nos encontramos en el Evangelio a un personaje muy especial del que nos pareciera saberlo todo y del que casi no sabemos nada: María Magdalena. Magdalena no es un apellido, sino un toponímico. Se trata de una María de Magdala, ciudad situada al norte de Tiberíades. Sólo sabemos de ella que Cristo la libró de siete demonios (Lc 8, 2) y que acompañaba a Cristo formando parte de un grupo grande mujeres que le servían. Los momentos

culminantes de su vida fueron su presencia ante la Cruz de Cristo, junto a María, y, sobre todo, el ser testigo directo y casi primero de la Resurrección del Señor. A María Magdalena se le ha querido unir con la pecadora pública que encontró a Cristo en casa de Simón el fariseo y con María de Betania. No se puede afirmar esto y tampoco lo contrario, aunque parece que María Magdalena es otra figura distintas a las anteriores. El rostro de esta mujer en el evangelio es, sin embargo, muy especial: era una mujer enamorada de Cristo, dispuesta a todo por él, un ejemplo maravilloso de fe en el Hijo de Dios. Todo parece que comenzó cuando Jesús sacó de ella siete demonios, es decir, según el parecer de los entendidos, cuando Cristo la curó de una grave enfermedad.

María Magdalena es un lucero rutilante en la ciencia del amor a Dios en la persona de Jesús. ¿Qué fue lo que a aquella mujer le hechizó en la persona de Cristo? ¿Por qué aquella mujer se convirtió de repente en una seguidora ardiente y fiel de Jesús? ¿Por qué para aquella mujer, tras la muerte de Cristo, todo se había acabado? María Magdalena se encontró con Cristo, después de que él le sacara aquellos “siete demonios”. Es como si dijera que encontró el “todo”, después de vivir en la “nada”, en el “vacío”. Y allí comenzó aquella historia.

El amor de María Magdalena a Jesús fue un amor fiel, purificado en el sufrimiento y en el dolor. Cuando todos los apóstoles huyeron tras el prendimiento de Cristo, María Magdalena estuvo siempre a su lado, y así la encontramos de pié al lado de la Cruz. No fue un amor fácil. El amor llevó a María Magdalena a involucrarse en el fracaso de Cristo, a recibir sobre sí los insultos a Cristo, a compartir con él aquella muerte tan horrible en la cruz. Allí el amor de María Magdalena se hizo maduro, adulto, sólido. A quien Dios no le ha costado en la vida, difícilmente entenderá lo que es amarle. Amor y dolor son realidades que siempre van unidas, hasta el punto de que no pueden existir la una sin la otra.

El amor de María Magdalena a Cristo fue un amor total. “Para mí la vida es Cristo”, repetiría después otro de los grandes enamorados de Cristo. Comprobamos este amor en aquella escena tan bella de María Magdalena junto al sepulcro vacío. Está hundida porque le han quitado al Maestro y no sabe dónde lo han puesto. La muerte de Cristo fue para María un golpe terrible. Para ella la vida sin Cristo ya no tenía sentido. Por ello, el Resucitado va enseguida a rescatarla. Se trata seguro de una de las primeras apari-

ciones de Cristo. Era tan profundo su amor que ella no podía concebir una vida sin aquella presencia que daba sentido a todo su ser y a todas sus aspiraciones en esta vida. Tras constatar que ha resucitado se lanza a sus pies con el fin de agarrarse a ellos e impedir que el Señor vuelva a salir de su vida.

El amor de María Magdalena a Cristo fue un amor de entrega y servicio. Nos dice el Evangelio que María Magdalena formaba parte de aquel grupo de mujeres que seguía y servía a Cristo. El amor la había convertido a esta mujer en una servidora entregada, alegre y generosa. Servir a quien se ama no es una carga, es un honor. El amor siempre exige entrega real, porque el amor no son palabras solo, sino hechos y hechos verdaderos. Un amor no acompañado de obras es falso. Hay quienes dicen “Señor, Señor, pero después no hacen lo que se les pide”. María Magdalena no sólo servía a Cristo, sino que encontraba gusto y alegría en aquel servicio. Era para ella, una mujer tal vez pecadora antes, un privilegio haber sido elegida para servir al Señor.

(...) En primer lugar, podemos vivir el amor a Dios en una vida intensa y profunda de oración, que abarca tanto los sacramentos como la oración misma, además de vivir en la presencia de Dios. En estos momentos además nuestra relación con Dios ha de ser íntima, cordial, cálida. Hay que procurar conectar con Dios como persona, como amigo, como confidente. Hay que gozar de las cosas de Dios; hay que sentirse tristes sin las cosas de Dios; hay que llegar a sentir necesarias las cosas de Dios.

En segundo lugar, tenemos que vivir el amor a Dios en la rectitud y coherencia de nuestros actos. Cada cosa que hagamos ha de ser un monumento a su amor. Toda nuestra vida desde que los levantamos hasta que nos acostamos ha de ser en su honor y gloria. No podemos separar nuestra vida diaria con sus pequeñeces y grandezas del amor a Dios. No tenemos más que ofrecerle a Dios. Ahí radica precisamente la grandeza de Dios que acoge con infinito cariño esas obras tan pequeñas. De todas formas la verdad del amor siempre está en lo pequeño, porque lo pequeño es posible, es cotidiano, es frecuente. Las cosas grandes no siempre están al alcance de todos. Además el que es fiel en lo pequeño, lo será en lo mucho.

Y en tercer lugar, tenemos que vivir el amor a Dios en la entrega real y veraz al prójimo por Él. “Si alguno dice: Yo amo a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su her-

mano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). El amor a Dios en el prójimo es difícil, pero es muchas veces el más veraz. Hay que saber que se está amando a Dios cuando se dice no al egoísmo, al rencor, al odio, a la calumnia, a la crítica, a la acepción de personas, al juicio temerario, al desprecio, a la indiferencia, a etiquetar a los demás; y cuando se dice sí a la bondad, a la generosidad, a la mansedumbre, al sacrificio, al respeto, a la amistad, a la comprensión, al buen hablar. La caridad con el prójimo va íntimamente ligada a la caridad hacia Dios. Es una expresión real del amor a Dios.



23 de julio
Santa Brígida de Suecia, religiosa
Co-Patrona de Europa
Memoria libre

Nació en Suecia el año 1303. Contrajo matrimonio todavía joven y tuvo ocho hijos, a los que educó muy bien. Se inscribió en la Tercera Orden Franciscana y después de la muerte de su marido intensificó su ascesis sin cambiar de estado. Más adelante fundó una orden religiosa y se trasladó a Roma. Fue ejemplo de grandes virtudes; emprendió varias peregrinaciones por espíritu de penitencia y escribió obras donde explica sus propias experiencias místicas. Murió en Roma el año 1373.

De las Oraciones atribuidas a santa Brígida
Oración 2: Revelationum S. Birgittae libri, 2, Roma 1628

Elevación de la mente a Cristo Salvador

Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que anunciaste por adelantado tu muerte y, en la última cena, consagraste el pan material, convirtiéndolo en tu cuerpo glorioso, y por tu amor lo diste a los apóstoles como memorial de tu dignísima pasión, y les lavaste los pies con tus santas manos preciosas, mostrando así humildemente tu máxima humildad.

Honor a ti, mi Señor Jesucristo, porque el temor de la pasión y la muerte hizo que tu cuerpo inocente sudara sangre, sin que ello fuera obstáculo para llevar a término tu designio de redimirnos, mostrando así de manera bien clara tu caridad para con el género humano.

Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que fuiste llevado ante Caifás, y tú, que eres el juez de todos, permitiste humildemente ser entregado a Pilato para ser juzgado por él.

Gloria a ti, mi Señor Jesucristo, por las burlas que soportaste cuando fuiste revestido de púrpura y coronado con punzantes espinas, y aguantaste con una paciencia inagotable que fuera escupida tu faz gloriosa, que te taparan los ojos y que unas manos brutales golpearan sin piedad tu mejilla y tu cuello.

Alabanza a ti, mi Señor Jesucristo, que te dejaste ligar a la columna para ser cruelmente flagelado, que permitiste que te lleva-

ran ante el tribunal de Pilato cubierto de sangre, apareciendo a la vista de todos como el Cordero inocente.

Honor a ti, mi Señor Jesucristo, que, con todo tu glorioso cuerpo ensangrentado, fuiste condenado a muerte de cruz, cargaste sobre tus sagrados hombros el madero, fuiste llevado inhumanamente al lugar del suplicio, despojado de tus vestiduras, y así quisiste ser clavado en la cruz.

Honor para siempre a ti, mi Señor Jesucristo, que, en medio de tales angustias, te dignaste mirar con amor a tu dignísima madre, que nunca pecó ni consintió jamás la más leve falta; y, para consolarla, la confiaste a tu discípulo para que cuidara de ella con toda fidelidad.

Bendito seas por siempre, mi Señor Jesucristo, que, cuando estabas agonizando, diste a todos los pecadores la esperanza del perdón, al prometer misericordiosamente la gloria del paraíso al ladrón arrepentido.

Alabanza eterna a ti, mi Señor Jesucristo, por todos y cada uno de los momentos que en la cruz sufriste las mayores amarguras y angustias por nosotros, pecadores; porque los dolores agudísimos procedentes de tus heridas penetraban intensamente en tu alma bienaventurada y atravesaban cruelmente tu corazón sagrado, hasta que dejó de latir y exhalaste el espíritu e, inclinando la cabeza, lo encomendaste humildemente a Dios, tu Padre, quedando tu cuerpo invadido por la rigidez de la muerte.

Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que con tu sangre preciosa y tu muerte sagrada redimiste las almas y, por tu misericordia, las llevaste del destierro a la vida eterna.

Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que, por nuestra salvación, permitiste que tu costado y tu corazón fueran atravesados por la lanza y, para redimirnos, hiciste que de él brotara con abundancia tu sangre preciosa mezclada con agua.

Gloria a ti, mi Señor Jesucristo, porque quisiste que tu cuerpo bendito fuera bajado de la cruz por tus amigos y reclinado en los brazos de tu afligidísima madre, y que ella lo envolviera en lienzos y fuera enterrado en el sepulcro, permitiendo que unos soldados montaran allí guardia.

Honor por siempre a ti, mi Señor Jesucristo, que enviaste el Espíritu Santo a los corazones de los discípulos y aumentaste en sus almas el inmenso amor divino.

Bendito seas tú, glorificado y alabado por los siglos, mi Señor Jesús, que estás sentado sobre el trono en tu reino de los cielos, en la gloria de tu divinidad, viviendo corporalmente con todos tus miembros santísimos, que tomaste de la carne de la Virgen. Y así has de venir el día del juicio a juzgar a las almas de todos los vivos y los muertos: tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

O bien:

*De la bula del papa Bonifacio IX
para la canonización de santa Brígida
Magnum Bullarium Romanum III/1, pp. 388-391*

La alabarán en los atrios del santuario por sus buenas obras

Últimamente, para que también desde el norte llegase algo bueno, el agricultor celestial, visitando su viña como de costumbre, envió para cultivarla a una mujer fuerte, llegada de tierras lejanas, de donde ella misma ya se trajo su jornal: La bienaventurada Brigit, a quien popularmente llaman Brígida, debe ser incorporada por sus méritos a los coros de los santos, aunque en realidad ya forma parte de ellos.

Esta santa viuda, consagrada a Dios desde su juventud, se entregaba sin cesar a oraciones y ayunos, y libre del matrimonio y de sus vínculos legales, como aquella nave mercante anunciada por el Espíritu Santo, que trae pan desde lejos, salió de su patria y de su parentela, y llegó a la Ciudad Eterna, y luego a Jerusalén.

Considerando qué camino debía seguir para no comer ociosa su pan, abrió sus manos a los necesitados y las tendió a los pobres. Por el amor de Dios sirvió con caridad inagotable a indigentes, enfermos y desgraciados.

A sus propias expensas hizo construir canónicamente en el lugar de Vadstena de la diócesis de Linkoping un venerable monasterio para sesenta monjas de clausura y para veinticinco agustinos del Santísimo Salvador. Habiéndoseles asignado una dotación suficiente, monjas y frailes deben observar ciertas constituciones redactadas por esta santa viuda y aprobadas por la Sede Apostólica.

Había en ella una admirable paciencia, así que toleró sin queja ni protesta las enfermedades corporales, las ofensas sufridas, la

muerte de su marido y de su hijo Carlos, y otras contrariedades, bendiciendo siempre en todo a Dios con grandísima humildad.

Por tales obras santas y renovadas sin cesar, y por la gracia del Espíritu Santo esta viuda generosa mereció descubrir las preocupaciones, inclinaciones y secretos de muchos, y también contemplar y oír revelaciones, y vaticinar con espíritu profético muchas cosas, algunas de las cuales se han cumplido ya, tal como se hallan minuciosamente descritas en el libro de sus revelaciones.

Ya que por la acción del Espíritu Santo y por sus excelentes méritos esta viuda diligente ilumina a la Iglesia militante desde la gloria de Dios Padre, y Nos mismo conocemos bien su bondad y sus trabajos, consideramos que no debería apagarse la lámpara de sus virtudes ni siquiera tras la noche de su muerte.

Colocada sobre el lampadario y no bajo el celemín, su luz inextinguible se extiende por toda la casa de Dios. Por lo tanto, ¿cómo no vamos a levantarnos los hijos de la Santa Madre Iglesia para proclamarla bienaventurada y para ofrecerle dones, y cómo no alabarla en los atrios del santuario por sus buenas obras?



29 de julio

**Santos Marta, María y Lázaro,
amigos y hospederos del Señor**

OSB, OCIST, OCSO, ECMC: memoria

Los amigos del Señor, Marta, María y Lázaro, lo acogieron de buena gana en su casa de Betania, cerca de Jerusalén. El culto a los santos es muy antiguo y completamente justificado por los Evangelios. Todos los cristianos de las diferentes tradiciones litúrgicas han mostrado siempre gran amor y aprecio por estos primeros discípulos amigos del Señor, tan singularmente implicados en su historia y ministerio. Lázaro es el amigo de Jesús, porque Jesús le ama y lo elige para mostrar en él, muerto y resucitado, la gloria del Padre. La personalidad de Lázaro está envuelta en silencioso abandono al misterio de un amor de predilección que se cumple a través de la ausencia aparente del amigo, la muerte, y, por último, la resurrección para gloria del Padre. Igualmente, la fisonomía espiritual y la vocación de Marta y de María están claramente descritas por los evangelistas Lucas y Juan (cf. Lc 10, 38 y ss; Jn 11-12): impulso de fe, de esperanza, de amor con caracteres personalísimos en una y otra. Cada una tiene su propia relación irrepetible con el Señor Jesús. Las dos están en diálogo entre ellas y con él. San Bernardo veía en la forma de vivir de estos tres hermanos un ideal de perfección para la familia monástica.

San Agustín de Hipona, Sermón 103

1-2. 6: PL 38, col. 613. 615

**Dichosos los que pudieron hospedar al Señor
en su propia casa**

Las palabras del Señor nos advierten que, en medio de la multiplicidad de ocupaciones de este mundo, hay una sola cosa a la que debemos tender. Tender, porque somos todavía peregrinos, no residentes; estamos aún en caminó, no en la patria definitiva; hacia ella tiende nuestro deseo; pero no disfrutamos aún de su posesión. Sin embargo, no cejemos en nuestro esfuerzo, no dejemos de tender hacia ella, porque sólo así podremos un día llegar a término.

Marta y María eran dos hermanas, unidas no sólo por su parentesco de sangre, sino también por sus sentimientos de piedad; ambas estaban estrechamente unidas al Señor, ambas le servían durante su vida mortal con idéntico fervor. Marta lo hospedó, como se acostumbra a hospedar a un peregrino cualquiera. Pero, en este caso, era una sirvienta que hospedaba a su Señor, una enferma al Salvador, una criatura al Creador. Le dio hospedaje para alimentar corporalmente a aquel que la había de alimentar con su Espíritu. Porque el Señor quiso tomar la condición de esclavo para así ser alimentado por los esclavos, y ello no por necesidad, sino por condescendencia, ya que fue realmente una condescendencia el permitir ser alimentado. Su condición humana lo hacía capaz de sentir hambre y sed.

Así, pues, el Señor fue recibido en calidad de huésped, él, que vino a su casa, y los suyos no lo recibieron; pero a cuantos lo recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, adoptando a los siervos y convirtiéndolos en hermanos, redimiendo a los cautivos y convirtiéndolos en coherederos. Pero que nadie de vosotros diga: “Dichosos los que pudieron hospedar al Señor en su propia casa”. No te sepa mal, no te quejes por haber nacido en un tiempo en que ya no puedes ver al Señor en carne y hueso; esto no te priva de aquel honor, ya que el mismo Señor afirma: Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Por lo demás, tú, Marta —dicho sea con tu venia, y bendita seas por tus buenos servicios—, buscas el descanso como recompensa de tu trabajo. Ahora estás ocupada en los mil detalles de tu servicio, quieres alimentar unos cuerpos que son mortales, aunque ciertamente son de santos; pero ¿por ventura, cuando llegues a la patria celestial, hallarás peregrinos a quienes hospedar, hambrientos con quienes partir tu pan, sedientos a quienes dar de beber, enfermos a quienes visitar, litigantes a quienes poner en paz, muertos a quienes enterrar?

Todo esto allí ya no existirá; allí sólo habrá lo que María ha elegido: allí seremos nosotros alimentados, no tendremos que alimentar a los demás. Por esto, allí alcanzará su plenitud y perfección lo que aquí ha elegido María, la que recogía las migajas de la mesa opulenta de la palabra del Señor. ¿Quieres saber lo que allí ocurrirá? Dice el mismo Señor, refiriéndose a sus siervos: Os aseguro que los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo.

O bien:

*De los sermones de san Bernardo, abad de Claraval
In Assumptione B.M.V, 3, 1-2. 4. 6-7: BAC n° 473, pp. 353-361*

Los ejemplos de la casa de Betania

Entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Hermanos ¿por qué dice el texto sagrado que solamente una de las dos hermanas recibió al Señor, y precisamente la que parece menos perfecta? El huésped de Marta afirma expresamente que María ha elegido la parte mejor. Así, pues, Marta recibe en su casa al Salvador mientras vive en esta tierra. María, en cambio, medita cómo será recibida por él en el albergue eterno del cielo, no construido por hombres. Y me atrevo incluso a afirmar que también ella acogió al Señor, pero espiritualmente: porque el Señor es Espíritu.

Marta se distraía con el mucho trajín; hasta que se paró delante y dijo: Señor, ¿no te das cuenta que mi hermana me deja trajinar sola? ¿Es posible que también exista la murmuración en la casa donde se hospeda el Señor? Dichosa la casa y bendita la comunidad en la que Marta se queja de María. Y al contrario, sería una cosa muy rastrera y completamente injusta que María tuviera celos de Marta.

Jamás ocurra que quien se consagra a la contemplación desee la vida agitada de los hermanos que tienen algún cargo. Que Marta repita siempre que no puede con todo y que es incapaz de cumplir con su deber, y desee que se confíe a otros lo que ella administra. Ya conocemos la respuesta de Jesús: Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con muchas cosas. María tiene el privilegio de contar siempre con un abogado a su favor.

Observemos atentamente cómo el amor ha regulado en esta nuestra casa las tres ocupaciones: la administración de Marta, la contemplación de María y la penitencia de Lázaro. Las tres deben hallarse en toda alma perfecta; sin embargo, cada uno siente preferencia por alguna de ellas: éste se entrega a la contemplación, aquél al servicio de los hermanos y el otro a llorar su vida pasada como los leprosos que viven en los sepulcros. María está absorta en la piadosa meditación de su Dios; Marta es toda misericordia y compasión hacia el prójimo, y Lázaro se mantiene en la humildad

y desprecio de sí mismo. Que cada uno busque el lugar que le pertenece.

No pretendo adular a nadie, ni que nadie se engañe a sí mismo. Los que no tienen ningún cargo, ni se les ha confiado alguna ocupación especial permanezcan sentados a los pies de Jesús con María, o con Lázaro en el sepulcro. Que Marta se afane y se preocupe de mil cuidados. Tú, en cambio, que estás libre de todo eso, opta por una de estas dos cosas: vivir tranquilo y hacer del Señor tu delicia. Y si todavía no eres capaz de esto, no te vuelques al exterior, sino vive dentro de ti mismo, como el Profeta.

Mientras éstos se entregan a diversas tareas, dedíquese María a contemplar y a experimentar qué suave es el Señor. Procure sentarse con el espíritu ferviente y el alma sosegada a los pies de Jesús, mirándolo sin cesar y escuchando sus palabras, porque es delicia para los ojos y melodía para el oído. De sus labios fluye la gracia y es el más bello de los hombres. Más aún: su gloria supera a la de los ángeles. Busca la sencillez, evitando de un lado el engaño y la falsedad, y de otro la multiplicidad de ocupaciones. Y escucharás las palabras de aquél cuya voz encanta, y cuya figura embelena.

O bien:

Del tratado de san Elredo, abad de Rieval, sobre la vida reclusa
Opera omnia 1: CC CM 1, 660-661. 667

Los vínculos de la amistad son consagrados por la autoridad del Señor

Eran dos hermanas, Marta y María. Una estaba muy ocupada y la otra totalmente ociosa. Una daba, la otra pedía. Marta se deshacía en atenciones y María fomentaba el amor. Y no se agitaba, no andaba por todas partes, no se inquietaba por agasajar a los comensales, no le preocupaban los quehaceres de la casa, ni escuchaba las llamadas de los pobres: sentada a los pies de Jesús, recogía sus palabras. Que Marta cumpla con su misión; nadie le niega que sea buena, pero es ensalzada la de María por ser mejor. Porque, ¿acaso se queja María de Marta? Más bien es ésta quien envidia a aquélla.

Ahora debemos salir de aquí y encaminarnos a Betania, donde los vínculos sagrados de la amistad son consagrados por la autoridad del Señor. Pues Jesús amaba mucho a Marta, María y Lázaro.

Es evidente que les profesaba un amor excepcional y privilegiado al que ellos correspondían con el más familiar de los afectos. Así lo testifican aquellas lágrimas benditas, que derramó llorando con los que lloraban. Porque todo el pueblo las interpretó como signo de amor cuando dijeron: Mirad cómo lo quería.

Y allí lo invitaron a comer con ellos. Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. Y María cogió un vaso de alabastro con perfume, rompió el frasco y lo derramó sobre la cabeza de Jesús.

Alégrate al asistir a este banquete y mira lo que hace cada uno de los presentes: Marta está sirviendo, Lázaro se sienta a la mesa y María unge a Cristo con perfume. Es lo que tú debes hacer: rompe el vaso de alabastro de tu corazón con todo su contenido; tu devoción, tu amor, tu deseo, tu afecto. Todo debes derramarlo sobre la cabeza de tu Esposo, adorando al hombre en Dios y a Dios en el hombre.

Y no te preocupes si el traidor se indigna, si murmura, si a la devoción la llama derroche. ¿Para qué este desperdicio? Podría haberse vendido este perfume a buen precio y dárselo a los pobres: El fariseo murmuró, celoso de la penitente; murmuró Judas a causa del perfume. Pero el juez no recogió la acusación y absolvió a la acusada. Dejádla; ha hecho una buena obra conmigo. Que trabaje Marta, que sirva y dé posada al peregrino, comida al hambriento, bebida al sediento, vestido al aterido de frío. Pero yo solo para María y ella para mí; para mí todo lo que posee, y espere ella de mí todo lo que desea.

¿Quién tendrá la osadía de impedir que María abrace los pies que tan dulcemente ha besado, o de querer que aparte los ojos de ese rostro hermosísimo que contempla, o deje de escuchar las delicadas palabras con que se alimenta?



AGOSTO

2 de agosto

San Pedro de Osma, obispo
Monasterio de Huerta: fiesta
Monasterio de Silos: memoria

Pedro de Bourges es el restaurador del obispado de Osma después de la invasión musulmana. Se le conoce y venera con el nombre de san Pedro, obispo de Osma. Nació a mediados del siglo XI en Bourges (Francia). Fue monje profeso en la abadía benedictina de Saint-Orens de Auch, de observancia cluniacense. Vino a Castilla junto con otros monjes traídos por el arzobispo toledano D. Bernardo de Salvitat, para difundir y consolidar la reforma gregoriana que, patrocinada por los papas, tenía su centro de irradiación en la abadía de San Pedro de Cluny. La campaña aparece asociada a la política del rey Alfonso VI de incorporar las tierras reconquistadas a los árabes a las corrientes culturales y religiosas del occidente europeo. El arzobispo D. Bernardo reclutó al cluniacense Pedro a su paso por Francia, de regreso de una frustrada peregrinación a Jerusalén, que hubo de suspender, aconsejado en Roma por el papa, ante ciertos incidentes ocurridos en su catedral de Toledo. El arzobispo nombró a Pedro de Bourges arcediano de Toledo y, posteriormente, por encargo del papa Pascual II, lo consagró obispo de Osma en 1101. San Pedro de Osma destacó por su vida de santidad, laboriosidad y de testimonio, con especial dedicación a los pobres, enfermos y encarcelados. Estableció la sede episcopal en El Burgo, poniendo las bases para convertirse en entidad jurídica. Comenzó a edificar la catedral románica de Santa María de Osma, en El Burgo de Osma derruida en el siglo X, para construir la actual gótica. San Pedro de Osma contrajo la enfermedad de la peste en el monasterio de Sahagún, cuando asistía a las honras fúnebres y sepelio del rey Alfonso VI. Enfermo de gravedad se retiró a la casa del obispo de Palencia, Pedro de Ajén, donde falleció el día 2 de agosto del año 1109. Sus restos mortales fueron trasladados a la catedral de El Burgo de Osma, donde son venerados por todo el pueblo de Dios.

Los buenos pastores son uno con Cristo

Hemos oído como el Señor nos encarecía las obligaciones del buen pastor. En esta recomendación nos recordó —según se desprende— que también nosotros somos buenos pastores. Y, sin embargo, para que no se interpretara erróneamente esta multitud de pastores: Yo —dijo— soy el buen pastor. Y, a continuación, nos declara por qué él es el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas. ¿Por qué, pues, haces a los pastores buenos el elogio del único pastor, sino porque en este único pastor quieres enseñarnos la unidad?

El Señor en persona va a exponernos esto más claramente por ministerio nuestro, recordando a vuestra caridad el mismo pasaje evangélico y diciendo: Escuchad bien lo que os recomendé. Dije: Yo soy el buen pastor, porque todos los demás, todos los pastores buenos, son miembros míos. Una cabeza, un cuerpo, un Cristo. Así, pues, tanto el pastor de pastores, como los pastores del pastor y las ovejas con los pastores están bajo el Pastor. ¿No es esto precisamente lo que dice el Apóstol: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo? Por tanto si así también es Cristo, con razón Cristo, que se ha incorporado todos los pastores buenos, recomendó uno solo cuando dijo: Yo soy el buen pastor. Yo soy, soy uno, todos forman conmigo una unidad. Quien apacienta al margen de mí, apacienta contra mí, El que no recoge conmigo, desparrama.

Pero escuchadle recomendar la unidad con más vehemencia si cabe: Tengo —dice— otras ovejas que no son de este redil. hablaba del primer redil, de la estirpe de Israel según la carne. Y había otros, pertenecientes por la fe a la estirpe de Israel, que todavía estaban fuera, en el paganismo, predestinados, pero no aún congregados. los conocía el que los había predestinado; los conocía el que había venido a redimirlos, con la efusión de su sangre. Los veía, pero aún no le veían, los conocía, pero aún no creían en él. Tengo —dice— otras ovejas que no son de este redil, pues no son de la estirpe de Israel según la carne. Pero no quedarán fuera de mi redil, porque también a éstas las tengo que traer, y habrá un solo rebaño, un solo pastor.

O bien:

*Sermón de san Bernardo de Claraval, abad
Sermón 23 sobre el Cantar de los Cantares, nº 8, J. Pons, III, pag., 183*

Gobernar provechosa a la par que humildemente

A quienes aciertan a gobernar bien, les promete el Señor que serán constituidos por mayordomos de su familia. Con todo, son muy pocos los que saben gobernar bien, y todavía escasean mucho más los que saben armonizar bien la superioridad con la sincera humildad, los que saben gobernar provechosa a la par que humildemente.

Sin embargo, alcanzará esta sublime meta aquel que habiendo adquirido ya perfectamente la discreción o prudencia, que es la madre de las virtudes, se embriague con el vino de la caridad, hasta tal punto, que menosprecie su propia gloria, se olvide de sí mismo, y no se busque a sí mismo en cosa alguna: lo cual no se consigue sino en la “bodega divina” bajo la sola y maravillosa discreción del Espíritu Santo.

Porque la virtud de la discreción resulta estéril sin el fervor de la caridad; y el fervor vehemente de la caridad lleva al precipicio, sin el temperamento de la discreción. Por esto, aquél merece verdaderamente ser alabado, si posee estas dos virtudes, en manera que su fervor anime su discreción, y su discreción ordene su fervor.

Tal debe ser quienquiera que tenga autoridad sobre los otros. De ahí se sigue que solo podrá decirse que es perfecto y que practica perfectamente todas estas reglas, quien ha recibido la gracia de poder visitar y recorrer sin tropiezo alguno estas tres bodegas, o sea, aquel que no envidia ni molesta en lo más mínimo a sus iguales, mostrándose además bondadoso y servicial con ellos; aquél, en fin, que no desdeña a sus inferiores ni les manda con soberbia; en menos palabras: el que obedece a sus superiores, el que es sociable con sus iguales y el que gobierna prudente y caritativamente a sus súbditos.

6 de agosto

**San Esteban, abad y compañeros, monjes y mártires,
Monasterio de Cardaña: solemnidad**

Se celebra hoy la memoria (solemnidad) de los santos mártires de Cardaña, el abad Esteban y un numeroso grupo de monjes mártires, muertos por los sarracenos hacia el año 834. En 1602 fueron incluidos en el catálogo de los santos. En la diócesis de Burgos se celebra el día 7 con rango de memoria.

*Lectura tomada del libro “Antigüedades de España”,
del P. Francisco de Berganza
T. I, lib. II, pp. 132-133*

**Religiosos somos, cuya profesión nos enseña,
que negados a nosotros mismos, nos ofrezcamos a Dios en holocausto**

Noticioso el abad san Esteban del estrago, que venían haciendo los moros en los lugares por donde pasaban, previniendo el peligro que corrían su vida y la de sus monjes, los juntó en el capítulo, y les hizo una plática, con el fervor que se deja entender, persuadiéndolos a que ofreciesen la vida por Cristo. Diría estas, u otras semejantes razones:

“Hermanos míos muy amados: muchos días ha que los enemigos de nuestra Fe nos están amenazando con la muerte. Advertidos estamos de fiereza, y noticiosos, de que innumerables cristianos han triunfado burlándose de ella. Bien sabemos que muchos monjes de Córdoba, como verdaderos soldados de Cristo, se ofrecieron al martirio. No ignoramos, que algunas religiosas viendo, que se les dilataba la corona, la salieron a buscar a los tribunales y a las plazas. Nosotros no la hemos salido a buscar; ella nos viene a buscar a casa. No la huyamos: hijos somos del amor, conque Jesucristo sacrificó la vida, y voluntariamente se entregó por nosotros a la furia de sus crueles enemigos. Procuremos pagar a éste Señor tanta deuda en moneda semejante. Religiosos somos, cuya profesión nos enseña que negados a nosotros mismos, nos ofrezcamos a Dios en holocausto.

Esta es la ocasión de demostrar en la obra lo que representa nuestra vida, y de dar a entender, que vivimos instruidos en la milicia cristiana. Este es el lance de explicar, que hemos aprendido a vencer la carne; que estamos instruidas en menospreciar el mun-

do; y hechos a triunfar de la astucia del infierno. No venimos al monasterio para vivir, sino para lograr en él el lance de una dichosa muerte, y conseguir la eterna y gloriosa vida. Nuestro amante Dios parece que nos la envía ahora; ahora quiero que, voluntariamente, muramos. No perdamos tan buena ocasión: y ya que no hemos tenido ánimo para salir a buscarla, tengamos, hijos míos, valor para recibirla. Yo resuelto estoy a esperar a los enemigos, y recibirlos como a los que me traen la gloriosa vida y perpetua corona. Esto mismo os aconsejo, hermanos míos, y os persuado que no malogréis una eternidad de gloria por temor, que puede causar una transitoria pena. Pero no obstante, si hay alguno que no se halle con valor para esperar el golpe del alfanje, a tiempo está en que poder retirarse. Quien no se halla con ánimo y esfuerzo, abierta tiene la puerta, y ejecute lo que previno el santo Evangelio”.

Esforzados los monjes con la doctrina y ejemplo de su santo abad, unánimes y conformes, esperaron a los moros para recibir la corona del martirio. Conociendo el santo prelado que se acercaban ya los sarracenos, juntó su numerosa comunidad, que se componía de doscientos monjes, y salieron a recibir a los enemigos en el claustro, en donde los bárbaros comenzaron furiosos a descargar su ira y furor, a flechar sus saetas, y a ensangrentar los alfanjes en los mansos corderos, sin perdonar la vida de los infantes y de los venerables ancianos.

Ejecutada la crueldad en los monjes, pasaron a robar el monasterio: y enfadados de no haber hallado en él los tesoros, que su avaricia imaginaba, pusieron fuego a los edificios.

O bien:

*“Cardeña y sus hijos” del Rvdmo. P. Dom Jesús Álvarez
Cf. “Antigüedades de España” del P. Francisco de Berganza,
Tomo I, pp. 158 al 160*

**Los mayores trabajos de esta vida no igualan con el premio
que Dios tiene dispuesto en la Gloria. (César Baronio)**

En el tiempo, que la tiranía cruel de los árabes afligía en España a los cristianos, y su desapiadado rey Zepha, asolando la provincia de Castilla, principalmente se enfurecía contra los religiosos, siervos de Dios, por estar noticioso, que eran los defensores de la fe

católica, y acérrimos impugnadores de su execrable Secta. Entre otros venerables monjes, que fueron oprimidos por sus persecuciones en diversas partes de España, por servir a Dios con más devoto afecto, fueron los más dichosos, por florecer en más santidad de vida los que vivían cerca de la ciudad de Burgos, en el Monasterio de San Pedro de Cardaña, todos con ser doscientos, fueron beneméritos, para que fuesen premiados de Nuestro Señor Jesucristo con la corona del martirio.

Estos religiosos viviendo debajo de la disciplina regular del abad Esteban, continuamente ejercitados por este varón santísimo en la milicia espiritual, en saber vencer la carne y menospreciar el mundo, diestros ya en triunfar de los enemigos invisibles; al oír, que los moros ministros de Satanás, sedientos de sangre, se acercaban, se determinaron no admitir rescate alguno, por conseguir más gloriosa resurrección, antes bien unánimes, y conformes en fervor de espíritu, y fortalecidos con las armas de Dios, unos a otros se animaron, exhortaron y fortificaron para padecer martirio, y cualquier género de tormento; entendiendo que aun los mayores trabajos de esta vida no igualan con el premio que Dios tiene dispuesto en la gloria.

De este modo confirmados en la divina gracia, estando juntos en el claustro del monasterio, recibieron con ánimo valeroso el furioso ímpetu de los crueles verdugos, fueron degollados uno a uno: y así recibieron la corona deseada del martirio, miércoles 6 de agosto del año de Cristo Señor nuestro 834. Luego que se retiró el funesto escuadrón de los moros acudieron los fieles cristianos y sepultaron los santos mártires en el mismo sitio donde derramaron su sangre. Dios, que no sólo corona sus soldados en el cielo, sino que también los quiere ilustrar en la tierra, dispuso honrar el sepulcro con el célebre milagro de verse rociado el claustro como de reciente sangre por espacio de muchos años, en el día aniversario del martirio.

Más por que la injuria de los tiempos iba olvidando la memoria de este célebre martirio, la Silla Apostólica hace la representación de que todos los fieles la celebren.

18 de agosto

Beatos Elías Desgardin, Pablo Charles
y Gervasio Brunel, monjes y mártires

—Mártires de Rochefort—

—Mártires cistercienses de la Revolución Francesa—

OCIST y OCSO: memoria libre

Se les llama “los mártires de los pontones de Rochefort” porque fue en esos barcos donde fueron encarcelados. El nombre de pontón se daba a viejos barcos que eran utilizados como almacenes, hospitales o prisiones. Había dos de esos barcos que servían de prisión: “Les Deux Associés” y el “Washington”, y estaban anclados en Rochefort, en la desembocadura del río Charente en el mar, en la región de La Rochelle. Hubo allí multitud de prisioneros, la mayoría de ellos del clero y de las órdenes religiosas que no aceptaron el juramento revolucionario. Muchos de esos prisioneros “rebeldes” murieron durante los meses de cautiverio que pasaron en los pontones entre el 11 de abril de 1794 y el 7 de febrero de 1795. Todos tuvieron que soportar terribles sufrimientos y vejaciones por su fe, y murieron como consecuencia de esos malos tratos. Después de un tiempo, los condenados a deportación eran enviados en otros barcos a la Guayana francesa, en míseras condiciones, generalmente para morir de hambre, miseria y malos tratos. Algunos fueron liberados y pudieron volver a sus pueblos de origen o huir a otros países, dejando testimonios escritos de los ejemplos heroicos de sus compañeros de martirio. Entre los fallecidos hay numerosos mártires declarados como tales por la Iglesia.

*De la homilía del papa Juan Pablo II
para la beatificación de sesenta y cuatro víctimas
de la Revolución Francesa*

1 de octubre de 1995: Osservatore Romano, CXXXV, 2 ottobre 1995

“Alma mía, alaba al Señor” (Sal 146, 1).

Esta mañana nuestro pensamiento se dirige a sesenta y cuatro sacerdotes y religiosos franceses muertos con centenares de otros sobre los Pontones de Rochefort. Como san Pablo exhortaba a Timoteo, ellos han combatido el buen combate de la fe (1Tm 6,16), han conocido también un largo calvario por haber permanecido

fieles a su fe y a la Iglesia. Si ellos han muerto, es por haberse decidido a afirmar hasta el fin su estrecha comunión con el papa Pío VI. En medio de una profunda soledad, tomaron muy en serio mantener un espíritu de oración. Víctimas de la fortuna (Lc. 15,23), del hambre y de la sed, jamás albergaron una palabra de odio respecto a sus verdugos. Lentamente, se dejaron identificar con el sacrificio de Cristo que celebraban en virtud de su ordenación. Aquí están, pues, de ahora en adelante ofreciendo a nuestras miradas como un signo viviente de la potencia de Cristo que actúa en la debilidad humana.

En el fondo de su peligro, han conservado el sentimiento del perdón. La unidad de la fe y la unidad de su patria les han parecido más importante que todo. Podremos, desde entonces, repetir con alegría las palabras de la sagrada escritura: Las almas de estos justos están en las manos de Dios. Ellos han parecido morir. Su partida ha sido considerada como una desgracia, pero ellos están en paz. (Sab. 3,2-3) Estos sacerdotes y religiosos mantuvieron la preocupación de ser hombres de Evangelio, viviendo en plenitud las palabras de san Pablo: Cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte (2 Cor 11,10)

Misioneros de la fe y del amor incluso en el interior de la bodega de un barco, ellos fueron abatidos pero no aniquilados (2Cor.4,9).

Que estos hombres que honran a la Iglesia de Francia, sean de ahora en adelante modelos e intercesores para los sacerdotes y religiosos de vuestras diócesis y para todas vuestras comunidades.

O bien:

*Propósitos presentados por los sacerdotes prisioneros
de la nave “Les Deux Associés”*

Positio super martyrium et fama martyrii, pp. 148-150

Llevaron en silencio la cruz que les fue impuesta

No sucumbirán ante inquietudes inútiles por su liberación; sino que se esforzarán por sacar el mejor provecho del tiempo de la detención, meditando en el pasado, y haciendo santas resoluciones para el porvenir, de manera que puedan encontrar en la prisión de sus cuerpos, la libertad de sus almas.

Si Dios permite que obtengan una vez más, parcial o totalmente, la libertad a la que aspira la naturaleza humana, entonces evita-

ran, al momento de saber la noticia, de expresar un gozo exagerado. Conservando la tranquilidad del alma, demostrarán haber soportado sin protestar la cruz que les ha sido impuesta, y de estar dispuestos a soportarla aún más por largo tiempo, con valor y como verdaderos cristianos que no se dejan abatir por la adversidad.

Si se les presentara la oportunidad de poder recobrar sus efectos personales, no mostrarán ninguna avidez en recuperarlos; sino que responderán con modestia y con toda la verdad a todo aquello que se les pueda preguntar; recibirán, sin lamentarse, aquello que se les dé; habituados como están, a despreciar los bienes de la tierra y a contentarse con poco, siguiendo el ejemplo de los apóstoles.

No darán ninguna satisfacción a los curiosos que se puedan encontrar en el camino; y no responderán en ningún modo a las preguntas vanas que se les puedan hacer acerca del pasado; sino que dejarán entender que han soportado los sufrimientos con paciencia, sin hablar de ellos minuciosamente o sin mostrar resentimiento alguno contra aquellos que han sido los autores o instrumentos de sus desdichas.

Se impondrán el más severo y absoluto silencio acerca de los defectos de sus hermanos y de las debilidades, a las cuales su deplorable situación, la mala salud o el prolongado periodo en la prisión los haya podido conducir; mantendrán la caridad frente a todos aquellos que tengan una opinión diferente a la de ellos; evitarán todo tipo de sentimiento de amargura y animosidad, contentándose con sentirles piedad en su interior, y esforzándose por conducirlos por el camino de la verdad a través de su dulzura y moderación.

No mostrarán ningún disgusto por la pérdida de sus bienes, ningún ansia en recuperarlos, ningún resentimiento contra aquellos que los poseen.

De ese momento en adelante no serán más que un solo corazón y una sola alma, sin excepción de personas, y sin mostrar apego por ninguno de los hermanos, cualquiera que fuese el motivo. No se interesarán en ningún modo por las cosas de la política, sino en el gozo de rezar por el bienestar de su patria y de prepararse a sí mismos para una nueva vida, si Dios les permite el regresar a sus casas, y así convertirse en ejemplo de edificación y modelos de virtud para la gente, a través del desprendimiento del mundo, la aplicación a la oración y el amor al recogimiento y la piedad.

19 de agosto
Beato Guerrico de Igny, abad
OCIST: memoria
OCSO: memoria libre

Guerrico había nacido en Tournai entre los años 1070 y 1071, fue canónigo y profesor en las escuelas superiores. Habiendo conocido a san Bernardo, movido por su predicación, en 1122 se hizo discípulo suyo ingresando en Claraval con más de cuarenta años. Al cabo de diecisiete, en 1138, fue elegido abad de Igny en la diócesis de Reims. Aceptó con humildad ese oficio y lo desempeñó preocupándose mucho más del provecho de la comunidad que de su propia preeminencia. Sus sermones muestran como Jesús, junto con María, nos configura y al mismo tiempo crece en nosotros. Además escribió una obra sobre la languidez del alma que ama. Dejó esta vida el día 19 de agosto de 1157.

De los sermones del beato Guerrico, abad
Sermón 54, nn. 2 y 3, col. Padres Cistercienses n. 10,
Monasterio de Azul, Argentina 1983, pp. 464-466

Crezcamos en oración

El Esposo, hablando a la Esposa, insinúa que en la asamblea de sus compañeros y amigos, es decir, en la Iglesia de los santos conviene escuchar su voz: *Tú que habitas en los jardines, los amigos te escuchan, hazme oír tu voz.*

Vosotros sois —si no me engaño— los que habitáis en los jardines, los que día y noche meditáis la ley del Señor. Cuantos libros leéis, otros tantos jardines recorréis; cuantas máximas elegís, otros tantos frutos recogéis. Bienaventurados aquellos para quienes han sido reservadas las palabras tanto de los profetas como de los evangelistas y apóstoles, a fin de que cada uno de vosotros pueda decir lo mismo que la Esposa al Esposo: *Todos los frutos nuevos y añejos los he guardado para ti, Amado mío.*

Escrutad, pues, las escrituras. No sin verdad pensáis tener la vida en ellas, vosotros que no buscáis en ellas sino a Cristo, del cual dan testimonio las escrituras: *Bienaventurados quienes escrutan sus preceptos y lo buscan de todo corazón. Tus preceptos, Señor, son admirables; por eso los escruta mi alma.* Es necesario escrutarlas no sólo para extraer el sentido místico, sino también para

beber el sentido moral. Por eso vosotros, que recorréis los jardines de las escrituras, no queráis negligente y ociosamente pasar de modo superficial sobre ellas; escrutando cada cosa como abejas diligentes que sacan miel de las flores, recoged el espíritu en las palabras. *Porque mi espíritu, dice Jesús, es más dulce que la miel, y mi herencia más que el panal de miel.* Así, habiendo gustado el sabor del maná escondido, prorrumpiréis en aquellas palabras de David: *¡Qué dulce tu palabra a mi paladar, más que la miel y el panal a mi boca!*

El Esposo —si no me engaño— os trasladará entonces de estos jardines a otros donde el reposo es más íntimo, el deleite más feliz, la vista más admirable. Cuando estéis aplicados a sus alabanzas *con cantos de alegría y acción de gracias*, él os arrebatará *al lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios, hasta la luz inaccesible* donde él habita, donde se alimenta y seste a mediodía. Porque si la devoción de quienes salmodian y oran tiene algo de aquella piadosa curiosidad de los que preguntaban: *Maestro, ¿dónde habitas?*, pienso que merecerán escuchar [al Señor que los invita]: *“Venid y ved”*. *Fueron ellos, dice el evangelio, y vieron, y permanecieron con él aquel día.*

Mientras estamos ante el Padre de las luces, *en quien no hay cambio ni sombra de mudanzas*, ignoramos la noche y sólo disfrutamos de un día bienaventurado. Cuando salimos de allí, volvemos a nuestra noche. ¡Pobre de mí!, ¡cuán pronto se deslizaron mis días, cuán presto me sequé como la hierba, yo, que, mientras permanecí con él en el jardín, reverdecí y florecí como paraíso de Dios! Con él soy un jardín de delicias; sin él, un lugar de *horror y vasta soledad*.

A mi modo de ver, el que entra en aquel jardín se convierte también él en un jardín y su alma se asemeja a un jardín bien regado. El Esposo la alaba entonces, diciendo: *Jardín cerrado eres, hermana mía y esposa. ¿Acaso no son un jardín aquellos en quienes se realiza lo que el mismo jardinero dijo a la plantación hecha por su Padre? Escuchadme, exclama [la Sabiduría], frutos de Dios, y fructificad como la rosa plantada junto a las corrientes de las aguas. Esparcid suave olor como el Líbano. Floreced como el lirio, despedid fragancia y echad graciosas ramas.*

Señor Jesús, verdadero jardinero, obra en nosotros lo que exiges de nosotros, pues sin ti nada podemos hacer. Tú eres el verdadero jardinero, creador y a la vez cultivador y guardián de tu jar-

dín que plantas con tu palabra, riegas con tu espíritu y haces crecer con tu poder.

O bien:

*Del Exordio magno de la Orden Cisterciense
Exordium magnum Cisterciense, Díst. III, 8-9: Roma 1961, pp. 163-166*

**La predicación de Guerrico instruye,
conmueve y enciende los corazones**

Guerrico, de santa memoria, abad de Igny, había vivido antes en Claraval bajo la autoridad de Bernardo, y bebió allí la leche de la doctrina monástica más pura. Por su vida y sus costumbres se manifestó como un digno hijo de un padre tan ilustre. Y aprendió a elevarse tanto hacia las cumbres de la perfección, que podía gloriarse de haber conservado siempre una conciencia inmaculada por un favor insigne de Dios.

Cuando más tarde el venerable Guerrico llegó a ser abad de Igny, no hace falta decir con cuánto celo cumplió los deberes de su oficio. Dan testimonio de la doctrina sana y fecunda que enseñaba, los sermones elevados, elocuentes, piadosos, que predicó a sus hermanos en las fiestas solemnes y que reunió el cantor del monasterio.

El divino operario, que suele pulir con pruebas y aflicciones a sus vasos de misericordia, permitió que su siervo sufriera continuas y dolorosas enfermedades, que él soportó con paciencia heroica, sabiendo que la recompensa recibida del Rey soberano sería tanto más grande cuanto más valerosamente hubiese combatido. Sin embargo se entristecía y se humillaba al verse separado de la comunidad y recluido en la enfermería. No podía dar a sus hermanos un ejemplo cotidiano en el trabajo manual, ni repartirles regularmente el pan de la palabra divina; aunque suplía con su piedad y con el fervor de su devoción su incapacidad para los ejercicios corporales.

Cuando después de haber distribuido fielmente a sus hermanos la ración del Señor, lleno de días y de virtudes, llegó para el siervo de Dios el momento de abandonar este mundo para volver al Padre celestial, se sintió presa de un mal que progresó tan deprisa que pronto su estado fue desesperado.

Entonces escrutó los repliegues de su corazón para tratar de descubrir si habría que corregir algo, alguna cosa reprehensible que pudiese ofender al Juez supremo o dar a los malos espíritus motivos de acusación contra él. Y recordó haber escrito una colección de sermones mientras que los superiores de la orden habían prohibido escribir ningún libro sin licencia del capítulo general. Deplorándolo amargamente el bienaventurado Guerrico recurrió a sus hermanos y les dijo: “A petición vuestra dicté un libro de sermones y con condenable osadía lo publiqué sin permiso del capítulo general. Traédmelo en seguida y quemadlo, no sea que por esta falta sea yo entregado a las llamas vengadoras del infierno.

Afortunadamente, la providencia había permitido para nuestro bien que se hubieran hecho ya cuatro copias del manuscrito. Dios no quiso que su Iglesia, y sobre todo la orden cisterciense, se viesen privadas de un tal tesoro de ciencia y piedad. En dicho sermulario la elegancia del estilo armoniza maravillosamente con la simplicidad de la humildad cristiana, de manera que complace al lector sin cansado. La palabra de Dios está expuesta con tanto fuego y vehemencia que instruye, conmueve y enciende los corazones más duros y los inclina a la compunción y al deseo de una vida mejor.



El mismo día 19 de agosto
San Bernardo Tolomei, abad
ECMC: memoria
OSB y Monasterio de Leyre: memoria libre

Nació en Siena en 1272. En 1313, casi a los cuarenta años, se retiró, junto con otros dos nobles, a la soledad, en Accona. Allí llevó una vida eremítica en grutas. Tomó el nombre de Bernardo, por veneración al santo abad cisterciense. La vida penitente de estos laicos eremitas se caracterizaba por la oración, la lectio divina, el trabajo manual y el silencio. Poco a poco se les fueron uniendo otros compañeros de Siena, Florencia y las regiones vecinas. En 1319 obtuvo un decreto de erección para el futuro monasterio de Santa María de Monte Oliveto. Al elegir la Regla de san Benito, Bernardo tuvo que mitigar el rigor eremítico primitivo adoptando el cenobitismo benedictino. Por el deseo de honrar a la Virgen, los fundadores vistieron un hábito blanco. En 1322 fue elegido abad, cargo que ocupó hasta su muerte. Bernardo dejó a sus monjes un ejemplo de vida santa, de práctica de las virtudes en grado heroico y de una vida entregada al servicio de los demás y a la contemplación. Se destacó por su devoción a María. Durante la gran peste del año 1348, el santo abad abandonó la soledad de Monte Oliveto para acudir al monasterio de San Benito en Porta Tufi, en Siena. Allí, a los setenta y seis años, asistiendo a sus ciudadanos y a sus monjes afectados por la infección, murió víctima él mismo de la peste, junto con ochenta y dos monjes. Canonizado por el papa Benedicto XVI el 26 de abril de 2009.

Juan Casiano, Conferencia 1
5. 6. 10. 11: SC 42, pp. 82. 84. 89

**Por encima de todo, el amor, que es el ceñidor
de la unidad consumada**

El fin de nuestra profesión, según el apóstol, es la vida eterna, como él mismo afirma: Ahora producís frutos que llevan a la santidad y acaban en vida eterna. Pero nuestro fin próximo es la pureza de corazón, que el apóstol llama, y no sin razón, “santidad”, sin la cual sería imposible conseguir dicho fin. Que es como si dijera: Producís frutos que llevan a la pureza de corazón y acaban en vida eterna. Hablando en otra parte el mismo apóstol de su desti-

no, emplea muy significativamente el término técnico de skopon, expresándose de esta manera: Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús. Persigamos con todas nuestras fuerzas cuanto pueda conducirnos a la consecución de este objetivo, esto es, a la pureza de corazón, y evitemos, en cambio, como pernicioso y nocivo, cuanto de ella pudiera apartarnos.

Por ella, en efecto, lo hacemos y toleramos todo; por ella y para poder conservarla siempre intacta, hemos dejado padres, patria, dignidades, riquezas, delicias y toda clase de placeres. Para conseguirla hemos de cultivar la soledad, los ayunos, las vigilias, los trabajos, la desnudez, la lectura y las demás virtudes. Y todo esto para poder conservar nuestro corazón inmune de todas las pasiones nocivas y subir, como por otros tantos escalones, hasta la perfección de la caridad.

Consideramos como necesario el ejercicio de tales obras, porque sin ellas no es posible ascender a la cima de la, caridad. También las que llamáis obras de caridad y de misericordia son necesarias en estos tiempos, mientras persistan las diferencias sociales. Pues ni en esta vida se esperaría el ejercicio de tales obras, de no existir esa gran masa de pobres, indigentes y enfermos a que ha dado lugar la injusticia de los hombres. Me refiero a los hombres que han monopolizado en provecho propio —sin servirse, no obstante, de ellos— los bienes que el creador había destinado para utilidad de todos. Así pues, mientras reinen en el mundo estas desigualdades sociales, será necesario el ejercicio de las obras de misericordia, las cuales redundarán en beneficio del que las realice: la herencia eterna será la recompensa a su bondad y a su caridad.

Pero en la vida futura, donde reinará una perfecta igualdad, cesarán estas obras de misericordia, una vez desaparecida aquella desigualdad que las hacía necesarias. Entonces todos, de la múltiple actividad de aquí abajo, pasarán al amor de Dios y a la contemplación de las cosas divinas, en una perpetua pureza de corazón.

Y ¿por qué habéis de maravillaros de que cesen las mencionadas obras, cuando el santo apóstol escribe que hasta los más sublimes carismas del Espíritu pasarán, permaneciendo únicamente la caridad? Dice, en efecto: ¿El don de predicar?, se acabará. ¿El don

de lenguas?, enmudecerá. ¿El saber?, se acabará. Del amor, en cambio, afirma: El amor no pasa nunca.

En efecto, todos los dones son distribuidos para utilizarlos según la necesidad, y por un tiempo determinado; una vez consumada la presente economía, están destinados a desaparecer; la caridad, en cambio, no cesará con el tiempo. Pues no sólo en este mundo opera útilmente en nosotros, sino que permanecerá también en el más allá de un modo mucho más excelente y eficaz, una vez depuesto el fardo de la necesidad corporal; inalcanzable a la corrupción de defecto alguno, se unirá a Dios, en la eterna incorruptibilidad, con un ardor mucho más intenso y una intimidad mucho más profunda.

O bien:

Lectura tomada de una breve biografía del santo

Lectura tomada de <https://monteolivetoguatemala.es>

San Bernardo, hijo de la noble familia de Tolomei, nació en Siena en 1272; su biografía fue escrita por el dominico Lombardelli (+1613). De joven, Bernardo estudió en Siena, en el convento dominico de Santo Domingo, prosiguiendo sus estudios hasta graduarse como abogado en la Universidad de la ciudad.

En plena crisis religiosa, por intercesión de Nuestra Señora se cura de una enfermedad de la vista, que lo lleva a abandonar la ciudad y su vida mundana. Siguiendo la inspiración del cielo, en 1313, año de una nueva lucha sangrienta entre ciudadanos adversarios, Bernardo Tolomei junto con dos conciudadanos, el noble Patricio Patrizi y Ambrosio Piccolomini, abandona Siena retirándose a Accona, una propiedad de los Tolomei, a 15 km de la ciudad.

Dejando sus hábitos de abundancia, los reemplazan por otros más modestos, cambian sus nombres, dedicándose a una vida de oración, penitencia y soledad eremítica. Todavía se conserva la gruta de aquel período, compuesta por una pequeña capilla que Tolomei se había hecho construir.

La vida ascética de estos tres jóvenes, pronto atrajo a otros muchos nobles y plebeyos, que decidieron unirse a ellos. Bernardo haciéndose responsable de todos, se dirigió al obispo de Arezzo en cuya jurisdicción se encontraban, para obtener la autorización, canónica para su comunidad.

El 26 de marzo de 1319, el obispo de Arezzo Guido Tarlati, concedió a Bernardo Tolomei y a Patricio Patrizi “Charta foundationis” del naciente monasterio de Santa María de Monte Oliveto, bajo la Regla de San Benito. Adoptaron hábito blanco, con el objeto de honrar a la Virgen María, de quien Bernardo era devotísimo y cuya devoción dejará en herencia a la espiritualidad de la congregación.

En ese mismo año (1319), Bernardo y sus compañeros hicieron su profesión religiosa, recibiendo el hábito monástico de manos del delegado del obispo.

Dejando el estilo de vida eremítica para profesar la Regla Benedictina enriquecida por la precedente experiencia ascética, establecieron que el abad fuera elegido solamente por un año. La elección como primer abad, recayó en Bernardo, pero éste, aduciendo su dificultad visual, no aceptó, de modo que fue elegido Patricio Patrizi; pero en 1321, Bernardo ya no pudo rehusarse y se convirtió en abad de su monasterio. Prueba de su excepcional personalidad, es que durante veintisiete años, los monjes lo fueron eligiendo como abad, año tras año, prácticamente casi hasta su muerte, dándole todas las facultades y poder de decisión sin tener que rendir cuenta a nadie.

Por al menos dos veces trató de dejar el cargo, en 1326 y 1342, apelando no solamente a su dificultad visual, sino también a que no era sacerdote, habiendo recibido solamente las órdenes menores, pero el legado pontificio reafirmó su legitimidad canónica. Todavía en vida de san Bernardo, se unieron a la primera abadía por lo menos otros once monasterios. Además, el 21 de enero de 1344, el abad obtuvo del papa Clemente VI, residente en Aviñón, la aprobación pontificia.

La tradición atribuye al misticismo de Bernardo coloquios con el Crucifijo y otras apariciones de santos. En 1348, durante la gran peste, hubo numerosas víctimas de la misma en el monasterio. Después de ayudado y confortado a sus propios hijos, Bernardo muere, según la tradición, el 20 de agosto de 1348, víctima también él de la peste.

Después de la destrucción del monasterio de Siena en 1554, durante la guerra entre Carlos V y la República de Siena, las reliquias del Beato se perdieron.

En su congregación se lo consideró beato desde el siglo XV, su culto fue aprobado por el papa Pío II, que visitó el monasterio de

Monte Oliveto en 1462. Fue confirmado como beato por decreto de la Congregación de Ritos, el 24 de noviembre de 1644. En 1680 la fiesta religiosa del 20 de agosto fue pasada al 21 agosto a causa de sobreponerse en ese día (el 20) con la del gran san Bernardo de Claraval. Finalmente fue canonizado por el papa Benedicto XVI el 26 de abril del año 2009.



20 de agosto
San Bernardo de Claraval, abad y doctor de la Iglesia
memoria

Nuestro Padre San Bernardo,
abad y doctor de la iglesia
OCIST: solemnidad
OCSO: solemnidad o fiesta
Monasterio de Huerta: solemnidad

Nacido entre 1090 y 1091 en Fontaines, cerca de Dijon, entró en Cister el año 1113 con cinco hermanos y muchos amigos y parientes. El año 1115 se le confió la fundación de la abadía de Claraval y la condujo a buen término. Con sus escritos místicos y su predicación iluminó a la Iglesia de su época, de la que fue llamado “conciencia”. A su muerte, el día 20 de agosto del año 1153, la orden cisterciense, especialmente la filiación de la abadía de Claraval, se había extendido por toda Europa. Bernardo nos ha legado una abundante doctrina arraigada en la Sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia. El papa Pío VIII lo declaró Doctor de la Iglesia en 1830, aunque ya Inocencio III le había dado el título de “doctor egregio”.

De los sermones de san Bernardo de Claraval, abad,
sobre el Cantar de los Cantares
Sermón 40, III. Obras Completas, t. V, BAC nº 491,
Madrid 1987, pp. 557-559

Cómo fomentar la soledad

Buscar a Dios solo y por él solo, eso es sin duda alguna tener un rostro bellísimo, bajo los dos aspectos de su intención; lo cual es propio y exclusivo de la esposa, que merece escuchar esta exclamación en justicia y por singular prerrogativa: *¡Qué bellas son tus mejillas, parecidas a las de una tórtola!*

¿Por qué a las de una tórtola? La tórtola es una avecilla recatada que no convive con varios, sino que vive feliz sólo con su pareja. Y cuando la pierde, en adelante se queda solitaria. Por tanto, tú que escuchas esto, no oigas en vano lo que se escribió para ti y ahora se trata y expone para ti. Si te sientes movido por estos impulsos del Espíritu Santo y te apasiona convertir tu alma en esposa de

Dios, esfuérzate por embellecer las dos mejillas de tu intención. Imita a esta castísima avecilla, y quédate solo en tu soledad, como el Profeta, porque te has elevado sobre ti mismo. En efecto, desposarte con el Señor de los ángeles es superior a ti mismo. ¿O no está por encima de ti estar unido al Señor y ser un espíritu con Él? Siéntate, pues, solitario como la tórtola. Que nada te turbe entre la muchedumbre de los demás; olvida, incluso, tu pueblo y la casa de tu padre; y el Rey se preñará de tu belleza.

¡Oh alma santa!, permanece solitaria y resérvate exclusivamente para el Señor, a quien has elegido para ti entre todos. Huye de las gentes, huye hasta de tus familiares; aléjate de los amigos e íntimos, hasta del que te sirve. ¿No sabes que tienes un esposo muy pudoroso, que de ninguna manera te regalaría con su presencia delante de otros? Aléjate, pues, pero con el corazón, no corporalmente; con tu intención, con tu devoción, con tu espíritu. El Santo Ungido del Señor, tu aliento, busca la soledad de tu espíritu, no la del cuerpo; aunque a ratos no está mal que te separes también corporalmente, cuando puedas hacerlo con discreción, en especial durante la oración.

El Señor te ha mandado cómo debes cumplirlo: *Tú, cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y ora.* Él cumplió lo que dijo: pasaba las noches orando a solas. No sólo se escondía de las turbas, tampoco admitía consigo a ninguno de sus discípulos ni familiares. Al final, cuando se le venía encima la muerte, llevó consigo a sus tres más íntimos. Pero se arrancó de ellos, porque deseaba orar. Haz tú lo mismo cuando quieras orar.

Por lo demás, sólo te exige la soledad del corazón y del espíritu. Estarás solo si no piensas en torpezas, si no te afecta lo presente, si desprecias lo que angustia a muchos, si te aburre lo que todos desean, si evitas toda discusión, si no te impresionan las desgracias, si no recuerdas las injurias. De lo contrario no te encontrarás solo ni en la soledad más absoluta. ¿Ves cómo puedes vivir solo rodeado de muchos y entre muchos solo? Puedes estar solo por frecuente que sea tu trato con los hombres. Líbrate únicamente de ocuparte en vidas ajenas como juez temerario, o como espía curioso. Aunque sorprendas a alguien en la mayor atrocidad, no juzgues a tu prójimo, más bien excúsalo. Si no puedes excusar su acción, excusa su intención; piensa que ha sido por ignorancia, por sorpresa o por debilidad. Cuando la certeza haga imposible toda excusa, amonéstate a ti mismo y haz esta reflexión: “Ha sido una

tentación muy fuerte. ¿Qué habría hecho yo, si hubiera sido tan violenta conmigo?”

Pero os recuerdo que hablo con la esposa y no estoy instruyendo al amigo del esposo, que tiene sobre sí otras razones para evitar el pecado, para explorar si ha pecado y para enmendarse del pecado. La esposa, no; está libre de esos menesteres, vive sola para sí y para aquel a quien ama, su Esposo y Señor, que es Dios bendito por siempre. Amén.

O bien:

*San Bernardo de Claraval,
Sermón 83 sobre el libro del Cantar de los cantares
4-6: Opera omnia, ed. Cist. 2, 1958, pp. 300-302*

Amo porque amo, amo por amar

El amor basta por sí solo, satisface por sí solo y por causa de sí. Su mérito y su premio se identifican con él mismo. El amor no requiere otro motivo fuera de él mismo, ni tampoco ningún provecho; su fruto consiste en su misma práctica. Amo porque amo, amo por amar. Gran cosa es el amor, con tal de que recurra a su principio y origen, con tal de que vuelva siempre a su fuente y sea una continua emanación de la misma. Entre todas las mociones, sentimientos y afectos del alma, el amor es lo único con que la criatura puede corresponder a su Creador, aunque en un grado muy inferior, lo único con que puede restituirle algo semejante a lo que él le da. En efecto, cuando Dios ama, lo único que quiere es ser amado: si él ama, es para que nosotros lo amemos a él, sabiendo que el amor mismo hace felices a los que se aman entre sí.

El amor del Esposo, mejor dicho, el Esposo que es amor, sólo quiere a cambio amor y fidelidad. No se resista, pues, la amada en corresponder a su amor. ¿Puede la esposa dejar de amar, tratándose además de la esposa del amor en persona? ¿Puede no ser amado el que es el amor por esencia?

Con razón renuncia a cualquier otro afecto y se entrega de un modo total y exclusivo al amor el alma consciente de que la manera de responder al amor es amar ella a su vez. Porque, aunque se vuelque toda ella en el amor, ¿qué es ello en comparación con el manantial perenne de este amor? No manan con la misma abundancia el que ama y el que es el amor por esencia, el alma y el ver-

bo, la esposa y el Esposo, el creador y la criatura; hay la misma disparidad entre ellos que entre el sediento y la fuente.

Según esto, ¿no tendrá ningún valor ni eficacia el deseo nupcial, el anhelo del que suspira, el ardor del que ama, la seguridad del que confía, por el hecho de que no puede correr a la par con un gigante, de que no puede competir en dulzura con la miel, en mansedumbre con el cordero, en blancura con el lirio, en claridad con el sol, en amor con aquel que es el amor mismo? De ninguna manera. Porque, aunque la criatura, por ser inferior, ama menos, con todo, si ama con todo su ser, nada falta a su amor, porque pone en juego toda su facultad de amar. Por ello, este amor total equivale a las bodas místicas, porque es imposible que el que así ama sea poco amado, y en esta doble correspondencia de amor consiste el auténtico y perfecto matrimonio. Siempre en el caso de que se tenga por cierto que el verbo es el primero en amar al alma, y que la ama con mayor intensidad.

O bien:

De la encíclica Doctor Mellifluus del papa Pío XII

AAS 45, 1953, pp. 369-384

Se dirigió al vértice de la verdad con vuelo rapidísimo

El Doctor Melifluo, último entre los Padres, pero no desigual a ellos, estuvo dotado con tales dones de talento y de alma, concedidos por Dios como celestiales obsequios, que apareció, por su santidad, su sabiduría y su maravillosa prudencia, dominador soberano en aquella época de tan diversas y, con frecuencia, tan turbulentas circunstancias.

Su doctrina está casi toda tomada de las páginas de la sagrada escritura y de los Santos Padres, que él, día y noche, meditaba atentamente; y no de las sutilezas de los dialécticos y de los filósofos, que muchas veces parece despreciar.

San Bernardo estudiando y contemplando sólo una cosa buscó: el orientar hacia la suprema verdad todos los rayos de la ciencia, que en todas partes recogía, más movido y apoyado en el amor que en la sutileza de las opiniones humanas; pidiendo de ella luz para las mentes, fuego de caridad para las almas, normas rectas para regir las costumbres. Esta es, en efecto, la verdadera sabidu-

ría, que trasciende todas las cosas humanas y que dirige todo a su fuente, esto es, a Dios, para llevar hasta Él a los hombres.

El Doctor Melifluo no procede a paso lento en su razonar, ni va por caminos inciertos y poco seguros, confiado en el poder de su talento; no se apoya en silogismos difíciles y rebuscados, de los que frecuentemente abusaban los dialécticos de su tiempo, sino que, como águila que se atreve a mirar al sol con los ojos, se dirige al ápice de la verdad con vuelo rapidísimo. Ya que la caridad que lo empujaba no sabe de tardanzas y dota de alas a la mente.

Para él la doctrina no es una meta definitiva, sino más bien un camino que lleva hasta Dios; no es algo frío en lo cual se detendría inútilmente el espíritu, como jugando consigo mismo, cazado por esplendores engañosos, sino que es un itinerario movido, empujado y regido por el amor. Por él, Bernardo, apoyado en esta sabiduría, meditando, contemplando y amando, sube a la suprema cumbre de la mística doctrina y se une con el mismo Dios, gozando en esta vida mortal algunas veces de una felicidad casi infinita.

Su estilo al escribir, vivaz, florido, fluido y esmaltado con frases exactas, está impregnado de tal suavidad y dulzura, que anima las mentes de los lectores, las deleita, las empuja a las alturas; excita la piedad, alienta, conforta; empuja el ánimo a buscar el bien, no el caduco, no el pasajero, sino el verdadero, el que ha de permanecer para siempre.

Por lo cual, mientras hoy la calidad disminuye poco a poco en el espíritu de muchos, y con mucha frecuencia se apaga por completo, juzgamos que estos escritos del Doctor Melifluo deben ser meditados cuidadosamente, pues de sus sentencias, que por lo demás son reflejo del Evangelio, tanto para la vida privada de cada cual, como para la relación social de los hombres, puede emanar una nueva y más elevada fuerza que gobierne las costumbres de los ciudadanos y las ajuste a los preceptos del cristianismo; y, por tanto, puede ofrecer oportunos remedios para los muchos y graves males que turban y afligen la sociedad.



27 de agosto
San Vintila de Punxín, eremita
Monasterio de Samos: memoria

Se sabe que los padres del santo fueron españoles, nobles y ricos, y que dedicaron al estudio a su hijo, quizá para que siguiese la carrera eclesiástica. Este santo, émulo de san Millán y san Frutos, buscó su retiro en Punxín para entregarse a la vida eremítica, que trocó por la del cielo el 23 de diciembre del año 890.

Escóndete junto al torrente Carit, de un autor anónimo
“Institución de los primeros monjes”, Lib. 1, cap. 2
(AnOC 3 1914-1916, pp. 348-349)
Tomado de “Oficios propios del Carmelo Teresiano”, Vitoria, 1975

Ofrecimiento a Dios de un corazón santo

“El Señor dirigió la palabra a Elías: Vete de aquí hacia el Oriente y escóndete junto al torrente Carit, que queda cerca del Jordán. Allí beberás del torrente”.

Fijémonos en este mandato salvador, cuyo cumplimiento inspiró a Elías el Espíritu Santo, y en esta codiciada promesa a cuya consecución lo alentó. Nosotros, los monjes ermitaños, debemos reflexionar sobre el sentido místico de cada una de estas palabras con tanta más atención, cuanto que en ellas se contiene cabalmente la instrucción o regla para alcanzar la perfección y el fin de la vida religiosa solitaria.

Ya se sabe que son dos los fines de la vocación eremítica. El primero, que podemos lograr con la ayuda de la gracia, mediante nuestro propio esfuerzo y el ejercicio de las virtudes, consiste en ofrecer a Dios un corazón santo y limpio de toda mancha actual de pecado. Lo conseguimos de hecho, cuando, perfectos ya, moramos escondidos en el Carit, o sea, en aquel amor que, conforme al dicho del Sabio, “cubre todas las faltas”. Precisamente Yahvé, en su designio de conducir a Ellas hasta esa meta, le ordenó: “Escóndete junto al torrente Carit”.

El segundo fin a que aspira el eremita es pura dádiva del Señor y lleva consigo el gustar de algún modo en el corazón y experimentar en el espíritu el poder de la presencia divina y la suavidad de la gloria celeste, ya en esta vida, sin aguardar a la otra. Lo que se da a entender con la frase: “beber del torrente de las delicias de

Dios”. Yahvé prometió a Elías el disfrute de este fin cuando le dijo: “Allí beberás del torrente”.

El monje ha de abrazar la vida profética y eremítica, movido por este doble fin, como lo insinúa el profeta: “En una tierra reseca, agostada y sin agua, me he presentado, Señor, ante ti como en el santuario, para contemplar tu poder y tu gloria”. El anacoreta, por el hecho de haber escogido vivir “en una tierra reseca, agostada y sin agua” para presentarse ante Dios como “en el santuario” —el de su corazón limpio de pecado—, pone de manifiesto el primer fin de la vida solitaria que entraña la ofrenda a Dios de un corazón santo o limpio de todo pecado actual. Con la intención expresada en las palabras: “para contemplar tu poder y tu gloria”, indica a las claras el segundo fin de su vocación, que consiste en experimentar de algún modo o contemplar místicamente con los ojos del corazón el poder de la presencia divina, y en paladear la dulzura anticipada de la vida eterna,

Se llega a la primera de estas metas —la pureza de corazón— mediante la ascesis y la práctica de la virtud, con el auxilio de la gracia. Se gana la segunda —el conocimiento experimental del poder divino y de la gloria celeste—, con la limpieza de corazón y la plenitud del amor, ya que el mismo Señor promete: “Al que me ama lo amaré mi Padre, y lo amaré yo y me mostraré a él”.

O bien:

Exhortación a los monjes, del bienaventurado Hyperechios
Exhortación a los monjes, PG 79, col. 1471-1489 passim

La fuerza del monje: la pobreza

Lo primero de todo en la renuncia del monje: temor de Dios. El monje sin temor se quedará de plantón a la puerta del cielo.

Lo primero de todo en la vida del monje: una sana sabiduría; la ignorancia de las cosas de Dios llena de tinieblas el alma del monje.

La parte mejor del monje: virginidad y purificación; sin esto el monje se verá privado de la herencia de los padres.

La ascesis del monje: meditación de las Escrituras y cumplimiento de los preceptos de Dios: el monje que no se consagra a esto carece de personalidad.

El alimento del monje: hacer la voluntad de Dios; y su bebida: cumplir los consejos de Cristo.

La conducta del monje: grave y sensata; que nunca pise el suelo de la iglesia monástica sin estas prendas. También en el andar el monje ha de ser digno, ¡y que el monje no ande de casa en casa!

Que la vida del monje sea intachable; que no se le note excesiva familiaridad con mujeres.

Que el monje tome consejo del prudente, ¡que consejo imprudente no salga nunca de la boca del monje ni habite en su corazón!

El monje que se felicita de su observancia y se duerme en los laureles, es como el que hace castillos con telas de araña.

La heredad del monje: una tierra buena, una alma buena, que da los frutos del Evangelio; el monje comerá de su campo y de sus frutos. ¡Qué dulce en la boca del monje es el fruto que es recompensa de sus esfuerzos!

La fuerza del monje: la pobreza.

El regalo más excelente que ha recibido el monje: la virginidad. Esta virtud, al igual que sucedió con Elías, conduce un carro de fuego hacia el cielo.

El árbol de vida que se remonta a las alturas: la humildad.

El monje que da a Dios lo que es de Dios no presumirá de nada, y en su oración dirá: “Yo te ofrezco, Señor, tus propios bienes; y de Ti solamente busco la redención de mi alma”.

Jamás encuentra el Señor contento en un monje vanidoso; en el humilde habita el Espíritu del Señor. Viviendo en humildad y con sencillez, se hace uno merecedor del Reino de los Cielos, y lo heredará sin tener que esperar.

La túnica del monje no es la de tela, sino la espiritual; ha de estar siempre limpia, pues esa es la que llevará al banquete del Esposo.

La vida del monje es un holocausto de penitencia.

El monje de espíritu abierto y ferviente hace huir al diablo; pero el monje quisquilloso y chinche lo atrae. Se quedará en la calle con las cinco vírgenes bobas quien no brille, con el aceite de su propia lámpara.

El monje no debe ser contestatario, sino humilde y respetuoso.

La paz del monje y un espíritu puro, infunden confianza al Espíritu Santo. El monje que pertenece al Señor no debe ofrecerse al diablo, a fin de no tener que salir de la sala nupcial.

El tesoro del monje: la pobreza voluntaria; el monje que aprecie voluntariamente la pobreza es el más próximo al reino de Dios.

La contemplación del monje debe tener por base las Sagradas Escrituras, y todo su deseo debe estar puesto en el Señor.

¡Oh monjes: que no os recubra la tierra; que os reciban en el cielo los ángeles y santos!



28 de agosto

San Agustín de Hipona, obispo y doctor de la Iglesia
Memoria

Nació en Tagaste (África) el año 354. Pasó una juventud desordenada e ideológicamente inquieta, hasta su conversión y bautismo, que le confirió san Ambrosio en Milán el año 387. Volvió a África y con sus amigos se consagró a la vida religiosa cristiana. Fue elegido obispo de Hipona, Iglesia de la que durante treinta y cuatro años fue pastor modélico. Fue guía espiritual del pueblo católico con muchos sermones y libros, mediante los cuales combatió sin desmayo los errores de su tiempo y expuso la doctrina de la fe con penetrante erudición. Murió el año 430.

Del libro de las “Confesiones” de san Agustín de Hipona
Libros 7, 10.18, 10.27: CSEL 33, pp. 157-163.255

¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad!

Habiéndome convencido de que debía volver a mí mismo, penetré en mi interior, siendo tú mi guía, y ello me fue posible porque tú, Señor, me socorriste. Entré, y vi con los ojos de mi alma, de un modo u otro, por encima de la capacidad de estos mismos ojos, por encima de mi mente, una luz inconmutable; no esta luz ordinaria y visible a cualquier hombre, por intensa y clara que fuese y que lo llenara todo con su magnitud. Se trataba de una luz completamente distinta. Ni estaba por encima de mi mente, como el aceite sobre el agua o como el cielo sobre la tierra, sino que estaba en lo más alto, ya que ella fue quien me hizo, y yo estaba en lo más bajo, porque fui hecho por ella. La conoce el que conoce la verdad.

¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Y, cuando te conocí por vez primera, fuiste tú quien me elevó hacia ti, para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo. Y fortaleciste la debilidad de mi mirada irradiando con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de temor; y me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: “Soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no me transformarás en substancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí”.

Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti, y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el que mezcla aquel alimento, que yo no podía asimilar, con la carne, ya que la Palabra se hizo carne, para que, en atención a nuestro estado de infancia, se convirtiera en leche tu sabiduría, por la que creaste todas las cosas.

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Retení-anme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti.

O bien:

*De la carta de san Agustín, obispo, a Eudoxio
Carta 48, 1-3: BAC VIII, Madrid 1986, pp. 312-407*

No antepongáis vuestra contemplación a las necesidades de la Iglesia

Cuando pienso en ese sosiego que tenéis en Cristo, también yo reposo en vuestra caridad, aunque me debato en duros y múltiples trabajos. Somos un solo cuerpo bajo una cabeza, para que vosotros seáis activos en mí, y yo en vosotros contemplativo.

Os exhortamos en el Señor, hermanos, a que os mantengáis en vuestro compromiso y perseveréis hasta el fin. Y si la madre Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido, ni huyáis del trabajo con torpe desidia. Obedeced a Dios con humilde corazón, llevando con mansedumbre a quien os gobierna a vosotros. El que dirige a los mansos en el juicio, enseñará a los humildes sus caminos. No antepongáis vuestra contemplación a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle cuando ella da a luz, no hubieseis encontrado medio de nacer.

Como entre el fuego y el agua hay que caminar sin ahogarse ni abrasarse, del mismo modo hemos de gobernar nuestros pasos entre la cima del orgullo y el abismo de la pereza, como está escrito: No declinando ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Porque hay quienes por un excesivo temor de verse arrebatados hacia la cumbre de la soberbia, van a sumergirse en la sima de la izquierda. Y hay asimismo quienes se apartan con exceso de la izquierda para no verse absorbidos por la torpe blandura de la inacción y se desvanecen en pavesas y en humo, corrompidos y consumidos de la parte contraria, por el fausto de la jactancia. Amad vuestra contemplación, carísimos, de modo que os moderéis en toda terrena satisfacción, recordando que no existe lugar alguno donde no pueda tender lazos el diablo, que teme vernos volar hacia a Dios. Juzguemos al enemigo de todos los buenos, cuyos cautivos fuimos, pensando que no habrá para nosotros tranquilidad perfecta hasta que pase la iniquidad y la justicia se transforme en justicia.

También cuando obráis con solicitud y valentía y trabajáis con diligencia en orar, ayunar y dar limosnas; cuando socorréis a los indigentes y perdonáis las injurias, como Dios os perdonó a vosotros en Cristo; cuando reprimís los malos hábitos inveterados y castigáis vuestro cuerpo y lo reducís a servidumbre; cuando toleráis la tribulación; y, sobre todo, cuando os toleráis recíprocamente en el amor (pues, ¿qué podrá tolerar quien no tolera a su hermano?); cuando descubrís las astucias y las asechanzas del tentador y rechazáis y apagáis con el escudo de la fe sus dardos encendidos; cuando cantáis y salmodiáis al Señor en vuestro corazón o con palabras que van de acuerdo con el corazón, hacedlo todo a la gloria de Dios, quien lo ejecuta todo en todos. Sed fervientes de espíritu, de modo que vuestra alma sea loada en el Señor. La actividad del camino recto es la que tiene siempre los ojos colocados en el Señor, pues él libra del lazo nuestros pies. Una tal actividad espiritual ni hierve en la ocupación ni se enfría en la contemplación; no es turbulenta ni floja; ni audaz ni fugaz; ni precipitada ni negada. Obrad así, y el Dios de la paz será con vosotros.

30 de agosto

Santos Guarino de Sión y Amadeo de Lausana, obispos
OCIST y OCSO: memoria libre

Guarino nació hacia el año 1065 en Pont-à-Mousson. Monje de Molesme en tiempos de san Roberto, fue uno de los fundadores de Santa María de Aulps en la Saboya. Allí fue elegido abad el año 1113 y al cabo de un tiempo, en 1136 incorporó su monasterio a la orden cisterciense. Dos años más tarde fue elegido obispo de Sión (Suiza), acontecimiento que movió a san Bernardo a dirigir a los hermanos de Aulps una carta (la n° 142) donde expuso magníficamente la vida monástica cisterciense. Dios lo llamó a su seno mientras se encontraba pasando unos días con sus monjes, tal como solía hacer cada año. Murió el día 27 de agosto de 1150 en Santa María de Aulps.

Amadeo nació el año 1110 en el castillo de Chatte, cerca de Viena del Delfinado. Su iniciador en la vida monástica fue el mismo san Bernardo de Claraval, donde ingresó en 1125; el año 1139 fue puesto al frente de la abadía de Hautecombe. Elegido obispo de Lausana en 1144, se distinguió como pastor solícito, preocupado por la formación de los jóvenes y por la consolidación de un clero piadoso y puro. Sus ocho homilias predicadas en honor de la bienaventurada Virgen María han tenido el honor de ser consideradas excelente testimonio de la Asunción. Amadeo murió en Lausana el 27 de agosto de 1159.

***De las homilias en honor de la Virgen,
de san Amadeo de Lausana, abad***

***Homilía cuarta, col. Padres Cistercienses, n. 7
Monasterio de Azul, Argentina 1980, pp. 205-207 y ss.***

La contemplación de María

Llena de la ciencia del Señor, como las aguas del mar cuando se desbordan, es arrebatada fuera de sí misma y, mientras el espíritu se eleva hacia las alturas, ella permanece en la más sublime contemplación. Se asombra, la virgen, de ser madre, se asombra gozosa de ser la Madre de Dios. Comprende que en ella se cumplen las promesas hechas a los patriarcas, los oráculos de los profetas, los deseos de los antiguos Padres, que habían anunciado que Cristo nacería de una virgen y que con todas sus fuerzas aguardaban su nacimiento.

Ella vio que era enviado el Hijo de Dios y se alegró de que se le confiara la salvación del mundo. Oyó al Señor Dios hablar en ella y decirle: “He aquí que te he elegido entre toda carne y te he bendecido entre todas las mujeres. He aquí que te envío a mi Hijo, te confío a mi Unigénito. No temas amamantar al que has engendrado, educar al que has dado a luz. Reconócelo no sólo como Señor, sino también como Hijo. Es mi Hijo, es tu Hijo. Mi Hijo por la divinidad, tu Hijo por la humanidad que ha tomado”.

¡Con qué afecto y con qué cuidado, con qué humildad y respeto, con qué amor y devoción respondió María a esa llamada! Los hombres no lo saben, Dios lo sabe. Él escruta las entrañas y el corazón; Dios lo sabe, él pesa las almas.

A menudo —creemos nosotros—, olvidándose de comer y beber, despreciando las necesidades de la carne, pasaba ella las noches sin dormir meditando acerca de Cristo en espíritu, contemplando a Cristo en la carne, ella que ardía de su deseo, que se inflamaba en su servicio. A menudo también hacía lo que está escrito en el Cantar de los Cantares: *Yo duermo, pero mi corazón vigila*. Porque, durmiendo en la carne, velaba en espíritu, soñando durante el reposo de la noche en aquel en quien meditaba día tras día. Al despertarse, se reencontraba con él...

Ella crece más y más en el amor, y su espíritu, ardiendo en su alma, siempre despierta, se entrega de lleno a la contemplación divina. Penas, dolores, peligros, privaciones y necesidades, amenazas y muertes, furor de un rey impío, huída a Egipto, regreso, ella nada teme por amor al Niño. Ama la acción, pronta en la obediencia, devotísima en el servicio, muy humilde en la sumisión. En todas las cosas obraba con acierto y dirigía su casa con diligencia y sabiduría. Realizaba todas las obras de la humana naturaleza con el rostro sereno y el espíritu tranquilo. De hecho, así como ella fue incomparable en la vida contemplativa, así también lo fue en la vida activa.

Pero, ¿adónde va nuestra disertación? Hemos sido vencidos, y estamos felices de haberlo sido. Lo que hemos intentado está muy por encima de nosotros, que yacemos muy por debajo. Volvamos a nosotros y borremos nuestras faltas con lágrimas. Oremos a la Madre del Amor, por las secretas alegrías y los inefables amores merecidos por inaudito privilegio; que vuelva hacia nosotros su amor maternal e interceda por nuestros pecados ante su propio Hijo.

O bien:

*De la carta de san Amadeo, obispo, a la Iglesia de Lausana
PL 188, col. 1300, 1302-1304*

Acudid a la iglesia, venerad los altares, dad gloria a Dios

Amadeo, obispo, a los queridos hijos de la iglesia de Lausana: Que os colme toda bendición.

Ausente con el cuerpo, pero presente con el corazón, cada día siento más afecto por vosotros, yo que he optado por el exilio a causa de vuestra libertad. Pero las cosas gravosas se me hacen ligeras; las ásperas, suaves; y las largas, breves, si al fin podemos volver a gozar de una paz tranquila, cuando nos sea devuelta con la ayuda del Dios de la paz la libertad preciosísima.

De momento, pues, es la hora de las tinieblas y conviene que nos refugiemos en la oración. No ignoro que una oración humilde disipa todos los males y obtiene la salvación. La oración engarzada en la pura humildad, como una piedra preciosa en un anillo de oro, consigue todo lo que se propone. Todo aquél que la implore obtendrá la gracia del buen obrar en la vida activa; el que lo busque recibirá el abrazo de Abisag (la sulamita), es decir, la sabiduría en la vida contemplativa; todo el que llame verá abierto el cielo de la vida eterna.

Una oración humilde borra los pecados, vence la adversidad, reúne lo provechoso, consigue lo mejor y lleva a buen término lo más difícil. Una oración humilde hace hermanos a los hombres, los convierte en compañeros de los ángeles, vuelve gratas las ofrendas, contempla los misterios, nos acerca a una vida recta en Dios; comienza en el temor, pero llega a su perfección por el amor, por lo cual afirma Salomón que el término de la oración es más sublime que su comienzo.

He aquí las dos alas de la paloma, esto es del alma sencilla: son la humildad y la oración. Deseaba tales alas uno, que estaba atemorizado por la voz de su enemigo, exhausto por la persecución: ¡Quién me diera alas de paloma para volar y posarme! Con estas alas de la humildad y la oración se llega a la sabiduría, se llega a Dios.

Aunque de momento tengamos, que sufrir un poco, en pruebas diversas, no murmuremos como los esclavos, antes bien espere-mos con paciencia como hijos. Si tenemos presente lo que se nos

ha confiado, es aún poco lo que debemos sufrir. Por tanto, amadísimos hijos, aceptad el mandamiento nuevo de Cristo: amaos los unos a los otros y perdonad a todos, para que sean perdonadas vuestras faltas.

Sacudíos, pues, tanta vetustez, purificaos de la vieja levadura y renovad vuestro espíritu, para que seáis una masa nueva, unos ácidos sin fermentar, sin impureza carnal ni corrupción de espíritu. Revestidos del hombre nuevo celebrad gozosos la Pascua, recibid con alegría a Cristo inmolado. Tomemos parte en su banquete, donde se ofrece el pan de vida y el cáliz de la redención. Comed, amigos, el pan de los ángeles. Bebed con Jesús en el Reino del Padre el fruto de la vid. Embriagaos con el gozo de la resurrección de Aquél, que es nuestra vida. Alegraos, cantad a coro, acudid a la iglesia, venerad los altares, dad gloria a Dios, acordaos de los pobres con alegría.

Que os podáis congratular en esta Pascua y en la Ascensión del Señor, en su salida del sepulcro y en su subida a la gloria; que os llene la gracia de sus siete dones, en la exultación del Espíritu Santo.



El mismo día 30 de agosto
Beato Alfredo Ildefonso Schuster, abad y obispo
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

Nació en Roma el 18 de enero de 1880, se convirtió en monje ejemplar y, el 19 de marzo de 1904, fue ordenado sacerdote en la basílica de San Juan de Letrán. Se le encomendaron tareas onerosas, que sin embargo demostraron la estima y la confianza en él. Con tan solo veintiocho años fue maestro de novicios, luego procurador general de la Congregación Casinense, después prior y finalmente abad de San Pablo Extramuros. El amor por el estudio, que lo convierte en un verdadero hijo de san Benito, no fallará por sus compromisos que ocuparán cada vez más su tiempo y su ministerio. De hecho, su pasión por la arqueología, el arte sacro, la historia monástica y litúrgica fue grande. El 15 de julio de 1929 fue creado cardenal por el papa Pío XI y el 21 de julio fue consagrado arzobispo de Milán. Así comenzó su ministerio como obispo en la Iglesia Ambrosiana hasta el 30 de agosto de 1954, fecha de su muerte, que tuvo lugar en el seminario de Venegono, que había construido como abadía en lo alto de una colina. Fue proclamado beato por Juan Pablo II el 12 de mayo de 1996.

*De los escritos monásticos
del beato Alfredo Ildefonso Schuster, obispo
cf. Un pensiero quotidiano sulla Regola di S. Benedetto, Viboldone, 1950*

En la misa en honor a san Benito y a los abades en general, se lee en el pasaje del Evangelio de Mateo, cuando san Pedro pregunta al Señor: “Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?”. Y responde el Maestro: “En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna” (cf. Mt 19, 27-29). San Pedro Damiano observa que esta página del santo evangelio es la que presidió la fundación de innumerables monasterios; es la que pobló desiertos y soledades de anacoretas; es la que envió legiones de santos al cielo, santificando al mismo tiempo a toda la Iglesia militante. Desafortunadamente, los fieles generalmente meditan poco en este pasaje del

evangelio, incluso los religiosos no lo meditan lo suficiente. Esto puede ser el origen del decaimiento del monacato.

San Jerónimo observa que muchos filósofos de la antigüedad griega han despreciado y abandonado los bienes terrenales, obligándose a no poseer nada en absoluto; como hizo, por ejemplo, Diógenes, que tiró incluso el cuenco para beber en la fuente pública por superfluo. Pero la perfección no está aquí; de ahí que el Divino Maestro añadió a la alabanza de los apóstoles: “Y me seguisteis”. En esto consiste realmente la perfección cristiana.

Vestir la cogulla monástica y vivir en el monasterio, cantar salmos en el coro y realizar procesiones alrededor del claustro cada domingo; entonar responsorios gregorianos a la perfección: todo esto no te hace ser monje.

Un buen monje es aquel que, además de cumplir fielmente todo aquello, quiere sobre todo imitar a Jesús, manso y humilde de corazón. Por eso, a finales de la Edad Media, el autor de un libro que contiene todo el meollo de la Santa Regla, quiso llamarlo “De Imitatione Christi”.

Aquel que sigue amorosamente a Cristo y abraza su Cruz, a través de la Regla, es verdaderamente un buen monje benedictino.

El monje pertenece a la categoría de los ángeles. Sus ocupaciones son: practicar las obras de misericordia, trabajar por la paz y el sacrificio de la alabanza divina.

El concepto de que el estado monástico refleja a los ángeles en la tierra es común a los Padres de Oriente, quienes por eso llaman angelical al hábito de los monjes que se consagran de forma permanente a Dios. Los ángeles, que según la leyenda, transportaron el cuerpo de santa Catalina de Alejandría al Sinaí, fueron probablemente los monjes, que aún hoy lo custodian en ese antiguo monasterio al pie de la Montaña Sagrada.

Considera, monje, tu dignidad. Usas un hábito angelical, profesas una Santa Regla, estás incluido en la categoría de los ángeles; por lo tanto, tu vida debe reflejar ese estado.

Leemos en las historias del monacato egipcio que una vez el diablo discutió con san Macario, reprochándole la inferioridad de su estado: “¿De qué manera, monje, eres superior a nosotros? Eres casto; nosotros no tenemos cuerpo. Velas de noche; nosotros no conocemos el sueño. Ayunas a menudo; nosotros no probamos comida. Entonces, ¿en qué eres superior a nosotros?”. Macario

respondió: “En que nosotros somos humildes y tú estás lleno de orgullo”. Al oír esto, el diablo, desanimado, huyó.

Al igual que los ángeles, el monje ya no tiene ningún derecho sobre su cuerpo, excepto el de utilizarlo para ofrecerlo como sacrificio al Señor-Rey, como hizo Abraham con el cabrito encontrado en el monte Moria.

Al igual que los ángeles, el monje en esta tierra no tiene ni puede tener bienes materiales. Su única posesión es el Señor, a quien dice con el salmista: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (Sal. 15,5-6). Puro, humilde y pobre, ¿qué le falta al monje para ser ángel?

“Monachus est angelus”, porque, como los ángeles, ya no es de este mundo, sino que vive casi al borde, para que el mundo se edifique por su ejemplo.

Cuando, con el paso del tiempo y con el cambio de civilizaciones, los cristianos puedan un día preguntarse si el santo evangelio es todavía hoy una guía de vida, la Iglesia les mostrará la vida religiosa en todas sus múltiples formas, demostrando así la perenne vitalidad del mensaje de Cristo.

O bien:

*Lectura resumida de un artículo de Aurelio García Macías
Publicado en Pastoral Litúrgica, 297 (2007), pp. 155-159*

Alfredo Ludovico Schuster nació en Roma el domingo 18 de enero de 1880, entonces fiesta de la Cátedra de San Pedro, en el seno de una familia bávara; y bautizado dos días después, 20 de enero, en el bautisterio de San Juan de Letrán. Su padre, Juan, había emigrado a Roma como sastre del ejército papal, creado para la defensa de Roma en plena unificación italiana, y durante veinticinco años presta su servicio al ejército pontificio. Se había casado en segundas nupcias con Ana Maria Tuzner y, aunque atendían un pequeño negocio romano, vivían en extrema pobreza económica. Después de Alfredo nació su hija Julia; y a los pocos años, la deficiente salud del padre le conduce a la muerte, el 19 de septiembre de 1889. La madre busca trabajo en casa del barón Pfiffer d'Altishofen, coronel de la Guardia Suiza, quien muestra interés por el huérfano niño y en 1891 facilita su ingreso como alumno en el monasterio benedictino de San Pablo Extramuros. A sus once

años, Alfredo muestra interés y dotes para la formación académica y la vida monástica. Se muestra aplicado en los estudios y muestra desde niño su aprecio por el arte antiguo de la Urbe. Los domingos, por ejemplo, solía visitar las catacumbas de la via Apia y recogía inscripciones y epitafios de estos antiguos cementerios cristianos. En la vida espiritual fue formado, entre otros, por los grandes maestros beato Plácido Riccardi y Bonifacio Oslander, que le iniciaron en la oración, la ascesis y la liturgia.

Con la primera profesión religiosa, el 13 de noviembre de 1898, inicia su noviciado recibiendo el nombre de Ildefonso. Estudia filosofía en el Colegio de San Anselmo de Roma, donde conoce a dom Hildebrando de Hemptienne, abad alemán representante de los benedictinos del mundo y gran erudito en el ámbito de la liturgia y del arte sacro. Sus aptitudes litúrgicas le permiten también en estos años presenciar importantes acontecimientos eclesiales como la solemne apertura de la puerta santa de San Pablo Extramuros en el jubileo del año 1900, en la que ejerció como ceremoniero. Serán unos años muy significativos a nivel personal: en 1902 emite su profesión monástica; y un año más tarde, el 28 de mayo de 1903 concluye su tesis doctoral en filosofía; y al año siguiente es ordenado sacerdote. Tras estos acontecimientos pasa unos años en el monasterio de Montecasino donde completa sus estudios literarios y, a sus veintiocho años, es nombrado profesor de historia, maestro de novicios y posteriormente procurador general de la Congregación benedictina casinense.

A partir de este momento podríamos sintetizar su ingente labor en tres áreas: académica, monacal y pontificia. En primer lugar, su valía y excelente formación humanística, filosófica y teológica favorece su temprana dedicación al ámbito académico como profesor e investigador. En 1910 es profesor en la Pontificia Escuela de Música Sacra; en 1917 en el Pontificio Instituto Oriental, —por deseo expreso del Papa Benedicto XV—, del que llega a ser presidente; en la Pontificia Comisión de Arte Sacro; compaginando estas tareas con sus clases en el Pontificio Colegio de San Anselmo, cuya cátedra de Historia y Patrística regenta desde 1914. Alterna su dedicación académica con estudios de investigación en historia eclesiástica, arqueología cristiana y liturgia. Fruto de este interés y trabajo es la publicación de los nueve volúmenes del *Liber sacramentorum* en 1919. Es una obra enciclopédica donde sintetiza y expone científicamente la reflexión eclesial sobre la liturgia católi-

ca; en continuidad con el movimiento litúrgico europeo. En Italia contribuyó a difundir el amor por la piedad litúrgica de la Iglesia y a impulsar el renacimiento litúrgico tan deseado por los estratos intelectuales y monásticos de la Iglesia.

En segundo lugar, hay que destacar sus responsabilidades tanto en los monasterios en los que vivió como en la orden benedictina. En abril de 1918, siendo aún muy joven, fue elegido abad ordinario de San Pablo Extramuros. Durante su abadiato restauró la abadía de Farfa y la reformó hasta convertirla en un centro de oración y estudio. En 1920, la asamblea de abades benedictinos le nombra miembro del consejo del Primado de la orden; y los Padres Casinenses le eligen procurador general de su Congregación ante la curia romana.

En tercer lugar, hay que destacar su colaboración y dedicación esmerada al servicio de diversos organismos de la Santa Sede. El papa Benedicto XV le nombra consultor de las sagradas Congregaciones de Ritos y Causas de los Santos; y presidente de la Comisión Pontificia de Arte Sacro. Pío XI le incorpora a la Sagrada Congregación de Estudios y Universidades y le incorpora al grupo de cinco personas que, con el papa, componen el nuevo formulario para la misa y el oficio de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Le envía como visitador apostólico extraordinario a los seminarios de Lombardía y Campaña; así como varios colegios internacionales, entre ellos, el Pontificio Colegio Español de San José de Roma. Culmina esta etapa el 26 de junio de 1929, cuando el Papa Pío XI le elige pastor de la que había sido su última diócesis y le nombra el 139º arzobispo de Milán; apenas un mes después, en el consistorio del 15 de julio, le crea cardenal presbítero del título de los Santos Silvestre y Martín ai Monti, antiguo monasterio benedictino que fue el título cardenalicio de Pío XI; y el 21 de julio siguiente fue ordenado obispo por el propio papa en la Capilla Sixtina. Es evidente la estima y confianza que Pío XI tenía en él.

Desde este día se entrega a su diócesis como un pastor celoso, siendo admirado por su dedicación pastoral. Durante la segunda guerra mundial permaneció en el Milán ocupado por las tropas alemanas para evitar la destrucción de la ciudad y socorrer el sufrimiento y la miseria provocadas por el conflicto. Convocó cinco sínodos diocesanos, un concilio provincial, dos congresos eucarísticos y marianos; escribió numerosas cartas pastorales a la dióce-

sis; y trató de estar cercano a todos mediante las casi cinco veces que recorrió toda la vasta diócesis ambrosiana en visita pastoral.

Por encargo de Pío XI, reestructuró los diversos seminarios milaneses construyendo el seminario de Venegono, inaugurado en 1935; que se convertirá en un centro de renovación teológica y espiritual de seminaristas y sacerdotes, especialmente del clero joven. Fomentó también la formación cristiana de todo el pueblo a través de la prensa católica y centros culturales como el Ambrosianum, instituto dedicado al estudio de san Ambrosio, y el Didascaleion, instituto de música sagrada.

Pero el beato Schuster destacó, sobre todo, como liturgo; por su modo de vivir y presidir las celebraciones litúrgicas. Al cuidado esmerado de las celebraciones correspondía una honda espiritualidad y dignidad que invitaba a todos a la alabanza divina. Esta honda espiritualidad litúrgica impactó a muchos de sus contemporáneos. Es la espiritualidad del monje llamado a ser pastor; del austero hombre de oración convertido en incansable apóstol; del obispo que comprende su ministerio episcopal como un ministerio de santificación.

A sus setenta y cuatro años, es obligado por los médicos a tener unos días de reposo y descanso veraniego para fortalecer su debilidad física. Se retiró a su querido seminario de Venegono y allí murió en la madrugada del 30 de agosto de 1954. Fue enterrado en la catedral metropolitana de Milán. El 12 de mayo de 1996, a los cuarenta años de su muerte, fue beatificado por el papa Juan Pablo II.



31 de agosto
San Ero de Armenteira, abad
Monasterio de Samos: memoria

Su vida es una leyenda contada por el rey Alfonso X el Sabio en las “Cantigas de Santa María”. Se dice que nació en la comarca de Salnés, Galicia. En 1151 fundó la abadía cisterciense de Armenteira del que fue su primer abad durante veintiséis años, primero bajo la observancia benedictina y después del cister. Tuvo fama de taumaturgo.

Lectura tomada de una antigua leyenda
Lectura tomada de Cristina Huete García,
<https://hagiopedia.blogspot.com>

Su vida es una leyenda contada por el rey Alfonso X el Sabio en las “Cantigas de Santa María”. Se dice que nació en la comarca de Salnés, Galicia. En 1151 fundó la abadía cisterciense de Armenteira del que fue su primer abad durante veintiséis años, primero bajo la observancia benedictina y después del cister. Tuvo fama de taumaturgo.

El abad don Ero era muy devoto de la Virgen Santa María y acostumbraba a pedirle en sus rezos que le mostrase el bien que el Paraíso tiene para aquellos que por su piedad y devoción, así como por su rectitud en la vida, son merecedores de él. Y dice la leyenda que acostumbraba a salir el piadoso y buen abad algunos días para solazarse un poco caminando por el bosque que había en el declive del monte Castrove, próximo al monasterio por él fundado. Ero entró un día en una huerta a la cual iba muchas veces, y en ella encontró una fuente de agua clara y murmurante que parecía ofrecerle un apacible reposo a la sombra de un frondoso árbol. Cerró los ojos beatíficamente el anciano abad, pues había recorrido ya muchos años después de ser elegido; y como es costumbre, rogó a Nuestra Señora: “¡Oh, Señora! ¿Qué será el Paraíso? ¿Y no podría verlo antes de salir de aquí, yo que te lo he rogado?”. Entonces, en el árbol bajo cuyas ramas frondosas descansaba el santo Ero comenzó a cantar un pajarillo. Y el canto del pajarillo era de sonido tan agradable y armonioso, que el anciano monje se olvidó del tiempo que pasaba y se quedó allí sentado sobre la blanda hierba, al pie de la fuente que susurraba, escuchando embelesado aquel canto y aquella armonía. Y así pasó sin darse

cuenta trescientos años, pareciéndole que no había estado sino muy poco tiempo.

Los monjes fueron a buscarle, y pensaron que había muerto. Después de levantarse el anciano abad, se encaminó hacia el monasterio; pero, al llegar, se encontró con un gran pórtico que nunca había visto, y dijo: “¡Ay, santa María me valga! ¡Éste no es mi monasterio!”. Con todo, entró en él y los monjes al verle sintieron gran pavor; y el prior le preguntó: “Amigo, ¿Quién sois vos? ¿Qué buscáis aquí?”. Cuando supieron lo que a don Ero le había acontecido, el abad y los monjes todos, exclamaron asombrados: “¡Nunca tan gran maravilla/ como Deus por este fez/ polo rogo de sa madre/ Virgen santa de gran prez!”. Nuestro santo murió en aquel instante.

O bien:

*“San Ero de Armenteira y la leyenda del pajarillo”,
de fray Damián Yáñez Neira, oco
Cistercium 144 (1976), pp. 279-303*

No constan ni la fecha ni el lugar exacto donde nació. Su nacimiento se sitúa a comienzos del siglo XII en la comarca del Salnés. Vista la confusión reinante entre los historiadores al hacer uno solo de los dos personajes de idéntico nombre, no hay más remedio que sospechar y tomar con precaución todo cuanto se ha venido diciendo de san Ero, de quien no consta en ningún documento conocido que fuera casado antes de ser monje. Por lo tanto, cae por tierra la leyenda del padre Duarte —principal biógrafo del santo dentro de la orden— al hacer intervenir a la Santísima Virgen ordenándole la construcción de un monasterio cisterciense, pues no existe la menor prueba documental, y sí una manifiesta contradicción. Porque si le manifestó construir un monasterio del Císter, no se comprende cómo estuvo al menos doce años fuera de la orden, ya que la cronología señala la fundación de Armenteira en 1162.

El monasterio no fue siempre cisterciense, por más que el padre Duarte describa la fundación del mismo en 1149 con monjes de Claraval enviados por san Bernardo, antes hubo un período de varios años en que se vivieron allí las observancias benedictinas, sin vinculación alguna al Císter. Dejando a un lado la cita de documentos, se puede concluir que en 1151 se hallaba ya en marcha la

fundación de Armenteira, con su abad Ero al frente. Hay luego un silencio documental durante cuatro años, y después vuelven a continuar los documentos que se pasan por alto. Era muy frecuente a mediados del siglo XII el cambio de observancias en los monasterios. Al aparecer el Císter en Galicia muchos monasterios dejaron las observancias cluniacenses que venían observando en decadencia, y solicitaron integrarse en el Císter. El abad Ero lo consultó con sus monjes y juzgaron conveniente el cambio de estructuras, siguiendo en ello la práctica de otros que lo hicieron antes, acudiendo a Claraval, cuyos monjes se comprometieron a tomar bajo su dependencia el nuevo monasterio. Manrique señala la fecha de este cambio en 1162, fecha que ha sido reconocida por los principales historiadores.

Algunos autores afirman que san Ero llevó vida de anacoreta antes de ser monje, pero esta afirmación descansa en el vacío. Lo histórico en él se inicia entre los años 1149-1150 en que debió de poner los cimientos de Armenteira, siendo sublimado por sus hermanos al rango abacial rigiendo la casa con singular acierto por espacio de veintiséis años, primero bajo la observancia benedictina, luego bajo la cisterciense. No es poco mérito el suyo haber optado por este cambio de observancia, que si bien, en el fondo, estaban cimentadas en la misma regla, no cabe duda que se había puesto de moda el Císter en aquellos tiempos, merced al impulso espectacular que le imprimiera san Bernardo, superior a todo cálculo, al lograr extenderla por toda Europa.

Según el padre Duarte —al que sigue Manrique— consta su memoria hasta el mes de febrero de 1176, en que dejan de hablar de él los documentos: “Saliéndose el santo abad solo un día por la tarde rezando, a pasear fuera del monasterio, oyó que un pajarillo en la rama de un árbol cantando dulcísicamente, le brindaba que se detuviese y el santo cebado de su melodía y sentado al pie del árbol comenzó a embeber su corazón no tanto en la suavidad de su canto cuanto en los deleites de la gloria de que Dios allí le hizo manifestación y regalado plato, y con tan suave bocado en la boca de su alma, se quedó dormido el cuerpo mientras el alma gozaba los regalos de gloria que, por señal de los que por virtud le tenía guardados, le quiso Dios dar a gustar; los quales ni mi lengua los podrá referir ni mi entendimiento comprender”.

“Llegó la noche, y faltándole a los monjes su amado padre, recibieron grandísima pena por su ausencia. Puso el prior y los demás

monjes gran cuidado aquella noche y el siguiente día y otros muchos en buscarle, haciendo por él muchas exclamaciones al cielo y llamándole a él con muchas lágrimas... En fin, por víspera de la fiesta que en la gloria le había después de hacer y en prendas de la palabra que le había dado y le había de cumplir premiando sus méritos y para muestra de quanto estima y que bien paga a los que sirven a su querida madre, comenzó a premiarle conservando sin corrupción el cuerpo sin romperle los vestidos, sin mantenimiento la vida, sin nuevos humores en que se cebase el sueño y sin que se secase ni le cortase nadie el árbol y sin que se cansase de cantar, sin comer ni beber, ni se envejeciese ni nadie matase ni espantase el pajarillo; y a todos tres según yo creo [...]

Siguen todavía más detalles, hasta que por fin llega el desenlace de la leyenda, afirmando en el año 1376, es decir, doscientos años justos, en que era abad fray Alonso, despertó de aquel sueño misterioso, volvió al monasterio con la gran sorpresa de que todo lo encontró cambiado, y nadie entre los monjes tenía la menor noticia de él. Revisaron la documentación de tiempos antiguos, y efectivamente, aparecía su nombre entre los abades que rigieron el monasterio. Poco tiempo después fallecía santamente, siendo sepultado en el monasterio. Entre las pruebas irrefragables que echan por tierra esta leyenda está el paradero desconocido de sus restos. Por más indagaciones que se han hecho, todas han resultado infructuosas. En ello se ve una prueba palmaria de que hoy se debe dar de lado a la leyenda de los doscientos —algunos los prolongan a trescientos— años escuchando en el bosque los innarrables trinos de un ave misteriosa, porque al despertar de ese sueño, ya en el siglo xv, le hubieran enterrado luego en un sepulcro de distinción. No es el único santo cuyos restos descansan en lugar desconocido, pero el caso de san Ero se hace inaceptable por completo, y se considera mera leyenda.

Parece normal que falleciera en el momento que dejan de hablar de él los documentos, en 1176, por la sencilla razón de que si hubiera perseverado escuchando el pajarillo, los monjes no se hubieran apresurado a nombrar un nuevo abad que rigiera la comunidad hasta tanto que constara de manera fehaciente que el antecesor había muerto o renunciado el cargo, y de hecho aparece luego un sucesor en su puesto.

SEPTIEMBRE

1 de septiembre
San Egidio (Gil) de Casaio, eremita y abad
Monasterio de Samos: memoria

Nacido en el Bierzo, fue formado por san Florencio en Carracedo. Abad del monasterio de San Martín de Castañeda, en Astorga. Parece que tuvo la oposición de un grupo de monjes que nombraron otro abad. A causa de esto, abandonó el monasterio para adoctrinar a los feligreses de Santa Cruz de Casayo. Más tarde se retiró, junto a otros dos monjes: Pedro y Mamés, a una ermita no lejos del lago Sanabria, allí fue alimentado por una cierva. Su compañero en una pared dejó escrita su vida, pero ésta se ha perdido.

*La celda, por “un monje”
“El Eremitorio”. Madrid, 1969, pp. 176-178*

**El ermitaño está sometido a la celda
para la subsistencia del alma**

Las primeras semanas de celda no te descubrirán gran cosa, tal vez nada. Confórmate humildemente con aburrirte y dar vueltas. Tienes el corazón en carne viva por todo cuanto acabas de dejar y en las paredes enjabelgadas nada se dibuja sino sólo un crucifijo, y una Virgen. Hay aún demasiado tumulto en tu imaginación y tu sensibilidad como para que te cautive lo invisible. Habías soñado con esta casita que tu fantasía te pintaba hermana de la del autor de la Imitación de Cristo. En ella estás... y te dan escalofríos. Te entran ganas de fugarte.

Ten paciencia. Ora. Organízate “incontinenti” un ciclo de ocupaciones, lecturas, algún trabajito sobre la Biblia o sobre cualquier otro tema espiritual de tu gusto. Poco a poco descubrirás y saborearás la mística de la celda. Los que la han cantado en términos emotivos que han atravesado los siglos, no eran novicios, puedes creerlo, y, lo mismo que tú, han probado, de buenas a primeras, su austeridad.

La celda del ermitaño es una vivienda única en su género. No es el despacho de un eclesiástico, ni la habitación de un jesuita o de un mendicante. El solitario duerme, come, trabaja y se solaza en su celda. Pero el carácter distintivo es que ella es todo su universo.

Salvo sus visitas a la Iglesia, no debe buscar nada fuera. Todo se le da ahí, en su minúsculo coto.

Todos los tesoros del Desierto, del Monte y del Templo, de tal forma están ligados a ella que el ermitaño que la abandone sin un motivo de peso controlado por la obediencia, los pierde al momento. Fuera nada encuentra, a él no le aprovecha. El ermitaño está sometido a la celda para la subsistencia del alma.

Es un refugio contra los miasmas del mundo; un lugar santo en el que el Señor se hace el encontradizo, sostiene entre vistas secretas con el alma que, por su amor, en ella se recoge dando la mano a todo lo demás. Es aquella bodega (Cant 2, 4) donde el Amado introduce a su amada para embriagarla con su presencia y sus dones. Entregarse en ella a futilidades sería profanarla. En la celda da Dios audiencia al alma solitaria. Llegado a los confines de la vida terrestre desprendido de las contingencias que hacen gemir a tantas almas sedientas de Dios, pegadas como están a las duras condiciones de la existencia, el ermitaño da comienzo a su eternidad en el gozo del Señor

Si eres generoso verás surgir de la sombra, poco a poco, ese mundo divino en medio del cual vivías sin tener conciencia de él, porque el relumbrón y el alboroto del otro impedía que se manifestara. A tu vez, experimentarás, embelesado, que nunca está uno menos solo que cuando está solo.

O bien:

Lectura tomada de una breve biografía del santo

Lectura tomada de <https://www.aciprensa.com>

Egidio o Gil fue un monje medieval, formado en Carracedo —tal vez a la sombra de san Florencio a mediados del siglo XII— enviado más tarde a San Martín de Castañeda seguramente para reformar la vida monástica en aquel monasterio. Allí permaneció algunos años, hasta que lo destinaron a un priorato propio del monasterio, llamado Santa Cruz de Casayo, sito en plena montaña entre Galicia y León.

Allí permaneció varios años, atendiendo a los fieles que vivían en aquellos contornos, pero sintiendo fuerte el carisma de la vida eremítica, con permiso de sus superiores, se retiró a la aspereza de las montañas contiguas, en compañía de otro monje, donde vi-

vieron de ermitaños, cada cual en su propia ermita, a escasa distancia uno de otro.

Hay algunos autores que admiten, en los últimos años de su vida, la intervención de una sierva, compañera inseparable del santo, que sin duda le proporcionaba alimento como su leche, como sucedió al santo del mismo nombre. Así lo afirma el principal biógrafo del santo, fray Ambrosio Alonso, monje orensano, abad de distintos monasterios y por fin general reformador de la orden, quien afirma: “Hallándose varios casos paralelos recibidos sin contradicción en las actas de diferentes santos, y no hallándose particular dificultad en que Dios honrase a nuestro santo con la repetición de este suceso, en donde tanto abundaba y aún abunda la especie de estos brutos; bien podemos dejarle poseer de buena fe su cierva”.

Ambos solitarios perseveraron en el nuevo estado de vida, hasta que Dios llamó para sí a san Gil, y su compañero dejó constancia de su vida en una inscripción que durante siglos se conservó en la ermita. No es posible concretar fechas sobre la existencia y desarrollo de la vida del santo. Podemos situar su existencia en la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII. Quien más ha profundizado en su vida fue el citado monje de Carracedo, fray Ambrosio Alonso, aunque tiene grandes lagunas.

En el siglo XVI, un sacerdote de Casayo, queriendo honrar mejor la memoria de san Gil, derribó la capilla primitiva —la misma que el santo había edificado— y levantó otra más suntuosa, que es la que, con notables reformas posteriores ha llegado hasta nosotros. Los monjes de Carracedo lo han venerado como uno de sus santos más distinguidos. Su imagen, un relieve con la efigie del santo, está vestida con el hábito blanco de los monjes cistercienses. Una inscripción dice: “San Gil, monje de Carracedo, abad de San Martín de Castañeda y ermita en Casayo”. Hoy se halla este relieve en la ermita de San Roque en Cacabelos.

También en el pueblo de Galende, en las inmediaciones del lago de Sanabria, recibe fervoroso culto, en una ermita que le está dedicada. Fue erigida en agradecimiento por un gran favor otorgado a un vecino del pueblo, quien, hallándose completamente ciego, recobró la vista, luego de encomendarse al santo. De aquí proviene que se le invoque de manera especial en esta enfermedad.

2 de septiembre
Beato Bernardo de Poblet, monje,
y sus hermanas María y Gracia, mártires
OCIST: memoria libre

Estos tres hermanos, naturales de Carlet (Valencia), se convirtieron del Islam al cristianismo. Bernardo profesó como monje cisterciense en Poblet y, vuelto a su tierra natal, sufrió martirio con sus hermanas en Alzira el año 1180.

De las cartas de san Cipriano de Cartago, obispo y mártir
Carta 6,1-2: CSEL 3, pp. 480-482

Los que deseamos alcanzar las promesas del Señor,
debemos imitarle en todo

Os saludo, queridos hermanos, y desearía gozar de vuestra presencia, pero la dificultad de entrar en vuestra cárcel no me lo permite. Pues, ¿qué otra cosa más deseada y gozosa pudiera ocurrirme que no fuera unirme a vosotros, para que me abrazarais con aquellas manos que, conservándose puras, inocentes y fieles a la fe del Señor, han rechazado los sacrificios sacrílegos?

¿Qué cosa más agradable y más excelsa que poder besar ahora vuestros labios, que han confesado de manera solemne al Señor, y qué desearía yo con más ardor sino estar en medio de vosotros para ser contemplado con los mismos ojos, que, habiendo despreciado al mundo, han sido dignos de contemplar a Dios?

Pero como no tengo la posibilidad de participar con mi presencia en esta alegría, os envío esta carta, como representación mía para que vosotros la leáis y escuchéis. En ella os felicito, y al mismo tiempo os exhorto a que perseveréis con constancia y fortaleza en la confesión de la gloria del cielo; y, ya que habéis comenzado a recorrer el camino que recorrió el Señor, continuad por vuestra fortaleza espiritual hasta recibir la corona, teniendo como protector y guía al mismo Señor que dijo: Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

¡Feliz cárcel, dignificada por vuestra presencia! ¡Feliz cárcel, que traslada al cielo a los hombres de Dios! ¡Oh tinieblas más resplandecientes que el mismo sol y más brillantes que la luz de este mundo, donde han sido edificados los templos de Dios y santificados vuestros miembros por la confesión del nombre del Señor!

Que ahora ninguna otra cosa ocupe vuestro corazón y vuestro espíritu sino los preceptos divinos y los mandamientos celestes, con los que el Espíritu Santo siempre os animaba a soportar los sufrimientos del martirio. Nadie se preocupe ahora de la muerte sino de la inmortalidad, ni del sufrimiento temporal sino de la gloria eterna, ya que está escrito: Mucho le place al Señor la muerte de sus fieles. Y en otro lugar: El sacrificio que agrada a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

También, cuando la sagrada Escritura habla de los tormentos que consagran a los mártires de Dios y los santifican en la prueba, afirman: La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad. Gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente.

Por tanto, si pensáis que habéis de juzgar y reinar con Cristo Jesús, necesariamente debéis de regocijaros y superar las pruebas de la hora presente en vista del gozo de los bienes futuros. Pues, como sabéis, desde el comienzo del mundo las cosas han sido dispuestas de tal forma que la justicia sufre aquí una lucha con el siglo. Ya desde el mismo comienzo, el justo Abel fue asesinado, y a partir de él siguen el mismo camino los justos, los profetas y los apóstoles.

El mismo Señor ha sido en sí mismo el ejemplar para todos ellos, enseñando que ninguno puede llegar a su reino sino aquellos que sigan su mismo camino: El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. Y en otro lugar: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo.

También el apóstol Pablo nos dice que todos los que deseamos alcanzar las promesas del Señor debernos imitarle en todo: Somos hijos de Dios —dice— y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

O bien:

*Lectura tomada de: “Año cristiano o Ejercicios devotos
para todos los días del año” del P Jean Croisset sj
Barcelona, 1862*

Fueron estos tres hermanos naturales de Valencia, y nacieron en un sitio que ya no existe llamado Pintarrafes, que ya no existe como localidad, sino que Carlet ha ocupado esa zona. Hay que decir que sus nombre de nacimiento fueron Ahmed, Zaida y Zoraida, pues eran hijos del moro Almanzor, señor del lugar allá por el siglo XII, antes de la Reconquista. Además, tenían un hermano mayor también llamado Almanzor. Ambos hermanos varones se formaron en Valencia, donde aprendieron artes de guerra, letras y ciencias. Las hijas quedaron en casa.

Ahmed llegó a ser contable del rey de Valencia, y además, este le encomendó varias legaciones importantes. En una de ellas le envió a Barcelona para tratar el asunto de canjear cristianos con moros presos. De regreso, pasando por Tarragona se perdió en el bosque junto a su criado. Como se hizo de noche, decidió descansar para hallar la salida al otro día. Estando dormido, soñó que oía unas voces que le parecían de otro mundo. Despertó y notó que aún oía las voces. Y es que estaban cerca del sagrado monasterio de Poblet, de donde venían aquellas voces, pues los monjes estaban cantando maitines. Despertó Ahmed a su criado y se acercaron al monasterio y pidieron entrar. Los monjes se sorprendieron de ver a los dos musulmanes tan sorprendidos a su vez. Preguntó Ahmed: “¿qué casa es esta, que gente sois, y qué manera de vivir tenéis?”. Le respondieron los monjes: “Es este uno de los templos del Dios verdadero; del que todos nosotros somos servidores. Aquí solo nos ocupamos de darle gracias a todas horas por el beneficio de la creación y redención, y de habernos dado conocimiento de su santa ley; y en ella el estado de mayor perfección, como es el de monjes”.

Más aún se interesó Ahmed sobre que el dios cristiano tuviera servidores que dedicaban su vida entera a alabarle, pidió conocerles más, y los monjes le permitieron quedarse unos días. Dejó Ahmed ir al criado, y le envió a Lérida, mandándole le esperase en casa de una tía suya. Mientras, se instruyó en la fe cristiana, se convirtió y pidió el bautismo. Una vez cristiano se llamó Bernardo, en honor al santo fundador del Císter. A los pocos días, además, pidió el hábito monástico para asegurar su salvación. Dudó el abad, pero al final consintió con el aplauso de la comunidad. Le

encomendaron la portería, atendiendo a los peregrinos y pobres, donde dio grandes muestras de caridad, llegando incluso a multiplicar el pan que daba a los necesitados. Era penitente y pronto se adentró en la oración, y especialmente oraba y se disciplinaba por los infieles y rogaba por su conversión. Tanta fue la fama de santo del hermano portero, que pronto acudieron a Poblet muchísimos enfermos, a los que sanaba por milagro, especialmente a los niños. También cuando salía por su oficio de limosnero, le acercaban los niños para que los sanase, y lo mismo los tullidos, ciegos o mudos.

Pasó el tiempo y quiso Bernardo ir a convertir a sus parientes, por lo pidió permiso al abad. Este se negó cuanto pudo, pero viendo que su deseo era una inspiración divina, le dejó marchar con tristeza. Partió Bernardo a Lérida, donde luego de luchas y oraciones, convirtió a su tía y la bautizó. La mujer donó todos sus bienes a los pobres y en adelante vivió pobremente, como una sencilla cristiana. Luego de esta victoria, se fue Bernardo a su casa, donde halló que su padre había muerto y su hermano Almanzor había heredado el gobierno de la familia y la región. Lo recibieron con alegría, pues pensaban venía huido del monasterio, para volver a la fe de Mahoma. Pero cuando comenzaron a hablar, vieron que era lo contrario, pues Bernardo tenía gran celo de Cristo. Pronto convirtió a sus hermanas, las que desde entonces se llamaron Gracia y María. Almanzor montó en cólera y le dijo a su hermano que se fuera a su monasterio, porque le quitaría la vida. Pero no contó Almanzor con la fe y arrojo de las hermanas, que también quisieron irse de allí, por miedo a verse presionadas a volver al islam.

Huyeron los tres cristianos, y enterado Almanzor y algunos parientes, salieron en su busca. Permanecieron Bernardo, María y Gracia escondidos entre unos matojos a la altura de Alzira durante unos días. Al cabo, salió Bernardo al camino a buscar algo de comer para seguir camino hacia Poblet. Apenas atravesó el camino real, cuando fue descubierto por un piquete de soldados comandado por el mismo Almanzor, y no le alancearon porque Almanzor terció que si le entregaba a las hermanas, le dejaría irse. Respondió Bernardo: “Ya quisiera que hubieras recogido tú también, como ellas, el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fe, ten entendido que los tres estamos prontos a morir por esta”. Almanzor le hizo atar y le mandó le

guiase adonde estaban las hermanas, pero ellas salieron al camino y suplicaron a Almanzor tuviera piedad. Él las consoló con piadosas razones, y con tal inspiración, que también ellas se mostraron dispuestas a ofrecer sus vidas por Jesucristo. Los soldados ataron a Bernardo a un árbol y para martirizarle, le metieron un clavo de barco por la cabeza, y mientras invocaba el Nombre de Jesús y exhortaba a la conversión a sus asesinos, expiró. Almanzor hizo promesas y amenazas a Gracia y María, para que abandonasen aquella locura y volvieran a casa, pero ellas solo hablaban para animarse una a la otra a perseverar en la verdadera religión. Y como nada lograba, mandó a sus sicarios las despedazaran a cuchilladas. Ocurrió este martirio en 1180.

Los tres santos cuerpos fueron abandonados para que fueran comidos por los cuervos, pero algún desconocido les enterró. Aquí hay un paréntesis que arroja sombras y dudas, pues no sería hasta el tiempo de la reconquista del beato Jaime I de Aragón (23 de julio), cuando las reliquias son halladas en 1242. El rey mandó fuesen colocadas en una ermita dedicada a su memoria en Alzira, dejando custodiándolas a un santo varón. Como la paz no era duradera, las reliquias fueron ocultadas de nuevo, y el sitio del enterramiento iba pasando de un ermitaño a otro. Pero esto duró demasiado como para no sospechar. No sería hasta el 23 de julio de 1599 cuando ocurriría la invención de las reliquias, con ocasión de que los frailes trinitarios anexan dicha ermita a un convento que construyen, y el último ermitaño revelase al provincial de la Orden que en dicho templo estaban las preciosas reliquias de los santos hermanos. Por orden de Felipe III, respondiendo a una petición de Poblet, las reliquias pasaron al monasterio de Poblet, donde llegaron a 2 de septiembre de 1603. Se entabló un largo litigio por dicha traslación y en 1610 se resolvió compartir las reliquias y que una parte regresase a Valencia, yendo una porción a Carlet y otra al Real Colegio del Corpus Christi de Valencia, por influencia del gran pastor de Valencia, san Juan de Ribera (6 y 14 de enero), quien presidió esta ceremonia.

En 1643 la ciudad de Alzira los proclamó patronos suyos y en su iglesia parroquial de Santa Catalina mártir, tienen su altar y reliquias. En 1725 se compuso el oficio propio para toda la arquidiócesis de Valencia. Aunque la memoria era a 23 de julio, la orden del Císter obtuvo como privilegio celebrarla a 1 de junio, aunque ya no es obligatoria para toda la orden.

El mismo día 2 de septiembre
Beatos Agustín Chevreux, Renato Julián Massey
y Luis Barreau de la Touche, presbíteros,
y compañeros, mártires
—Mártires benedictinos de la Revolución Francesa—
OSB (Congregación de Solesmes): memoria

Ambrosio Agustín Chevreux nació en Orleans en 1728. En 1744 profesó como monje benedictino maurista en la abadía de Saint-Florent de Saumur. Fue destinado a la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés. Fue el último superior general de la Congregación benedictina francesa de San Mauro (Mauristas). Defendió los derechos de su orden contra las pretensiones de la Comisión de la regularidad, que en los albores de la Revolución francesa quería suprimir las congregaciones religiosas; animó a mantener vivo el ideal monástico dentro de los conventos de la Orden. Fue encarcelado junto a un numeroso grupo de eclesiásticos en el monasterio carmelita de París (“Les Carmes”) con su sobrino Dom Ludovico Barreau de la Touche y Dom René Julián Massey y ejecutados durante la masacre general.

San Cipriano de Cartago, Carta 6
12: CSEL 3, pp. 480-482

Los que deseamos alcanzar las promesas del Señor
debemos imitarle en todo

Os saludo, queridos hermanos, y desearía gozar de vuestra presencia, pero la dificultad de entrar en vuestra cárcel no me lo permite. Pues, ¿que otra cosa más deseada y gozosa pudiera ocurrirme que no fuera unirme a vosotros, para que me abrazarais con aquellas manos que, conservándose puras, inocentes y fieles a la fe del Señor, han rechazado los sacrificios sacrílegos?

¿Qué cosa más agradable y más excelsa que poder besar ahora vuestros labios, que han confesado de manera solemne al Señor, y qué desearía yo con más ardor sino estar en medio de vosotros para ser contemplado con los mismos ojos, que, habiendo despreciado al mundo, han sido dignos de contemplar a Dios?

Pero como no tengo la posibilidad de participar con mi presencia en esta alegría, os envío esta carta, como representación mía, para que vosotros la leáis y la escuchéis. En ella os felicito, y al

mismo tiempo os exhorto a que perseveréis con constancia y fortaleza en la confesión de la gloria del cielo; y, ya que habéis comenzado a recorrer el camino que recorrió el Señor, continuad por vuestra fortaleza espiritual hasta recibir la corona, teniendo como protector y guía al mismo Señor, que dijo: Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

¡Feliz cárcel, dignificada por vuestra presencia! ¡Feliz cárcel, que traslada al cielo a los hombres de Dios! ¡Oh tinieblas más resplandecientes que el mismo sol y más brillantes que la luz de este mundo, donde han sido edificados los templos de Dios y santificados vuestros miembros por la confesión del nombre del Señor!

Que ahora ninguna otra cosa ocupe vuestro corazón y vuestro espíritu sino los preceptos divinos y los mandamientos celestes, con los que el Espíritu Santo siempre os animaba a soportar los sufrimientos del martirio. Nadie se preocupe ahora de la muerte, sino de la inmortalidad; ni del sufrimiento temporal, sino de la gloria eterna, ya que está escrito: Mucho le place al Señor la muerte de sus fieles. Y en otro lugar: El sacrificio que agrada a Dios es un Espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

Y también, cuando la sagrada Escritura habla de los tormentos que consagran a los mártires de Dios y los santifican en la prueba, afirma: La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad. Gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente.

Por tanto, si pensáis que habéis de juzgar y reinar con Cristo Jesús, necesariamente debéis regocijaron y superar las pruebas de la hora presente en vista del gozo de los bienes futuros. Pues, como sabéis, desde el comienzo del mundo las cosas han sido dispuestas de tal forma que la justicia sufre aquí una lucha con el siglo. Ya desde el mismo comienzo, el justo Abel fue asesinado, y a partir de él siguen el mismo camino los justos, los profetas y los apóstoles.

El mismo Señor ha sido en sí mismo el ejemplar para todos ellos, enseñando que ninguno puede llegar a su reino sino aquellos que sigan su mismo camino: El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. Y en otro lugar: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo.

También el apóstol Pablo nos dice que todos los que deseamos alcanzar las promesas del Señor debemos imitarle en todo: Somos hijos de Dios —dice— y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

O bien:

*Del libro de san Juan Eudes, presbítero,
“Vida y reino de Jesús en las almas cristianas”
Parte 2, 44: “Oeuvres Completes” 1, pp. 284-290*

Los mártires pertenecen a Jesús de manera propia y especial

La perfección de la vida cristiana es el martirio. La gracia del martirio es el mayor prodigio que Dios obra en los cristianos, y lo más grande y maravilloso que los cristianos pueden hacer por Dios es sufrir el martirio por él. El beneficio más señalado que hace Jesucristo a quienes ama especialmente es hacerlos semejantes a él en su vida y en su muerte, y hacerlos dignos de morir por él, como él murió por su Padre y por ellos.

Donde aparece mejor el poder maravilloso de su amor es en los santos mártires, los más admirables de todos los santos delante de Dios. Son los santos de Jesús, como él mismo los llama por medio de la Iglesia: Sancti mei; porque si es verdad que todos los santos pertenecen a Jesús, los mártires le pertenecen de manera propia y especial, porque vivieron y murieron por él. Por eso les profesa un amor singular y extraordinario y les promete lo más grande y ventajoso.

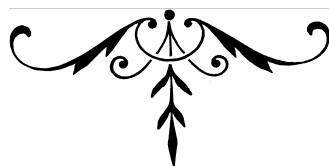
Bienaventurados, en verdad, los que son de esa manera amados por Jesús y que lo aman a su vez. Los que llevan en sí mismos la imagen perfecta de su santa vida y de su amorosa muerte; los que son llamados a la cena de bodas del Cordero. Los que lavan sus vestidos en la sangre de ese mismo Cordero. Bienaventurados ellos, que no quieren vida sobre la tierra sino para emplearla toda a su gloria y sacrificarla finalmente por amor a ese dulce y amabilísimo Cordero. Y para usar el lenguaje del Espíritu Santo, es el martirio el fin de toda la perfección y la consumación final y perfecta de toda santidad. Porque el hombre no puede hacer nada más grande por su Dios que sacrificarle lo más caro que tiene : su

sangre y su vida, y morir por él, que es el verdadero y perfecto martirio.

Porque hay varias clases de mártires y de martirios. Son mártires en cierta manera, delante de Dios, los que se encuentran en verdadera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor, aunque de hecho no mueran. Son también mártires, en cierta manera, según san Cipriano, los que están listos a morir antes que ofender a Dios. Mortificar su carne y sus pasiones, resistir a los deseos desordenados y perseverar así hasta el fin por amor a nuestro Señor, es una especie de martirio, dice san Isidoro.

Sufrir pacientemente, por el mismo motivo, las necesidades y miserias de la pobreza, u otra aflicción, y soportar con dulzura las infamias, calumnias o persecuciones, y no devolver mal por mal, sino bendecir a los que nos maldicen y amar a los que nos odian, es otra clase de martirio, según san Gregorio.

Pero el verdadero y perfecto martirio no consiste solamente en sufrir, sino en morir. De ahí que la muerte es de la esencia del martirio consumado. Para ser, pues, verdadera y perfectamente mártir, en el sentido que da la Iglesia a esta palabra, es necesario morir, y morir por Jesucristo. Morir por Jesucristo, es decir: o por su misma persona o para sostener el honor de alguno de sus misterios o sacramentos, o por la defensa de su Iglesia, o para reafirmar alguna verdad enseñada por él o alguna virtud por él practicada.



3 de septiembre
San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia
Memoria

Nacido en Roma hacia el año 540, desempeñó responsabilidades públicas llegando a ser prefecto de la Ciudad Eterna. Abrazó la vida monástica, fue ordenado diácono y designado representante pontificio en Constantinopla. El día 3 de septiembre del 590 fue elegido papa. Todos pudieron reconocer en él a un verdadero pastor, tanto en las tareas de administración, como en la ayuda a los necesitados o en la propagación y consolidación de la fe. Nos ha legado muchos escritos teológicos. Murió el 12 de marzo del año 604.

San Gregorio Magno, Homilías sobre el libro del profeta Ezequiel
Lib 1, 11, 4-6: CCL 142, pp. 170-172

Por amor a Cristo, cuando hablo de él, ni a mí mismo me perdono

Hijo de Adán, te he puesto de atalaya en la casa de Israel. Fijémosnos cómo el Señor compara sus predicadores a un atalaya. El atalaya está siempre en un lugar alto para ver desde lejos todo lo que se acerca. Y todo aquel que es puesto como atalaya del pueblo de Dios debe, por su conducta, estar siempre en alto, a fin de preverlo todo y ayudar así a los que tiene bajo su custodia.

Estas palabras que os dirijo resultan muy duras para mí, ya que con ellas me ataco a mí mismo, puesto que ni mis palabras ni mi conducta están a la altura de mi misión.

Me confieso culpable, reconozco mi tibieza y mi negligencia. Quizá esta confesión de mi culpabilidad me alcance el perdón del Juez piadoso. Porque, cuando estaba en el monasterio, podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado casi continuamente a la oración. Pero, desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad pastoral, me es imposible guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos.

Me veo, en efecto, obligado a dirimir las causas, ora de las diversas Iglesias, ora de los monasterios, y a juzgar con frecuencia de la vida y actuación de los individuos en particular; otras veces tengo que ocuparme de asuntos de orden civil, otras, de lamentarme de los estragos causados por las tropas de los bárbaros y de temer por causa de los lobos que acechan al rebaño que me ha si-

do confiado. Otras veces debo preocuparme de que no falte la ayuda necesaria a los que viven sometidos a una disciplina regular, a veces tengo que soportar con paciencia a algunos que usan de la violencia, otras, en atención a la misma caridad que les debo, he de salirles al encuentro.

Estando mi espíritu disperso y desgarrado con tan diversas preocupaciones, ¿cómo voy a poder reconcentrarme para dedicarme por entero a la predicación y al ministerio de la palabra? Además, muchas veces, obligado por las circunstancias, tengo que tratar con las personas del mundo, lo que hace que alguna vez se relaje la disciplina impuesta a mi lengua. Porque, si mantengo en esta materia una disciplina rigurosa, sé que ello me aparta de los más débiles, y así nunca podré atraerlos adonde yo quiero. Y esto hace que, con frecuencia, escuche pacientemente sus palabras, aunque sean ociosas. Pero, como yo también soy débil, poco a poco me voy sintiendo atraído por aquellas palabras ociosas, y empiezo a hablar con gusto de aquello que había empezado a escuchar con paciencia, y resulta que me encuentro a gusto postrado allí mismo donde antes sentía repugnancia de caer.

¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña, sino que estoy postrado aún en la llanura de mi debilidad? Pero el Creador y Redentor del género humano es bastante poderoso para darme a mí, indigno, la necesaria altura de vida y eficacia de palabra, ya que por su amor, cuando hablo de él, ni a mí mismo me perdono.

O bien:

*De los libros morales sobre Job de san Gregorio Magno, papa
Liber VI, 37. 58-62: CCL 143, 328-331*

En la contemplación el amor debe ser el acicate del pensamiento

Quien quiera dedicarse a la contemplación debe preguntarse con sinceridad si ama bastante. Porque el impulso del pensamiento es la fuerza del amor, que al arrancarnos del mundo nos eleva hacia lo más sublime. Así pues, considere primero si ama aquello que desea, y si amándolo lo respeta; si sabe comprender las cosas ocultas amándolas y venerar las cosas incomprensibles con el debido respeto. Porque si en la contemplación el amor no es el acicate del pensamiento, éste queda a oscuras debido al lastre de su tibieza. Y si el temor no da gravedad al pensamiento, el sentimiento lo extra-

vía por las fútiles brumas del error, de tal manera que, aun si encontrase abierta la auténtica puerta de los misterios, no podría entrar a causa de su arrogancia, ya que querría apropiarse a la fuerza de aquello que busca sin encontrarlo; y como el pensamiento soberbio confunde el error con la verdad, cuando cree que avanza, en realidad retrocede.

De ahí que al dar la Ley el Señor bajase en el fuego y en la nube, porque la claridad de su revelación ilumina a los humildes, mientras que la bruma del error vela los ojos de los orgullosos. En primer lugar, pues, hay que purificar el pensamiento de toda ambición de gloria temporal y de todo deseo carnal, y hacerlo subir entonces a la contemplación. Por eso se prohibió al pueblo acercarse a la montaña donde se dio la Ley, para que no osara escrutar lo excelso nadie deseoso de bienes terrenales con bajos pensamientos.

Los que se esfuerzan por alcanzar las cumbres de la perfección, cuando quieren subir al alcázar de la contemplación, primero se ejercitan en la acción para comprobar si hacen daño a los demás, o si soportan ponderadamente el mal que les hacen, o si no se envanecen en exceso por los bienes recibidos, o si no se dejan abatir por la amargura a causa de los bienes que les faltan. Más adelante consideran también si al practicar la introspección arrastran consigo las sombras de las realidades materiales o si las rechazan con buen criterio. Aquellos que desean ver la luz infinita se trascienden a sí mismos al dejar de lado sus limitadas imaginaciones y al correr en pos de lo que les supera.

El primer tiempo es el de la acción y el último el de la contemplación. Por eso el hombre perfecto debe dedicarse primero a crecer en virtud y después debe ocultarse en una quietud retirada. Aquél de quien salió una legión de demonios por orden del Señor, se lanzó a los pies del Salvador, escuchó su enseñanza y quería abandonar su país para seguir al Autor de la vida, pero la misma Verdad que le restituyó la salud, le dijo: “Vuelve a tu casa y cuenta a los tuyos todo lo que te ha hecho el Señor.”

Cuando hemos atisbado algo de la ciencia divina, ya no quisiéramos regresar a las cosas humanas y rechazamos cargar con las necesidades ajenas; buscamos la quietud de la contemplación y solo nos agrada la contemplación sin penas. Pero una vez curados, la Verdad nos envía a nuestra casa y nos manda explicar lo ocurrido en nosotros, para que quien ha alcanzado el solaz de la contemplación empiece a fatigarse con la acción.

7 de septiembre

San Esteban de Die, monje y pastor

Nació en Châtillon-les-Dombes, (departamento de Ain, Francia) en la noble familia de los Chatillons; creció como un estudiante modelo en parte con preceptores y en parte en las escuelas diocesanas de la época; desde su adolescencia se dedicaba al ayuno y a la abstinencia, con oración asidua. A los veinticinco años, ingresó en la cartuja de Portes-en-Bugey, iluminada por la virtud del abad beato Antelmo de Chignin. Después de muchos años vividos en la espiritualidad y soledad cartujana, fue elegido prior en el 1196. En el 1203, fue elegido obispo de Dié, Francia, por el capítulo de la diócesis y aprobado por el papa Inocencio III y por Jancelino, prior general de los cartujos. Dirigió la diócesis durante pocos meses, ya que murió pronto. Ya en vida, cuando era prior de Portes, se le atribuyeron diversos milagros, como la profecía del nacimiento de la Orden de Predicadores en el 1215. Cuando se estaba muriendo curó a una enferma de su diócesis. Su cuerpo incorrupto fue profanado y quemado por los hugonotes en 1561.

Homilía atribuida a Johannes Tauler

Trad. Ch. Sainte-Foi, Paris, 1854, 1, 244 y ss.

Hijo mío, tómese como se tome la vida cristiana, es menester empezar por una salida. Si quieres adelantar, has de salir: salir de tu voluntad, de tu propio juicio, de tu complacencia en ti mismo. No hay otro camino. Tienes que amar, y tener siempre por norte la honra y la gloria de Dios. Vela con sumo cuidado sobre ti mismo, y si notas en tu espíritu o en tu cuerpo algún rinconcito donde te encuentras y te posees a ti mismo, apresúrate a salir de él. Tu corazón debe salir de las reuniones mundanas, y de todo lo creado, espiritual y material. Es menester que vivas en soledad, lejos del tumulto de la multiplicidad, si deseas que Dios obre en ti de manera eficaz. Como quiera que te las apañes, habrás de salir de tu actividad propia y de todas tus potencias; tendrás que abrirte como un camino por entre ellas para salir victorioso de tus hábitos, de cuanto amas y deseas.

Observa cuidadosamente las cosas que, por ser más potentes que tú, te sirven de tropiezo, y quíébralas sin vacilación, como muerde y rompe la hormiga los granos que recoge, para que no

germinen, y se conserve, así, el alimento en ellos contenido. Muerde también tú las cosas que más te solicitan, sobre las que vuelves más presuroso y más a gusto; si no, tendrás caídas profundas en el instante mismo en que te creas más seguro. Tenlo muy presente: hay que salir de toda cosa. Los maestros de la vida espiritual enseñan que esta salida ha de llevarse a cabo en la voluntad, según las insinuaciones del entendimiento. Cuando conozco alguna cosa, la traigo a mí; mas cuando mi voluntad descubre el bien, enseguida corre hacia él y desea descansar en él.

El que ama una cosa, sale, en cierta manera, de sí mismo por causa del bien en ella contenido. Todo lo que en sí tiene de bueno y de amor, lo lleva consigo y lo echa, como quien dice, al objeto amado; y hasta se echa a sí mismo con todo cuanto de bueno tienen las criaturas. En cambio, si su amor es vicioso y falso, en lugar de salir de sí mismo, persigue tal o cual cosa. Tal es el amor de los que se buscan a sí mismos en Dios; no salen de sí mismos, su amor es falso; yo no daría por él ni un centavo. Sí, hijo mío, en tu amor a Dios, tienes que salir de ti mismo, de suerte que lo ames a Él únicamente, sin buscar el placer, el provecho o las ventajas que tal vez hallarías en Él, sino solamente su gloria; aunque nunca hubiere de recompensártelo, por más que sepas que la recompensa la tienes segura; el aliciente de la recompensa tienes que tenerlo como velado, y no dejar que se presente a tu espíritu.

Cuando te sientas abandonado de todas las criaturas, sumérgete en la profunda pobreza de Cristo, abandona totalmente en el seno de Dios todopoderoso tu libre albedrío, tu voluntad: ésta es muy noble para que el Señor intente violentarla. Y puesto que nada aprecia el hombre tanto como su voluntad y libre albedrío, nada será tan grato al Señor como el sacrificio de la misma. No hay obra, ni pobreza de Cristo, ni pobreza de cualquier hombre, más grata a Dios y más ventajosa al que la cumple, que la abnegación de la propia voluntad. Es tanta, en efecto, la grandeza y excelencia de esta virtud, es a saber, de la buena voluntad, que, por el perfecto deseo, podemos adquirir cierta conformidad con las obras del mismo Cristo. Por muy pobre que sea un hombre, puede poseer y, por tanto, abandonar tantas riquezas como el más rico.

O bien:

*Lectura tomada de una breve biografía
Del libro “Santos y Beatos de la Cartuja”, de Juan Mayo Escudero*

Nació Esteban de la noble familia de los Chatillon, en Lyon, en el año 1150. Diéronle sus padres excelentes maestros, de los que aprendió la virtud y las letras, en tal grado que presto descolló entre todos sus compañeros. Fue castísimo, guardando de por vida la virginidad, para lo que hubo de armarse de la más austera penitencia: ayunos, disciplinas, vigiliass y demás asperezass, a las que se entregaba ardorosamente, pese a la oposición del mundo, que no podía contemplarlas indiferente en aquel joven noble, rico y delicado.

Viendo, pues, que en medio de aquella sociedad no podría seguir a Jesucristo con el desembarazo y la paz que su alma anhelaba cada vez con más ardor, y sabiendo cuán grande era la observancia y la santidad de la cartuja de Portes, fue a pedir a aquellos religiosos, cuando contaba veinticinco años, que lo admitiesen en su compañía; súplica que se aceptó muy gustosamente, en gracia a las excelentes prendas que lo adornaban. Fue toda su vida religiosa un dechado de perfección del cartujo, pudiendo resumirse en estos caracteres principales: devoción ardiente a la Pasión de N. S. Jesucristo, a la sagrada Eucaristía, a la Santísima Virgen y al oficio divino; todo ello en la más caldeada atmósfera del amor de Dios y del prójimo. La vista de un crucifijo le bastaba para ser arrebatado de éxtasis; y un día vino un ángel a tomar parte visiblemente en su oración, como recogióndosela para ofrecerla al Altísimo en un incensario de oro que despedía el más delicado perfume. Jamás celebró el santo Sacrificio sin que corriesen por sus mejillas abundantes lágrimas, empleando días y noches enteros en dar gracias a la divina Majestad por habersele dispensado en la sagrada Comunión, y en disponerse para la siguiente.

El gozo que le producía el canto de los salmos se dibujaba de tal modo en su rostro, que parecía transportado al coro de los Serafines. Abrasado de amor a las almas redimidas con la preciosa Sangre, se ofrecía cada día como víctima por las intenciones más urgentes de la Santa Sede. Con tan santos ejercicios crecía de día en día en su corazón la llama del amor divino, y la estimación y fama de sus virtudes se extendía y comunicaba a muchos dentro y fuera de aquel desierto, venerándole todos como santo religioso y per-

fecto cartujo. Y de esta forma, muerto que fue el prior de aquella casa, todos a una le eligieron por sucesor; y aunque él se opuso de todas veras, al fin, a fuerza de verdadero humilde, se rindió a sus superiores y al deseo de todo el convento. Y gobernó su comunidad tan prudente y santamente como podía esperarse de hombre de tan preclaras dotes y en tal grado unido con Dios; razón por la cual puede asegurarse que aquella casa, donde todos eran cor unum et anima una, constituía un trasunto del Paraíso.

Habiendo quedado huérfana de pastor la iglesia de Die, reuniéronse los electores para dotarla de uno nuevo. Encontrados eran los pareceres y varios los candidatos al principio; mas apenas unos pocos propusieron a nuestro Esteban, dando a conocer sus prendas, cuando todos se sumaron y de común acuerdo le eligieron por prelado; mas previendo cuán difícil sería sacarlo de su soledad y hacerle aceptar el episcopado, acudieron al pontífice y al general de la orden para que se lo mandasen en virtud de santa obediencia, y así, cuando quiso oponer su indignidad y falta de dotes para tan elevado cargo, tuvo que rendirse a los mandatos terminantes, que dimanaban de tan alto.

Consagrado en Vienne en 1202 (dos años después de la muerte de san Hugo de Lincoln) pasó a Die a tomar posesión de su cargo, con gran regocijo de toda la ciudad. Asistía al coro con los canónigos, con lo que tan sagrada función ganó no poco en pausa y dignidad. Y no ya solamente por la oración y las austeridades, que siguió practicando como en el claustro, sino también por la predicación y el buen ejemplo, trabajaba incansablemente y con los mejores frutos en la salvación de las almas.

Muchos prodigios obró el Señor por su siervo, demostrando cuán aceptos le eran sus desvelos; pero entre todos fue célebre, por lo extraordinario del caso y por el provecho que causó en las almas, el siguiente: Como hubiera durante mucho tiempo rogado, amonestado y reprendido inútilmente a sus diocesanos por el abuso de dedicar el domingo a cosas profanas, un día que con más vehemencia que nunca condenaba en la catedral estos desórdenes, afligido de no acertar a mover el corazón de sus oyentes, levantó las manos al Cielo y rogó al Altísimo permitiera que sus endurecidos hijos vieran con los ojos del cuerpo a aquellos a quienes servían en su obstinación. Ordenó, pues, a los demonios que se les apareciesen en forma visible; y en efecto se le aparecieron en las más espantables y horrorosas figuras que imaginar se puede; de

modo que todo el pueblo, atónito y sobrecogido del más saludable temor lloraba a gritos, y clamaba al santo arrojase de allí aquella maldita caterva. Hízolo así el Santo en el nombre del Señor; y el pueblo enmendóse de tal modo de sus desórdenes pasados, que la diócesis de Die llegó a ofrecer el espectáculo de virtudes dignas de los primeros cristianos.

Volvió el siervo de Dios con frecuencia a su amada soledad de Portes, para recrear y enfervorizar su espíritu y aliviar un poco las cargas del obispado. Pasaba allí algunas semanas, como un monje cualquiera, guardando la soledad, los ayunos, la observancia al coro y las demás observancias cartujanas, sin revelar su alta dignidad en cosa alguna, no siendo en el anillo, y en la cruz pectoral que llevaba sobre la cogulla de religioso.

Bien sabía el santo cuántos peligros llevaba consigo el ministerio exterior de las almas, y por ello, encontrándose un día en la cartuja de Durbon, dijo a un converso, varón de gran virtud, que estaba enfermo: “Creed, hermano, que esta enfermedad os llevará al Señor; por eso os pido que cuando estéis con Él, le roguéis por mí, y le pidáis la gracia de que no permita continúe en mi obispado, si el hacerlo hubiera de ser causa de ofenderlo a Él”. Murió luego el converso, y el mismo día cayó enfermo Esteban, falleciendo doce días después, 7 de septiembre de 1208, a los cincuenta y ocho años de edad y seis de episcopado, después de haber recibido con grandísimo fervor los Santos Sacramentos. Quizás con esta muerte prematura escapó al peligro de ofender al Señor, cosa que él tanto temía.

Dióse a su cuerpo honorífica sepultura el 8 de septiembre, Natividad de la Santísima Virgen, de cuyo misterio había sido siempre devotísimo, y en cuya capilla había elegido su enterramiento. Los milagros que obró el Señor ya en aquel mismo día, manifestaron que se le había concedido celebrar con Ella en el Cielo su santo aniversario. Fueron en tan gran número los milagros obrados ante su tumba, que veintitrés años después el arzobispo de Vienne y los obispos de Valence, Die, Grenoble, Viviers, Ginebra y Maurienne firmaron una carta colectiva, dirigida al papa Gregorio IX con el objeto de obtener la rápida canonización del nuevo taumaturgo. En ella, después de haber relatado sesenta y siete milagros, entre ellos doce resurrecciones, añaden dichos prelados: “Otros muchos milagros hay con los que la divina clemencia clarificó al dicho obispo entre sus fieles, y no deja todavía de honrarlo en ellos, re-

comendando los méritos de su siervo con la evidencia de los prodigios”. Se ignora la contestación que dio el papa a esta postulación, pues en 1561 los hugonotes quemaron, juntamente con el cuerpo, entonces aún incorrupto, todos los documentos relativos al culto del santo, del que, sin embargo, se sabe por otros medios que venía tributándosele desde tiempo inmemorial, celebrándose su fiesta en la catedral y diócesis de Die el 7 de septiembre.

La Orden Cartujana celebrábala sólo en la provincia de Borgoña; mas a partir de 1859, por concesión de la Santa Sede del 10 de septiembre de 1857, se extendió a todas las casas.



10 de septiembre
Beato Ogler de Locedio, abad
OCIST y OCSO: memoria libre

Nacido el año 1136 en Tridino del Piamonte, probablemente fue ganado por el mismo san Bernardo para la vida monástica siendo todavía muy joven. Entró en Locedio en la diócesis de Vercelli, y fue elegido abad el año 1205. Desde el principio se consagró a María, la Madre de Dios, con devota oblación. Son célebres sus escritos marianos y los sermones sobre los discursos de Jesús en la última cena. Entregó el alma a Dios el día 10 de septiembre de 1214 en su monasterio.

*Del “Tratado sobre las alabanzas a la Madre de Dios”,
de Ogler, abad de Locedio
Pain de Cîteaux. Mariale VII, pp. 73-75*

Dios, “glorificado” por María

Verdaderamente, ¡oh María!, Estrella de la mañana,
más brillante que todos los astros,
más santa que todos los mortales,
más gloriosa, a la mirada del Esplendor eterno,
que los ángeles,
por ti el Señor es “glorificado”,
pues por ti es conocido como Dios de todos
en las zonas de la ignorancia, de la ceguera,
en el abismo de la confusión inveterada,
en la amargura de nuestra fragilidad.

Antiguamente sólo en Judea era conocido,
pero, gracias a ti, su nombre
ha resonado en toda la tierra.

De la salida del sol hasta su ocaso,
por ti es alabado, ahora, el nombre del Señor,
cuando antiguamente sólo los judíos le veneraban.

Al presente, el mundo entero, a una sola voz, grita:
“¡Del Señor es la tierra y cuanto la llena!”,
y, batiendo palmas, todas las criaturas aclaman:
*“¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!”*

Por ti, toma posesión de las naciones
y de toda la tierra,

todos los reyes le adoran,
y todos los pueblos, tribus y lenguas le sirven;
no porque le hayas concedido los dones por ti misma,
sino que los ha adquirido al nacer de ti.

Pues muriendo, resucitando, subiendo al cielo,
ha adquirido estos dones entre los hombres,
quiero decir que el Señor Dios
ha encontrado albergue en aquéllos que no creían.

O bien:

*De los sermones del beato Ogler, abad de Locedio
Sermón X sobre las palabras del Señor en la cena: PL 184, col. 925-928*

La llama de la caridad en Cristo hace al monje perfecto

Yo soy la verdadera vid: Yo soy la vid fragante, de admirable belleza, florida, que da una uva dulcísima en todos los sarmientos que permanecen en mí. Yo soy la vid que da aquel vino que alegra el corazón del hombre. Yo soy la vid que ofrece a Dios Padre la propia sangre para la salvación de mí pueblo. Yo soy la vid floreciente, frondosa, llena de fruto sin necesidad de bastones que la sostengan. Yo soy la vid que no cultiva ningún hombre, sino el mismo Dios Padre, y Él no me cultiva trabajándome por fuera¹ sino con la gracia interior; es decir, no obrando externamente, sino haciéndome crecer desde dentro.

Cristo es la vid rebosante de savia, es decir de la plenitud del Espíritu Santo en su cuerpo. Sus sarmientos son sus apóstoles y todos los fieles. Dios Padre ha limpiado esta vid, esto es la naturaleza humana de Cristo, haciéndola inmune a los pecados y otorgándole las virtudes; y esto mismo hace con los sarmientos, aunque no tan perfectamente como con Cristo. Todos los que se unen a Cristo por la fe, son sarmientos que permanecen en Cristo, la vid salvadora. Pero unos dan fruto, mientras que otros quedan estériles. Unos florecen, germinan y dan dulces uvas; otros exhiben una frondosa hojarasca, orgullosos de la belleza de su follaje verde. Pero a estos, que llenos sólo de hojas han quedado estériles, cuando Dios Padre los halle sin frutos, en el tiempo de la poda los cortará de la vid, los echará al fuego y arderán.

Por lo tanto, amadísimos hermanos, no confiemos sólo en la exuberancia de las hojas, en el crecimiento de las ramas y en la verde espesura, porque si no damos fruto en la viña del Señor, se-

remos arrancados y arrojados al fuego ¿Acaso ignoráis, amadísimos, que cuando el Señor tuvo hambre y vio cerca del camino una higuera grande, alta y frondosa, al no hallar fruto en ella la maldijo y se secó? Así es el hipócrita, que cultiva las apariencias de la santidad, pero no la auténtica virtud; el que se cubre con el manto de la santidad, pero no la tiene en el corazón. Y es que ni la blanca cogulla ni la tonsura bien visible hacen al monje perfecto, sino una conciencia pura y un corazón limpio, la renuncia a la voluntad propia y la llama de la caridad en Cristo.

Unámonos, pues, hermanos, con corazón sincero a la vida verdadera, a Cristo nuestro Salvador; con los corazones purificados por una fe íntegra y limpios de toda suciedad carnal o espiritual, mantengamos con firmeza la fe y la esperanza que profesamos. Que nada puede separarnos del amor de Jesús, nuestro Señor.

A todo sarmiento mío que no da fruto, Dios Padre lo poda para que dé más fruto, porque cuando en las pruebas el pensamiento considera cuanto ha decaído la primitiva solidez de su virtud, entonces se esfuerza por no perder del todo aquello que había empezado a poseer. Entonces busca como podría resistir la tentación y reflexiona sobre la manera de evitarla. Entonces blande la espada de la oración y el llanto de la compunción, y así debilita la tentación y la vence por completo. Y esto no gracias a sí mismo, sino a la gracia de Dios que actúa en él. De este modo el pensamiento, que yacía inútil y perezoso en el tiempo de la prosperidad, con la adversidad se levanta más fuerte y más fecundo para dar fruto.

O bien:

Beato Ogler, “El amor fraterno”

Sermone V de verbis Domini in Cena: PL 184, col. 899-902

“Os doy un mandamiento nuevo, que os amáis los unos a los otros como Yo os he amado”(Jn 13,34), se nos intima con el mandato del amor. Y lo hace quien nos amó y lavó nuestros pecados con su sangre, es un mandamiento lleno de bondad, dulzura, placer y vida eterna. En él está contenida toda la Ley y los Profetas. Esta es la perla incomparable que encuentra el mercader y da todo cuanto tiene para conseguirla (Mt 13,46). Esta es la escalera que vio Jacob en sueños, y que llegaba hasta el cielo, y por la cual bajaban y subían ángeles. Nadie puede subir al cielo si no es por ella. En la cumbre misma de la escalera está el Señor de los ángeles, que dice

“Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. El que nos manda amar al hermano quiere ser amado sin reservas por parte de sus fieles. Este es el precepto que dejó a sus discípulos cuando volvía al Padre; más aún, el testamento que legó a sus herederos antes de morir,

Y les dice: “Os doy un mandamiento nuevo”, ¿por qué nuevo? ¿por qué ha de comenzar ahora? ¿no dice ya el Antiguo Testamento “amarás al Señor tu Dios” (Dt 6,55)? ¿cómo, pues, es nuevo? Pues porque lo antiguo se hace nuevo, y a los viejos se les rejuvenece. Es más: el amor antiguo se hace nuevo bajo la ley de Cristo, y los hombres que lo cumplen quedan rejuvenecidos. Es nuevo porque despoja al hombre viejo, y lo reviste de novedad, novedad creada según Dios, en justicia y santidad verdadera (Col 3,9-10; Ef 4,24), Es nuevo porque cada día introduce en el cielo al género humano expulsado del Paraíso.

Nosotros, hermanos, que nos llamamos y somos cristianos, dejemos todo lo terreno, que es fugaz y caduco, a fin de unirnos sólo a Dios, y, apoyados en la caridad fraterna, mereceremos ser verdaderos discípulos del Señor, que declaró a sus discípulos y a nosotros por su medio: “En esto conocerán que sois de los míos, si os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 35), Esta es la contraseña de los hijos de la luz, la de los seguidores de Cristo y no del diablo extender el amor a todos los hombres y entre ellos mismos, La caridad no excluye a nadie del regazo del amar, recibe y acepta a todos, y siempre está dispuesta a servir a todos, La caridad es la pasión del alma, que se abraza a Cristo mediante los lazos del amor, La caridad es el amor que une el cielo y la tierra.

Nosotros, hermanos, unidos por el amor de Cristo, amemos con todo el corazón y con toda el alma a Cristo, Señor, y al prójimo como o nosotros mismos. Y, por amor a Cristo, amemos incluso a nuestros enemigos, no sólo no odiándolos, sino demostrándoles nuestro aprecio. Esto es lo que se aprende en la escuela de Cristo, y esta es la doctrina del Esposo. Y el que abandone esta escuela y no persevere en esta doctrina, creedme hermanos, que morirá para siempre, Pero los discípulos de Cristo, y enamorados de la caridad, disfrutarán de un gozo incomparable, de una riqueza inmensa, de una felicidad eterna, de la cual esperamos participar también nosotros, por la gracia de Dios, Trinidad perfecta, que vive y reina por los siglos.

El mismo día 10 de septiembre
San Juan Roberts y compañeros, mártires
—Mártires benedictinos de la persecución en Inglaterra—
(1535–1681)
Monasterio de Silos: memoria

Juan Roberts nació en Dolgelly, se crió como protestante y entró en la Iglesia católica a los veintiun años en la catedral de Nôtre Dame de París. Se preparó para el sacerdocio en el Colegio Inglés de Valladolid, pero al año siguiente él y otros cinco alumnos de su colegio pidieron el hábito benedictino en la propia Valladolid. En 1602 el papa Clemente VIII había permitido expresamente a los benedictinos de Valladolid enviar misioneros a la misión inglesa. Tres semanas más tarde, Roberts y otro monje, ambos sacerdotes, desembarcaron en Inglaterra. Hizo un magnífico trabajo, y en la peste que devastó Londres manifestó su espléndida caridad. Cuando la llamada “Conspiración de la pólvora” fue arrestado, pero gracias al embajador francés fue puesto en libertad. Entonces tomó parte en la fundación del monasterio benedictino de Douai, destinado a proporcionar monjes misioneros para la misión inglesa. De ellos él fue el primero en dar la vida por la fe al haber sido encontrado celebrando misa el primer domingo de Adviento de 1610. Fue canonizado con los Cuarenta Mártires de Inglaterra y Gales el 25 de octubre de 1970.

***Homilía de Pablo VI en la canonización
de los Cuarenta Mártires ingleses***
AAS 62 (1970), pp. 747-753. Ecclesia (1970), pp. 2038-2041

¿No es una la Iglesia fundada por Cristo?

Nuestro tiempo tiene necesidad de santos, y de modo especial del ejemplo de aquellos que han ofrecido el testimonio supremo de su amor por Cristo y por la Iglesia.

Lo que caracteriza al hombre, lo que hay de más íntimo en su ser y en su personalidad, es la capacidad de amar, de amar hasta el fondo, de entregarse con aquel amor que es superior a la muerte y que se prolonga en la eternidad. El martirio de los cristianos es la manifestación y la señal más sublime de este amor, no sola-

mente porque el mártir permanece fiel a su amor hasta el derramamiento de la propia sangre, sino también porque este sacrificio viene realizado en aras del amor más alto y noble que pueda existir, es decir, por amor de aquel que nos ha creado y redimido, que nos ama como solamente Él sabe amar, y espera de nosotros una respuesta de entrega completa e incondicional, es decir, un amor digno de nuestro Dios.

En su larga y gloriosa historia, la Gran Bretaña, isla de santos, ha dado al mundo muchos hombres y mujeres que han amado a Dios con este amor puro y leal: por esto nos sentimos alegres de haber podido incluir hoy otros cuarenta hijos de esta noble tierra entre aquellos que la Iglesia reconoce públicamente como santos. El drama de la existencia de estos mártires, es decir, que su lealtad honrada y sincera hacia la autoridad civil se encontró en contraposición con la fidelidad hacia Dios y con lo que, de acuerdo con el dictamen de su conciencia, iluminada por la fe católica, supieron implicar las verdades reveladas, especialmente sobre la Sagrada Eucaristía y sobre las inalienables prerrogativas del sucesor de Pedro, el cual, por deseo de Dios, es el Pastor universal de la Iglesia de Cristo. Situados entre la alternativa de permanecer firmes en su fe y, en consecuencia, morir por ella, o bien, de salvar la vida renegando de la primera, ellos, sin un átomo de duda y con una fuerza verdaderamente sobrenatural, se inclinaron a la parte de Dios y gozosamente afrontaron el martirio.

Pero tan grande era su espíritu, tan nobles eran sus sentimientos, tan cristiana era la inspiración de su existencia, que muchos de ellos murieron rezando por su patria tan amada, por el Rey o por la Reina, e incluso por aquellos que habían sido responsables directos de su captura, de sus tormentos y de las circunstancias ignominiosas de su muerte cruel. Así el santo monje Alban Roe poco antes de ser ahorcado musitó la siguiente oración: “Perdona Dios mío, mis innumerables ofensas como yo perdono a mis perseguidores”. La Iglesia y el mundo de hoy tienen necesidad de semejantes hombres y mujeres de toda condición y estado de vida, sacerdotes, religiosos y laicos, porque solamente personas de semejante talla y santidad serán capaces de transformar nuestro mundo atormentado.

Quiera el Señor continuar suscitando en la Iglesia laicos, religiosos y sacerdotes que sean dignos émulos de estos heraldos de la fe. Quiera Dios en su amor, que también hoy florezcan y se des-

arrollen centros de estudio, de formación y de plegaria, aptos para preparar en las condiciones actuales sacerdotes y misioneros santos, como fueron en aquellos tiempos los venerables colegios de Roma y Valladolid y los gloriosos seminarios de Omer y Duai, de cuyas aulas salieron muchos de estos mártires.

Que la sangre de estos mártires sea capaz de curar la gran herida infligida a la Iglesia de Dios por la separación de la Iglesia Anglicana y la Iglesia católica. Estos mártires nos dicen: “¿No es una la Iglesia fundada por Cristo?”. “¿No es este su testimonio?”. No se perderá el prestigio legítimo el digno patrimonio de piedad y costumbres propios de la Iglesia Anglicana, cuando la Iglesia Católica romana esté en condiciones de abrazar a esta su siempre amada hermana en la auténtica comunión de la familia de Cristo. Posiblemente deberemos continuar esperando y esperando en oración s fin de merecer este día bendito. Pero ahora nos sentimos ya fortalecidos en la esperanza por la celestial amistad de los Cuarenta Mártires de Inglaterra y de Gales que han sido canonizados hoy.

O bien:

*Comentario de Eusebio de Cesarea
Historia Eclesiástica, V 2-7. BAC n^o 349, pp. 285-287*

La humildad y dulzura caracteriza a los verdaderos Mártires de Jesucristo

Los testigos de Cristo, en el celo e imitación de Cristo, quien a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, llegaron a tan alto grado que, a pesar de su gloria y de haber dado testimonio, no una sola vez ni dos, sino muchas más veces, y de haber sido retirados de las fieras y de estar cubiertos por todas partes de quemaduras, cardenales y heridas, ni ellos mismos se proclamaban mártires ni a nosotros nos permitían que les llamásemos por este nombre; antes bien, si alguno de nosotros por carta o de palabra se dirigía a ellos como a mártires, lo reprendían severamente.

Y es que se complacían en ceder el título del martirio a Cristo, el fiel y verdadero mártir, primogénito de los muertos y autor de la vida de Dios, y recordando a los mártires que ya habían partido, incluso decían: “Aquéllos sí que son mártires, puesto que Cristo tuvo a bien tomarlos consigo en su confesión y selló sus martirios

con sus muertes; en cambio, nosotros somos unos confesores medianos y sin relieve”; y con lágrimas exhortaban a los hermanos pidiéndoles que se hicieran asiduas oraciones para lograr su consumación.

Y con su obrar demostraban la fuerza de su martirio, dirigiendo la palabra con entera libertad a los paganos, y ponían de manifiesto su nobleza mediante su paciencia, su entereza y su impavidez; mas el título de mártires dado por los hermanos lo rechazaban, llenos de temor de Dios.

Se humillaban bajo la mano poderosa que ahora los tiene grandemente ensalzados. Y entonces a todos defendían y a ninguno condenaban, a todos desataban y a ninguno ataban, y, como Esteban, el mártir perfecto, rogaban por los que les infligían los tormentos: “Señor, no les imputes este pecado”. No se mostraron arrogantes frente a los caídos, antes bien, con entrañas maternas, acudían en socorro de los menesterosos con su propia abundancia, y, derramando muchas lágrimas al Padre por ellos, pedían vida y a ellos se la daban.

También se la repartían a los más próximos cuando, en todo vencedores, marchaban hacia Dios. Siempre amaron la paz, y en paz emigraron hacia Dios recomendándonos la paz, no dejando tras de sí ni trabajos a la madre ni revuelta y guerra a los hermanos, sino alegría, paz, concordia y amor.



El mismo día 10 de septiembre
San Pedro de Mezonzo, abad y obispo
Monasterio de Samos: memoria

Abad de Sobrado, obispo de Compostela en el año 995, supo dar ánimos a sus fieles cuando se produjo la razzia de Almanzor. Compuso la oración de la Salve Regina para pedir la ayuda de la Santísima Virgen. Libró de la profanación las reliquias del santo apóstol, reconstruyendo la catedral.

Lectura tomada de una breve biografía del santo

Lectura tomada de la web de la Real Academia de la Historia: dbe.rah.es

San Pedro de Mezonzo nació cerca del año 930. Sus padres, de origen noble, Martín Placencio y Mustacia —dama de la infanta Paterna—, le dieron una esmerada educación. Bien joven ingresó en el monasterio de Santa María de Mezonzo. Cursados los estudios eclesiásticos, recibió la ordenación sacerdotal.

Hacia el año 952, Hermenegildo, esposo de la infanta Paterna, fundó el monasterio de Sobrado e influyó sobre el obispo Sisnando y el abad de Mezonzo para que se uniesen ambos monasterios. Pedro pasó al monasterio de Sobrado y probablemente fue abad del mismo entre 966 y 974. A mediados de 974 figura como abad del monasterio de San Payo de Antealtares y desde 986 a 1003 fue obispo de Compostela. Fue amigo del rey Bermudo II de León, que concedió donaciones y privilegios a la sede compostelana y lo tomó como consejero.

Durante su pontificado tuvieron lugar repetidas invasiones de los normandos y vikingos desde el mar y, sobre todo, las campañas de Almanzor, que destruyeron templos y arrasaron poblaciones. Pedro Martínez de Mezonzo, con la ayuda del rey Bermudo II, se dedicó a restaurar todo lo que se había destruido, y especialmente la iglesia, que, edificada sobre el sepulcro del apóstol Santiago, había sido destruida por el caudillo musulmán.

Con bastante probabilidad se le atribuye la paternidad de la oración “Salve Regina”. La primera fuente escrita que lo menciona es de 1298. Enrique Flórez lo afirma, pero no aporta pruebas. Los primeros que tratan sobre su culto son el martirologio y el brevario benedictino. El martirologio romano hace mención suya el 10 de septiembre, fecha de su fallecimiento.

O bien:

San Agustín de Hipona, Sermón 138

1: PL 38, col. 763.765-766

Los buenos pastores son uno con Cristo

Hemos oído cómo el Señor Jesús nos encarecía las obligaciones del buen pastor. En esta recomendación nos recordó —según se desprende— que también nosotros somos buenos pastores. Y sin embargo, para que no se interpretara erróneamente esta multitud de pastores: Yo —dijo— soy el buen pastor. Y a continuación nos declara por qué él es el buen pastor: El buen pastor da la vida por sus ovejas. ¿Por qué, pues, haces a los pastores buenos el elogio del único pastor, sino porque en este único pastor quieres enseñarnos la unidad? El Señor en persona va a exponernos esto más claramente por ministerio nuestro, recordando a vuestra caridad el mismo pasaje evangélico y diciendo: Escuchad bien lo que os recomendé. Dije: Yo soy el buen pastor, porque todos los demás, todos los pastores buenos, son miembros míos. Una cabeza, un cuerpo, un Cristo. Así pues, tanto el pastor de pastores, como los pastores del pastor y las ovejas con los pastores están bajo el Pastor. ¿No es esto precisamente lo que dice el apóstol: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo?

Por tanto, si así es también Cristo, con razón Cristo, que se ha incorporado todos los pastores buenos, recomendó uno solo cuando dijo: Yo soy el buen pastor. Yo soy, soy uno, todos forman conmigo una unidad. Quien apacienta al margen de mí, apacienta contra mí. El que no recoge conmigo, desparrama.

Pero escuchadle recomendar la unidad con más vehemencia si cabe: Tengo —dice— otras ovejas que no son de este redil. Hablaba del primer redil, de la estirpe de Israel según la carne. Y había otros, pertenecientes por la fe a la estirpe de Israel, que todavía estaban fuera, en el paganismo, predestinados, pero no aún congregados. Los conocía el que los había predestinado; los conocía el que había venido a redimirles con la efusión de su sangre. Los veía, pero aún no le veían; los conocía, pero aún no creían en él. Tengo —dice— otras ovejas que no son de este redil, pues no son de la estirpe de Israel según la carne.

Pero no quedarán fuera de mi redil, porque también a éstas las tengo que traer y habrá un solo rebaño, un solo pastor.

11 de septiembre
Traslación de las reliquias
de Nuestro Padre Santo Domingo de Silos
Monasterio de Silos: memoria

Santo Domingo de Silos, abad
Monasterio de Leyre: memoria

Santo Domingo de Silos nació en Cañas (La Rioja) en el año 1000. Fue primero monje benedictino del monasterio de San Millán de la Cogolla, del que llegó a ser prior. Tuvo que salir desterrado por el rey de Navarra, don García, a San Sebastián de Silos, cuyo monasterio, por él restaurado, conservará el nombre de su santo abad, así como su arte y su espíritu. Sobresalió por su amor y esfuerzo en favor de los cautivos. Murió el 20 de diciembre de 1073.

*De la Regla del santo Padre Isidoro, obispo
al Monasterio Honorianense
núm. 1-IV: BAC, Santos Padres Españoles, 11, pp. 91-95*

**Abandonado el mundo,
se convierten a la milicia de Cristo**

Es de gran importancia, hermanos carísimos, que vuestro monasterio tenga extraordinaria diligencia en la clausura, de modo que sus elementos pongan de manifiesto la solidez de su observancia, pues “nuestro enemigo el diablo ronda en nuestro derredor como león rugiente con las fauces abiertas como queriendo devorar a cada uno de nosotros”. Es de desear en gran manera que los monjes, que son los que mantienen la forma apostólica de vida, así como constituyen una comunidad, así también tengan un sólo corazón en Dios, sin reclamar nada como propio ni obrando con el mínimo afecto de peculio, sino que, a ejemplo de los apóstoles, teniendo todo en común, progresarán si permanecen fieles a las enseñanzas de Cristo

Prestando el honor debido al abad, conservarán la obediencia para con los mayores, y para con los jóvenes el magisterio del buen ejemplo. Nadie debe juzgarse mejor que los demás, sino que, creyéndose inferior a todo, ha de brillar por tan gran humildad cuanto más resplandezca entre los demás por la perfección de sus

virtudes. Asimismo, debe mantener su intención y pensamientos limpios de afectos torpes, ejercitándose en la práctica de la santa meditación con la compunción del corazón. Ha de huir de la mordera y pereza del sueño y entregarse, en cambio, a la vigilia y oración sin interrupción.

En cuanto lo permita la salud corporal ha de sojuzgar su carne con el ayuno; tranquila y pacíficamente ha de alegrarse de los méritos de todos por amor y afecto a los demás. Después de ahuyentar la ira y sus efectos perturbadores, sabiendo aguantar con paciencia todo contratiempo, sin dejarse dominar por la tristeza y la pesadumbre de cosa temporal, sino que, apoyado en un gozo íntimo, sepa rechazar por fin, de su espíritu las lisonjas, de la vanagloria bien lejos y trate de agradar solamente y con sentimientos interiores de humildad a Dios, a fin de que, irradiando con verdad luz de virtudes, conserve la autenticidad de su profesión.

Por supuesto, debe elegirse un abad que sea experimentado en la observancia de la vida religiosa y notable por las pruebas dadas de paciencia y humildad, y que además haya ejercitado una vida laboriosa; incluso de una edad que, pasando . de la juventud, toque con su juventud los linderos de la madurez; de ese modo, los mayores no desdeñarán de obedecerle tanto por su edad como también por la probidad de sus costumbres. En efecto, el abad deberá mostrarse como ejemplo digno de imitación en toda su conducta, pues a nadie podrá mandar cosa alguna que él no haya practicado. Estimulará a cada uno y a todos a que se animen unos a otros, hablando a todos e impulsando o desarrollando en ellos lo que viere en su conducta que puede aprovechar según el progreso de cada uno; pero guardando la equidad para con todos, sin dejarse arrastrar por la antipatía o el odio, abrazando a todos con su afecto, sin despreciar a ninguno de los conversos; dispuestos asimismo a compadecerse con piedad de la debilidad de algunos, a ejemplo del apóstol, que dice: “Nos hemos hecho pequeños en medio de vosotros como la madre que abriga a sus polluelos”. Quienes, después de dejar el siglo, se conviertan con piadosa y saludable humildad a la milicia de Cristo, primeramente deben distribuir todos sus bienes a los necesitados o agregarlos al monasterio. En ese momento, pues, entregan los siervos de Cristo su libertad a la milicia divina, porque entonces desarraigan de sí todo vínculo de esperanzas mundanas. El que no se convierte con recta intención, a no tardar se ve dominado por el cáncer de la soberbia

o por el vicio. de la lujuria. Por tanto, nunca debe empezar por la tibieza el que renuncia al mundo, no vaya a caer en el apego al siglo por causa de esa misma tibieza. Quien ingresa antes en el monasterio será primero en todo grado y orden, ni hay que preguntarse si es rico o pobre, siervo o libre, joven o viejo; rústico o instruido. En los monjes, pues, no se pregunta la edad ni la condición, porque entre el alma del siervo y del libre no hay diferencia alguna ante Dios.

O bien:

*San Basilio Magno, Regla monástica mayor
43, 1.2: PG 31, col. 1027-1030*

Sé tú un modelo para los fieles

Es necesario que, acordándose de la admonición del apóstol: Sé tú un modelo para los fieles, el superior haga de su vida un diáfano modelo de la observancia de la ley divina, de modo que sus discípulos no tengan ningún pretexto para afirmar que un determinado precepto del Señor es imposible de guardar o no deba ser tenido en cuenta.

Debe, en primer lugar, y con carácter prioritario, practicar la humildad en la caridad de Cristo, de suerte que, incluso cuando no hable, el ejemplo de su conducta sea una enseñanza más eficaz que cualquier discurso.

Pues si la regla fundamental del cristianismo es la imitación de Cristo dentro de los límites de la naturaleza humana que él asumió y según la vocación de cada cual, aquellos a quienes se les ha confiado la misión de dirigir a los otros deben hacer progresar a los débiles en la imitación de Cristo, como dice san Pablo: Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

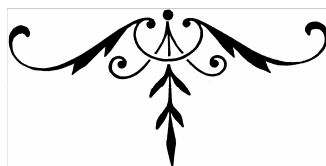
Habrán de ser, pues, los primeros en practicar la humildad como quiere nuestro Señor Jesucristo, convirtiéndose en acabados modelos de esta virtud, pues él dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Que la humildad y la mansedumbre sean, pues, las características del superior, ya que el Señor no desdeñó servir a sus inferiores y consintió en hacerse él mismo el servidor de esta tierra o arcilla que él mismo ha trabajado, revisitiéndola de forma humana: Yo estoy en medio de vosotros como el

que sirve. ¿Qué no deberemos hacer nosotros por nuestros semejantes para creernos llegados a imitarle?

La humildad es, por tanto, la virtud que el superior debe poseer en grado superlativo. Debe saber, además, ser misericordioso y soportar con paciencia a los que faltan a sus obligaciones por ignorancia; no deberá pasar por alto las faltas cometidas, pero habrá de tratar a los culpables con mansedumbre, induciéndoles con toda bondad y discreción a una corrección saludable, pues debe ser capaz de hallar el tratamiento adecuado a cada estado de ánimo. No deberá corregir con aspereza, sino advertir y corregir con suavidad, como quiere la escritura. Debe ser muy avisado en los negocios temporales, previsor del futuro, capaz de resistir a los fuertes, soportar la insuficiencia de los débiles, hacer y decir todo lo que es necesario para conducir a sus compañeros a una vida perfecta.

Que nadie se arrogue el gobierno de la fraternidad. Es incumbencia de los superiores de otras comunidades elegir a un monje que en su vida anterior haya dado muestras suficientes de idoneidad para semejante cargo, pues está escrito: Sean probados primero, y, cuando se vea que son irreprehensibles, que empiecen su servicio.

El que reúna tales requisitos, podrá asumir el gobierno de una comunidad, velará por la disciplina fraterna y distribuirá los trabajos según las aptitudes de cada hermano.



El mismo día 11 de septiembre
Beato Buenaventura Gran, religioso
Monasterio de Poblet: memoria libre

Hermano profeso franciscano. Reformador de la orden y fundador de casas de retiro. Atendiendo las recomendaciones de su padre, contrajo matrimonio; pero, al quedar pronto viudo, vistió el hábito de los Hermanos Menores, entre los que destacó por su amor a la pobreza y a la vida contemplativa. Fue cocinero y limosnero entre otros quehaceres conventuales, y trató de hacer revivir con toda fidelidad y pureza el ideal primitivo de san Francisco.

*De la Carta del beato Buenaventura de Barcelona, religioso,
al papa Alejandro VIII, pidiendo autorización
para la fundación de Casas de retiro*
*E. Crivelli, Vita del Ven. Servo di Dio Fr. Bonaventura da Barcellona,
Quaracchi-Firenze 1901, pp. 100-101*

El amor a la soledad y al silencio

En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, [le] escribo en este monte de Fontecolombo donde el Señor reveló la Regla a mi padre san Francisco.

Primeramente suplico a Su Santidad se digne concederme facultad para poder vivir en compañía de todos los que quieran guardar con sinceridad y pureza de alma la Regla de mi padre san Francisco, sin dispensa ni glosa, conforme quiere Jesucristo nuestro Redentor, que todo lo puede. Y para que en ningún tiempo la maldita avaricia y diabólica ambición pueda contra esta santa profesión, suplico a Su Santidad, con humilde corazón, que mande que la elección de los que regirán en nombre del Señor, se haga [echando] a suertes, como se hizo en el apostolado de Jesucristo, nuestro Señor. Y que ninguno, por ninguna vía pueda recibir dinero por sí, ni por otro; y que los conventos y oratorios en que moran no hagan provisión de ninguna cosa, sino de aquellas que en cada momento serán necesarias, sin pensar si habrá carestía o no, sometiéndose siempre a la divina providencia, que siempre provee.

Y también suplico a Su Santidad mande que ninguno sea recibido en esta fraternidad si no tiene veinte años de edad, si primero

no ha sido bien examinado de su estado y profesión, y si antes no da a los pobres cuanto tuviere; y que todos prediquen la penitencia, más con la práctica de la vida que con la voz de su palabra, pues es más eficaz el buen obrar que el saber bien hablar, y , por consiguiente, con la pureza de vida ayuden a encaminarse a las almas redimidas con la preciosa sangre del piadoso Pastor y Redentor Jesucristo, nuestro Señor.

Y ninguno tenga la osadía de decir que es más perfecto que los demás religiosos, so pena de ser castigado como soberbio e indigno del nombre de religioso. Antes al contrario, todos se tengan por siervos inútiles conforme a la enseñanza de Jesucristo, nuestro sapientísimo Maestro.

Fr. Buenaventura, pequeñuelo y el menor de los hijos de Vuestra Santidad, engendrado en las entrañas de caridad de Cristo.

O bien:

*Semblanza tomada de “Franciscanos para cada día”,
Fr. G. Ferrini, ofm, Ravena, 1979*

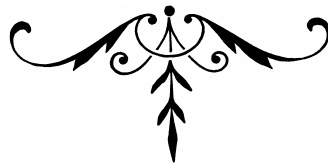
Buenaventura de Barcelona nació en Ruidorms, Tarragona, España, el 24 de noviembre de 1620 de una familia de humilde condición y profundamente religiosa. A causa de la penuria familiar debió abandonar los estudios por el trabajo en el campo y el cuidado del rebaño. A los dieciocho años su padre quiso que se casara, a pesar de que él había decidido abrazar el estado religioso. Los dos cónyuges, de común acuerdo, vivieron como hermano y hermana. Después de dieciséis meses de matrimonio, murió la mujer y el 14 de julio de 1640 tomó el hábito de los Hermanos Menores en el convento de retiro de Escornalbou. Un año después emitió la profesión; durante diecisiete años vivió en Cataluña en diversos conventos, donde ejerció los oficios de cocinero, portero y limosnero.

En 1658 fue a Italia. Visitó los santuarios de Loreto y de Asís, y estando en oración en San Damián, sintió que se le repetía el mandato ya recibido en España, de ir a Roma para emprender una reforma en la Orden Franciscana. En el convento generalicio de Aracoeli pasó los primeros dos meses, luego fue trasladado a otros conventos del Lacio.

La verdadera misión de Fray Buenaventura fue la de fundar conventos de retiro en la provincia romana. A tal fin escribió personalmente al papa Alejandro VII, por quien fue recibido varias

veces en audiencia. En 1662 obtuvo la erección del retiro de Ponticelli, de Montorio Romano, de Vicovaro y de San Buenaventura en el Palatino de Roma. Estos conventos en 1845 fueron erigidos en custodia autónoma. Buenaventura debió vencer grandes dificultades para realizar su sueño. Siendo religioso no clérigo fue varias veces superior de los conventos de Ponticelli, y de San Buenaventura en el Palatino. Para estas casas compiló estatutos que tuvieron aprobación pontificia. Alejandro VII, Clemente IX, Clemente X e Inocencio XI lo honraron con su amistad.

Se distinguió por su extraordinaria caridad para con los pobres, por la humildad y la pobreza más austera. Fue enriquecido por Dios con especiales dones como la intuición de los corazones, la contemplación y el éxtasis. En sus escritos se destaca su espiritualidad de carácter práctico. Realizó muchos prodigios en vida y después de muerto. Murió en Roma el 11 de septiembre de 1684, a los sesenta y cuatro años, y fue beatificado por san Pío X el 10 de junio de 1906.



12 de septiembre
San Pedro de Tarentasia, obispo
OCIST y OCSO: memoria libre

Pedro nació el año 1102 cerca de Viena del Delfinado, en Saint-Maurice-de-l'Exil, y entró en el monasterio cisterciense de Bonnevaux. En 1132 fue enviado a fundar la abadía de Tamié y al cabo de una década fue elegido arzobispo de Tarantasia, entonces sede metropolitana de toda la Saboya. Rigió su Iglesia con celo admirable, fue mediador en la paz entre los reyes Enrique II de Inglaterra y Luis VII de Francia. Ganó para la causa del papa Alejandro III a los saboyanos, a su orden cisterciense y a casi toda Europa, que acabó rechazando al rival cismático propugnado por el emperador Federico Barbarroja. Siendo huésped del monasterio de Bellevaux le llegó la muerte el día 14 de septiembre de 1174.

*De los sermones sobre el Cantar de los Cantares,
de san Bernardo de Claraval, abad*
Sermón 69. Obras Completas, t. V, BAC n^o 491, Madrid 1987, pp. 869-871

Él te ama más y antes que tú

¡Qué familiaridad nace de esta inhabitación entre el Verbo y el alma, cuánta confianza surge de esta intimidad! En mi opinión, esa alma se atreve a decir: *Mi amado para mí*, porque experimenta su amor, la intensidad de su amor, y no duda que es amada con esa vehemencia. Y por su tensión y afán, por ese amor, diligencia e interés con que sin cesar vela arduosamente para tratar de complacer a Dios, descubre con claridad que todo esto procede de él, acordándose de su promesa: *la medida que uséis la usarán con vosotros*. La esposa en su sensatez y con suma prudencia reconoce la gracia recibida, consciente de que su amado se la ha concedido previamente. Por eso lo confiesa diciendo: *Mi amado para mí y yo para mi amado*.

Por esta actuación propia de Dios colige con certeza que es amada y ama. Y así es: el amor de Dios engendra amor en el alma, y la fuerza de su anticipación estimula al alma, y la torna solícita con su diligencia. No sé por qué afinidad natural, cuando el alma por fin pueda contemplar la gloria de Dios cara a cara, necesitará al punto conformarse a él y transformarse en su misma imagen.

Porque como tú te presentes a Dios, así Dios se te dejará ver por ti: con el santo se mostrará santo, e inocente con el inocente. ¿Y por qué no seguir: amoroso con el que ama, disponible con el desocupado, atento con el diligente, solícito con el atento?

También dice: *Yo amo a los que me aman, y los que madrugan por mí me encuentran.* Ya ves que no sólo te asegura que te ama, si tú le amas; si te muestras solícito para con él, también se ocupará de ti. ¿Velas tú? También él vela. Levántate y grita de noche al relevo de la guardia, mantén desvelados tus ojos; lo encontrarás, no te adelantarás a él. Sería una necedad atribuirte algo o más de lo debido a ti mismo: él te ama más y antes que tú. Si esto lo sabe el alma, y precisamente porque lo sabe, no te extrañarás de que se gloríe, porque su majestad vela por ella con toda su dedicación, despreocupándose de todo lo demás.

El sermón espera ya su remate; pero sólo quiero decir a los espirituales que conviven con vosotros algo maravilloso pero verdadero: el alma que ve a Dios, lo contempla como si a ella sola le viese Dios. Por eso dice con toda confianza que Dios es todo para ella y ella toda para Dios, sin ver ninguna otra realidad entre ella y Dios. ¡Qué bueno eres, Señor, con el alma que te busca! Sales a su encuentro, la abrazas, te ofreces como esposo, tú que eres el Señor, es más, Dios bendito sobre todo y por siempre. Amén.

O bien:

*Lectura tomada de “La sobriedad espiritual”,
de Hesiquio del Monte de Batos*

*Discours sur la vigilance et la vertu. Philocalie des Pères Neptiques.
Tome A-2, D'Hésychius de Batos à Théodore d'Édesse,
Abbaye de Bellefontaine, 1995*

La sobriedad es un método espiritual que, con la ayuda divina y una práctica sostenida y decidida, nos libra completamente de pensamientos, palabras y obras apasionados. Nos procura también un seguro conocimiento del Dios incomprensible y nos resuelve claramente los secretos divinos y los misterios. La sobriedad nos guía al cumplimiento de los mandamientos del Antiguo Testamento y nos proporciona los bienes de la vida futura. Ante todo, la sobriedad es la pureza de corazón, su joya más distinguida. Desgraciadamente, nuestro descuido y negligencia la han hecho tan rara entre los monjes de hoy día. Pero Cristo la ensalza: Dichosos

los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8). Esta bienaventuranza es algo que vale mucho. Si el hombre practica la sobriedad con perseverancia, le llevará al camino justo y agradable a Dios. Además, la sobriedad es camino hacia la contemplación, nos enseña a gobernar convenientemente los movimientos de las distintas partes del alma, a vigilar nuestros sentidos y aumenta día a día las grandes virtudes. “Vela para que no surja ningún pensamiento indigno en tu corazón”(Dt 15,9). Moisés, el gran legislador, o, mejor, el Espíritu Santo, alude sin duda a un pensamiento pecaminoso, que Dios odia y que los padres llaman “sugestión” maliciosa. Ofrecida al corazón y presentada a la inteligencia por el demonio nuestros pensamientos la siguen y se inclinan hacia ella. La sobriedad espiritual es el camino hacia todas las virtudes y hacia el cumplimiento de todos los mandatos de Dios. Consiste esta sobriedad en la tranquilidad del corazón y es un espíritu preservado de toda imaginación. Un ciego de nacimiento no puede contemplar la luz solar. El que no vive en sobriedad espiritual no puede contemplar el maravilloso resplandor de la gracia. El que no se mantiene lejos del pecado, que Dios odia, de palabras y pensamientos pecaminosos, jamás estará libre de la influencia del príncipe del infierno.

La sobriedad, la atención —que es lo mismo— es un corazón en reposo, que no conoce más pensamientos que pronunciar e invocar sin interrupción. “Jesucristo, Hijo de Dios”. Estas palabras luchan continuamente al lado de quien así habla y le sirven para reconocer a Aquel que tiene poder para perdonar los pecados).

La sobriedad espiritual es el guardián del espíritu; firme y perseverante junto a la puerta del corazón, distingue sutilmente la catadura de todo el que llega, escucha sus intrigas y espía sus conversaciones. Los malos espíritus tienen la sola intención de enredar nuestra alma con engaños. La vigilancia nos dará, si así lo deseamos, una experiencia exacta de lo lucha interior.

El doble temor del abandono interior y de las pruebas a que Dios nos somete para nuestra educación, causan, naturalmente, una continuidad sólida de atención en el espíritu del hombre que se esfuerza en cerrar la puerta de los pensamientos y de los actos malos. El esfuerzo sostenido produce la costumbre y ésta da también una cierta continuidad de la sobriedad, que a su vez procura una visión sumamente exacta e inmediata de la lucha.

Como el mar contiene una cantidad Inmensa de agua, así la sobriedad espiritual llena el alma con profundos e insondables silencios. La sobriedad proporciona al mismo tiempo al espíritu la pura y fervorosa oración de Jesús. Esto sobriedad exige un gran esfuerzo, es verdad; pero no conoce cobardía ni aburrimiento.

El primer grado de sobriedad consiste, a mi ver, en vigilar estrechamente la imaginación, porque el demonio no puede ejercer influencia sobre nosotros si no es comenzando por adueñarse de la imaginación. El segundo grado consiste en guardar siempre el corazón en silencio, en profunda despreocupación de todo, preparándolo así para la oración. La humilde e ininterrumpida oración de Jesús, imploradora de ayuda, es el tercer grado. Otro ulterior es el permanente recuerdo de la muerte.

El atleta espiritual debe poseer en todo momento cuatro virtudes: humildad, vigilancia extrema, disposición para la lucha y espíritu de oración.



El mismo día 12 de septiembre
San Franquila de Celanova, abad
Monasterio de Samos: memoria

No se tienen grandes noticias de este santo, se sabe que llegó con un grupo de monjes al monasterio de Celanova a pedido de san Rosendo, siendo nombrado por éste abad, bajo la regla de San Benito. A su muerte fue nombrado sucesor en el abadiato san Rosendo.

*Lectura tomada de la “Regla común”,
cap. X: Qué han de observar los abades*

Santos Padres españoles II. San Leandro, san Isidoro, san Fructuoso. Reglas monásticas de la España visigoda. Los tres libros de las “Sentencias”. Introducciones, versiones y notas de Julio Campos Ruiz, Ismael Roca Melia. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1971, pp. 172-208

Lo primero, las horas canónicas; es decir, prima, cuando fueron enviados los trabajadores a la viña; tercia, cuando descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles; sexta, cuando el Señor subió a la cruz; nona, cuando exhaló su último aliento. Vísperas, a lo que se refiere el canto de David: El alzar mis manos como sacrificio de la tarde; la media noche, porque en esa hora se produjo el griterío de “He aquí que llega el esposo; salid a recibirle”, para que en tal hora, cuando llegare el juicio, no nos sorprenda durmiendo sino en vela. El gallicinio, cuando Cristo resucitó de los muertos. Estas horas canónicas celebra sin interrupción la Iglesia católica, es decir, universal, de oriente a occidente. Por ello, los abades deben celebrarlas en sus monasterios, junto con toda la comunidad de monjes y plena voluntad, en medio de lágrimas y contrición de corazón, suprimiendo la ocasión de trabajo o de viaje. Y cuando se les ofreciere la necesidad de camino y advirtieren las horas señaladas, postrados enseguida en tierra, pedirán perdón al Señor; y no serán remisos en orar a sus horas especiales, es decir, la segunda, cuarta, quinta, séptima, octava, décima, undécima, de modo que se conforme con las siete y ocho palabras de Salomón: Da de lo tuyo a siete y aun a ocho, para que pueda ascender a la región del cielo, por medio del espíritu de la gracia septiforme, y por las ocho bienaventuranzas, y por el día de la resurrección, con paso libre, a través de la escala de Jacob, con la ayuda además de Cristo, por los quince peldaños. En segundo lugar, que al princi-

pio de cada mes se reúnan en un mismo lugar los abades de un territorio y celebren con diligencia rogaciones mensuales e imploren el auxilio del Señor para las almas de sus súbditos, pues deben estar seguros de que dará cuenta a Dios de las mismas en el terrible juicio tras exquisito examen. En tercer lugar han de disponer allí cómo deben vivir la vida diaria y cómo, custodiados por guardianes, han de volverse a sus celdas con buen ánimo. En cuarto lugar han de reflexionar los hechos pasados de los Padres consultando sus escritos, para que sepan por ellos qué deben obrar y tengan ante sus ojos pleno conocimiento dentro y fuera, antes y después, a fin de que, lo que no suceda, no vengan a caer en alguna herejía y se pierdan. Para esto, por tanto, en la reunión general de los monjes han de ser constantes siempre, como de la distribución de la tarea, en la equidad, de modo que, recordando el pasado, previendo el futuro y examinando el presente, no toleren el acicate de las herejías. En quinto lugar, han de vivir con todos en la única mesa cuando llegan los huéspedes y viajeros, porque de ellos dice el Señor: Fui huésped, y me recogisteis. Sexto, deben los abades adquirir tales hábitos, que excluyan radicalmente de su espíritu toda ambición y avaricia. Si tal cosa no fuere un mal, no la hubiera llamado el apóstol esclavitud de los ídolos, y bien sabemos que este veneno intoxica el alma del monje. Y no podrá verse libre totalmente de todo vicio quien se viere atado, como por una cadena, con tal hábito, y nunca se sentirá bien asentado en el amor de Dios y del prójimo. Porque todo lo que ambicionamos en el siglo, lo envidiamos, sin duda, a los prójimos; y de ahí que los Santos Padres, llenos del Espíritu Santo, para ser capaces de amar con perfección al Señor y al prójimo pusieron empeño en no poseer nada en este mundo. Y, porque no podemos estar sin alguna cosa, debemos tener aquello precisamente que nos duela cuando fuere necesario entregárselo al prójimo indigente, y no relajar nunca de la caridad para con Dios y del amor al prójimo el espíritu, cuya fortaleza en la caridad se elogia con sinceras palabras de la santa Iglesia cuando dice por el Cantar de los Cantares: Fuerte es el amor como la muerte; el amor, pues, se compara al poder de la muerte, porque indudablemente mata radicalmente al alma una vez cautivada con el placer del mundo. Tales deben ser los abades para que puedan amar con perfección al Señor y al prójimo; deben tener los ojos libres de la perniciosa concupiscencia de este siglo, como los tuvo Adán en el paraíso antes del pecado.

O bien:

*De las Cartas de san Pedro Damían, obispo
Lettera 165, opusc. XII*

Tened entrañas de caridad con todos

Quien, inscrito en la milicia celeste, se apresura al puerto de la patria celestial, y rechaza las promesas de un mundo que mal nos adula; tenga horror de enredarse, con cualquier pretexto, en los lazos del mundo. Él tiene ya un deber que cumplir: esté seguro que no se le pide más que aquello que la obediencia le manda. Y recuerde que está escrito: *“Tu actividad no abrace tantas cosas”* (Si 11, 10).

De las cosas del mundo se encarguen los seculares: los siervos de Dios vivan contentos de estar muertos para este mundo caduco. En efecto, si es absurdo anteponer el mal al bien, de igual manera es una locura estimar menos lo óptimo a lo bueno. A María le era suficiente haber elegido la parte mejor y no se dignó abajarse a la parte buena de Marta, atareada en los trabajos domésticos. Moisés, separándose de la convivencia con los hombres, ayunó dos veces cuarenta días y dos veces recibió la Ley escrita por el dedo de Dios. Aarón, en cambio, que permaneció con el pueblo, se fabricó unos ídolos.

No es de maravillarse: sucede ordinariamente que quien, no contento de sí mismo, si se da a procurar la salud de los demás, corre el riesgo de poner en peligro la propia. Mientras extiende la mano al náufrago jadeante entre las borrascas, él mismo se precipita en la vorágine de las olas. Es mejor, por lo tanto, en la noche oscura de la vida, permanecer sobre la playa donde nos ha puesto el Señor, como faro para los pobres náufragos, antes que lanzarnos al agua en su auxilio con el peligro de ahogarnos también nosotros. De este modo permaneciendo para señalar la vía derecha, los miserables llegarán al puerto y nosotros no seremos engullidos por las olas tratando de llegar a ellos.

En la cima del monte Rafidín Moisés oraba e Israel, guiado por Josué, combatía en el valle. Pero si Moisés hubiese descendido del monte en auxilio del pueblo, Amalek, ciertamente habría golpeado en la espalda a los fieles israelitas. Si Moisés hubiera bajado los brazos para empuñar la espada, habría provocado la derrota de los suyos y la victoria del enemigo. Así leemos atentamente en la

escritura: *“Cuando Moisés alzaba las manos, Israel era el más fuerte, pero cuando las dejaba caer, era más fuerte Amalek”* (Ex 17, 11).

Las manos de Moisés que ora dan más fuerza a las manos de los combatientes, y cuando aquellas alzándose al cielo, se cansan, también las manos de los combatientes ceden de frente al enemigo ya vencido. Obra de estas manos fue la lucha, pero la victoria fue de Moisés, porque fueron sus manos las que obtuvieron para los israelitas la victoria.

Que cesen, por lo tanto, estas inquietudes por un inútil ministerio. Se llama tiempo perdido a este dedicarse a un esfuerzo sin fruto. El alma se recoja y se concentre toda en si misma, disponiéndose vigilante a luchar contra sus incansables enemigos. Tenga, el monje, entrañas de caridad con todos, pero sabiendo que para él es inútil darse al ministerio exterior por la salud del prójimo. Con todo, de saludables consejos a quien venga a visitarlo, pero no preste atención a quien lo invite a descuidar el provecho de su quietud.



17 de septiembre

**San Martín de Hinojosa, obispo
OCIST y OCSO: memoria libre**

**San Martín de Hinojosa, obispo
titular del monasterio**

Monasterio de Huerta: solemnidad

Nace Martín en Castilla, de padres nobles, alrededor del año 1138. A los veinte años ingresa en Cántavos, primer emplazamiento del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, del que fue su primer abad. Tras quince años de abadiato, es elegido obispo de Sigüenza, donde sobresalió por su amor a los pobres y su solicitud por la formación del clero. Después de renunciar a la mitra, se retira de nuevo a su monasterio, donde pasa los últimos veintitrés años de su vida, entregado a la vida oculta y a la contemplación. Muere el 16 de septiembre de 1213.

*De la vida de san Martín, escrita por el monje Ricardo
Cistercium, nº 120 (1970), pp. 307-309*

Joven de veintidós años y favorecido por Dios con una dignidad y méritos patentes, entró en el claustro atraído por el deseo de la virtud, liberándose así de los mancomunados lazos del mundo y de la carne. Durante los siete años de simple monje llevó una vida intachable y equilibrada, despreciando el mundo en vistas del premio eterno y ejercitándose continuamente en santas costumbres.

A la muerte del abad Bernal, la comunidad de Huerta, por voto unánime y con sumo interés, eligió a Martín por Pastor y Padre. Hombre recto, de pocas palabras pero bien dichas, procuró evitar toda falta, resplandeciendo tanto en el cuerpo como en el alma por la flor de la virginidad. A pesar de sus muchos años de abadiato se le encontró siempre con la sencillez del novicio. Varón bondadoso, entre sufrimientos y estrecheces económicas, permaneció al servicio de sus hermanos veinte años, cuatro meses y diez días. Se entregó al cuidado de su grey con solicitud, gusto y fidelidad, alternando en la acción y en la contemplación. Se sometía a las tribulaciones de la carne, para reposar con fervor en el amor de la contemplación.

Varón ya perfecto y probado en la vida cisterciense, fue elevado al honor del pontificado como obispo fiel de la diócesis seguntina, ahora ya rodeado de luz en la mansión eterna. Sus seis años de gobierno en la diócesis seguntina, la Trinidad quiso prolongarlos por cuatro meses más para continuar protegiendo dicha sede con la virtud del Santo y seguir enseñando el Evangelio de Cristo. Fue modelo de su clero, luz de la patria, dechado de costumbres, doctor de la verdad, norma para los buenos, azote para los culpables, luz de los pontífices. Deseando tener una conciencia pura, no admitía nunca ni el más mínimo soborno. Generoso en la comida, alegre y esplendoroso con los pobres, puso todo su empeño en la redención de cautivos. De corazón clemente, daba al hambriento de comer, de vestir al harapiento y de beber al sediento.

El varón religioso, lleno del Espíritu Santo y amante de la paz y con una vida totalmente sosegada en Cristo, deja a un lado el cuidado pastoral para dedicarse a la vida sencilla del claustro hortense en el que, con el corazón sereno y el alma saciada de delicias espirituales, permaneció entregado a la ascesis durante veintitrés años. Por amor a Cristo castigaba día y noche su cuerpo: daba su alma a la contemplación, a la penitencia sus miembros. Por sus frecuentes vigiliyas y reposadas oraciones, se le concedió el don de la piedad, sirviendo su vida de gran auxilio para los pecadores, que son y serán sostenidos por sus súplicas.

El prelado santo, por sobremanera el bueno, oprimido por la fiebre y anhelando ya la patria, sale de Ovila para no morir en ella y, por el camino más recto, se dirige rápidamente a Huerta. Al llegar agotado a la aldea de Sotoca, descansa allí. Extenuado, la gravedad se hace cada vez más alarmante. Recibe el Cuerpo de Cristo y es arrebatado de este mundo falaz para gozar de la suerte eterna. Feliz y lleno de días, como los Padres antiguos, arribó seguro a la patria, desligado de la carne. Y está en el cielo asociado a los elegidos y, dichoso sin fin, intercede por nosotros pecadores. Muere en Sotoca, pero es enterrado en Huerta. Vive ya con Cristo quien supo despreciar el mundo. El Dios uno le llama a la plenitud de sus días el 16 de septiembre de 1213.

O bien:

*Del tratado sobre la consideración
de san Bernardo, abad de Claraval
Líber II, VI, 9-11: BAC n^o 452, pp. 93-97*

Se excluye el dominio, se intima el servido

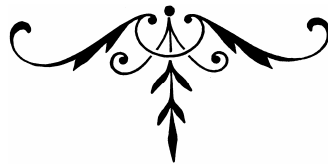
No podemos negar que estás por encima de los demás. Pero por todos los medios hemos de meditar para qué eres superior. Creo que no es para comportarte como un señor que domina. Pues también al profeta, como a ti, lo elevaron y escuchó estas palabras: Para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar. ¿Suenan a fastuosidad cualquiera de estos verbos? Son expresiones simbólicas que se refieren al esfuerzo del labrador, y aquí representan el trabajo del espíritu.

Por muy elevado concepto que tengamos de nosotros mismos, hemos de convencernos de que no se nos ha confiado un señorío, sino un servicio. Porque no lo limpiaron todos los verdaderos profetas; algo dejaron para sus hijos, los apóstoles, tal como a ti te dejaron algo por hacer tus inmediatos predecesores. Tú tampoco podrás hacerlo todo. Algo dejarás para tu sucesor con toda seguridad, y éste para el suyo, y los otros al siguiente y así sucesivamente hasta el último. Incluso a la hora undécima reprende el Señor el ocio de los obreros, y estos son enviados a su villa.

Pero esa vigilancia te obligará a vivir siempre en tensión y no adormilado en la ociosidad. ¿Puedes ansiar la gloria cuando no hay resquicio alguno para la tranquilidad? Imposible permanecer ocioso cuando apremia, incesante, la preocupación por todas las iglesias. ¿Acaso recibiste otra herencia del santo Apóstol? Lo que tengo, eso te doy. ¿Qué te dio? Yo sólo sé que no te dio oro ni plata, porque expresamente te lo dijo: No tengo oro ni plata.

Te dio todo lo que tenía: la preocupación por las Iglesias. ¿Para dominarlas? Escucha: No tiranizando a los que se os han confiado, sino haciéndoos modelo del rebaño. Y lo dijo convencido de que debe ser así, porque también el mismo Señor lo manifestó en el Evangelio: Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Y añade: Pero vosotros, nada de eso. Está claro. A los apóstoles se les prohíbe todo afán de dominar.

Ya sabemos lo que está prohibido; vemos lo que está mandado. El más grande entre vosotros, iguállese con el más pequeño, y el que dirige, con el que sirve. Esta es la norma apostólica; se excluye el dominio, se intima el servicio, y se encarece imitar el ejemplo del mismo que lo ordenó, añadiendo seguidamente: Yo estoy entre vosotros como quien sirve. ¿Podemos considerar indigno un título con el que antes quiso distinguirse el Señor de la gloria? Con razón Pablo se gloria de ello y dice: ¿Que sirven a Cristo? También yo. Y sigue: V ay a decir un desatino: yo más. Les gano en fatigas, en cárceles, en palizas sin comparación y en peligros de muerte, con mucho. ¡Qué maravilloso servicio! ¿No es mucho más glorioso que ninguna otra grandeza? Si hay que presumir, mira de qué forma y considera de qué presumen los apóstoles.



El mismo día 17 de septiembre
Santa Hildegarda de Bingen, virgen
y doctora de la Iglesia
OSB, OCIST: memoria libre

Hildegarda nació el año 1098 y fue abadesa benedictina del monasterio de Disibodenberg en la Renania. Entre los años 1147 y 1150 fundó los monasterios de Rupertsberg en Bingen y el de Eibingen. Muy entendida en medicina y ciencias naturales, fue favorecida por el cielo con diversas visiones. Expuso todo lo que había experimentado principalmente en el libro titulado Scivias. Dirigió a los pastores fieles y también a los infieles los avisos salvíficos que el Señor le inspiraba. Acogió como huésped a san Bernardo de Claraval. Hildegarda murió el 17 de septiembre de 1179 en el monasterio de Rupertsberg.

*De un “Fragmento sobre la vida mística”,
de santa Matilde de Helfta
Opera omnia, Solesmes, 1877, pp. 709-710*

La vida mística escondida

Existe, escondido en el alma, un abismo que con voz impetuosa, abismal, incomprensible, grita al abismo divino, como si éste, vislumbrado en un chispazo de la mente, le fuera inmediatamente arrebatado como en una carrera más veloz que la de los cazadores, sin no obstante conseguir atraparlo en el tiempo.

Pero si no otro, puede al menos conseguir este altísimo, utilísimo y nobilísimo resultado: a saber, que todas sus palabras, todo lo que piensa, todo lo que desea, todo su amor, y, ¿qué más?, el alma entera tal cual, sea arrastrada a aquel abismo divino en forma tal, que la razón, por mucha fuerza que tenga no pueda ya sacarla de allí. Estos son los bocados y las migajas que caen de la mesa del Señor. Y por más elevado e incomprensible que esto pueda parecer a la razón, cuando el alma ha recibido directamente del amor un don de este tipo, jamás podrá conservarlo con mayor garantía de seguridad que restituyéndolo por amor y perdiéndolo en aquel divino abismo sin fondo, en el que todo es conservado a buen recaudo para la eternidad.

El alimento cotidiano que debe necesariamente permanecer tanto para el hombre interior como para el exterior, es, pues, el

conocimiento y la comprensión espiritual del mandamiento de Dios relativo a Dios mismo, a nosotros, y al prójimo.

A esto se provee de diversos modos, de acuerdo con las varias ocasiones que se le ofrezcan: estimulándose a la recepción del Sacramento, a retirarse a la soledad, a una reflexión interior y espiritual para conocer la verdad revelada, a la oración, a la revelación, a las visiones espirituales, a las divinas delicias, a las obras externas, a algún coloquio espiritual, lleno de amor y de encanto, con los amigos de Dios, sobre la sublime verdad de Dios. De aquí se sigue que, todo lo que en lo sucesivo vaya apareciendo de nuevo o se adquiriera, debe ser puesto en común, a fin de que cuanto hay de más precioso sea como perdido y ofrecido en intercambio en aquel abismo, de suerte que, juntamente con el hermano, se nos alimente con el mandamiento de Dios unido y conjugado con la divina sabiduría en Cristo Jesús.

Ahora bien, esto es peculiar solamente a la pobreza voluntaria y a la vida perfecta que realizan los verdaderos amigos de Dios, mientras que todo lo que nace de otro modo no es capaz de resistir, sino que se derrumba en castigo por sus múltiples transgresiones, puesto que desagrada a Dios; o bien precipita a una desordenada libertad de la mente y del espíritu, que es la caída más temible, o devuelve nuevamente al mundo a quienes se malograron.

O bien:

*De una carta de santa Hildegarda de Bingen
a san Bernardo, abad de Claraval
Carta 29: PL 197, col. 189-190*

Padre, me gustaría que me recordases en tus oraciones

Padre seguro y amadísimo, escucha en tu bondad a esta indigna sierva tuya, que desde su niñez nunca ha vivido segura; con tu piedad y tu sabiduría, y a la luz del Espíritu Santo, dignate tener discernimiento con todo lo que de mi te han contado: conozco el sentido interior del texto del salterio, del Evangelio y de los demás libros sagrados gracias a una visión, que me llega al corazón y llamea en mi alma mostrándome su significado profundo, pero no me revela su sentido literal y no lo podría expresar en alemán.

Sólo sé leer simplemente, sin analizar el texto, puesto que soy indocta y no tengo competencia respecto al sentido literal. En

cambio soy docta en mi interior, te lo digo sin desconfiar de ti, más bien queriendo consolarme con tu sabiduría y tu piedad, porque oigo decir que entre la gente hay discusiones sobre mí. Ya le expliqué todo eso a un monje de vida probada, a quien declaré todos mis secretos, y me consoló mucho, porque se trata de cosas grandes y terribles.

Padre, me gustaría que en tus oraciones te acordases de mí por el amor de Dios. Hace dos años que en una visión te vi, como a un hombre que mira al sol audazmente y sin temor, y me avergoncé de ser tan tímida y miedosa.

Padre bueno y entrañable, a ti me encomiendo, ruega por mí, porque en cada visión sufro grandes penas, hasta que digo lo que he visto u oído. Pero mientras callo estoy postrada en el lecho, languidezco a causa de la visión y no puedo levantarme. Por eso me lamento amargamente ante ti, soy inestable como un arbolillo al viento y mi naturaleza nació de la raíz de Adán, el cual engañado por el diablo se convirtió en un exiliado en este mundo que pasa.

Ahora me levanto y corro hacia ti. Yo te digo: no eres inmutable, pero eres árbol siempre erguido y en tu alma eres un vencedor, y no para ti solo sino también para encaminar a otros hombres a la salvación. Eres como una águila, que fija su mirada en el sol. No dejes de lado mis palabras sin hacer caso de ellas, te lo ruego por la serenidad del Padre, por su Palabra admirable y por la suavidad de la compunción, es decir, por el Espíritu de la Verdad, por su eco sagrado en cada cosa creada, por la misma Palabra que hizo el mundo, por la excelsitud del Padre que envió el Verbo lleno de vida al seno de la Virgen, donde se nutrió de aquel canto más dulce que la miel; que mis palabras lleguen a tu corazón y no dejes de mirar hacia Dios acordándote de mí, ya que Él te ama. Adiós de todo corazón y mantente fuerte en el combate por Dios. Amén.

O bien:

*De las catequesis de Su Santidad Benedicto XVI a los fieles
sobre santa Hildegarda de Bingen*

*Grandes mujeres en la historia de la Iglesia.
Catequesis de Benedicto XVI, Madrid, 2011, pp. 23-29*

En aquellos siglos de la historia que habitualmente llamamos Edad Media, muchas figuras femeninas destacaron por su santidad de vida y por la riqueza de su enseñanza. Una de ellas fue santa Hildegarda de Bingen, que vivió en Alemania en el siglo XII. Nació en 1098 en Renania, en Bermersheim, cerca de Alzey, y murió en 1179, a la edad de ochenta y un años, pese a la continua fragilidad de su salud. Hildegarda pertenecía a una familia noble y numerosa; y desde su nacimiento sus padres la dedicaron al servicio de Dios. A los ocho años, a fin de que recibiera una adecuada formación humana y cristiana, fue encomendada a los cuidados de la maestra Judith de Spanheim, que se había retirado en clausura al monasterio benedictino de san Disibodo. Se fue formando un pequeño monasterio femenino de clausura, que seguía la regla de san Benito. Hildegarda recibió el velo de manos del obispo Otón de Bamberg y, en 1136, cuando murió la madre Judith, que era la superiora de la comunidad, las hermanas la llamaron a sucederla. Desempeñó esta tarea sacando fruto de sus dotes de mujer culta, espiritualmente elevada y capaz de afrontar con competencia los aspectos organizativos de la vida claustral. Algunos años más tarde, también a causa del número creciente de las jóvenes que llamaban a las puertas del monasterio, Hildegarda fundó otra comunidad en Bingen, dedicada a san Ruperto, donde pasó el resto de su vida. Su manera de ejercer el ministerio de la autoridad es ejemplar para toda comunidad religiosa: suscitaba una santa emulación en la práctica del bien, tanto que, como muestran algunos testimonios de la época, la madre y las hijas competían en amarse y en servirse mutuamente.

Ya en los años en que era superiora del monasterio de san Disibodo, Hildegarda había comenzado a dictar las visiones místicas, que recibía desde hacía tiempo, a su consejero espiritual, el monje Volmar, y a su secretaria, una hermana a la que quería mucho, Richardis de Strade. Como sucede siempre en la vida de los verdaderos místicos, también Hildegarda quiso someterse a la autoridad de personas sabias para discernir el origen de sus visiones,

temiendo que fueran fruto de imaginaciones y que no vinieran de Dios. Por eso se dirigió a la persona que en su tiempo gozaba de la máxima estima en la Iglesia: san Bernardo de Claraval, del cual ya hablé en algunas catequesis. Este tranquilizó y alentó a Hildegarda. Y en 1147 recibió otra aprobación importantísima. El papa Eugenio III, que presidía un sínodo en Tréveris, leyó un texto dictado por Hildegarda, que le había presentado el arzobispo Enrique de Maguncia. El papa autorizó a la mística a escribir sus visiones y a hablar en público. Desde aquel momento el prestigio espiritual de Hildegarda creció cada vez más, tanto es así que sus contemporáneos le atribuyeron el título de “profetisa teutónica”. Este, queridos amigos, es el sello de una experiencia auténtica del Espíritu Santo, fuente de todo carisma: la persona depositaria de dones sobrenaturales nunca presume de ellos, no los ostenta y, sobre todo, muestra una obediencia total a la autoridad eclesial. En efecto, todo don que distribuye el Espíritu Santo está destinado a la edificación de la Iglesia, y la Iglesia, a través de sus pastores, reconoce su autenticidad.

Las visiones místicas de Hildegarda se parecen a las de los profetas del Antiguo Testamento: expresándose con las categorías culturales y religiosas de su tiempo, interpretaba las Sagradas Escrituras a la luz de Dios, aplicándolas a las distintas circunstancias de la vida. Así, todos los que la escuchaban se sentían exhortados a practicar un estilo de vida cristiana coherente y comprometido. En una carta a san Bernardo, la mística renana confiesa: “La visión impregna todo mi ser: no veo con los ojos del cuerpo, sino que se me aparece en el espíritu de los misterios... Conozco el significado profundo de lo que está expuesto en el Salterio, en los Evangelios y en otros libros, que se me muestran en la visión. Esta arde como una llama en mi pecho y en mi alma, y me enseña a comprender profundamente el texto”.

Las visiones místicas de Hildegarda son ricas en contenidos teológicos. Hacen referencia a los principales acontecimientos de la historia de la salvación, y usan un lenguaje principalmente poético y simbólico. Por ejemplo, en su obra más famosa, titulada *Scivias*, es decir, “Conoce los caminos”, resume en treinta y cinco visiones los acontecimientos de la historia de la salvación, desde la creación del mundo hasta el fin de los tiempos. Con los rasgos característicos de la sensibilidad femenina, Hildegarda, precisamente en la sección central de su obra, desarrolla el tema del matri-

monio místico entre Dios y la humanidad realizado en la Encarnación. En el árbol de la cruz se llevan a cabo las nupcias del Hijo de Dios con la Iglesia, su esposa, colmada de gracias y capaz de dar a Dios nuevos hijos, en el amor del Espíritu Santo.

Ya por estas breves alusiones vemos cómo también la teología puede recibir una contribución peculiar de las mujeres, porque son capaces de hablar de Dios y de los misterios de la fe con su peculiar inteligencia y sensibilidad. Por eso, aliento a todas aquellas que desempeñan este servicio a llevarlo a cabo con un profundo espíritu eclesial, alimentando su reflexión con la oración y mirando a la gran riqueza, todavía en parte inexplorada, de la tradición mística medieval, sobre todo a la representada por modelos luminosos, como Hildegarda de Bingen.

La mística renana también es autora de otros escritos, dos de los cuales particularmente importantes porque refieren, como el *Scivias*, sus visiones místicas: son el *Liber vitæ meritorum* (Libro de los méritos de la vida) y el *Liber divinorum operum* (Libro de las obras divinas), también denominado *De operatione Dei*. En el primero se describe una única y poderosa visión de Dios que vivifica el cosmos con su fuerza y con su luz. Hildegarda subraya la profunda relación entre el hombre y Dios, y nos recuerda que toda la creación, cuyo vértice es el hombre, recibe vida de la Trinidad. El escrito se centra en la relación entre virtudes y vicios, por lo que el ser humano debe afrontar diariamente el desafío de los vicios, que lo alejan en el camino hacia Dios, y las virtudes, que lo favorecen. La invitación es a alejarse del mal para glorificar a Dios y para entrar, después de una existencia virtuosa, en una vida “toda llena de alegría”. En la segunda obra, que muchos consideran su obra maestra, describe también la creación en su relación con Dios y la centralidad del hombre, manifestando un fuerte cristocentrismo de sabor bíblico-patristico. La santa, que presenta cinco visiones inspiradas en el prólogo del Evangelio de san Juan, refiere las palabras que el Hijo dirige al Padre: “Toda la obra que tú has querido y que me has confiado, yo la he llevado a buen fin; yo estoy en ti, y tú en mí, y somos uno”.

En otros escritos, por último, Hildegarda manifiesta la versatilidad de intereses y la vivacidad cultural de los monasterios femeninos de la Edad Media, contrariamente a los prejuicios que todavía pesan sobre aquella época. Hildegarda se ocupó de medicina y de ciencias naturales, así como de música, al estar dotada de ta-

lento artístico. Compuso también himnos, antífonas y cantos, recogidos bajo el título *Symphonia Harmoniæ Caelestium Revelationum* (Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales), que se ejecutaban con gran alegría en sus monasterios, difundiendo un clima de serenidad, y que han llegado hasta nosotros. Para ella, toda la creación es una sinfonía del Espíritu Santo, que en sí mismo es alegría y júbilo.

La popularidad que rodeaba a Hildegarda impulsaba a muchas personas a interpellarla. Por este motivo, disponemos de numerosas cartas suyas. A ella se dirigían comunidades monásticas masculinas y femeninas, obispos y abades. Muchas respuestas siguen siendo válidas también para nosotros. Por ejemplo, a una comunidad religiosa femenina Hildegarda escribía así: “La vida espiritual debe cuidarse con gran esmero. Al inicio implica duro esfuerzo, pues exige la renuncia a los caprichos, al placer de la carne y a otras cosas semejantes. Pero si se deja fascinar por la santidad, un alma santa encontrará dulce y amoroso incluso el desprecio del mundo. Sólo es preciso prestar inteligentemente atención a que el alma no se marchite”. Y cuando el emperador Federico Barbarroja causó un cisma eclesial oponiendo nada menos que tres antipapas al papa legítimo Alejandro III, Hildegarda, inspirada en sus visiones, no dudó en recordarle que también él, el emperador, estaba sujeto al juicio de Dios. Con la audacia que caracteriza a todo profeta, ella escribió al emperador estas palabras de parte de Dios: “¡Ay de esta malvada conducta de los impíos que me desprecian! ¡Escucha, oh rey, si quieres vivir! De lo contrario, mi espada te traspasará”.

Con su autoridad espiritual, en los últimos años de su vida Hildegarda viajó, pese a su avanzada edad y a las condiciones difíciles de los desplazamientos, para hablar de Dios a la gente. Todos la escuchaban de buen grado, incluso cuando usaba un tono severo: la consideraban una mensajera enviada por Dios. Exhortaba sobre todo a las comunidades monásticas y al clero a una vida conforme a su vocación. En particular, Hildegarda contrastó el movimiento de los cátaros alemanes. Estos —cátaros literalmente significa “puros”— propugnaban una reforma radical de la Iglesia, sobre todo para combatir los abusos del clero. Ella les reprochó duramente que quisieran subvertir la naturaleza misma de la Iglesia, recordándoles que una verdadera renovación de la comunidad eclesial no se obtiene con el cambio de las estructuras, sino con un

sincero espíritu de penitencia y un camino activo de conversión. Este es un mensaje que no deberíamos olvidar nunca. Invoquemos siempre al Espíritu Santo, a fin de que suscite en la Iglesia mujeres santas y valientes, como santa Hildegarda de Bingen, que, valorizando los dones recibidos de Dios, den su valiosa y peculiar contribución al crecimiento espiritual de nuestras comunidades y de la Iglesia en nuestro tiempo.



24 de septiembre
Santa Tecla de Iconio, virgen y mártir
OSPPE: Memoria libre

Durante el año 48, en la ciudad de Iconio, san Pablo predicaba en la casa de un amigo. Enfrente vivía Tecla, hija de Teoclia, una joven de familia rica, prometida en matrimonio a Tamiris. Tecla quedó extasiada con la prédica de san Pablo y decidió seguirle en su peregrinar. Fue perseguida por los enemigos del cristianismo, encarcelada y sometida a terribles tormentos de los que salió incólume. Derrotados sus perseguidores la dejaron en libertad y ella vivió en una cueva, como anacoreta, dedicada a la oración hasta su vejez. Su vida es una leyenda, aunque sabemos, como dice san Jerónimo, que es apócrifa, pero que fue una de las elegidas del Señor. Su culto está muy difundido aunque fue suprimido en 1969.

Del “Tratado de las vírgenes”, de san Ambrosio, obispo
Dal De virginibus II, 19-21, Opera omnia di Sant’Ambrogio,
Biblioteca Ambrosiana, Città Nuova, vol. 14/1, pp. 180-183

Maria nos enseña como debemos vivir;
santa Tecla como morir

Aunque la norma de vuestra vida esté en la Madre de Dios, no holgará aquí el recuerdo de la gloriosa virgen Tecla, ejemplo elocuentísimo de sacrificio, que os invita a inmolaros en aras del Esposo.

Encendida en amor divino, rechaza valerosamente el matrimonio a que la querían forzar, y condenada por ello a ser pasto de las fieras, encamínase impávida al circo entre la algazara bestial de la muchedumbre, pero, ¡oh portento!, al verla los leones olvidan la fiereza, y postrándose a los pies de la mártir, se niegan a acometerle, como si su presencia los hubiera trocado en mansos corderos, adoradores de la virginidad, encarnada en la doncellita. Ya no asustan a Tecla como antes las miradas de los hombres, sino que las arrostra con dignidad, que asombra y contiene a los mismos lujuriosos, que habiéndola seguido hasta allí con intentos carnales, en aquel punto comienzan a respetarla a semejanza de las fieras. Porque iera de ver el cariño con que éstas echadas a sus plantas, se las lamían, y entre todas cercaban el sagrado cuerpo

como quien defiende un tesoro precioso confiado a su custodia! ¡Era de admirar el contraste de la mansedumbre de las bestias con la ferocidad de los hombres! Estos, crueles como leopardos, y olvidados de su humanidad, las excitan. Ellas, amansada su natural fiereza, besan los pies de la Virgen, más piadosas que los racionales. ¡Tan admirable cosa es la virginidad, que los mismos leones la veneran!

Ni el hambre aumentada por largo ayuno, ni las voces del verdugo acompañadas del látigo, ni el hábito de acometer los enfurece contra la Virgen, ante quien siguen arrodillados como si en ella viesan a su dueño y señor. Se mostraron religiosos, adorándola; castos, besándole los pies; pudorosos, inclinando los ojos a la tierra por no ver la desnudez que no habían respetado los verdugos.

Pero si alguien me replica, que va fuera de camino mi discurso, porque de una parte ofrezco por modelo a la Madre de Dios, que es inimitable, y de otra el martirio de la virgen Tecla, propuesto por el Apóstol a las gentes y no a nosotros, responderé de antemano que el Apóstol dirige sus enseñanzas a todos los fieles, como maestro universal, sin excluir a nadie.

O bien:

*De los Sermones de san Efrén, diácono
Bourassé, Summa aurea de laudibus B.V. Mariæ, 5, pp. 647-652*

**María, Virgen y Madre de Dios,
refugio de huérfanos y salvación para todos**

Inviolada, íntegra, purísima y castísima eres Virgen Madre de Dios, reina del universo, esperanza de los desesperados, Señora nuestra del cielo. Por ti hemos sido reconciliados con Cristo nuestro Dios, Hijo tuyo dulcísimo. Eres la única abogada de los pecadores y de quien no tiene apoyo tú eres su único auxilio. Eres el puerto más seguro para los que naufragan, fortaleza para el mundo, refugio de huérfanos, redención y liberación para los cautivos, salud de los enfermos, consuelo de los afligidos y salvación para todos.

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; protégenos y guárdanos bajo tu manto de piedad y de misericordia. Nuestra confianza descansa únicamente en ti, Virgen incorrupta. Ya en

brazos de nuestras madres hemos sido confiados a ti y desde entonces somos devotos tuyos, Señora nuestra: no consentas, pues, que Satanás nos empuje hacia el infierno. Porque tú, Virgen digna de todo respeto, eres nuestro único puerto, tú nuestra eficaz defensora.

Tan sólo bajo tu protección y custodia estamos seguros: por eso únicamente recurrimos a ti y con lágrimas en los ojos te imploramos y nos postramos ante ti suplicantes, a fin de que intercedas para que tu dulcísimo Hijo, nuestro Salvador y dador de toda vida, no destruya nuestras almas, como haría un león, a causa de nuestras muchísimas culpas, ni nos arranque, como a la higuera seca. Eso te pedimos: que podamos llegar seguros a Cristo y alcanzar la morada de los santos, donde no hay ni llanto, ni luto, ni oprobios, ni trabajos, ni desgracias, ni tormentos, ni angustia, sino solamente un alegría interminable, un gozo inmenso para los justos, felicidad infinita, júbilo, gloria, esplendor.

Sacia mi boca con la gracia de tus dulzuras, Señora; e ilumina mi mente, llena de gracia. Permíteme servirte humildemente y alabarte, sagrada Virgen, y decirte con ternura: Ave, Vaso escogido y predilecto de dios. Ave, santa María, llena de gracia. Ave, Virgen dichosa entre las mujeres. Ave, estrella refulgente de la que surge el mismo Cristo. Ave, luz esplendorosa, madre y Virgen. Ave, tú que has alumbrado al Rey del universo de manera admirable. Ave, tú que nos diste al Sol de justicia. Ave, paz, gozo, consuelo y salvación para el mundo



25 de septiembre

Beato José Antón Gómez, presbítero,
y compañeros, mártires

—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—
Monasterios de Silos y de la Santa Cruz del Valle: memoria

La presencia de los benedictinos de Silos en Madrid se remonta a los tiempos de la guerra de Secesión catalana de 1640, cuando los monjes del monasterio de Montserrat fueron expulsados y acogidos en Madrid por orden de Felipe IV, quien mandaría construir para ellos el monasterio madrileño de Montserrat. Con el tiempo, el monasterio se convirtió en un priorato dependiente de la abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos). Durante los primeros días de la Guerra Civil, los siete monjes del priorato dejaron su hogar y buscaron refugio en casa de amigos y parientes. Tres de ellos lograron sobrevivir hasta el final de la guerra, pero otros cuatro alcanzaron el martirio antes de acabar el año 1936. El prior, padre José Antón, había nacido en Hacinas, Burgos, el 26 de agosto de 1878. Disolvió la comunidad el 19 de julio y buscó refugio en casa de algunos amigos y finalmente en una pensión. Durante el mes de agosto arriesgaba su vida todos los días para acudir a la embajada de Rumanía, donde había muchos refugiados de la guerra, y celebrar con ellos la Eucaristía. Fue detenido el día 24 de septiembre, conducido a la checa de Fomento y fusilado en la Ciudad Universitaria al día siguiente. El padre Antolín Pablos había nacido el 2 de septiembre de 1871 en Lerma, Burgos. Ya había sufrido la persecución religiosa en México, adonde había sido enviado para fundar una presencia monástica. Refugiado en Cuba, volvió a Madrid, donde fue detenido en octubre del 36 y conducido a la cárcel Modelo. Fue fusilado el 8 de noviembre en el Soto de Aldovea, junto a otros cientos de presos. El padre Rafael Alcocer nació en Madrid el 29 de octubre de 1889. Buscó refugio en casa de un amigo librero de la calle Alberto Aguilera, pero fue descubierto y llevado al Ateneo Libertario de la calle Ferraz. Allí coincidió con otro sacerdote y ambos pudieron confesarse y absolverse mutuamente. El 4 de octubre de 1936 fue fusilado en la cuesta de la Elipa. El padre Luis Vidaurrázaga, el más joven del grupo, había nacido el 13 de septiembre de 1901 en Bilbao. Estuvo detenido durante meses en la cárcel de Ventas, y fue puesto en libertad en diciembre. Pocos dí-

as después fue detenido de nuevo y fusilado en la cuesta de la Elipa el 31 de diciembre de 1936.

*De los escritos de san Eulogio de Córdoba, presbítero
Memorial de los santos. Lib. I, 33. 34. 36. 38: A. S. Ruiz,
Obras completas de san Eulogio, Córdoba 1959, pp. 129. 131. 137*

La gracia de luchar hasta la muerte por Cristo

Vosotros creed conmigo, y también con cuantos piensan pía y religiosamente, que son verdaderos mártires los que entre nosotros veneramos por haber luchado con valentía, y que sus almas son dichosas por haber confesado la fe de Cristo. Creedlo firmemente en lo más profundo de vuestros corazones, y prorrumpid en alabanzas, ensalzando los beneficios del Redentor y cantad y decid: Muramos nosotros como ellos con la muerte de los justos y sea nuestro final semejante al suyo.

El que da la fuerza a los fatigados y sostiene a los débiles, fortaleciéndoles con diestra poderosa en los combates, me dé la gracia de luchar hasta la muerte por Él, con toda valentía, lo mismo que a quienes se abrasan en su amor. Pues no quedará sin recompensa ante los ojos de Dios la intención y el deseo de un corazón que anhela la verdad. Dios no puede rechazar la muerte aceptada en defensa de la verdadera fe. Pues Cristo recibe alabanza en este combate, emprendido por la justicia de la buena causa, el enemigo queda confundido y el soldado valeroso, al confesar su fe, recibe una muerte airada.

Por eso, no solo los que sucumbieron al defender la religión confesando a Cristo son dignos de alabanza, sino que lo son también quienes se alegran de que se les ensalce y glorifique, pues al recordar los triunfos conquistados con los tormentos y escribir las gestas de los santos, se tributa a los mártires el honor debido y, con sus ejemplos, los fieles se arman contra las pasiones. Y aunque no pueden conseguir el martirio, participarán de sus honoríficos premios, para que su devoción haga semejantes a los que tanto ambicionaron contarse en sus triunfos. Si es reprobable aprobar las malas acciones, ¿cómo no será acto de virtud aplaudir e imitar las buenas?

Vosotros, hermanos y hermanas en nuestro Señor Jesucristo, alegraos y saltad de gozo porque ya habéis enviado delante de vosotros, a las trojes de Dios, las gavillas de vuestras mieses. Ya el

fruto de vuestra semilla le guarda la bienaventurada ciudad de Sión. Ya aquella visión de paz, la Jerusalén celeste, ha acogido en paz a vuestros familiares. Marchad seguros, apresurad el paso llenos de alborozo; ningún adversario os saldrá al camino, ninguno os hará la contra. Al llegar a la patria vendrán a buscaros, no solo aquella falange de vuestros santos, poco ha coronados, sino toda la muchedumbre de los elegidos, en cuya compañía estarán estos hermanos nuestros, novicios del martirio.

Así pues vuelvo a suplicaros, atletas de Dios, insignes luchadores, testigos abonados, mártires de Cristo, consortes de su reino imperecedero, me alcancéis la gracia de servir a Dios con toda fidelidad en esta vida y después de mi muerte, apartéis de mí la sentencia debida por mis culpas en el juicio futuro; que se me conceda el poder contemplar y gozar de la mirada del benignísimo Redentor, y, libre de todo resto de culpa, merezca contarme entre los que formarán el rebaño de los que oirán la dulce voz de Jesucristo: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial que os estará preparado desde el principio del mundo.

O bien:

Homilía del cardenal Angelo Amato en la beatificación de cuatro mártires benedictinos, el 29 de octubre de 2016, en la catedral de La Almudena (Madrid)

Fuente: <http://bibliotecadesilos.es>

La santidad es la más bella corona de la Iglesia.

[...] Los nuevos beatos no tuvieron miedo a la santidad, a la cual la vocación benedictina les llamaba cada día mediante la oración, el trabajo y el sacrificio. Los PP. José Antón Gómez, Antolín Pablos, Rafael Alcocer y Luis Vidaurrázaga no han tenido miedo tampoco al martirio, es decir, a la ofrenda de la vida como supremo testimonio de fe. Tenían bien presentes las recomendaciones de la Regla benedictina que dice: no devolver mal por mal. No hacer injurias, sino soportar pacientemente las injurias recibidas. Amar a los enemigos. No maldecir, sino más bien bendecir a los que nos maldicen. Sufrir las persecuciones por la justicia (RB 4, 29-33).

Así lo hicieron nuestros cuatro mártires. No se rebelaron ante sus verdugos. Eran conscientes del peligro que corrían. Fueron fusilados en su patria, por españoles como ellos. Fueron matados a

sangre fría no porque eran malhechores, sino porque eran sacerdotes. Y afrontaron la muerte con fortaleza cristiana. Uno de ellos, el P. Antolín, que ya había huido en 1918 a la persecución mexicana, fue capturado y conducido al suplicio con otras cuatrocientas treinta personas. Murió gritando ¡Viva Cristo Rey!

Nos preguntamos ¿cómo fue posible que hombre mansos, inermes e inocentes hayan sido brutalmente maltratados y bárbaramente asesinados?

El clima sociopolítico de los años treinta del siglo pasado en España se caracterizó por una manifestación sin precedentes de terror contra la Iglesia católica. Fue una persecución cruenta, que incendió, profanó y destruyó iglesias, monasterios, monumentos y tesoros artísticos inestimables. En el ciclón revolucionario explotó también el odio contra las personas —obispos, sacerdotes, religiosos, laicos— que había que matar y aniquilar sin dejar huellas, con o sin procesos sumarios.

Creo, sin embargo, que, con los ojos de la fe, se pueda ver en este horror la momentánea supremacía del reino del mal, hecho de odio y de conflictos, sobre el reino de Dios, que es reino de paz, de justicia y de amor. En aquel período, como recuerda el evangelio antes de la muerte de Jesús, el sol se eclipsó y hubo tinieblas sobre la tierra (Lc 23, 44). El enemigo de Dios, por breve tiempo, logró desplegar su fría ala de muerte y de hostilidad fratricida, bañando de sangre inocente esta tierra bendita de mártires, de santos, de misioneros. No se puede explicar de otro modo la obcecación de los verdugos, que parecían haber sustituido el corazón de carne por un corazón de piedra lleno de rencor y de muerte, convirtiéndose en lobos sanguinarios a la caza de corderos inocentes.

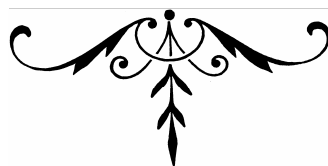
Los cuatro monjes eran, de hecho, personas buenas y mansas. Del P. José Antón Gómez un biógrafo suyo dice que era una persona sonriente, aguda, culta, que se desvivía por los demás. La caridad, la compasión, la dulzura con los pequeños y los jóvenes durante las clases y en la dirección espiritual, abría horizontes de bondad. Dice un testigo: en el confesionario era para las almas el maestro, el padre, el santo. También del P. Antolín Pablos se dice que era moje en la celda, en el confesionario y en la biblioteca. Como misionero en México, había huido milagrosamente de la persecución comenzada en aquel país en 1914. Estaba siempre disponible para los numerosos fieles que pedían su consejo. El madrileño Rafael Alcocer, hombre culto y amante de la liturgia,

er un orador y escritor brillante. También el P. Luis Vidaurráza-
ga, el más joven de los cuatro, era de carácter noble y sincero.
Apreciado predicador, era, sobre todo, un apóstol de la Eucaristía.

La Iglesia quiere amonestar a todos, creyentes y no creyentes, a
no repetir más esta historia de horror y de muerte, sino a crear
cada día gestos de vida, oportunidad de encuentro, actitudes de
acogida y de comprensión. Siguiendo el ejemplo de los mártires,
la Iglesia invita hoy a todos a vivir según las bienaventuranzas
evangélicas, calmando la sed de la ciudad hombre con el agua
cristalina del perdón, de la mansedumbre, de la fraternidad, de la
alegría.

Con san Pablo, también él mártir, debemos repetir cada día:
¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la an-
gustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espa-
da? Tal como está escrito, por tu causa estamos condenados a
muerte cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en
todas estas cosas vencemos fácilmente por aquel que nos ha ama-
do. Estoy de hecho persuadido de que ni muerte ni vida, ni ánge-
les ni principados, ni presente ni futuro, ni potencias, ni altura ni
profundidad, ni ninguna creatura podrá jamás separarnos del
amor de Dios, en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8, 35-38).

Los mártires de Silos nos recuerdan la invitación de Jesús a no
tener miedo: No tengáis miedo de quienes matan el cuerpo, pero
no pueden matar el alma (Mt 10, 28).



28 de septiembre
Santa Eustoquia, virgen
OSH: memoria

Santa Eustoquia, llamada por san Jerónimo “ejemplar único de nobleza y de virginidad en todo el orbe terrestre”, fue hija predilecta de santa Paula. Educada por santa Marcela, triunfó de todas las seducciones del mundo, recibió muy joven el velo de las vírgenes y su parte fue el Señor. Unida a su madre en el santo propósito de la vida monástica, la profesó en Roma y en Belén, renombrada por su piedad, su virtud y su amor a las sagradas Escrituras. Sucedió a santa Paula en el gobierno del monasterio, participó en los trabajos de san Jerónimo, alentó su ancianidad y le precedió un año en la muerte, que fue el de 419. La enterraron, como lo había deseado, en el mismo sepulcro de su madre, lindando con la cueva donde nació el Señor.

De la carta de san Jerónimo a santa Eustoquia
Carta 22, 1-5; BAC n° 219 (1962) pp. 157-161

No quiero te venga soberbia de tu estado, sino temor

Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza. En el salmo cuarenta y cuatro habla Dios con el alma humana, para que, a ejemplo de Abrahán, salga de su tierra y parentela. Pero no basta que salgas de tu patria si no te olvidas de tu pueblo y de la casa paterna; si, despreciada la carne, no te abrazas con tu esposo. No mires atrás. No te detengas en la vega; ponte a salvo en los montes para no perecer. Puesta la mano en el arado, no hay que mirar atrás ni volver del campo a casa, ni, después que recibimos la túnica de Cristo bajar del techo a coger otro vestido.

Ya he salido de la casa en que me criara, me he olvidado de mi padre, he renacido en Cristo ¿Qué pago se me dará por ello? Sigue: Prendado está el rey de tu belleza. Este es aquel gran misterio. Por eso un hombre abandona a padre y madre, se junta a su mujer y se hace una sola carne. Pero ya no, como allí, una sola carne, sino un solo espíritu.

Todo esto, señora mía Eustoquia —pues señora debo llamar a la esposa de mi Señor—, se endereza a que desde el comienzo de la lección te percares que no vengo ahora a cantar las loas de la vir-

ginidad que tú has aprobado por óptima por el hecho de abrazarla. Lo que yo quiero es que entiendas que, al salir de Sodoma, has de temer la suerte de la mujer de Lot. No habrá en este opúsculo adulación alguna, pues el adulador es un enemigo blando; no habrá artificio de lenguaje retórico que te coloque entre los ángeles y, expuesta la belleza de la virginidad, ponga al mundo por escabel de tus pies. No quiero te venga soberbia de tu estado, sino temor.

Mientras estamos encerrados en este corpezuelo quebradizo, mientras llevamos este tesoro en vasijas de barro, mientras la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, no hay victoria segura. Nuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. No busca a hombres infieles ni a los que están fuera, cuyas carnes cuece el rey asirio en un caldero. De la Iglesia de Dios le interesa arrebatarse. Sus manjares, según Habacuc, son escogidos. A Job desea derribar y, después que se tragó a Judas, pide permiso para zarandear a los apóstoles. Si el apóstol Pablo, vaso de elección y destinado para el evangelio de Cristo, sintió el aguijón de la carne y los incentivos de los vicios y por ello castiga su cuerpo y lo somete a servidumbre; si, no obstante ese esfuerzo, ve otra ley en sus miembros que contradice a la ley de su espíritu y que lo hace prisionero de la ley del pecado; si después de sufrir la desnudez, los ayunos, el hambre, la caree!, los azotes, vuelto contra si mismo exclama: ¡Desgraciado de mí! ¿quien me libraré de este ser mío, instrumento de muerte?, ¿piensas tú que debes estar segura? Guárdate, por tu vida, no te tenga que decir Dios un día: Cayó para no levantarse la doncella de Israel. Voy a hablar audazmente: Dios; que lo puede todo, no puede, después de caída, levantar a una virgen. Puede, ciertamente, librarla del castigo, pero no coronar como virgen a la que fue corrompida.

O bien:

*De la carta de san Jerónimo a santa Eustoquia
Carta 22, 24-26; BAC n° 219 (1962) pp. 182-185*

Quando oras, hablas a tu esposo; cuando lees, El te habla a ti

Lee el evangelio y mira como María, sentada a los pies del Señor, es preferida a la afanosa Marta —y no hay duda de que Marta, como huésped solícita, atendía al Señor y a sus discípulos—.

Marta, Marta: andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán. Se tú también María, estima en más la enseñanza que la comida. Anden tus hermanas de acá para allá y busquen la manera de hospedar a Cristo. Tú, arrojada de una vez la carga del siglo, siéntate a los pies del Señor y di: Encontré el amor de mi alma: lo agarré y ya no lo soltaré. Y él te responderá: Una sola es mi paloma, sin defecto; una sola predilecta de su madre, es decir, la Jerusalén celeste.

Sea tu custodia lo secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu esposo. Cuando oras, hablas con él; cuando lees, él te habla a ti. No quiero que busques a tu esposo por los rincones de la ciudad. Ya puedes decir: Me levantaré y recorreré la ciudad por las calles y las plazas, buscando al amor de mi alma, ya puedes preguntar: ¿visteis al amor de mi alma? Nadie tendrá a bien responderte. Al esposo no se le puede encontrar por las plazas. Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida. La esposa, en fin, sigue: Lo busco, y no lo encuentro; lo llamo, y no responde. ¡Y ojalá, todo el mal consistiera en no haberle encontrado! Quedarás herida, te desnudarán y narrarás entre gemidos: Me encontraron los guardias que rondan la ciudad. Me golpearon e hirieron, me quitaron el manto.

Así, pues, Eustoquia mía, hija, señora, consierva y hermana —el primer nombre es de edad, el otro de merecimiento, el otro de religión y el último de amor—, anden vagueando por fuera las vírgenes necias: tú estate dentro, con tu esposo. Si cerrares la puerta y, siguiendo el precepto del evangelio, orares a tu Padre en lo oculto, vendrá, llamará a la puerta y dirá: Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos. Y tú al punto responderás solícita: Oigo a mi amado que me llama: ábreme, amada mía, mi paloma sin mancha. Levántate y ábrele sin demora, no sea que si tardas, pase de largo y luego te lamente diciendo: abro, y mi amado se ha marchado ya. ¿Qué necesidad hay de que las puertas de tu corazón estén cerradas a tu esposo? Ábranse a Cristo y ciérrense al diablo.

O bien:

De las cartas de san Jerónimo

Cartas 54, 13; 66, 3. 13; 107, 5; 154, 2;

BAC n° 219 (1962) pp. 632, 620, 462; n° 220 (1962) pp. 236, 855

Tiene el ayuno por juego y la oración por delicia

Yo, desde luego, no estaba en Roma y me poseía entonces el yermo —y ojalá me poseyera aún— cuando, viviendo todavía tu suegro Toxocio, servían al siglo. Y ¿qué es lo que oigo? Aquellas que no podían soportar la suciedad de las plazas públicas, que eran llevadas en literas a brazo por los eunucos, que se fatigaban con la menor desigualdad del suelo, para quienes era un peso el vestido de seda y un incendio el calor del sol, ahora, vestidas con desaliño y desprecio de sí, fuertes en comparación de lo que eran, ya preparan las lámparas, ya encienden el fuego, barren los pavimentos, limpian las legumbres, arrojan a la olla hirviendo los hacecillos de hierbas, ponen las mesas, presentan las copas, sirven los alimentos, corren de aquí para allá. Y, sin embargo, habita con ellas un gran coro de vírgenes. ¿Acaso no podrían encargar a otras estos ministerios? Pero no quieren ser vencidas en estos trabajos corporales por aquellas a quienes superan en virtud de ánimo.

¿Quién más fuerte que Eustoquia, que merced al propósito virginal rompió las puertas de la nobleza y la arrogancia de la estirpe consular y fue la primera en la Urbe que sometió a la pureza el primero entre los linajes? Una vez Pretextata, señora nobilísima, mandándose su marido Hymecio, que fue tío paterno de la virgen Eustoquia, mudó a ésta su hábito sagrado y trenzó su cabellera descuidada, a la manera mundana, anhelando vencer el propósito de la doncella y los deseos de su madre. Y, he aquí, que esa misma noche vio venir hacia sí, en sueños, un ángel, que con voz terrible, la amenazó con castigos, quebrantándola con estas palabras: “¿Cómo te has atrevido a preferir el mandato de tu marido al de Cristo? ¿A tocar con tus manos sacrílegas la cabeza de la virgen de Dios? Pues ahora se te secarán para que, así atormentada, comprendas lo que hiciste y, pasados cinco meses serás llevada al sepulcro. Si perseverares en tu crimen te verás privada juntamente de tu marido y de tus hijos”. Todo se cumplió por sus pasos, y un veloz tránsito atestiguó que la penitencia había sido tardía. Así se venga Cristo de los violadores de su templo; así defiende sus perlas preciosas y sus riquísimas joyas.

¡Oh, si vieras a Eustoquia y te aconteciera oír personalmente las palabras de su boca santa! Contemplarías en un débil cuerpecillo un alma grande. Oirías hervir desde el fondo de su corazón todo el tesoro del Antiguo y del Nuevo Testamento. Tiene el ayuno por juego y la oración por delicia. Lleva en sus manos el tímpano, a ejemplo de María, y, mientras se anega el Faraón, ella precede cantando al coro de las vírgenes: Cantaré al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar. Enseña a estas cantoras para Cristo, instruye a estas citaristas para el Salvador. Así pasa el día, así la noche, y con el aceite preparado para las lámparas aguarda la llegada del esposo.

La dormición de la santa y venerable señora Eustoquia nos ha contristado profundamente. Sabed que ha rendido su espíritu en el ardor mismo de la confesión de la fe y que prefirió perder la hacienda familiar, abandonar su casa y sufrir un honroso destierro, antes que mancillarse con la comunión de los herejes.



30 de septiembre
San Jerónimo de Estridón, presbítero y doctor de la Iglesia
memoria

San Jerónimo, Nuestro Padre,
presbítero y doctor de la iglesia
OSH: solemnidad

Nació en Estridón (Dalmacia) hacia el año 340; estudió en Roma y allí fue bautizado. Abrazó la vida ascética, marchó al Oriente y fue ordenado presbítero. Volvió a Roma y fue secretario del papa Dámaso. Fue en esta época cuando empezó su traducción latina de la Biblia. También abrazó y promovió la vida monástica. Más tarde se estableció en Belén, donde trabajó mucho por el bien de la Iglesia. Escribió gran cantidad de obras, principalmente comentarios de la Sagrada Escritura. Murió en Belén el año 420. Su espíritu se difundió a través de los tiempos y esto dio origen a la fundación de diversos institutos de vida consagrada, entre los que se cuenta la Orden Jerónima de España, con ramificaciones en México.

*San Jerónimo, prólogo al Comentario
sobre el libro del profeta Isaías*
1.2: CCL 73, pp. 1-3

Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo

Cumplo con mi deber obedeciendo los preceptos de Cristo, que dice: Estudiad las Escrituras, y también: Buscad, y encontraréis, para que no tenga que decirme, como a los judíos: Estáis muy equivocados, porque no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios. Pues si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo.

Por esto, quiero imitar al padre de familia que del arca va sacando lo nuevo y lo antiguo, y a la esposa que dice en el Cantar de los cantares: He guardado para ti, mi amado, lo nuevo y lo antiguo; y, así, expondré el libro de Isaías, haciendo ver en él no sólo al profeta, sino también al evangelista y apóstol. El, en efecto, refiriéndose a sí mismo y a los demás evangelistas, dice: ¡Qué hermo-

son los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva! Y Dios le habla como a un apóstol, cuando dice: ¿A quién mandaré? ¿Quién irá a ese pueblo? Y él responde: Aquí estoy, mándame.

Nadie piense que yo quiero resumir en pocas palabras el contenido de este libro, ya que él abarca todos los misterios del Señor: predice, en efecto, al Emmanuel que nacerá de la Virgen, que realizará obras y signos admirables, que morirá, será sepultado y resucitará del país de los muertos, y será el Salvador de todos los hombres.

¿Para qué voy a hablar de física, de ética, de lógica? Este libro es como un compendio de todas las Escrituras y encierra en sí cuanto es capaz de pronunciar la lengua humana y sentir el hombre mortal. El mismo libro contiene unas palabras que atestiguan su carácter misterioso y profundo: Cualquier visión se os volverá — dice— como el texto de un libro sellado: se lo dan a uno que sabe leer, diciéndole: “Por favor, lee esto”, y él responde: “No puedo, porque está sellado”. Y se lo dan a uno que no sabe leer, diciéndole: “Por favor, lee esto”. Y él responde: “No sé leer”.

Y si a alguno le parece débil esta argumentación, que oiga lo que dice el apóstol: De los profetas, que prediquen dos o tres, los demás den su opinión. Pero en caso que otro, mientras está sentado, recibiera una revelación, que se calle el de antes. ¿Qué razón tienen los profetas para silenciar su boca, para callar o hablar, si el Espíritu es quien habla por boca de ellos? Por consiguiente, si recibían del Espíritu lo que decían, las cosas que comunicaban estaban llenas de sabiduría y de sentido. Lo que llegaba a oídos de los profetas no era el sonido de una voz material, sino que era Dios quien hablaba en su interior, como dice uno de ellos: El ángel que hablaba en mí, y también: Que clama en nuestros corazones: “¡Abbá! (Padre)”, y asimismo: Voy a escuchar lo que dice el Señor.

O bien:

*De la carta encíclica “Spiritus Paraclitus”,
del papa Benedicto XV, en el décimo quinto centenario
de la muerte de san Jerónimo
15 de septiembre de 1920: AAS 12 (1920), pp. 385-422*

**A través de la ley y de los profetas
trató de llegar a Cristo**

El Espíritu Consolador, habiendo enriquecido al género humano con las sagradas letras para instruirlo en los secretos de la divinidad, suscitó en el transcurso de los siglos numerosos expositores santísimos y doctísimos los cuales no sólo no dejarían infecundo este celestial tesoro, sino que habían de procurar a los fieles cristianos con sus estudios y sus trabajos la abundantísima consolación de las Escrituras. El primer lugar entre ellos, por consentimiento unánime, corresponde a san Jerónimo, a quien la Iglesia católica reconoce y venera como el Doctor Máximo concedido por Dios en la interpretación de las Sagradas Escrituras. En efecto, san Jerónimo hombre extraordinariamente católico y muy versado en la ley sagrada, maestro de católicos, modelo de virtudes y maestro del mundo entero, habiendo ilustrado maravillosamente y defendido con tesón la doctrina católica acerca de los libros sagrados, nos suministra muchas e importantes enseñanzas que emplear para inducir a todos los hijos de la Iglesia, y especialmente a los clérigos, el respeto a la Escritura divina, unido a su piadosa lectura y meditación asidua.

Como sabéis, desde que recibió aquí mismo en Roma la vestidura de Cristo por el bautismo, empleó a lo largo de su vida todas sus fuerzas en investigar, exponer y defender los libros sagrados. Pudo tanto el amor de la Biblia en él, que no cesó de escribir o dictar hasta que la muerte inmovilizó sus manos y acalló su voz. Así, no perdonando trabajos, ni vigiliadas, ni gastos, perseveró hasta la extrema vejez meditando día y noche la ley del Señor junto al pesebre de Belén, aprovechando más al hombre católico desde aquella soledad con el ejemplo de su vida y con sus escritos que si hubiera consumido su carrera mortal en la capital del mundo, Roma.

Vengamos ya a la consideración de su doctrina sobre la dignidad divina de las Escrituras. En lo cual, ciertamente, no encontra-

réis una página en los escritos del Doctor Máximo por donde no aparezca que sostuvo firme y constantemente con la Iglesia católica universal: que los libros sagrados, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la Iglesia. Afirma, en efecto, que los libros de la Sagrada Biblia fueron compuestos bajo la inspiración o sugerencia, o insinuación, o incluso dictado del Espíritu Santo; más aún que fueron escritos y editados por él mismo; sin poner en duda, por otra parte, que cada uno de sus autores, según la naturaleza e ingenio de cada cual, hayan colaborado con la inspiración de Dios. Y si preguntamos que de qué manera ha de entenderse este influjo y acción de Dios como causa principal en el hagiógrafo, se ve que no hay diferencia entre las palabras de Jerónimo y la común doctrina católica sobre la inspiración, ya que él sostiene que Dios con su gracia aporta a la mente del escritor luz para proponer a los hombres la verdad en nombre de Dios; mueve además su voluntad y le impele a escribir; finalmente, le asiste de manera especial y continua hasta que acaba el libro. De aquí principalmente deduce el Santo la suma importancia y dignidad de las Escrituras, cuyo conocimiento compara a un tesoro precioso y a una rica margarita; y afirma encontrarse en ellas las riquezas de Cristo y la plata que adorna la casa de Dios. Por eso en sus piadosas meditaciones acostumbraba a referir a Cristo cuanto se lee en el sagrado 'texto: De tal manera leo la ley y los profetas, que no me quedo en ellos, sino que a través de la ley y de los profetas trato de llegar a Cristo. Este amor a Cristo, que lo consumía, lo llevaba, pobre y humilde con Cristo, libre el alma de toda preocupación terrenal, a buscar a Cristo solo, a dejarse conducir por su Espíritu, a vivir con él en la más estrecha unión, a copiar por la imitación su imagen paciente, a no tener otro anhelo que sufrir con Cristo y por Cristo.

O bien:

*De las cartas de san Jerónimo al papa san Dámaso
Cartas 15, 1-2; 16, 1; BAC n° 219 (1962) pp. 84-86. 89*

Sobre esa roca sé que está edificada la Iglesia

El Oriente, al chocar con viejo furor entre sí los pueblos, está desgarrando menudamente, pieza por pieza, la túnica indivisa del Señor, tejida de arriba a abajo. Las raposas devastan la viña de

Cristo y ya, entre las cisternas rotas, que no pueden contener el agua, es difícil distinguir dónde se halla la fuente sellada y el hueco cerrado de que habla la Escritura. De ahí mi determinación de consultar a la cátedra de Pedro y la fe que fue loada por boca apostólica. Allí vengo ahora a pedir mantenimiento para mi alma, donde en otro tiempo recibí la vestidura de Cristo. Ni la inmensidad del líquido elemento ni la distancia de tierra que nos separa han sido parte para impedirme buscar la piedra preciosa: Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.

Así, pues, si es cierto que tu grandeza me atemoriza, pero tu humanidad me invita. Víctima, pido la salud del sacerdote; oveja, espero la protección del pastor. Vaya lejos toda malevolencia, lejos toda ambición de la cumbre romana. Y o hablo con el sucesor del pescador, con el discípulo de la cruz. Yo, que no reconozco otra primacía que la de Cristo, me uno por la comunión a tu beatitud, es decir, a la cátedra de Pedro. Sobre esa roca sé que está edificada la Iglesia. Quienquiera comiere fuera de esta casa el cordero, es profano. Todo el que no estuviere durante el diluvio en el arca de Noé, perecerá. Por mis pecados he emigrado a este desierto que separa Siria de los confines de la barbarie y, pues nos separan tan enormes distancias, no me es posible solicitar de tu santidad constantemente “el santo del Señor”. Por eso sigo aquí a los confesores egipcios, compañeros tuyos y, navecilla insignificante, me oculto tras los grandes navíos de carga. No conozco a Vital, rechazo a Melecio, ignoro a Paulino.

Quienquiera contigo no recoge, desparrama; es decir, el que no es de Cristo es el anticristo. La mujer importuna de que nos habla el evangelio mereció finalmente ser oída; y el amigo, no obstante estar cerrada la puerta y acostados los criados y ser media noche, logró los panes de su amigo; y Dios mismo, que por ninguna fuerza contraria puede ser sobrepujado, se dejó vencer por las oraciones del publicano. ¿A qué fin este exordio traído de tan lejos? Pues a que mires, grande, a un pequeño, y a que no desprecies, pastor rico, a una oveja enferma; no desprecies un alma por la que murió Cristo.

O bien:

Carta de san Jerónimo al monje Heliodoro

Lettre 14, 1-3. 6-7. 10, PL 22, col. 347-354

Al marcharte me pediste que, una vez que me retirase al desierto, te mandara una carta invitatoria, y yo te prometí hacerlo; por tanto, ahora mismo te invito, date prisa. No quiero que recuerdes las privaciones de antaño —desnudos quiere el desierto— y que te espante el trabajo de nuestra antigua peregrinación. Puesto que crees en Cristo, cree también en sus palabras: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura”. No has de tomar alforja ni vara; harto rico es quien es pobre con Cristo. Pero, ¿qué estoy haciendo? ¿Otra vez, imprudente, estoy rogando? No más ruegos, basta ya de halagos. El amor ofendido debe airarse. Si despreciaste a quien te rogaba, acaso escuches a quien te recrimina. ¿Qué haces en la casa paterna, soldado delicado? ¿Dónde está el baluarte, dónde el foso, dónde el invierno pasado bajo las tiendas de campaña? Oye cómo del cielo suena la trompeta, mira cómo entre las nubes sale nuestro capitán armado para guerrear contra el orbe de la tierra, y una espada de dos filos, que sale de la boca del rey, va segando cuanto topa delante.

¡Pues, sal, te ruego, tú también de tu alcoba a las filas, de la sombra al sol! El cuerpo hecho a la túnica no soporta el peso de la armadura. La cabeza cubierta de cofia de lino rechaza el casco. La mano muelle por el ocio se desuella con el pomo duro de la espada. Oye el pregón de tu rey: “El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama”. Recuerda el día en que entraste en filas, cuando, sepultado con Cristo en el bautismo, juraste por las palabras del sacramento que por el nombre del mismo Cristo no tendrías cuenta con padre ni madre. Mira que el enemigo tiene empeño en matar a Cristo en tu pecho. Mira que el donativo o soldada que, al entrar en la milicia, recibiste, es codiciado por los campamentos contrarios.

Aun cuando se te cuelgue al cuello el sobrinillo pequeño; aun cuando, desgredada y rasgados los vestidos, te muestre tu madre los pechos que amamantaste; aun cuando tu padre se tienda en el umbral de la puerta, písalo y pasa por encima y, secos los ojos, vuela al estandarte de la cruz. Linaje es de piedad, en este caso, ser cruel. Vendrá más adelante el día en que vuelvas vencedor a tu patria, en que te pasees, como un héroe coronado, por la Jerusalén

celeste. Entonces recibirás con Pablo el fuero de ciudadano; entonces pedirás también para tus padres el mismo derecho de ciudadanía; entonces rogarás también por mí, que te incité para que vencieras. A la verdad, no se me oculta que me dirás que tus pies están por el momento trabados con grillos que te impiden marchar. No tengo yo un corazón de piedra ni entrañas endurecidas; ni, nacido de un pedernal, fui amamantado por tigres de Hircania. También yo he pasado por eso.

¡La Escritura, me dirás, manda obedecer a los padres! Sí, pero quien los ama más que a Cristo pierde su alma. El enemigo empuña su espada para acabar conmigo ¿y yo me voy a detener a pensar en las lágrimas de mi madre? ¿Voy a desertar de la milicia por amor de mi padre? Cuando Cristo llama, ¡no estoy obligado ni al cuidado de sepultar a mi padre, cosa que, por amor a Cristo, se la debo a todos! Pedro, que tímidamente miraba por el Señor cuando éste se disponía a padecer, fue para él ocasión de tropiezo. Pablo, cuando los hermanos querían retenerlo para que no marchara a Jerusalén, les contestó: “¿Por qué habéis de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”. Ese ariete de la piedad con que se combate la fe, ha de ser repelido por el muro del Evangelio: “El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”.

¿Por qué eres un cristiano tan cobarde? Mira cómo se dejan padre y redes, mira cómo se levanta de su mostrador el publicano, que queda hecho al punto apóstol. “El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza”, ¿y tú te paseas bajo amplios pórticos, en espaciosas moradas? ¿Estás aguardando la herencia del siglo, tú que eres coheredero de Cristo? Considera el nombre que llevas: “mónakos” quiere decir solitario. ¿Qué haces, pues, entre la muchedumbre? “Mas —me dirás— ¿quienquiera que vive en la ciudad no puede ser cristiano?” —No corre contigo la misma razón que con los demás. Oye al Señor que te dice: “Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo— y luego vente conmigo”. Ahora bien, tú has prometido ser perfecto. Pues es así que, al abandonar la milicia terrena y hacerte eunuco por el reino de los cielos, ¿qué hiciste sino abrazar la vida perfecta?

Pero el perfecto servidor de Cristo nada tiene fuera de Cristo, y si algo tiene fuera de Cristo, no es perfecto. Y si no es perfecto, des-

pués que prometió a Dios ser perfecto, mintió antes. Ahora bien, “la boca mentirosa, da muerte al alma”. Así, pues, en resolución, si eres perfecto, ¿por qué echas de menos los bienes paternos? Si no eres perfecto, has engañado al Señor. El Evangelio truena con voces divinas: “No podéis servir a dos señores”. ¿Y habrá quien se atreva a dar un mentís a Cristo sirviendo a Mammón y al Señor? Él da voces continuamente: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. ¿Y yo cargado de oro me imagino seguir a Cristo? “Quien dice que permanece en Cristo, debe vivir como vivió él”.

Mas ahora que mi discurso ha salido ya de lugares escollosos y mi frágil barquilla ha logrado ganar la alta mar por entre las cóncavas rocas y espumosas olas, despleguemos las velas al viento. Salvados los escollos de las disputas, cantemos a estilo de marineros alegres el himno de gloria que sirva de epílogo. ¡Oh desierto en que brotan las flores de Cristo! ¡Oh soledad en que se crían aquellas piedras con las que, en el Apocalipsis, se construye la ciudad del gran Rey! ¡Oh yermo que goza de la familiaridad de Dios! ¿Qué haces, hermano, en el siglo, tú que eres mayor que el mundo? ¿Hasta cuándo te oprimirán las sombras de un techo? ¿Hasta cuándo te encerrará la cárcel ahumada de esas ciudades? Créeme, yo veo aquí no sé qué de más luminoso. Es cosa dulce dejar la carga del cuerpo y volar al puro fulgor del éter.

¿Temes la pobreza? Pues Cristo llama bienaventurados a los pobres. ¿Te espanta la fatiga? Pues ningún atleta es coronado sin sudores. ¿Te preocupa la comida? La fe no siente el hambre. ¿Tienes miedo de estrellar sobre la dura tierra tus miembros extenuados por el ayuno? Pues, a tu lado se acuesta el Señor. ¿Te horroriza la descuidada cabellera de una cabeza escuálida? Pues tu cabeza es Cristo. ¿Te aterra la extensión sin límites del yermo? Pues pásate en espíritu por el paraíso. Cuantas veces subas allí por el pensamiento, otras tantas dejas de estar en el yermo. ¿Se te pone la piel áspera por falta de baños? ¡El que una vez se lavó en Cristo, no necesita volverse a bañar! Y, finalmente, oye cómo en breves palabras te responde a todo el Apóstol: “Sostengo que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros”. Demasiado delicado eres, carísimo, si además de gozar aquí con el siglo, quieres también reinar allí con Cristo.

OCTUBRE

1 de octubre
San Virila de Leyre, abad
Monasterio de Samos: memoria

Se pueden utilizar las lecturas propuestas por el leccionario propio de Vigilias del Monasterio de Leyre

3 de octubre
Nuestro Padre San Virila de Leyre, abad
Monasterio de Leyre: fiesta

Conmemoramos hoy al abad de Leyre san Virila, nacido hacia el año 870 en el pueblo ya extinto de Tiermas (Aragón). Ingresó en el monasterio benedictino de San Salvador de Leyre, llegando a ser elegido abad, donde permaneció hasta su muerte a mediados del siglo X. Según una piadosa tradición, ante sus cuestiones sobre la eternidad del cielo, quedó extasiado por el canto de un rui-señor durante tres siglos.

*Del Catecismo de Joaquín Lizarraga de Elcano, presbítero
Doctrina Christioaren Cathecima, Fede Christioaren gain I
Pamplona, 1979, pp. 245-251*

“Mil años en presencia del Señor son un ayer, que pasó”

La gloria esencial consiste en la visión de Dios, quien, como glorificador que es, glorifica con, su propia gloria a su criatura.

El alma será agraciada con tres dones, a saber: la visión, la comprensión y la fruición. El primer don consiste en ver a Dios en sí mismo cara a cara. Este don corresponde a nuestra fe de aquí, ya que creemos sin ver, con la esperanza de ver allá claramente. San Juan dice: Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es”. Para ello, en lugar de la luz de la fe, dará al alma la luz de la gloria, con el fin de ver la luz de Dios con su misma luz. El segundo don es la comprensión: consiste en alcanzar y poseer para siempre a Dios, que es el sumo bien. Este don corresponde a la esperanza. El tercero, la fruición, consiste en el gozo y en la felicidad de amor que emana de verlo y poseerlo. Corresponde a la caridad que se le tuvo aquí, estando allá unida a su amado Señor y como identificada con él.

Imaginad ahora cómo estarán allá, de inmediato, todas las potencias del alma, y a su tiempo, todos los sentidos del cuerpo resucitado, disfrutando abundantemente y sin cansarse nunca. “¿Qué cosa hay que allá no conozcan, quienes conocen a quien conoce todo?”. Los ojos se deleitarán contemplando las maravillas de allá y todo lo que desean; y tan nuevo todo siempre. El oído, escuchando cantos maravillosos, de suerte que: “mil años en tu presencia son un ayer, que pasó”. Estando pensando un monje de Leyre, cómo podría ser verdad eso, el canto de un pájaro le hizo adentrarse por aquellos bosques. Estuvo embelesado escuchándolo. ¿Cuántos años os parece? Más de trescientos años, no habiéndole parecido a él ni siquiera una hora. Todos los sentidos gozarán con Dios de tal manera, que los mayores placeres de aquí les repugnarán; y aun los más exquisitos de la tierra, ni siquiera podrán mencionarse junto á aquellos celestiales. ¡Imposible agotar, e imposible decir nada de lo que en realidad es!

“Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre”, dice el profeta real. Estrecha y áspera, dice el Señor, es la senda que conduce a aquella vida. Pero no es extraño que cueste algo lo que tanto vale. Lo extraño es, dice san Jerónimo, cómo no se les vuelve espina todo lo que aquí pisan a aquellos que se van a salvar, habiendo de gozar tanto allí.

Pensad, que Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos están llamándonos continuamente con las manos en alto. ¡Qué día aquel, en el que nos darán la bienvenida...!

O bien:

*De las Meditaciones del Amor de Dios,
de Fray Diego de Estella, presbítero
Meditación primera, Madrid, 1676, pp. 433*

**“Veré los cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas, que tú creaste”**

Todas las criaturas me dicen, Señor, que te ame y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, el verdor de los campos, la diversidad de las flores, variedad de colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron; me di-

cen que te ame, ¡oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! Todo cuanto veo me convida con tu amor, y me reprende cuando no te amo. No puedo abrir mis ojos sin ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad, porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres. Todas las cosas creadas, primero enseñan el amor del Creador que el don.

Los cielos cuentan, Señor, tu gloria y el firmamento denuncia las obras de tus manos; y no hay hablas ni lenguajes donde no sean oídas sus voces, y tanto que son inexcusables a todos los hombres. Callando, manifiestan, Señor, los cielos tu gloria y nos dicen cuál será el aposento de tus escogidos, pues tanta hermosura dejas ver a los ojos de los mortales.

Oh cuán rico eres, mi Dios, pues de tantas lámparas te sirves. ¿De qué traza pudo salir labor tan preciosa? ¿Quién pudo hacer tan hermosa claridad y tan diversas influencias, tantos y tan diversos movimientos sin errar un punto? Con razón pregunta Job, y dice: ¿Quién contara el orden de los cielos y dirá sus movimientos? ¡Oh pesado corazón mío! ¿Cómo el deseo de ver tanto primor y grandeza no te llevan a aquellas celestiales moradas? ¡Oh cuán grande es la casa del Señor y cuán inmenso el lugar de su habitación!

Veré los cielos, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas, que tu creaste. Todo lo que mis ojos ven, me dice que te ame. Pues si me convierto al mundo menor, que es el hombre, y pongo los ojos en mi mismo, aquí hallo mayor causa para amarte, pues todo lo sobredicho creaste para mi servicio y provecho. Si abro mis oídos, oiré al Salmista, que me dice: Tanto saber me sobrepasa, es sublime y no lo abarco. En mí conozco tu admirable ciencia. Del conocimiento de mí mismo, vine el conocimiento de tu muy alta sabiduría. Por amor de esto, dijo tu profeta Isaías a los pecadores: Volved, prevaricadores, al corazón; en vosotros mismos veréis quién es vuestro Dios.



6 de octubre

San Bruno de Colonia, presbítero
memoria

Nuestro Padre San Bruno, monje
OCART: solemnidad

San Bruno, monje
OCIST: memoria

San Bruno, presbítero y eremita
OCSO: memoria

Hacia el año 1035 nació en Colonia; estudió en París, recibió la ordenación sacerdotal y enseñó teología. Deseoso de soledad se retiró al desierto de Chartreuse y fundó la orden de la Cartuja. El papa Urbano II requirió su ayuda en favor de la Iglesia; murió el año 1101 en Squillace (Calabria).

San Bruno de Colonia, Carta a sus hijos cartujos
1-3: SC 88, pp. 82-84

Se alegra mi espíritu en el Señor

Habiéndome enterado, por la detallada y agradable relación de nuestro venerable hermano Landovino, del inflexible rigor con que observáis, de un modo tan sabio y digno de alabanza, vuestra Regla, y habiendo sabido de vuestro santo amor y vuestro constante interés por todo lo que se refiere a la integridad y la honestidad, se alegra mi espíritu en el Señor. En verdad, me alegro y prorumpo en alabanzas y acciones de gracias al Señor y, sin embargo, suspiro amargamente. Me alegro, ciertamente, como es de justicia, por el incremento de los frutos de vuestras virtudes, pero me duelo y me avergüenzo de verme yo postrado, por mi indolencia y apatía, en la sordidez de mis pecados.

Alegraos, pues, hermanos míos muy amados, por vuestro feliz destino y por la liberalidad de la gracia divina para con vosotros. Alegraos, porque habéis escapado de los múltiples peligros y naufragios de este mundo tan agitado. Alegraos, porque habéis llegado a este puerto escondido, lugar de seguridad y de calma, al cual son muchos los que desean venir, muchos los que incluso llegan a intentarlo, pero sin llegar a él. Muchos también, después de

haberlo conseguido, han sido excluidos de él, porque a ninguno de ellos le había sido concedida esta gracia desde lo alto.

Por lo tanto, hermanos míos, tened por bien cierto que todo aquel que ha llegado a disfrutar de este bien tan deseable, si llega a perderlo, se arrepentirá hasta el fin, si es que tiene un mínimo de interés y solicitud por la salvación de su alma.

Con respecto a vosotros, mis amadísimos hermanos legos, yo os digo: Proclama mi alma la grandeza del Señor, porque veo la magnificencia de su misericordia sobre vosotros, por lo que me ha contado vuestro prior y padre amantísimo, el cual está muy satisfecho y contento de vuestro proceder. Alegrémonos también nosotros porque, sin haberos dedicado al estudio, el Dios poderoso graba en vuestros corazones no sólo el amor, sino también el conocimiento de su santa ley. En efecto, vuestra conducta es una prueba de vuestro amor, como también de vuestra sabiduría. Porque vuestro interés y cautela en practicar la verdadera obediencia pone de manifiesto que sabéis captar el fruto dulcísimo y vital de la sagrada Escritura.

O bien:

*De la constitución apostólica “Umbratitem” del papa Pío XI
AAS 115/16, 1924, pp. 385-388*

**Dios suscitó a san Bruno para devolver a la vida contemplativa
el esplendor de su antigua integridad**

Los que llevan una vida solitaria y retirada según su orden, alejados de las locuras y del tumulto del mundo, para poder contemplar los misterios divinos y las verdades eternas, para elevar a Dios ardientes e incesantes súplicas a fin de que su Reino florezca y se extienda cada día más; y para llorar y expiar con la mortificación voluntaria del cuerpo y del espíritu no sólo las propias culpas, sino también las de los demás; estos han escogido la mejor parte, como María de Betania, y hay que proclamarlo.

No es posible proponer a los hombres, si el Señor los llama a él, otro estilo de vida más perfecto. Los que en el silencio de los claustros llevan esta vida solitaria, gracias a su íntima unión con Dios y a su oculta santidad contribuyen muchísimo a realzar aquella santidad, que la inmaculada Esposa de Jesucristo presenta a la admiración e imitación de todos.

No hay por qué maravillarse si los antiguos escritores eclesiásticos, para explicar la fuerza y la eficacia de las oraciones de estos religiosos, llegaron a compararlas con la oración de Moisés, recordando aquel célebre episodio en que, mientras Josué luchaba contra los amalequitas en el llano, Moisés oraba y suplicaba a Dios por la victoria de su pueblo desde una colina próxima; entonces sucedió que, cuando éste tenía las manos levantadas hacia el cielo, vencían los israelitas, pero en cuanto las bajaba fatigado, los amalequitas derrotaban a Israel; hasta que Aarón y Hur colocándose a su lado le sostuvieron los brazos, y Josué acabó venciendo en la batalla. Esta comparación expresa muy bien el valor de la oración de los religiosos, apoyada por una parte en el augusto sacrificio del altar y por otra en las prácticas penitenciales, como si se tratase de los dos ayudantes prefigurados por Aarón y Hur.

Según lo dicho, la principal y más importante función de estos solitarios es consagrarse a Dios y ofrecerse a Él como una víctima propiciatoria y un sacrificio pacífico por su propia salvación y la de sus hermanos.

Así pues, el Dios benignísimo, que nunca olvida las necesidades de su Iglesia, suscitó a san Bruno para devolver a la vida contemplativa el esplendor de su antigua integridad. Para eso fundó la Orden Cartujana, comunicándole su espíritu y organizándola con normas que condujesen a los religiosos, liberados de todo deber y servicio exterior, a recorrer rápidamente el camino de la santidad escondida y de la severa penitencia, permitiéndoles perseverar, sin desfallecer, en su vida austera y rigurosa.

O bien:

De la carta de nuestro Padre san Bruno a Raúl le Verd
SC 88, pp. 66-78, 1.3-6.9-10.13

Al venerable señor Raúl, preboste de Reims, digno del más sincero afecto, Bruno lo saluda. La fidelidad que en ti se ve a una vieja y probada amistad es tanto más admirable y digna de encomio cuanto más rara de encontrar entre los hombres. Pues aunque corporalmente alejados uno de otro por larga distancia de tierras y prolongado espacio de tiempo, sin embargo, no han podido arrancarte el afecto de cariño hacia tu amigo. Ello se ha probado claramente por tus letras amabilísimas, con las que como a amigo

me regalaste, y por tus beneficios tan generosamente prodigados, no sólo a mí, sino también por mi causa a fray Bernardo, y por algunos otros indicios. Por eso doy gracias a tu bondad, no iguales a tus méritos, pero que manan de la fuente pura del amor. Te mandé hace tiempo un correo con cartas, bastante fiel en otros envíos, pero como hasta ahora no ha vuelto a aparecer, juzgo oportuno enviarte a uno de los nuestros, que exponga de viva voz más ampliamente todo lo referente a mí, porque yo no bastaría a hacerlo por escrito. Te notifico, digno señor, pues pienso que no te desagradará, que estoy bien de salud corporal —ojalá así lo estuviese en el alma—, y en lo tocante a los asuntos temporales, bastante bien a medida de mis deseos. Pero aguardo suplicando que la mano de la divina misericordia “cure todas mis debilidades y sacie de bienes todos mis anhelos”. Vivo en tierras de Calabria con mis hermanos religiosos, algunos muy eruditos, quienes en permanente centinela “esperan a su Señor para abrirle apenas llame”, en un yermo bastante alejado por todas partes de toda humana habitación. De su amenidad y de lo templado y sano de sus aires, de la vasta y graciosa llanura extendida a lo largo entre montañas, con sus verdes praderas y floridos pastos, ¿qué podré decir? ¿Cómo describir acertadamente la perspectiva de las colinas que de todas partes se van elevando suavemente, lo escondido de los umbrosos valles, la agradable abundancia de ríos, arroyos y fuentes? Tampoco faltan huertos de regadío, ni variados y fértiles árboles.

Pero ¿a qué detenerme en estas cosas? Otros son ciertamente los deleites del varón prudente, más gratos y útiles por ser divinos. Sin embargo, nuestra débil mente, fatigada por una austera disciplina y por los ejercicios del espíritu, muchas veces con estas cosas se alivia y respira. El arco siempre tenso se afloja y no vale para su oficio. Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama, sólo lo saben quienes lo han experimentado. Aquí pueden los varones esforzados recogerse en sí cuanto quieran, y morar consigo, cultivar con afán las semillas de las virtudes, y alimentarse felices de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquella vista cuyo sereno mirar hiere al Esposo con un amor limpio y puro con el que se ve a Dios. Aquí se practica un ocio laborioso, y se reposa en una sosegada actividad. Aquí, por el esfuerzo del combate, Dios premia a sus atletas con la ansiada merced, a saber, “la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo”.

¿Qué piensas hacer, carísimo? ¿Qué, sino seguir el consejo divino, creer a la Verdad que no puede engañar? A todos aconseja al decir: “Venid a mí todos los fatigados y abrumados, que yo os aliviaré”. ¿No es un trabajo pésimo e inútil ser atormentado por la concupiscencia y afligirse sin cesar por preocupaciones y ansiedades, temores y dolores, por causa de tales deseos? ¿Qué carga hay más pesada que la que abate al alma desde la sublime altura de su dignidad hasta lo más bajo, a lo cual equivale toda injusticia? Huye, pues, hermano mío, todas estas molestias y miserias, y pasa de la tempestad del mundo al reposo seguro y tranquilo del puerto. Tu prudencia sabe lo que dice la misma Sabiduría: “El que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”. ¿Quién no ve cuán hermoso, útil y agradable sea permanecer en su escuela, bajo la dirección del Espíritu Santo, y aprender la divina filosofía, única que da la verdadera felicidad?

Te acuerdas sin duda, amigo, cómo cierto día estando juntos yo, tú y Fulco, el tuerto, en el jardincillo contiguo a la casa de Adam, donde entonces me hospedaba, tratamos un buen rato, me parece, de los falsos halagos y de las perecederas riquezas del mundo, y de los goces de la gloria eterna. Entonces, ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto y dispusimos abandonar en breve el mundo fugaz, para captar lo eterno y recibir el hábito monástico. Pero ¿qué hay tan justo y tan útil, tan innato y conforme con la naturaleza humana, como amar el bien? Y ¿qué otro ser tan bueno como Dios? Más aún, ¿qué otro bien hay sino Dios solo? De ahí que el alma humana, percibiendo en parte el incomparable atractivo, esplendor y belleza de este bien, encendida en la llama del amor, dice: “Mi alma tiene sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro de Dios?”

O bien:

Homilía de Johannes Tauler, presbítero

Sermón para la fiesta de san Agustín. Ed. Tralin, 1911, t. V, pp. 206 y ss

“Estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda”. Las bodas, de donde se dice que vuelve el Señor, se celebran en lo íntimo del alma, en ese su fondo misterioso donde se halla la resplandeciente imagen de Dios. En ese fondo hay tal parentesco de nuestra alma con Dios, y de Dios con nuestra alma, en él lleva a cabo el Señor tales y tan estupendas maravillas, encuentra él tales

delicias y gozo tan inefable, que los sentidos y la razón quedan confundidos, aunque el hombre lo ignore y no lo sienta. Aquellos en quienes Dios así se deleita y con quienes ha celebrado él las bodas, son los hombres que han apartado su corazón y su amor de las criaturas de este mundo para ponerlos en Dios con la voluntad inflexible y permanente de vivir tan sólo de él. En cuanto a los que espontánea y deliberadamente ponen su felicidad en cualesquiera cosas creadas, Dios no tiene ninguna relación de amor con ellos.

“Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela”. ¿Llegará al crepúsculo, a medianoche, al canto del gallo o al amanecer? No lo saben. A los que están esperando en vela, el Señor, al volver, prestará sus servicios. Les dará un anticipo del gozo misterioso que rebosa de los festines del cielo. Los confortará para que la angustia de la espera no los abrume demasiado. Ya desde ahora les concede la gracia de disfrutar de la suavidad de su amor, con lo que ellos crecen en amor y se enardece su esperanza. San Gregorio, hablando de esta espera, y comentando el versículo del salmo: “Huí lejos y permanecí en la soledad”, observa que cuando el hombre interior ha estado durante mucho tiempo a la espera —“Yo esperaba con ansia al Señor”, dice— debe alejarse de todo y permanecer en la soledad.

La búsqueda de la soledad no consiste en apartarse tan sólo de la disipación externa, sino también de la agitación interior, es decir, de la turbación de las potencias internas, imaginaciones, representaciones, ideas sucesivas; consiste en dar de mano a todas las formas y fantasías y encerrarse en la soledad. Y cuando uno ha apurado y soportado todo el amargor y tristeza de tal separación absoluta, entonces el Señor tan esperado entra de improviso en nosotros con su luz resplandeciente. Nos arrebató muy lejos, por encima de todo lo creado, y nos hace olvidar el tedio de la larga espera.

Por tanto, el que, con el profeta, ha entrado plenamente en la soledad y permanecido en ella después de haber pacificado el desorden y el tumulto de sus pasiones, y echado fuera los vanos pensamientos, y todas las formas e imágenes superfluas, ese tal, de repente y en un santiamén, se ve trasladado por Dios y sus santos ángeles al reino del puro amor. Se siente impulsado a orar por todas las necesidades de que tiene noticia, por la Iglesia, por los vivos y difuntos. Mas todo eso se lleva a efecto en su mente, cual si fuera un relámpago. Al ponerse a orar, Dios parece decirle: “No es

menester que me digas nada. Ya sé lo que quieres y deseas”. Y al punto colma todos sus deseos. Tal es, amadísimos, la oración que nace y penetra en lo más profundo del espíritu; tal es la oración de los verdaderos adoradores. A los que aman de esta suerte, Dios los estrecha amorosamente entre sus brazos y los arrebató muy por encima de todo. Entonces, para los tales, las cosas creadas son como si no existieran.

O bien:

*Tratado sobre las bases de la vida monástica
de Evagrio, el Póntico
PG 40, col. 1253-1260*

“El que no está casado, dice el apóstol, se ocupa de los asuntos del Señor; busca agradar al Señor”, y produce frutos de vida celestial, siempre vivos e inmortales. Tal es el monje y tal debe ser el que se abstiene del matrimonio y no tiene hijos ni hijas. Además, debe ser un buen soldado de Cristo, libre de bienes de este mundo, sin preocupaciones, ajeno a todo pensamiento de asuntos o actividades. El mismo apóstol dice: “Nadie, que se enrola en un ejército, se enreda en asuntos civiles, si quiere complacer al que lo enrola”. Progrese, pues, el monje en este camino, sobre todo el que ha abandonado todos los bienes del mundo, y que toma parte en la competición para ganar los trofeos maravillosos y magníficos del reposo en Dios. ¡Cuán atrayente es la misma ascesis cuando se la considera en orden a la búsqueda del reposo en Dios! Sí, ella es maravillosa y llena de atractivo. “Mi yugo es suave y mi carga ligera”, dice el Señor. En su compañía la vida es fácil, y la ascesis, agradable. Carísimo, ¿quieres abrazar la auténtica vida monástica y correr de forma que ganes el trofeo del reposo en Dios? Deja de lado los afanes del mundo, deja a quienes se afanan: los príncipes y los magnates del universo. Dicho de otro modo: despégate de los bienes materiales, domina tus pasiones, libérate de todo deseo. Entonces, vuelto ajeno a todo esto, podrás ejercitarte maravillosamente en el reposo en Dios. Pero no podrías vivir correctamente esta forma de vida, si no consientes en apartarte de las cosas dichas.

No busques la compañía de los hombres abismados en los bienes materiales y preocupados con los asuntos temporales. Habita solo o con hermanos desapegados del mundo, acordes contigo en el

pensamiento. El que frecuenta a los atareados del mundo, también participará enteramente de su agitación y se hará esclavo de las costumbres mundanas, con sus vanas ocupaciones y los vicios detestables a los que ellas dan lugar: cólera, tristeza, pasión por los bienes materiales, temores y escándalos. Libérate de las amistades terrenas con tus parientes y allegados, evita el verlos con demasiada frecuencia, no sea que te hagan perder la quietud de la celda y te atraigan a sus propias preocupaciones. El Señor ha dicho: “Sígueme, y deja a los muertos enterrar a sus muertos”. Si la celda en donde resides tiene un acceso demasiado fácil, no dudes en abandonarla: no te apegues a ella. Haz todo lo posible por vivir en el reposo y la tranquilidad. Trata de establecerte en la voluntad de Dios y en la lucha contra las potestades de las tinieblas.

Evita habitar en la ciudad; prolonga tus días en el desierto. “Huiría lejos, muy lejos, buscando asilo en el desierto”, dice el salmista. Si te es posible, no vayas jamás a la ciudad. En ella no hallarás nada que te convenga, útil o ventajoso para tu género de vida. El mismo salmista, un poco después, constata: “Veo en la ciudad la discordia y la violencia”. Busca, pues, lugares solitarios e inaccesibles: no temas su austeridad. Si ves espectros diabólicos, no te espantes. No evites el estadio en que se desarrolla el combate en que estamos tan útilmente comprometidos. No temas y verás las obras maravillosas del Señor, su auxilio, su solicitud y todos los bienes con que te colma en vistas a tu salvación. El santo salmista dice todavía sabiamente: “Yo esperaba al que me salvase de mi debilidad y de la tempestad”. Que la inestabilidad no venga a apartarte de tu propósito. De hecho “la inconstancia unida a la codicia derriba los espíritus ingenuos”. Ella se encuentra en el origen de muchas tentaciones. Teme la caída y permanece estable en tu celda.

Si tienes amigos, procura no encontrarlos con demasiada frecuencia. Te será provechoso no verlos más que de muy tarde en tarde. Si comprendes que su compañía te resulta dañosa, no tengas contacto alguno con ellos. De lo que tienes necesidad es de amigos útiles que compartan tu género de vida. Evita las asambleas de personas malvadas y pendencieras. No vivas con nadie que sea así. Aún más: rechaza sus proyectos perversos: esas personas están alejadas de Dios, no pueden unirse a él y morar en él. Tus amigos y tus hermanos espirituales deben ser hombres de paz: “El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos,

ése es para mí un hermano, una hermana y una madre”. Así los llama el Señor. No te demores con quienes se enredan en los asuntos del mundo, no vayas a banquetear con ellos, no sea que te atraigan a sus falsas apreciaciones y te aparten de la disciplina del reposo en Dios, pues en ellos no hay más que malas pasiones. No des oídos a sus discursos y no admitas en tu corazón sus pensamientos, pues son realmente funestos. Que tu deseo te impulse hacia los hombres leales; que la ocupación de tu corazón sea rivalizar con ellos en la compunción, ya que está escrito: “Pongo mis ojos en los que son leales, ellos vivirán conmigo”. Si uno de los que viven así en el amor de Dios, viene a ti y te invita a comer con él y esto te agrada, vete, pero vuelve pronto a tu celda. Si es posible, no te acuestes fuera de ella, para poder permanecer siempre y en todas partes en la gracia del reposo en Dios. Entonces sin obstáculo podrás proseguir lo que has comenzado a cultivar.

Procura trabajar manualmente, noche y día, en cuanto te sea posible, para no ser una carga a nadie y poder dar limosna a los pobres, como nos exhorta san Pablo apóstol. De esta manera podrás también vencer al demonio de la acedía y eliminar todos los demás proyectos del adversario. El demonio de la acedía se une a la pereza y se limita a esperar la realización de sus deseos. En las transacciones evita el pecado. Cuando vendes o compras, da un poco de más o pide un poco de menos que el justo precio, no sea que al querer ser demasiado estricto, te dejes arrastrar por el cebo de la ganancia y caigas en las disputas, el perjurio, la falta de palabra... Y esto sería muy dañoso para tu alma. Además, deshonrarías y cubrirías de vergüenza la santa dignidad de nuestra profesión. Evita, pues, vender o comprar tú mismo; si te es posible, deja esas operaciones a un hombre de confianza. Así permanecerás lleno de fe y guardarás buena y feliz tu esperanza en el servicio del Señor.

He ahí las ventajas que lleva consigo y ha de proporcionarte la vida de reposo en Dios. Ahora voy a exponerte el espíritu de todo lo que ella implica. Escucha, pues, y haz lo que te prescribo. Sentado en la celda, recoge tu espíritu, represéntate el día de tu muerte, mira lo que será tu cuerpo descompuesto. Piensa en la desdicha, recapitula en tu pensamiento las penalidades de los hombres, condena la vanidad de este mundo, guarda con cuidado a la vez la modestia y el celo para poder permanecer sin desfallecer en el mismo propósito del reposo en Dios. Imagina también lo que pasa

actualmente en el infierno, considera la situación de las almas que se encuentran allí, su silencio amarguísimo, sus gemidos, su terror, su agonía, el ansia desesperada en que están abismadas. Considera su dolor interminable, sus lágrimas incesantes. Acuérdate del día de la Resurrección y cómo comparecerás ante Dios y ante Cristo, ante los ángeles, los arcángeles, las potestades y ante todos los hombres. Contempla todos los castigos, el fuego eterno, el gusano que no muere, el infierno, las tinieblas. Fíjate todavía en el terror, los tormentos, el rechinar de dientes...

Pero represéntate también los bienes reservados a los justos, su seguridad ante Dios Padre y su Cristo, antes los ángeles, los arcángeles, las potestades y toda la multitud de los santos. Represéntate el Reino, sus dones, su alegría y la dicha resultante. Reaviva en tí el recuerdo de estas dos series de realidades: ante la condenación de los pecadores, gime, llora, vístete de luto, no sea que eso te sobrevenga también a ti. Acerca de los bienes reservados a los justos, alégrate, exulta, regocíjate y aspira a gozarlos, resguardado en adelante de todo mal. No olvides jamás todo esto. Estés en tu celda o en cualquier otro lugar, si te sobreviene su recuerdo, no lo apartes de tu pensamiento. De esta manera alejarás de ti los pensamientos nocivos o sórdidos. Ayuna según tus fuerzas ante el Señor. El ayuno purifica de las trasgresiones y de los pecados, adorna el alma, santifica las actividades del espíritu, pone en fuga a los demonios y dispone al hombre para aproximarse a Dios. Come una vez al día. No desees una segunda comida para no hacerte sensual, ni dispersar y perturbar la actividad de tu espíritu. Así mortificarás las pasiones de tu cuerpo, y te hallarás en la abundancia para poder proveer a las necesidades de los demás.

Acepta con alegría el acostarte en el suelo, soporta las vigias y todas las demás austeridades, pensando en la gloria que Dios pronto va a revelar en nosotros, todos sus santos. Ella no tiene comparación alguna con los sufrimientos del tiempo presente, nos afirma la Escritura. Si estás triste, ora, pero ora con temor y temblor, ora con insistencia, atención y vigilancia. Hay que orar sobre todo a causa de nuestros enemigos invisibles y pérfidos, ocupados siempre en hacernos daño, especialmente cuando oramos. Cada vez que nos ven entregados a la oración, nos atacan duramente, nos sugieren pensamientos y recuerdos inoportunos. De este modo se esfuerzan por dominar nuestro espíritu y hacer ineficaces, vanos e inútiles nuestros ruegos y súplicas. En verdad, son vanas

las oraciones que no se hacen hasta el fin con temor, temblor, sobriedad y vigilancia, como ya se ha dicho. Si los hombres se acercan a los reyes con temor, temblor y precaución para presentarles sus demandas, ¿no será necesario mucho más todavía presentarnos así y hacer nuestros ruegos y súplicas a Cristo, Rey de reyes, y Señor de los señores? A él sea la gloria por los siglos de los siglos.

O bien:

Meditaciones de Guigo de San Román, quinto prior de Cartuja
Sources Chretiennes, 308, nn. 464-475

No se puede negar que el alma humana tiene una cierta belleza natural y propia, y una cierta perfección. En la medida en que las tiene, con razón se la alaba; en la medida en que le faltan, es justo censurarla. Considera con la ayuda de Dios cuanto faltan a tu alma esa belleza y esa perfección, y repróchatelo sin cesar. Pero, ¿cuál es la belleza natural del alma? Estar orientada hacia Dios. ¿En qué medida? “Con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas”. También pertenece a esa belleza el ser benigna para con el prójimo. ¿Cuánto? Hasta la muerte. Y si no fueses así, ¿para quién sería el perjuicio? Ciertamente no para Dios, quizá algo para el prójimo, pero sin duda muy grande para ti. Para todas las cosas tiene que ser perjudicial estar privadas de su belleza y de su perfección. Así, si le rosa pierde su color, o el lirio su aroma, ciertamente eso me causaría algún perjuicio, si en ello me recreaba; pero para ellos, es decir, para la rosa y para el lirio, al privarles de su natural y propia belleza, el perjuicio será mucho mayor y mucho más pernicioso.

La verdadera perfección de la criatura racional es apreciar cada cosa en su justo valor. Tanto ha de valorarse, cuanto sea su valor. Apreciarla en menos o en más, es un error. Ahora bien, todas las cosas se sitúan naturalmente o por encima de la criatura racional, o a la par, o por debajo. Por encima, Dios; a la par, el prójimo; por debajo, todo lo demás. Por tanto, la grandeza de Dios debe apreciarse, cuanto debe serlo. Y debe serlo, cuan grande es. Mas, no podrá apreciarse cuan grande es, más que si se la conoce como es. Pero nadie, sino Dios mismo, podrá conocerla perfectamente como ella es. Pues, cuanto excede su esencia a la nuestra, otro tanto el conocimiento que tiene de sí mismo excede nuestro conoci-

miento. Por eso, como nuestra esencia comparada a la suya no es nada, así el conocimiento, que tenemos de él, comparado al suyo es ceguera e ignorancia. Por tanto, sólo el conocimiento que él tiene de sí, es perfecto e igual a sí mismo. De ahí lo que dijo el Señor: “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo”. Y así como el conocimiento que él tiene de sí es el único perfecto, de igual modo sólo el amor que se tiene a sí, le es totalmente igual y parejo. Solamente él, porque conoce perfectamente su grandeza, se ama perfectamente en conformidad con esa su grandeza.

¿Cuál es, pues, la perfección de la naturaleza racional? Es la siguiente: apreciar, como debe hacerlo ella (es decir, la criatura dotada de razón), todos los seres: los superiores (a saber, Dios), los iguales (el prójimo), y los inferiores (los animales y lo demás). Y, en cuanto deba estimarlos, dedúcelo así: nada es preferible a Dios, nada le iguala; nada, en comparación con él, es la mitad, ni un tercio, ni la infinitésima parte. Por tanto, no aprecie nada en más, ni tanto, ni como su infinitésima parte. En comparación con él no ame cosa alguna más, ni tanto, ni como una parte. Por eso dijo el mismo Señor: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Es decir: no ames otra cosa alguna para gozar de ella o para apoyarte en ella. He ahí, acerca de los seres superiores.

Iguals naturalmente, es decir, en cuanto a la naturaleza, son todos los hombres. La criatura racional debe apreciarlos a todos tanto como a sí misma. Por eso, así como, respecto a los seres superiores, es decir, respecto a Dios, cuando ella ama, no debe preferirse a sí misma, ni equipararse ni compararse en porción alguna con él, así tampoco preferirá a ningún hombre. Y así como a su salvación no debe preferir, o equiparar o comparar en porción alguna nada de lo que es inferior, lo mismo se diga respecto a la salvación de cualquier otro hombre. Y todo lo que debe hacer o sufrir por su salvación eterna, debe hacerlo o soportarlo por la salvación eterna de cualquier hombre. Por eso dice el Señor: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Ahí tienes acerca de los seres intermedios. Son inferiores todas las cosas que están después del alma racional, a saber, la vida sensitiva, común con los animales, y la vegetativa, común con las plantas y los árboles, y la sustancia corporal con sus formas y cualidades, común con los metales y las piedras. Así como la criatura racional nada debe amar más, ni tanto, ni en comparación alguna, como los seres superiores, así nada debe tener

por más vil y en menos que los seres inferiores, nada por tan poco, nada en comparación de ellos por una infinitésima parte. Y esto es lo que está escrito: “No améis el mundo, ni las cosas del mundo”. Ahí tienes acerca de los seres inferiores.

Por tanto la criatura racional tendrá los seres superiores para su gozo, los iguales como compañeros, los inferiores para su servicio. Será devoto para con Dios, benigno para con el prójimo, sobrio respecto al mundo. Siervo de Dios, colega del hombre, amo del mundo. Sumiso a Dios, no orgulloso respecto del prójimo, no sujeto al mundo. Utilice los seres inferiores como medios, para honor de los superiores. No sea impío, ni blasfemo, ni sacrílego respecto a los seres superiores; ni soberbio, ni envidioso, ni iracundo, para con los iguales; ni curioso ni inmoral respecto a los inferiores. No recibe nada de los inferiores, nada de los iguales, sino todo de los superiores. Marcado por los superiores, marca los inferiores; movido por los superiores, mueve a los inferiores; perfeccionado por los superiores, perfecciona los inferiores; atraído por los superiores, atrae a los inferiores; poseído por aquéllos, posee a éstos; modelado por aquéllos a su semejanza, modela éstos a su semejanza.

En esta vida tendemos a la perfección, pero sólo en la futura la alcanzaremos. Entonces la obtendremos tanto más plenamente, cuanto con más fervor ahora la deseemos. Entonces no habrá ningún movimiento en el alma, que no proceda de Dios; ninguno en el cuerpo, que no proceda del alma. Por tanto, no habrá ninguno ni en el alma ni en el cuerpo, que no proceda de Dios. No habrá pecado, es decir, perversidad de la voluntad, ni pena por el pecado, a saber, la corrupción y los dolores, y la muerte corporal. La mente desnuda se adherirá a la verdad desnuda, sin necesitar ni palabras, ni sacramentos, ni semejanzas para percibirla, ni ejemplos. Allí “uno no adoctrinará a su hermano diciéndole: conoce a Dios. Pues todos desde el menor al mayor me conocerán, dice el Señor”. Porque “todos serán enseñados por Dios”. Estas enseñanzas de la virtud o de la justicia, incluso ahora en esta vida mortal, el alma, si fuese muy pura, las vería por sí misma en la misma verdad y sabiduría de Dios. Vería también no sólo que ella, es decir, el alma humana será inmortal y eterna, sino además que su carne lo será también una vez resucitada. Y esto, porque percibiría claramente la resurrección misma allí, es decir, en Dios Palabra y sabiduría.

Pero como el alma humana no podía percibirlo debido a su impureza, se unió al Verbo un alma humana. Ésta, recibiendo plena-

mente al mismo Verbo de Dios, y totalmente conforme y semejante a él, fue marcada por él solo, toda ella y completamente, como está escrito: “Ponme como señal en tu corazón”. Habiendo recibido toda ella la semejanza de él, como la cera recibe la imagen del sello, nos lo mostró de modo que lo viésemos y conociésemos en ella misma. Pero estábamos de tal modo ciegos que no sólo no podíamos ver al Verbo de Dios, pero ni siquiera su alma humana. Por eso se le unió también un cuerpo humano. Considera, pues, estas tres cosas: el Verbo de Dios, su alma humana y su cuerpo humano. Si pudiésemos ver la primera, no necesitaríamos la segunda. Y si al menos viésemos la segunda, no necesitaríamos la tercera. Pero, como no podíamos ver ni la primera ni la segunda, es decir, ni el Verbo de Dios, ni su alma humana, se le unió la tercera, es decir, el cuerpo humano. Por eso “el Verbo se hizo carne y habitó” con nosotros en nuestra vida exterior, para, de este modo, introducirnos un día en su vida interior. Así se unió al Verbo un alma racional, poseyendo un cuerpo, la cual, mediante ese cuerpo, nos enseñará, obrará y padecerá, todo lo que es necesario enseñarnos y corregirnos. Sólo en ella se realizó perfectamente lo que hemos dicho antes, a saber, la devoción respecto a Dios, la benignidad para con el prójimo y la sobriedad respecto al mundo.

El alma del Verbo nada prefirió a Dios, ni igualó, ni comparó a él en la más mínima parte. A nadie amó más, ni tanto, ni lo más mínimo en su comparación. Por eso dijo: “Hago siempre su voluntad”, es decir, la voluntad del Padre. En cambio, al prójimo lo amó perfectamente como a sí mismo. No escatimó ninguno de los seres que le eran inferiores, es decir, inferiores al alma racional, sino que todos los orientó a la utilidad del prójimo: a saber, la vida sensitiva, la vida vegetativa y la misma carne. Así, con relación a la vida sensitiva, soportó por nosotros dolores acérrimos; y, en relación con la vida vegetativa, sufrió la muerte; y, respecto a la misma carne, fue llagado. Respecto al mundo, tuvo tanta sobriedad y tanto desprecio que el Hijo del hombre no tenía donde reposar la cabeza. Nada recibió de los seres inferiores, nada de los intermedios, sino todo de los superiores, es decir, del Verbo de Dios, al que estaba unido en unidad de persona. Ella fue adoctrinada para comprender, e inflamada para amar, no por los sacramentos, ni con palabras, ni con ejemplos, sino solamente por estarle presente el Verbo de Dios.

8 de octubre
San Martín Cid, abad
OCIST: memoria libre

El presbítero Martín Cid, después de un tiempo de vida eremítica, se dedicó junto con varios compañeros a la atención de una alberguería en el lugar de Peleas (en el camino de Zamora a Salamanca). El año 1143 Martín pidió la incorporación de su comunidad a la orden cisterciense a través de Claraval. Habiendo fallecido el fundador en el año 1152, el monasterio fue trasladado al lugar de Valparaíso (1232), donde los monjes tributaron a sus restos un culto, que se iría afirmando y extendiendo paulatinamente.

De los sermones de san Bernardo, abad de Claraval
Sermo 17 de psalmo “Qui habitat”: BAC nº 469, pp. 620-623

Lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación

Según el salmo Dios dice del fiel: Lo saciaré de largos días. Como si dijera abiertamente: Sé lo que ansía, sé lo que desea, sé lo que le gusta; No es plata ni oro, ni el placer, ni la curiosidad, ni cualquier dignidad mundana. Todo lo tiene por pérdida. Todo lo desprecia y lo considera como basura. Se despojó hasta de sí mismo y no soporta entregarse a lo que sabe que no puede llenarle. Sabe a imagen de quien ha sido creado, de qué grandeza es capaz, y no tolera medrar con minucias para privarse de lo mejor. Por eso saciaré de largos días a quien sólo puede sosegar y ser colmado en la luz verdadera y eterna, puesto que en ella ni la duración conoce final, ni la claridad ocaso, ni la saciedad hartura. En la eternidad habrá estabilidad, en la verdad gloria, y en la saciedad alegría.

Le haré ver mi salvación. Merecerá ver lo que deseaba, cuando el Rey de la gloria le presente a la Iglesia radiante, sin mancha alguna en pleno día, sin arruga en su perfecta lozanía. Al contrario, un espíritu impuro, turbado e inquieto por algo, se desvanece al brillo de tal luz. Por eso se nos prescribe correr tras la santidad y la paz, porque sin ellas nadie puede ver a Dios. Cuando tu deseo se vea colmado de bienes, cuando ya no suspires por nada, cuando esté pacificada totalmente tu alma por su misma plenitud, podrás contemplar ya aquella serenidad, aquella plenitud de majestad, hecho semejante a Dios, para verlo tal como es.

Parece que a estas cosas se refiere lo que añade el salmo: y le haré ver mi salvación. Aunque, si lo preferís, también podríamos interpretar el añadido como una aclaración de la promesa de largos días mostrándole su salvación. Lo saciaré, dice, de largos días. Y si te preguntaras de qué modo es posible hablar de días en una ciudad, en la que de día no luce el sol ni tampoco se hace nunca de noche, porque su lámpara es el Cordero, te responde: Le haré ver mi salvación. Ya no le instruiré en la fe ni le ejercitaré en la esperanza, sino que lo colmaré en la visión. Le haré ver mi salvación: le mostraré a mi Jesús, para que vea ya eternamente a aquél en quien creyó, a quien amó y a quien siempre deseó.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Muéstranos, Señor, tu Salvador y nos basta, pues el que le ve, te ve a ti, porque está en ti, y tú en él. Esta es la vida eterna, reconocerte a ti como único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo. Entonces, Señor, dejarás a tu siervo irse en paz según tu promesa, cuando mis ojos vean tu salvación, tu Jesús y nuestro Señor, que es el Dios soberano, bendito por siempre.

O bien:

*De los sermones de san Martín de León, presbítero
Sermo VII de olio fugiendo: PL 209, col. 117-120*

Deseemos nosotros también aquella tierra hermosa

Fijémonos en el patriarca Isacar, de quien Jacob dijo antes de morir: “Es un asno robusto que se tumba entre las alforjas; viendo que es bueno el establo y que es hermosa la tierra, inclina el lomo a la carga y acepta trabajos de esclavo”.

Deseemos nosotros también aquella tierra hermosa, que Isacar vio y deseó. En aquella tierra buena e inmejorable, que es una figura de la patria del cielo, no hay ya trabajo alguno, pero en cambio nadie puede llegar a ella sin trabajo. Por eso dice el papa Gregorio Magno: “No se pueden lograr grandes premios sino mediante grandes trabajos” y asimismo están aquellas palabras del apóstol: “Un atleta no recibe el premio, si no compite conforme al reglamento.” Y es que el reino de los cielos no será dado a los tibios y negligentes, sino a los que se emplean en el servicio de Dios y a los que combaten contra los vicios y las tentaciones denodadamente.

Dirigid pues, hermanos, los ojos del espíritu hada esa tierra hermosa e inmejorable, despreciad por amor a ella lodo lo que hay en este mundo, y para conseguirla como herencia vuestra, inclinad el lomo de buena gana para llevar la carga de la vida religiosa. Guardad con sumo respeto los mandatos de vuestros superiores y aceptad con buena voluntad el yugo de la ordenación divina, de modo que podáis llegar a la tierra excelente de la patria del cielo.

Por amor de Cristo debéis olvidaros de vosotros mismos y mostraros fuertes en el servicio de Dios; desestimad las realidades presentes y desead los dones prometidos, aborreced las cosas carnales y amad las espirituales, poseed los bienes temporales necesarios y anhelad los eternos, tan gozosos. Porque la mente insensible a la eterna alegría, tampoco llegará a experimentar el verdadero descanso. ¡Feliz el que puede olvidar este tiempo de males y saciarse un poco de aquella paz interior y de aquel reposo! ¡Feliz asimismo aquél a quien le haya sido otorgado poder reducir la dispersión de espíritu a la unidad y anclar su anhelo en la fuente de la auténtica dicha!

Con todo el corazón y con todas las fuerzas pasemos también nosotros, amadísimos, como el patriarca Isacar desde esta tierra hostil de la miseria hasta aquella tierra excelente que nos está reservada, desde el exilio hasta la patria, desde la desdicha a la gloria, desde la cautividad a la libertad, desde la muerte a la vida, desde las tinieblas a la luz, desde la ciénaga de los vidas hasta la asamblea de los ángeles, hasta la cual se digne guiarnos Jesucristo, que en perfecta Trinidad con el Padre y con el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.



El mismo día 8 de octubre
San Artoldo de Belley, monje y pastor
OCART: Tres lecturas

Nació de familia noble en Valromeu, en Saboya, hacia el año 1101. De joven estuvo en la corte de Amadeo III de Saboya. En 1120 ingresó en la cartuja de Portes (Lyon), en la que se ordenó de presbítero. Llevó una profunda vida interior. El año 1132 lo enviaron a fundar una cartuja en Ginebra, que se incendió pocos años después. Entonces fundó otra en Arvieres. Ya octogenario, fue elegido obispo de Belley, oficio que aceptó por obediencia y en el que permaneció hasta que el papa aceptó su renuncia. Se retiró a su cartuja de Arvieres y allí murió en 1206.

De un sermón de Doroteo de Gaza

Dorothee de Gaza, Œuvres spirituelles, Paris, Cerf, 1963, SC nº 92
Diversas enseñanzas de nuestro santo padre Doroteo a sus discípulos,
VI Conferencia, nn. 77-78. Traducción de P. Fernando Rivas, osb

¿Qué opináis que son nuestros monasterios? ¿No forman, acaso, un cuerpo único con muchos miembros? Los superiores son la cabeza; los vigilantes y correctores, los ojos; los ministros de la palabra, la boca; los que obedecen, los oídos; los que trabajan, las manos; y los pies, los que transmiten los recados y aseguran los servicios... ¿Eres cabeza? Gobierna. ¿Eres ojo? Estate atento y observa. ¿Eres boca? Habla sensatamente. ¿Eres oído? Obedece. ¿Mano? Trabaja. ¿Pie? Cumple tu servicio. Que cada cual, como pueda, se afane por el cuerpo. Sed solícitos para ayudaros mutuamente, ya sea instruyendo o sembrando la palabra de Dios en el corazón del hermano, ya consolándolo en la aflicción, ya echándole una mano en el trabajo. En suma, procurad, como acabo de decíroslo, vivir unidos mutuamente cuanto os sea posible.

Cuanto más esté uno unido al prójimo, otro tanto lo estará con Dios. Para daros a entender el sentido de esta cláusula, os traigo la comparación siguiente sacada de los Padres. Suponed un círculo trazado en el suelo. Atended a lo que digo. Pensad que dicho círculo es el mundo; el centro, Dios; los radios, los diversos caminos de los hombres y su modo de vivir. Si los santos de la periferia desean acercarse a Dios, cada cual por su radio propio camina hacia el centro, y conforme van penetrando en el interior del círculo, van acercándose más y más a Dios y entre sí. Cuanto más se acer-

can a Dios, otro tanto se acercan entre sí; y cuanto más se acercan entre sí, otro tanto se acercan a Dios. Y a la inversa, como fácilmente lo entendéis, cuando al alejarse de Dios van hacia la periferia, es evidente que cuanto más se alejan de Dios, otro tanto se alejan los unos de los otros; y cuanto más se alejan los unos de los otros, otro tanto se alejan de Dios. Así es la caridad. Si estamos en la periferia sin amar a Dios, estamos apartados de nuestro prójimo. Si, en cambio, amamos a Dios, cuanto más nos acercamos a él por la caridad para con él, otro tanto nos unimos unos a otros por la caridad para con el prójimo; y cuanto más unidos estamos al prójimo, otro tanto lo estamos a Dios. Que Dios nos dé a entender lo que nos es más provechoso, y nos conceda la gracia de llevarlo a cabo. Pues si procuramos cumplir con esmero aquello que entendemos, el Señor nos favorecerá más y más con su luz y nos dará a conocer su voluntad.

O bien:

Lectura tomada de una breve biografía

Del libro “Santos y Beatos de la Cartuja”, de J.M. Escudero, pp. 84-88

Nació Artoldo (o Artaldo) de una noble familia oriunda de Verona (Italia) en el año de 1101, el mismo año en que fallecía el fundador de la Cartuja.

Educado piadosamente y según convenía en todo a su alta cuna, encendióse en el amor de Dios desde sus primeros años, haciendo de su adolescencia y juventud una marcha decidida en busca de las virtudes. Pero, no juzgándose seguro entre tantos halagos que por doquier le prodigaba el mundo, decidióse en el año 1123, cuando contaba veintidós años de edad, a ir a buscar el único necesario a la Cartuja de las Puertas, bajo el priorato del venerable Bernardo, que fue el primero que la gobernó.

Dióse allí a la oración y a la penitencia con grandísimo fervor desde un principio. Varias veces encontráronle sus Superiores inmóvil en la celda, en alta contemplación; y más tarde, siendo ya sacerdote, veíasele el rostro iluminado de celestiales resplandores, mientras celebraba y en la acción de gracia. El amor de Dios y del prójimo, junto con el odio de sí mismo, hicieron pronto de su alma un santuario en el que la cruz de Jesucristo se elevaba sobre las ruinas de todos los deseos e inclinaciones de la naturaleza.

Humilde, recogido y en alto grado piadoso, distinguióse tanto en la observancia regular, que Dom Guigo, prior de la Gran Cartuja, juzgólo digno de ocuparse ya en la salud de los demás.

Lo designó como fundador y primer prior de la Cartuja de Arviers, por la que se había interesado grandemente Humberto de Grandson, obispo de Ginebra. Para cumplir tan honroso mandato escogió el santo en tierras de su familia una vasta soledad, de extraordinaria aspereza, cubierta de nieve la mayor parte del año y hasta entonces tan sólo habitada por osos y otras alimañas. Llegó allá en 1132 con unos pocos religiosos y diéronse a construir unas celdillas donde pasaron diez años con la mayor pobreza, pero bien abastecidos de medios de santificación y de virtudes, cuyo buen olor llegó presto a Arducio de Faucigny, nuevo obispo de Ginebra, el cual les visitó, y viendo lo incómodo e insalubre de aquel lugar, persuadió a Artoldo que construyese el monasterio en la cima del monte, para lo que les prometió ayuda, que efectivamente les dispensó consiguiéndoles el favor del papa, del conde Amadeo de Saboya y de otros nobles señores que fueron facilitando la construcción de la iglesia, capítulo, refectorio y demás dependencias. Mientras tanto el principal empeño de Artoldo era la edificación espiritual de su comunidad, basándose en la más perfecta observancia y en la práctica de las virtudes religiosas. Solía comparar a los religiosos que son fieles al retiro y al silencio, a los árboles plantados en terreno bien cercado, que crían frutos sólo para sus dueños; mientras que los religiosos disipados se parecen a los árboles que están plantados al lado del camino, que se ven saqueados por los viajeros, y resultan inútiles para el único que tenía derecho a aprovecharse de ellos.

Apacentaba Artoldo su pequeña grey con los mejores pastos cuando, habiendo muerto Raynaldo, obispo de Belley, que había sido profeso de la Gran Cartuja, por común inspiración, según parece, y con gusto del clero y de todo el pueblo, fue elegido para dicha sede nuestro Artoldo, pese a sus ochenta y siete años. Cuando se enteró de su elección escapóse a una granja y se encerró en una cueva para librarse de la temida carga; pero una claridad sobrenatural que llevó hasta allí a unos enviados de su iglesia, lo delató. Ante una señal tan manifiesta de la divina voluntad aceptó el yugo de la obediencia y una vez consagrado, dedicóse a cumplir los deberes de su cargo con la misma diligencia y fervor con que había cumplido los de monje y los de prior.

Pocos años después (que equivalieron a muchos por el bien que hizo a las almas) obtuvo del papa Clemente III que, a causa de sus achaques, le aceptase la renuncia del obispado, y le permitiese volver a su amada comunidad de Arviers, en la que con gran edificación de todos mostró, a pesar de su dignidad y de sus años, toda la sumisión y regularidad de un novicio. Allí le visitó san Hugo de Lincoln, en 1200, ya obispo.

Aunque Arviers le cuadraba muy fuera de camino, no quiso volver a Inglaterra sin visitar a un varón de tan insigne fama como era san Artoldo. Por cierto que, como san Hugo, interrogado por uno de los monjes, hubiera comenzado a relatar las condiciones en que se había concertado la reciente paz entre los reyes de Inglaterra y Francia, lo interrumpió Artoldo, medio en broma, medio en veras, con estas palabras: “Señor y padre mío: oír rumores y comentarios es lícito a los obispos, pero no lo es a los monjes; tales rumores no deben entrar en el claustro ni en las celdas; dejar la ciudad para llevar noticias a la soledad, no es lícito”.

Y con santo celo apartó la conversación hacia un tema de edificación espiritual. Seis años vivió todavía, en toda humildad, obediencia, piedad, paciencia y caridad. Y faltó ya de fuerzas para celebrar la santa Misa, comulgaba cada día; y fue en una acción de gracias de la Comunión cuando lo fue revelada la fecha de su próxima muerte. Sus últimas palabras fueron para hacer a los religiosos de su amada comunidad las siguientes recomendaciones: Que acudiesen al Espíritu Santo para pedirle luz en las dudas y consuelo en las penas; a la Santísima Virgen, como especial protectora; y a san Bruno, como modelo. Les inculcó también que jamás se relajasen en la práctica de la oración, de la penitencia y de la pobreza. “Creced en virtudes, les dijo, a fin de que la santidad se perpetúe de edad en edad en esta casa por las buenas tradiciones que dejaréis a los que vendrán en pos de vosotros; amaos los unos a los otros; que la caridad sea el lazo que os una a todos siempre en Jesucristo”. Luego, dándose al gozo que le producía el pensar que pronto estaría con Dios, cantó: “Me he alegrado por lo que se me ha dicho: vamos a la casa del Señor. Como anhela el ciervo la fuente de las aguas, así mi alma te anhela a tí, Dios mío”. Recibió los Santos Sacramentos con transportes de la más viva alegría y gratitud, contestando distinta y reposadamente a todas las preces. Después de recibir el Cuerpo del Señor entró en éxtasis, vuelto del cual, hízose poner sobre la ceniza; y habiéndosele

presentado el Crucifijo, púsose sobre sus temblorosas rodillas y extendiendo los brazos al cielo, entregó su espíritu al Creador el 6 de octubre de 1206, a los ciento cinco años de inocentísima vida y ochenta y tres de religión, durante la cual no cesó de gustar cuán suave es el Señor.

Su cuerpo fue enterrado en el claustro pequeño, entre la puerta de la iglesia y la del capítulo. Allí permaneció hasta que en 1640 el obispo de Belley colocó sus reliquias en una caja, que tras varios traslados, con los que se consiguió salvarlas de la Revolución, fueron finalmente llevados con solemnidad a la iglesia parroquial, para ser expuestos a la veneración de los fieles; y en 17 de noviembre de 1896, monseñor Luçon las puso en un magnífico relicario debido a la munificencia del prior de la Cartuja de Selignac.

Numerosos y estupendos milagros obráronse siempre en la tumba de san Artoldo, por lo cual el santo obispo cartujo fue pronto canonizado por la voz del pueblo; más su culto no fue reconocido por Roma hasta el siglo XIX. El papa Gregorio XVI, por un breve fechado en 2 de junio de 1834, lo autorizó en toda la diócesis de Belley; y un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos del 6 de septiembre del mismo año autorizó el oficio propio.

Nuestra orden, que siempre había venerado la memoria de san Artoldo, no celebró sin embargo su fiesta sino desde 1859, en que el capítulo general publicó la concesión hecha por la Santa Sede el año precedente, de celebrar dicha fiesta en todas nuestras casas el 7 de octubre. Después del Vaticano II se trasladó su celebración al día ocho.



9 de octubre
Beato Vicente Kadlubek, obispo
OCIST: memoria libre

Vicente nació en Cracovia el año 1160. Ejerció el ministerio episcopal durante diez años y fue un promotor de la paz tan eficaz que incluso sus adversarios lo amaban. El año 1218 tomó el hábito cisterciense en la abadía de San Andrés, cerca de Jedrzejow. Fue el primero en escribir la historia de Polonia. Murió en su monasterio el día ocho de marzo de 1223.

De los documentos de la causa de canonización
Sacra Rituum Congregatio 1962, 2-4

Siguiendo las huellas de san Bernardo amó la humildad ante todo

Vicente aprendió las primeras letras en Cracovia y más tarde obtuvo el grado de doctor fuera de Polonia, en Bolonia y París. Completados sus estudios regresó a la patria, donde descolló en medio del pueblo por su gran autoridad y fue distinguido con la dignidad de consejero real. Su sabiduría y la santidad de su vida ejercieron un saludable influjo no sólo entre sus contemporáneos, sino también sobre una larga posteridad.

El cabildo de la sede de Cracovia lo eligió como obispo, y fue confirmada en seguida por Inocencio III la elección de aquel hombre, que trabajaba tan valientemente por la restauración de la disciplina eclesiástica con una vida extraordinariamente íntegra.

Más aún, su crónica de Polonia fue de enorme importancia, no sólo como manual de historia sino también como enciclopedia de ciencias teológicas y de derecho canónico. Durante tres siglos fue utilizada en las escuelas y en especial en la universidad de Cracovia para educar a los polacos en las disciplinas espirituales y en las demás ciencias, contribuyendo singularmente a la configuración de su idiosincrasia.

Obispo de una extensísima diócesis, Vicente cumplió con celo los deberes de un buen pastor. Consagró muchas iglesias y asistió a cinco sínodos episcopales de Polonia. En una de estas asambleas defendió vehementemente la realización de una expedición misional entre los rutenos paganos. También tomó parte en el Concilio IV de Letrán al que había sido convocado personalmente por Inocencio III.

No hay duda de que el bienaventurado Vicente hacia el fin de su vida ingresó en el monasterio de San Andrés de Jedrzejów, llamado también Casa de María; tenía el propósito de servir especialmente a María todo el tiempo que le quedara de vida. Siguiendo las huellas de san Bernardo amó la humildad ante todo.

Como estaba persuadido de que el buen pastor da la vida por las ovejas, el año 1218 con el consentimiento de Honorio III renunció a sus cargos eclesiásticos y políticos, y entró en aquel monasterio cisterciense. Allí hizo profesión de los votos religiosos, que entonces eran considerados equiparables al martirio. Y quiso ser grano de trigo que muere para dar fruto abundante por medio de la penitencia, la abstinencia y la mortificación constante, para implorar de Dios la gracia del crecimiento de los frutos cosechados por él en otro tiempo.

Pronto se hizo patente la fecundidad de su sacrificio. Con su ejemplo atrajo a muchos y a otros los enardeció tanto en el amor de Dios, que estaban dispuestos a dar su vida por la Fe.

O bien:

De las cartas de Adán, abad de Perseigne

Carta 18: PL 211, col. 644-645

Debes aprender a ser manso y humilde de corazón

¡Qué amiga de la humildad es la sabiduría celeste, qué fecunda en virtudes, qué rica en meritos, qué capaz de los secretos del cielo! En verdad toda acción busca y todo anhelo se desvive por la aguas vivas, y cualquiera en quien obre el deseo de la vida no admite ninguna otra paga. Las aguas vivas del manantial son los variadísimos dones de la gracia de Cristo: Son aguas porque limpian, refrescan y sacian; son vivas porque vencen a la muerte. Están en un pozo porque no revelan a todos el secreto de la sublimidad divina ni las causas de su incomprensible dispensación de amor. Lo escondido a los sabios y a los entendidos es revelado a los pequeños; y sólo los humildes reciben el verdadero conocimiento, nunca accesible a la suficiencia orgullosa de sí misma.

Feliz, pues, la humildad, porque merece ser lavada en estas aguas, para que no pueda hallarse en ella nada impuro. Merece ser saciada, para que se mantenga fuerte en la lucha. Puesto que no se llega a ser humilde de veras sin la prueba de las tentaciones,

especialmente porque la soberbia querría emular, si no la genuina belleza, al menos la gloria de su adversaria la humildad. En efecto, nada más glorioso que la humildad; y la soberbia codicia torcidamente el brillo de tal gloria, a pesar de que la auténtica hermosura de la humildad, como está escondida, apenas le interesa. Pero también la desea, ya que sin ella de nada le aprovecharía gloriarse vanidosamente. Por eso con gran astucia practica la falsa modestia para parecer humilde, con la intención de llegar a ser ensalzada en triunfo.

Aprended, hijos, a ser humildes; aprendedlo de Aquél que es buen pedagogo de esta disciplina: Cristo. Él es maestro, no porque enseña la humildad con palabras, sino porque manifiesta cómo debe ser observada con obras y de verdad. “Cargad con mi yugo”, dice el Maestro bueno, “que soy manso y humilde de corazón.”. Con esto, si lo entiendes bien y lo recuerdas, te indica cuatro cosas: te propone qué es lo que se debe aprender; de quién hay que aprenderlo, cómo tiene que aprenderse y qué fruto produce el aprendizaje.

Debes aprender a ser manso y humilde de corazón, y has de aprenderlo de Aquél que es manso y humilde de corazón; la manera de aprenderlo es cargar con su yugo, y el fruto de este aprendizaje es encontrar el descanso del alma.

“Encontraréis vuestro descanso” dice. El arte que debe aprender el cristiano, el discípulo de Cristo, es el de la mansedumbre y la humildad, porque lo va volviendo manso y humilde. La destreza en este arte no consiste en la facilidad de palabra, ni en la expresión elegante, ni en la sutileza de las cuestiones o en una dialéctica afilada, sino en las buenas costumbres y en el testimonio de una conciencia pura.



13 de octubre
San Lanuino de Calabria, monje
(sucesor de san Bruno)
OCART: 12 lecturas

Lanuino era normando de nacimiento. Hacia el año 1090 llegó a la Gran Cartuja, y más tarde acompañó a san Bruno a Calabria. Cuando el santo fundador murió, en 1101, Lanuino fue elegido para sucederle en el gobierno de las dos abadías que la orden tenía entonces en el sur de Italia. Algunos monjes se habían opuesto a la elección de Lanuino. Queda todavía una carta que escribió el papa Pascual II al nuevo superior, para felicitarle de que sus monjes hubiesen resuelto pacíficamente sus diferencias; en la misma carta les recomienda que no presuman de la austeridad de su regla, sino que busquen en todas las ocasiones la paz y la unión con Dios. En 1105 fue nombrado visitador de todos los conventos de Calabria para restaurar la disciplina monástica. Ocho años más tarde, el beato fue a Roma y obtuvo del papa Pascual una bula de protección de las abadías de la Cartuja. Murió el 11 de abril de 1120, rodeado de la veneración de sus monjes. En 1893, el papa León XIII confirmó su culto.

Sermón de san Filoxeno de Mabboug
Revue "L'Orient syrien" 1961, pp. 43-50

Hay dos caminos para ir a Dios: el camino austero de los trabajos corporales, y la senda estrecha de los pensamientos espirituales. Pues aunque sea uno el hombre que camina, el viaje se presenta bajo dos aspectos, según la frase de nuestro Salvador: "Estrecha es la puerta y angosto el camino". La angostura se refiere al camino y la estrechez a la puerta, porque sólo después de haber andado por el camino de los trabajos austeros, es cuando el hombre contempla la ciencia estrecha de los misterios de Cristo; de donde se deduce que su ciencia procede de los trabajos, y no de las palabras. Las palabras, en efecto, no engendran más que palabras, y si uno va con palabras en busca de la ciencia de Cristo, no hallará más que palabras. En cambio, el que va en busca de dicha ciencia con trabajos y austeridades, es esta misma ciencia, en la persona de Cristo, la que le sale al encuentro y se deja abrazar por él, invitándolo a subir y a trepar por ella hasta las cumbres, y haciéndolo merecedor de la mejor parte. Cuando, en efecto, las austeridades

lo han acercado a la ciencia, y los trabajos a la sabiduría, la ciencia de Cristo lo acoge como madre y nodriza que exige de él la vigilancia de sus pensamientos y la previa mortificación de los miembros corporales.

Así como es penoso a los miembros dejar la vida corporal, también lo es a los pensamientos despojarse de los movimientos groseros y carnales. Y así como el hombre no se viste de virtud sino después de haberse desnudado de los placeres carnales, así tampoco puede vestirse el espíritu del embeleso de la ciencia espiritual, sino arrancando y echando lejos de sí hasta la sombra del recuerdo del mundo. Dicho de otro modo, mientras la imagen corporal no haya sido del todo abolida en el entendimiento, éste no recibirá el sello de la imagen espiritual. Ahora bien, esto se consigue gracias a ese silencio que a ti te gusta, según me lo han referido otros; y tú mismo me das a entender también que te gusta el silencio más que cualquier otra cosa, de suerte que estoy persuadido que has sentido a Cristo, pues mientras uno no entiende a su maestro, no le apetece convivir con él; y si uno no ha sentido previamente el poder de la ciencia del amor de Cristo, tampoco le apetece el silencio que lo acerca a Él.

El deseo de convivir con un maestro puede proceder de dos motivos: o que uno haya reparado en la fuerza de su palabra, o que desee instruirse. Por dos motivos también el hombre abraza el silencio que lo aleja del mundo por Dios: o porque ha alcanzado el grado de pureza del entendimiento que le hace sentir a Dios, o porque, habiendo oído hablar de tal bien, corre tras él. Quien ha sentido, en efecto, la suavidad de tal dulzura, aunque no fuera más que una gotita, se siente impulsado por la gracia a subir y a sentarse a la mesa del banquete de las opulentas felicidades de la ciencia divina. Así, pues, el silencio material conduce al espiritual, y éste impulsa al hombre a la vida en Dios. Mas si el hombre no guarda silencio, no tendrá coloquios con Dios. Por eso, mientras el espíritu no haya acallado las trepidaciones de la agitación mundana, no podrá ni balbucir el primer coloquio con Dios.

Todo monje es, por naturaleza, hombre de silencio; pues los que han sido hallados dignos, por el bautismo del Espíritu, se han revestido del hombre nuevo. Mas por muy revestidos que lo estén y que unos lo sientan, otros no lo sienten, porque el hecho de revestirse del hombre nuevo depende de la gracia; mientras que el sentirlo depende de la alegría de la vida. Si por la austeridad y los

trabajos se esfuerza uno por desnudarse completamente del hombre viejo, el hombre nuevo penetra en él con toda su pujanza. El que amputa y arroja de sí un solo miembro, siente que le crece otro nuevo miembro en lugar del amputado; mientras que si son dos, cinco o diez los miembros amputados, otros tantos serán los nuevos miembros que crecerán en él, sustituyendo a los anteriores, según la perseverancia del sujeto en quien han sido renovados. El Apóstol nos enseña a despojarnos completamente del hombre viejo, con todos sus hábitos, y a revestirnos del hombre nuevo, renovado según la imagen de su Creador.

Tú has corrido mucho hasta sentir el hombre nuevo de que te has revestido, mientras otros hombres lo han enterrado en sí, sirviendo su hombre viejo de tumba al nuevo de que se habían revestido al salir de las aguas; el hombre nuevo no vive ya con ellos, ni siente, ni se rebulle, ni hace nada conveniente, cual si fuera un difunto en su tumba. Creo, por tanto, que ese don, es a saber, el de aficionarse al silencio y el de vestir la operación del Espíritu —lo que hoy ya no se encuentra sino en pocas personas— ha sido manifestado en ti, como una gracia de muchos quilates. Por otra parte, si perseveras en la guarda del silencio externo e interno, en la purificación de tu mente y de cuanto puede ser visto por los ojos y alcanzado por el espíritu, así como en las austeridades que han de robustecer tu cuerpo desmedrado, llegarás a ser digno de conversar con el Señor.

Así que, superando el balbuceo actual de tu hombre espiritual, serás elevado hasta la conversación perfecta con la ciencia, y hasta la visión amorosa y cara a cara, como lo dice san Pablo: “Ahora vemos como en un espejo, entonces veremos cara a cara”; y según la bienaventuranza de nuestro Salvador: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. En efecto, la limpieza del cuerpo, que reprueba tan sólo los deseos, no ve a Dios; mas la limpieza del corazón que desecha, además, los secretos movimientos, puede ver a Dios, según el testimonio de Dios mismo. Con todo, la limpieza del cuerpo acerca a la limpieza del corazón, y la limpieza del alma busca a Dios, pues los deseos del cuerpo son carnales y puertas por donde entran en el alma las pasiones. El que por la mortificación se enseñorea de los deseos del cuerpo, cierra por su entereza esos mismos canales. Entonces el alma se sosiega, desaparecen las causas de su turbación, y co-

mienza a acercarse al gozo radiante del hombre nuevo purificado, y a la visión intelectual, para aplicarse a lo que la sobrepasa.

Así como los ojos del cuerpo se levantan hacia el alma, así también los ojos del alma se levantan hacia las promesas espirituales que la sobrepasan. Y así como el cuerpo, libre ya de los enredos del mundo, vive con agrado en los misterios espirituales que lo sobrepasan. Pues, así como el alma está junto al cuerpo y unida a él, aunque éste no lo sienta, así también las cosas espirituales están emparentadas y unidas al alma, aunque ésta no lo sienta. El cuerpo no siente al alma, sino en lo referente a la satisfacción de sus necesidades; el alma, a su vez, tan sólo por la sollicitación de las palabras de la ciencia de los misterios es como sienten éstos, sin querer, con todo, sus realidades corporales; y sí, solamente, la sombra de la ciencia de los mismos; pues son nuevas palabras, sacadas de estos misterios y expresadas mediante pensamientos psíquicos.

Por eso, vuélvete siempre hacia tu diestra y verás a Cristo junto a ti como perfecto dechado. Es menester que el varón espiritual se represente también la imagen de Satanás que se yergue a su siniestra frente a Cristo. Pues Cristo está en el lado más fuerte, para que, gracias a su poder la parte más endeble de nuestros miembros, por naturaleza, se incline hacia el lado derecho, donde está nuestro jefe, pues en ese lado se halla nuestro sostén, como nos lo reveló David por la palabra del Espíritu que residía en él: “Está a mi diestra, para que no me tambalee”. Te conjuro por Jesús, el Dios de tu amor; cada vez que ores, acuérdate de tu pequeñez. Todo hombre confiese que Cristo es Dios, uno de la Trinidad, que ha padecido y muerto por nosotros. A Él, a su Padre y al Espíritu Santo, gloria y agradecimiento por su gobierno sobre nosotros, por los siglos de los siglos. Amén.

O bien:

Sermón de Gilberto de Hoyland

S. XI, 1-5, PL 184, col. 58-61

“Lo aprehendí y no lo soltaré hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me concibió”. El amor es cosa delicada, y el más leve encuentro perturba el gozo espiritual. El amor no tolera las ocupaciones externas; le basta dedicarse a sus propios asuntos; el sosiego es su alegría; el descanso lo encan-

ta y lo reanima; desea estarse horas enteras disfrutando de delicias íntimas. ¿No es esto, por ventura, lo que parece insinuar la esposa al invitar al Amado a entrar en la intimidad de su cámara? Bien sabe que, fuera, no podría guardarlo segura y plenamente, ¡y cuán duro resulta al alma amante partirse entre Jesús y el mundo! ¡Cuán duro resulta asociar a los derechos del amor preocupaciones extrañas, e introducir en el secreto celestial la turbación de asuntos mundanales! “Cuando me acuerdo de Dios, gimo —dice la Escritura—, y meditando me siento desfallecer”. Si el recuerdo de Dios ocupa y absorbe ya la mente, ¿cómo podrá ésta abrazar otros objetos distintos de Dios? Con razón, pues, entra la Esposa con el Esposo en la intimidad de la cámara para conversar libremente con él, gozar a gusto con su trato, y desahogarse con él en el mayor sosiego posible. En ese deseo se echa de ver que es impulsada por el espíritu de caridad, que pone en sus palabras la discreción y el cariño de una esposa, pues en todo ello no apetece sino ejercitar el amor.

Nosotros, en cambio, apenas hemos entrevisto de lejos a Jesús, su sabiduría, su mansedumbre, o gozado de las primeras gracias de la contemplación, sin esperar a más y sin atender al grado que nos convendría alcanzar, nos derramamos al exterior. Cansados del reposo de este aposento misterioso, nos apresuramos a salir de su dulce quietud. “Descansaré con sosiego en él”, canta el salmista. Tal era la parte de María sentada a los pies del Señor, mientras Marta se afanaba en múltiples tareas. Hay turbación en la multiplicidad; una sola cosa es necesaria, y a la vez verdaderamente deleitosa. ¡Cuán dulce y agradable resulta, en efecto, para quienes se aman, el convivir juntos! No hay convivencia sino en el amor que funde en uno los corazones. ¿Y qué es tener un solo corazón, sino estar ligados por los lazos del afecto? El amor hace agradable a Dios el corazón humano y se lo une a sí. Seremos semejantes a él cuando aparezca. ¿Y por qué no habríamos de serlo? La incomparable belleza de su divina majestad trae consigo sus propias credenciales al revelarse a las almas puras: granjéase su caridad, asimilándoselas en cierta manera, de modo que ya no pueden aficionarse a ningún otro objeto.

La fragancia nos atrae, la visión nos transforma. Tarea santa de la contemplación: unir los corazones y fundir el corazón del hombre con la majestad suprema. Agradable estancia. Nuestros deseos no aspiran a más, pero tampoco deben contentarse con menos.

¿Quién me diera descansar ahí por los siglos de los siglos? Feliz aquel que puede exclamar de lo íntimo de su corazón: “Ésta es mi mansión por siempre; aquí viviré, porque la deseo”. María escogió la mejor parte que no le será arrebatada. La ciencia acabará. El don de profecía terminará. El don de lenguas cesará. Sólo la contemplación permanecerá por siempre. Escoged, pues, desde ahora la parte que no os será arrebatada; y que vuestra alma exclame: “El Señor es la parte que me ha caído en suerte; por eso lo contemplaré”. El profeta añade: “Lo esperaré”. Así ocurre en verdad, pues se espera la plenitud del bien, cuando se posee ya una parte de él. Quien disfruta en esta vida de la contemplación, puede esperar aventajarse más y más en ella; pero que no aspire a un objeto distinto de ella.

Estos bienes nos están reservados para los años eternos; por eso, dichosa eres, alma, que ya disfrutas de ellos; come, hártate; esta parte no te será arrebatada; antes bien, te será devuelta con mayor abundancia. Tal será por siempre tu descanso. “En él moraré, pues yo mismo lo escogí”. Mora también tú en él, junto con el que se sienta sobre querubines por encima de la plenitud de la ciencia, y mora en una luz inaccesible. Que tu morada se establezca, pues, en la luz de la contemplación, tal es la estancia propia y como el hogar de la Iglesia, tu madre: es su casa. Todos los demás oficios, en vista de necesidades pasajeras, tienden a este fin. La acción pasa, la contemplación permanece. ¡Qué bien estás ahí! Arma tu tienda; que no haya una para el Amado y otra para ti, sino sólo una para ambos.

Entra con tu Amado en esa tienda, entra en tu reposo, para descansar de tus trabajos como Dios descansó del suyo. El séptimo día Dios descansó del trabajo de la creación; otro tanto hizo el séptimo día del trabajo de la restauración. En el primer caso, después de haber creado el mundo; en el segundo, después de haberse renovado a sí mismo en el sepulcro, y de haber reformado a todo el linaje humano. Si has buscado, hallado y sujetado al Amado, guárdalo cuidadosamente. Pégate a él, imprímete en él, de suerte que su imagen se restablezca y se imprima profundamente en ti, y que tú lleves su sello. Esto ocurrirá si te unes con él, porque quien se une con Dios se hace un solo espíritu con él. Resultará difícil esta marca de él en ti, pues tú eres como una sustancia durísima; pero por muy laboriosa que resulte, la unión subsiguiente será

dulcísima. Es trabajoso el sexto día de nuestra propia reforma, pero luego sucederá el apacible descanso del sábado.

Sepúltate con Cristo para este sábado, en la muerte, pues “¡Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor! Sí —dice el Espíritu—, que descansen de sus fatigas”. Así habla el Espíritu, mientras nos ofrece el descanso y la gracia, dando testimonio a nuestro propio espíritu, es decir, llevando a cabo lo que dice. Lo dice, dándolo. El Espíritu les dice que descansen de sus trabajos. “De sus trabajos”, y no de sus obras. Sus obras los acompañan. Las obras acompañan al espíritu, como el calor al fuego, la sombra al cuerpo, la luz al sol, el efecto a la causa. El que descansa en espíritu no tiene por qué ir tras las obras; éstas lo acompañan. Sus obras, ¿cuáles son? ¿Cuáles son las obras de quienes descansan, de quienes han muerto en Cristo y han sido sepultados con él, las obras de quienes disfrutaron del sosiego del sábado? Son obras de fiesta y descanso, puesto que por ellas las almas merecen el descanso.

Date prisa a entrar en ese descanso y en ese sábado, pero repara en que no entran en él sino los que han sido sepultados con Cristo, y sólo después del sexto día en que el hombre viejo es crucificado y el nuevo perfeccionado. Pues por causa del viejo se dice a los que han muerto en Cristo que descansen de sus trabajos. Y por causa del nuevo, creado el sexto día, se añade que Dios, el séptimo día, descansó de sus trabajos. También tú resérvate un sábado; rescata el tiempo, y procura tener ratos libres de toda ocupación externa. Pero, ¡ojo!, que tus enemigos no se rían de tus sábados, sacando partido de tus ocios y adueñándose de ti, cuando sólo a Dios perteneces. “Reconoced con sosiego que yo soy Dios”. El descanso es un bien; en esas horas de calma granjéate la sabiduría, inscríbela en todo lo ancho de tu corazón; ancho, en efecto, es el corazón que no se encoge por las preocupaciones terrenas.

Si te desprendes de toda ocupación, te hallarás en el descanso del sábado; si en tus ocios estudias y contemplas los gozos del Señor, tu sábado será delicado, santo, glorioso para Dios; será un sábado fruto de otro anterior, o un descanso originado por otro descanso. Descanso excelente es ya no entregarse al mundo; y mejor todavía ocuparse tan sólo de sí y de los medios de agradar a Dios. Mas el reposo completo estriba en el olvido de sí, para pensar sólo en Dios y en sus intereses, y en los medios de conseguir que su recuerdo te sea grato. No estés ocioso en tu sábado, haz en él las obras de Dios. La obra de Dios es que creas en él. Ves por la

fe. Ahora vemos las cosas como en un espejo; por eso procura ver, pues la visión, y más que ninguna otra la visión de Dios, es asunto muy delicado. No es menester que luches ya por conseguir o afianzar tu fe, sino tan sólo que descanses deliciosamente en ella. La fe está a salvo de las contradicciones de un pueblo hostil, y de las asechanzas de la herejía que tienden a pervertirla. Sea, pues, la fe objeto principal de tus meditaciones, de suerte que el manjar de tu espíritu sea la verdad de los designios eternos de Dios.



El mismo día 13 de octubre
Beatos mártires de Montserrat
—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—
Monasterio de Montserrat: memoria

*De la homilía de la Misa de acción de gracias
por la beatificación de los Mártires de Montserrat*
Josep Maria Soler, abad de Montserrat, 20/10/2013

Los mártires, en su búsqueda vocacional, se acercaron a esta montaña del Señor que es Montserrat. Bajo la mirada de la Madre de Dios por medio del progreso “en la vida monástica y en la fe” se acercaron a Jesús y a su sangre purificadora recibida en la eucaristía. Instruidos en la escuela de san Benito y vigorizados en las filas fraternas de los hermanos de comunidad, fueron aprendiendo, a pesar de sus debilidades y sus defectos personales, a amar a Cristo por encima de todo hasta no querer anteponerle nada, ni la propia vida. Esto les fue preparando para el gesto supremo. Lo ilustra, entre otros testimonios que se podrían citar, las palabras que, antes de ser detenidos, el beato P. Fulgencio dirigió a los tres monjes que estaban refugiados con él: “Ánimo; dijimos a Jesús que le queríamos cuando profesamos; ahora ha llegado la hora de demostrar que la queremos de verdad, yendo, si es necesario, a morir por él”.

Y acudieron. Ellos cuatro y, en otros días y lugares, un buen grupo más, hasta veintiuno. Eran humanos y tuvieron sus momentos de temor. Pero “de la montaña del Señor” les llegó la ayuda, la fuerza para mantenerse fieles hasta el final. No habían hecho daño a nadie; al contrario, habían ido aprendiendo a respetar a todos viendo en el otro la imagen de Jesucristo. Pero ser cristiano y católico no era aceptado por parte de quienes dominaban la situación en Cataluña ese 1936. A nuestros hermanos no se les reconoció ninguna dignidad humana; eran monjes, y, por tanto, eran dignos de muerte. Lo vivieron como discípulos fieles del Señor [...]. Llevaban el nombre de Jesús, y eso ya era causa de muerte, según los presupuestos ideológicos que imperaban [...].

Al momento de dar la vida, sus edades oscilaban entre los ochenta y dos años y los dieciocho [...]. Ya antes de dejar la montaña del Señor que es Montserrat, viendo lo que pasaba, habían reflexionado sobre la posibilidad de tener que morir. Ser mártires de Cristo era para ellos, a pesar del escalofrío humano que podía

comportar, una gracia de Dios. Y les fue concedida; en la debilidad de la muerte experimentaron la fuerza del Espíritu para ser fieles.

Recordemos los nombres, que quedan escritos con letras de oro en la historia casi milenaria de nuestro monasterio porque son los monjes más preclaros que ha dado la comunidad. Recordemos a alabanza de la Santa Trinidad: Robert Grau, Josep M. Fontserè, Pere Vallmitjana, Domènec González, Lleó Alesanco, Bernat Vendrell, Joan Roca, Francesc de Paula Sánchez, Josep M. Jordà, Fulgenci Albareda, Lluís Palacios, Ildefons M. Civil, Ambròs M. Busquets, Eugeni M. Erausquin, Plàcid M. Feliu, Odiló M. Costa, Àngel M. Rodamilans, Emilià M. Guilà, Narcís M. Vilar, Hildebrand M. Casanovas. Y, además, Raimon Lladós que sufrió el martirio con toda la comunidad del Monasterio del Pueyo de Barbastro, muchos de los cuales habían recibido la formación monástica en Montserrat [...].

La entrega de los mártires es un patrimonio que la Iglesia valora y quiere mantener vivo. Con la beatificación, además de reconocer que murieron a causa de Jesucristo, nos los propone como modelos y como intercesores. Como modelos para que nos estimulen a vivir hasta el final con fidelidad a Jesucristo, esto incluye, también, el trabajo por la justicia y por el respeto a la dignidad de cada ser humano, y nos mueve a tener compasión de todos los heridos de la vida y a esforzarnos en hacer posible la reconciliación dondequiera que haya división. La Iglesia nos los propone, también, como intercesores, para que podamos invocar su ayuda en todas las vicisitudes de nuestra vida.

O bien:

Los mártires de Montserrat

Lectura tomada de “La fecundidad de la vida monástica: Monjes y ermitaños mártires en España (1936-1937)”, del R.P. Santiago Cantera Montenegro, osb

El gran santuario mariano de Montserrat, centro espiritual de Cataluña, había visto renacer la vida monástica benedictina en 1844. Al poco de producirse el Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, los comités izquierdistas se adueñaron de los alrededores y comenzó el incendio de iglesias y la caza de sacerdotes y religiosos: la evidencia de la inminente persecución religiosa llevó a los

monjes de Montserrat a decidir en capítulo el abandono del monasterio y la dispersión de la Comunidad. El último acto comunitario había sido el canto de las Vísperas en el coro el 22 de julio. Bien pronto, los revolucionarios subieron al santuario y se fueron incautando de algunas dependencias, pero providencialmente quedó a salvo del intento de incendiarlo.

La imagen de la Virgen (la “Moreneta”) fue escondida por los monjes, que hubieron de salir de allí sin obtener el salvoconducto que se había solicitado para asegurar sus vidas durante el viaje. Hubo también que evacuar a los huéspedes y a toda la gente que estaba ese verano en Montserrat, pero se dio la prioridad a los niños de la Escolanía y a sus familiares para que marcharan antes que nadie. Los religiosos fueron saliendo en varios grupos y a distinto tiempo; ninguno fue asesinado allí mismo.

Los monjes de Montserrat, por lo tanto, se dispersaron por diversos lugares, pero un total de veintitrés (de los que uno estaba en El Pueyo) fueron detenidos y martirizados. Otros fueron también apresados, aunque finalmente no se les mató, pero sufrieron un verdadero calvario; asimismo padecieron dificultades y penalidades los que estuvieron escondidos con gran peligro. Algunos pudieron ser fraternalmente acogidos en monasterios de la orden en la España nacional, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Suiza y Bélgica. Por otro lado, el obispo de Pamplona, Mons. Marcelino Olaechea, consiguió el edificio del balneario de Belascoain, a 22 km. de Pamplona, para que pudiera reunirse allí parte de la comunidad y rehacer la vida regular; además, muchas otras personas ayudaron a los monjes en la medida de sus posibilidades. Una vez concluida la guerra, se restauró de lleno la vida benedictina en Montserrat.

Pero, centrándonos más en los mártires de este monasterio, asesinados entre el verano de 1936 e inicios de 1937, hay que decir que llama la atención, por una parte, la gran diversidad de edades: desde los dieciocho años (Dom Hildebrando Casanovas) hasta los ochenta y dos (P. José M^a Fontseré). Sus martirios, como se ha indicado, no se produjeron en el santuario, sino en distintos sitios, al ser reconocidos como religiosos, apresados y asesinados. Así, a pesar de la autorización y supuesta protección que tenían siete monjes (cuatro padres, que eran José M^a Fontseré, Domingo M^a González, Juan M^a Roca y Ambrosio M^a Busquets; dos hermanos coadjutores: Eugenio M^a Erausquin y Emiliano M^a Guilà; y un

benedictino visitante, P. Plácido M^a Feliú) para residir en un piso de la ronda de San Pedro de Barcelona, fueron sacados en la noche del 19 al 20 de agosto por un grupo de milicianos, uno de los cuales, después de proferir una blasfemia, empujó cruelmente al anciano P. José M^a Fontseré y le tiró por las escaleras de la vivienda donde se habían refugiado, porque las bajaba con dificultad. A continuación, les dieron el paseo nocturno y les fusilaron en el cruce de la calle Dels Garrofers con la avenida de la Victoria. Los cadáveres, abandonados, pudieron ser reconocidos y amortajados en el depósito del Hospital Clínico y transportados el domingo siguiente en siete ataúdes hasta el cementerio, donde fueron enterrados en nichos cedidos por amigos de Montserrat, e incluso un benedictino disfrazado entre la gente pudo rezar un responso individual. Menos suerte tuvieron los restos mortales de otros monjes de la comunidad, como el P. Odilón M^a Costa, Dom Narciso M^a Vila y Dom Hildebrando M^a Casanovas, que desaparecieron en la estación de ferrocarril de la plaza de Cataluña y aparecieron muertos en el depósito del Clínico el 29 de julio, sin que nadie los reclamara, siendo así arrojados a una fosa común del cementerio sudoeste de Barcelona.

De los veintirés mártires montserratinos, uno fue asesinado junto con la comunidad de El Pueyo, como ya hemos dicho. Diecinueve eran catalanes, tres castellanos y uno vasco. Varios destacaban en el aspecto cultural e intelectual, como el P. Luis Palacios, orientalista, catedrático en Roma y autor de valiosas gramáticas de lenguas semíticas; el latinista P. Domingo González; el helenista P. Odilón Costa; el historiador P. Veremundo Boqué; los compositores P. Ángel Rodamiláns, Dom Francisco Sánchez y el Hermano Ildefonso Civil, y el musicólogo P. Juan Roca. Además, en los oficios artesanos del monasterio cabe resaltar figuras como el sastre Hno. José M^a Jordà y el impresor Hno. Eugenio M^a Eurasquin. Es precioso constatar la disposición martirial con que los monjes de Montserrat afrontaban todo lo que pudiera acontecerles, incluso hasta la muerte, como efectivamente sucedió en el caso de los mencionados veintirés. Así, conforme a los testimonios recogidos para la Causa de beatificación y canonización, el P. Prior, Dom Roberto Grau, aseguraba que “mi corazón se encuentra en una dulcísimo expectación” y que aceptaba a ciegas la voluntad de Dios. El P. Fulgencio Albareda, al ser detenido en Tarrasa, afirmó “ofrecer su vida a Dios por la salvación de España”.

El P. Domingo González indicó al hermano de un monje que “yo ya he ofrecido mi vida a Dios cuando entré en religión, y de muy buen grado la daré por Él si llega el momento”. El P. Odilón Costa manifestaba repetidamente a un compañero “su extraordinario deseo del martirio”. El profeso temporal (júnior) Dom Narciso M^a Vilar decía a algunos compañeros: “¡Cómo me agradecería ser mártir!”. El Hno. Emiliano M^a Guilà, conversando con un compañero del servicio militar a principios de 1936, le dijo estar seguro de que habría “persecución y que presentía que él no se libraría de la muerte, lo cual, en vez de perturbarle, le hacía estar contento, porque moriría por Dios”. Podríamos añadir varios testimonios más, pero nos parece que son ya una buena muestra del espíritu con que aquellos veintitrés monjes afrontaron el trance final, encarando la muerte con miras abiertas al Cielo, a la eternidad.

Sus nombres, dignos de ser recordados, son los siguientes: los PP. Roberto M^a Grau (prior), Fulgencio Albareda (mayordomo), José M^a Fontseré, Pedro Vallmitjana, Domingo González, Juan Roca, León Alesanco, Luis Palacios, Ambrosio M^a Busquets, Plácido M^a Feliú, Odilón M^a Costa, Ángel Rodamiláns, Sebastián M^a Feliú, Veremundo M^a Boqué y Raimundo Lladós (que residía entonces en El Pueyo y fue asesinado en Barbastro, aunque era profeso de Montserrat); los clérigos Dom Francisco Sánchez, Dom Narciso M^a Vilar y Dom Hildebrando M^a Casanovas; y los Hermanos Bernardo Vendrell, José M^a Jordá, Ildefonso Civil, Eugenio M^a Erausquin y Emiliano M^a Guilà.



16 de octubre
Santa Eduvigis, religiosa
OCIST: memoria libre

Nació en Baviera alrededor del año 1174; contrajo matrimonio con el príncipe de Silesia y fue madre de siete hijos; vivió llena de devoción y caridad para con los enfermos y los pobres, en favor de los cuales fundó varios hospitales. Muerto su marido, ingresó en el monasterio cisterciense de Trebnitz —que ella misma había fundado— y del que era abadesa su hija Gertrudis. Terminó sus días el 15 de octubre de 1243.

De la vida de santa Eduvigis escrita por un autor coetáneo
Acta Sanctorum Octobris VIII [1853], pp. 201-202

Siempre buscaba a Dios

Sabiendo la sierva de Dios que aquellas piedras vivas destinadas a ser colocadas en el edificio de la Jerusalén celestial deben ser pulimentados en este mundo con los golpes repetidos del sufrimiento, y que para llegar a aquella gloria celestial y patria gloriosa hay que pasar por muchas tribulaciones, se puso toda ella a merced de las aguas de los padecimientos y trituró sin compasión su cuerpo con toda clase de mortificaciones. Eran tan grandes los ayunos y abstinencias que practicaba cada día, que muchos se admiraban de que una mujer tan débil y delicada pudiera soportar semejante sacrificio.

Cuanto más grande era su denuedo en mortificar el cuerpo, sin faltar por eso a la debida discreción, tanto más crecía el vigor de su espíritu y tanto más aumentaba su gracia, tomando nuevo incremento el fuego de su devoción y de su amor a Dios. Muchas veces la invadía un deseo tan ardiente de las cosas celestiales y de Dios, que quedaba sin sentido y ni se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Al mismo tiempo que el afecto de su mente tendía siempre hacia Dios, sus sentimientos de piedad la inclinaban hacia el prójimo, impulsándola a dar abundantes limosnas a los pobres y a socorrer a las asociaciones religiosas, ya viviesen dentro o fuera de los monasterios, como también a las viudas y a los niños, a los enfermos y a los débiles, a los leprosos y a los encarcelados, a los peregrinos y a las mujeres lactantes necesitadas, sin permitir nunca que mar-

chase con las manos vacías cualquiera que acudía a ella en busca de ayuda.

Y, porque esta sierva de Dios nunca dejó de practicar las buenas obras que estaban en su mano, Dios le concedió la gracia de que, cuando sus recursos humanos llegaban a ser insuficientes para llevar a cabo sus actividades, la fuerza de Dios y de la pasión de Cristo la hicieran capaz de realizar lo que demandaban de ella las necesidades del prójimo. Así pudo, según el beneplácito de la voluntad divina, auxiliar a todos los que acudían a ella en petición de ayuda corporal o espiritual.

O bien:

*Del “Tratado sobre la vida cenobítica”,
de Balduino de Ford, obispo
PL 204, col. 557-558*

Donde el amor es pleno, es plena la comunión

La unidad del espíritu, que se da en nosotros por la caridad de Dios, se conserva en nosotros por el amor al prójimo, para que permanezcamos en el amor de Dios, y permaneciendo en este amor permanezcamos en Dios y Dios en nosotros. En el amor al prójimo se revela, se incrementa y se arraiga el amor a Dios.

Dios, sin duda, puede estar contento consigo mismo, y en todo bien se basta a sí mismo y no necesita de nuestros bienes; nadie puede perjudicarlo, si no lo ama, ni aportarle algo ni serle útil, si lo ama. Dios, que no necesita nuestros beneficios, delegó por así decirlo en nuestros hermanos y prójimos, que están necesitados, para que reciban de nosotros en vez de él los beneficios que le debemos.

Que nadie, pues, se enorgullezca de amar a Dios, que nadie se engañe pensando que ama a Dios (a quien no ama) si es que no ama al prójimo. Si un hombre busca un testimonio que le demuestre la autenticidad de su amor, que se ponga a prueba a sí mismo: si no ama al prójimo a quien ve, a quien tiene presente ante sí como enviado de Dios, al cual debe pagar la deuda de la caridad, ¿cómo podrá amar a Dios a quien no puede ver, que no se le manifiesta visiblemente y que no necesita de nada? Porque ¿puede haber otro modo de prestar beneficios a Dios, si no es haciendo el bien a alguno en quien Dios esté menesteroso, ese Dios que para

sí mismo no necesita nada? Y es que Dios en sus miembros pide y recibe, es amado o despreciado.

Por consiguiente el amor de Dios y la unidad en el Espíritu son retenidos por nosotros y se conservan en nosotros mediante el amor al prójimo, tanto a causa de los lazos del afecto como por el vínculo de la paz. Pues el que no ama a su hermano, se aleja de la unidad del Espíritu; no ama a Dios ni vive en el Espíritu de Dios, sino en su propio espíritu, porque vive para sí y no para Dios.

La comunión incumbe al amor del prójimo, y así, donde el amor es pleno, es plena la comunión. No hay comunión más plena que la comunión de todos, como está escrito: Todo lo tenían en común. Pero nos podría hacer vacilar lo que sigue: Se repartía para dar a cada uno según su necesidad. ¿Cómo conciliar “comunión” y “partición”? ¿Como conciliar “comunión” y “propiedad”? Se dividía para dar a cada uno según sus necesidades, se cedía a cada uno el uso y la propiedad de lo que requerían sus necesidades. Si cada uno tenía diversas necesidades y a causa de ellas recursos propios, si tenía sus propias debilidades y para solucionarlas sus propios remedios, si tenía alguno su propia aflicción y para aliviarla su propio consuelo ¿cómo podían ser comunes a todos todas las cosas, si cada uno tenía más de una cosa propia?

Veamos si el nudo del amor, que no debe ser desatado, puede desatar el nudo de esta objeción. De hecho puede hacerlo. La caridad en efecto sabe reducir la propiedad a la comunión según su arbitrio; no de modo que ya no exista propiedad, sino de modo que la propiedad conduzca a la comunión, para que no falte la comunión, para que no se impida este bien de la comunión.



20 de octubre
Santa Rosolina de Villeneuve, virgen y monja
OCART: 12 lecturas

Pertenecía a una ilustre familia. Su padre era barón de Arcs, y su madre descendía de la familia de Sabrán. Rosolina tuvo que vencer la tenaz oposición de sus padres para poder consagrarse a Dios. Había sido educada por las religiosas de Santa Clara, pero encontró su propia vocación en la regla de los cartujos. Parece haber entrado a los veinticinco años en el convento de Bertrand. Doce años más tarde, fue nombrada superiora de Celle Roubaud, en la Provenza. Algunas veces pasó hasta una semana sin probar alimento. Se castigaba con rudísimas disciplinas, y jamás dormía más de tres o cuatro horas. Murió el 17 de enero de 1329, siendo confirmado su culto en 1851.

Sermón de Johannes Tauler, presbítero
3ème sermon. “La vie spirituelle”, 1927, t. I, pp. 166 y ss

Con clara comprensión, el Padre penetra en sí mismo hasta el fondo esencial de su ser eterno, y por la comprensión misma se expresa adecuadamente en una palabra que es su Hijo; en este conocimiento que el Padre tiene de sí mismo, consiste, en efecto, la generación de su Hijo en la eternidad. El Padre permanece en sí mismo en virtud de la unidad de la esencia, y sale de sí mismo en virtud de la distinción de las personas. Así, pues, el Padre consciente de sí mismo, se conoce, y luego sale de sí el engendrar su propia imagen, que antes ha reconocido y entendido en sí mismo. Entonces penetra de nuevo en sí mismo por una complacencia perfecta de su ser, la cual se explaya en amor inefable, es a saber, en el Espíritu Santo. De tal suerte, Dios permanece en sí, sale de sí y vuelve a sí. Por esta razón, el más noble y perfecto movimiento es el del cielo, ya que en este sentido riguroso vuelve a su origen y a su punto de partida. Por esa misma razón, el curso de la vida humana es a su vez el más noble y perfecto de todos los movimientos, cuando vuelve a su punto de origen.

Esta propiedad, en virtud de la cual el Padre penetra en sí mismo y sale de sí, debe hallarse en todo hombre que quiere, cual madre, concebir en sí al Verbo, de manera espiritual. Debe penetrar completamente en sí mismo, y luego salir de sí. ¿Cómo?... El alma tiene tres preclaras potencias que hacen de ella un trasunto

de la Santísima Trinidad: memoria, entendimiento y libre albedrío. Mediante dichas potencias, el alma está capacitada para llegar al conocimiento de Dios y dejarse impresionar por él de tal manera que reciba todo cuanto él es, posee y puede dar. De suerte que el alma lanza sus miradas a la eternidad, pues se halla entre el tiempo y la eternidad. Por sus potencias superiores, pertenece ya a la eternidad, mientras que por su parte inferior pertenece al tiempo. Mas, en esta vida, el alma se derrama en el tiempo y en las cosas temporales, ora por sus potencias superiores, ora por las inferiores, por causa de la estrecha trabazón de entrambas. Dicha trabazón hace que el alma este tan propensa a la dispersión, a derramarse enteramente en las cosas sensibles y a apartarse, así, de las realidades eternas.

Necesitamos, pues, penetrar en nosotros mismos, para que dicha concepción pueda llevarse a cabo; necesitamos mucho recogimiento, necesitamos traer y juntar en nuestro interior todas nuestras potencias, inferiores y superiores, y retraerlas de toda dispersión, opuesta a la reconcentración, en la que las cosas unificadas se tornan más vigorosas. Cuando un tirador quiere dar con más seguridad en el blanco, guiña un ojo para que el otro apunte mejor. El que quiere entender a fondo una cosa, emplea en ello todos sus sentidos y los retrae al centro del alma de donde han salido. Así como todas las ramas salen del tronco del árbol, así todas nuestras potencias, las sensibles, las del apetito concupiscible e irascible, se unen a las potencias superiores en el fondo del alma. En eso consiste la entrada en nosotros mismos.

Si queremos ya salir de nosotros mismos, y elevarnos fuera y encima de nosotros mismos, hemos de renunciar a todo querer, deseo y obrar propios. No debe quedar en nosotros sino la simple y pura aspiración a Dios, sin deseo alguno de ser, de llegar a ser, de conseguir algo que nos sea propio, con el único deseo de pertenecer a Dios, de dejarle a él todo el sitio, de la manera más excelente e íntima, para que pueda llevar a cabo su obra, y nacer en nosotros sin el menor obstáculo por nuestra parte. Para que dos seres, en efecto, puedan llegar a no hacer sino uno, es menester que uno sea como paciente y el otro como agente; para que el ojo pueda percibir las imágenes pintadas en un lienzo o cualquier otro objeto, no debe tener en sí imagen alguna. Aunque sólo tuviese una sola imagen del color que fuere, jamás podría percibir ninguna otra; de la misma manera, el oído que está lleno de ruido, no

puede percibir ningún otro. Por tanto, todo aquel que quiere recibir algo, debe hallarse puro, limpio y vacío.

Si te callas, el Verbo de este nacimiento podrá ser proferido, y tú podrás oír; y ten por cierto que si tú quieres hablar, él tendrá que callarse. De ningún modo puede uno servir mejor al Verbo, que callándose y escuchando. Así que, si sales completamente de ti, entrará Dios en ti; en tanto entrará, en cuanto tú salgas, ni más ni menos. El libro de Moisés contiene una imagen de esta salida: es cuando Dios manda a Abraham que deje su tierra y su familia, para luego manifestarle todo bien, es decir, este divino nacimiento que por sí solo es todo bien. La tierra de la que habrás de salir es el cuerpo con sus apetitos desordenados; la familia es símbolo de los devaneos de las potencias sensibles que deslumbran y encandilan al cuerpo, con la agitación del placer y del dolor, del gozo y de la tristeza, del deseo y del temor, de la inquietud y de la inconstancia. Esta familia nos está vinculada con estrecho parentesco, y por eso hemos de procurar desprendernos completamente de ella, si queremos ver nacer en nosotros todo el bien que trae consigo este nacimiento.

El Hijo de Dios ha sido engendrado sin madre en la eternidad y sin padre en el tiempo. “María —dice san Agustín— fue bienaventurada más porque Dios naciera espiritualmente en su alma, que porque naciera de ella según la carne”. Quien desee, por tanto, que se verifique en su alma, como en la de María, este nacimiento ilustre y espiritual, debe ponderar las disposiciones de la Madre de Dios, madre espiritual y corporal a la vez. María era una virgen casta y pura, una doncella prometida y desposada, estaba retirada y alejada de todo, cuando se le acercó el ángel. Así debe ser toda virgen casta y pura. Si alguna vez se desvía del camino de la pureza, debe volver a él cuanto antes. Una persona virgen es exteriormente estéril, pero interiormente fecunda. La virgen a que nos referimos debe cerrar su corazón a las cosas externas, tener muy poco trato con ellas, y dar pocos frutos externos. María no se preocupó sino por las cosas de Dios, mas en su interior dio muchos frutos, pues todo el ornato de la Hija del Rey es interior. Toda virgen que quiera asemejarsele debe, pues, vivir recogida y tener sus disposiciones habituales, sus pensamientos y obras vueltas al interior. De esta suerte, dará mucho y espléndido fruto, es a saber, Dios mismo, el Hijo de Dios que contiene en sí todas las cosas.

María era una doncella desposada. Así también toda virgen, según san Pablo, ha de estar desposada. Tú debes vaciar a fondo tu voluntad voluble en la inmutable voluntad de Dios, que remediará tu flaqueza. He añadido que María se había alejado de todo. De la misma manera, la sierva de Dios debe mantenerse recogida si quiere experimentar en sí dicho nacimiento. Debe abstenerse no sólo de las dispersiones temporales que pudieran acarrearle algún perjuicio, sino hasta de la práctica meramente sensible de las virtudes. Debe fomentar en sí la calma y el silencio, encerrarse en su interior, ocultarse en su espíritu para ponerse a salvo de los sentidos y establecer en sí misma una mansión de silencio y reposo interior. A este reposo interior se refiere el introito de la Misa: “Dum medium silentium tenerent omnia” (Cuando todas las cosas estaban en el más profundo silencio, y la noche, en medio de tu carrera, tu palabra omnipotente, Señor, bajó a nosotros desde tu solio regio). En medio del silencio, el Verbo eterno salió del corazón de su Padre. En silencio profundo es donde se oye verdaderamente este Verbo; si quieres que Dios hable, tú tienes que callarte; para que él entre, todas las cosas deben salir.

Cuando nuestro Señor Jesucristo entró en Egipto, todos los ídolos cayeron de bruces. Tus propios ídolos es todo aquello que, por bueno y santo que parezca, se opone a que este nacimiento eterno pueda llevarse a cabo en ti verdadera e inmediatamente. He venido —dice el Señor— a traer espada para desgajar lo que está pegado al hombre: madre, hermano, hermana. Lo que te es más próximo, tal es tu enemigo: esa multiplicidad de imágenes que ocultan a tus ojos el Verbo, impiden este nacimiento en ti, sin que por eso la paz te sea del todo arrebatada. Es cierto que esta paz no siempre podrá reinar en ti. Mas por ella llegarás a ser madre espiritual de este nacimiento. Tal madre espiritual debe establecerse en sí, una y otra vez, en profundo silencio, y acostumbrarse a él. Cuando haya contraído este hábito, le resultará más fácil. Lo que para el hombre experimentado no ofrece dificultad, parece del todo imposible al novicio inexperto. El hábito da facilidad. ¡Ojalá que cada uno de nosotros dé lugar en sí a este noble nacimiento y llegue a ser verdadera madre espiritual! Ayúdenos a ello el Señor. Amén.

O bien:

*Las arras de los divinos desposorios,
por Hugo de san Víctor*

Soliloquium de arrha animæ. PL 176, col. 954-955. 961-962. 969-970

Alma mía, que buscas un amor único, busca un amor noble. Sabes que el amor es fuego, y el fuego para arder necesita un alimento. Pero, ¡atención!, no le echés lo que produce más bien humo o infección. Es tal la naturaleza del amor, que te hace, necesariamente, semejante a lo que amas; por la comunidad de dilección te transformas en cierta imagen suya. Pondera, pues, alma mía, tu belleza, y así sabrás cuál ha de ser la del objeto de tu amor. Tu propio rostro no es invisible para ti. Tu ojo nada ve bien si no se ve a sí mismo. Si es lo bastante perspicaz, ninguna imagen pasajera al exterior y ninguna apariencia de verdad al interior logra engañarlo. Mas si acaso, por tu propio descuido, tu visión interior se oscurece y no aciertas a contemplarte como conviene, ¿por qué no indagas, cuando menos, con ayuda de otro, lo que debes opinar respecto de ti misma? Tienes un prometido y no lo conoces. Es bellísimo y nunca has visto su cara. Él, en cambio, te ha visto a ti; de no ser así, no te amaría. No ha querido todavía presentarse a ti, pero te ha enviado sus presentes, te brinda las arras de los desposorios, la prenda de su amor, la señal de su dilección.

Si aún no conoces a tu amante en sí mismo, repara al menos en las arras que te ha dado del desposorio. Ellas te dirán el cariño con que debes amarlo, el cuidado y esmero con que debes conservarte para él. Insigne, preciosísimo es el presente de tu prometido; no podía su largueza contentarse con naderías; mas tampoco su sabiduría se hubiese conformado en dar de balde tales prendas. Preciosa es su dádiva; más precioso todavía lo que él ama en ti. Precioso es su presente. ¿Qué te ha dado tu prometido? Acaso te quedas perpleja, alma mía, sin sospechar lo que quiero decirte. Reflexiona y pregúntate: ¿De quién habré recibido tan preciadas prendas? Te parece que no posees ni has recibido jamás nada de que pudieras ufanarte. A mí me toca, pues, decírtelo, para que sepas lo que tu prometido te ha regalado. Contempla el universo; mira si hay algo en él que deje de serte útil. El curso entero de la naturaleza no tiene otro fin que el de ponerse a tu servicio, tener cuidado de tus intereses, adelantarse con liberalidad inagotable a tus deseos y necesidades.

Antes que nada, la existencia; luego, la belleza, la vida, la sensibilidad, la razón, te fueron dispensadas por la misma dilección. Si no precediera este amor, nada hubiera otorgado el bienhechor, y nada recibido el indigente. ¡Cuán bella y agraciada te ha hecho, alma mía! ¿Qué quieren decir tales atavíos sino que aquel que así te ha engalanado está disponiéndote para esposa de su cámara nupcial? Ya sabía él cuál era tu destino, y cuáles debían ser tus aderezos. Y éstos te caen tan graciosamente, que él mismo puede, ahora, enamorarse de ti. Te engalanó con sentidos, te alumbró con sabiduría. Los sentidos son tu atavío externo; la sabiduría, tu adorno interno. Los sentidos son cual torre de perlas preciosas y resplandecientes; la sabiduría, como la hermosura natural de tu rostro. Tu atavío sobrepuja en esplendor a todos los diamantes; y tu rostro, al de la belleza de todas las formas. Tales convenían que fueran tus prendas, puesto que debías ser introducida en la cámara nupcial del rey de los cielos. ¡Oh! ¡Cuánto te ha amado! ¡Sobre cuántas otras criaturas te ha preferido a ti, después de haberte hasta tal punto embellecido!

Motivos tendrías, alma mía, para ufanarte, y deberías velar para no perder tal don, ni mancillar tal atavío, ni empañar su esplendor. Si lo perdieras o no lo salvaguardaras, te tornarías más miserable que si no lo hubieras recibido nunca, o no de tantos quilates. Sería para ti una tortura el pensar en el castigo de tu belleza perdida y en la confusión de tu fealdad; repudiada, serías más vil que si nunca te hubieses visto tan favorecida. Tenías, pues, que salvaguardar tal merced, y precaverte de tal desgracia. Precavida de ésta, no te acaecería; salvaguardada aquélla, todavía la tendrías hoy. ¡Mira qué has hecho, alma mía! ¡Has repudiado a tu amante y te has prostituido con extraños! ¡Has corrompido tu integridad, mancillado tu belleza!

Tan tristes recuerdos te los hago presentes, alma mía, para demostrarte el amor de tu amante. Son ocasión para mí de llegar al relato de los abatimientos a los cuales tu prometido, tan excelso cuando te creó, se dignó abajarse al querer restaurarte. ¡Tan sublime entonces, tan humilde ahora! Mas no por eso menos amable, ni menos admirable ahora que entonces. Entonces, por su omnipotencia, te colmó de grandezas; ahora, misericordioso, por ti aceptó crueles torturas. Para reponerte en la elevada condición de la que habías venido a menos, se dignó abajarse hasta donde tú yacías. Para poder devolvarte con toda justicia lo que habías per-

dido, se dignó él mismo llevar con compasión tus propios trabajos. Bajó, asumió, sufrió, venció y restauró: bajó hacia ti que eras mortal, asumió tu mortalidad, sufrió la pasión, venció a la muerte y restauró al hombre.

¿Y qué? alma mía. ¿No te sientes arrebatada ante tantos portentos, ante tal cúmulo de beneficios? Pondera cuánto te amó quien de tal suerte te colmó. Si tanto te amó, mancillada y fea, ¿cuánto no te amará ahora que has comenzado a embellecerte y a sacudir el yugo de tu servidumbre? Gloria de su dilección es dignarse querer cosa tan imperfecta. Ve todavía en ti defectos que no le agradan, pero le embelesa ver cómo empiezas a detestar en ti misma lo que a él le desagrada. Tiene presente, no tanto tu estado, cuanto tu empeño; no tanto lo que eres, sino lo que deseas ser, con tal, al menos, que te esfuerces por merecer llegar a lo que todavía no eres. Prepárate, por tanto, cual conviene a la prometida del rey, del rey de los cielos, del amante inmortal.

¿Me permitirás, maestro mío, que te haga una pregunta? ¿Qué es esa dulzura que, al pensar en el amado, siento a veces y me arrebatada con tanta vehemencia como suavidad? Es como si fuera a salir de mí misma y volar no sé donde. De repente me hallo renovada y del todo transformada, incapaz de expresar lo bien que me encuentro. Luce el sol en mi conciencia, olvido todas mis miserias pretéritas, mi espíritu exulta, mi inteligencia se esclarece, mi corazón se ilumina, se enardecen mis deseos, me encuentro fuera de mí, sin saber dónde. Hay algo en mi interior, sin saber lo que es, a lo que mi amor se abraza y quisiera con todas mis fuerzas retenerlo y no perderlo jamás. Porfía mi espíritu con delicioso ahínco en no desasirse de aquel que quisiera por siempre tener abrazado, y como si hubiese llegado al colmo de sus deseos, se regocija, extremada e inefablemente, sin aspirar a más, y deseando permanecer así sin cesar. ¿Es, por ventura, mi Amado? Dímelo, por favor. Y si es él, cuando vuelva otra vez le suplicaré que no se retire, que permanezca siempre en mí.

Sí, alma mía, es tu Amado. Pero viene invisible, a escondidas, incomprendible. Viene a darte unos toques, sin que tú lo veas; viene para avisarte sin que tú lo entiendas; viene a infundirse del todo en ti, mas para darse a gustar; no, para colmar tu deseo; sí, para granjearse tu cariño. Te brinda las primicias de su dilección, no te concede todavía la plenitud de la saciedad cumplida. Tal es la más preciosa dádiva de tus desposorios: el que después ha de

darse a ti para que lo contemples y lo poseas por toda la eternidad, ahora viene a ti para que disfrutes de él, y veas cuán dulce es. Estas visitas que te confortan para que no desfallezcas, son, en la espera del cielo, el consuelo de tu soledad.



25 de octubre
San Bernardo Calbó, obispo
OCIST: memoria libre
Monasterios de Poblet y Solius: memoria

Bernardo nació en la masía Calbó, cerca de Reus, en la diócesis de Tarragona. Ejerció durante un tiempo su profesión de jurista, pero el año 1214 ingresó en el monasterio cisterciense de Santes Creus, donde fue elegido abad el año 1225. Más tarde fue consagrado obispo de Vic. Nombrado inquisidor por Gregorio IX en 1235, defendió intrépidamente a su Iglesia contra la herejía de cátaros y valdenses. Dejó esta vida el año 1243.

*De los sermones sobre el Cantar de los cantares,
de san Bernardo, abad de Claraval
Sermón 64, 8-10: BAC nº 491, pp. 925-927*

Los herejes deben ser reconducidos a la verdadera fe

Siguiendo la alegoría, las viñas son las iglesias; las raposas, las herejías, o mejor, los herejes. Quiere esto decir con toda evidencia que los herejes deben ser apresados más que alejados. Y deben ser sorprendidos, no con las armas, sino con argumentos que rechacen sus errores. Y si fuera posible deben ser reconciliados con la Iglesia Católica, reconduciéndolos a la verdadera fe. Porque éste es su designio: Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Así manifiesta que este es su deseo, cuando dice: “Agarradnos las raposas”, y no simplemente: “Agarrad las raposas”.

El manda cazar estas raposas para sí y para su Esposa, la Iglesia Católica, cuando dice: “Agarrádnoslas”. Por tanto, si un hombre de Iglesia experimentado y docto entabla una discusión con un hereje, debe hacerlo con la única intención de convencerlo de su error y convertirlo, pensando en lo que dice el apóstol Santiago: El que endereza a un pecador de su extravío, se salvará él mismo de la muerte y sepultará un sinfín de pecados. Si el hereje no quisiera convertirse, ni se convence después de la primera y de la segunda amonestación, porque sigue obstinado, no tendrás que ver con él, como dice el apóstol. Por eso, en mi opinión, será mejor ahuyentarlo o detenerlo antes que dejarle arrasar los viñedos.

No piense que ha obrado inútilmente el que haya vencido y refutado a un hereje, distinguiendo con claridad y evidencia lo verosímil de lo verdadero, demostrando con razones claras e irrefutables que los dogmas corrompidos son perniciosos; capturando además a una inteligencia perversa que se enfrenta con la ciencia de Dios. El que haya obrado así, aunque no la haya podido salvar, al menos ha conseguido detener a la raposa, y la ha agarrado para el Esposo y la Esposa, pero de distinta manera. Pues aunque el hereje no se haya levantado de la hez, la Iglesia se ha afianzado en la fe; y el Esposo se congratula sin duda de los progresos de la Esposa, porque el gozo del Señor es nuestra fuerza. Él no considera ajenos nuestros éxitos, pues se ha dignado unirse con nosotros de tal manera, que no manda cazar las raposas para él, sino para nosotros en él, diciendo: “Agarrad para nosotros.”

¿Ves con qué sentido social habla el que carece de socios? Podía haber dicho: “para mí”, pero prefirió decir: “para nosotros”, feliz de compartir. ¡Qué dulzura! ¡Qué gracia! ¡Qué amor tan intenso! ¿Así se hace como uno de tantos el que es el mayor entre todos? ¿Quién hizo posible esto? El amor que ignora su propia dignidad, rico en benignidad, fuerte en sus afectos, eficaz en sus consejos. ¿Hay algo más violento? El amor vence a Dios. ¿Hay algo menos violento? Es amor. ¿Qué es esta fuerza tan violenta en la victoria y tan vencida por la violencia? En una palabra: se anonadó a sí mismo, para que sepas que él es amor de sobreabundante plenitud, que el excelso se adapta a nuestra pequeñez y que nos hará partícipes de su divinidad.

O bien:

*De la “Exhortación a los sacerdotes”,
de Balduino de Ford, obispo
PL 204, col. 533-534*

Os debéis a todo el rebaño

Mirad vuestra dignidad, según ella estáis por encima de los demás; mirad de nuevo, os lo digo, y ved ahora vuestra condición humilde, la responsabilidad de vuestro servicio, y según la cual estáis por debajo de los otros.

La humildad en el honor, es honor del propio honor y dignidad de la dignidad. Toda dignidad es indigna del nombre de dignidad,

si desdeña lo humilde. Porque la humildad, así como es causa del honor, así también es guardiana del mismo. Puesto que toda promoción del honor, si procede de acuerdo con su orden, comienza por la humildad y se consuma en el ensalzamiento. El que se humilla será ensalzado, siempre que no se humille para ser ensalzado, sino que más bien se humille para no ser ensalzado. Digo ante el mundo, pues será ensalzado ante Dios.

El que es de verdad humilde no ambiciona el honor; cuando recibe el honor, no arrebatada el honor con ambición, sino que a causa de su humildad es arrebatado hacia el honor, a fin de que no sea él mismo raptor del honor, sino que sea como raptado por el mismo honor. La humildad aun sin honores, se proporciona honor a sí misma; el honor sin la humildad se hunde en la confusión. Así como la humildad precede dignamente al honor, así también dignamente lo guarda.

Por lo tanto, procuren los que están en el honor mostrarse humildes en todo a ejemplo de Cristo, que como maestro de humildad, aunque era el superior, se hizo como un servidor; aunque era el primero, se hizo como el último y se inclinó hasta los pies de los discípulos. Por el ejemplo de su humildad, como bajo una carga pesada, Cristo os abaja hasta las cosas humildes para que estéis sometidos también a vuestros súbditos.

Por eso sentid en vosotros lo que también sintió Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo tornando la forma de siervo. Y vosotros sois dioses, anonadaos a vosotros mismos y tomad la forma de siervo, para haceros entre tanto como hombres para los hombres y débiles con los débiles, asumiendo en vosotros mismos las necesidades y las debilidades de todos como aquél que dijo: ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraza?

Conviene que vosotros trabajéis más que todos porque trabajáis para todos. Pues no sólo sois servidores de los hombres, sino también siervos suyos. Si buscáis el fruto y no la recompensa, y decís con el apóstol: No busco el don, sino el fruto, abundará en vuestra tierra el fruto de la justicia como en los cultivos de Dios. Por vuestro ministerio se os deben el heno y la hierba; y vosotros ¿qué debéis? En primer lugar todo lo vuestro, después a vosotros mismos, todo lo que podéis, todo lo que sois. Finalmente debéis vuestras almas en favor de las almas que os han sido encomendadas.

Os debéis, no sólo a una parte del rebaño que se os ha encomendado, sino a todo el rebaño; a todos y a cada uno, a los sabios y a los ignorantes. De todos habéis de dar razón. Por eso, prestad atención a todo el rebaño al frente del cual os puso el Espíritu Santo.



El mismo día 25 de octubre
San Frutos de Segovia, eremita,
Monasterio del Parral: fiesta

San Frutos, eremita,
patrono secundario del monasterio
Monasterio de Silos: memoria

En el siglo VIII florece la santidad de san Frutos. Nacido en Segovia y retirado al desierto de Sepúlveda, donde vive vida eremítica, cerca de las celdas de sus hermanos Valentín y Engracia, termina sus días septuagenario. En el año 1123, siendo papa Calixto II, fue proclamado patrono de la ciudad y de la diócesis de Segovia.

Homilía atribuida a san Bernardo

Lectura tomada del libro:

“Oficios propios de la Diócesis de Segovia para la Liturgia de las Horas”

Niégate a ti mismo

Creo que las palabras de esta lectura —Aquel que deje a su padre etc.— son aquellas de las que la Iglesia, desde los confines de la tierra, llama al Esposo inmortal: Por las palabras de tus labios seguí los estrechos senderos. Son, pues, estas palabras las que en todas partes persuadieron a los hombres a despreciar el mundo y a la pobreza voluntaria. Estas palabras son las que llenan los claustros de monjes y los desiertos de anacoretas. Estas, digo, son las palabras que despojan a Egipto. y rompen sus mejores vasos. Esta es la palabra viva y eficaz que convierte las almas con una dichosa emulación de santidad y una promesa fiel de verdad.

Porque el mundo y su concupiscencia pasan, y conviene más dejar estas cosas que ser dejado. He aquí, dice, nosotros dejamos todo y le hemos seguido. Además saltó como un gigante para correr el camino y cargado no podía seguir al que corría. Pero para que no haya una permuta inútil al dejar todo por aquél, que está sobre todas las cosas, al mismo tiempo lo dejamos todo y cuando le abrazamos él mismo será todo para aquellos que todo lo dejaron por él. Dije absolutamente todas las cosas, no sólo lo que posees sino también tus deseos y éstos principalmente. Más dañan los deseos mundanos que el mismo mundo.

Ánimo, ya que te dispones a dejar todas las cosas, acuérdate de contar entre lo que has de dejar a ti; es más, principalmente niegate a ti mismo. Descárgate de ese gran peso, descarga la piedra de molino, ese enorme peso. Deja esas cinco yuntas, no de hombres sino de bueyes que tan locamente compraste. De otro modo no podrás seguir al Esposo y venir al banquete de bodas cargado con esos cinco pesos y oprimido por la sensualidad del cuerpo, porque aunque llegues y llames a última hora de ningún modo te han de abrir.

O bien:

*Lectura tomada de “España Sagrada”, de E. Flórez
Vol. VIII, Madrid, 1752, pp. 89-96*

Nada se sabe con certeza de la vida de este santo ermitaño, ya que las noticias que se poseen no remontan más allá del siglo XV. Según la tradición, pertenecía a una noble familia segoviana, pero, ordenado sacerdote, decidió dar todos sus bienes a los pobres y huir al desierto en compañía de sus hermanos, Valentín y Engracia. Eligieron como lugar de retiro una peña cercada por el río Duratón, no lejos de Sepúlveda (Segovia), donde hay restos de población romana y visigoda, y cuyo difícil acceso y abundancia de grutas naturales la hacían muy apta para la vida eremítica.

La llegada de los moros no hizo abandonar su retiro a los tres hermanos. Frutos, siempre según tradiciones tardías, moriría el 25 de octubre del 715.

Sus hermanos, Valentín y Engracia, se refugiaron entonces en el cercano pueblo de Caballar, donde poco después fueron martirizados por los árabes. Los cuerpos de los tres hermanos reposaron juntos en la peña del Duratón, que en 1076 fue donada por Alfonso VI a los monjes de la abadía benedictina de Santo Domingo de Silos (Burgos) para establecer allí un monasterio, que perduró hasta la exclaustación de 1835.

Es muy posible que a finales de la época visigoda viviera en el Duratón un ermitaño cuya fama de santidad perduró hasta el siglo XI, añadiéndose a partir de entonces a su recuerdo datos legendarios y creándose las figuras de sus dos hermanos, cuyos nombres no aparecen en los primeros documentos en los que se hace mención del santo anacoreta. San Frutos es patrón principal de Segovia y secundario del monasterio de Silos.

NOVIEMBRE

3 de noviembre
Conmemoración de todos los Difuntos de la Orden
OSPPE: Memoria

*De la Encíclica “Dives in Misericordia”,
de san Juan Pablo II, papa
Dives in Misericordia, n. 8, in AAS 72 [1980] pp. 1203-1207*

Amor más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado

La cruz de Cristo en el Calvario es asimismo testimonio de la fuerza del mal contra el mismo Hijo de Dios.

Y he ahí que, precisamente en Él, en Cristo, se hace justicia del pecado a precio de su sacrificio, de su obediencia “hasta la muerte”. Al que estaba sin pecado, “Dios lo hizo pecado en favor nuestro”. Se hace también justicia de la muerte que, desde los comienzos de la historia del hombre, se había aliado con el pecado. Este hacer justicia de la muerte se lleva a cabo bajo el precio de la muerte del que estaba sin pecado y del único que podía — mediante la propia muerte— infligir la muerte a la misma muerte. De este modo la cruz de Cristo, sobre la cual el Hijo, consubstancial al Padre, hace plena justicia a Dios, es también una revelación radical de la misericordia, es decir, del amor que sale al encuentro de lo que constituye la raíz misma del mal en la historia del hombre: al encuentro del pecado y de la muerte.

En el misterio pascual es superado el límite del mal múltiple, del que se hace partícipe el hombre en su existencia terrena: la cruz de Cristo, en efecto, nos hace comprender las raíces más profundas del mal que ahondan en el pecado y en la muerte; y así la cruz se convierte en un signo escatológico. Solamente en el cumplimiento escatológico y en la renovación definitiva del mundo, el amor vencerá en todos los elegidos las fuentes más profundas del mal, dando como fruto plenamente maduro el reino de la vida, de la santidad y de la inmortalidad gloriosa.

Mientras “las cosas de antes no hayan pasado”, la cruz permanecerá como ese “lugar”, al que aún podrían referirse otras palabras del Apocalipsis de Juan: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo”. De manera particular Dios revela asimismo su misericordia, cuando invita al hombre a la “misericordia” hacia su Hijo, hacia el Crucificado.

Efectivamente, Cristo, a quien el Padre “no perdonó” en bien del hombre y que en su pasión así como en el suplicio de la cruz no encontró misericordia humana, en su resurrección ha revelado la plenitud del amor que el Padre nutre por El y, en El, por todos los hombres. “No es un Dios de muertos, sino de vivos”. En su resurrección Cristo ha revelado al Dios de amor misericordioso, precisamente porque ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección.

Este es el Hijo de Dios que en su resurrección ha experimentado de manera radical en sí mismo la misericordia, es decir, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte. Y es también el mismo Cristo, Hijo de Dios, quien al término —y en cierto sentido, más allá del término— de su misión mesiánica, se revela a sí mismo como fuente inagotable de la misericordia, del mismo amor que, en la perspectiva ulterior de la historia de la salvación en la Iglesia, debe confirmarse perennemente más fuerte que el pecado. El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico. En el mismo espíritu, la liturgia del tiempo pascual pone en nuestros labios las palabras del salmo: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”.

O bien:

*De las Cartas de san Braulio de Zaragoza
Carta 19, PL 80, col. 665-666*

Cristo resucitado, esperanza de todos los creyentes

Cristo, esperanza de todos los creyentes, llama durmientes, no muertos, a los que salen de este mundo, ya que dice: *Lázaro, nuestro amigo, está dormido.*

Y el apóstol san Pablo quiere que no nos entristezcamos por la suerte de los difuntos, pues nuestra fe nos enseña que todos los que creen en Cristo, según se afirma en el Evangelio, no morirán para siempre: por la fe, en efecto, sabemos que ni Cristo murió para siempre ni nosotros tampoco moriremos para siempre.

Pues él mismo, el Señor, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán.

Así, pues, debe sostenemos esta esperanza de la resurrección, pues los que hemos perdido en este mundo los volveremos a encontrar en el otro; es suficiente que creamos en Cristo de verdad, es decir, obedeciendo sus mandatos, ya que es más fácil para él resucitar a los muertos que para nosotros despertar a los que duermen. Mas he aquí que, por una parte, afirmamos esta creencia y, por otra, no sé por qué profundo sentimiento, nos refugiamos en las lágrimas, y el deseo de nuestra sensibilidad hace vacilar la fe de nuestro espíritu. ¡Oh miserable condición humana y vanidad de toda nuestra vida sin Cristo!

¡Oh muerte, que separas a los que estaban unidos y, cruel e insensible, desunes a los que unía la amistad! Tu poder ha sido ya quebrantado. Ya ha sido roto tu cruel yugo por aquel que te amenazaba por boca del profeta Oseas: *¡Oh muerte, yo seré tu muerte!* Por esto podemos apostrofarte con las palabras del Apóstol: *¿Dónde está muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*

El mismo que te ha vencido a ti nos ha redimido a nosotros, entregando su vida en poder de los impíos para convertir a estos impíos en amigos suyos. Son ciertamente muy abundantes y variadas las enseñanzas que podemos tomar de las Escrituras santas para nuestro consuelo. Pero bástanos ahora la esperanza de la resurrección y la contemplación de la gloria de nuestro Redentor, en quien nosotros, por la fe, nos consideramos ya resucitados, pues, como afirma el apóstol: *Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.*

No nos pertenecemos, pues, a nosotros mismos, sino a aquel que nos redimió, de cuya voluntad debe estar siempre pendiente la nuestra, tal como decimos en la oración: *Hágase tu voluntad.* Por eso, ante la muerte, hemos de decir como Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor.* Repitamos, pues, ahora estas palabras de Job, y así, siendo iguales a él en este mundo, alcanzaremos después, en el otro, un premio semejante al suyo.



6 de noviembre

Beato Mauro Palazuelos, presbítero, y compañeros, mártires
(Monjes benedictinos del Pueyo)

—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—

Monasterio de Leyre: memoria

A finales del siglo XIX el santuario de Nuestra Señora de El Pueyo de Barbastro se transformó en cenobio benedictino. Pronto la comunidad resultó floreciente, gracias a la oración continua y el trabajo infatigable de los monjes. Cuando en 1936 se desató en España la persecución religiosa por el odio al nombre de Jesucristo, entonces los monjes de El Pueyo dieron su testimonio, digno de las páginas más bellas del martirologio. El día 21 de julio la comunidad entera asistió al apresamiento del P. Mariano Sierra, el más anciano de los monjes; al día siguiente todos fueron llevados del monasterio al colegio de los escolapios de Barbastro, requisado por los enemigos de la fe y transformado en prisión. Allí compartieron cautiverio con otros mártires hasta la madrugada del 28 de agosto, cuando fueron conducidos a la muerte, que tuvo lugar a la vista del santuario, en la carretera que une Barbastro y Berbegal. Tres de los religiosos fueron martirizados en fechas anteriores.

Sus nombres son: P. Mauro Palazuelos Maruri, prior, P. Honorato Suárez Riu, subprior, P. Mariano Sierra Almanzor, P. Leandro Cuesta Andrés, P. Raimundo Lladós Salud, Hno. Lorenzo Sobrevía Cañardo, P. Santiago Pardo López, Hno. Lorenzo Santolaria Ester, P. Fernando Salinas Romero, P. Domingo Caballé Bru, Hno. Ángel Fuertes Boira, P. Ildefonso Fernández Múñiz, P. Anselmo Palau Sin, Hno. Vicente Burrel Enjuanes, P. Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru, Dom Rosendo Donamaría Valencia, diácono, Dom Lorenzo Ibáñez Caballero, Dom Aurelio Boix Cosials

De una carta del Beato Aurelio Boix a sus padres y hermano
[Congregatio de causis sanctorum, P. N. 2161, Positio super Martyrio
Mauri Palazuelos Maruri et 17 sociorum, monachorum ex ordine S. Bene-
dicti, in odium fidei, uti fertur, interfectorum; Romæ 2000, pp. 265-266;
Summarium, II. Documentos, B. Doc. personales, XVIII-6: Cartas del
siervo de Dios escritas a su familia y a varios amigos el 9 de agosto de
1936, Orig. En AAM-P, caja III; copia en Proc., ff. 1118-1119]

A mis queridos padres y hermano desde el convento de Padres Escolapios de Barbastro, a 9 de agosto de 1936.

Padre, madre y hermano de mi corazón: Si esta mi carta llega a sus manos, el portador de la misma les contará de todo el proceso; yo me limito a unas líneas. Hace dieciocho días que estamos casi todos los del Pueyo detenidos en esta prisión. A pesar de las garantías que se nos dan, como medida de prevención, quiero dedicar unas palabras a los seres que me son más caros. En noches anteriores se han fusilado unas sesenta personas; entre ellas muchos curas, algunos religiosos, tres canónigos, y esta noche pasada al Sr. Obispo.

Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter; más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced alégrense también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a ustedes les cabe la gloria de tener un hijo y hermano mártir de su fe.

La única pena que tengo, humanamente hablando, es la de no poder darles mi último beso. No les olvido y me atormenta el pensar las inquietudes que ustedes sufren por mí.

Ánimo, mis amadísimos padres y hermano, al lado de su aflicción surgirá siempre la gloria de las causas que motivaron mi muerte. Rueguen por mí, voy a mejor vida.

Padre mío muy amado: la entereza de su carácter me da la completa seguridad que su espíritu de fe le hará comprender la gracia que el Señor le otorga. Esto me anima muchísimo: le doy el beso más fuerte que le he dado en mi vida. Adiós, padre, hasta el cielo. Amén.

Madre idolatrada: Yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola madre de un mártir. Esta es la mejor garantía de que los dos hemos de ser eternamente felices. Al recuerdo de mi muerte acompañará siempre esta gran idea:

“un hijo muerto, pero mártir de la religión”. Que Dios no pueda imputarme más crimen que el que los hombres me imputan, ¡ser discípulo de Cristo! Madre mía muy querida, adiós, adiós... hasta la eternidad. ¡Qué feliz soy!

Hermano mío muy caro: En poco tiempo ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La profesión, holocausto absoluto... el martirio, unión decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado? Esto es lo más íntimo que tengo que comunicarte.

Las cartas adjuntas, al extranjero, envíalas con una relación extensa de mi prisión, etc.; ya te pongo bien clara la dirección; certíficelas.

El último beso, mi hermano, el más efusivo.

Mi despedida postrera a la familia, son unas palabras de felicitación tanto para mí como para ustedes.

Que Dios proteja siempre la familia que ahora agracia con un favor tan señalado.

Su hijo que les ama con amor eterno.

Aurelio Ángel.

O bien:

Los mártires del Pueyo

Lectura tomada de “La fecundidad de la vida monástica: Monjes y ermitaños mártires en España (1936-1937)”, del R.P. Santiago Cantera Montenegro, osb

Uno de los episodios martiriales más hermosos e impresionantes entre los monjes españoles es, sin duda alguna, el padecido por la comunidad benedictina de Nuestra Señora de El Pueyo, del monasterio entonces asentado sobre ese montículo y santuario mariano a las afueras de Barbastro, la diócesis que, en proporción, sufrió la más feroz persecución religiosa (88% del clero asesinado). Los benedictinos habían llegado a él en 1890 y enfocaron la fundación en gran medida para la formación de los monjes que habrían de ir a la misión que tenían en Australia y que había sido comenzada por la gesta evangelizadora del benedictino gallego Dom Rosendo Salvado.

Para conocer lo sucedido en 1936, es fundamental el testimonio aportado por el P. Plácido M^a Gil, monje hoy de Leyre y entonces uno de los niños colegiales en el monasterio, que salvó su vida; también otros júniores y los otros cinco colegiales que había se

salvaron, así como dos hermanos legos, uno de ellos de nacionalidad francesa, que ha sido testigo de la vida carcelaria de los dieciocho mártires (diecisiete de El Pueyo y uno de Montserrat).

Previamente a producirse el Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, los monjes de El Pueyo sabían bien que el martirio podía llegarles, dado el ambiente de anticlericalismo violento que se masticaba en las izquierdas revolucionarias. Así, cuando el P. Honorato Suárez se despidió por última vez de sus padres y la madre le sugirió que marchara al extranjero, pues él estaba convencido de que les matarían, contestó: “No, mamá; ¿le parece poco bonito morir por Dios y subir al Cielo?” Y el P. Mariano Sierra, al despedirse de una vecina de Barbastro el 15 de julio, le dijo: “Si no nos vemos más, hasta el Cielo”.

La noticia del alzamiento llegó al monasterio el día 20 por la mañana y se comunicó a la comunidad casi de inmediato, al acabar la Santa Misa conventual. El joven prior, Dom Mauro Palazuelos Maruri, de treinta y tres años, convino con sus monjes en dar permiso para que abandonaran El Pueyo quienes lo desearan y que buscasen refugio donde mejor les pareciera, pero sólo unos pocos optaron en firme por esto, algunos de los cuales, sin embargo, darían finalmente su sangre por Cristo. Los demás permanecieron y prosiguieron la vida comunitaria. El día 21 fue detenido el primer monje y el resto resultó apresado el 22 por la tarde; acusaban a los religiosos de esconder armas, algo que era del todo falso, pero que era creído por los milicianos, quienes por eso no se atrevían de primeras a asaltar el monasterio. El grupo fue conducido primero a una propiedad de la comunidad, “El Mesonet”, y al día siguiente al colegio de las Escuelas Pías de Barbastro, donde estaban recluidos también la mayoría de los cincuenta y un claretianos y la propia comunidad de trece escolapios, a todos los cuales se uniría el obispo de la diócesis, don Florentino Asensio Barroso, el día 23: todos ellos serían cruelmente martirizados. Los seis colegiales benedictinos, de entre doce y quince años de edad, fueron primero encerrados también con ellos, pero el día 23 de agosto el comité revolucionario de Barbastro, movido por fin por algo de humanidad, les separó y finalmente se pudieron salvar, si bien alguno de los jefes rojos intentó que corrieran la misma suerte que los mayores porque, decía, “ellos mismos se lo han buscado al no quererse separar de la comunidad”. La penosa vida carcelaria llevó a las tres comunidades con el obispo a verse unidas y herma-

nadas, y, en la medida en que pudieron, los monjes celebraron la Santa Misa a escondidas y cuidaron sus prácticas piadosas y la confesión sacramental.

El 26 de julio comenzaron en Barbastro las ejecuciones de ciertas personas por su condición de católicos, concretamente unos jóvenes seglares de Acción Católica y el hermano benedictino Vicente Burrel. El 9 de agosto fue asesinado el obispo con otros más, posiblemente entre ellos el benedictino P. Mariano Sierra (o bien éste ya el día 2); a partir de esa fecha, comenzaron las “sacas” y los consiguientes asesinatos. La mayoría de los monjes de El Pueyo sufrió el martirio en la madrugada del 28 de agosto; la señal de que la hora era inmediata fue la separación de los colegiales respecto de la comunidad por el comité revolucionario, un hecho a la vez doloroso y grato, pues la relación de afecto era muy estrecha, pero se sabía que seguramente los niños salvarían sus vidas al haberse tomado esta decisión. En el colegio de los escolapios no quedaban ya más que doce religiosos de éste (a uno se le había liberado) y los quince monjes (pues los otros tres asesinados lo fueron en fechas anteriores por no hallarse entre los encarcelados).

La brutalidad era evidente y los verdugos no dudaron en decir a los niños recién separados: “Pronto mataremos a los de arriba”. No obstante, a pesar de la separación, el P. Lladós hizo alguna visita furtiva a los colegiales, quienes, aunque aparte, aún seguían presos.

La vida religiosa comunitaria preparó magníficamente a los escolapios y a los benedictinos para la muerte en las horas finales. Los escolapios incluso celebraron el 27 de agosto la fiesta de su fundador, san José de Calasanz, precisamente aragonés. A las doce de la noche, sin previa forma de juicio alguno, los milicianos irrumpieron en la estancia de los monjes y los sujetaron con una larga soga; el prior, Dom Mauro, dio la absolución a todos y los sacerdotes se la dieron entre sí. Fueron subidos a un camión, en el cual enseguida comenzaron a gritar: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen del Pilar! ¡Viva la Virgen del Pueyo!” Las blasfemias de los milicianos nada pudieron contra los vivas y las alabanzas de los monjes, como han testificado muchos vecinos de Barbastro, ni tampoco los terribles culatazos de fusil que comenzaron a propinarles y que llegaron a romper los dientes de algunos y a herirles duramente en la cabeza.

Los monjes, al poco de bajar del camión en las cercanías de la ciudad, llevados como mansos corderos, perdonaron a sus verdugos, quienes les maltrataron y les dispararon. Preciosa es la muerte del prior, Dom Mauro, que con gran serenidad no dejó este mundo sin despedirse “mirando a mi Madre”, la Virgen del Pueyo, y entonándole la Salve Regina. Asimismo, un testimonio bien elocuente y bonito son las cartas que escribió el hermano Aurelio Ángel Boix Cosials, recién profeso solemne a sus veintiún años, y sobre todo la dirigida a sus padres y a su hermano; en todas ellas expresaba su gran felicidad por poder morir mártir de Cristo.

La lista de los mártires es la siguiente: PP. Mauro Palazuelos Maruri (prior, nacido en 1903), Honorato Suárez Riu (subprior y prefecto de júniores; 1902), Mariano Sierra Almázor (1869), Raimundo Lladós Salud (1881; profeso de Montserrat, según se indicó ya), Leandro Cuesta Andrés (1870), Fernando Salinas Romeo (1883), Domingo Caballé Bru (1883), Santiago Pardo López (1881), Ildefonso Fernández Muñiz (1897), Anselmo M^a Palau Sin (1902) y Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru (1910); Dom Rosendo Donamaría Valencia (1909; diácono), Dom Lorenzo Ibáñez Caballero (1911; subdiácono), Dom Aurelio Boix Cosials (1914; tonsurado); Hermanos Lorenzo Santolaria Ester (1872), Lorenzo Sobrevia Cañardo (1874), Ángel Fuertes Boira (1889) y Vicente Burrel Enjuanes (1896). Por origen geográfico eran: nueve aragoneses, cuatro castellano-viejos, dos navarros, dos catalanes, un asturiano y un santanderino (el prior).



7 de noviembre

Beato Manuel Sanz Domínguez, presbítero y mártir
—Mártir jerónimo de la persecución religiosa en España—
OSH: memoria

Nació en Sotodosos (Guadalajara, España) el 31 de diciembre de 1887. En su juventud trabajó como ferroviario y empleado de banca. Decidido a consagrarse por entero a la restauración de la orden Jerónima, acude a Roma donde obtiene la bula oportuna y el aliento del Santo Padre Pío XI. En 1925 un grupo de jóvenes se establece en el monasterio del Parral, y en él se va implantando la observancia jerónima. Pero la República de 1931, la guerra civil y dificultades internas obstaculizan la marcha. Fray Manuel, es detenido y asesinado en Paracuellos del Jarama (Madrid), en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1936. Fue beatificado por el papa Francisco el día 13 de octubre de 2013.

***Extracto de la plática de Fray Manuel de la Sagrada Familia
en la profesión de votos temporales de Sor Asela, monja jerónima
del monasterio de San Matías, de Sarriá (Barcelona), el 3 de junio de 1934***

Amadísima hermana e hija en Cristo Jesús y santos padres:

Por providencia especial de Dios nuestro Señor, soy yo, el último de los sacerdotes de Cristo, y el menor de los hijos del gran Padre san Jerónimo, el encargado en esta mañana feliz y en este acto tan conmovedor, de decirte algunas palabras encaminadas a aumentar en tu alma el fervor y santo aprecio de los votos que dentro de unos momentos vas a pronunciar.

Los tres votos son comunes a todas las religiones. Pero a ti, que has abrazado la vida monástica, te interesa mucho saber qué es una monja. Muchas veces habrás oído decir lo que es, lo que debe ser una monja, pero ignoro si alguna vez te lo habrán definido de la manera que yo voy a hacerlo ahora.

¿Qué es una monja o un monje? [...] Fíjate bien en lo que voy a decir: “Es un alma que se encierra, en un silencio sagrado, para vivir y contemplar lo eterno”. Qué preciosos comentarios se podrían hacer de esta definición. No puedo detenerme ahora. Ya habrá ocasión de hacértelos alguna vez. Me fijare un poco nada más en cada una de estas tres frases; “*Que se encierra*”, “*silencio sagrado*”, “*vivir y contemplar*”.

Que se encierra: es decir, que no el bullicio del mundo, sino en el retiro y soledad en donde tiene prometido el Señor que hablará al alma: “Llevaré al alma a la soledad, y allí le hablaré al corazón”.

Silencio sagrado: pero se encierra, no solamente entre tapias y paredes, y aislada del mundo, sino en un silencio sagrado, esto es: para hablar poco con las criaturas y hablar mucho con Dios. Para que el alma pueda vacar más libre a la oración y trato con Dios. “Silencio sagrado”, que no es callar siempre, sino hablar solo cuando se debe, lo que se debe y en los tiempos permitidos.

Vivir y contemplar lo eterno: parece a simple vista que esto debiera ser al revés, y sin embargo, es una verdad que para contemplar bien una cosa es necesario haberla vivido antes. ¡Qué bien contemplo yo ahora, por ejemplo, desde aquí mismo, el portal de Belén, el sitio del nacimiento del Hijo de Dios, el santo pesebre y los sepulcros de nuestros santos padres, como igualmente la losa de Getsemaní, el agujero del Calvario y el Santo Sepulcro, etc. después de haberlos visitado, besado mil veces, y vivido en ellos algunos días! De la misma manera hay que vivir las cosas eternas, las cosas del espíritu, y así ¡qué bien se contemplan después!

Acabo de pronunciar el nombre de Belén, amada hija, y sin darme cuenta he pronunciado el nombre que no debe apartarse un momento de nuestra memoria, como monjes jerónimos. Porque allí, en el mismo lugar en que el Hijo de Dios quiso nacer hecho niño por nuestro amor, en ese mismo lugar quiso también que naciera la orden de nuestros amores. [...]

A Belén debemos ir muchas veces en espíritu, y allí aprenderemos a practicar, con toda perfección, los tres votos religiosos. ¿Quién podrá quejarse, en el monasterio, de escaseces viendo al Hijo de Dios nacer en tanta pobreza? ¿Quién se resistirá a obedecer, aun en cosas que parezcan duras a la naturaleza, después de contemplar al Hijo del Eterno Padre y a la Reina de los ángeles y de los santos obedeciendo a san José, y todos resignados a las mandatos del cielo, lo mismo cuando les señala el camino del desierto, como cuando les ordena volver de Egipto? ¿Y, en donde encontraremos modelos más acabados de perfecta castidad y pureza que en Jesús, María y José? [...]

En estos momentos, pues, en que los mismos ángeles del cielo te han de contemplar gozosos, pide mucho y ofrece mucho al Señor. [...] Pide sobre todo por la restauración de la orden de monjes jerónimos, tan llena de amarguras desde sus comienzos, y atrave-

sando tantas dificultades para desarrollar su vida. Pide... pero ofrece también mucho: ofrécete al Señor sin reservas, de manera que desde hoy seas siempre suya, toda de Él, y sola para Él. Imita las virtudes y ejemplos de nuestros santos fundadores y así, viviendo siempre como buena hija de san Jerónimo y santa Paula, des mucha gloria a Dios en esta vida, y vayas después a gozar del premio reservado a los que peleen hasta el fin: el Cielo, que para ti, como para todos deseo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

O bien:

Breve biografía del Beato Manuel Sanz Domínguez
Lectura tomada de <http://hagiopedia.blogspot.com>

Nació en Sotodosos (Guadalajara). En su juventud trabajó en la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante. De ahí pasó a la banca, que a la sazón parecía empleo más prometededor que el ferroviario, y empezó a trabajar en un banco británico en la popular Gran Vía madrileña.

Sintiéndose llamado a ingresar en la Compañía de Jesús, la deteriorada salud de su padre y el hecho de que sus dos hermanas dependieran económicamente de su sueldo obligaron a Manuel a retrasar su decisión. Nunca sería jesuita.

Las Jerónimas subsistían a duras penas y se recuperaban con el tiempo, pero la restauración tenía que llegar. Desde que los monjes tuvieron que abandonar sus monasterios, generación tras generación de monjas jerónimas no cesaban de elevar al cielo sus súplicas con el deseo de que los monasterios de varones volvieran a ser poblados por austeros y santos monjes. Sin embargo, empiezan a impacientarse porque ven que se aproxima lo que pudiera ser el año fatídico en los anales de la orden (1935), ella desaparecería al cumplirse los cien años necesarios para la prescripción canónica.

En el locutorio del monasterio de la Concepción Jerónima de Madrid algunas monjas manifestaron su preocupación a don Manuel Sanz Domínguez, fervoroso caballero y amigo de la comunidad, con quien tenían mucha confianza. La conversación de esas benditas monjas dejó huella en el interior de don Manuel —más tarde fray Manuel de la Sagrada Familia— quien, a los pocos días, movido por el Espíritu de Dios, volvió al locutorio santamente de-

cidido a consagrarse por entero a la restauración de la que, desde ese momento, fue para él su querida Orden Jerónima.

Renunció a su brillante carrera profesional, a un futuro que se prometía acomodado, al éxito del mundo, y se empeñó en una tarea aparentemente insensata: recuperar una orden monástica que solo ha existido en nuestro país, con un pasado glorioso y un carisma genuinamente español. Una orden que llevaba casi 100 años extinguida en su rama masculina y de la que no quedaba más que algunos monasterios en ruinas.

Una vez realizadas todas las gestiones oportunas, en las que él tuvo parte importante incluso yendo a Roma y contemplando el agrado del papa Pío XI ante el proyecto, los nuevos jerónimos comenzaron la vida regular en el antiguo y ruinoso monasterio de Santa María del Parral (Segovia), el 11 de agosto de 1925. En este monasterio, al igual que otros monjes, recibió la ordenación sacerdotal e hizo profesión de sus votos, temporales primero, y solemnes después.

Pero la República de 1931, la guerra civil de 1936-1939 y dificultades internas obstaculizaron la marcha. Fray Manuel, fue detenido en Madrid y sus familiares recogen sus últimas palabras: “No sufran por mí, pues si vivo veré restaurada la Orden de San Jerónimo, objeto de mis anhelos, y si muero seré mártir de Cristo, que es mucho más de lo que yo pudiera haber soñado”. Llevaba cerca de dos años enfermo. Lo trasladaron a la Cárcel Modelo junto a otros religiosos, sacerdotes y laicos. Nada más se supo de él.

Muchos años después se pudieron reconstruir los últimos días de Fray Manuel. El 2 de noviembre de 1942, la “Causa General” recoge un documento que dice así: “Don Manuel Sanz Domínguez, Religioso Jerónimo, de cuarenta y nueve años de edad, fue detenido el 5 de octubre de 1936 (...) siendo ingresado a la cárcel Modelo, de donde fue sacado en una expedición el día 6 al 8 de noviembre del mismo año para ser asesinado”.

Paracuellos fue la tumba del restaurador de la Orden Jerónima, que dedicó sus últimos días en la Modelo a evangelizar y atender espiritualmente a los presos. Su sangre derramada por Cristo trajo para la recién restaurada orden de San Jerónimo las bendiciones del cielo. Fue beatificado por Su Santidad Francisco el 13 de octubre de 2013.

El mismo día 7 de noviembre
San Wilibrordo de Utrecht, obispo
OSB: memoria libre

Vivió entre finales del siglo VII y principios del VIII. Su padre pertenecía a la primera generación de cristianos anglosajones convertidos del paganismo. El hijo fue entregado al monasterio de Ripón para su crianza y custodia cuando decidió vivir solitario tras la muerte de su esposa. Ya en su juventud, Wilibrordo decide libremente hacer profesión religiosa. Deja el monasterio de Ripón aprovechando la coyuntura de la marcha a Roma del santo abad Wilfrido. A partir de ahora va a permanecer doce años en el monasterio de Rathmelsigi, en Irlanda, aprendiendo del afán misionero del abad Egberto que ya fracasó en su intento evangelizador de Frisia en el continente. Cuando en el 689 Pipino II, rey de Austrasia, vence al rey Egberto, de Frisia, se abren nuevas posibilidades de evangelización de los frisones. Allí marcha Wilibrordo a la cabeza de doce monjes. Las dotes de organizador, la tenacidad, paciencia, audacia, valentía y santidad de Wilibrordo van consiguiendo una comunidad de cristianos, convertidos y preparados en la fe uno a uno, ayudado por sus monjes. Muere en el año 739.

*Del decreto “Ad gentes”, del Concilio Vaticano II,
sobre la actividad misionera de la Iglesia*
nn. 4-5

Id y haced discípulos de todos los pueblos

El mismo Señor Jesús, antes de entregar voluntariamente su vida por la salvación del mundo, de tal manera dispuso el ministerio apostólico y prometió enviar el Espíritu Santo que ambos se encuentran asociados en la realización de la obra de la salvación en todas partes y para siempre.

El Espíritu Santo unifica en la comunión y en el ministerio, y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos a toda la Iglesia a través de todos los tiempos, vivificando, a la manera del alma, las instituciones eclesiales e infundiendo en el corazón de los fieles el mismo impulso de misión con que actuó Cristo. A veces también se anticipa visiblemente a la acción apostólica, de la

misma forma que sin cesar la acompaña y dirige de diversas formas.

El Señor Jesús ya desde el principio llamó a los que él quiso, y a doce los hizo sus compañeros, para enviarlos a predicar. Los apóstoles fueron, pues, la semilla del nuevo Israel y al mismo tiempo el origen de la sagrada jerarquía.

Después, el Señor, una vez que hubo cumplido en sí mismo, con su muerte y resurrección, los misterios de nuestra salvación y la restauración de todas las cosas, habiendo recibido toda potestad en el cielo y en la tierra, antes de ascender a los cielos, fundó su Iglesia como sacramento de salvación y envió a los apóstoles a todo el mundo, como también él había sido enviado por el Padre, mandándoles: Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. De aquí le viene a la Iglesia el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo; tanto en virtud del mandato expreso que de los apóstoles heredó el orden episcopal, al que ayudan los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro, sumo pastor de la Iglesia, como en virtud de la vida que Cristo infunde a sus miembros.

La misión de la Iglesia se realiza, pues, mediante aquella actividad por la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos, para llevarlos con el ejemplo de su vida y con la predicación, con los sacramentos y demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo, de suerte que se les descubra el camino libre y seguro para participar plenamente en el misterio de Cristo.

O bien:

Breve biografía de san Wilibrordo

“Vidas de los santos de A. Butler”, México 1965, tomo IV, pp. 286-288

San Wilibrordo nació en Nortumbria en el 658. Antes de cumplir los siete años, sus padres le enviaron al monasterio de Ripon, gobernado entonces por san Wilfrido. A los veinte años, Wilibrordo emigró a Irlanda, donde se reunió con san Egberto y san Wigberto, quienes habían ido a estudiar en las escuelas conventuales de dicho país, en busca de una vida monacal más perfecta. Con ellos estudió san Wilibrordo durante siete años las ciencias sagradas.

San Egberto tenía la intención de trasladarse al norte de Alemania para predicar el Evangelio, pero no pudo realizar su proyecto. Su compañero, san Wigberto, volvió a Irlanda al cabo de dos años de evangelizar sin éxito alguno. Entonces san Wilibrordo, quien tenía treinta y un años y acababa de recibir la ordenación sacerdotal, pidió a sus superiores que le enviaran a esa misión tan ardua y peligrosa. Sus superiores accedieron, y Wilibrordo partió con otros once monjes ingleses, entre los que se contaba san Wigberto.

El año 690, desembarcaron en la desembocadura del Rin; de allí se dirigieron a Utrecht y después a la corte de Pipino de Heristal, quien los alentó a evangelizar la región de la baja Frieslandia, situada entre el Mosa y el mar. Pipino había arrebatado esa región al pagano Radbodo. San Wilibrordo fue antes a Roma, donde se postró a los pies del papa san Sergio I y le pidió permiso de evangelizar las naciones idólatras. El pontífice le concedió amplia jurisdicción y le dio reliquias para la consagración de iglesias. San Wilibrordo y sus compañeros predicaron con éxito en la región de Frieslandia que los francos habían conquistado. San Wilfrido consagró obispo a san Wigberto en Inglaterra. Tal vez ello molestó a Pipino, porque Wigberto partió pronto a evangelizar a los boructvaros, una tribu germánica. Pipino envió entonces a san Wilibrordo a Roma, con una carta en la que recomendaba al Papa que le consagrara obispo.

San Sergio le recibió con grandes honores, sentado en la cátedra de San Pedro, cambió el nombre del santo por el de Clemente y le ordenó obispo de los frisios en la basílica de Santa Cecilia, el día de la fiesta de esta santa, en el año 696. San Wilibrordo sólo permaneció en Roma dos semanas antes de volver a Utrecht, donde fijó su sede y construyó la iglesia del Salvador. El celo infatigable con que trabajó por la conversión de los paganos, demostró que con la consagración episcopal había recibido del cielo una gracia especial para ensanchar el Reino de Dios. Algunos años después de su consagración, ayudado por Pipino y por la abadesa santa Irmina, fundó en Luxemburgo la abadía de Echternach, que pronto se convirtió en el centro de su influencia.

San Wilibrordo misionó también en la Frieslandia superior, donde todavía reinaba Radbodo y llegó hasta Dinamarca; pero lo único que consiguió allí fue comprar a treinta jóvenes daneses, a quienes instruyó, bautizó y llevó consigo en su viaje de vuelta. Alcuino cuenta que, en ese viaje, una tempestad desvió al navío

hacia la isla de Heligoland, que los daneses y los frisios consideraban como tierra sagrada. En aquella isla constituía un sacrilegio matar a los animales, comer los productos de la tierra y sacar agua de las fuentes, sin observar profundo silencio. Para desengañar a los habitantes, san Wilibrordo mató algunos animales para dar de comer a sus acompañantes y bautizó a tres personas en una fuente, pronunciando en voz alta las palabras rituales. Los idólatras, que creían que san Wilibrordo se iba a volver loco o iba a caer muerto en el acto, no sabían si atribuir a la clemencia o a la impotencia de su dios, el hecho de que nada sucediese al santo. Finalmente, decidieron informar del suceso a Radbodo, quien mandó echar suertes para elegir a una víctima cuyo sacrificio aplacase al dios. La suerte recayó sobre un miembro de la comitiva de san Wilibrordo, que fue sacrificado por la superstición del pueblo y murió mártir de Jesucristo. Después de Heligoland, san Wilibrordo visitó Walcheren, donde, con su caridad y paciencia, convirtió a muchos paganos. Cuando derribó y destruyó a un ídolo, uno de los sacerdotes paganos le persiguió para darle muerte, pero el santo consiguió escapar y volvió sano y salvo a Utrecht. El año 714 nació Carlos Martel, hijo de Pipino el Breve, quien fue más tarde rey de los francos. San Wilibrordo le bautizó y, según cuenta Alcuino, predijo que su gloria superaría a la de todos sus predecesores.

El año 715, Radbodo reconquistó la parte de Frieslandia que había perdido y perjudicó mucho a la obra de san Wilibrordo, pues destruyó iglesias, mató misioneros y obligó a muchos a apostatar. San Wilibrordo tuvo que huir, pero Radbodo murió el año 719, y el santo pudo predicar de nuevo con entera libertad en toda la región. San Bonifacio le ayudó en ese trabajo, ya que pasó tres años en Frieslandia antes de ir a Alemania. Beda dice en su historia, escrita hacia el año 731: “Wilibrordo, llamado también Clemente, vive todavía. Es un anciano venerable, que lleva treinta y seis años de ser obispo y suspira por el premio celestial, tras haber superado muchas pruebas espirituales”. El beato Alcuino le describe como hombre de estatura regular, de aspecto venerable y elegante, de palabra y carácter llenos de gracia y alegría, prudente en el consejo, incansable en la predicación y el ministerio apostólico, atento siempre a no descuidar la oración pública, la meditación y la lectura espiritual. San Wilibrordo y sus compañeros implantaron la fe en muchas regiones de Holanda y de los Países Ba-

jos, en las que san Amando y san Lebvino no llegaron a penetrar. Gracias a sus labores, los frisios, que constituían un pueblo bárbaro y rudo, se civilizaron y progresaron en la virtud, poco a poco. Con frecuencia se califica al santo de “Apóstol de Frisia”, título al que tiene perfecto derecho, pero no hay que olvidar que san Wigberto desempeñó también un papel muy importante en los primeros años de la misión y aun parece haber sido la principal cabeza. Por lo demás, los frisios, como los otros pueblos, no se convirtieron con la rapidez que los hagiógrafos medievales suponen. “Wilibrordo fue para Inglaterra lo que Columba había sido para Irlanda, ya que inauguró un siglo de influencia espiritual de Inglaterra en el continente”.

San Wilibrordo acostumbraba ir de vez en cuando a hacer un retiro en Echternach. Al fin de su vida, se retiró definitivamente a dicho monasterio, donde murió a los ochenta y un años de edad, el 7 de noviembre del 739. Fue sepultado en la iglesia abacial, que desde entonces se convirtió en sitio de peregrinación. En dicho santuario se celebra, el miércoles de Pentecostés, una curiosa ceremonia llamada “la danza de los santos”. No sabemos qué origen tiene, pero lo cierto es que se ha llevado a cabo desde 1553 hasta el presente (excepto de 1786 a 1802). Se trata de una procesión que va desde el puente del Sure hasta el santuario. Los participantes, en filas de cinco y tomados de la mano, avanzan bailando al son de la música; por cada tres pasos que dan hacia adelante dan dos hacia atrás. En la procesión toman parte sacerdotes, religiosos y aun obispos, y la ceremonia termina con la bendición del Santísimo. Cualesquiera que sean sus orígenes, el hecho es que la procesión reviste actualmente un carácter penitencial y tiene por fin rogar por los epilépticos y por todos los que sufren enfermedades mentales. La fiesta de san Wilibrordo se celebra también en Holanda y en la diócesis inglesa de Hexham.



El mismo día 7 de noviembre
Todos los Santos de la Orden
OSPPE: Memoria

De las “Confesiones” de san Agustín, obispo
Liber XIII, cap. 35-38, PL 32, col. 867

El descanso de la vida eterna

Señor Dios, danos la paz, puesto que nos has dado todas las cosas; la paz del descanso, la paz del sábado, la paz sin ocaso. Porque todo este orden hermosísimo de cosas muy buenas, terminados sus fines, pasará; y por eso se hizo en ellas mañana y tarde.

Mas el día séptimo no tiene tarde, ni tiene ocaso, porque lo santificaste para que dure eternamente, a fin de que, así como tú descansaste el día séptimo después de tantas obras sumamente buenas como hiciste, aunque las hiciste estando en reposo, así el oráculo de tu Libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, muy buenas, porque tú nos las has donado, descansaremos en ti el sábado de la vida eterna.

Porque también entonces descansarás en nosotros, del mismo modo que ahora actúas en nosotros; y así será aquel descanso tuyo por nosotros, como ahora son estas obras tuyas por nosotros. Tú, Señor, siempre actúas y siempre descansas; no ves en el tiempo, ni te mueves en el tiempo, ni descansas en el tiempo, y, sin embargo, tú eres el que realizas la visión temporal y el tiempo mismo y el descanso del tiempo.

Nosotros, pues, vemos estas cosas, que has hecho, porque son; pero tú, porque las ves, son. Nosotros las vemos externamente, porque son, e internamente, porque son buenas; pero tú las viste hechas allí donde viste que debían ser hechas. Nosotros, en un tiempo, nos hemos sentido movidos a obrar el bien, después que nuestro corazón concibió de tu Espíritu; pero en tiempo anterior fuimos movidos a obrar mal, abandonándote a ti; tú, en cambio, Dios, uno y bueno, nunca has cesado de hacer bien. Algunas de nuestras obras, por gracia tuya, son buenas; pero no sempiternas: después de ellas esperamos descansar en tu grande santificación. Pero tú, bien que no necesitas de ningún otro bien, estás en reposo, porque tú mismo eres tu reposo, tu quietud. Pero ¿qué hombre dará esto a entender a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? ¿Qué ángel al hombre? A ti es a quien se debe pedir, en ti es en

quien se debe buscar, a ti es a quien se debe llamar: así, así se recibirá, así se encontrará, así se abrirá. Amén.

O bien:

*De los sermones de san Bernardo de Claraval, abad
Sermón 2: Opera omnia, edición cisterciense, 5 (1968), pp. 364-368*

Apresurémonos hacia los hermanos que nos esperan

¿De qué sirven a los santos nuestras alabanzas, nuestra glorificación, esta misma solemnidad que celebramos? De qué les sirven los honores terrenos, si reciben del Padre celestial los honores que les había prometido verazmente el Hijo? ¿De qué les sirven nuestros elogios? Los santos no necesitan de nuestros honores, ni les añade nada nuestra devoción. Es que la veneración de su memoria redunde en provecho nuestro, no suyo. Por lo que a mí respecta, confieso que, al pensar en ellos, se enciende en mí un fuerte deseo.

El primer deseo que promueve o aumenta en nosotros el recuerdo de los santos es el de gozar de su compañía, tan deseable, y de llegar a ser conciudadanos y compañeros de los espíritus bienaventurados, de convivir con la asamblea de los patriarcas, con el grupo de los profetas, con el senado de los apóstoles, con el ejército incontable de los mártires, con la asociación de los confesores, con el coro de las vírgenes, para resumir, el de asociarnos y alegrarnos juntos en la comunión de todos los santos. Nos espera la Iglesia de los primogénitos, y nosotros permanecemos indiferentes; desean los santos nuestra compañía, y nosotros no hacemos caso; nos esperan los justos, y nosotros no prestamos atención.

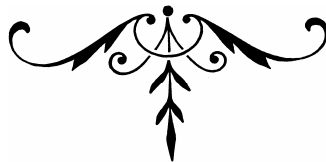
Despertémonos, por fin, hermanos; resucitemos con Cristo, busquemos los bienes de arriba, pongamos nuestro corazón en los bienes del cielo. Deseemos a los que nos desean, apresurémonos hacia los que nos esperan, entremos a su presencia con el deseo de nuestra alma. Hemos de desear no sólo la compañía, sino también la felicidad de que gozan los santos, ambicionando ansiosamente la gloria que poseen aquellos cuya presencia deseamos. Y esta ambición no es mala, ni incluye peligro alguno el anhelo de compartir su gloria.

El segundo deseo que enciende en nosotros la conmemoración de los santos es que, cómo a ellos, también a nosotros se nos ma-

nifiste Cristo, que es nuestra vida, y que nos manifestemos también nosotros con él, revestidos de gloria. Entretanto, aquel que es nuestra cabeza se nos representa no tal como es, sino tal como se hizo por nosotros, no coronado de gloria, sino rodeado de las espinas de nuestros pecados.

Teniendo a aquel que es nuestra cabeza coronado de espinas, nosotros, miembros suyos, debemos avergonzarnos de nuestros refinamientos y de buscar cualquier púrpura que sea de honor y no de irrisión. Llegará un día en que vendrá Cristo, y entonces ya no se anunciará su muerte, para recordarnos que también nosotros estamos muertos y nuestra vida está oculta con él. Se manifestará la cabeza gloriosa y, junto con él, brillarán glorificados sus miembros, cuando transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante a la cabeza, que es él.

Deseemos, pues, esta gloria con un afán seguro y total. Mas, para que nos sea permitido esperar esta gloria y aspirar a tan gran felicidad, debemos desear también, en gran manera, la intercesión de los santos, para que ella nos obtenga lo que supera nuestras fuerzas.



8 de noviembre
Todos los Santos de la familia Jerónima
OSH: fiesta

Los santos de la familia Jerónima forman el cortejo de hombres y mujeres que, aleccionados por los ejemplos y enseñanzas de san Jerónimo y santa Paula en el seguimiento de Cristo, en el transcurso del tiempo, tras la prueba de la fe, alcanzaron la corona de la vida que nunca se marchita. Toda la familia Jerónima de la patria celestial constituye en este día el motivo de nuestro gozo y nuestra alabanza al Padre. Recordamos a nuestros hermanos y hermanas que ayer celebraban la sagrada liturgia con nosotros y hoy participan en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Son un estímulo para nuestro caminar y poderosos intercesores nuestros.

Del tratado de san Jerónimo, presbítero, sobre los salmos
Salmo 83, 3: CCL 78, pp. 390-391

Así el alma como el cuerpo desean el reino de los cielos

Mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo. Escucha, hereje, que es lo que dice. Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos: habla del reino de los cielos. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, dice el Señor en el evangelio.

Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor: estos atrios, en los que los santos habitarán eternamente, son los que el profeta desea. Veis, pues, que así el alma como el cuerpo desean igualmente el reino de los cielos. Mas si, como piensan los herejes, el cuerpo se disuelve en el aire, si no resucita, ¿cómo la carne del profeta desea el reino de los cielos? Mi corazón y mi carne: porque ambos trabajaron, ambos igualmente esperan la retribución. Si fue común el trabajo, ¿cómo no lo ha de ser el premio? Os ruego, por favor, que me escuchéis.

Más sufre el cuerpo en este mundo que el alma: porque el alma impera y el cuerpo sirve. Uno es el sufrimiento del que sirve y otra cosa las delicias del que impera. El alma desea al Señor: el cuerpo ayuna, el cuerpo yace en tierra víctima del frío, en la cárcel, en el martirio es azotado, es herido y condenado, todo lo paga el cuer-

po. Es verdad que también sufre el alma, pero sólo a través del cuerpo le llega el dolor. Pero dirá alguno: ¿Cómo dice el apóstol que esta carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios? ¿Quieres saber por qué lo ha escrito? Atiende al Señor hablando en el Génesis: No permanecerá eternamente mi espíritu en el hombre porque es carne. ¿Por qué? ¿Qué es esto? Tú hiciste la carne, ¿y acusas y condenas la carne? Mas lo que dice Dios es esto: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque no viven según el espíritu, sino según los vicios y concupiscencia de la carne.

Que el mismo apóstol lo confirma: Los que viven en la carne no pueden agradar a Dios. Si todos los que viven en la carne no pueden agradar a Dios, ¿cómo el mismo apóstol, que habla, agradó a Dios? ¿Cómo Pedro y los demás apóstoles y los santos le agradaron, los cuales no podemos negar que vivieron de la carne? Como él mismo añade: Mas vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu. Vivían en la carne, ¿y cómo dice: no estáis en la carne? Porque no vivís según la carne, ya que nosotros somos ciudadanos del cielo. Nosotros que en este mundo estamos desterrados lejos del Señor ciertamente andamos por la tierra, pero nos apresuramos hacia el cielo: porque aquí no tenemos residencia propia, sino que somos forasteros y peregrinos, como todos nuestros padres.

O bien:

*Del tratado de san Jerónimo, presbítero, sobre los salmos
Salmo 133, 1: CCL 78, pp. 283-285*

Es una honra infinita llamarse siervo del Señor

Y ahora bendecid al Señor, los siervos del Señor. Porque es una dulzura y una delicia convivir los hermanos unidos, y ya constituís una comunidad: Ahora bendecid al Señor. Bendecidlo ahora, después de la venida de Cristo, porque estáis unidos en él. Bendecidlo ahora, en el último salmo gradual, puesto que estáis unidos en la cima de las virtudes. Por consiguiente, antes que llegarais a la decimoquinta grada, o sea a la más alta, no podíais bendecir al Señor. Así que, ahora os digo: Bendecid al Señor. ¿Quiénes? Todos los siervos del Señor, los que no sois siervos del pecado, sino del Señor. ¿Creéis que es cosa de poca importancia el poder decir: Yo soy siervo del Señor? Gran virtud implica ser digno de este nom-

bre. Así como el que dice: yo soy siervo del emperador, reclama para sí una especie de dignidad, y nadie se atreve a acercarse a él, así también es una honra infinita llamarse siervo del Señor. Por donde el apóstol se gloria de ser siervo del Señor y encabeza sus epístolas con estas palabras; Pablo, siervo de Jesucristo. Y de Moisés se afirma: Pero no así a mi siervo Moisés, a él le hablo cara a cara. Mirad lo que dice. A los demás les he hablado por medio de visiones y enigmas, pero a mi siervo Moisés cara a cara. Pongamos un ejemplo. Hagámonos la cuenta de un hombre inmensamente rico, que tiene familia y siervos que lo asisten: ¿será mayor su confianza en los siervos que trabajan en el campo, que en los que le prestan su servicio diariamente? Grande es la honra del que está en presencia de su Señor y le sirve. Y los que no ven el rostro de su señor, si necesitan pedirle algo, acuden a sus conserenos para lograrlo. ¿Por qué he dicho todo esto? Nuestro Señor Jesucristo tiene también una numerosa familia: tiene algunos que lo sirven estando continuamente en su presencia, y otros trabajando para él en el campo. En mi opinión, los monjes y las vírgenes son los que sirven a su señor estando en su presencia, y los cristianos del mundo, los que trabajan para él en el campo. Y éstos son los que acuden a los primeros cuando tienen necesidad de algo, para que se lo obtengan. Así pues, cuanta es la dignidad de los que a diario ven el rostro de su señor, tanto es el castigo que merecen si son descuidados en su servicio. Los malos siervos, cuando están en el campo, suelen temer más a su señor, porque no le ven; pero si empiezan a verlo cada día, llegan a despreciarlo, y el trato continuo los vuelve altaneros. Por lo tanto, nosotros, por la fuerza de la costumbre, no debemos hacer poca estimación y aprecio de la bondad de Nuestro Señor. Bendecid, pues, al Señor, todos los siervos del Señor, los que no sois siervos del pecado, sino del Señor; todos los siervos del Señor que sólo reconocéis a Dios por vuestro Señor; todos los siervos del Señor, a quienes no domina la ira ni la lujuria ni ninguna otra forma de pecado. Los que no están sujetos a los vicios, se hallan bajo el dominio del Señor.

El mismo día 8 de noviembre
Dedicación de la Basílica de Letrán
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: fiesta

Según una tradición que arranca del siglo XII, se celebra el día de hoy el aniversario de la dedicación de la basílica construida por el emperador Constantino en el Laterano. Esta celebración fue primero una fiesta de la ciudad de Roma; más tarde se extendió a toda la Iglesia de rito romano, con el fin de honrar aquella basílica, que es llamada “madre y cabeza de todas las iglesias de la Urbe y del Orbe”, en señal de amor y de unidad para con la cátedra de Pedro que, como escribió san Ignacio de Antioquía, “preside a todos los congregados en la caridad”.

De los sermones de san Cesáreo de Arlés, obispo
Sermón 229,1-3: CCL 104, pp. 905-908

Todos, por el bautismo, hemos sido hechos templos de dios

Hoy, hermanos muy amados, celebramos con gozo y alegría, por la benignidad de Cristo, la dedicación de este templo; pero nosotros debemos ser el templo vivo y verdadero de Dios. Con razón, sin embargo, celebran los pueblos cristianos la solemnidad de la Iglesia madre, ya que son conscientes de que por ella han renacido espiritualmente. En efecto, nosotros, que por nuestro primer nacimiento fuimos objeto de la ira de Dios, por el segundo hemos llegado a ser objeto de su misericordia. El primer nacimiento fue para muerte; el segundo nos restituyó a la vida.

Todos nosotros, amadísimos, antes del bautismo, fuimos lugar en donde habitaba el demonio; después del bautismo, nos convertimos en templos de Cristo. Y, si pensamos con atención en lo que atañe a la salvación de nuestras almas, tomamos conciencia de nuestra condición de templos verdaderos y vivos de Dios. Dios habita no sólo en templos contruidos por hombres ni en casas hechas de piedra y de madera, sino principalmente en el alma hecha a imagen de Dios y contruida por él mismo, que es su arquitecto. Por esto, dice el apóstol Pablo: El templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros.

Y, ya que Cristo, con su venida, arrojó de nuestros corazones al demonio para prepararse un templo en nosotros, esforcémonos al máximo, con su ayuda, para que Cristo no sea deshonrado en no-

sotros por nuestras malas obras. Porque todo el que obra mal deshonor a Cristo. Como antes he dicho, antes de que Cristo nos redimiera éramos casa del demonio; después hemos llegado a ser casa de Dios, ya que Dios se ha dignado hacer de nosotros una casa para sí.

Por esto, nosotros, carísimos, si queremos celebrar con alegría la dedicación del templo, no debemos destruir en nosotros, con nuestras malas obras, el templo vivo de Dios. Lo diré de una manera inteligible para todos: debemos disponer nuestras almas del mismo modo como deseamos encontrar dispuesta la iglesia cuando venimos a ella.

¿Deseas encontrar limpia la basílica? Pues no ensucies tu alma con el pecado. Si deseas que la basílica esté bien iluminada, Dios desea también que tu alma no esté en tinieblas, sino que sea verdad lo que dice el Señor: que brille en nosotros la luz de las buenas obras y sea glorificado aquel que está en los cielos. Del mismo modo que tú entras en esta iglesia, así quiere Dios entrar en tu alma como tiene prometido: Habitaré y caminaré con ellos.

O bien:

De los sermones de san Bernardo de Claraval, abad

Sermón 5. 1.8-10: Opera omnia. Ed. Cister, 5, 1968, pp. 388, 389, 394-396

Es la fiesta de la casa del Señor, del templo de Dios

También hoy, hermanos, celebramos una solemnidad, una espléndida solemnidad. Y si queréis saber cuál, es la fiesta de la casa del Señor, del templo de Dios, de la ciudad del Rey eterno, de la esposa de Cristo. Y ¿quién puede lícitamente dudar de que la casa de Dios sea santa? De ella leemos: La santidad es el adorno de tu casa. Así también es santo su templo, admirable por su justicia. Y Juan atestigua que vio también la ciudad santa: Vi —dice— la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo.

Ahora, deteniéndonos un momento en esta especie de atalaya, busquemos la casa de Dios, busquemos el templo, busquemos la ciudad, y busquemos también la esposa. Pues ciertamente no lo he olvidado, pero sí que lo digo con temor y respeto: Somos nosotros. Insisto, somos nosotros, pero en el corazón de Dios; somos nosotros, pero por dignación suya, no por dignidad nuestra. Que

no usurpe el hombre lo que es de Dios y cese de gloriarse de su poder; de otra suerte, reduciéndolo a su propio ser, Dios humillará al que se enaltece.

Y recuerda que el Señor define su casa como casa de oración, lo cual parece cuadrar admirablemente con el testimonio del profeta, el cual afirma que seremos acogidos por Dios —por supuesto, en la oración—, para ser alimentados con el pan de las lágrimas y para darnos a beber lágrimas a tragos. Por lo demás —como dice el mismo profeta—, la santidad es el adorno de esta casa, de suerte que las lágrimas de penitencia han de ir siempre acompañadas de la pureza de la continencia, y así, la que ya era casa, se convierta seguidamente en templo de Dios. Seréis santos —dice—, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo. Y el apóstol: ¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? El habita en vosotros. Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él.

Pero, ¿es que bastará ya la misma santidad? Es asimismo necesaria la paz, como lo asegura el apóstol cuando dice: Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual ninguno verá a Dios. Esta paz es la que, a los de un mismo talante, los hace vivir unidos como hermanos, construyendo a nuestro Rey, el verdadero Rey de la paz, una ciudad ciertamente nueva, llamada también Jerusalén, es decir, visión de paz.

Por tanto, hermanos míos, si la casa de un gran padre de familia se reconoce por la abundancia de los manjares, el templo de Dios por la santidad, la ciudad del gran Rey por la recíproca comunión de vida, la esposa del Esposo inmortal por el amor, pienso que no hay ya motivo de enrojecer al afirmar que ésta es nuestra solemnidad. Ni debéis maravillaros de que esta solemnidad se celebre en la tierra, pues que se celebra igualmente en los cielos. En efecto, si —como dice la Verdad (y no puede por menos de ser verdadero)— hay alegría en el cielo, incluso para los ángeles de Dios, por un solo pecador que se convierta, no cabe duda de que la alegría será multiplicada por la conversión de tan gran número de pecadores.

Unámonos, pues, a la alegría de los ángeles de Dios, unámonos al gozo de Dios y celebremos esta solemnidad con rendidas acciones de gracias, porque cuanto más íntima nos es, con mayor devoción hemos de celebrarla.

O bien:

Carta del papa Eugenio IV sobre la Basílica de Letrán
Archivio capitolare Lateranense; N. Widloecher, La Congregazione dei
canonici regolari lateranensi, Gubbio 1929, pp. 73-92

La Basílica de Letrán
es la luz más brillante de todas las iglesias

Cuando elevamos los ojos de nuestro espíritu hacia la santísima y venerable basílica de Letrán, nos animamos de una devoción tal hacia ese santo lugar que a nuestro parecer los pontífices romanos no pueden ofrecer al Salvador del mundo un ministerio más digno que éste: embellecer y honrar con el mayor cuidado posible esta estancia celeste sobre la tierra, este santuario que es la más brillante luz de todas las iglesias, y llevar una atención infatigable para que la majestad del Altísimo sea alabado aquí por piadosos pensamientos y fervientes homenajes.

De hecho, recordamos la gloriosa construcción de esta santa basílica, edificada y establecida en una maravillosa hermosura por el emperador Constantino en honor de nuestro Salvador, enriquecida con sus propias riquezas y, por eso, llamada constantiniana. Tenemos ante los ojos el nombre de nuestro Salvador, primer objeto de la veneración del pueblo en este lugar, y es a la gloria de este nombre que ha sido consagrada la santa basílica.

Conviene, pues, que allá donde la tierra se une al cielo, allá donde hay prodigalidad de gracia, se ofrezcan homenajes puros en toda santidad a la majestad de Dios. Además, guiados por esta piadosa inspiración e impulsados por el celo de la casa de Dios, los Pontífices romanos, nuestros predecesores, instituyeron una familia de clérigos que profesando la vida religiosa y conservando, a ejemplo de la Iglesia naciente, esta santa institución que llamamos de canónigos regulares: estos religiosos debían mantener en esta santa basílica, entre los clérigos y los ministros de Cristo, esta forma de vida consagrada. Tomarían así cuidado, gracias a la previsión apostólica, de la primera iglesia sobre la tierra.

Puesto que la hostilidad del mundo ha perturbado esta piadosa y saludable institución que Bonifacio VIII, nuestro predecesor de feliz memoria, la modificó, nada nos es más grato que restaurar esta obra primicia, es decir, esta primera institución, y de volver a

llevar la santa iglesia de Letrán a su estado y a su orden de los primeros tiempos.

La religión cristiana, es cierto, conoce varias familias religiosas que profesan el ideal de los canónigos regulares; pero, para realizar esta santa empresa, hemos vuelto los ojos hacia una nueva plantación en la villa del Señor, llamada la Congregación de Frigionaria. Por eso, por nuestra autoridad apostólica, establecemos esta congregación en la citada iglesia y concedemos a esta congregación la santa basílica con todos sus bienes temporales, derechos y privilegios.

Además, decidimos y ordenamos que en adelante todos los conventos y los lugares de esta congregación recibirán el nombre del titulo de la santa basílica, cabeza de toda la congregación. Decidimos también que todos los canónigos de la congregación, donde estén al servicio de Dios, sean considerados como clérigos, ministros y religiosos de esta basílica. Que, con un corazón piadoso y con la mayor pureza del espíritu, ofrezcan las alabanzas del Soberano Rey, las súplicas, las acciones de gracias, las oraciones cotidianas y el sacrificio eucarístico por la salvación del pueblo cristiano y de la Iglesia romana.



El mismo día 8 de noviembre
San Alvito, abad de Samos y obispo de León
Monasterio de Samos: memoria

Fue hijo de Aloito Fernández de Saavedra y de Urraca López de Lemos. Algunos autores lo mencionan monje y abad benedictino del monasterio de Sahagún o del de Samos. En el año 1063 el rey Fernando organizó una expedición con la misión de recuperar el cuerpo de santa Justa; no consiguieron encontrar los restos de esta, pero sí los de san Isidoro, quien revelándose a Alvito le comunicó el lugar de su sepultura, anunciándole también su próxima muerte. Efectivamente, el obispo leonés murió una semana después de hallar el sepulcro del santo, y Ordoño regresó a León con los cuerpos de ambos. En presencia del abad de Silos santo Domingo, san Isidoro fue depositado en la iglesia de San Juan y Alvito en la iglesia de Santa María de Regla; según la tradición, antes de que Alvito fuese sepultado, san Isidoro se apareció al rey Fernando reclamando que su cuerpo estuviera presente en el entierro del de Alvito, como finalmente se hizo.

*Lectura tomada de una breve biografía del santo
del pbro. José Manuel Silva Moreno*

Fuente: <http://www.parroquiasanmartin.com/sanalvitodeleon.html>

San Alvito, llamado también Aloyto ó Aloito, sucedió en el gobierno de la Iglesia de León al santo obispo Cipriano. No consta si nació en el mismo reino de León, o en el de Galicia; el maestro Sarmiento se inclina a esto último, y a que descendía de los Arias y de Doña Aldonsinda, la hermana de san Rudesindo. El ser muy frecuente en aquellos tiempos este nombre hace que por sólo él no pueda averiguarse quien fue el santo, y mucho menos su profesión, y los empleos que tuvo antes de ser promovido a la dignidad episcopal. Acaso era éste el diácono Alvito que como notario firmó en León una escritura de Don Fernando el I y su mujer Doña Sancha en la era de 1081. Créese comúnmente que profesó la vida monástica en el monasterio de Sahagún. El maestro Risco hace ver que Alvito, obispo de León, era distinto de Alvito el que era abad de Sahagún por los años de 1059.

San Alvito abad del monasterio de Samos fue promovido al obispado de León el año 1057. Hizose esta elección no por muerte sino por renuncia de su antecesor Cipriano. En su tiempo fue res-

taurada por Don Sancho el Mayor la silla episcopal de Palencia, y se le restituyeron sus antiguas posesiones, que en gran parte se habían agregado a la de León en el reinado de Don Ordoño II.

Luego que se sintió enfermo, conociendo que iba a cumplirse lo que el Cielo le había manifestado, encomendó la traslación del cuerpo de san Isidoro a Ordoño, obispo de Astorga, y al conde Don Nuño y a los demás señores del reino que con él habían ido a Sevilla; y al séptimo día de su enfermedad entregó el alma a Dios.

Su cuerpo fue llevado con el de san Isidoro a León. Ambos fueron recibidos de los reyes, del clero y del pueblo con la debida solemnidad: el de san Alvito fue depositado en el templo de Santa María de Regla, sede antiquísima de él y de sus predecesores. En el manuscrito antiguo de la vida de san Isidoro, que se conserva en la santa iglesia de Toledo, se dice que a esta iglesia fue llevado el cuerpo de san Alvito en un caballo de carga sin guiarlo nadie, y que esto lo dispuso santo Domingo, el abad del monasterio de Silos, que se hallaba entonces en León, para apaciguar la reyerta de aquellos ciudadanos acerca del templo donde había de colocarse aquel tesoro.

Colocáronlo al lado del Evangelio. En el año 1164 abrieron su sepulcro, y lo trasladaron a otra caja. En 1527 estas santas reliquias fueron colocadas en alto a la misma parte del altar mayor. De lo cual y de dos milagros que hizo Dios por los méritos de su Siervo el día de su traslación, quedó memoria en la piedra que cubría su sepulcro antiguo, y se conserva metida en la pared de la capilla dedicada a los santos mártires Fabián y Sebastián.

Aunque la santa iglesia de León no reza a san Alvito, le ha venerado siempre como santo, y le hace el mismo obsequio que al obispo Don Pelagio, cuyo cuerpo está en el lado opuesto, incensando a ambos en los oficios divinos, a Misa, vísperas y maitines. No se sabe fijamente el día de la muerte de nuestro santo, aunque consta que vivió hasta fines del año 1063. En los libros antiguos de meses o calendarios de la santa iglesia de León se pone el tránsito de san Alvito el día 5 de septiembre.

O bien:

*San Pedro Damían. La autoridad en el monasterio
De Perfectione Monachorum. Cap.15 y 16 y final del cap. 24
PL 145, col. 313 y ss., 328*

Que tu vida no discrepe de tu lengua

Ante todo, oh venerable abad haz tú mismo lo que mandas, ejercita lo que predicas, cumple lo que ordenas. Que tu vida no discrepe de tu lengua, que no parezcan tus obras opuestas a tu doctrina, y que no enseñe una cosa la autoridad del que preside y manifiesten otra las obras de la vida.

Sal pocas veces a distancia a fin de que la semilla de la palabra que has esparcido, puedas fomentarla continuamente mediante el riego. No aparezcas como huésped en el monasterio, al estar tanto fuera, sino que la prolongada y seria permanencia te señale como morador y casero.

Que la parquedad en el comer recomiende al que predica el ayuno, y que la garganta del comedor no haga frente a los dichos del orador, ya que mejor demuestra la sobriedad la mano llevada a la boca suavemente, que la lengua del que habla comiendo. Una predicación asaz viva y eficaz para las mentes de los discípulos es aquella que encamina la boca ajena hacia la mesa, cuando quien encauza se mantiene en el rigor del ayuno.

Levanta la vara contra los delincuentes de tal modo que reprimas en ti mismo con rígida disciplina los movimientos de la ira. Mientras tanto, cuando amenaces, cuando atemorices al culpable con motivos de terror, vuelve los ojos hacia ti mismo; ten en cuenta la medida de la fragilidad humano y piensa finamente que tú mismo podías ser corregido si estuviese presente un censor; no te extrañe que algún súbdito desobedezca tal vez todos tus mandatos, cuando es tan grande la fragilidad humana que los mismos miembros de tu cuerpo no pueden en absoluto obedecerte en todo.

Y para que lo que vamos diciendo sea más evidente, manda a tus ojos que no se cansen, a tu corazón que no admita las fantasías del cerebro y a tus miembros genitales que no sientan los efectos de los incentivos de la lujuria. Ordena a la gula que sea sobria, para que no tenga prurito de alimentos exquisitos y, en una palabra, a tu cuerpo que no sufra por las enfermedades que le sobrevengan, Y cuando hayas comprobado claramente que tienes que dar

razón de estas cosas, pero que no puedes en manera alguna conseguirlo, qué tiene de particular que no alcances la obediencia completa de aquellos que están separados de ti por su personalidad y sus costumbres. A la verdad, si consideras en ti mismo estas cosas con diligente meditación, sobrellevarías de modo ecuánime el exceso de las deficiencias de tus hermanos.

Si por casualidad aumentase la hacienda o hubiese una buena cosecha, con lo cual se enriqueciese la Casa de Dios, no lo atribuyas a tus méritos o esfuerzo sino a favor de Dios. Recuerda, pues, los tiempos en que eras un particular y que entonces no te sucedían tales cosas. Un mayordomo, cuanto más feliz puede parecer por la mayor cuantía de lo que se le encomienda, tanto más desgraciado es al llegar la hora de la cuenta, y tanto más debe más cosas al rendir cuentas, cuanto más se jacte al recibir encomiendas mayores.

Desde luego, hay que temer mucho lo que se dice, “que el abad ha de dar cuenta de todos las almas que se le han encomendado, incluida la suya”. Consideremos, pues, cuánto conviene que al presente esté muy atemorizado quien en el juicio final se presentará a ser juzgado ya fatigado de pedir cuentas ajenas; pero, como a un doctor le corresponde más enseñar que aprender, basta con estas pequeñas advertencias a aquel que, destinado a emitir su propio juicio tal vez sienta molestia en oír cosas ajenas.

En cuanto al prior del monasterio, ejercerá bien su oficio si no discrepa de la voluntad de su abad, si confirma los ánimos de todos los hermanos en cuanto de él dependa en el sincero amor a dicho abad, pues, así como el abad en todo cuanto hace debe incitar a sus hijos al amor de Cristo, del mismo modo, el prior, a fin de que no se produzca alguna envidia, lo cual Dios no quiera, procure que todos los hermanos a una amen al abad. Que uno y otro se salgan al paso con un solo espíritu, y a. ser posible, críen para Dios tal prole que inscrita en el registro de la herencia celestial, no tenga descendencia.

Como rector, pues, el abad ame y anime a los hermanos cual hijos, para que él también sea considerado como padre por los hijos. Ame a todos, a fin de que todos le amen, y así, el pastor y las ovejas, el jefe y el escuadrón de soldados formen una confederación con un solo espíritu en la práctica de las virtudes, y así la caridad, que es. Dios, reine sobre ellos con unidad indisoluble.

11 de noviembre
San Martín de Tours, obispo
memoria
OCIST y ECMC: fiesta
OCSO: memoria
Monasterios de Oseira y de Leyre: fiesta

Nació en Panonia de padres paganos hacia el año 316. Después de abandonar el ejército y de recibir el bautismo fundó un monasterio en Ligugé, en la Galia, donde llevó vida monástica bajo la guía de san Hilario. Más tarde fue ordenado presbítero y elegido como obispo de Tours. Fue un vivo ejemplo de buen pastor: fundó monasterios, adoctrinó al clero, evangelizó a los pobres. Murió el año 397.

*Sulpicio Severo, Carta III
6.9-10.11.14-17.21: SC 133, pp. 336-344*

Martín, pobre y humilde

Martín conoció con mucha antelación su muerte y anunció a sus hermanos la proximidad de la disolución de su cuerpo. Entretanto, por una determinada circunstancia, tuvo que visitar la diócesis de Candes. Existía en aquella Iglesia una desavenencia entre los clérigos, y, deseando él poner paz entre ellos, aunque sabía que se acercaba su fin, no dudó en ponerse en camino, movido por este deseo, pensando que si lograba pacificar la Iglesia sería éste un buen colofón a su vida.

Permaneció por un tiempo en aquella población o comunidad, donde había establecido su morada. Una vez restablecida la paz entre los clérigos, cuando ya pensaba regresar a su monasterio, de repente empezaron a faltarle las fuerzas; llamó entonces a los hermanos y les indicó que se acercaba el momento de su muerte. Ellos, todos a una, empezaron a entristecerse y a decirle entre lágrimas:

“¿Por qué nos dejas, padre? ¿A quién nos encomiendas en nuestra desolación? Invadirán tu grey lobos rapaces; ¿quién nos defenderá de sus mordeduras, si nos falta el pastor? Sabemos que deseas estar con Cristo, pero una dilación no hará que se pierda ni disminuya tu premio; compadécete más bien de nosotros, a quienes dejas”.

Entonces él, conmovido por este llanto, lleno como estaba siempre de entrañas de misericordia en el Señor, se cuenta que lloró también; y, vuelto al Señor, dijo tan sólo estas palabras en respuesta al llanto de sus hermanos: “Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehúyo el trabajo; hágase tu voluntad”.

¡Oh varón digno de toda alabanza, nunca derrotado por las fatigas ni vencido por la tumba, igualmente dispuesto a lo uno y a lo otro, que no tembló ante la muerte ni rechazó la vida! Con los ojos y las manos continuamente levantados al cielo, no cejaba en la oración; y como los presbíteros que por entonces habían acudido a él le rogasen que aliviara un poco su cuerpo cambiando de posición, les dijo: “Dejad, hermanos, dejad que mire al cielo y no a la tierra, y que mi espíritu, a punto ya de emprender su camino, se dirija al Señor”.

Dicho esto, vio al demonio cerca de él, y le dijo: “¿Por qué estás aquí, bestia feroz? Nada hallarás en mí, malvado; el seno de Abrahán está a punto de acogerme”.

Con estas palabras entregó su espíritu al cielo. Martín, lleno de alegría, fue recibido en el seno de Abrahán; Martín, pobre y humilde, entró en el cielo, cargado de riquezas.

O bien:

*De los sermones de san Bernardo, abad de Claraval
In festivitate S. Martini, 15-16: BAC n° 473, pp. 639-641*

**Martín fue tan pobre de espíritu
que todos lo llamaban pobre y pequeño**

Espigaré más cuantas muestras de su virtud. San Hilario conoció muy bien su gran pobreza de espíritu, cuando intentó conferirle el diaconado y no consiguió que lo aceptara. Ante su insistencia de ser indigno de ese ministerio, le obligó a ser exorcista. En otra persona esto hubiera sido interpretado como una falta de consideración, pero estaba seguro que Martín se quedaba muy contento con el orden sagrado más humilde. Era pobre, vestía como un mendigo, no cuidaba su cabello, y su aspecto era poco agradable. Algunas malas personas alegaron todo esto contra él, cuando fue elegido obispo; pero él, tal como cuenta su historia, nunca cambió de actitud. Para decirlo brevemente, Martín fue tan pobre de espíritu que todos lo llamaban pobre y pequeño.

Escuchemos lo que dice Sulpicio de su mansedumbre: Mostraba tanta paciencia ante las injurias que, siendo sumo sacerdote, nunca castigó las ofensas que recibía de algunos pobres clérigos. Jamás los cambió de lugar por este motivo, ni les negó su amor. Éste hombre de Dios, como despreciaba la tierra, elevaba sin cesar sus ojos al cielo. Comprendía, como dije antes, que para eso tenía un cuerpo recto y vertical. Estaba convencido de tener arriba su tesoro, puesto que allí estaba Cristo sentado a la derecha del Padre y solamente allí alcanzaría lo que deseaba. No le preocupaba que le tuvieran por loco: su vivir era ya celestial, y sus ojos se dirigían a su Cabeza. ¡Cuántas veces derramaban éstos sobre sus mejillas lágrimas abundantes, nacidas de su ardiente deseo de llorar los pecados de quienes lo calumniaban!

De su misericordia con los pobres, el mismo Salvador se sentía orgulloso ante los ángeles, mostrando la media capa que él le había dado.

¡Ojalá ante el Juez supremo, con quien vive en su santo tabernáculo, se digne ser tan compasivo con nosotros, como lo fue Martín con aquellos condenados a muerte y sentenciados a diversos tormentos, para los que consiguió la libertad postrándose durante media noche a las puertas de un juez terreno! ¿No va a escucharle ahora el que entonces hizo el prodigio de que fuera escuchado?

Tenemos otra señal de su pureza de corazón en la valentía con que rechazó las acechanzas del enemigo: “Infame, nada de lo mío te pertenece; me acoge el seno de Abrahán.” Tuvo la dicha de consumir sus últimas energías en una obra de pacificación. Consciente del fin de su vida, visitó a unos clérigos enemistados: hizo que recuperaran la paz, y descansó en paz.



12 de noviembre
San Teodoro de Studion, abad
OSB, OCIST y OCSO: memoria libre

Teodoro nació en Constantinopla el año 759, y en el 780 ingresó en el monasterio de Sakkudion, donde fue ordenado sacerdote el año 787 y elegido abad el 794. Gobernó su monasterio hasta el año 798 convirtiéndolo en una auténtica escuela de sabios, de santos y de mártires, que dieron su vida como víctimas de la persecución desatada por los iconoclastas (los destructores de las sagradas imágenes). El propio Teodoro sufrió el exilio en tres ocasiones. Honró especialmente las tradiciones de los Santos Padres y escribió las célebres catequesis conocidas como instituciones de la doctrina cristiana, consciente de la fe común al orden monástico y a la iglesia. Considerado como uno de los mayores teólogos y monjes del Oriente cristiano, murió en Constantinopla el día 11 de noviembre del año 826.

*De la “Vida de san Teodoro de Studion”,
escrita por el monje Miguel
Cap 128: PG 99, col. 227-230*

Últimas palabras de Teodoro a sus monjes

Padres y hermanos míos: Como veis, he llegado al término de mi vida, término que siempre he esperado. A todos les está reservado este cáliz, si bien unos han de apurarlo antes, otros después. En efecto, desde el momento mismo en que entramos en esta vida, debemos aceptar igualmente el fin, como lo ha establecido nuestro óptimo Señor: los que disfrutaron de la vida, han de soportar también la muerte. También yo debo ciertamente emprender el camino del resto de los mortales y marchar a donde me precedieron mis padres, donde se goza de la vida eterna o, mejor, del mismo Señor, mi Dios: aquel a quien mi alma ha amado, aquel a quien mi corazón ha siempre deseado, aquel de quien he sido llamado siervo, si bien he descuidado su servicio; a él le he consagrado toda mi vida.

En cuanto a vosotros, hijitos, permaneced firmes en la doctrina que os hemos predicado, observando las reglas que habéis recibido y guardando incontaminada vuestra vida junto con vuestra fe.

Una y otra os son necesarias si queréis aguardar a Dios y serle gratos a él.

Sabéis muy bien que no he escatimado esfuerzo alguno con tal de anunciaros la verdad, antes bien, en público o en privado, he indicado a todos lo que era bueno. ¡Quiera Dios que todas estas verdades permanezcan inmutablemente en vuestras mentes!

Por mi parte, os prometo que si, en mi pobreza, el día del Señor consigo el premio esperado, ofreceré incesantemente súplicas y plegarias por vosotros, para que también vosotros podáis constantemente avanzar en la virtud y este vuestro cenobio goce de incrementos siempre mayores.

Saludad con mis palabras a los padres que no están aquí presentes.

Enviad mi saludo, con expresiones apropiadas a su rango, a los obispos y sacerdotes.

A todos los hermanos esparcidos por doquier, y a todos los demás que perseveran en un mismo testimonio de fe y de vida, hacedles llegar, de mi parte, estas mis últimas palabras.

O bien:

De las catequesis de san Teodoro de Studion, abad
Sermón 128: PG 99, col. 678-679

**Aceptemos los deberes sin reserva, apoyándonos mutuamente
y ayudándonos a cargar con su peso**

Consideremos qué cosas nos entristecen. ¿Por qué nos asaltan pensamientos impuros, que golpean nuestra alma como un ariete? Y esto a pesar de que está escrito: Si un ejército acampa contra mí, mí corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. ¿Y por qué nos pesa el yugo de la obediencia a pesar de la afirmación: Es bueno para el hombre soportar el yugo desde su juventud, y también: Mi yugo es suave, y mí carga ligera? Están aquellas palabras del apóstol Pedro: Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido ¿Qué nos va tocar? ¡Qué promesa tan estupenda y magnífica! ¿No habéis dejado también vosotros, padres, hermanos, hijos, casas, campos, y por encima de todo la propia voluntad? Tales cosas resultan muy difíciles, y sin embargo se puede decir que tú aceptas de buena gana ayunos, penitencias, vigili­as, soledad o cualquier otra obra de piedad. En realidad, las

cosas aceptadas libremente, aunque sean pesadas, resultan leves, mientras que las realizadas a la fuerza, aunque parezcan ligeras, se hacen difíciles.

Lo peor sería, pues (y los santos padres lo consideran una especie de muerte), que nuestras renunciaciones recayeran sobre alguien, que no se sometiese a ellas lealmente; alguien que no pudiese decir con el Apóstol: Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí. Ya que, quien no vive según la concupiscencia, que nos tiraniza, vive según Dios. Por lo tanto hay que imitar al que dijo: He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

Así pues, alegraos y temblad al mismo tiempo. Por una parte a causa de la bondad de Dios y por otra temiendo por la pureza de vuestra conversión, puesto que no nos mantenemos siempre iguales. Como dice el apóstol: Fijémonos los unos en los otros para estimularnos en la caridad y las buenas obras. Y no nos cansemos de dominar nuestra voluntad, pues la oración consiste en esto; no seamos negligentes con nuestros deberes, sino más bien aceptémoslos sin reservas con su carga, unidos como buenos hermanos.

Si mientras dura la lucha obráis así, no dudo que al final del certamen ganaréis la corona de gloria inmarcesible por Jesucristo nuestro Señor. A Él todo poder y toda gloria con el Padre y el Espíritu Santo ahora y siempre y por los siglos sin fin. Amén



El mismo día 12 de noviembre
San Millán de la Cogolla, presbítero y ermitaño
Monasterios de Silos y Leyre: memoria

Santos Millán, presbítero y ermitaño y monjes españoles
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

San Millán de la Cogolla, presbítero y eremita
En el Yermo de Herrera se celebra el día 14 de este mismo mes,
como memoria

Nació el año 475 en Berceo, junto a las faldas de los montes Distercios. Se retiró a los lugares más escondidos de aquel monte y permaneció alrededor de cuarenta años dedicado a la oración, ayuno y divina contemplación. Recibió el sacerdocio y poco después fue privado del cuidado de las almas confiadas por su obispo Dídimo. Desde allí volvió contento al retiro de la oración, donde fue honrado con el don de milagros y profecías. A los cien años de su vida murió el 12 de noviembre. Su antiguo lugar de oración, en el transcurso de los siglos, ha sido y sigue siendo monumento glorioso de peregrinación.

*“De la vida de San Millán”,
escrita por el obispo de Zaragoza, san Braulio
Del Códice Emilianense, siglo XI*

Dios le llamó al cuidado de las almas

Millán, el que había de ser pastor de hombres, era pastor de ovejas y guiábalas a lo más escondido de los montes. Como llegase al lugar ordenado por Dios, le vino un sueño del cielo, porque al artífice de los puros corazones, con grande artificio suele hacer su oficio. En despertando, trató de consagrarse a vida celestial, y dejando los campos, caminó al yermo.

Por fama que había, supo de cierto monje llamado Felices, varón santísimo, que moraba en el castillo de Bilibio; llegó a él Millán y sometiéndose con ánimo resuelto a su disciplina, aprendió de qué manera podía dirigirse con paso firme al reino de los cielos. Después que el ermitaño lo instruyó en los caminos de la vida espiritual, volvió a a su patria; y así llegó no lejos de la villa de Berceo, al sitio donde está su cuerpo glorioso, sin que allí permaneciese mucho tiempo, porque vio que le era difícil por la multi-

tud de gentes que allí acudían a él. Caminó a sitio más elevado, dirigiendo alegre sus pasos por terrenos escabrosos. Y cuando llegó a lo más apartado y escondido del monte Distercio, solamente disfrutaba de los consuelos angélicos, habitando allí casi por espacio de cuarenta años. Mas así como la ciudad situada sobre el monte no puede estar oculta mucho tiempo, así la fama de su santidad se extendió tanto, que llegó a noticias de casi todos.

El obispo Dídimo, entonces de Tarazona, quiso conferirle las sagradas órdenes, porque estaba en terreno de su jurisdicción. Fue obligado a obedecer, por lo cual se le confirió el cargo de cura de la Iglesia de Berceo, desempeñándolo santamente. Entre sus ocupaciones eclesiásticas se propuso ante todo, valerosa y desistramente, desterrar, cuanto antes le fuera posible, la avaricia de la casa del Señor; para ello, los bienes eclesiásticos los distribuía entre los pobres. Por eso, algunos de sus clérigos le hicieron comparecer en presencia del dicho obispo, para acusarle por los daños que inferí a la hacienda; y, querellándose, dijeron que en la administración del santo había venido tan a menos lo que la iglesia percibía que era un verdadero perjuicio. El insigne varón de Dios permanecía inmóvil en su acostumbrada tranquilidad, fortalecido con su santidad y amparado en su paciencia. Privado entonces del cargo, pasó inocente el resto de su vida en el sitio que ahora se llama su oratorio. Durante su vida obró muchos y prodigiosos milagros, con los que el mismo santo se hizo muy famoso.

Casi un año antes de su muerte, el centésimo de su vida, habiéndole sido revelado que llegaba el término de sus trabajos y había de gozar de las sacratísimas promesas del Omnipotente, trató de más su rigurosa vida: el que había consumido su cuerpo a fuerza de ayunos y vigilia, comienza de nuevo su milicia para que su fin fuese más ilustre; porque esto es ante Dios mejor y más laudable, diciendo El mismo: “el que perseverare hasta el fin, ése se salvará”. Acercándose la hora de su muerte, llamó al santo Aseclo, presbítero, con quien vivía en compañía, y en su presencia aquella alma felicísima, libre del cuerpo, fue al cielo.

O bien:

*Fragmentos de “San Millán, fundador”,
del religioso agustino Joaquín Peña
en Páginas Emilianenses, pp. 45-49,
Monasterio de Yuso, San Millán de la Cogolla, 1980*

Al historiar el desarrollo de la vida religiosa en la Iglesia, suelen los autores distinguir tres etapas. Al principio, los que se proponían observar los consejos evangélicos permanecían en el seno de la familia. Después, para obviar las dificultades que naturalmente tenían que encontrar viviendo entre los suyos en el mundo, buscaron la soledad en los desiertos, dando origen al anacoretismo. Finalmente, para lograr con más facilidad la perfección evangélica practicando la obediencia y, sobre todo, la caridad, se reunieron en cenobios o monasterios.

San Millán, nacido posiblemente en 473, firme en su propósito de entregarse totalmente al servicio divino, pasó por esos tres estados. Adoctrinado por el solitario de Bilibio, vuelve al lugar de su origen, a Suso. Pronto advierte que, novicio en las lides espirituales, le es de gran embarazo para avanzar en el camino de la perfección la multitud de gente que a él acudía. Deja, pues, a su familia y se interna en lo más fragoso y escondido del monte Distercio, viviendo cerca de cuarenta años privado de la compañía de los hombres y sometiendo su cuerpo a rigurosas penitencias. Ordenado sacerdote y libre, al poco tiempo, del cuidado pastoral, se retira a su domicilio de Suso y, ya de edad proveya y lleno de virtudes, recoge a hombres y mujeres que quieren tenerlo por guía espiritual. De este modo se va formando el monasterio de Suso.

Unos párrafos de la Vida brauliana de san Millán, breves pero expresivos, nos dan a entender que en los últimos años de su vida dirigía una comunidad de sagradas vírgenes y otra de monjes o religiosos. En el capítulo XXIII habla san Braulio de las mujeres que servían al santo en su decrepita ancianidad, a las que llama “vírgenes sagradas”, “vírgenes de Cristo” y “siervas de Dios”, términos todos que indican ser personas consagradas al servicio divino. De ellas sólo conocemos el nombre de una, que se llamaba Potamia. En otro capítulo dice que san Millán, al acercarse la hora de su muerte, “llamó al santísimo presbítero Aselo, con quien vivía colegialmente”; y al comenzar la biografía nos da los nombres de los sacerdotes Citonato, Sofronio y Geroncio, quienes, como

testigos presenciales, le relataron fielmente la vida de su maestro. Aparece también en el capítulo XXII un ministro que era el dispensero, pues estaba encargado de la guarda de las provisiones. Con éstos y acaso con otros que no se nombran estaba formada la comunidad de monjes, a todos los cuales, así como a las religiosas, presidía y gobernaba san Millán. Acaecida su muerte “fue llevado su cuerpo —según san Braulio— con mucho acompañamiento de religiosos (multo religiosorum obsequio), y depositado en su oratorio, en el que aún permanece”.

Como en torno al sepulcro de san Millán seguían realizándose curaciones y hechos prodigiosos, los monjes de Suso enviaron a San Braulio una relación de tales prodigios, y el santo biógrafo — como lo advierte en la carta dedicatoria— los añadió al fin del libro. Son cuatro, y uno de ellos es el siguiente: “En el año próximo pasado, siendo la víspera de la festividad de san Julián mártir, como faltase el aceite para aderezar las luces, no pudo ser encendida la lámpara; más levantándose a las vigiliass o maitines la hallaron tan llena de aceite y tan luciente que no sólo ardió hasta la mañana, sino que con la abundancia de lo que sobró el milagro produjo otros milagros”.

Mucha razón tiene el P. Pérez de Urbel al decir que san Millán fue creador de uno de los centros monásticos más importantes de la edad media y fundador de su abadía.



13 de noviembre

Todos los Santos que sirvieron a Dios
siguiendo la Regla de Nuestro Padre San Benito
OSB, OCIST y OCSO: fiesta

Monasterio de la Santa Cruz del Valle:
Se celebra el día 7 de noviembre como memoria

Monasterios de Silos y Leyre:
Se celebra el día 8 de noviembre como memoria

Ésta es la fiesta de todos los santos monjes y monjas, que han alcanzado en la escuela de nuestro padre san Benito la gracia de la perfección y de la santidad de la vida monástica. Ellos son para nosotros un modelo e interceden en favor nuestro ante Dios, fuente y origen de toda santidad.

*Del libro de Guillermo de Saint-Thierry, “Diálogo con Dios”
XII, 14-15, col. Padres Cistercienses n. 2
Monasterio de Azul, Argentina 1977, pp. 215-217*

Estos son los que te aman

Oh Padre que estás en el cielo, tú que guardas la abundancia de tu dulzura para los que te temen, perfeccionas a los que esperan y sobre todo a aquellos cuyas obras brillan ante los hijos de los hombres para tu gloria.

Esos son los que te aman. Su sabiduría no es la del espíritu de este mundo ni la prudencia del siglo presente; porque no conocieron ciencia humana, penetraron en el poder del Señor y, como pobres de espíritu, se acuerdan tan sólo de tu justicia. Tú les instruiste para que en su vida y costumbres exalten tus maravillas. Estos son tus siervos sencillos con quienes te agrada conversar y que yendo hacia ti, no tienen su esperanza puesta en los carros de sus ingenios ni en los caballos de sus fuerzas, sino sólo en el nombre del Señor.

Por tanto, tu sabiduría les dispone todo con suavidad, y por un corto atajo y con bagaje ligero, alcanzan el fin propuesto, mientras que los carros y caballos desfallecen. Ellos no forman ni se conforman a tu amor indagando con sutilezas sino que tu mismo amor, encontrando en ellos materia simple, los forma y los conforma a Sí mismo por el afecto y los efectos. Aquí incluso se hace

caso omiso de lo que se oculta en el interior, es decir, de la gloria y riqueza que guardan en la casa de la buena conciencia; así, no por intento artificial, sino como por cierto engranaje natural, la luz interior reverbera en sus rostros exteriores de tal modo que de su figura y de sus modales emana tal sencillez encantadora, tal contagio de tu caridad que a veces incluso los mismos espíritus rudos e incultos con sólo mirarlos, se sienten punzados hacia tu amor.

De este modo remontan la naturaleza a su origen sin ayuda de doctor alguno, se convierten en los docentes de Dios, y sus espíritus, gracias a tu Espíritu Santo que les sostiene en su debilidad, pasan a las divinas afecciones, mientras que transformados por una disciplina espiritual sus mismos cuerpos reciben ciertas improntas espirituales y sus rostros, más que humanos, reflejan una gracia especial. Sus carnes sembradas de corrupción, comienzan ya a resucitar para la gloria mediante los ejercicios ascéticos para que, en fin, su corazón y su carne, juntos, exulten en el Dios vivo. Así, estando mi alma sedienta de ti, mi carne sienta la misma sed.

En verdad, los mansos bienaventurados poseen la tierra de su cuerpo, que fecundada por la ascesis de los ejercicios espirituales, por las buenas costumbres, y por otra parte abandonada incluso a sí mismo y en barbecho, fructifica espontáneamente con ayunos, vigiliias y trabajos, y está dispuesta sin oposición ni pereza a cualquier obra buena. Avanza progresando con infatigable constancia hacia ti; y, cooperando con tu gracia, crece en su avance para que no desfallezca mientras tú no la perfecciones.

O bien:

*“El monje y el cielo”, de Jean Leclercq
“El amor a las letras y el deseo de Dios”. Introducción a los autores
monásticos de la Edad Media, Salamanca, 2009*

El primero, el más importante de los temas que han aplicado los monjes del medievo al arte literario, es lo que podríamos llamar la devoción al cielo. Esa lengua nueva que ellos crearon, la utilizaron los monjes con predilección para traducir ese deseo de cielo que está de tal manera apegado al corazón de todo contemplativo, que se convierte en la nota característica de la vida monástica. Hablar, pues, de esa aspiración al cielo será evocar la atmósfera espiritual en que se desarrolla la cultura monástica. Se trata de datos constantes y comunes para todas las épocas.

Se dan, no sólo capítulos en sus obras de espiritualidad, sino tratados enteros con títulos como estos: “Acerca del deseo del cielo”; “Para la contemplación y el amor de la patria celestial, que no es accesible más que a los que desprecian el mundo”; “Los de la Jerusalén celestial”; “Sobre la felicidad de la patria celestial”. Ora constituyen estos textos exhortaciones y elevaciones en prosa o en verso, ora alternan versículos de los salmos con puntos de meditación y fórmulas de oración. Tal como se hace hoy el ejercicio de la buena muerte, se hacía entonces el ejercicio de Jerusalén; se reflexionaba sobre el cielo, se sostenía uno con el deseo de llegar a él un día, y se pedía gracia para eso.

Todos los temas utilizados tienen un origen bíblico. La inspiración primaria viene siempre de la Sagrada Escritura. Es un hecho, efectivamente, que, en toda la literatura monástica, incluso en los escritos cuyo fin no es tratar de la beatitud del cielo, se trata continuamente de él.

San Bernardo define al monje como un habitante de Jerusalén —*monachus et Jerosolymita*—. No se trata de que deba habitar físicamente en la ciudad en que muriera Jesús, en el monte sobre el que se dice ha de volver, ya que, para él, ese lugar está en todos los lados. Habita especialmente en el sitio desde donde, lejos del mundo y del pecado, se acerca uno a Dios y a los ángeles y santos que le rodean. El monasterio participa de la dignidad de Sión; comunica a todos sus moradores los bienes espirituales propios de los lugares santificados por la vida del Señor, por su pasión y ascensión y que verán su glorioso retorno. El monte del retorno es el símbolo del misterio monástico. Y todo cristiano que se hace monje es como si residiera en ese lugar bendito. Allí es donde puede unirse a la verdadera ciudad santa. Y san Bernardo añade: “Jerusalén designa a aquellos que llevan en este mundo, la vida religiosa; imitan éstos, en la medida de sus fuerzas, al precio de una vida honesta y honrada, las costumbres de la Jerusalén celestial”.

La Jerusalén de lo alto es el fin al que tiende el monje. A ella se elevará por medio de todo lo que evoque —y realice— una ascensión, y ésta introduce a toda una serie de temas. En primer lugar, el de la ascensión por excelencia, que es la de Cristo. El monje abandona el mundo. Como todo cristiano, se aparta de él. Se va a un desierto, con frecuencia a un monte, con el fin de realizar mejor el programa que la Iglesia en la fiesta de la Ascensión enseña a

todo fiel: “Habitar en las regiones celestiales...”. Conservaron los apóstoles los ojos fijos en el cielo. Dos ángeles vinieron a advertirles que no lo verían ya hasta que volviera. Mas los monjes tienen este privilegio de seguir mirando. Saben que no verán en absoluto al Señor; vivirán, pues, en la fe. Seguirán allí no obstante. Su cruz será amar sin ver, y mirar, sin embargo, siempre; no fijar los ojos sobre nada fuera de Dios, invisible y presente.

Su testimonio frente al mundo, será mostrar, por su sola existencia, la dirección hacia donde es preciso mirar. Se tratará, por tanto, de precipitar, mediante el deseo y la plegaria, la consumación del Reino de Dios.

O bien:

*“Acerca del desprecio del mundo”,
Jan van Schoonhoven, canónigo regular de Groenendaal
Jan de Schoonhoven, “De contemptu huius mundi”,
edition critique et analyse doctrinale, Bruxelles, 1963*

Con el madero de la cruz, atravesemos el Mar Rojo

Se cuentan las siguientes palabras de un filósofo: “Cuando pienso en la paz y en la tranquilidad de las que goza un corazón puro, en el gozo que disfruta un espíritu que contempla a Dios, cuando reflexiono en la seguridad y en la esperanza que habitan un corazón que ama a Dios, estimo que buscar tales realidades, no es más que vivir como Dios. Me digo que es ciego aquel que persigue otra cosa, porque toda criatura es imperfecta”.

Todo lo que pasa no es más que agitación, y lo que está sometido al tiempo es de corta duración, cambiante y de poco valor.

El hombre, nacido de mujer, tiene una vida corta, pero tormentos hasta la saciedad. Semejante a la flor, se abre, luego se aja, huye como la sombra sin descanso; tan pronto ama una cosa, como otra, le disgusta aquello que amaba, por desear lo que no le agradaba; no hay nada estable, nada duradero. Mientras nuestra vida transcurre, es imposible encontrar un estado permanente: en efecto, vivir para nosotros, ¿es acaso otra cosa que la decadencia de la vida? Como lo dice san Agustín: “¿Qué es la vida del hombre, sino una carrera hacia la muerte, qué es el vivir, sino tormento continuo?”.

Luego si el mundo es fuente de tantos males, ¿qué es lo que nos grita, sino que le tengamos horror? Pero nosotros, por el ciego espíritu a los apegos, nos gozamos en sus amarguras. Perseguimos lo que huye, nos apoyamos en lo que se hunde: incapaces de retener lo que escapa a nuestras presas, no podemos sino caemos con lo que se desvanece. Quien se apoya en lo que se hunde se desploma inevitablemente.

Todos los santos han atravesado el mar de este mundo. “Es difícil, por no decir imposible, afirma san Jerónimo, gozar a la vez de los bienes presentes y de las realidades futuras. No se puede pasar sin ruptura de los goces terrestres a las felicidades celestes; nadie sobresale en las realidades de este mundo y en las del otro”.

Quien quiera entrar en la tierra prometida, es decir, en la gloria de la patria celeste, debe en consecuencia proveerse, necesariamente, del madero de la cruz, atravesar el mar Rojo, pasar de Egipto al desierto; en otros términos, renunciar a una vida ennegrecida por los goces mundanos y pecaminosos, para abrazar la austeridad de la penitencia y morir al pecado con Cristo. Entonces, a la hora de la muerte, escuchará como el buen ladrón estas dulces palabras de Cristo: Amén, yo te lo digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. Con Cristo, pasemos, pues, de este mundo al Reino del Padre: cuando veamos al Padre, podremos decir con Felipe: Esto nos basta. ¡Bendito sea el Señor desde siempre y para siempre! Y todo el pueblo dirá: ¡Amén! ¡Amén!

O bien:

*Del libro “La escuela del claustro”, de Pierre de Celle
Petrus Cellensis, “Tractatus de disciplina claustrali”, Epilogus
PL 202; SC 240, pp. 316-318*

En el claustro se contempla lo que permanece eternamente

¡Gran trabajo tener que ocuparse de cosas difíciles y, como Josué, tener que seguir guerreando contra los enemigos! Mas no se consiguen grandes recompensas sino con grandes trabajos. Desde el punto de vista del derecho, el mérito y la recompensa deberían ir a la par, pero desde el de la gracia, la recompensa es superior al mérito.

Es ciertamente digno de admiración que por encerrarse durante un breve tiempo en la angostura de un claustro se merezca des-

pués poseer durante toda una eternidad los espacios infinitos del cielo; que por secar con la abstinencia nuestra carne hecha del limo de la tierra se reciba con los ángeles en la resurrección un cuerpo espiritual, libre ya de todo impedimento material, que el tumulto mundano sea canjeado por las melodías de los ángeles, que por la desolación se reciba consuelo, por la pobreza riqueza, por la sumisión gloria, por un padre a Dios Padre, por unos hijos a Dios Hijo, por unos parientes y por unos afectos carnales a Dios Espíritu Santo.

Nunca un vendedor realizó una venta parecida, nunca un comprador tal compra, nunca un negociante semejante intercambio. Sin embargo “fue necesario que Cristo padeciera para entrar en su gloria”. Así fue como intercambió y como enseñó a intercambiar aquel que restauró lo que hay en los cielos y en la tierra, aquel que sufriendo aprendió la obediencia: el poder y la gloria de la obediencia.

Esta esperanza tiene su puesto dentro de los claustros, y ni pierde calor con los rigores del invierno ni se seca con los calores del estío. En ellos se contempla, no lo que pasa con el tiempo, sino lo que permanece eternamente. En ellos se tiene conciencia de que el trabajo de la disciplina es temporal y que le sigue la vida eterna. Se saborea ya ahora por adelantado las primicias de lo que se espera, y la paciencia, que sin esperanza sería amarga, se hace dulce. El tedio se convierte en anhelo, el tormento en placer, el retraso en espera ilusionada, como le sucedía a Jacob a quien los días le parecían pocos por el amor que tenía a Raquel.

O bien:

*De los Sermones de san Bernardo de Claraval, abad
Sermones varios, XI: BAC, Obras Completas, VI, pp. 116-120*

Renunciemos también al mundo y a la propia voluntad

Sabéis muy bien, hermanos, pues profesáis firmemente la fe católica, que en el bautismo el Padre celestial adopta a los que renuncian al diablo y los traslada del dominio de las tinieblas al reino de su Hijo glorioso. ¿Es posible que aquel hombre fuerte, encadenado por otro más fuerte, fuera capaz de arrebatarse violentamente su antigua morada? No, pero la encontró vacía y estúpidamente abierta. Y se instaló en ella con toda libertad, acompañado de otros siete no más fuertes, sino peores, entrando por la puerta sin

necesidad de combatir. ¿Quién le admitió? La propia voluntad. Ella fue quien se entregó de nuevo al poder de las tinieblas y la que nos sometió al imperio de la muerte.

Hermanos, nos conviene recibir un nuevo bautismo; debemos firmar un nuevo pacto y hacer una nueva profesión. Y a no basta renunciar al diablo y a sus obras; debemos renunciar también al mundo y a la propia voluntad. Aquél nos sedujo y ésta nos entregó. En el primer bautismo, la voluntad no nos había causado ningún mal, y por eso nos bastó renunciar al diablo, por cuya envidia entró el pecado y la muerte en el mundo y se propagó a todos los hombres.

Ahora, en cambio, hemos experimentado hasta la evidencia los halagos de este mundo falaz y la debilidad de nuestra voluntad. Por eso, en este, llamémosle así, segundo bautismo de nuestra conversión, procuremos reparar sabiamente el primer pacto y confirmarlo, renunciando también a nuestros propios caprichos. Esforcémonos, hermanos, en no dejarnos contaminar por el mundo, pues esa es la religión pura y sin tacha a los ojos de Dios.



El mismo día 13 de noviembre
Santos y Bienaventurados de la Orden Cartujana
OCART: 12 lecturas

*De la carta de nuestro padre Bernardo de Portes
al recluso Raynand*
SC 274, pp. 65. 71-75

Acuérdate que te hace falta aplicarte sin descanso a la oración: vela para dedicarle el mayor cuidado. Ninguna preocupación debe jamás apartarte de ella, ni siquiera el peso de alguna enfermedad. No ruegues solamente por tu salud, sino por todos aquellos fieles vivos, difuntos o llamados a vivir, especialmente por aquellos de los cuales tú recibes ayuda, y, al mismo tiempo, por nosotros.

Entonces, confiando en la ayuda del Espíritu Santo que, según la palabra del Señor, enseña a los santos a orar con gemidos innarrables, entra en el santuario de tu corazón, cierra la puerta a las vanidades y a los pensamientos impuros, con los cuales el enemigo intenta invadirte, y ora a tu Padre en secreto. En todo tiempo, según tus posibilidades y la gracia del Señor, pero sobre todo en estos momentos, guarda tu corazón con extremo cuidado.

Pues un verdadero amor y una fe ferviente en la cruz de Cristo, vuelven vanas todas las maquinaciones del enemigo, y la oración acompañada de lágrimas vence y echa fuera todo género de tentación. Tales son las armas y los combates de la lucha que sostienes en presencia del Rey, cuyo servicio tú acabas de abrazar. Sabe que tú has encerrado tu cuerpo y que lo has liberado de las preocupaciones exteriores, con el fin de que tu corazón pueda vacar libremente a ella. Pasarás por grande a los ojos de los hombres, porque te dirán *recluso*, pero no podrás ser grande ante Dios si no realizas todo esto con el mayor celo y la mayor vigilancia. Los hombres, en efecto, no prestan atención sino a lo exterior; pero el Altísimo juzgará las disposiciones interiores. Y si tú te encuentras a veces incapaz de cumplir este programa de vida, confiesa humildemente ante Dios tu falta de devoción y tu imperfección, pide ardentemente y con piedad el socorro de la gracia de aquel que dice: “Sin mí, no podéis hacer nada”.

Las Sagradas Escrituras te enseñan continuamente que la humildad es la guardiana de todas las virtudes, y que toda virtud, sin ella, está desprovista de todo apoyo: mucho más, es ya ella

misma una virtud. Cuando tú te entregues al ayuno, a la oración, a la salmodia, no faltarán enemigos invisibles para aplaudirte y gritar: “Bravo, bravo, ¿quién se parece a ti? ¿Quién sabe agradar a Dios hasta tal punto? ¡Oh si los hombres conocieran tu santidad!” Pero tú, responde enseguida en tu corazón a estos enemigos, recurriendo a las palabras del profeta: “Estremézcanse de ignominia los que me gritan: ¡Ea, ea!” Y añade: “Yo soy pobre y desgraciado”. Pues es enteramente verdad, que serás siempre menesteroso y pobre, cualquiera que sean con el tiempo tus progresos en la virtud, y no podrás obtener una plena victoria sobre el enemigo invisible, hasta el día en que alcances a Aquel a quien tú dices: “Tú me llenarás de alegría ante ti”, y “Me saciaré, al despertar, de tu semblante”.

Si acontece que un hombre te alabe en tu presencia, no creas estas palabras de un extraño más que al testimonio de tu propia conciencia, y acuérdate de la Escritura que dice: “Aquellos que te declaran bienaventurado, te engañan”. Para no enorgullecerte de ti mismo por tus progresos, recuerda lo que dice el apóstol: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te envanece como si no lo hubieras recibido?” Para alejar el deseo del favor humano, escucha al Señor que te dice: “Estad atentos a no hacer vuestra justicia ante los hombres para que os vean; de otra manera, no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos”. Él declara también de aquellos que obran de tal modo: “En verdad os digo que ya han recibido su recompensa”. No creas, no obstante, que sea un mal ser alabado por los hombres, si el halago no es la causa; puesto que está escrito por el contrario: “Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios”. Pero lo que es un mal, es ansiar la alabanza o amarla.

O bien:

*Carta de Filoxeno de Mabboug
a un judío convertido, que eligió la vida perfecta
Revue “L'Orient syrien” 1961, pp. 43-50*

Hay dos caminos para ir a Dios: el camino austero de los trabajos corporales, y la senda estrecha de los pensamientos espirituales. Aunque sea uno el hombre que camina, el viaje se presenta bajo dos aspectos: un camino a seguir, una puerta a franquear, según la frase de nuestro Salvador: “Estrecha es la puerta y angosto el

camino que conduce a la vida”. La angostura se refiere al camino y la estrechez a la puerta, porque, sólo después de haber andado por el camino de trabajos austeros, es cuando el hombre adquiere la ciencia particular de los misterios de Cristo. De ahí se deduce si su ciencia procede de los trabajos, y no de las palabras. Las palabras, en efecto, no engendran más que palabras, y si uno va con palabras en busca de la ciencia de Cristo, no hallará finalmente más que palabras. En cambio, al que va en busca de dicha ciencia mediante trabajos y austeridades, Cristo que es la ciencia misma en persona, se le mostrará hasta dejarse abrazar. Él le hará subir y escalar los más altos grados, y lo hará digno de una herencia excelente. Cuando las austeridades lo han conducido a la ciencia, y los trabajos lo han atraído a la sabiduría, la ciencia de Cristo, como madre bondadosa y nodriza, recibe al que había partido en su búsqueda, después de haberle exigido el control de los pensamientos y la mortificación de los sentidos.

Así como es penoso a los miembros dejar la vida corporal, también lo es a los pensamientos despojarse de los movimientos groseros y carnales. Y así como el hombre no se viste de virtud sino después de haberse desnudado de los placeres carnales, así tampoco puede el espíritu revestirse de la admiración propia de la ciencia espiritual, sino arrancando y echando lejos de sí hasta la sombra del recuerdo del mundo. Dicho de otro modo: mientras la imagen corporal no haya sido del todo abolida en el entendimiento, éste no recibirá el sello de la imagen espiritual. Ahora bien, esto se consigue gracias al silencio que a ti te gusta, el silencio que aprecias más que toda otra cosa, según me dices. Por eso sé que has encontrado a Cristo mismo, sabiduría de Dios y poder de Dios, y has experimentado su presencia. De hecho, si no se comprende la palabra del Sabio no agrada el vivir con él, y si no se ha experimentado de antemano el poder de la ciencia del amor de Cristo, no se aprecia el silencio que nos hace aproximarnos a él.

El deseo de convivir con un maestro puede proceder de dos motivos: o que uno haya comprobado la fuerza de su palabra, o que desee instruirse. Por dos motivos también el hombre abraza el silencio por Dios, alejándose del mundo: o porque ha alcanzado el grado de pureza del entendimiento que le hace sentir la presencia de Dios, o porque, habiendo oído hablar de ese bien, se apresura en su busca. Quien ha sentido la suavidad de tal dulzura, aunque no fuera más que una gotita, se siente impulsado por la gracia a

subir y a sentarse a la mesa del banquete de las opulentas delicias de la ciencia divina. Así, pues, el silencio material conduce al espiritual, y éste eleva al hombre hasta la vida en Dios. Pero si el hombre cesa de vivir en silencio, no conversará con Dios. Por eso, mientras el espíritu no haya hecho callar todo el bullicio de la agitación mundana, no puede esperar ni balbucir una conversación con Dios.

Todos nosotros, por naturaleza, somos hombres de silencio; pues todos los que han sido hallados dignos, se han revestido del hombre nuevo por el bautismo del Espíritu. Pero, aunque nos hayamos revestido completamente, hay unos que lo perciben y otros no, porque el haberse revestido del hombre nuevo es efecto de la gracia; pero el percibirlo, es efecto de una vida vivida en la alegría. En efecto, en aquel que, mediante las austeridades y las penalidades, se aplica a despojarse totalmente del hombre viejo, el hombre nuevo se manifiesta plenamente. El que amputa y arroja de sí un solo miembro, siente que le crece otro nuevo miembro en lugar del amputado; pero si, según nuestra diligencia, amputamos dos, cinco o diez miembros, serán dos, cinco o diez nuevos miembros que crecerán en su lugar, a fuerza de perseverancia. Es así como el Apóstol nos enseña a despojarnos de las obras del hombre viejo, y a revestirnos del hombre nuevo, que el Creador va renovando siempre según su imagen.

Tú has conocido bien al hombre nuevo que has revestido hasta sentir su presencia, al contrario de otros que lo tienen enterrado en sí: su hombre viejo sirvió de tumba al hombre nuevo de que se habían, sin embargo, revestido al salir de las aguas bautismales. El hombre nuevo no tiene vida en ellos, no prueba nada, ni se mueve, ni siente nada de lo que le conviene, así como un muerto en la tumba no tiene actividad alguna. Reconoce, pues, y cree que el beneficio que consiste en amar el silencio y sentir la operación del Espíritu, se hizo presente en ti en realidad como una gran gracia, dado que no se halla actualmente más que en muy pocas personas. Por otra parte, si perseveras en el silencio exterior como en el interior para purificar tus pensamientos y cuanto puede ser visto por los ojos y percibido por el espíritu, y además perseveras en las austeridades que contribuirán a robustecer tu débil cuerpo, llegarás a ser perfectamente digno de conversar con el Señor.

Dejando el balbuceo actual de tu hombre espiritual, te elevarás hasta la conversación perfecta con aquel que es la ciencia, y hasta

la visión amorosa y cara a cara, como lo afirma san Pablo: “Ahora vemos como en un espejo, entonces veremos cara a cara”; y como dijo nuestro Salvador, él mismo: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”. La pureza del cuerpo, que reprobueba tan sólo los deseos, no ve a Dios; mas la pureza del corazón que desecha además los movimientos secretos, puede ver a Dios, según el testimonio de Dios mismo. Con todo, la pureza del cuerpo acerca a la pureza del corazón, y la pureza del alma busca a Dios. Los deseos del cuerpo son canales y puertas por donde entran en el alma las pasiones. El que, mortificándose, domina los deseos del cuerpo, cierra con su intransigencia esos mismos canales. Entonces el alma se sosiega, liberada de lo que la perturbaba, habiendo desaparecido las causas de su agitación. Y ella comienza a conocer algo del gozo irradiante del hombre nuevo en toda su pureza y alcanza la visión intelectual, que le permite prestar atención a lo que la sobrepasa.

En el hombre nuevo los ojos del cuerpo se vuelven hacia el alma, y los ojos del alma se vuelven y levantan hacia las promesas espirituales que la sobrepasan. Y así como el cuerpo, libre ya de los enredos del mundo, vive fácilmente con el alma, de igual modo el alma, libre de las ataduras de los deseos corporales, vive con agrado en los misterios espirituales que la sobrepujan. Como el alma está junto al cuerpo y unida a él, aunque el cuerpo no la perciba, así también las cosas espirituales están emparentadas y unidas al alma, aunque ésta no las perciba. El cuerpo tiene experiencia del alma solamente por la satisfacción de sus deseos, y el alma tan sólo por la sollicitación de las palabras de la ciencia de los misterios tiene experiencia de ellos, pero sin apegarse a su formulación material, sino penetrando en la oscuridad del conocimiento de esos misterios. En efecto, se trata de palabras nuevas, sacadas de los misterios y expresadas con conceptos humanos.

Vuélvete siempre hacia tu diestra, en donde está Cristo, como modelo perfecto. Tú, hombre espiritual, represéntate, de igual modo junto a ti, a Satán, constantemente a tu izquierda. Cristo está del lado más fuerte, para que, gracias a su poder, lo que siempre es débil por naturaleza en nuestros miembros, se incline hacia el lado derecho, donde está nuestro jefe. De ese lado se halla nuestro sostén, como nos lo reveló David por la palabra del Espíritu que residía en él: “Él está a mi derecha: no vacilaré”. Te conjuro por Jesús, el Dios de tu amor: cada vez que ores, acuérdate de tu

pequeñez. Enseña a todos que Cristo es Dios, uno de la Trinidad, que ha padecido y muerto por nosotros. A Él, a su Padre y al Espíritu Santo, gloria y acción de gracias por su obra salvífica, por los siglos de los siglos. Amén.

O bien:

Homilía de Martirio Sahdona, obispo y monje

Lectura tomada del “Libro de la Perfección” de Sahdona de Halmon, obispo de Mahoze. A. de Halleux, Martyrius (Sahdona). Oeuvres spirituelles, vol. 1-3. Livre de la Perfection; vol. 4. Lettres à des amis solitaires; Maximes sapientiales (CSCO 200-1, 214-5, 252-5; 1961, 1965)

Cristo, nuestra esperanza y nuestro Dios, al enseñar, a quienes se preocupan por su salvación, a abandonar el mundo e ir al desierto y a vacar a Dios en la oración y en la contemplación espiritual, mostró por sus palabras y ejemplos que ningún lugar es tan conveniente para la oración y para ver a Dios como un sitio recogido, solitario y aislado de los hombres. Allí los sentidos exteriores del cuerpo se sosiegan y se reprimen, como también los impulsos interiores del alma; al apaciguarse el tumulto del mundo, el espíritu se serena, el pensamiento se libera de la perturbación de los afares terrenos, y el hombre se purifica y limpia de toda impureza carnal y espiritual; el ojo de su saber ilumina y brilla, para que pueda mirarse bien a sí mismo, y mejorar y dirigir sus acciones por el camino puro de la justicia. Se eleva a lo alto, se mantiene ante el Señor y percibe la representación de la imagen gloriosa y sumamente santificadora del Señor que lo creó.

Mora en Dios, gracias a su santidad, y Dios mora constantemente en él, esperando infundirle el gran recogimiento de su manifestación, liberarle del cuerpo y de los impulsos de los pensamientos humanos, como si estuviese liberado del mundo, introducirle y fijarle siempre consigo en la nube, el rostro irradiante y sin velo. Oh recogimiento, cuyas maravillas comenzaron a ser figuradas a partir de Adán, nuestro primer Padre, y cuyos prodigios crecieron hasta nosotros, al ir pasando todas las generaciones. La belleza de tus proezas resplandece en los hombres de verdad, que contemplaron tu majestad. Ellos se alejaron del mundo y de sus disipaciones, para poder adquirir, en la desolación del desierto, recogimiento tanto para el cuerpo como para el alma, y, mediante su re-

cogimiento sosegado, atraerte a sí, a ti, recogimiento asombroso, sobrenaturalmente infundido por el Señor.

Si nuestro Señor, paladín, vencedor y santo, fuente universal de santidad, de ánimo y de victoria, no descuidó las fatigas del ayuno, ¿quién, entre los seres carnales, débiles y culpables, manchados sin cesar con el fango de las pasiones, podría descuidar y despreciar el ayuno? ¿Quién tendría la osadía de pretender que las perversas pasiones carnales hayan llegado a tocar el cuerpo del Señor, completamente santo y templo magnífico de la Divinidad? Y, sin embargo, tan ajeno como él era, no rehusó la pesada molestia del ayuno, para enseñarnos mejor la gran virtud y la santidad que él proporciona a los que lo practican. Así como se bautizó para mandarnos recibir el bautismo a ejemplo suyo, así ayunó para enseñarnos a ayunar a imitación suya. Todo bautizado debe prepararse para la guerra contra el Maligno, como nuestro Señor; por eso debe armarse con el ayuno, como él, aunque haya recibido profusamente el Espíritu.

Ayunemos, pues, según la voluntad de Dios, sinceramente y de todo corazón, sin hacer nuestro ayuno según la voluntad de Satán, por hipocresía, ayunando para ser vistos, como para agradar a los hombres: si recibimos nuestra recompensa de los hombres con sus vanas alabanzas, estaremos excluidos de la recompensa divina, como nuestro Señor dijo de los fariseos ciegos, disuadiendo de imitarlos: “Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa”. Una vez hechos perfectos por el ayuno de todo mal, hambrientos y sedientos, en el espíritu, de la dicha que viene de Dios, podremos evitar la amenaza del hambre reservada el último día a los hartos de este mundo, y mereceremos la bienaventuranza de ser saciados, prometida por nuestro Señor a los hambrientos, en estos términos: “Dichosos vosotros, que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados”.



El mismo día 13 de noviembre
Santos Benito, Juan, Mateo,
Isaac y Cristino, eremitas y mártires
ECMC: fiesta

Los discípulos de san Romualdo, Benedicto de Benevento y Juan, dejando el yermo del Pereio en el otoño del año 1001, se trasladaron al ducado de Polonia para participar en la obra de evangelización a las poblaciones asignadas en los territorios del imperio y del mismo ducado. Fundada una comunidad monástica, comenzaron a acoger jóvenes y prepararlos. Entre estos estaban los dos hermanos Mateo e Isaac. Los discípulos de san Romualdo, los dos hermanos eslavos y el cocinero de la comunidad Cristino fueron asesinados por una banda de ladrones el 11 de noviembre del año 1003. Recibida la noticia de su muerte el papa Juan XVIII inscribió sus nombres en el catálogo de los santos mártires.

*De la “Vida de los cinco hermanos”,
de san Bruno de Querfurt*

J. Karwasinska, 1. Vita quinque fratrum eremitarum [seu] Vita uel Passio Benedicti et Iohannis sociorumque suorum auctore Brunone Querfurtensi.

*2. Epistola Brunonis ad Henricum regem, in MPH, n.s., IV, 3
Warszawa 1973, pp. 27-84;*

Traducción privada a partir de Ed. Camaldoli, 1996, pp. 91-93.

No amaban el poder ni la riqueza de este mundo

De verdad eran hermanos, Juan y Benito: hermanos en espíritu y verdad. Sus virtudes no son medidas con el metro de la duración, sino con el de la intensidad. Estuvieron poco tiempo en el monasterio y un poco más en el yermo, pero ese tiempo bastó para mortificar su egoísmo con sus apetitos y vicios. Iguales en la obediencia y en la humildad, eran diferentes en la paciencia y en la caridad. Jóvenes de edad, eran maduros de ánimo; unidos en la hermandad aquí en la tierra, se esforzaban de común acuerdo a vivir ya las realidades eternas.

No amaban el poder ni la riqueza de este mundo, por lo cual alcanzaron a custodiar sus virtudes y a soportar la saludable tristeza y el dolor íntimo que les afligían. A diferencia de nosotros, flojos y bellacos: se sentían miserables no porque hubiesen faltado de

hacer algo útil, sino porque no habían llevado a cumplimiento la vocación de quien, como María, elige la parte mejor y se ciñe los lomos para el trabajo (cfr. Lc 10, 42).

Temían faltar a la justicia de Jesús y de incurrir en la ira de Dios, si no hubiesen “llegado a ser un espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (1Cor 4, 9), sino que en cambio hubiesen permanecido como espectadores, fuera de la batalla. Temían no ser admitidos en la carrera, estando prontos a correr, en cuanto, “no depende de nuestro querer ni de nuestro correr; depende de Dios que usa misericordia” (cf. Rm 9, 16).

Querían resucitar a los polacos desde la muerte del paganismo a la vida en Cristo. Estaban convencidos de recibir la misericordia del Padre en la medida en la cual ganaban las almas, trabajando al servicio de Aquél que nos ha amado hasta entregar a su propio Hijo. Así querían, en cuanto dependiese de ellos; si en cambio Dios, que nos da todo aquello que es bueno, hubiese dispuesto para ellos la buena ocasión de beber el cáliz de la salvación, de buena voluntad lo habrían bebido. No querían, en cambio, que alguno pecase, sino que todos fueran salvados; lo deseaban con todo el corazón, prontos a cualquier fatiga por el nombre de Cristo Señor.

En la cumbre de la tristeza, cuando menos lo esperaban, vino la salvación de Dios. Con el corazón destrozado, recordaban con dolor lo poco que habían hecho; no querían entrar con las manos vacías al reposo eterno. Pero los huéspedes violentos, con sus espadas y sus inhumanos propósitos y a cambio de un momento de amargura dieron a nuestros hermanos una dulzura eterna y un bien infinito que cancela todo mal.

Para hacer completa la gracia de Dios y su gloria, con Juan y Benito se unieron, víctimas inocentes con los inocentes, los dos novicios polacos y el cocinero. Éstos tres no estaban con los monjes italianos por motivo de lucro sino únicamente al servicio de Dios, por lo cual recibieron, junto con sus maestros, el premio desde tanto deseado. Lo recibieron no trabajando por los caminos del mundo, sino en casa mientras estaban acostados. Dios lo derramó sobre ellos en el sueño (cf. Sal 126, 2).

¡Verdaderamente grande es la misericordia del Señor! Sus dones no son ni oro ni plata, sino las obras buenas; sus juicios se justifican por sí mismos y son, como canta el Salmo, “más preciosos que el oro..., más dulces que un panal que estila” (cf. Sal 18, 10).

Juan y Benito, adoradores de Cristo, no deseaban otra cosa en esta vida más que su gracia. Con sus discípulos alcanzaron la meta deseada, llegando a ser ciudadanos del cielo.

La madurez de ellos no se medía según el cúmulo de sus años, sino según la pureza de sus vidas.

O bien:

Lectura tomada de la homilía del Santo Padre Benedicto XVI

Basílica de San Gregorio en el Celio, sábado 10 de marzo de 2012

Fuente: www.vatican.va

Gracias a la fidelidad y a la benevolencia del Señor, la congregación de los monjes camaldulenses de la Orden de San Benito ha podido recorrer mil años de historia, alimentándose a diario de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, como les había enseñado su fundador san Romualdo, según el “triplex bonum” de la soledad, de la vida en común y de la evangelización. Figuras ejemplares de hombres y mujeres de Dios, como san Pedro Damiano, Graciano — el autor del *Decretum*—, san Bruno de Querfurt y los cinco hermanos mártires, Rodolfo I y II, la beata Gherardesca, la beata Juana de Bagno y el beato Pablo Giustiniani; hombres de ciencia y de arte como fray Mauro el Cosmógrafo, Lorenzo Mónaco, Ambrogio Traversari, Pietro Delfino y Guido Grandi; historiadores ilustres como los analistas camaldulenses Giovanni Benedetto Mittarelli y Anselmo Costadoni; celosos pastores de la Iglesia, entre los que destaca el Papa Gregorio XVI, mostraron los horizontes y la gran fecundidad de la tradición camaldulense.

Cada fase de la larga historia de los camaldulenses ha contado con testigos fieles del Evangelio, no sólo en el silencio del ocultamiento y de la soledad, y en la vida común compartida con los hermanos, sino también en el servicio humilde y generoso a todos. Especialmente fecunda ha sido la acogida ofrecida por las hospederías camaldulenses. En tiempos del humanismo florentino, dentro de los muros de Camaldoli se tuvieron las famosas *disputaciones*, en las que participaron grandes humanistas como Marsilio Ficino y Cristoforo Landino; en los años dramáticos de la segunda guerra mundial, los mismos claustros propiciaron el nacimiento del célebre “Códice de Camaldoli”, una de las fuentes más significativas de la Constitución de la República italiana. No fueron menos fecundos los años del concilio Vaticano II, durante los cuales

maduraron entre los camaldulenses personalidades de gran valor, que han enriquecido a la congregación y a la Iglesia, y han promovido nuevos impulsos y nuevas sedes en Estados Unidos, en Tanzania, en India y en Brasil. En todo esto era garantía de fecundidad el apoyo de los monjes y monjas que acompañaban las nuevas fundaciones con la oración constante, vivida en la intimidad de su “reclusión”, alguna vez incluso hasta el heroísmo.

El 17 de septiembre de 1993, el beato Papa Juan Pablo II, al encontrarse con los monjes del sagrado eremitorio de Camáldoli, comentaba el tema de su inminente capítulo general, “Elegir la esperanza, elegir el futuro”, con estas palabras: “Elegir la esperanza y el futuro significa, en resumidas cuentas, elegir a Dios... Significa elegir a Cristo, esperanza de todo hombre”. Y añadía: “Eso se realiza, de manera especial, en la forma de vida que Dios mismo ha suscitado en la Iglesia, impulsando a san Romualdo para que fundara la familia benedictina de Camáldoli, con sus elementos complementarios típicos: eremitorio y monasterio, vida solitaria y vida cenobítica, coordinadas entre sí” (L’Osservatore Romano, edición en lengua española, 1 de octubre de 1993, p. 7). Mi beato predecesor subrayó además que “elegir a Dios quiere decir también cultivar con humildad y paciencia —es decir, aceptando los tiempos de Dios— el diálogo ecuménico e interreligioso”, siempre partiendo de la fidelidad al carisma originario recibido de san Romualdo y transmitido a través de una tradición milenaria y pluriforme.

Estimulados por la visita y por las palabras del sucesor de Pedro, los monjes y monjas camaldulenses habéis proseguido vuestro camino buscando siempre de nuevo el justo equilibrio entre el espíritu eremítico y el cenobítico, entre la exigencia de dedicaros totalmente a Dios en la soledad y la de sosteneros en la oración común y la de la acoger a los hermanos para que puedan beber en las fuentes de la vida espiritual y juzgar las vicisitudes del mundo con conciencia verdaderamente evangélica. Así tratáis de conseguir la perfecta caritas que san Gregorio Magno consideraba punto de llegada de toda manifestación de la fe, compromiso que encuentra confirmación en el lema de vuestro escudo: “Ego Vobis, Vos Mihi”, síntesis de la fórmula de alianza entre Dios y su pueblo, y fuente de la vitalidad perenne de vuestro carisma.

14 de noviembre
Todos los difuntos que sirvieron a Dios
siguiendo la Regla de Nuestro Padre San Benito
OCIST: memoria

De los sermones del beato Ogler, abad de Locedio
Sermón VI sobre las palabras del Señor en la cena: PL 184, col. 903-905

El Señor Jesús cada día prepara un lugar para sus fieles

“No perdáis la calma: Yo que he resucitado a Lázaro, puedo resucitar este cuerpo mío. Yo que resucité al hijo de la viuda, no estaré más de tres días en poder de la muerte. Creed en Dios, creed también en mí. No tengáis miedo por la muerte de mi carne: Yo soy Dios y resucitaré esta carne. Las obras que yo hago, éstas dan testimonio de mí. Si creéis en Dios, creed también en mí, porque yo soy Dios.”

Y para que no duden los que permanecerán en la vida eterna con Cristo en Dios, dice a continuación: En la casa de mi Padre hay muchas estancias. Y el sentido es éste: “Vosotros reinaréis conmigo en la vida eterna, donde hay muchas estancias, es decir, diversas dignidades, ya que una cosa es la claridad del sol y otra la de la luna o la de las estrellas. La casa de mi Padre es su predestinación y su presencia; cada uno de los perfectos tiene en ella una estancia, que corresponde al talento asignado a todos; y este talento es una sola medida para vivir en la eternidad.” También se podría decir que la casa de mi Padre es el templo de Dios o el reino de Dios, es decir, los hombres justos, entre los cuales hay muchas diferencias. Y las estancias de la casa son las diversas dignidades preparadas según la predestinación, tal como el apóstol dice: Nos eligió antes de crear el mundo según su beneplácito; pero se trata de dignidades que deben ser esperadas activamente, como también dice el apóstol: A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los purificó.

“En la casa de mi Padre tenéis reservada una estancia, pero me voy al Padre, para preparárosla según vuestras buenas obras. En la casa de mi Padre tenéis una estancia eterna, pero no podéis llegar hasta ella sin un esfuerzo serio. En la casa de mi Padre tenéis muchas estancias por gracia y don de Dios, pero quiero que las alcancéis por medio de mí. “

El Señor Jesús cada día prepara un lugar para sus fieles, cuando presenta al Padre su carne, cuya oblación basta para la salvación del género humano, de manera que el mismo lugar que su divinidad había dispuesto, lo gana para nosotros con su humanidad. Pues siempre que hacemos algo bueno ayunando, orando, leyendo, meditando, llorando por los pecados, deseando vivir con Cristo, visitando un enfermo, saciando a un hambriento o cualquier otra causa buena, entonces Aquél que dice: “Sin mí no podéis hacer nada”, nos está preparando un lugar en el cielo. Y si hemos vivido en su fe y en su amor, al final, cuando venga a recompensar a cada uno según sus obras, nos hará entrar en sus bienaventuradísimas estancias.

¡Oh qué suprema y feliz bienaventuranza, vivir con Cristo! ¿Quién podrá alcanzar esta dicha, esta felicidad gloriosa? ¿Quién será tan feliz, tan sumamente afortunado, que pueda reinar con Cristo, y contemplar su gloria y su belleza?

O bien:

*De los sermones de san Bernardo, abad de Claraval
Sermo 2 in festivitate Omnium Sanctorum: BAC n^o 473, pp. 536-539*

El descanso de las almas en Dios

Las almas que disfrutan del reposo en Dios dicen: En paz me acuesto y en seguida me duermo porque tú, Señor, me inundas totalmente de esperanza. Fijaos: está inundado exclusivamente de esperanza; ya no fluctúa entre el temor y la esperanza, como antes cuando luchaba con la angustia y la ansiedad.

Otro salmo nos habla también de la paz que gozan allora los santos: Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo. Te ha colmado de bienes y aún te dará muchos más. Porque arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída; es decir, me libró del pecado y de la pena del pecado, del temor y peligro de recaer. Ya no tiene que lavar ni regar con lágrimas el lecho de su alma, porque Dios enjugó las lágrimas de sus ojos. Cesó en esta morada el pesar y la compunción de las crueles espinas, porque ya ha salido de esa tierra que engendraba cardos y espinas; ya no busca calmar en este lecho los dolores de su enfermedad, porque desaparecieron todos los achaques. El descanso apacible y sosegado del alma es su conciencia limpia, se-

rena y segura. Con este colchón de la pureza de su conciencia, la almohada de la paz y el cobertor de la seguridad, el alma bienaventurada puede dormir y descansar feliz mientras pasa este soplo de tiempo.

Sobre el recuerdo de las virtudes practicadas anteriormente un salmo tiene las palabras explícitas de los santos. Consideran admirados de cuantas trampas y peligros se ven liberados por el auxilio divino y cantan jubilosos en el Señor: Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte —que lo diga Israel— si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos. Nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello. Y añade: Bendito el Señor, que no nos entregó en presa a sus dientes.

Y aquellas palabras que escribía el apóstol en vísperas de derramar su sangre, se le pueden aplicar ahora con mucha más exactitud para describir el estado en que ya descansa feliz: He competido en noble lucha, he corrido hasta la meta, me he mantenido fiel; ahora me aguarda la merecida corona con la que el Señor, juez justo, me premiará el último día.

Hermanos, esta es actualmente la situación de los santos. Así viven, así descansan. El Espíritu Santo ha querido dejarnos escritas las palabras que hemos mencionado, para que comprendamos de algún modo como viven ahora.



El mismo día 14 de noviembre
Todos los difuntos de la Familia Jerónima
OSH: memoria

La comunión fraterna entre los miembros de la familia Jerónima pide también caridad hacia nuestros hermanos y hermanas difuntos, que todavía no han llegado al término, para que, alcanzada la purificación de sus pecados con la ayuda de nuestras súplicas y sacrificios, puedan participar de la gloria del Resucitado. Por esto nos unimos en este día los que todavía peregrinamos, para aplicar la liturgia en sufragio de sus almas.

De la carta de san Jerónimo a santa Paula, en la muerte de Blesila
Carta 39, 2.3.4: BAC n° 219 (1962) pp. 285-290

**Nosotros, que nos hemos revestido de Cristo,
no debemos contristarnos por los difuntos**

Dios es bueno, y todo lo que ha hecho el que es bueno, necesariamente ha de ser bueno. Se impone a una mujer la pérdida del marido: lloro la desgracia, pero, porque así le agrada al Señor, lo llevaré con igualdad de ánimo. Es arrebatado el hijo único: duro golpe ciertamente, pero llevadero, pues lo ha quitado quien lo diera. Me amenaza la dura pobreza, el frío, la enfermedad y la desnudez: aguardaré la muerte y tendré por breve un mal al que ha de seguir un fin mejor. Consideremos como suena aquel salmo de contenido moral: Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos. Esto sólo puede decirlo el que, en todo lo que padece, engrandece a Dios, y creyendo que lo tiene todo merecido, en las adversidades se gloria de la clemencia divina.

Por otra parte, ¿por qué ha de ser duro lo que un día u otro hay que padecer? Nos duele que alguien muera. Pero ¿es que hemos nacido para permanecer eternos? Mueren Abraham, Isaías, Pedro, Santiago y Juan, Pablo, vaso de elección, y, sobre todo, muere el Hijo de Dios, ¿y nosotros nos indignamos de que alguien salga del cuerpo, cuando acaso Dios lo arrebató para que la malicia no pervertiera su conciencia?. Como su alma era agradable a Dios, se dio prisa en sacarlo de la maldad, para que el largo camino de la vida no le extraviase por sendas tortuosas.

Razón es se llore a un muerto, pero es al que se lo lleva la gehenna, y a quien se traga el tártaro, y para cuyo castigo arde el

fuego eterno. Pero nosotros, cuya salida acompañan los ángeles; nosotros, a cuyo encuentro sale Cristo, razón es sintamos más bien permanecer demasiado tiempo en esta tienda de muerte. Porque cuanto más tiempo moramos aquí, andamos peregrinos lejos del Señor, tengamos, tengamos aquel deseo: ¡Ay de mí, desterrado en Masac, acampado en Cadar! Si Cadar quiere decir “tinieblas” y este mundo es tinieblas, porque la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió, felicitemos a nuestra Blesila que de las tinieblas pasó a la luz y, entre el fervor de una fe incipiente, ha recibido la corona de una obra consumada. Ala verdad, si la temprana muerte la hubiera arrebatado entre los deseos mundanos y pensando en los placeres de la vida presente, razón fuera llorada y por ella habría que derramar mil fuentes de lágrimas.

Mas ahora que, por la gracia de Cristo, hace cerca de cuatro meses se lavó en cierto modo con el segundo. bautismo de su profesión monástica y vivió luego con el mundo bajo los pies pensando siempre en el monasterio, ¿no temes te diga el Señor: “Te enojas, Paula, de que tu hija haya pasado a ser hija mía? ¿Te indignas de mi juicio y con lágrimas rebeldes ves mal que yo la posea?”.

Lloran hasta hoy día los judíos. Y con razón, ya que no creen en la resurrección del Señor, se preparan para la venida del anticristo. Mas nosotros, que nos hemos revestido de Cristo y nos hemos hecho, según el apóstol, linaje regio y sacerdotal, no debemos contristarnos por los difuntos.

O bien:

*De la carta de san Jerónimo a Minervio y Alejandro,
sobre una difícilísima cuestión del apóstol Pablo*

Carta 119, 7; BAC nº 220 (1962) pp. 426-428

“Quien cree en Cristo no muere”

No todos, ciertamente, dormiremos; mas todos seremos transformados. Vale más entender espiritualmente lo que está escrito y tomar, en el lugar presente, la dormición no por la muerte, que separa al alma del cuerpo, sino por el pecado después de la fe y la ofensa de Dios, y la dormición después del bautismo... En consecuencia, no todos dormiremos. Pues quien con todo cuidado guarda su corazón y está despierto a los mandatos de Cristo y se acuerda del mandato de quien dijo: Estad en vela, porque no sa-

béis que día vendrá vuestro Señor; y en otro lugar: No daré sueño a mis ojos, ni reposo a mis párpados para librarte como gacela del lazo o como pájaro de la trampa, ese no dormirá.

Como sea, pues, cierto que algunos no duermen, los que siempre viven en Cristo y vigilan, síguese que no todos duermen y, por el contrario, todos han de ser transformados; no con la inmutación de la gloria, que se debe propiamente a los santos, sino con aquella inmutación por la que esto corruptible se vista de incorrupción para recibir penas o premios eternos. Por lo cual, si alguno se durmiere en Cristo y se aletargare por el sueño de la negligencia, debe o ir lo que está escrito: Se acostó para no levantarse. Mas quien no duerme, sino que vela y siempre vive en Cristo, pasará de la vida a la vida o será arrebatado sobre las nubes, para estar siempre con el Señor. Y es así que quien confía con toda su alma en Cristo, aun cuando, como hombre caído, hubiera muerto por el pecado, por su fe vive para siempre. Por lo demás, esta muerte común, es deuda por igual de creyentes y no creyentes; todos igualmente han de resucitar, unos para la confusión eterna, otros, por el hecho de creer, para la vida eterna. Y así puede mantenerse que quien cree en Cristo no muere y, aunque hubiese muerto, vivirá para siempre. Los que por la grandeza de su fe viven siempre en Cristo, no dormirán, no morirán, sino que imitarán la vida de los apóstoles, que vivieron sin culpa alguna en la ley de la justicia. Y así, pasando a la fe del Señor y creyendo en aquel que se llama la vida y la resurrección, nunca se durmieron, no murieron nunca: El que peca es el que morirá. Ahora bien, como el alma que peca, aun en cuerpo vivo, está muerta y el día mismo en que peca, se duerme para la muerte, pues dice el Eclesiastés: El que pecare, muerto está desde ese momento. Por el mismo caso, el alma que guardare los mandamientos de Cristo, aunque muriera el cuerpo, vivirá eternamente.

O bien:

*Del tratado de san Cipriano, obispo y mártir, sobre la mortalidad
Núm. 20. 22. 26; BAC n^o 241 (1964) pp. 267. 268-269. 271-272*

**Abracemos el día que a cada uno
nos restituye a nuestro reino**

También a mí, aunque el menor de todos, cuántas veces me fue revelado, cuántas y más claras veces se me ordenó por la bondad de Dios que clamase sin cesar, que predicara en público que no debía llorarse por nuestros hermanos llamados por el Señor y libres de este mundo, sabiendo que no se pierden, sino que nos preceden; que, como viajeros, como navegantes, van delante de los que quedamos atrás; que se puede echarlos de menos, pero no llorarlos y cubrirnos de luto, puesto que ellos ya se han vestido vestidos blancos; que no debe darse ocasión a los gentiles de que nos censuren con toda razón, de que viven con Dios y los lloremos como perdidos y aniquilados, y no demos pruebas con verdaderos sentimientos de lo que predicamos con las palabras. Somos prevaricadores de nuestra esperanza y fe si aparece como fingido y simulado lo que estamos afirmando. De nada sirve mostrar en la boca la virtud y desacreditar su verdad con la práctica.

Si morimos, cuando nos toque, entonces pasamos por la muerte a la inmortalidad, y no puede empezar la vida eterna hasta que no salgamos de ésta. No es ciertamente una salida, sino un paso y traslado a la eternidad, después de correr esta carrera temporal. ¿Quién hay que no vaya a lo mejor? ¿Quién no deseará transformarse y mudarse cuanto antes en la forma de Cristo y merecer el don del cielo, predicando el apóstol Pablo: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa? Cristo Señor promete que seremos tales cuando, para que estemos con El y con El nos gocemos en las moradas eternas y en el reino del cielo, ruega al Padre por nosotros, diciendo: Padre, este es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. El que ha de llegar a la morada de Cristo, a la gloria del reino celestial, no debe derramar llanto y plañir, sino más bien regocijarse en esta partida y traslado, conforme a la promesa del Señor y a la fe en su cumplimiento.

Hemos de pensar, hermanos amadísimos, y reflexionar sobre lo mismo: que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí durante la vida como huéspedes y viajeros. Abracemos el día que a cada uno señala su domicilio, que nos restituye a nuestro reino y paraíso, una vez escapados de este mundo y libres de sus lazos. ¿Quién, estando lejos, no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, a punto de embarcarse para ir a los suyos, no desea vientos favorables para poder abrazarlos cuanto antes? Nosotros tenemos por patria el paraíso, por padres a los patriarcas; ¿por qué, pues, no nos apresuramos y volvemos para ver a nuestra patria, para poder saludar a nuestros padres? Nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas, nos echa de menos la numerosa turba de padres, hermanos, hijos, seguros de su salvación, pero preocupados todavía por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y nosotros llegar a su presencia y abrazarlos, qué placer disfrutar allá del reino del cielo sin temor de morir, y qué dicha tan soberana y perpetua con una vida sin fin! Allí el coro glorioso de los apóstoles, allí el grupo de los profetas gozosos, allí la multitud de innumerables mártires que están coronados por los méritos de su lucha y sufrimientos, allí las vírgenes que triunfaron de la concupiscencia de la carne con el vigor de la castidad, allí los galardonados por su misericordia, que hicieron obras buenas, socorriendo a los pobres con limosnas, que, por cumplir los preceptos del Señor, transfirieron su patrimonio terreno a los tesoros del cielo. Corramos, hermanos amadísimos, con insaciable anhelo tras éstos, para estar enseguida con ellos; deseemos llegar pronto a Cristo. Vea Dios estos pensamientos, contemple Cristo estos ardientes deseos de nuestro espíritu y de nuestra fe, que otorgará mayores mercedes de su amor a los que tuvieren mayores deseos de El.

O bien:

*De la carta de san Cipriano a Sergio y a Rogaciano
Carta 6, II, 1; BAC n^o 241 (1964) pp. 380-381*

Nadie piense en la muerte sino en la inmortalidad

Ninguna otra cosa debe anidar en vuestros corazones y en vuestros espíritus más que los preceptos divinos y los avisos del cielo, mediante los cuales nos ha impulsado el Espíritu Santo a soportar los sufrimientos del martirio. Nadie piense en la muerte sino en la inmortalidad, ni en los dolores temporales sino en la gloria eter-

na. Pues está escrito: Mucho ama el Señor la muerte de sus fieles; y asimismo: Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. En otro lugar habla la Escritura divina de los tormentos que consagran a los mártires de Dios y cómo el Señor los santifica a fuerza de dolores: La gente pensaba que cumplan una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad; sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores, porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí; los probó como oro en crisol, los recibió como sacrificio de holocausto; a la hora de la cuenta resplandecerán como chispas que prenden por un cañaveral; gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente.

Pensando, por tanto, que habéis de juzgar y reinar con Cristo Señor, necesariamente tenéis que regocijaros y menospreciar los suplicios de la hora presente con el pensamiento del disfrute de los bienes venideros. Debéis estar bien convencidos de que desde el principio del mundo está ordenado de tal manera, que en la lucha con el siglo sufra la justicia, puesto que ya desde el origen el justo Abel fue asesinado, y a partir de él siguen el mismo camino todos los justos, los profetas, los apóstoles. Y el mismo Señor dejó a todos estos un ejemplo en sí mismo, en enseñando que no pueden llegar a su reino sino los que van tras sus pasos, con estas palabras: El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. Y en otro pasaje: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. También san Pablo nos exhorta a que, si queremos participar de las promesas del Señor, hemos de imitar en todo al Señor: Somos, dice, hijos de Dios y, si somos hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados. A la vez establece una comparación entre el tiempo presente y la glorificación futura, diciendo: Sostengo que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Si pensamos en esta gloria veremos la necesidad de soportar todos los trabajos y persecuciones, porque si bien son numerosas las pruebas de los justos, de todas salen a flote los que ponen su confianza en Dios.

O bien:

*De los sermones de san Bernardo de Claraval, abad
Sermón 1 sobre diversas materias, 4; PL 183, col. 537*

Nos saciaremos de los bienes de tu casa

Hermanos míos, por lo que a vosotros toca, no creo que os aflija la vana tristeza por la verdadera brevedad de la vida, ni que os halance la falaz consolación de su si mulada longitud, por cuanto estoy ciertísimo de que habéis empezado a andar hacia la ciudad que os ha de servir de morada, y también de que no andáis extraviados sino que lleváis el camino que os ha de conducir a ella. Pero mucho me temo que también a vosotros pretenda la vida ilusionaros simulando que ha de ser muy larga, no ciertamente para proporcionaros con ello consuelo, sino más bien para desolaras y espantaros. Me temo, repito, que alguno, figurándose que aún le esperan largos días de vida y que el camino que le resta todavía por recorrer es muy largo, se sienta abrumado por la pusilanimidad de su espíritu, y desespere de poder soportar tantos y tan prolongados trabajos que lleva consigo la vida religiosa, como si las divinas consolaciones no hubieran de llenar de alegría las almas de los elegidos, a proporción de los muchos dolores que atormentan el corazón. Es cierto que ahora son estos consuelos a proporción de nuestros dolores, pero en muy corta medida; después ya no serán sencillos consuelos, sino dichas inefables y eternas. Suspiremos, hermanos, por alcanzar la bendición de aquella diestra que nos abrazará efusivamente; deseemos alcanzar aquellas delicias, a fin de que la intensidad de nuestros amorosos deseos nos haga parecer breves los días que nos restan de vida, que en realidad se pasarán pronto; bien persuadidos de que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Gratisima promesa es ésta y digna de ser abrazada con toda la efusión de que seamos capaces. No nos mantendremos allí como simples y vanos espectadores, ni aquella gloria se nos revelará a nosotros de una manera extrínseca, sino que nos llenará completamente, puesto que veremos a Dios cara a cara, aunque no fuera de nosotros, por cuanto él estará dentro de nosotros y él lo será todo en todas las cosas; porque si toda la tierra está llena de su gloria, ¿con cuánta más razón llenará la misma alma? Nos saciaremos de los bienes de tu casa, dice el salmista. ¿Y por qué digo que la glo-

ria de Dios no sólo brillará delante de nosotros, sino en nosotros? Porque si ahora está en nosotros, entonces será revelada en nosotros: ahora somos hijos de Dios, pero lo que un día seremos aún no se ha revelado.

O bien:

*De los sermones de san Bernardo de Claraval, abad
Sermón 1 sobre diversas materias, 7-8; PL 183, col. 541-542*

**No se nos promete una casa gloriosa,
sino la gloria misma**

Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa. La pena bébese gota a gota; mientras destila se va tomando, y como por tubitos capilares va llegando hasta el corazón; pero cuando venga la remuneración, aquello será un torrente de delicias, un río impetuoso de placeres, un torrente que nos inundará de alegrías inefables, un río de gloria, un río de paz, un río ciertamente que fluye, pero que no se desliza pasando. Se llama río de gloria, no en cuanto pasa y dirige su curso a otra parte, sino porque es abundoso en aguas riquísimas. Un inmenso e incalculable tesoro de gloria. A la verdad no se nos promete un vestido glorioso, una casa gloriosa, sino la gloria misma; porque en realidad, a los justos no les espera algo alegre y gozoso, sino la misma alegría. Gózanse los hombres con los manjares exquisitos, gózanse con las pompas y vanidades, gózanse con las riquezas y aun con los vicios; pero el término de estos goces es el dolor, porque como ese gozo se halla en cosas mudables, múdase con ellas. Mas a nosotros nos tiene reservado el Señor no un panal de miel, sino miel purísima y limpísima, puesto que Dios ha atesorado para nosotros la misma gloria, la vida, la misma alegría, la paz, delicias amenísimas, felicidades y placeres incomparables, y todo esto lo gozaremos simultáneamente, por cuanto en la Jerusalén celeste no hay particiones, todo forma una sola cosa, y ésta se identifica con Dios, como dice el Apóstol: Dios lo será todo para todos. Esta será nuestra recompensa, ésta nuestra corona, éste es el premio de nuestra victoria: corramos, pues, de tal manera que lo arrebatemos. Al prudente labrador, hermanos míos, que desea recoger una abundante cosecha, nunca le parece demasiado largo el tiempo oportuno para la siembra; ahora bien, vuestros días no están menos exactamente contados que los cabellos de vuestra cabeza, y así como ni uno so-

lo de éstos puede caer sin el beneplácito de Dios, así tampoco debe perecer ni un momento de vuestro tiempo.

Teniendo ante los ojos tales promesas, cobremos alientos, carísimos, sin dejarnos vencer por la fatiga, ni lamentarnos de que la carga de Cristo es pesada, puesto que él nos certifica de que es ligera; ni de que su yugo es insoportable, porque en realidad es muy suave, y todas las veces que se nos ocurra ser pesada carga fijemos nuestra atención en aquel inmenso e incalculable tesoro de gloria que nos espera y a la cual nos conduzca por su misericordia el Señor y Rey de la gloria, a quien entre tanto clamemos con devota humildad: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria.



16 de noviembre
Santa Gertrudis de Helfta, virgen y monja
OCIST y OCSO: memoria
Monasterio de Leyre: memoria

Nació en Eisleben (Turingia) el año 1256. Desde su infancia fue confiada a las monjas cistercienses de Helfta; allí se entregó con gran aplicación a los estudios y aprendió humanidades con provecho. Después de convertirse a Dios completamente, recorrió de modo admirable el camino de la perfección dedicándose a la oración y a la contemplación, tal como reflejan sus escritos. Murió el día 17 de noviembre del año 1301.

*Del libro de las Revelaciones,
de santa Gertrudis de Helfta*
Heraldo del Amor Divino. Balmes, Barcelona 1945, pp. 485-486.

Cómo recibió el Espíritu Santo

En la Octava de Pascua, al leer en el Evangelio que Cristo había dado el Espíritu Santo a sus discípulos soplando sobre ellos, suplicó devotamente la Santa al Señor le comunicara también a ella este Espíritu lleno de dulzura. Entonces le respondió el Señor: “Si deseas recibir el Espíritu Santo, es preciso que antes me toques el costado y las manos, como lo hicieron mis discípulos”. Por estas palabras comprendió la Santa que, el que desee recibir el Espíritu Santo, debe tocar antes el costado del Señor, es decir, debe considerar con agradecimiento el amor del Corazón de Dios, pues por su amor es por lo que Dios nos ha predestinado desde toda la eternidad para ser hijos suyos y herederos de su reino; y es también por este amor por lo que nos colma de infinitos beneficios, a pesar de nuestra indignidad y de nuestra ingratitud. Es preciso tocar también las manos del Señor, o sea, acordarse con agradecimiento de las obras que Él llevó a cabo para nuestra redención, redención en la que trabajó el Señor con amor durante treinta y tres años, sobre todo en su Pasión y muerte. Cuando se sienta el hombre enfervorizado con estos recuerdos, ofrezca su corazón, en unión del amor con que dijo el Señor: *Como me ha enviado a mí el Padre, así os envió yo a vosotros* (Jn 20,21), para cumplir en todo la voluntad divina. Además de esto, no deberá querer ni desear nada que no sea el beneplácito de Dios, y se mostrará dispuesto a

ejecutar y a sufrir todo cuanto Dios le ordenare. El que obrare de este modo, recibirá el Espíritu Santo con los mismos sentimientos que experimentaron los Apóstoles, cuando les fue comunicado por el sople del Hijo de Dios.

O bien:

*Libro de las Insinuaciones de la divina piedad,
de santa Gertrudis de Helfta*

Lib 2, 23, 1. 3. 5. 8. 10: SC 139, pp. 330-340

Tuviste sobre mí designios de paz y no de aflicción

Que mi alma te bendiga, Dios y Señor, mi creador, que mi alma te bendiga y, de lo más íntimo de mi ser, te alabe por tus misericordias, con las que inmerecidamente me ha colmado tu bondad.

Te doy gracias, con todo mi corazón, por tu inmensa misericordia y alabo, al mismo tiempo, tu paciente bondad, la cual puse a prueba durante los años de mi infancia y niñez, de mi adolescencia y juventud, hasta la edad de casi veintiséis años, ya que pasé todo este tiempo ofuscada y demente, pensando, hablando y obrando, siempre que podía, según me venía en gana —ahora me doy cuenta de ello—, sin ningún remordimiento de conciencia, sin tenerte en cuenta a ti, dejándome llevar tan sólo por mi natural detestación del mal y atracción hacia el bien, o por las advertencias de los que me rodeaban, como si fuera una pagana entre paganos, como si nunca hubiera comprendido que tú, Dios mío, premias el bien y castigas el mal; y ello a pesar de que desde mi infancia, concretamente desde la edad de cinco años, me elegiste para entrar a formar parte de tus íntimos en la vida religiosa.

Por todo ello, te ofrezco en reparación, Padre amantísimo, todo lo que sufrió tu Hijo amado, desde el momento en que, reclinado sobre paja en el pesebre, comenzó a llorar, pasando luego por las necesidades de la infancia, las limitaciones de la edad pueril, las dificultades de la adolescencia, los ímpetus juveniles, hasta la hora en que, inclinando la cabeza, entregó su espíritu en la cruz, dando un fuerte grito. También te ofrezco, Padre amantísimo, para suplir todas mis negligencias, la santidad y perfección absoluta con que pensó, habló y obró siempre tu Unigénito, desde el momento en que, enviado desde el trono celestial, hizo su entrada en

este mundo hasta el momento en que presentó, ante tu mirada paternal, la gloria de su humanidad vencedora.

Llena de gratitud, me sumerjo en el abismo profundísimo de mi pequeñez y alabo y adoro, junto con tu misericordia, que está por encima de todo, aquella dulcísima benignidad con la que tú, Padre de misericordia, tuviste sobre mí, que vivía tan descarriada, designios de paz y no de aflicción, es decir, la manera como me levantaste con la multitud y magnitud de tus beneficios. Y no te contentaste con esto, sino que me hiciste el don inestimable de tu amistad y familiaridad, abriéndome el arca nobilísima de la divinidad, a saber, tu corazón divino, en el que hallo todas mis delicias.

Más aún, atrajiste mi alma con tales promesas, referentes a los beneficios que quieres hacerme en la muerte y después de la muerte, que, aunque fuese éste el único don recibido de ti, sería suficiente para que mi corazón te anhelara constantemente con una viva esperanza.

O bien:

*De las catequesis de Su Santidad Benedicto XVI a los fieles
sobre santa Gertrudis de Helfta*

*Grandes mujeres en la historia de la Iglesia. Catequesis de Benedicto XVI,
Madrid, 2011, pp. 53-59*

Santa Gertrudis la Grande, nos lleva al monasterio de Helfta, donde nacieron algunas obras maestras de la literatura religiosa femenina latino-alemana. A este mundo pertenece Gertrudis, una de las místicas más famosas, la única mujer de Alemania que recibió el apelativo de “Grande”, por su talla cultural y evangélica: con su vida y su pensamiento influyó de modo singular en la espiritualidad cristiana. Es una mujer excepcional, dotada de particulares talentos naturales y de extraordinarios dones de gracia, de profundísima humildad y ardiente celo por la salvación del prójimo, de íntima comunión con Dios en la contemplación y de prontitud a la hora de socorrer a los necesitados.

En Helfta se confronta, por decirlo así, sistemáticamente con su maestra Matilde de Hackeborn, de la que hablé en la audiencia del miércoles pasado; entra en relación con Matilde de Magdeburgo, otra mística medieval; crece bajo el cuidado maternal, dulce y exigente, de la abadesa Gertrudis. De estas tres hermanas adquiere

tesoros de experiencia y sabiduría; los elabora en una síntesis propia, recorriendo su itinerario religioso con una confianza ilimitada en el Señor. Expresa la riqueza de la espiritualidad no sólo de su mundo monástico, sino también y sobre todo del bíblico, litúrgico, patrístico y benedictino, con un sello personalísimo y con gran eficacia comunicativa.

Nace el 6 de enero de 1256, fiesta de la Epifanía, pero no se sabe nada ni de sus padres ni del lugar de su nacimiento. Gertrudis escribe que el Señor mismo le desvela el sentido de su primer desarraigo: “La he elegido como morada mía porque me complace que todo lo que hay de amable en ella sea obra mía (...). Precisamente por esta razón la alejé de todos sus parientes, para que nadie la amara por razón de consanguinidad y yo fuera el único motivo del afecto que se le tiene”.

A los cinco años de edad, en 1261, entra en el monasterio, como era habitual en aquella época, para la formación y el estudio. Allí transcurre toda su existencia, de la cual ella misma señala las etapas más significativas. En sus memorias recuerda que el Señor la previno con longánima paciencia e infinita misericordia, olvidando los años de la infancia, la adolescencia y la juventud, transcurridos “en tal ofuscamiento de la mente que habría sido capaz (...) de pensar, decir o hacer sin ningún remordimiento todo lo que me hubiese gustado y donde hubiera podido, si tú no me hubieses prevenido, tanto con un horror innato del mal y una inclinación natural por el bien, como con la vigilancia externa de los demás. Me habría comportado como una pagana (...) y esto aunque tú quisiste que desde la infancia, es decir, desde que yo tenía cinco años, habitara en el santuario bendito de la religión para que allí me educaran entre tus amigos más devotos”.

Gertrudis es una estudiante extraordinaria; aprende todo lo que se puede aprender de las ciencias del trivio y del cuadrivio, la formación de su tiempo; se siente fascinada por el saber y se entrega al estudio profano con ardor y tenacidad, consiguiendo éxitos escolares más allá de cualquier expectativa. Si bien no sabemos nada de sus orígenes, ella nos dice mucho de sus pasiones juveniles: la cautivan la literatura, la música y el canto, así como el arte de la miniatura; tiene un carácter fuerte, decidido, inmediato, impulsivo; con frecuencia dice que es negligente; reconoce sus defectos y pide humildemente perdón por ellos. Con humildad pide consejo y oraciones por su conversión. Hay rasgos de su temperamento y

defectos que la acompañarán hasta el final, tanto que asombran a algunas personas que se preguntan cómo podía sentir preferencia por ella el Señor.

De estudiante pasa a consagrarse totalmente a Dios en la vida monástica y durante veinte años no sucede nada excepcional: el estudio y la oración son su actividad principal. Destaca entre sus hermanas por sus dotes; es tenaz en consolidar su cultura en varios campos. Pero durante el Adviento de 1280 comienza a sentir disgusto de todo esto, se percata de su vanidad y el 27 de enero de 1281, pocos días antes de la fiesta de la Purificación de la Virgen, por la noche, hacia la hora de Completas, el Señor ilumina sus densas tinieblas. Con suavidad y dulzura calma la turbación que la angustia, turbación que Gertrudis ve incluso como un don de Dios “para abatir esa torre de vanidad y de curiosidad que, aun llevando —¡ay de mí!— el nombre y el hábito de religiosa, yo había ido levantando con mi soberbia, a fin de que pudiera encontrar así al menos el camino para mostrarme tu salvación”. Tiene la visión de un joven que la guía a superar la maraña de espinas que oprime su alma, tomándola de la mano. En aquella mano Gertrudis reconoce “la preciosa huella de las llagas que han anulado todos los actos de acusación de nuestros enemigos”, reconoce a Aquel que en la cruz nos salvó con su sangre, Jesús.

Desde ese momento se intensifica su vida de comunión íntima con el Señor, sobre todo en los tiempos litúrgicos más significativos —Adviento—Navidad, Cuaresma—Pascua, fiestas de la Virgen— incluso cuando no podía acudir al coro por estar enferma. Es el mismo humus litúrgico de Matilde, su maestra, que Gertrudis, sin embargo, describe con imágenes, símbolos y términos más sencillos y claros, más realistas, con referencias más directas a la Biblia, a los Padres, al mundo benedictino.

Su biógrafa indica dos direcciones de la que podríamos definir su particular “conversión”: en los estudios, con el paso radical de los estudios humanistas profanos a los teológicos, y en la observancia monástica, con el paso de la vida que ella define negligente a la vida de oración intensa, mística, con un excepcional celo misionero. El Señor, que la había elegido desde el seno materno y desde pequeña la había hecho participar en el banquete de la vida monástica, la llama con su gracia “de las cosas externas a la vida interior y de las ocupaciones terrenas al amor de las cosas espirituales”. Gertrudis comprende que estaba alejada de él, en la re-

gión de la desemejanza, como dice ella siguiendo a san Agustín; que se ha dedicado con demasiada avidez a los estudios liberales, a la sabiduría humana, descuidando la ciencia espiritual, privándose del gusto de la verdadera sabiduría; conducida ahora al monte de la contemplación, donde deja al hombre viejo para revestirse del nuevo. “De gramática se convierte en teóloga, con la incansable y atenta lectura de todos los libros sagrados que podía tener o procurarse, llenaba su corazón de las más útiles y dulces sentencias de la Sagrada Escritura. Por eso, tenía siempre lista alguna palabra inspirada y de edificación con la cual satisfacer a quien venía a consultarla, junto con los textos escriturísticos más adecuados para confutar cualquier opinión equivocada y cerrar la boca a sus opositores”.

Gertrudis transforma todo eso en apostolado: se dedica a escribir y divulgar la verdad de fe con claridad y sencillez, gracia y persuasión, sirviendo con amor y fidelidad a la Iglesia, hasta tal punto que era útil y grata a los teólogos y a las personas piadosas. De esta intensa actividad suya nos queda poco, entre otras razones por las vicisitudes que llevaron a la destrucción del monasterio de Helfta. Además del Heraldo del amor divino o Las revelaciones, nos quedan los Ejercicios espirituales, una rara joya de la literatura mística espiritual.

En la observancia religiosa —dice su biógrafa— nuestra santa es “una sólida columna (...), firmísima propugnadora de la justicia y de la verdad”. Con las palabras y el ejemplo suscita en los demás gran fervor. A las oraciones y las penitencias de la regla monástica añade otras con tal devoción y abandono confiado en Dios, que suscita en quien se encuentra con ella la conciencia de estar en presencia del Señor. Y, de hecho, Dios mismo le hace comprender que la ha llamado a ser instrumento de su gracia. Gertrudis se siente indigna de este inmenso tesoro divino y confiesa que no lo ha custodiado y valorizado. Exclama: “¡Ay de mí! Si tú me hubieses dado por tu recuerdo, indigna como soy, incluso un solo hilo de estopa, habría tenido que mirarlo con mayor respeto y reverencia de la que he tenido por estos dones tuyos”. Pero, reconociendo su pobreza y su indignidad, se adhiere a la voluntad de Dios, “porque —afirma— he aprovechado tan poco tus gracias que no puedo decidirme a creer que se me hayan dado para mí sola, al no poder nadie frustrar tu eterna sabiduría. Haz, pues, oh Dador de todo bien que me has otorgado gratuitamente dones tan inmere-

cidos, que, leyendo este escrito, el corazón de al menos uno de tus amigos se conmueva al pensar que el celo de las almas te ha inducido a dejar durante tanto tiempo una gema de valor tan inestimable en medio del fango abominable de mi corazón”.

Estima en particular dos favores, más que cualquier otro, como Gertrudis misma escribe: “Los estigmas de tus salutíferas llagas que me imprimiste, como joyas preciosas, en el corazón, y la profunda y saludable herida de amor con la que lo marcaste. Tú me inundaste con tus dones de tanta dicha que, aunque tuviera que vivir mil años sin ninguna consolación ni interna ni externa, su recuerdo bastaría para confortarme, iluminarme y colmarme de gratitud. Quisiste también introducirme en la inestimable intimidad de tu amistad, abriéndome de distintos modos el sagrario nobilísimo de tu divinidad que es tu Corazón divino (...). A este cúmulo de beneficios añadiste el de darme por Abogada a la santísima Virgen María, Madre tuya, y de haberme encomendado a menudo a su afecto como el más fiel de los esposos podría encomendar a su propia madre a su amada esposa”.

Orientada hacia la comunión sin fin, concluye su vida terrena el 17 de noviembre de 1301 ó 1302, a la edad de cuarenta y seis años. En el séptimo Ejercicio, el de la preparación a la muerte, santa Gertrudis escribe: “Oh Jesús, a quien amo inmensamente, quédate siempre conmigo, para que mi corazón permanezca contigo y tu amor persevere conmigo sin posibilidad de división y tú bendigas mi tránsito, para que mi espíritu, liberado de los lazos de la carne, pueda inmediatamente encontrar descanso en ti. Amén”.



El mismo día 16 de noviembre
Santa Trahamunda de Poio, virgen
Monasterio de Samos: memoria

Fue una monja procedente de Galicia, de la alta edad media. Su vida, que se ha conservado en forma de leyenda, la relaciona con el monasterio de San Juan de Poio. Según la tradición, Trahamunda era novicia en el convento de San Martín de la isla de Tambo cuando fue secuestrada en un ataque de los moros. Llevada a Córdoba para unirse al harén, por su negativa fue encerrada en la cárcel durante once años. Según la leyenda, el 23 de junio pidió a Dios encontrarse en Poio al día siguiente, día de san Juan Bautista. Un ángel le dio una rama de palma, con la que viajó a Galicia. Más tarde, plantó la palma cerca del monasterio de San Juan de Poio, donde germinó y se mantuvo hasta el siglo XVI. Su tumba, de estilo suevo-visigodo, se conserva en la capilla del monasterio de Poio.

De la “Regla de san Leandro”
Santos Padres españoles II. BAC, Madrid 1971

Al preguntarme con insistencia a mí mismo, queridísima hermana Florentina, qué caudal de riquezas podría dejarte en herencia como lote del patrimonio, acudían a mi imaginación multitud de bienes falaces. Pero después de espantarlos como molestas moscas con el meneo de la reflexión, me decía para mis adentros: *“El oro y la plata proceden de la tierra, y a la tierra vuelven; la hacienda y las rentas patrimoniales son de poco valor, son caducas, pues pasa la apariencia de este mundo”*. Nada, por consiguiente, de lo que he contemplado bajo el sol lo he creído digno de ti, hermana mía; convencido estoy, de que nada de ello puede caer en gracia a tu profesión. He visto que todo ha de ser mudable, caduco y vacío; por eso he comprendido qué verdad son las palabras de Salomón: *Voy a ensalzar mis empresas: me edificué casas y planté viñas, me formé jardines y vergeles, y puse en ellos toda clase de árboles. Me construí estanques de agua para regar el plantío de los tiernos árboles. Tuve a mi disposición esclavos y esclavas y numerosa servidumbre. Asimismo, rebaños de bueyes, corderos y ovejas, como también de cabras, en mayor cantidad que todos cuantos existieron antes de mí en Jerusalén. Amontoné oro, y plata, y riquezas de reyes y regiones; me organicé canto-*

res y cantoras y diversiones de los hombres; copas y vasijas para el servicio de los vinos. Y sobrepujé en riquezas a todos los que existieron en Jerusalén.

En resumen, que toda esta pompa humana la expuso en tales términos, que concluyó: *Después de volver la mirada a todas las obras de mis manos y a los trabajos en que inútilmente me había afanado, vi en todo vanidad y un azotar el aire y que nada hay estable bajo el sol. Y en otro pasaje continúa el mismo: He aborrecido solemnemente a toda mi actividad, en que me empleé tan afanosamente en este mundo, pues he de tener un heredero, que ignoro si será avisado o necio. Él poseerá el fruto de mis trabajos, que tantos sudores y afanes me costaron. Y ¿puede haber algo tan huero como esto? Por eso he dado de mano a todo esto y decidido en mi intención no afanarme más en este mundo.*

Por mi parte, pues, ilustrado con estas palabras del oráculo, no me creería un verdadero padre para ti si te entregara tales riquezas carentes de toda consistencia, que, pudiendo ser arrebatadas por los vaivenes del mundo, podrían dejarte pobre y desamparada. Además, cargaría sobre ti un cúmulo de ruinas y te expondría a un continuo temor si pensara en reservarte, en razón de tu legítima fraternidad para conmigo, tesoros que los ladrones podían robar, roer la polilla, devorar el orín, consumir el fuego, tragárselos la tierra, destruir el agua, abrasar el sol, pudrir la lluvia, congelar el hielo. Y, en efecto, no cabe duda que, enredado el espíritu en estos negocios humanos, se va apartando de Dios y acaba por alejarse de la norma incommovible y permanente de la verdad. Ni es capaz tampoco de dar cabida en sí mismo a la dulcedumbre del Verbo de Dios y a la suavidad del Espíritu Santo el corazón que se ve agitado con tantos obstáculos mundanos y acribillado con tantas espinas de inquietudes temporales.

Si, pues, te ligare con tales lazos, si te echare encima tales cargas y te oprimiere con el peso de preocupaciones terrenas, deberías considerarme no como padre, sino como enemigo; habrías de pensar que era un asesino, no un hermano. Por eso, queridísima hermana, en vista de que todo cuanto se encierra bajo la bóveda del cielo se apoya sobre cimientos de tierra y va rodando sobre su haz, nada he encontrado digno de constituir tu tesoro. Allá en lo alto de los cielos hay que buscarlo, de modo que topes con el patrimonio de la virginidad allí donde aprendiste su profesión. El valor, pues, de la integridad se echa de ver en su recompensa,

apreciándose su mérito por la retribución que recibe; pues cuanto más despreciable sería considerada si se enriqueciera con bienes transitorios y terrenos, tanto más bella y excelente es la virginidad, que después de pisar y repudiar los placeres del mundo, conservando en la tierra la entereza de los ángeles, se granjeó la herencia del Señor de los ángeles. ¿Cuál es entonces la herencia de la virginidad ¿No ves cómo la canta en los Salmos David, el salmista: *El Señor es mi herencia*; y en otro lugar: *Mi lote es el Señor*?

O bien:

*Lectura tomada de los escritos del mercedario
Fray José Santiago Crespo
“Santa Trahamunda. Leyenda sacra”. Pontevedra, 1943*

Trahamunda nace a finales del siglo VII en el lugar de San Martiño (Poio). Sus padres encargaron su educación desde muy niña al monasterio —beaterio— de vírgenes benedictinas existente en aquel lugar, donde fue acogida con benevolencia para ser conducida por los senderos de la perfección.

Entre los quehaceres del monasterio encomendados a la novicia Trahamunda estaba ocuparse de los trabajos del campo. Un día en que gran parte de España estaba ocupada por los secuaces de Mahoma, llegando en sus incursiones por mar a las costas de Galicia, asaltan inesperadamente a Trahamunda que se encontraba al cuidado y guarda del rebaño de ovejas que conducía todos los días al monte Castrove, llevándosela consigo a la ciudad de Córdoba, capital por entonces del califato de España donde reinaba el califa Abderramán II ante quien fue conducida para convertirla en una esclava de su harén.

El califa ofreció a Trahamunda, la más bella de las cautivas, bienes y riquezas a trueque de abandonar su fe, pero tales proposiciones fueron rechazadas con obstinación por la virgen benedictina, lo que le costó ser sometida a un prolongado cautiverio a la espera de que el algún momento abandonara sus creencias y se entregara al califa. Durante el tiempo que duró su cautiverio la joven santa se dedicó a consolar a otras cautivas curándoles sus heridas y enseñándoles a alabar al señor instándolas a permanecer firmes en la fe. Mientras tanto el tiempo seguía su curso durante el cual Trahamunda llegó a ver pasar once veces —once

años— el mes de la Natividad de San Juan, fiesta tan amada para su devoción, y se preguntaba ¿por qué Señor no he de poder yo festejar esta solemnidad en aquella iglesia donde recibí las aguas del bautismo...? Y Dios escuchó su plegaria enviándole un ángel que le anunciaría que sus deseos pronto iban a tener respuesta.

Un año después por San Juan de nuevo se le apareció un ángel portando una palmera con la que Trahamunda viajó en el momento a su tierra de Poio, pudiendo ver complacido su deseo tras largo cautiverio. Las monjas benedictinas plantaron la palmera en el huerto del monasterio donde germinó y donde se mantuvo hasta el siglo XVI. Se considera a esta santa como la patrona de la morriña y su festividad se celebra el 14 de noviembre.



17 de noviembre
San Hugo de Lincoln, monje y pastor
OCART: 12 lecturas

San Hugo de Lincoln nació en Avalon, Borgoña, en 1140. Hijo de una familia noble, fue educado en el monasterio agustino de Villarbenoît, donde profesó. A los veinticinco años se hizo monje cartujo, llegando a ocupar el cargo de procurador general de la orden. Alrededor de 1176, a petición del rey Enrique II de Inglaterra, fue enviado a ese país para ser abad del primer monasterio cartujo en Inglaterra, que el rey fundó como penitencia por su participación en el asesinato de Tomás Becket. La fama de su santidad se extendió por toda Inglaterra y atrajo a muchos al monasterio. Amonestó al rey Enrique por mantener vacantes las sedes para enriquecer las arcas reales, adonde iban a parar los ingresos de esas diócesis. Fue nombrado obispo de Lincoln en 1186, cargo que solo aceptó por obediencia al prior de la Gran Cartuja. Hugo luchó por restaurar la disciplina entre el clero y fomentar la devoción en la diócesis. Fue reconocido por su sabiduría y justicia. Denunció la persecución contra los judíos que barrió Inglaterra entre 1190 y 1191, enfrentándose a turbas armadas y obligándolas a liberar a sus víctimas. Enviado en misión a Francia por el rey Juan en 1199, visitó la Gran Cartuja, Cluny y Císter, de cuyo viaje regresó quebrantado de salud. Pocos meses más tarde, mientras asistía a un concilio nacional en Londres, cayó enfermo y falleció dos meses más tarde en el Old Temple en Londres, el 16 de noviembre de 1200. Fue canonizado veinte años después, en 1220, el primer cartujo en llegar a los altares.

Sermón de Orígenes, presbítero
24, 2; 11, 9. 2. SC 29, pp. 462-465. 232 y ss. 229-231

El apóstol distingue el hombre interior y el hombre exterior: el primero es aquel que se renueva de día en día según la imagen de su Creador; el segundo es el hombre visible, abocado a la destrucción. Cuando se llega en el curso del progreso espiritual al momento en que se recibe la Ley de Dios o se ofrecen votos al Señor sin tener en sí mismo, en su substancia, alguna cosa que ofrecer, el hombre exterior es incapaz de recibir la Ley de Dios y de ofrecerle votos, ya que no tiene nada que sea digno de Dios. Al contra-

rio, es más bien el hombre interior el que tiene en sí algo que ofrecer a Dios: pues es en el hombre interior donde tienen asiento las virtudes, la totalidad de la inteligencia y de la ciencia, y es donde se opera la renovación de la imagen de Dios.

Cuando el hombre ha vuelto a recobrar la forma que Dios le había dado al principio, cuando ha restaurado las virtudes y vuelto a adquirir la belleza primitiva, entonces puede ofrecer votos a Dios; es entonces cuando se lo llamará en lugar de “hombre” simplemente, “hombre-hombre” verdadero. Porque si no se cultiva el hombre interior, si no se tiene cuidado de él, si no se lo adorna con las virtudes, si no se lo dota de buenas costumbres, si no se lo ejercita por medio de la pedagogía divina, si no se busca la sabiduría de Dios, si no se lo aplica a la ciencia de las Escrituras, no puede ser llamado “hombre-hombre”, sino solamente “hombre”, “hombre físico”, puramente, puesto que el hombre interior –a quien sólo compete el título auténtico de hombre, en su más noble sentido– está adormecido en él por los vicios de la carne, aplastado por los cuidados y las inquietudes de este mundo, y no merece ser llamado con este nombre.

Así, pues, hermanos, es preciso hacer todos los esfuerzos posibles si se ve que el hombre interior que mora en nosotros está enterrado bajo la miseria del pecado y los detritus de los vicios, para desprenderlo cuanto antes de todas las impurezas, arrancarlo lo antes posible de las suciedades de la carne y de la sangre, convertirlo, en fin, a la penitencia, despertar en sí el recuerdo de Dios y la esperanza de la salvación. No son éstos los bienes que se han de buscar al exterior: la posibilidad de la salvación está en nosotros, como lo prueba la palabra del Señor: “El Reino de Dios está dentro de vosotros mismos”. Porque a la verdad, la posibilidad de la conversión radica en nosotros. Cuando nos convirtamos con gemidos, seremos salvos, y entonces podremos dignamente ofrecer votos al Altísimo y ser llamados “hombres-hombres” (es decir, hombres verdaderos). Ahora bien, algo ofrecemos a Dios, hay un voto, cuando ofrecemos alguna cosa que nos cuesta. Dios quiere recibir algo de nosotros. Si Él quiere mostrarse liberal con nosotros, y si se lo ve distribuir sus dones y regalos, es precisamente con aquellos que lo merecen, no con los ingratos.

Escuchad esta palabra de la Escritura: “Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor, tu Dios, sino que lo temas, y que marches por sus caminos, que lo ames de todo corazón, con toda tu alma y con to-

das tus fuerzas?” He aquí lo que Dios nos pide. Si nada le ofrecemos, nada recibiremos de Él. En otro pasaje leemos: “Dad la gloria a Dios”. Si le dais la gloria, recibiréis la gloria. Porque Dios mismo lo dijo: “Al que me glorificare. Yo lo glorificaré”. Y por mi parte os digo: “Si le ofrecemos nuestra justicia, recibiremos de Él la justicia de Dios; si le ofrecemos nuestra castidad —hablo de la corporal— recibiremos la del espíritu. Y si le ofrecemos nuestros pensamientos, recibiremos su Pensamiento, como lo prueba la palabra del apóstol: “Tenemos el pensamiento de Cristo”. Ahora bien, la conclusión es clara: cuando hubiéremos ofrecido a Dios algo nuestro, y Él nos hubiere concedido lo que es suyo, entonces podremos ser verdaderamente llamados no simplemente “hombres”, sino “superhombres”.

El sacrificio espiritual es aquel del que se ha escrito: “Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza y cumple tus votos al Altísimo”. Por tanto, alabar a Dios y ofrecerle los votos de la oración, es realizar una inmolación. Pero las primicias de esta inmolación serán ofrecidas por el Sumo Sacerdote, si oramos, no sólo con las palabras y la voz, sino también con la mente y el corazón, como lo enseña el apóstol. Los ángeles de Dios, que cultivan y labran nuestros corazones, atienden y buscan si hay entre nosotros una mente tan solícita, tan atenta, que reciba con toda avidez la palabra de Dios como divina simiente; observan si da fruto desde que nos pusimos en pie para orar, es decir, si recogidos los sentidos, oramos a Dios sin que divague la mente, y los pensamientos no vuelen en direcciones opuestas, cuando el cuerpo se incline en la oración. Si alguno siente que su súplica es atenta y recta, y entiende que está bajo la mirada de Dios y en presencia de su Luz inefable, y multiplica “sus oraciones, plegarias, súplicas y acciones de gracias”, sin que lo turben las imaginaciones ajenas, sepa que ha ofrecido las primicias de su inmolación mediante el ángel que permanece junto al altar, al verdadero y sumo sacerdote, Cristo Jesús.

Es preciso, pues, ofrecer primicias santas y santificadas, pero es necesario ofrecerlas al gran sacerdote espiritual. ¿De qué frutos ofreceremos las primicias espirituales? Escucha todos los frutos que enumera el apóstol: “Los frutos del espíritu son la caridad, el gozo, la paz, la paciencia...” ¿Qué primicias de la caridad, que es el primer fruto del Espíritu, es preciso ofrecer al sumo sacerdote? Creo que las primicias de la caridad consisten en “amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y

con toda nuestra mente”. Tales son las primicias. ¿Y qué parte de este fruto de la caridad viene en el segundo lugar? El amor al prójimo como a sí mismo. Las primicias de la caridad son ofrecidas a Dios por mediación del sumo sacerdote; las secundarias quedan para mi uso personal, aunque hay algo que es preciso poner en tercer rango: “el amor a nuestros enemigos”.

El segundo fruto mencionado por el apóstol es el gozo. Si me alegro en el Señor, si me regocijo en la esperanza, si me alegro de sufrir injusticias por el nombre del Señor, en todas estas ocasiones ofrezco a Dios primicias de gozo, por medio del verdadero Sacerdote. Si soporto con gozo el despojo de mis bienes, si me regocijo en aguantar las tribulaciones, la pobreza y toda suerte de ultrajes, es este un auténtico segundo grado, entre los frutos del Espíritu Santo, el fruto del gozo. Porque si recibo gozo con los bienes del mundo, los honores, las riquezas, son falsos gozos cuya causa es la vanidad de vanidades, apuntada por el Sabio.

Si acaso me regocijo del mal o si siento complacencia en las desgracias ajenas, éstos no son solamente gozos vanos, sino gozos diabólicos, ¿qué digo...? ni siquiera pueden llamarse gozos. Empero, quiero rebuscar otro fruto del gozo, o mejor, otras primicias del gozo. Si me alegro en la palabra del Señor, si me regocijo en la ciencia de los misterios divinos, y de ser juzgado digno de conocer los secretos y arcanos de la sabiduría de Dios; si me gozo de haber renunciado a todo lo del mundo, no sólo a lo inútil, sino aún a lo útil, no sólo a lo superfluo, sino aún a lo necesario, para entregarme enteramente a la palabra de Dios y a su sabiduría: en todo esto, pienso yo, sí que se ofrendan a Dios primicias de gozo.

O bien:

*De las Conferencias de san Juan Casiano
1,5. 6-7. 8.12-13. SC 42, pp. 82 y ss. PL 49, col. 486-492. 497*

Nuestro fin, intento o propósito es la vida eterna, según las palabras del apóstol: “Tenéis puesto el fruto de vuestras obras en la santidad y pureza de conciencia, y vuestro fin es la vida eterna”. Como si dijera: Tenéis vuestra mira en la pureza del corazón, y vuestro fin es la vida eterna. Hablando el mismo apóstol de esta intención y de estos medios en otra parte, la llamó blanco y señal, en esta forma: “Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el

premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús”. El texto griego lo expresa más claro: “Con la intención de este blanco, con que me olvido de las cosas pasadas”, es a saber, de los vicios del hombre viejo, procuro llegar al fin del premio celestial. Todo lo que nos puede ayudar para llegar a esta pureza de alma, habemos de emprender con muchas veras, y de lo que nos impide esto, huir y guardarnos, como de cosa dañosa. El deseo de esta pureza nos hace sufrir las incomodidades y ejercitarnos en las virtudes. Por su amor, y con el intento de conservarla siempre, hemos dejado los padres, deudos, dignidades, riquezas, deleites y entretenimientos mundanos.

“Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve”. De donde con evidencia se deduce que no consiste la perfección solamente en la desnudez y renuncia de todas las riquezas y bienes temporales, y menosprecio de honras y dignidades, si no va acompañada de la caridad, que es lo esencial de la pureza de conciencia. En el mismo lugar refiere el apóstol las partes de la caridad, pues al decirnos que “el amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites”, es como si dijera que quien ha de servir a Dios, ha de ofrecerle un corazón perfecto y puro, libre de toda imperfección e inquietud. En cuantas cosas habemos de desear y de hacer, hemos de tener por fin la perfección, quietud y pureza del corazón. Por amor de ésta, habemos de abrazar la soledad, continuar los ayunos, perseverar en las vigi-lias, sufrir la desnudez y trabajos, ejercitarnos en las santas lecturas y demás virtudes. Tan piadosos ejercicios han de servir de medios para preparar el corazón y conservarlo puro y limpio de todas las pasiones desordenadas, procurando subir por estos grados a la perfección de la caridad.

No son necesarias tantas cosas, y quizás una basta. “María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán”. Ved cómo Cristo, nuestro bien, puso el ejercicio principal en sola la especulativa contemplación de Dios. No hemos de negar que las demás virtudes sean necesarias y útiles; pero hemos de ponerlas en segundo lugar; pues todas éstas se ordenan a aquélla. Diciendo el Señor: “Andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria-

ria”, puso el sumo bien, no en la acción, aunque muy estimable y de gran mérito, sino en la contemplación de las cosas divinas, contemplación que es en verdad simple y pura. Pocas cosas dijo que eran necesarias para la bienaventuranza, que es la divina contemplación que en esta vida alcanzan pocos santos. Si el que va aprovechando procura imitar a esos pocos, con el favor de Dios llegará a aquello que el Señor dijo que es uno, que es su sola contemplación, y aun sobrepujando los merecimientos y ministerios admirables de la vida activa, sólo gustará de la hermosura de la contemplación y conocimiento de Dios.

¿Quién puede estar en esta vida tan absorto en la virtud de la caridad que, hallándose impedido con la fragilidad de la carne, nunca se le represente la venida, que espera, de un hermano religioso o de otro prójimo, la visita de un enfermo, la obediencia de una obra manual, el modo con que han de recibir a los huéspedes o peregrinos? A más de esto: ¿A quién no distrae el cuidado de acudir a sus necesidades corporales? Deseamos nos enseñes ahora de qué modo podremos ocuparnos siempre en la contemplación de aquel sumo bien y estar unidos continuamente con su santa voluntad. Muy bien habéis advertido ser imposible a un hombre, metido entre la fragilidad de este cuerpo, estar siempre unido con Dios y dado a su santa contemplación; pero está muy en su lugar que declaremos dónde hemos de tener fija la intención de nuestro corazón, y a qué fin habemos de encaminar los pensamientos y afectos de nuestra alma. Si esto pudiera alcanzarse, muy justo es que nos alegremos, y si no, que suspiremos y entendamos que tantas veces nos apartamos cuantas perdemos de vista aquel fin, y habemos de juzgar por pecado, casi de fornicación o idolatría, el olvidarnos de la contemplación de Cristo y vista sencilla de Dios. Pero dado que en eso tuviéramos descuido, al punto habemos de remediarlo, volviendo los ojos a ese fin, como a una línea recta por donde nos habemos de guiar.

O bien:

Sermón de san Doroteo de Gaza

*Lettre II, 184-186. Dans : “Maîtres spirituels au désert de Gaza”,
Regnault, Solesmes, 1966, pp. 242-244*

Si tú tienes el encargo de cuidar de tus hermanos, hazlo con corazón firme, pero con entrañas de misericordia, enseñándoles por

las obras y por las palabras lo que es preciso practicar; pero sobre todo por las obras, puesto que los ejemplos son más eficaces que las palabras. Sé su modelo, incluso en los trabajos corporales, si es que puedes; pero si eres débil, muéstrate su modelo por la benignidad de tu ánimo y los frutos del Espíritu Santo enumerados por el apóstol: caridad, gozo, paz, longanimidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de todas las pasiones. En cuanto a las faltas que puedan cometer, no te irrites más de lo conveniente: muéstrales el mal que de ellas resulta; y, si es necesario hacer alguna advertencia, toma el tono que conviene y espera el momento oportuno. No mires demasiado las pequeñas faltas como juez justiciero, ni hagas reproches continuamente, porque esto es insostenible a la flaqueza humana, y la costumbre terminaría en insensibilidad y en desprecio de tu autoridad. Ni mandes imperiosamente, sino somete el caso al criterio de tu hermano; esta manera de proceder es estimulante, es más persuasiva y procura la paz con el prójimo.

Si algún hermano te resiste y te turbas en ese momento, refrena la lengua para no increparlo con cólera y dejar que tu corazón se excite contra él. Recuerda más bien que él es un hermano, un miembro de Cristo y una imagen de Dios amenazada por el enemigo común. Ten compasión de él, no sea que el demonio se enseñoree de él bajo los golpes de la cólera, y el rencor dé muerte a su alma, por la cual Cristo murió, y perezca por culpa nuestra. Recuerda que también tú estás sometido a los vaivenes de la cólera. Que tu propia flaqueza te vuelva más compasivo con tu hermano. Da gracias a Dios de hallar una ocasión de perdonar, a fin de que tú también obtengas el perdón de Dios por faltas más graves y numerosas. Pues está escrito: “Perdonad y seréis perdonados”. ¿Crees que recibirá daño tu hermano por tu paciencia? Precisamente ordena el apóstol: “Vence al mal a fuerza de bien”, y no el mal con el mal. Por otra parte, los Padres dicen: “Si haciendo reproches a tu hermano, te turbas por la cólera, es tu propia pasión la que sacias”. Y ningún hombre sensato derriba su propia casa para edificar la ajena.

Si tu turbación persiste, haz violencia a tu corazón, y ora en estos términos: “Oh Dios bondadosísimo, que amas las almas y que en tu inefable bondad has sacado nuestro ser de la nada para hacernos partícipes de tus bienes, y que por la sangre preciosísima de tu Hijo único, nuestro Salvador Jesucristo nos ha segregado del

mundo, a nosotros que nos habíamos apartado de tus mandamientos: asístenos ahora en nuestra debilidad e impón silencio a la turbación de nuestro corazón, como en otro tiempo al mar desencadenado. No sea que en un instante quedes privado de tus dos hijos, muertos por el pecado, y que tengas que decirnos: “¿De qué ha servido que vertiese mi sangre y descendiese a la corrupción del sepulcro?” Y también: “Os lo aseguro: no os conozco”, porque estarían nuestras lámparas faltas de aceite.

Apaciguado el corazón por esta oración, puedes en seguida, con prudencia y humildad, según el precepto del apóstol, “reprende, reprocha, exhorta”, y, llenos de compasión, curar y levantar a tu hermano como a un miembro enfermo. Entonces, tu hermano, por su parte, recibirá la corrección con toda confianza, condenando él mismo su dureza. Por tu propia paz habrás pacificado su corazón. Que nada, pues, te aleje de la santa doctrina de Cristo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”. Porque ante todo es preciso un ánimo tranquilo, de suerte que el corazón no se turbe, incluso por justos motivos o a propósito de un mandato, con la convicción de que cumplimos todos los preceptos por caridad y con pureza de corazón. Tratando así a tu hermano, oirás la voz divina que te dice: “Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca”.

O bien:

Lectura tomada de una breve biografía

Del libro “Santos y Beatos de la Cartuja”, de Juan Mayo Escudero

Hugh de Avalon o Hugo de Borgoña nació en 1135 en el castillo de Avalon, cerca de Pontcharra, en Borgoña (Francia); pero es más conocido por Hugo de Lincoln, por ser consagrado obispo en esta ciudad de Inglaterra.

Cuando su madre Ana murió, su padre se retiró al monasterio agustino de Villard-Benoît (cerca de Grenoble en Francia, y por tanto de la Gran Cartuja). Se llevó consigo a su hijo, quien se hizo religioso.

Alrededor de 1159 fue enviado como diácono a otro monasterio, donde de esforzaba cada día a pesar de estar cada día más convencido de querer dedicarse a la vida contemplativa. Visitó en compañía del prior de Villard-Benoît, la soledad de la Gran Cartu-

ja, que entonces tenía como prior a Dom Basil al que confesó su deseo aceptar la regla de la cartuja.

Aunque su prior le puso muchas trabas, Hugo volvió a la Gran Cartuja como novicio en 1153. Poco después de su profesión el prior le confió el cuidado de un monje muy anciano y enfermo del que recibió la instrucción necesaria para prepararse para el sacerdocio.

Después de diez años con los cartujos, se le confirió el oficio de procurador, que ejerció hasta 1180, cuando abandonó la Gran Cartuja como prior de la primera cartuja inglesa, en Witham, situada en Sommerset y fundada por Enrique II en compensación por no haber ido a la segunda cruzada y como penitencia por haber asesinado a Tomás Becket (1118-1170).

En mayo de 1180, Enrique reunió un consejo de obispos y barones en la abadía de Eynsham para deliberar sobre los asuntos del estado en general. La ocupación de las sedes episcopales vacantes estaba legislada entre otros, por los cánones de Lincoln, que había estado sin obispo durante dieciséis años. Se ordenó que se celebraran elecciones y tras alguna discusión fue elegido el candidato real, Hugo, prior de Whistham.

Hugo rehusó porque la elección no había sido libre. Una nueva elección según las normas canónicas fue votada en Lincoln y no en la capilla privada del rey, y volvieron a elegir unánimemente a Hugo que volvió a negarse, hasta que el prior de la Gran Cartuja, su superior, dio su consentimiento, y envió a Inglaterra una embajada especial. Hugo consagrado en la capilla de santa Catalina, de la abadía de Westminster, el 21 de octubre de 1181, por el arzobispo Balduino de Canterbury. Ocupó su sede de la catedral de Lincoln el 29 de septiembre y enseguida puso manos a la reforma. También reconstruyó la catedral de Lincoln, destruida por el terremoto de 1185, aunque la mayor parte de lo que ahora existe es posterior, aun queda parte del coro, y es uno de los más hermosos ejemplos del temprano estilo gótico apuntado inglés.

En julio de 1188 fue como embajador ante el rey francés y estaba en Francia cuando Enrique murió. Volvió al año siguiente y estuvo presente en la coronación de Ricardo.

En un concilio celebrado en Oxford, 1198, el arzobispo Hubert, principal ministro (*justiciar*), pidió a los obispos y barones una gran concesión de dinero y caballeros para las guerras del rey en el extranjero. Hugo rehusó sobre la base de que no estaba obliga-

do a proveer de dinero o soldados para guerras fuera de Inglaterra. Le secundó Herbert de Salisbury y el arzobispo tuvo que ceder. Ricardo entró en uno de sus ataques de furia y ordenó la confiscación de las propiedades de Hugo, pero nadie se atrevió a ponerles las manos encima. El santo viajó a Normandía, se encontró con Ricardo en el castillo de Garillard y habiendo conseguido el perdón real y su admiración por su extraordinaria valentía.

Una vez más hubo de oponerse Hugo a las demandas de Ricardo: esta vez quería dinero del capítulo de Lincoln. Cruzando otra vez para ir a Normandía, llegó inmediatamente antes de la muerte del rey y estuvo presente en las honras fúnebres en Fontevrault. Asistió a la coronación de Juan en Westminster en mayo de 1199, pero pronto volvió a Francia para ayudar al rey en los asuntos del estado. Defendió con valentía los derechos de la Iglesia, frente a las intromisiones de tres reyes que él conoció, siendo llamado Martillo de reyes. Alternaba sus quehaceres pastorales con la vida retirada de la cartuja de Witham.

Visitó la Gran Cartuja en el verano de 1200 y fue recibido en todas partes con muestras de extraordinario respeto y amor. Al volver a Inglaterra sufrió unas fiebres y murió unos pocos meses después, el 16 de noviembre, en el Old Temple, la residencia de los obispos de Lincoln en Londres. El primado condujo las exequias en su catedral de Lincoln y el rey Juan ayudó a llevar el féretro hasta su tumba en el transepto noreste. En 1220 fue canonizado por el papa Honorio III y sus restos fueron trasladados solemnemente en 1280 a un lugar prominente en el gran transepto sur. Un magnífico relicario de oro con sus restos se convirtió en Lincoln en el más celebrado lugar de peregrinaje del norte de Inglaterra. No se sabe qué paso con las reliquias de san Hugo en la Reforma anglicana (en 1534, durante el reinado de Enrique VIII); el relicario y sus riquezas eran una tentación para Enrique VIII que confiscó el oro y las piedras preciosas.

La fiesta de san Hugo se guardó el 17 de noviembre. Entre los cartujos no hay nadie más importante que él, excepto san Bruno. La gran cartuja de Parkminster, en Sussex (condado del sur de Inglaterra), está dedicada a él.

19 de noviembre
Santa Matilde de Hackeborn, virgen y monja
OSB y OCIST: memoria libre

Nació el año 1241 en el seno de la noble familia de Hackeborn, fue educada por las monjas cistercienses de Rodersdorf e ingresó en el célebre monasterio de Helfta en Sajonia, donde era abadesa su hermana mayor, Gertrudis de Hackeborn. Igual que su discípula Gertrudis la Grande, Matilde fue favorecida con muchos dones del cielo, y cantó a la majestad de Dios, al sagrado Corazón y a María, nuestra Señora. Todo cuanto experimentó místicamente lo consignó por escrito. Dirigió la escuela de su monasterio y desempeñó el oficio de cantora.

Del libro de las Revelaciones, de santa Matilde de Hackeborn
Opera omnia, Solesmis 1877

Dios ama la obediencia

Matilde, movida a compasión por una persona que, en cierta ocasión, no conseguía ponerse de acuerdo con la voluntad de su superior, rogaba al Señor que la iluminara con su gracia y la dispusiera a someterse. De pronto vio al Señor abrazar con su brazo derecho a aquella persona, diciendo: “Desde el momento en que me hizo entrega de su propia voluntad, poniéndola en las manos de sus superiores, la acogí en mis brazos y mi diestra no la abandonará jamás, a menos que voluntariamente se vuelva atrás y se sustraiga a mis cuidados. Si lo hiciera, no podrá en adelante recuperar su puesto sin haberse humillado”. Con estas palabras, la Santa llegó a la conclusión de que Dios, el día de la profesión, toma a cada religioso en su regazo paterno y no lo rechaza, a menos que, deliberadamente —ino lo permita Dios!—, él falte a la obediencia. Cuando el religioso se sustrae a la mano de Dios, se torna incapaz de volver a tomarla de nuevo, antes de haberse humildemente prostrado ante Él mediante una verdadera penitencia, una conveniente satisfacción y la sincera promesa de obedecer de buen talante en el futuro.

Matilde vio al Señor sentado en su trono, con los brazos extendidos. Decía: “En la cruz he permanecido con los brazos extendidos hasta la muerte; ahora continúo con los brazos abiertos delante de mi Padre, para indicar que estoy siempre pronto a abrazar a

quienquiera que se acerque a mí. ¿Hay alguien que desee este favor? Si está dispuesto a soportar todas las adversidades por amor mío, es señal de que ha llegado ya a este abrazo. ¿Hay alguien que aspire a mis besos? Si puede darse a sí mismo el testimonio de que ama en todo mi voluntad y en ella encuentra su más grande gozo, significa que ha obtenido ya este beso. Todo el que desee que oiga y escuche sus plegarias, debe estar siempre dispuesto para cualquier obediencia, porque es imposible que las oraciones del hombre obediente no sean escuchadas por mi Padre”.

Mientras se cantaba el responsorio *Bendice*, Matilde vio todas las virtudes en él mencionadas, como personificadas por vírgenes de pie delante de Dios. Una de ellas, más hermosa que sus hermanas, tenía en la mano una copa de oro, en la que las demás vírgenes vertían un licor perfumado, que ella ofrecía al Señor. Maravillada ante aquel espectáculo, Matilde deseaba comprender el significado. El Señor le dijo: “Esta virgen es la obediencia. Sólo ella ofrece de beber, porque la obediencia contiene en sí las riquezas de las demás virtudes, y el verdadero obediente debe necesariamente poseerlas todas. Y en primer lugar, la salud del alma, esto es, la ausencia de pecado mortal. Después la humildad, mientras se somete en todo a sus superiores. El verdadero obediente posee también la santidad y la castidad, pues conserva la pureza del cuerpo y del corazón. Las virtudes le son necesarias para ser fuerte en el bien obrar y victorioso en la lucha contra el mal.

Hay todavía otras virtudes que convienen al obediente: la fe, sin la cual nadie puede agradar a Dios; la esperanza, que nos hace tender a Dios; la caridad para con Dios y para con el prójimo; la bondad, que se muestra dulce y afable con todos; la templanza, que elimina todo lo superfluo; la paciencia, que triunfa sobre la adversidad y la hace útil y fructuosa; finalmente, la disciplina religiosa, por la cual cada uno observa estrictamente la propia regla”.

O bien:

*Del “Liber specialis gratiæ”, de santa Matilde de Hackeborn
Liber III, 5: Editio Solesmensis*

Con especial predilección te ha llamado del mundo

Su preceptor, el más excelente de los maestros, le dijo: “Te voy a enseñar tres cosas, para que las medites asiduamente cada día, y te van a ser muy provechosas.

En primer lugar, recuerda con gratitud cuantas cosas buenas he hecho por ti con la Creación y la Redención: Te he creado a mi imagen y semejanza, por tu causa me he hecho hombre y, después de soportar innumerables tormentos, por amor a ti he sufrido amarga muerte. En segundo lugar, recuerda con gratitud cuantos beneficios has recibido de mí desde que naciste hasta el presente: con qué especial predilección te he llamado del mundo; cuantas veces me he inclinado hacia ti llamándote y embriagándote con la dulzura de mi gracia divina, iluminándote con mi conocimiento y abrasándote en mi amor; también recuerda como cada día en la Misa vengo a ti, dispuesto a colmar todos tus deseos y tu voluntad. Y en tercer lugar, recuerda, mientras me alabas con una acción de gracias, todo lo que te he de dar para siempre en el cielo: allí reservo para ti una tal abundancia de bienes, que sobrepasa todo cuanto puedas esperar o imaginar.

Y te lo digo de veras, mucho me complace que los hombres esperen confiadamente grandes cosas de mí. Porque si alguno cree que después de esta vida le voy a dar más de lo que en realidad merece, y a causa de esto me alaba y me da gracias ya desde ahora, me será tan grato que lo recompensaré muy por encima de lo que corresponde a sus méritos, tanto como él haya osado esperar y mucho más, ya que es imposible que el hombre no reciba aquello en que ha confiado y esperado. Por eso está bien que el hombre espere mucho de mí y confíe en mí buenamente.”

O bien:

*De las catequesis de Su Santidad Benedicto XVI a los fieles
sobre santa Matilde de Hackeborn*

*Grandes mujeres en la historia de la Iglesia. Catequesis de Benedicto XVI,
Madrid, 2011, pp. 43-49*

Santa Matilde de Hackeborn, fue una de las grandes figuras del monasterio de Helfta, que vivió en el siglo XIII. Su hermana, santa Gertrudis la Grande, en el libro VI de la obra *Liber specialis gratiæ* (Libro de la gracia especial), en el que se narran las gracias especiales que Dios concedió a santa Matilde, afirma: “Lo que hemos escrito es muy poco respecto a lo que hemos omitido. Únicamente para gloria de Dios y utilidad del prójimo publicamos estas cosas, porque nos parecería injusto guardar silencio sobre tantas gracias que Matilde recibió de Dios, no tanto para ella misma,

según nuestra opinión, sino para nosotros y para aquellos que vendrán después de nosotros”.

Esta obra fue redactada por santa Gertrudis y por otra monja de Helfta, y tiene una historia singular. Matilde, a la edad de cincuenta años, atravesaba una grave crisis espiritual acompañada de sufrimientos físicos. En estas condiciones, confió a dos religiosas amigas las gracias singulares con que Dios la había guiado desde la infancia, pero no sabía que ellas tomaban nota de todo. Cuando lo supo, se angustió y se turbó profundamente. Pero el Señor la tranquilizó, haciéndole comprender que cuanto se escribía era para gloria de Dios y el bien del prójimo. Así, esta obra es la fuente principal para obtener informaciones sobre la vida y la espiritualidad de nuestra santa.

Con ella entramos en la familia del barón de Hackeborn, una de las más nobles, ricas y potentes de Turingia, emparentada con el emperador Federico II, y entramos también en el monasterio de Helfta, en el período más glorioso de su historia. El barón ya había dado al monasterio una hija, Gertrudis de Hackeborn, dotada de una notable personalidad, abadesa durante cuarenta años, capaz de dar una impronta peculiar a la espiritualidad del monasterio, llevándolo a un florecimiento extraordinario como centro de mística y cultura, escuela de formación científica y teológica. Gertrudis les dio a las monjas una elevada instrucción intelectual, que les permitía cultivar una espiritualidad fundada en la Sagrada Escritura, la liturgia, la tradición patristica, la Regla y la espiritualidad cisterciense, con particular predilección por san Bernardo de Claraval y Guillermo de Saint-Thierry. Fue una verdadera maestra, ejemplar en todo, en el radicalismo evangélico y en el celo apostólico. Matilde, desde la infancia, acogió y gustó el clima espiritual y cultural creado por su hermana, dando luego su impronta personal.

Matilde nació en 1241 ó 1242, en el castillo de Helfta; era la tercera hija del barón. A los siete años, con la madre, visitó a su hermana Gertrudis en el monasterio de Rodersdorf. Se sintió tan fascinada por ese ambiente, que deseó ardientemente formar parte de él. Ingresó como educanda, y en 1258 se convirtió en monja en el convento que, mientras tanto, se había mudado a Helfta, en la finca de los Hackeborn. Se distinguió por la humildad, el fervor, la amabilidad, la limpidez y la inocencia de su vida, la familiaridad y la intensidad con que vive su relación con Dios, la Virgen y los

santos. Estaba dotada de elevadas cualidades naturales y espirituales, como “la ciencia, la inteligencia, el conocimiento de las letras humanas y la voz de una maravillosa suavidad: todo la hacía apta para ser un verdadero tesoro para el monasterio bajo todos los aspectos”. Así, “el rui señor de Dios” —como se la llama—, siendo muy joven todavía, se convirtió en directora de la escuela del monasterio, directora del coro y maestra de novicias, servicios que desempeñó con talento e infatigable celo, no sólo en beneficio de las monjas sino también de todo aquel que deseaba recurrir a su sabiduría y bondad.

Iluminada por el don divino de la contemplación mística, Matilde compuso numerosas plegarias. Fue maestra de doctrina fiel y de gran humildad, consejera, consoladora y guía en el discernimiento: “Ella enseñaba —se lee— la doctrina con tanta abundancia como jamás se había visto en el monasterio, y ¡ay!, tenemos gran temor de que no se verá nunca más algo semejante. Las monjas se reunían en torno a ella para escuchar la Palabra de Dios como alrededor de un predicador. Era el refugio y la consoladora de todos, y tenía, por don singular de Dios, la gracia de revelar libremente los secretos del corazón de cada uno. Muchas personas, no sólo en el monasterio sino también extraños, religiosos y seglares, llegados desde lejos, testimoniaban que esta santa virgen los había liberado de sus penas y que jamás habían experimentado tanto consuelo como cuando estaban junto a ella. Además, compuso y enseñó tantas plegarias que, si se recopilaran, excederían el volumen de un salterio”.

En 1261 llegó al convento una niña de cinco años, de nombre Gertrudis; se la encomendaron a Matilde, apenas veinteañera, que la educó y la guió en la vida espiritual hasta hacer de ella no sólo una discípula excelente sino también su confidente. En 1271 ó 1272 también ingresó en el monasterio Matilde de Magdeburgo. Así, el lugar acogía a cuatro grandes mujeres —dos Gertrudis y dos Matilde—, gloria del monaquismo germánico. Durante su larga vida pasada en el monasterio, Matilde soportó continuos e intensos sufrimientos, a los que sumaba las durísimas penitencias elegidas por la conversión de los pecadores. De este modo, participó en la pasión del Señor hasta el final de su vida. La oración y la contemplación fueron el humus vital de su existencia: las revelaciones, sus enseñanzas, su servicio al prójimo y su camino en la fe y en el amor tienen aquí sus raíces y su contexto. En el primer

libro de la obra *Liber specialis gratiæ*, las redactoras recogen las confidencias de Matilde articuladas a lo largo de las fiestas del Señor, de los santos y, de modo especial, de la bienaventurada Virgen. Es impresionante la capacidad que tiene esta santa de vivir la liturgia en sus varios componentes, incluso en los más simples, llevándola a la vida cotidiana monástica. Algunas imágenes, expresiones y aplicaciones a veces resultan ajenas a nuestra sensibilidad, pero, si se considera la vida monástica y su tarea de maestra y directora del coro, se capta su singular capacidad de educadora y formadora, que ayuda a sus hermanas de comunidad a vivir intensamente, partiendo de la liturgia, cada momento de la vida monástica.

En la oración litúrgica, Matilde da particular relieve a las horas canónicas y a la celebración de la santa misa, sobre todo a la santa Comunión. Aquí se extasiaba a menudo en una intimidad profunda con el Señor en su ardentísimo y dulcísimo Corazón, mediante un diálogo estupendo, en el que pedía la iluminación interior, mientras intercedía de modo especial por su comunidad y sus hermanas. En el centro están los misterios de Cristo, a los cuales la Virgen María remite constantemente para avanzar por el camino de la santidad: “Si deseas la verdadera santidad, está cerca de mi Hijo; él es la santidad misma que santifica todas las cosas”. En esta intimidad con Dios está presente el mundo entero, la Iglesia, los bienhechores, los pecadores. Para ella, el cielo y la tierra se unen.

Sus visiones, sus enseñanzas y las vicisitudes de su existencia se describen con expresiones que evocan el lenguaje litúrgico y bíblico. Así se capta su profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, que era su pan diario. A ella recurría constantemente, ya sea valorando los textos bíblicos leídos en la liturgia, ya sea tomando símbolos, términos, paisajes, imágenes y personajes. Tenía predilección por el Evangelio: “Las palabras del evangelio eran para ella un alimento maravilloso y suscitaban en su corazón sentimientos de tanta dulzura, que muchas veces por el entusiasmo no podía terminar su lectura... El modo como leía esas palabras era tan ferviente, que suscitaba devoción en todos. De igual modo, cuando cantaba en el coro estaba totalmente absorta en Dios, embargada por tal ardor que a veces manifestaba sus sentimientos mediante gestos... Otra veces, como en éxtasis, no oía a quienes la llamaban o la movían, y de mal grado retomaba el sentido de las

cosas exteriores”. En una de sus visiones, es Jesús mismo quien le recomienda el Evangelio; abriéndole la llaga de su dulcísimo Corazón, le dice: “Considera qué inmenso es mi amor: si quieres conocerlo bien, en ningún lugar lo encontrarás expresado más claramente que en el Evangelio. Nadie ha oído jamás expresar sentimientos más fuertes y más tiernos que estos: Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros (Jn 15, 9)”.

La oración personal y litúrgica, especialmente la liturgia de las Horas y la santa misa son el fundamento de la experiencia espiritual de santa Matilde de Hackeborn. Dejándose guiar por la Sagrada Escritura y alimentada con el pan eucarístico, recorrió un camino de íntima unión con el Señor, siempre en plena fidelidad a la Iglesia. Esta es también para nosotros una fuerte invitación a intensificar nuestra amistad con el Señor, sobre todo a través de la oración diaria y la participación atenta, fiel y activa en la santa misa. La liturgia es una gran escuela de espiritualidad.

Su discípula Gertrudis describe con expresiones intensas los últimos momentos de la vida de santa Matilde de Hackeborn, durísimos, pero iluminados por la presencia de la santísima Trinidad, del Señor, de la Virgen María y de todos los santos, incluso de su hermana de sangre Gertrudis. Cuando llegó la hora en que el Señor quiso llamarla a sí, ella le pidió poder vivir todavía en el sufrimiento por la salvación de las almas, y Jesús se complació con este ulterior signo de amor.

Matilde tenía cincuenta y ocho años. Recorrió el último tramo de camino caracterizado por ocho años de graves enfermedades. Su obra y su fama de santidad se difundieron ampliamente. Al llegar su hora, “el Dios de majestad..., única suavidad del alma que lo ama..., le cantó: Venite vos, benedicti Patris mei... Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino..., y la asoció a su gloria”.

Santa Matilde de Hackeborn nos encomienda al sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen María. Nos invita a alabar al Hijo con el corazón de la Madre y a alabar a María con el corazón del Hijo: “Te saludo, oh Virgen veneradísima, en ese dulcísimo rocío que desde el corazón de la santísima Trinidad se difundió en ti; te saludo en la gloria y el gozo con que ahora te alegras eternamente, tú que preferida entre todas las criaturas de la tierra y del cielo fuiste elegida incluso antes de la creación del mundo. Amén”.

24 de noviembre
San Columbano de Luxeuil, abad
Memoria libre

Nacido en Irlanda en la primera mitad del siglo VI, estudió las letras humanas y sagradas. Siguió el camino monástico y pasó a los dominios de los francos, donde fundó muchos monasterios que gobernó con rigor y disciplina. Desterrado de los estados merovingios, se refugió en Italia y fundó allí la abadía de Bobbio. Merece cumplida alabanza su labor en favor de la vida cristiana y religiosa. Murió el año 615.

De las Instrucciones de san Columbano, abad
Instructio XI, 1-2: Opera omnia, Dublin 1957, pp. 106-107

**La grandeza del hombre consiste en su semejanza con Dios,
con tal de que la conserve**

Hallamos escrito en la ley de Moisés: Creó Dios al hombre a su imagen y semejanza. Considerad, os lo ruego, la grandeza de esta afirmación; el Dios omnipotente, invisible, incomprensible, inefable, incomparable, al formar al hombre del barro de la tierra, lo ennobleció con la dignidad de su propia imagen. ¿Qué hay de común entre el hombre y Dios, entre el barro y el espíritu? Porque Dios es Espíritu. Es prueba de gran estimación el que Dios haya dado al hombre la imagen de su eternidad y la semejanza de su propia vida. La grandeza del hombre consiste en su semejanza con Dios, con tal de que la conserve.

Si el alma hace buen uso de las virtudes plantadas en ella, entonces será de verdad semejante a Dios. El nos enseñó, por medio de sus preceptos, que debemos reeditarle frutos de todas las virtudes que sembró en nosotros al crearnos. Y el primero de estos preceptos es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, ya que él nos amó primero, desde el principio y antes de que existiéramos. Por lo tanto, amando a Dios es como renovamos en nosotros su imagen. Y ama a Dios el que guarda sus mandamientos, como dice él mismo: Si me amáis, guardaréis mis mandatos. Y su mandamiento es el amor mutuo, como dice también: Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.

Pero el amor verdadero no se practica sólo de palabra, sino de verdad y con obras. Retornemos, pues, a nuestro Dios y Padre su

imagen inviolada; retornémosela con nuestra santidad, ya que él ha dicho: Sed santos, porque yo soy santo; con nuestro amor, porque él es amor, como atestigua Juan, al decir: Dios es amor; con nuestra bondad y fidelidad, ya que él es bueno y fiel. No pintemos en nosotros una imagen ajena; el que es cruel, iracundo y soberbio pinta, en efecto, una imagen tiránica.

Por esto, para que no introduzcamos en nosotros ninguna imagen tiránica, dejemos que Cristo pinte en nosotros su imagen, la que pinta cuando dice: La paz os dejo mi paz os doy. Mas, ¿de qué nos servirá saber que esta paz es buena, si no nos esforzamos en conservarla? Las cosas mejores, en efecto, suelen ser las más frágiles, y las de más precio son las que necesitan de una mayor cautela y una más atenta vigilancia; por esto, es tan frágil esta paz, que puede perderse por una leve palabra o por una mínima herida causada a un hermano. Nada, en efecto, resulta más placentero a los hombres que el hablar de cosas ajenas y meterse en los asuntos de los demás, proferir a cada momento palabras inútiles y hablar mal de los ausentes; por esto, los que no pueden decir de sí mismos: Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento, mejor será que se callen y, si algo dijeren, que sean palabras de paz.

O bien:

*De la Regla para monjes de san Columbano, abad
PL 80, col. 209-216*

**Que el monje viva en el monasterio
bajo la disciplina de un solo padre**

Primero tenemos que aprender a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos. Después es preciso que a la primera palabra del anciano todos cuantos lo oyen se dispongan a obedecer como si prestasen obediencia el mismo Dios, que por medio de nuestro Señor Jesucristo nos dice: Quien a vosotros escucha, a mí me escucha.

En realidad esta obediencia hasta la muerte se nos ha mandado, porque Cristo por nosotros obedeció al Padre hasta la muerte. Los obedientes, pues, los auténticos discípulos de Cristo nada rehu-

san, aunque sea duro y áspero, sino que lo aceptan todo con fervor y gozo. Ya que si la obediencia no fuese así no sería grata a Dios.

Hay que observar puntualmente la norma del silencio, porque está escrito: El fruto de la justicia es el silencio y la paz. Así pues, para no caer en la charlatanería conviene callar, excepto para las cosas prácticas y necesarias, porque según la Escritura: En el mucho hablar no faltará pecado.

Los monjes, para quienes el mundo está crucificado a causa de Cristo, y ellos para el mundo, deben aplastar los malos deseos. No sólo es condenable la posesión de cosas superfluas, sino que incluso es condenable su deseo. Se les exigió la oblación de su voluntad, no de sus bienes. Quienes lo han dejado todo para seguir a Cristo día a día con la cruz del temor, tienen su tesoro en el cielo. Por eso, como tienen mucho en el cielo, en la tierra se deben contentar con poco, con lo estrictamente necesario.

La verdadera tradición de la oración es que ésta se pueda realizar sin tedio y que el oficio previsto pueda ser cumplido a la perfección, es decir que se tenga en cuenta aquello de que es capaz el espíritu según las condiciones y el estilo de vida de cada cual: su fervor, si está libre y solitario, su nivel de formación; o también lo que permitan sus posibilidades de ocio, la profundidad de su interés, la índole de su trabajo o su edad. Por tanto, hay que considerar matizadamente el ideal perfecto de oración, porque ésta ha de ser compatible con el trabajo. Así, aunque sea diversa la duración del canto o del silencio, el ideal se alcanzará igualmente, si se reza de todo corazón y con la atención puesta en Dios.

Que el monje viva en el monasterio bajo la disciplina de un solo padre y en compañía de muchos, de este modo aprenderá de uno la humildad, de otro la paciencia, de éste el silencio, de aquél la mansedumbre. Que no haga lo que se le antoja, que coma lo que le ofrezcan y posea únicamente lo que le hayan dado, que cumpla con su trabajo, soporte las contrariedades y llegue cansado a su lecho, pues vale más andar soñoliento que estar acostado en horas de labor; que calle ante las ofensas, que respete al superior del monasterio como a un amo y que lo ame como a un padre; que confíe en la bondad de sus mandatos y que no critique sus decisiones, pues su deber es obedecer y cumplir lo que es justo.

25 de noviembre
Santa Beatriz de Ornacieux, virgen y monja
OCART: 12 lecturas

Nació en el solar feudal de la noble familia de los Ornacieux, en los confines del Delfinado y de la Saboya. Recibió una rica educación cristiana que la llevaría, con apenas trece años, a abandonar para siempre el mundo para entrar en la cartuja del Monte de Santa María, en el desierto de Parménie. Destacó por la santidad de vida. Se manifestó siempre llena de mucha caridad y de una profunda humildad de corazón; procuraba en todo ayudar a sus hermanas de religión y manifestó una gran capacidad para sufrir. Su obediencia extrema y su fidelidad a la vida de oración fueron otros dos rasgos característicos de su vida. Fue especialmente devota de la Pasión de Cristo y se dice que perforó su mano izquierda con un clavo para recordar mejor los sufrimientos de la crucifixión. En 1300 fue obligada, bajo obediencia, a aceptar el priorato de la cartuja de Eymeux, en esta nueva fundación cartujana, en el ejercicio del cargo de priora, brillaron sus grandes virtudes. Murió llena de méritos. Fue sepultada en Eymeux, y casi de inmediato, empezaron a obrarse milagros en su tumba, extendiéndose su fama de santidad. Algún tiempo después, su cuerpo fue trasladado a su primera cartuja de Parménie. Es la única monja cartuja canonizada; no ha dejado ningún escrito. En 1869, la Santa Sede confirmó su culto inmemorial.

***De la Instrucción “Venite seorsum”,
sobre la vida contemplativa y sobre la clausura de las monjas***
***Congregación para los Institutos de Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida Apostólica, 1969.***
1,1-4. AAS 61 (1969), pp. 674-684. DC 1969, pp. 806 y ss

El apartamiento del mundo para dedicarse más intensamente a la oración en la soledad, no es otra cosa que una manera especial de vivir y de expresar el misterio Pascual de Cristo, que consiste en morir para resucitar. Este misterio es considerado en la Sagrada Escritura como un tránsito o un éxodo; en efecto, el sucederse de la historia de Israel, es el principal efecto sobre el que se basa la fe en él y la vida de más íntima unión con Dios: figura al propio tiempo de la salvación cristiana, como confiesa la Iglesia. Y en verdad a nadie se le oculta en cuán gran medida se hayan servido

de los argumentos bíblicos del Éxodo, para interpretar y enunciar el misterio cristiano, la Sagrada Liturgia y la Tradición de los Padres —como ya habían hecho los apóstoles y los mismos Evangelistas—. Ya en el comienzo de la historia del Pueblo de Dios vemos que Abraham es invitado a salir de su patria y de su familia, y nos enseña el apóstol que esa invitación fue como el principio del largo itinerario místico hacia la Patria, que no es de aquí abajo. Lo que fue prefigurado en el Antiguo Testamento tuvo su realización en el Nuevo. El Verbo de Dios, salido del Padre y viniendo al mundo, para levantar al pueblo que “caminaba en tinieblas”, nos libertó de la potestad de las tinieblas, o sea, del pecado; y por su muerte nos arrastró en su camino de vuelta al Padre, el cual “nos hizo resucitar con Cristo y sentarnos con Él en los cielos”, en todo lo cual consiste verdadera y propiamente el misterio Pascual de Cristo y de la Iglesia.

Esta muerte de Cristo encierra la verdadera razón de la soledad, según que, con el mismo apóstol, enseñaron algunos padres y doctores de la Iglesia. En efecto, éste fue el sentido que dieron a algunos hechos de la vida de Cristo, cuando lo contemplaban en la soledad o lo consideraban recluyéndose en el desierto para luchar contra el “Príncipe de este mundo”, pero, sobre todo, para orar al Padre, a cuya voluntad estaba plenamente sometido. De esta forma representó la soledad de su Pasión, que los Evangelios nos proponen como un nuevo Éxodo. Por donde, para los fieles ir al desierto equivale a unirse más íntimamente con la Pasión de Cristo y participar de un modo peculiar del misterio Pascual, y del paso del Señor de este mundo a la patria celestial. Precisamente por esta razón fueron instituidos los monasterios, como incrustados en el seno mismo del misterio cristiano.

De igual manera es llamado el fiel cristiano a seguir a Cristo en la predicación del Evangelio de salvación y debe contribuir a la edificación de la ciudad terrestre para ser como fermento que la transforme en familia de Dios; en este sentido se dice que el cristiano permanece en el mundo. Sin embargo, no queda expresada la totalidad del misterio de la Iglesia con esta misión, pues la Iglesia que se ordena al servicio de Dios y de los hombres, es al mismo tiempo, y principalmente, reunión de todos los redimidos que por el Bautismo y los demás Sacramentos han pasado ya de este mundo al Padre. Está, por tanto, al mismo tiempo, “empeñada en la acción” y “dada a la contemplación”. En consecuencia, es neces-

rio que algunos fieles expresen esta nota contemplativa de la Iglesia viviendo de modo peculiar, recogándose realmente en la soledad, en cuanto enriquecidos con esta gracia por el Espíritu Santo, “para dedicarse sólo a Dios con la oración continua y la diligente penitencia”.

Aparte del fundamento del misterio pascual de Cristo, en cuanto participado por la Iglesia, es necesario añadir otro argumento: la importancia del recogimiento y de la quietud para conseguir más segura y fácilmente el encuentro con Dios en la oración. El género de vida de los hombres totalmente entregados a la contemplación, ordenándose a evitar todo aquello que de alguna manera pueda distraer el ánimo, contribuye grandemente a conferir el poder de conseguir la plenitud de la persona, calificada con la nota de la unidad, de entregarse mejor a Dios, en cuyo seguimiento camina, de vacar a lo divino más perfectamente. Y aquella inquietud por Dios, por la que el hombre debe renunciar a todo lo que posee, se realiza plenamente con la lección y meditación de las divinas escrituras. Por eso, la oración debe ir siempre acompañada de la lectura de la Sagrada Escritura, “para establecer un coloquio entre Dios y el hombre, puesto que cuando oramos hablamos con Él; a Él oímos, cuando leemos los oráculos divinos”. Con el estudio de la Sagrada Escritura, que es “como el espejo... en el cual la Iglesia peregrina sobre la tierra, contempla a Dios, de quien todo lo recibe”, somos todos llevados “por el amor de Dios a contemplar su hermosura”.

Entiéndase, sin embargo, que los monjes y las monjas no han de ser considerados como ajenos al mundo y a la Iglesia, por el hecho de estar separados de los demás hombres; por el contrario, están presentes allí, “de una manera más profunda en las entrañas de Cristo”, ya que somos una cosa en Cristo. Dejando aparte la misión recibida de los mayores, propia de los monasterios —por lo que se refiere a la convivencia civil y social—, consta por testimonios fehacientes, con cuánto amor llevan en sus corazones las ansiedades y dolores de todos los hombres, quienes viven entregados de por vida a la contemplación. Por lo demás, el desierto y el apartado monte han sido siempre lugares escogidos por Dios para revelar sus secretos a los hombres, lugares en los cuales el cielo y la tierra se dan la mano y en donde, merced a la presencia de Cristo, vuelven a convertirse en paraíso el mundo y la árida tierra.

¿Cómo, por tanto, van a considerarse ajenos a los hombres, si precisamente ellos los integran perfectamente?

Y si los hombres contemplativos están como en el corazón del mundo, con mayor razón viven en el corazón de la Iglesia. Sus oraciones —sobre todo la participación del sacrificio de Cristo en la Eucaristía y la celebración del divino oficio— son la realización del oficio preclarísimo, propio de la Iglesia, en cuanto comunidad de orantes, es decir, la glorificación de Dios. Se trata de la oración, que es el acto del culto por el que se ofrece al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo “eximio sacrificio de alabanza”; por el cual, además, los que lo practican son introducidos en el misterio de aquel inefable coloquio que Cristo nuestro Señor mantiene ininterrumpido con el Padre celestial y en el seno del Padre le presenta su infinito amor. Se trata, finalmente, de la oración a la cual tiende toda la acción de la Iglesia como a su fin. Por eso los contemplativos, que expresan la vida íntima de la Iglesia, son necesarios para alcanzar la plenitud de su presencia.

Además, acrecen la vida espiritual de la misma Iglesia, vivificando con el fervor de su caridad todo el Cuerpo Místico, impulsando toda clase de iniciativas apostólicas, que nada serían sin la caridad. “En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré amor”: tal fue la exclamación de aquella que, sin haber traspasado nunca los muros de su monasterio, fue proclamada Patrona de las Misiones por el papa Pío XI. ¿Pues no es Dios quien libró a los hombres de sus pecados por la caridad, manifestada en la oblación del Hijo, llevada hasta la muerte en la cruz? Luego cuando se penetra en este misterio pascual del amor sumo de Dios y de los hombres, se participa necesariamente en la obra salvadora de la Pasión de Cristo, principio de todo apostolado. Finalmente, los religiosos dados únicamente a la contemplación coadyuvan con sus oraciones a la labor misional de la Iglesia, “ya que es Dios quien, movido por la oración, envía operarios a su mies, despierta la voluntad de los no-cristianos para oír el Evangelio y fecunda en sus corazones la palabra de salvación”. En la soledad en que oran, no se olvidan en forma alguna de sus hermanos. Por donde, si abandonaron la frecuente relación con ellos, no lo hicieron por propia comodidad, buscando tranquilidad, sino para hacerse partícipes de modo más universal de sus trabajos, de sus dolores, de sus esperanzas.

Tal y tan grande es el misterio de la vida contemplativa, cuyo puesto significado en la economía de la salvación consta por todo

lo expuesto, que se da de una manera del todo peculiar entre las monjas que viven en los claustros. Estas mujeres, en efecto, por su misma naturaleza, representan más señaladamente el misterio de la Iglesia, “Esposa Inmaculada del Cordero Inmaculado”, y sentadas a los pies del Señor para escuchar su palabra, saborean en el silencio y en la soledad, y buscan las cosas celestiales, estando allí su vida escondida con Cristo en Dios, hasta que con su Esposo divino entren en la gloria. De la mujer es más propio recibir la palabra que llevarla hasta los confines de la tierra, aunque puede ser llamada también para esto con felicísimos resultados; es decir, que es más conveniente a ella rumiar la palabra en su interior y hacerla fructuosa de forma vital, clara y exclusivamente suya. Y una vez alcanzada la plena madurez, la mujer capta mejor las necesidades ajenas y las apropia; expresa de manera más clara la fidelidad de la Iglesia a su Esposo, y al propio tiempo está dotada de un sentido más elevado de la fecundidad de la vida contemplativa.

O bien:

*De los sermones de Hadewijch de Amberes
“Lettres spirituelles”, 12. Martingay, Genève, 1971, pp. 113-121*

¡Pues Dios te sea Dios, y que tú le seas amor! ¡Que te conceda la gracia de vivir y de obrar para Él en todo cuanto pide la divina caridad! Y antes que nada, en la humildad sincera; por esta virtud empezó la amantísima Virgen, y por ella consiguió que Dios bajara a su seno; y así debe hacer toda alma que quiera atraer a Dios y gozar de Él en el amor. No se engría el alma en la prosperidad, ni decaiga en la adversidad. En la embestida tenga siempre el mismo valor; en el acoso, el mismo fervor; y siempre el mismo ardor, en el encuentro. Me pides que te escriba sobre este asunto, pero ya sabes tú lo que se requiere para ser perfecto delante de Dios. Los que se esmeran y desean agradar a Dios por el amor, comienzan ya, acá, la vida misma de Dios en la eternidad. Pues cielo y tierra se dedican a rendirle el culto siempre nuevo del debido amor que su excelsa naturaleza exige, sin conseguirlo nunca de manera adecuada.

La caridad sublime, en efecto, y la grandeza que se identifican con Dios, nunca podrán ser satisfechas ni conocidas por obra alguna realizada en servicio suyo; y todas las almas del cielo arden

eternamente, sin que disminuya la deuda de su amor. De donde resulta que el hombre que, sin descanso ni consuelo extraño, se esfuerza en todo instante en satisfacer al amor, comienza en la tierra la vida eterna, es a saber, la de los bienaventurados, con Dios, en el amor sabroso. Nada de cuanto podemos pensar o entender o figurarnos acerca de Dios, es Dios. Pues si los hombres con sus potencias pudieran abarcarlo o concebirlo, Dios sería menos que el hombre y pronto se apagaría nuestro amor. Es lo que ocurre en los hombres superficiales o frívolos: su amor pronto se apaga.

Me refiero a aquellos que no están aficionados al amor eterno ni se esfuerzan por agradarle desde lo íntimo de su corazón. Aquellos, en cambio, en quienes arde el deseo de complacerlo, son eternos como Él y sin fondo... Su conversación está en el cielo y su alma acompaña por todas partes al Amado, que es de una profundidad infinita. Por eso, aunque uno los ame con amor eterno, nunca consigue alcanzar el fondo del amor, así como tampoco ellos pueden dar alcance a su Amado ni satisfacer toda su deuda, por más que lo quieran con toda voluntad aun a costa de la propia vida.

Te ruego, pues, encarecidamente y te conjuro por la verdadera Fidelidad, es decir, por Dios mismo, que te des prisa en amar a Dios, y en ayudarnos a conseguir que todos lo amen; esto es lo que te pido ante todo y por encima de todo.

Piensa en todo instante en la bondad de Dios, y aflígete de saber que está tan lejos de tu alcance, mientras él disfruta de ella con gozo cumplido. ¡Cuán lejos nos hallamos y apartados de ella, mientras él y sus amigos, en mutua compenetración, gozan de la sobreabundancia de dicha bondad, se vierten y refluyen a ella con toda plenitud! ¡Oh Dios de verdad, que nadie puede llegar a conocer por muchos que sean sus esfuerzos, si el amor justo no se revela a él! Solo el amor lo atrae a nosotros, solo él nos hace sentir íntimamente quién es nuestro Dios. Sin él, no podríamos averiguarlo. Delicias inefables; pero también hay delicia en el dolor, bien lo sabe Dios. En ello reconoce su ley el amante obsequioso: el único descanso de éste consiste en sufrir por el Amado, en rendirle amor y pleitesía, sólo por el gozo de dar, de servir con hidalguía y no por un sueldo, pues el amor es a sí mismo pleno contento y cumplido galardón.

No hay en la Escritura mayor mandamiento que el de la caridad, tal como fue dado a Moisés: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu

corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas”, añadiendo a renglón seguido: “Estos mandamientos los pondrás en tu corazón y los meditarás sentado en tu casa y andando de viaje, al acostarte y al levantarte, y los escribirás en el dintel y puerta de tu casa”, y así no se te olvidarán. Día y noche, pues, nos manda Dios que nos empleemos en su amor con todo nuestro ser, consagrándole sin reserva nuestro corazón y nuestra alma, nuestros sentidos, nuestras potencias y nuestra mente. Si tal es el mandato dado por Dios a Moisés y repetido en el Evangelio, ¿cómo nos atreveríamos a regatearle el don de nosotros mismos? ¿No sería rapiña horrenda el reservarse o el rehusar algo a esta divina caridad? Te ruego, hermano, que lo tengas siempre presente y que te esmeres en servir al Amado sin el menor descuido.

Ten presente también aquello del profeta Abdías: “Sea fuego la casa de Jacob, llama la de José y estopa la de Esaú”. Jacob es el amante victorioso; por la fuerza de su amor lleva la ventaja a Dios, y consigue finalmente ser vencido por él, y recibir la bendición.

Conseguido esto, puede ayudar a otras almas a dejarse conquistar, es a saber, aquellas almas que todavía no han sido bastante vencidas y que caminan con ambos pies y no como Jacob, pues éste recibió un toque durante la pugna y quedó cojo, y por esta derrota que lo dejó maltrecho, obligó al ángel a que lo bendijera. Todo el que desea luchar con Dios, debe conseguir ser vencido por él y quedar maltrecho de un lado, del lado precisamente en que prefiere algo a Dios y está aficionado a algo distinto de Dios.

Todo el que no ama a Dios sobre todas las cosas y no está unido a él en la única bendición, camina todavía con ambos pies, no ha sido vencido y no puede disfrutar de esta gracia. Tienes que renunciar a ti mismo tan total y rectamente que llegues a arder con fuego puro en lo más íntimo de ti mismo, y que dicho fuego abraza por entero tu ser y tu obrar y que ya nada sea sino nada para ti, salvo solo Dios: ni contento, ni pena, ni favor ni trabajo. Cuando estés permanentemente en ese estado, la casa de Jacob será el fuego a que alude Abdías. “Sea llamada la casa de José”. Así como José fue salvador y juez de su pueblo, así tú y toda alma asimilada a José debe ser protectora y guía de aquellas otras que no han llegado a tal estado y pasan hambre entre dolores extraños al amor. Por el fuego de la vida unificada tú las encenderás a su vez, y, por la llama de la caridad ardiente, las iluminarás.

Los advenedizos del pueblo están representados por Esaú: su casa es estopa en la que prende el fuego en un santiamén. Así prenderá el incendio en los demás en cuanto tú mismo seas llama. Esto compete a tu cargo: pega fuego a las estopas áridas, por tu ejemplo, por tu manera de ser, por tus órdenes, consejos o prohibiciones. Dirige por tu amor ferviente los pasos de tus hermanos y préstales tu ayuda: que amen a Dios en Dios, en buenas obras y verdaderas virtudes enderezadas a Dios solo. Ten presente el consejo de San Pablo: “Vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo”, como corresponde a tu cargo. Ayúdanos, por un amor puro e indiviso, a propagar el amor a nuestro Amado. Cifro lo dicho en una frase: Deseo que tengas verdadera caridad para con Dios. Un ruego apremiante: que des a Dios lo que nosotros somos tan remisos en darle. Que Él esté contigo. Date prisa en amarlo.

O bien:

Homilía de un anónimo inglés, del siglo XIV

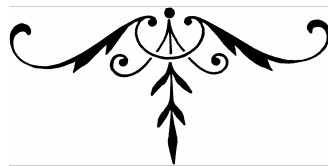
“Le Nuage de l'inconnaissance”, “Lettre sur la prière”. Ed. Aubier, 1957, pp. 152-156. 175 y ss. “The cloud of Unknowing”, pp. 17. 24. “The Epistle of Privy counsel”, 2-6. London, 1964, pp. 31 y ss. 40 y ss. 110. 119

En el evangelio de san Lucas leemos que Nuestro Señor entró en casa de Marta, y mientras ella se puso inmediatamente a prepararle la comida, su hermana María no hizo otra cosa que estar sentada a sus pies. Estaba tan embelesada escuchándolo, que no prestaba atención a lo que hacía Marta. Ciertamente las tareas de Marta eran santas e importantes. (Son, en efecto, las obras el primer grado de la vida activa). Pero María no les daba importancia. Ni se daba cuenta tampoco del aspecto humano de Nuestro Señor, de la belleza de su cuerpo mortal o de la dulzura de su voz o conversación humanas, si bien ésta podría haber sido una obra más santa y mejor. (Representa el segundo grado de la vida activa y el primero de la vida contemplativa). Pero se olvidó de todo esto y estaba totalmente absorta en la altísima sabiduría de Dios oculta en la oscuridad de su Humanidad. María se volvió a Jesús con todo el amor de su corazón, inmóvil ante lo que veía u oía hablar y hacer en torno a ella. Se sentó a los pies de Jesús en perfecta calma, con el amor gozoso y secreto de su corazón disparado hacia esa “nube del no-saber” entre ella y su Dios.

Es preciso recordar que nunca hubo ni habrá criatura tan pura o tan profundamente inmersa en la amorosa contemplación de Dios, que no se acerque a Él en esta vida a través de esta suave y maravillosa “nube del no-saber”. Y fue a esta misma nube donde María dirigió el oculto anhelo de su amante corazón. ¿Por qué? Porque es la parte mejor y más santa de la vida contemplativa que es posible al hombre, y no la hubiera cambiado por nada de esta tierra. Aun cuando Marta se quejara a Jesús, regañándolo por no ordenarle que se levantara y la ayudase en la tarea, María permanecía allí muy quieta e imperturbable, sin mostrar el más mínimo resentimiento contra Marta por su regaño. Pero esto en realidad no ha de sorprendernos, pues estaba totalmente absorta en otra actividad, totalmente desconocida para Marta, y no tenía tiempo de comunicárselo a su hermana o de defenderse. ¿No ves, amigo mío, que todo este incidente relativo a Jesús y a las hermanas era una lección para las personas activas y contemplativas de la Iglesia de todos los tiempos?

En la caridad verdadera uno ama a Dios por sí mismo, por encima de toda criatura, pura y simplemente por Él mismo. En realidad, el verdadero secreto de esta obra no es otra cosa que un puro impulso hacia Dios por ser Él quien es. Lo llamo puro impulso, porque es totalmente desinteresado. En esta obra el perfecto artesano no busca el medro personal o verse exento del sufrimiento. Desea sólo a Dios y a Él sólo. Está tan fascinado por el Dios que ama y tan preocupado por que se haga su voluntad en la tierra, que no se da cuenta ni se preocupa de su propia comodidad o ansiedad. Y esto porque, a mi juicio, en esta obra es realmente amado perfectamente y por ser Él quien es. Pues un verdadero contemplativo no debe compartir con ninguna otra criatura el amor que debe a Dios. En la contemplación, además, también se cumple perfectamente el segundo mandamiento de la caridad. Los frutos de la contemplación son testigos de esto, aun cuando durante el tiempo real de la oración, el contemplativo avezado no dirija su mirada a ninguna persona en particular, sea hermano o extraño, amigo o enemigo. En realidad, ningún hombre le es extraño, porque considera a cada uno como hermano. Y nadie es su enemigo. Todos son sus amigos. Incluso aquellos que lo hieren u ofenden en la vida diaria son tan queridos para él como sus mejores amigos, y todos los buenos deseos hacia sus mejores amigos se los desea a ellos.

Mantén, amigo, la fina punta de tu espíritu, que es pensamiento de tu ser, orientado a Dios, y no vuelvas atrás por nada del mundo, por bueno y santo que te parezca el objeto al cual tus facultades quieran arrastrarte. Pero, ¿dónde encontrar una persona tan enteramente comprometida y tan firmemente anclada en la fe, tan sinceramente transparente y verdadera, que haya reducido su Yo a nada, por así decirlo, y tan exquisitamente alimentada y guiada por el amor de Dios? ¿Dónde encontraremos una persona amante, rica en experiencia trascendente, que tiene conocimiento vivo de la Omnipotencia del Señor, de su inefable Sabiduría y Bondad radiante? ¿Alguien que perciba la unidad de su presencia esencial en todas las cosas y la unicidad de todas ellas en Él, que someta todo su ser a Él, en Él, y convencida por su gracia de que si no lo hace, nunca será totalmente transparente y sincera en su esfuerzo por reducir a nada su propio Yo? ¿Dónde está ese hombre sincero, que llevado de su noble resolución de reducir a nada su propio Yo y con el alto deseo de que Dios sea todo en la perfección del amor, merezca experimentar la vigorosa Sabiduría y Bondad de Dios que lo socorre, lo ampara y lo guarda de sus enemigos de dentro y de fuera? Ese hombre estará ciertamente henchido del amor de Dios, y en la plena y final pérdida del Yo, hasta llegar a nada menos que nada, si esto fuera posible; y así permanecerá firme y sin que lo puedan perturbar ni una actividad febril, ni el trabajo, ni la preocupación de su propio bienestar.



26 de noviembre
San Silvestre Gozzolini, abad
OSB: memoria libre

Nació en 1177 en Ósimo Italia) de una noble familia. En 1227, a raíz de la muerte de un amigo, toma conciencia de la vanidad de la vida, y abandona el mundo para llevar vida solitaria en una cueva, en Grottafucile, en los Apeninos de Las Marcas. Pero, como suele suceder a los santos eremitas, al poco tiempo se le comenzaron a unir discípulos que querían imitar su vida y ser guiados por él. De tal modo que en 1230 decide trasladar la comunidad a Monte Fano, cerca de Fabriano, y adoptar para su comunidad la Regla de san Benito. La fundación no tardó en ser aprobada, lo hizo el papa Inocencio IV en 1247; sin embargo, ya para ese momento había doce casas de los «silvestrinos», que se distinguían por su pobreza, abstinencia y riguroso ayuno, unidos a la predicación en los alrededores y la escucha de confesiones. Entregó su alma al Creador el 27 de noviembre de 1267. Clemente VIII insertó su nombre en el Martirologio en 1598 y León XIII extendió su oficio y su misa a la Iglesia universal, el 19 de agosto de 1890.

De las Conferencias, de Juan Casiano
14, 5;19, 6.8.9: SC 54, pp. 186-187: 64, pp. 44-47

La perfección del ermitaño consiste
en tener la mente liberada de todo lo terreno

Es útil y conveniente que cada cual —según el tipo de vida elegido o la gracia recibida— se apresure, con todo ardor y diligencia, por llegar a la perfección de la obra emprendida, y, aun alabando y admirando las virtudes de los demás, no se aparte de la profesión que eligió de una vez para siempre, sabiendo que —como dice el apóstol— el cuerpo de la Iglesia es ciertamente uno, pero los miembros son muchos y que los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado.

Muchos son los caminos que nos conducen a Dios: que cada uno recorra hasta el fin el camino que hubiere emprendido, y permanezca irrevocablemente orientado en la dirección que ha escogido. Cualquiera que sea la profesión elegida, tendrá la posibilidad de conseguir en ella la perfección.

En realidad, los indiscutibles valores del desierto no me autorizan a minusvalorar los del cenobio, como el no estar distraído con las preocupaciones por el mañana, el estar sometido, hasta las últimas consecuencias, a la autoridad del abad, como emulando a aquel de quien está escrito: Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y merezca decir humildemente, usando sus palabras: No he venido para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado.

El cenobita, en efecto, se propone ante todo mortificar y crucificar la propia voluntad y no preocuparse absolutamente del mañana, según el saludable precepto de la perfección evangélica. Y no cabe duda de que el cenobita vive en condiciones óptimas para llevar a la práctica este ideal.

De él teje el profeta Isaías el siguiente elogio: Si detienes tus pies el sábado, y no traficas en mi día santo; si lo honras absteniéndote de viajes, de buscar tu interés, de tratar tus asuntos, entonces el Señor será tu delicia. Te asentaré sobre mis montañas, te alimentaré con la herencia de tu padre Jacob. Ha hablado la boca del Señor.

En cambio, la perfección del ermitaño consiste en tener la mente liberada de todo lo terreno y en unirse a Cristo de la manera más elevada que le está permitida a la debilidad humana. Del ermitaño habla así el profeta Jeremías: Le irá bien al hombre si carga con el yugo desde joven. Que se esté solo y callado cuando la desgracia descarga sobre él. Y el salmista añade: Estoy como lechuza en la estepa, estoy desvelado, gimiendo, como pájaro sin pareja en el tejado.

Es verdadero e integralmente perfecto aquel que con igual magnanimidad sabe soportar, en el desierto, la aspereza de la soledad, y en el cenobio, la debilidad de los hermanos.

O bien:

*Lectura tomada de “Historia del monacato cristiano: De san Gregorio Magno al siglo XVIII”, por Alejandro Masoliver
Ediciones Encuentro, 1994, pp. 77-78*

San Silvestre, nacido en 1177 en Ósimo de una noble familia, fue canónigo allí mismo. En 1227, a raíz de la muerte de un amigo, toma conciencia, como señala el elogio del Martirologio Romano, de la vanidad de la vida, y abandona el mundo para llevar vida so-

litaria en una cueva, en Grottafucile, en los Apeninos de Las Marcas. Pero, como suele suceder a los santos eremitas, al poco tiempo se le comenzaron a unir discípulos que querían imitar su vida y se guiados por él. De tal modo que en 1230 decide trasladar la comunidad a Monte Fano, cerca de Fabriano, y adoptar para su comunidad la regla de san Benito. La fundación no tardó en ser aprobada, lo hizo el papa Inocencio IV en 1247; sin embargo, ya para ese momento había doce casas de los “silvestrinos”, que se distinguían por su pobreza, abstinencia y riguroso ayuno, unidos a la predicación en los alrededores y la escucha de confesiones.

Del santo fundador habla san Juan Pablo II en el discurso a los silvestrinos reunidos en capítulo general en 2001: “injertó una nueva congregación en el árbol fecundo de la Orden benedictina. Silvestre, alma contemplativa y deseosa de coherencia evangélica, se hizo ermitaño practicando una ascesis rigurosa y madurando una profunda y vigorosa espiritualidad. Para sus discípulos eligió la regla de san Benito, pues quería formar una comunidad dedicada a la contemplación que, a pesar de ello, no descuidara la realidad social de su entorno. En efecto, él mismo unía al recogimiento el ministerio de una estimada paternidad espiritual y el anuncio del Evangelio a las poblaciones de la región.”

O bien:

*Del discurso del Santo Padre Juan Pablo II
a los capitulares de la congregación benedictina silvestrina
Sábado 8 de septiembre de 2001, fuente: www.vatican.va*

La asamblea capitular constituye para vuestro instituto un momento providencial de reflexión sobre los desafíos del tiempo actual, a fin de buscar nuevos caminos de realización de vuestro carisma típico. Por tanto, habéis elegido oportunamente pasar estos días de oración y de intenso trabajo en Fabriano, en el eremitorio de Montefano, dedicado a vuestro fundador, san Silvestre abad, que, precisamente en aquel lugar, en 1231, injertó una nueva congregación en el árbol fecundo de la Orden benedictina. Silvestre, alma contemplativa y deseosa de coherencia evangélica, se hizo ermitaño practicando una ascesis rigurosa y madurando una profunda y vigorosa espiritualidad. Para sus discípulos eligió la Regla de san Benito, pues quería formar una comunidad dedicada a la contemplación que, a pesar de ello, no descuidara la realidad so-

cial de su entorno. En efecto, él mismo unía al recogimiento el ministerio de una estimada paternidad espiritual y el anuncio del Evangelio a las poblaciones de la región.

Sobre estas sólidas bases vuestra congregación ha recorrido más de siete siglos de historia, superando muchas dificultades. A mitad del siglo XIX se abrió a horizontes extraeuropeos, llevando por primera vez la Regla benedictina a Asia, a la isla de Ceilán, hoy Sri Lanka. Durante los últimos cien años se han realizado nuevas fundaciones en Estados Unidos, Australia, India y, recientemente, en Filipinas. Esta consoladora expansión sigue dando valiosos frutos apostólicos y misioneros. Contando con monasterios en los cuatro continentes, la congregación puede considerarse ya internacional y, gracias a Dios, experimenta un ligero pero constante incremento numérico.

Al mismo tiempo que os animo a proseguir por este camino, abriéndoos a las exigencias de la nueva evangelización, ruego al Señor que os asista siempre con la fuerza de su amor. Dios bendiga, en particular, vuestro proyecto de ulteriores fundaciones en Europa y África, a fin de que vuestra espiritualidad se difunda para su gloria y para el bien de las almas.

Queridos padres benedictinos silvestrinos, la meta elevada y exigente, a la que debemos tender sin cesar, es ante todo la santidad. Es importante no olvidarlo, especialmente en esta época, en que se siente cada vez más la exigencia de Dios en la sociedad. Es preciso mantener orientado el espíritu hacia él en nuestro apostolado diario. Esta conciencia está muy presente en vuestra congregación, en la que en todas las épocas el Espíritu Santo ha suscitado monjes generosos que se han distinguido por su ejemplo y su celo apostólico. Basta pensar, en la era moderna, en los obispos misioneros Giuseppe Bravi, Ilarione Sillani y Giuseppe Pagnani, vicarios apostólicos de Colombo, en el siglo XIX; en Bede Beekmayer, primer prelado nativo de Ceilán, y en Bernardo Regno, obispo de Kandy. Veinte años después de su piadosa muerte, la fama de este último sigue todavía viva tanto entre los desheredados de las plantaciones de té como en Fabriano, su ciudad natal. Una mención particular merecen, asimismo, los dos pioneros de la fundación de 1910 en Estados Unidos: Giuseppe Cipolletti y Filippo Bartocetti, misioneros pacientes e intrépidos entre los misioneros de Kansas. Y, por último, quisiera recordar al siervo de

Dios, abad Ildebrando Gregori, cuya causa de canonización ya se ha incoado.

Por tanto, tender a la santidad ha de ser el objetivo primero y fundamental de vuestra vida personal y comunitaria. Para esto os ha llamado el Señor, encomendándoos una importante misión apostólica.

En este marco se sitúa el tema de vuestra asamblea capitular: celebrar la memoria, celebrar la esperanza, que se inspira en la carta apostólica “Novo millennio ineunte”. Queréis concentrar vuestra atención en la identidad monástica en el tercer milenio, según el espíritu de los santos padres Benito y Silvestre, para suscitar “comunidades evangélicas multiculturales, abiertas al futuro, pero, al mismo tiempo, bien arraigadas en la tradición”.

Una familia monástica, como la vuestra, está llamada hoy a dar una valiosa aportación ante todo a la dimensión contemplativa de la vida personal y eclesial. A los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que, a menudo de modo implícito, repiten: “Queremos ver a Jesús” (Jn 12, 21), es urgente responderles indicando, en primer lugar con el ejemplo, el camino real de la oración, que lleva a contemplar el rostro de Dios revelado en Cristo. Por tanto, queridos hermanos, contemplad con fervor este santo rostro, para que el mensaje de Jesús resplandezca en vuestra existencia.

Sacad de una incesante oración renovado vigor para “remar mar adentro” sin miedo, recorriendo, según vuestro carisma, el camino de la entrega total a Cristo y a su Evangelio. Así crearéis comunidades abiertas al futuro y arraigadas en la tradición, gracias a la constante fidelidad a la Regla de los padres Benito y Silvestre

Que en este camino os asista maternalmente la Virgen María, de quien hoy celebramos la fiesta de su Natividad. Que su Magníficat, que celebra la memoria y la esperanza del pueblo de Dios, se transforme en el cántico de alabanza de vuestra congregación, al comienzo de este nuevo milenio.

Confirmo este deseo con la seguridad de mi oración y con una especial bendición apostólica, que os imparto a vosotros, a vuestros hermanos y a todos los que son objeto de vuestra solicitud apostólica.

DICIEMBRE

4 de diciembre

Beato Pío Heredia Zubía, presbítero,
y compañeros, monjes y mártires

—Mártires de Viaceli—

—Mártires cistercienses de la persecución religiosa en España—

OCIST y OCSO: memoria libre

Monasterio de Viaceli: fiesta

Los Beatos Pío Heredia Zubia, prior, y quince compañeros del monasterio de Santa María de Viaceli (Santander) y las Beatas María Micaela Baldoví Trull, abadesa, y María Natividad Medes Ferrís, monjas del monasterio de Fons Salutis de Algemesí (Valencia), contemplando a Cristo, verdadera sabiduría, aprendieron a amarlo generosamente llegando a dar el testimonio supremo de la fe al derramar su propia sangre en diversos lugares y fechas, durante la persecución religiosa contra la Iglesia en España en 1936.

De las cartas del beato Pío, presbítero y mártir

Cartas espirituales, 77. Burgos, 1956

La santidad, conformarse a Jesucristo

Hemos de reconocer que la santidad consiste en conformarse a Jesucristo, Hijo del Padre. Así nos lo asegura san Pablo diciendo: *Aquellos a quienes el Padre llamó, a esos mismos predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo.* Y como este su santísimo Hijo hecho hombre ejercitó durante su vida mortal todas las obras de la más perfectísima santidad, no hay criatura que las pueda reproducir todas. Ahora bien, en la vida de Jesús, tal como aparece en el Evangelio, tenemos todas las diversidades, de gozo y dolor, de actividad y reposo, de tristeza y alegría, de esfuerzo y desaliento; todo lo cual ha de continuar ahora en los miembros después de haber pasado en la Cabeza.

Y ésta es la misión, no menor que la dignidad en verdad divina, de la Iglesia: ser la continuadora y fiel reproducción de Jesús a través de las edades, no obstante las humanas miserias. Éste es el Cristo místico, o sea el Cristo misterioso y oculto en el fondo de las almas que irradia hacia afuera, de suerte que el Padre al contemplar la Iglesia, puede repetir la expresión del Tabor: *Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias.*

Supuesta la verdad fundamental de nuestra incorporación a Jesucristo con el que, en el orden sobrenatural, formamos un solo Cuerpo moral o Cuerpo místico, la santa Iglesia, de la que Cristo es la Cabeza, María el cuello y cada uno de los fieles los miembros, supuesto, digo, esta nuestra incorporación, todas nuestras buenas acciones ejecutadas en este orden sobrenatural y dirigidas por esa divina Cabeza no son sino reproducción o si se quiere expansión y prolongación de las mismas acciones de Jesús, el cual, se perpetúa a través del tiempo y del espacio, obrando ahora por miembros lo que hace veinte siglos empezara en sí y por sí mismo como cabeza.

Y como en la vida de la Iglesia entra tanto el padecimiento, como entra en toda vida humana, Jesús ha querido dignificar y en cierto modo divinizar el sufrimiento, primero en sí mismo, haciéndolo instrumento de la Redención humana, y ahora en sus miembros, haciendo que sirva para la aplicación de los frutos a las almas de esa misma Redención. Así lo declara expresamente el Apóstol diciendo: *Cristo con mis padecimientos acabo de llenar lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia.*

Tal es la razón de los padecimientos, por otra parte inexplicables, de tantas almas buenas que buscan a Dios de veras y viviendo sólo para Él. Así es indudable que Jesucristo continúa sufriendo y ofreciendo al Padre su vida de Víctima, y recibiendo de su mano *el cáliz que me dio mi Padre*; sólo que ahora lo hace por sus miembros místicos, a los que, para este fin de poder Él continuar sacrificándose, ha unido consigo de la manera más estrecha, comunicándoles su misma vida y filiación divina.

O bien:

Breve biografía del Beato Pío Heredia y diecisiete compañeros, mártires

Lectura tomada de la web <https://iglesiaactualidad.wordpress.com>

Durante la Guerra Civil española de 1936-1939, fueron asesinados varios monjes cistercienses y dos monjas. Los monjes pertenecían a la abadía de Viaceli, en Cóbreces (Cantabria). Las monjas al monasterio de Fons Salutis (Valencia).

Todos ellos fueron detenidos en su monasterio, mientras llevaban una vida monástica regular; fueron trasladados a diversos lugares y cárceles, sufrieron persecución, malos tratos y, finalmente,

la muerte. Asimismo, se mantuvieron firmes en todo momento a los compromisos de su vocación. Ninguno de ellos participó previamente a su detención en actividades de tipo político. Y puede decirse que su asesinato fue exclusivamente por el hecho de ser religiosos.

Estos mártires pertenecían a diversos estados dentro de la vida ordinaria del monasterio: sacerdotes, profesos solemnes y temporales, novicios. En el caso de los monjes, desde el prior, P. Pío Heredia Zubía, de sesenta y un años, hasta el más joven de ellos, Hno. Ezequiel Álvaro de la Fuente, de diecinueve años. Llama la atención la edad media del grupo: de veinticinco a treinta y cinco años. La M. Micaela Baldoví tenía sesenta y cinco años y la M. Natividad Medes cuarenta y seis.

Todos eran españoles, procedentes de diversas provincias del territorio nacional. En el monasterio desempeñaban sus correspondientes funciones con normalidad hasta el momento de la detención y encarcelamiento. En todo momento procuraron mantenerse unidos espiritualmente, apoyándose mutuamente en las duras circunstancias vividas y manteniendo firmes sus compromisos monásticos. Fueron asesinados en diversas fechas y de diversos modos. El primer grupo que sigue lo fue en las noches del 3 y 4 de diciembre de 1936, arrojados al mar Cantábrico en la bahía de Santander.

La pasión de estos monjes fue precedida de la de dos cohermanos que en el día mismo de la expulsión del monasterio fueron retenidos en la abadía. El 21 de septiembre de 1936, bien entrada la noche, fueron asesinados a golpe de pistola a una veintena de km del monasterio y abandonados sus cuerpos en la cuneta de la carretera. Sepultados por los vecinos del lugar en el cementerio de Rumoroso, fueron exhumados en 1940 y trasladados sus cuerpos a la abadía de Viaceli. El 19 de junio de este año 2015 se exhumaron nuevamente sus cadáveres y se conservan sus restos, que ahora veneramos.

Fueron beatificados el 3 de octubre de 2015 bajo el pontificado del Santo Padre Francisco.

5 de diciembre
San Sabas de Capadocia, abad
OSB, OCIST y OCSO: memoria libre

Sabbas Mutalaska nació en Capadocia el año 439, y ha sido llamado la Perla de Oriente. Fundador y superior del monasterio, que después llevó su nombre, fue uno de los primeros organizadores del monacato en Palestina. Sus hijos espirituales, expulsados por los persas y por los árabes, llevaron su culto hasta Roma durante el siglo VII. Sabas había muerto el año 532 en la laura de Mar Saba cerca de Jerusalén.

De la vida de san Sabas, escrita por Cirilo de Escitópolis
Cap. 28. Ecclesiæ graecæ monumenta, Ed. Cotelier, París 1686

Un hombre lleno de prudencia espiritual

Tenía nuestro padre Sabas un espíritu equilibrado, un modo de hacer dulce y simplicísimo y estaba lleno de una prudencia espiritual. Amaba con un amor no simulado, sino sincerísimo al santo abad Teodosio, quien le correspondía con la misma sincera caridad. Ambos eran ciertamente hijos de la luz, hijos del día, hombres de Dios, siervos fieles, columnas y bases de la verdad, hombres de los grandes deseos.

Ambos guiaban a todo el orden monástico al reino de los cielos. Teodosio era el jefe, el guía, el archimandrita de todo el santo ejército de los cenobitas; Sabas fue el iniciador, el jefe y el legislador de toda la vida anacorética, es decir, de todos los que habían optado por vivir en celdas solitarias. Todo reagrupamiento de estas celdas se denominaba “laura”. El arzobispo Salustio, por deseo expreso de todos los monjes, eligió como archimandritas a estos dos siervos de Dios porque eran eremitas y totalmente pobres, expertos en sumo grado en las cosas divinas, habían vivido dignísimamente la disciplina y el fervor de la vida monástica, y habían conducido a muchos al conocimiento de Dios.

De vez en cuando se visitaban el uno al otro, entreteniéndose en conversar con afecto totalmente espiritual y con la libertad de una mutua confianza. El santo Sabas decía al venerable Teodosio: “Señor mío, abad, tú eres el superior de un ejército de discípulos, mientras que yo soy el superior de muchos superiores. Cada uno de mis súbditos tiene plena potestad sobre sí mismo, es el superior de la propia celda”.

Fundó un cenobio y puso sumo cuidado de acoger en él a hombres maduros por la edad y eminentes por el fervor de la vida monástica. Cuando recibía seculares deseosos de renunciar al mundo, no les permitía habitar en aquel cenobio ni siquiera en las celdas de la laura, sino que construyó un pequeño monasterio al norte de la misma laura, donde colocó a hombres austeros y prudentes. Los postulantes debían habitar en aquel lugar, aprender el salterio y las reglas de la salmodia, y recibir de los ancianos una completa formación en la disciplina monástica. Sabas repetía siempre que el monje ermitaño debía ser un hombre de gran discernimiento, diligente, animoso, sobrio, vigilante, equilibrado, apto para enseñar y no carente de doctrina, capaz de controlar todos los miembros del cuerpo y de custodiar con seguridad su alma.

Un hombre de este talante es considerado por la Escritura como uno de aquellos que son capaces de habitar en un mismo lugar, con un mismo espíritu y un mismo corazón. El Señor dio una misma casa a los que poseen un mismo espíritu.

O bien:

*De las cartas de Adán, abad de Perseigne
Carta 5: SCh 66, pp. 118-122*

**El maestro debe hacerle saber (no sufrir)
todas las cosas duras y ásperas
a través de las cuales se llega hasta Dios**

Los que se han convertido recientemente, por más devoción que tengan a menudo son probados por el tedio, por lo cual conviene oponer contra el fastidio nacido del tedio espiritual el coloquio amistoso y frecuente con el maestro. De vez en cuando debe tenerse una conversación espiritual sobre los misterios de la Escritura, los ejemplos de los santos o los premios eternos reservados para las buenas almas, y también hay que recordar los tormentos del infierno, que el terrible rigor de la justicia divina amenaza con descargar contra los esclavos de la impureza y de la injusticia. Conversar con frecuencia acerca de todas estas cosas, meditándolas asiduamente, conmueve al alma y da vigor a su esfuerzo por dominar sus vicios y pecados, y para practicar las virtudes con intrepidez.

De esta conversación discreta, amistosa y frecuente, nace una encomiable familiaridad; gracias a la cual el maestro corrige con

franqueza y el que es corregido tolera mejor la disciplina; uno y otro llegan a conocer mejor las Escrituras, y el novicio se vuelve más diligente en la observancia regular. Por eso según la Regla el maestro debe hacerle saber (no sufrir) todas las cosas duras y ásperas a través de las cuales se llega hasta Dios. Y hacérselas saber no es más que mostrarle, a partir de la Escritura y de su propio ejemplo, cuan estrecho y esforzado es el camino que conduce a la vida, un camino que nadie puede emprender sin entrar por la puerta estrecha, según la advertencia del Señor.

¿Qué puede resultar más duro en el camino del Señor, que negarse uno mismo, tomar la propia cruz y someterse a la voluntad de otro? ¿Qué puede ser más áspero en el camino hasta Dios, que mortificar los vicios y concupiscencias carnales, y mostrar cómo el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo? Y sin duda alguna, esto es lo que hacen cuantos quieren ser de Cristo en verdad.

Porque el maestro hace saber al novicio las cosas ásperas y duras a través de las cuales se llega a Dios, cuando ya con el ejemplo de sus hechos ya con la palabra de la predicación le indica que el camino de la salvación es esforzado y angosto. Y es que este camino tan esforzado y angosto es Cristo mismo, el Señor: angosto por la humildad de la carne que ha asumido, y esforzado por su inmunidad al pecado. El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca.

Sólo emprende este camino quien se hace pequeño imitando su humildad, y no podrá llegar el término de este duro itinerario quien pretenda acarrear consigo el fardo de los pecados y el amor de las cosas visibles.

Con razón el Señor hace santo y admirable a quien no desfallece bajo el peso de la miseria mundana, porque sin fijarse en las cosas vanas y pasibles, lo trasciende todo y recibe el Espíritu de la libertad: Donde hay el Espíritu del Señor, hay libertad. Libertad respecto al pecado, a la necesidad y a la miseria. Enviando Dios este Espíritu suyo, cambió nuestra manera de vivir y se renovó la faz de la tierra. Desde entonces se puede hablar de novicios con razón, cuando se visten con las ropas nupciales de esta renovación; y ya nunca serán expulsados de las bodas del Cordero, porque resplandecen con los atuendos festivos en honor del Esposo y de la Esposa.

El mismo día 5 de diciembre
Beato Plácido Riccardi, monje y presbítero
Memoria libre

Nació en Trevi en Umbría el 24 de junio de 1844 y fue bautizado con el nombre de Tomás. En Roma estudió un tiempo con los dominicos en la Minerva. Tras una piadosa peregrinación al santuario de Loreto y unos ejercicios espirituales, decide ingresar como postulante en la abadía benedictina de San Pablo Extramuros de Roma en 1866. Hizo su profesión religiosa en 1868, tomando el nombre de Plácido. Fue ordenado sacerdote en 1871. Años después fue nombrado vicario de un monasterio de monjas donde se distinguió por el fervor que les supo inculcar, iluminando las mentes y cuidando la disciplina monástica. Diez años después fue enviado como rector al monasterio de Farfa, donde permaneció durante veinte años con una vida de intensa oración y celo apostólico por las poblaciones vecinas. Sufrió una grave parálisis del lado derecho de su cuerpo y finalmente falleció el día 15 de marzo de 1915. Fue beatificado por el papa Pío XII, el 5 de diciembre de 1954.

*De los “Discursos monásticos”
del beato Placido Riccardi, monje y presbítero
Disc. XI, Praglia 1928, pp. 60-61*

La grandeza del religioso radica enteramente en ser siervo de Dios.

El don de la vocación religiosa es el mayor don, después del bautismo; no hay peligro de exagerar su grandeza, de hecho su sublimidad. Quien dice religioso, dice ángel. En el cielo están los ángeles que son puestos inmediatamente al servicio de Dios; en la tierra son los religiosos quienes, para servir a Dios, han renunciado a todo.

Pero los religiosos en este sentido también tienen ventaja sobre los ángeles, y lo que dice san Juan Crisóstomo cuando habla de la virginidad se les puede aplicar: “Los ángeles son espíritus ya confirmados en la gracia, gozan de la visión beatífica, por eso necesitan arder con el amor de Dios. Celos por la gloria de Dios en el servicio divino”. Los religiosos, en cambio, cargan con el peso del cuerpo, con esa terrible libertad de poder todavía ofender a Dios, y la única luz de la fe es la que los guía a sacrificarlo todo, nada

menos que a ellos mismos, para servir a Dios. De ahí que el servicio que presta a Dios el religioso es, en cierto modo, más grande que el de los ángeles, porque para ellos es más mucho más duro.

Los ángeles, por tanto, casi diría que tienen algo que envidiar a los religiosos: el mérito de servir a Dios teniendo la posibilidad de hacer lo contrario. Aquellos que tienen el honor de servir al príncipe más de cerca en la corte ciertamente se consideran más felices que otros servidores que solo lo tratan de lejos.

Estos siervos felices y afortunados son precisamente los religiosos, que han recibido el altísimo honor de ser introducidos en la misma casa del Señor para prestarle un servicio continuo. La grandeza del religioso radica enteramente en ser el “siervo de Dios”.

Y todos somos siervos de Dios, salvo que el siervo obediente no manda, de hecho el único elemento que constituye el estado de servidumbre es la obligación de la obediencia, y donde no hay obediencia no puede haber verdadera servidumbre. Desde aquí vemos qué pecado espantoso y monstruoso es la desobediencia, que es el origen de todo desorden: el servidor que quiere ser amo.

Por tanto, nosotros, que estamos entre el número de estos siervos más afortunados, hemos recibido de manos de nuestro padre san Benito una Regla que determina cuál debe ser el servicio que debemos prestar al Señor. Por tanto, ¿lo observamos? La observancia de la santa Regla es precisamente la correspondencia que san Benito nos espera: la observancia será el motivo de nuestra confianza en el patrocinio de san Benito tanto como en la protección de Dios.

O bien:

*Lectura tomada de una breve biografía
I. Schuster, Perfil storico del beato Placido Riccardi, Milán*

Tomás Riccardi nació el 24 de junio de 1844 en Trevi, pequeña ciudad de Umbría. Su padre fabricaba aceite de oliva y tenía un comercio de especias; gozaba de una gran fortuna, que le permitió poner a su hijo en el convento para nobles de Trevi, donde estudió humanidades. Tomás era un buen alumno; le gustaba el teatro y la música; se confesaba regularmente, pero en su piedad no había nada excesivo.

En 1865, fue a Roma para estudiar filosofía en el Angélico, célebre colegio de los dominicos. Aunque él declaró que no tenía vocación religiosa, ciertamente por este lado era por donde buscaba orientar su vida. Conoció y admiró a los dominicos y a los jesuitas, pero, poco atraído por el apostolado activo y menos aún por la agitación de la ciudad, se presentó a la abadía de San Pablo Extramuros, que, situada en pleno campo, le ofrecía la soledad, el recogimiento, y la vida de oración que deseaba. Ingresó en la abadía el 12 de noviembre de 1866 y tomó el hábito benedictino y el nombre de Plácido, el 15 de enero de 1867. Desde un principio, mostró una gran asiduidad a la oración. Tuvo, por el contrario gran repugnancia por la dirección de conciencia que contradecía completamente su independencia de carácter; sin embargo, lejos de obstinarse ante las instancias de su padre maestro, reflexionó, se humilló, y animosamente intentó practicar esta ascesis tan poco atractiva. Y fue fiel a esta práctica toda su vida, primero con su padre maestro, y después con los abades sucesivos. Plácido Riccardi, durante todo su noviciado, se acomodó muy bien a esta vida austera, casi eremítica, y la comunidad se regocijó de las cualidades del recluta. Hizo su profesión el 19 de enero de 1868.

Volvió a estudiar la filosofía y después, con mayor placer, la teología, a la que se entregó con amor. Nunca cesó de repasar sus conocimientos religiosos, calmadamente, a la manera de los monjes antiguos. Pronto le disgustaron los manuales, que terminan por obstaculizar la conducta que los confesores deben seguir con los penitentes. “Más que del espíritu de bondad del Salvador, parecen estar llenos de los principios sutiles de los antiguos rabinos”. A los modernos expositores, prefería los autores antiguos; leía asiduamente a Cornelio A Lapide, las “Morales” de san Gregorio, a san Bernardo, san Agustín, y los otros Padres de la Iglesia. Frecuentaba algunos libros más recientes: los “Sufrimientos de Jesús”, del padre Tomás de Jesús; las obras de Catherine Emmerich, del padre Faber, de Mons. Gay... y, por el contrario, descartaba deliberadamente todos los libros profanos, considerándolos no sólo inútiles, sino dañosos para un monje. El 26 de abril de 1868, Plácido Riccardi recibió de su abad la tonsura y las órdenes menores; fue ordenado subdiácono el 7 de abril de 1870, diácono el 4 de septiembre de 1870, tres días después de haber entrado el ejército piamontés en Roma. El no había cumplido su servicio militar, lo que le valió ser arrestado como desertor, el 5 de noviembre, y ser

condenado a un año de prisión en Florencia. Puesto en libertad el mismo año, fue enviado al 57 regimiento de infantería en Liborno. Fue dado de baja en Pisa, el 26 de enero de 1871: el ejército italiano perdió un soldado, pero la abadía de San Pablo encontró con alegría a su monje, que fue admitido a la profesión solemne el 10 de marzo de 1871 y ordenado sacerdote, el 25 de marzo.

Dom Plácido fue empleado, al principio, en la escuela de la abadía. Cuando contaba los recuerdos de esta época, lo hacía con un proverbio: “a quien los dioses odian, lo hacen pedagogo”. Vigilar a infantes turbulentos era un suplicio para un hombre miope y amante de la paz y del silencio. Los chicos le preparaban sorpresas demasiado extrañas al reglamento. El clima malsano de Roma acabó de quebrantar su frágil salud; tuvo crisis de paludismo, que, a pesar de algunos calmantes, nunca cesaron completamente. Su abad, sin embargo, se preocupó en darle un oficio más adaptado a sus gustos: lo nombró ayudante del maestro de novicios, y confesor de las monjas de Santa Cecilia en Roma, después, el 22 de agosto de 1864, lo envió como vicario abacial a las monjas de San Magno D'Amelia. La comunidad, abusando de la debilidad de una anciana abadesa, se había relajado un poco. Dom Plácido lo tomó muy a mal: no contento con multiplicar sus exhortaciones públicas y privadas, entró a los detalles de la observancia, suprimió las pláticas inútiles y las habladurías, y revisó con cuidado el horario del día. No tenía cuidado de su enfermedad y jamás intentó acortar las confesiones prolijas; preparaba además con cuidado sus sermones. Bien pronto, las hermanas, cuyos defectos había que atribuir principalmente a su falta de formación, mostraron un fervor digno de su excelente maestro.

El nombramiento de Dom Plácido en Amelia se justificaba por su capacidad para desempeñar el cargo; sin embargo, tenía otro motivo: había entonces en San Pablo Extramuros un novicio, en quien se tenían grandes esperanzas, quien al cabo de algún tiempo fue favorecido por gracias místicas extraordinarias. Todo el mundo pudo ver sus estigmas y escucharle narrar sus visiones; el abad, el padre maestro y muchos otros vacilaban en confiar en él; Dom Plácido, a quien se pidió al principio su opinión por deferencia, pronto se dio cuenta de que este novicio, aparentemente místico, ignoraba la humildad y la mortificación. Lo invitó a ir a pasar con él algunas horas de la noche delante del Santísimo Sacramento. Mientras Dom Plácido permanecía de rodillas delante del altar,

como lo hacía frecuentemente cuando estaba solo, el novicio se instaló sobre los cojines de la silla abacial y se durmió tan profundamente, que no oyó salir a su compañero; pero al día siguiente narraba con unción las comunicaciones celestes de que había gozado. Convencido de la ilusión fomentada por el joven intrigante, Dom Plácido lo denunció vigorosamente, lo que le atrajo al joven una severa reprimenda, pero no lo hizo cambiar de conducta. El nombramiento de Dom Plácido en Amelia no llevó la paz a la abadía.

El 13 de noviembre de 1885, Dom Plácido fue nombrado maestro de novicios y se entregó a formarlos en la verdadera devoción, dándoles el ejemplo de la vida más austera. Dom Plácido permaneció todavía dos años como maestro de novicios. El 18 de noviembre de 1887, fue enviado de nuevo a Amelia, donde volvió a tomar a su cargo la obra comenzada con la misma dedicación. Las monjas se quejaban algunas veces de que el vicario abacial se ocupaba de todo, y pensaban que los superiores debían constatar que su vigorosa dirección las mantenía en los caminos de la perfección.

La antiquísima abadía de Farfa, en Sabino, estaba entonces absolutamente desierta; los monjes de San Pablo, que debían vigilar los dominios, habitaban en el castillo vecino de Sanfiano. La falta de personal había obligado a encargar a un sacerdote secular del venerado santuario de la antigua abadía y el resultado había sido desastroso. El buen clima de Sanfiano convenía a la delicada salud de Dom Plácido; el aislamiento no podía tener para él los inconvenientes que tuvo para caracteres menos bien templados, y fue nombrado rector de Farfa, en 1894. Espontáneamente, Dom Plácido volvió a encontrar un estilo de vida que había sido, en la edad media, el de innumerables monjes diseminados en las lejanas dependencias de las abadías. Llevaba la vida de un ermitaño y por eso prefería a Farfa, lugar más aislado y habitado solamente por uno o dos hermanos, encargados con algunos domésticos, de hacer fructificar la posesión. Dom Plácido jamás visitó las propiedades de su abadía, y pasaba sus días orando largamente, leyendo obras de piedad, y preparando sus sermones. No hacía otro paseo que el trayecto de Sanfiano a Fara Sabina, donde era confesor ordinario de dos comunidades franciscanas enclaustradas. No tenía, como en Amelia, jurisdicción fuera de la confesión, y sus penitentes jamás se quejaron de él. No se sustraía a las visitas que sus de-

beres o la simple educación le prescribían, pero rehusaba toda invitación a comer, y cuando recibía a los sacerdotes de los alrededores, se las arreglaba para no modificar su sobriedad habitual, sin imponérsela a los demás.

Prefería a todo, el recogimiento que le procuraba una soledad que lo mantenía, sin embargo, alejado de las manifestaciones litúrgicas. El Jueves Santo, oficiaba la misa, pero no podía celebrar solo los oficios del Viernes y del Sábado Santos. Un año, cediendo a los consejos de sus amigos, fue a Farfa para asistir a estos oficios; quedó tan malamente impresionado del desorden y la turbulencia de los niños del coro, que prometió jamás volver; prefería pasar los días enteros, solo, orando en el oratorio del Santísimo Sacramento. Dom Plácido no despreciaba a sus hermanos de San Pablo; recibía con alegría y caridad a los que venían a pasar en la montaña los meses del verano, obedecía inmediatamente cuando su abad lo invitaba a ir a Roma por temporadas más o menos largas, como en 1900, cuando desempeñó el cargo de penitenciario durante el año santo; aún entonces, su quebrantada salud y sus costumbres eremíticas autorizaban a su abad a dispensarle frecuentemente del coro. Dom Plácido no llevaba en Roma una vida distinta de aquella que él tanto amaba en Sanfiano y en Farfa.

La salud de Dom Plácido decaía cada día más, y su abad le envió para que lo ayudara a un monje alemán, que se consideró también como el superior. Los campesinos de Sabine no tenían costumbres delicadas e intentaron desembarazarse del encumbrado personaje, colocando arriba de la puerta del santuario una viga que debía caerle sobre la cabeza cuando entrara; el atentado fracasó, pero la iglesia se vio abandonada por los fieles. Dom Plácido se afligió sobremanera al ver aniquilada su obra, su salud sufrió por ello y su desarreglo intestinal se agravó, al punto de que le fue completamente imposible celebrar la misa. El 17 de noviembre de 1912, cuando subía una escalera, un ataque de parálisis, acompañada de convulsiones, lo tiró por tierra y lo hizo rodar por los escalones de mármol. Su estado pareció tan grave, que se le administró inmediatamente la extremaunción; sin embargo, soportó la prueba y se le pudo conducir de nuevo a la abadía de San Pablo Extramuros, el 23 de diciembre siguiente.

Quedó paralítico del lado derecho; sus piernas se encogieron, después se arquearon, y no podía permanecer ni siquiera recostado sobre la espalda. Acabado físicamente, hizo de sus días una

oración perpetua y no se quejaba jamás, ni reclamaba nada, atento solamente a no molestar o contrariar a aquellos que se ocupaban de él. Durante este penoso período, tuvo la alegría de ver con frecuencia a su lado al joven y fiel amigo Dom Ildefonso Schuster, quien lo había dirigido por los caminos de la perfección monástica. Liturgista, arqueólogo, historiador, excelente administrador, Schuster, el futuro cardenal, arzobispo de Milán tenía gustos y aptitudes absolutamente opuestas a las de su viejo maestro; sin embargo, tenían en común un amor a Dios, sincero y profundo, y el atractivo por una vida ascética seria y severa. Dom Plácido mostró su confianza al discípulo escogiéndolo como confesor; Dom Schuster obtuvo para su maestro el favor que podía agradarle más: Pío X autorizó la celebración de una misa, cada semana, en la celda del enfermo. Dom Plácido, murió dulcemente mientras Dom Schuster velaba cerca de él el 15 de marzo de 1915. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1954.



11 de diciembre
Beato David de Himmerod, monje
OCIST: memoria libre

David nació en Florencia hacia el año 1100. A causa de su poca salud san Bernardo en 1131 tuvo que vencer serias dudas para permitir su ingreso en Claraval. Después de su profesión, el año 1134, fue enviado junto con otros hermanos a fundar la abadía de Himmerod, donde en seguida destacó por su santidad. Siempre fiel a la Regla y a la vida comunitaria, animaba a todos los hermanos con su ardiente y gozosa caridad. Murió el día 11 de diciembre de 1179 en su monasterio de Himmerod en Alemania, y los hermanos sepultaron su cuerpo en la sala capitular.

*De la vida del beato David, monje,
escrita por un autor de su tiempo
Analecta Cisterciensia 11, 1955, pp. 33-35*

Se entregaba con fervor a la oración y la lectura

En tiempos de san Bernardo, en una abadía de la orden cisterciense llamada Himmerod, que significa claustro, hubo un hombre de vida venerable, David, que por sus obras hacía honor a su nombre. Dominando todas sus pasiones y sometiéndose a la recta razón era auténticamente fuerte y a la vez afable, siempre en íntima comunión con los bienes eternos.

Era italiano, de la ciudad de Florencia, y siendo aún joven vino a Francia para estudiar. Estando en esta tierra le llegaron noticias de la nueva orden cisterciense y enseguida, inspirado por el Espíritu divino, retiró el pie, que ya casi había puesto en el camino del mundo, y abandonando los estudios iniciados quiso ser educado en la disciplina regular, puesto que prefirió permanecer ignorante pero en seguridad, antes que instruirse rodeado de peligros. Esforzándose, pues, en seguir a Cristo desnudo, ansiaba negarse a sí mismo para cargar con su cruz.

Guiado por Dios se dirigió a Claraval y consiguió ser admitido allí. Pero pronto se hizo evidente su debilidad y temiendo por aquel hombre frágil le restituyeron a pesar suyo su antigua libertad, para que no llegara a desfallecer bajo la carga; pero aquel joven venerable y prudente habiendo gustado una vez de las delicias de la vida espiritual permaneció en la puerta del monasterio, confiando en poder vencer con su importunidad a aquellos a quienes

no había podido convencer con sus ruegos; y es que recibió aquel rechazo como si se viera expulsado del paraíso o de la mismísima puerta del cielo. Por fin el bienaventurado Bernardo, que era entonces el abad de Claraval, entendió que tanta constancia en un joven era presagio e indicio de una eximia santidad y, compadecido de él, lo readmitió y lo volvió a colocar entre los otros monjes.

Hasta el fin de su vida David sirvió al Señor en Himmerod como monje fiel y perfecto. Ya se ha dicho que era enfermizo, así que cuando fue enviado a aquel lugar se decidió que soportase el yugo de la disciplina de manera mitigada. Pero Dios, compadeciéndose de su dulce fiel, derramó tan largamente sus dones sobre él, que le curó de todo lastre, y así, abrasado en el fuego interior del amor y realizando cualquier tarea espiritual con fortaleza, resurgía como un hombre nuevo revestido de la fuerza de lo alto y vencedor de su vejez antigua. A menudo pasaba las noches sin dormir, velando en oración, pero no cedía nada en las tareas del día. Nunca hacía la siesta, sino que se entregaba con fervor a la oración y la lectura. Cuando era invitado a conversar con los hermanos no quería escuchar ni decir nada que no tuviera relación con la salvación del alma. De su boca nunca desaparecía Cristo, ni la justicia ni nada de lo que pertenece a la auténtica justicia.

O bien:

*Del tratado sobre la consideración,
de san Bernardo, abad de Claraval
Liber I, VII-VIII, 8-9: BAC n^o 452, pp. 69-73*

**La consideración da conocimiento
de lo humano y de los misterios divinos**

Es lícito hacer lo que creemos más conveniente. Por tanto, de suyo, siempre y en toda ocasión, se debe preferir la piedad como mi valor absoluto. Porque indiscutiblemente ella es útil para todo; así nos lo muestra nuestra razón. ¿Me preguntas qué es la piedad? Entregarse a la consideración. Tal vez me repliques que en esto disiento de quienes definen la piedad cómo el culto que se tributa a Dios. Pero en realidad no rechazo esta definición. Si lo piensas bien, la mía, al menos en parte, coincide totalmente con ella. Porque lo más esencial del culto a Dios es aquello que nos pide el salmo: Cesad de trabajar y ved que yo soy Dios. ¿Y no consiste precisamente en esto la consideración?

Además, viene a ser lo más útil para todo. Porque incluso sabe anticiparse en cierto modo a la misma acción, ordenando de antemano lo que se debe hacer mediante una eficaz previsión.

Lo primero que purifica la consideración es su propia fuente; es decir, el alma, de la cual nace. Además, controla los afectos, corrige los excesos, modera la conducta, ennoblece y ordena la vida, y depara el conocimiento de lo humano y de los misterios divinos. Es la consideración la que pone orden en lo que está confuso; concilia lo incompatible, reúne lo disperso, penetra lo secreto, encuentra la verdad, sopesa las apariencias y desenmascara el fingimiento taimado.

La consideración prevé lo que se debe hacer, recapacita sobre lo que ya se ha hecho; así no queda en el alma sedimento alguno de incorrección ni nada que deba ser rectificado. Por la consideración en tiempo de bienestar se previene la adversidad, tal como lo dicta la prudencia, y casi no se sienten los infortunios gradas a la fortaleza de ánimo que infunde. Debes advertir también la suavísima armonía, la conexión que existe entre las virtudes y su mutua interdependencia. Ahora mismo acabas de contemplar a la prudencia como madre de la fortaleza. Todo lo que no nace de la prudencia será más osadía de la temeridad, y no un impulso de la fortaleza. Es también la prudencia quien, haciendo de mediadora entre lo superfluo y lo necesario, los mantiene dentro de sus propios límites; porque asigna y proporciona lo que basta para satisfacer las necesidades, pero corta todo exceso al deleite. Así nace una tercera virtud, a la que llamamos templanza.

Y es precisamente la consideración quien nos permite descubrir la intemperancia, tanto si nos empeñamos en privarnos de lo necesario como en regalarnos con nuestros caprichos.

Porque no consiste la templanza únicamente en abstenernos de lo superfluo, sino también en concedemos lo necesario. El apóstol, además de secundar esta idea, es su propio autor, cuando nos dice que cuidemos de nuestro cuerpo, pero sin rendimos a sus bajos deseos. Al pedirnos que no andemos “Solícitos por la carne”, nos prohíbe apetecer lo superfluo; y al añadir: “dando pábulo a los bajos deseos”, no excluye que busquemos lo necesario. Por eso pienso que no será absurdo definir la templanza como la virtud que no se queda más acá ni va más allá de lo necesario, según aquello del filósofo: *ne quid nimis*, es decir: nada en demasía.

15 de diciembre
Beato János Brenner, mártir
OCIST: Memoria libre

Nació el 27 de diciembre de 1931 en Szombathely, Hungría, en el seno de una familia muy religiosa. Ingresa en Zirc como oblato cisterciense, y después es admitido en el noviciado, donde recibe el nombre de Anasztáz (Anastasio). Después de la disolución de las órdenes religiosas, estudió en el seminario de Szombathely como seminarista de la diócesis. Ordenado sacerdote en 1955, comenzó su ministerio pastoral en Rábakethely como vicario parroquial, donde realizó una intensa actividad, especialmente entre los jóvenes. Vivió el peor momento de la persecución comunista contra la Iglesia católica en su país, y es recordado por su heroica defensa de la Eucaristía. Mientras acudía a una llamada para atender a un moribundo fue atacado y apuñalado. Los testigos afirman que nunca dejó de proteger las hostias que llevaba consigo. Fue enterrado el 18 de diciembre en la cripta familiar de la iglesia salesiana de San Quirino en Szombathely. Beatificado por el papa Francisco el día 1 de mayo de 2018.

***De las cartas de san Maximiliano María Kolbe,
presbítero y mártir***

***Glí scritti di Massimiliano Kolbe eroe di Oswiecim e Beato della Chiesa,
vol. 1, Città di Vita, Firenze 1975, pp. 44-46. 113-114***

**El ideal de la vida apostólica
es la salvación y santificación de las almas**

Me llena de gozo, querido hermano, el celo que te anima en la propagación de la gloria de Dios. En la actualidad se da una gravísima epidemia de indiferencia; que afecta, aunque de modo diverso, no sólo a los laicos, sino también a los religiosos. Con todo, Dios es digno de una gloria infinita. Siendo nosotros pobres criaturas limitadas y, por tanto, incapaces de rendirle la gloria que él merece, esforcémonos, al menos, por contribuir, en cuanto podamos, a rendirle la mayor gloria posible.

La gloria de Dios consiste en la salvación de las almas, que Cristo ha redimido con el alto precio de su muerte en la cruz. La salvación y la santificación más perfecta del mayor número de almas debe ser el ideal más sublime de nuestra vida apostólica.

Cuál sea el mejor camino para rendir a Dios la mayor gloria posible y llevar a la santidad más perfecta el mayor número de almas, Dios mismo lo conoce mejor que nosotros, porque él es omnisciente e infinitamente sabio. Él, y sólo él, Dios omnisciente, sabe lo que debemos hacer en cada momento para rendirle la mayor, gloria posible. ¿Y cómo nos manifiesta Dios su propia voluntad? Por medio de sus representantes en la tierra. La obediencia, y sólo la Santa obediencia, nos manifiesta con certeza la voluntad de Dios. Los superiores pueden equivocarse, pero nosotros obedeciendo no nos equivocamos nunca. Se da una excepción: cuando el superior manda algo que con toda claridad y sin ninguna duda es pecado, aunque éste sea insignificante; porque en este caso el superior no sería el representante de Dios.

Dios, y solamente Dios infinito, infalible, santísimo y clemente, es nuestro Señor, nuestro creador y Padre, principio y fin, sabiduría, poder y amor: todo. Todo lo que no sea él vale en tanto en cuanto se refiere a él, creador de todo, redentor de todos los hombres y fin último de toda la creación. Es él quien, por medio de sus representantes aquí en la tierra, nos revela su admirable voluntad, nos atrae hacia sí, y quiere por medio nuestro atraer el mayor número posible de almas y unir las a sí del modo más íntimo y personal.

Querido hermano, piensa qué grande es la dignidad de nuestra condición por la misericordia de Dios. Por medio de la obediencia nosotros nos alzamos por encima de nuestra pequeñez y podemos obrar conforme a la voluntad de Dios. Más aún: adhiriéndonos así a la divina voluntad, a la que no puede resistir ninguna criatura, nos hacemos más fuertes que todas ellas. Ésta es nuestra grandeza; y no es todo: por medio de la obediencia nos convertimos en infinitamente poderosos.

Éste y sólo éste es el camino de la sabiduría y de la prudencia, y el modo de rendir a Dios la mayor gloria posible. Si existiese un camino distinto y mejor, Jesús nos lo hubiera indicado con sus palabras y su ejemplo. Los treinta años de su vida escondida son descritos así por la sagrada Escritura: *Y les estaba sujeto*. Igualmente, por lo que se refiere al resto de la vida toda de Jesús, leemos con frecuencia en la misma sagrada Escritura que él había venido a la tierra para cumplir la voluntad del Padre.

Amemos sin límites a nuestro buen Padre: amor que se demuestra a través de la obediencia y se ejercita sobre todo

cuando nos pide el sacrificio de la propia voluntad. El libro más bello y auténtico donde se puede aprender y profundizar este amor es el Crucifijo. Y esto lo obtendremos mucho más fácilmente de Dios por medio de la Inmaculada, porque a ella ha confiado Dios toda la economía de la misericordia.

La voluntad de María, no hay duda alguna, es la voluntad del mismo Dios. Nosotros, por tanto, consagrándonos a ella, somos también como ella, en las manos de Dios, instrumentos de su divina misericordia. Dejémonos guiar por María; dejémonos llevar por ella, y estemos bajo su dirección tranquilos y seguros: ella se ocupará de todo y proveerá a todas nuestras necesidades, tanto del alma como del cuerpo; ella misma removerá las dificultades y angustias nuestras.

O bien:

Lectura tomada de una breve biografía

Fuente: <http://es.catholic.net>

János Brenner nació el 27 de diciembre de 1931 en Szombathely, en una familia profundamente religiosa. Tanto él como sus dos hermanos se hicieron sacerdotes. Asistió a la Escuela Primaria Episcopal, luego a la escuela primaria de los monjes cistercienses en Pécs, y por último a la escuela primaria de los canónigos premonstratenses regulares en Szombathely.

Tras la nacionalización de las escuelas, pasa los exámenes de ingreso en Zirc como oblato cisterciense, y después es admitido en el noviciado, donde recibe el nombre de Anastasio. Después de la disolución de las órdenes religiosas, estudió durante un año en la Academia Teológica de Budapest como laico, y luego estudió en el seminario de Szombathely como seminarista de la diócesis. Cuando el seminario fue cerrado, continuó sus estudios teológicos en Győr. Fue ordenado sacerdote el 19 de junio de 1955. El joven sacerdote comenzó su ministerio como capellán en Rábakethely. Llevó a cabo una actividad pastoral dinámica, especialmente entre los jóvenes. Las autoridades, que perseguía a la Iglesia, desaprobaron su actividad, sobre todo por medio de las represalias que siguieron a la revolución de 1956.

Durante la noche del 15 de diciembre de 1957, cuando preparaba su homilía dominical para el día siguiente, János Brenner recibió una llamada para que visitara un enfermo, la llamada era fal-

sa. Tomó su portaviático —donde llevaba el Santísimo Sacramento— que usaba para visitar a los enfermos , y se fue a la aldea de Zsida por el camino que cruza las colinas. Fue atacado y brutalmente apuñalado. La gente que vivía cerca llamó al médico, pero ya era demasiado tarde: el joven capellán había fallecido. Incluso mientras sufría las puñaladas, defendió con su mano izquierda la Eucaristía. Fue enterrado el 18 de diciembre en la cripta familiar de la iglesia salesiana de San Quirino en Szombathely. Las autoridades trataron de confundir a la multitud de fieles reunidos para su funeral, por lo que el funeral fue autorizado para una hora más tarde de lo que se publicó originalmente. Su lema sacerdotal estaba inscrito en su tumba: “Todas las cosas obran juntas para el bien de los que aman a Dios”.



16 de diciembre
San Guillermo de Fenol, monje
OCART: 12 lecturas

Nació en Monferrato, a inicios del siglo XII. Muy joven tomó la decisión de vivir como eremita en las montañas del Piamonte. Vivía en una pobreza absoluta, disciplinándose, orando y trabajando para no mantenerse ocioso. Tomó el hábito en la cartuja de Casularum, a mediados del siglo XII. En la cartuja aumentó sus virtudes y en breve tiempo cumplía la Regla con exactitud y sin afectación. Era caritativo con sus hermanos, elegía los trabajos más difíciles y siempre estaba presto a ayudar a los hermanos ancianos. Su oración era elevadísima, siendo su devoción preferida la Pasión del Señor. Guillermo murió muy anciano, sobre el año 1200. En el siglo XIII el culto ya era constante y san Pío V confirmó su culto. El beato Pío IX le beatificó en 1862.

Sermón de Eadmer de Cantorbery
Méditation 1 du Pseudo-Anselme. PL 158, col. 711-715

Medita atentamente eso que se dice del justo: ¿Qué es lo que caracteriza su alabanza? “Él alabó al Señor con todo su corazón”. He aquí para qué fin has sido creado, he aquí la obra de tu servicio. Y ¿por qué te ha enriquecido Dios con tan singular privilegio, sino porque te destinó a alabarlo sin cesar? Has sido, pues, formado para alabar a tu Creador, a fin de que consagrándote a rendirle sus alabanzas, tiendas constantemente hacia Él por el mérito de la justificación en la vida presente, y asegurar tu felicidad en la vida futura. Pues alabarlo aquí en la tierra, es merecer la justificación en el tiempo, y allá arriba la felicidad. Mas si tú lo alabas, que sea con todo tu corazón; que sea amándolo. Escucha la regla impuesta al justo sobre este punto: “Ha alabado al Señor con todo su corazón, y ha amado al que lo ha creado”. Alaba, pues, alaba con todo tu corazón y ama al que alabas, puesto que has sido creado para el amor y la alabanza.

Pero el hombre a quien la prosperidad lo invita a bendecir a su Dios, mas en la adversidad cesa de bendecirlo, alaba, pero no alaba con todo su corazón. Quienquiera que al cantar las alabanzas divinas, busca otra cosa que no sea Dios, lo alaba, pero no lo ama. Alaba, pues, al Señor, pero sea de modo digno de Él, de manera que no haya en ti, en cuanto lo permita tu debilidad, ni cuidado, ni

intención, ni pensamiento, ni empeño que no contribuya a su alabanza. No haya suceso en la vida presente que interrumpa este deber; ni revés que lo suspenda; porque sólo así alabarás a Dios con todo tu corazón. Y después que lo hayas alabado de semejante manera, cuando lo hayas alabado amándolo, no esperes de Él otra recompensa que Él mismo, a fin de que sea Él el objeto y término de todos tus deseos; que sea Él mismo el salario de tus trabajos, que sea Él solo tu consuelo en esta vida que pasa como una sombra, sea Él tu única herencia en la vida bienaventurada.

Mas luego que hayas puesto tu esperanza en aquella felicidad futura, examina a la luz de la contemplación la grandeza de la gracia con que te ha enriquecido, ya en esta vida de un día. Aquel que habita en el cielo, que reina sobre los ángeles, ante el cual los cielos y la tierra se prosternan con todo lo que en ellos se encierra, ha querido servirte de domicilio y ha puesto su presencia a tu disposición, según lo que nos enseña el apóstol Pablo: “En Él tenemos la vida, el movimiento y el ser”. ¡Vida llena de dulzura! ¡Movimiento amable! ¡Ser deseable! ¿Qué hay de más dulce, en efecto, que tener la vida en Él que es la misma vida bienaventurada? ¿Qué de más amable que referir a Dios todos los movimientos de nuestra voluntad, y regular nuestras acciones conforme a Aquel único que puede establecernos en el reposo y la permanente felicidad? ¿Qué hay de más digno en nuestros deseos de habitar incessantemente, por nuestros votos y nuestro amor en unión con Aquel que posee, por sí solo, la verdad de ser, digamos mejor, el ser por esencia, sin el cual no hay bienestar para nadie? “Soy el que Soy”, dijo. ¡Admirable lenguaje! Pues Él es verdaderamente el único cuyo ser no cambia nunca. ¿Dónde se ha colocado este Dios cuyo ser es tan excelente, tan incomparable que solo Él es, y ante quien todo otro ser no es nada; dónde te ha colocado el día que te creó para la gloria, sin que tú pudieses comprender la grandeza de tu dignidad? ¿Qué domicilio te ha preparado? Presta atención; va a contestarte Él mismo en su Evangelio: “Permaneced en mí y Yo en vosotros”.

No contento de habernos creado en tan elevado grado de dignidad, ha querido, por su misericordia, hacerse Él mismo nuestro tabernáculo: El que existe sin solicitud por encima de todos los seres, puesto que es el legislador supremo; El que sostiene sin esfuerzo la creación, porque es el fundamento universal de ella; El que se eleva sin orgullo por encima de todo cuanto existe, porque

es de una naturaleza infinitamente más excelente; El que encierra todas las cosas, sin que su ser se disperse aquí y allá, pues que las contiene todas; El que llena todo el universo sin empobrecerse jamás, porque es la soberana plenitud. Este Dios, cuya presencia lo llena todo, se ha elegido dentro de nosotros mismos, un reino que le es agradable. El Evangelio nos lo atestigua con estas palabras: “El reino de Dios está dentro de vosotros mismos”. Pero si el reino de Dios está dentro de nosotros mismos; si Dios habita en su Reino, ¿no es verdad que aquel cuyo Reino está dentro de nosotros mismos permanece en nosotros? Sí, sin duda alguna. Si Dios es la sabiduría, y “el alma del justo es sede de la sabiduría”, evidentemente el verdadero justo lleva a Dios en el fondo de su corazón. “El templo de Dios es santo —dice el apóstol— y este templo sois vosotros”. Valor, pues, ¡oh alma mía!: aplícate sin descanso al estudio de la santidad para no cesar de ser el templo de Dios.

“Dios nos ha dado a Jesucristo para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia y nuestra santificación”. ¿Qué ornamentos más preciosos pudo ofrecerte que el manto de la sabiduría, el joyel de la justicia, el brillo de la satisfacción? ¿Qué te diré? ¿Que Jesucristo se ha hecho tu vestido? ¿No se ha identificado contigo hasta querer que tú fueses una porción de su carne en la unidad de su Iglesia? Escucha al apóstol explicándote un pasaje de la Escritura: “y serán los dos una sola carne. ¡Gran misterio es éste; mas lo digo refiriéndome a Cristo y a la Iglesia”. Contempla aquí la magnificencia de esta unión. El apóstol declara que tú eres el cuerpo de Cristo: “Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada cual uno de sus miembros”. Conserva, pues, este cuerpo y sus miembros con la dignidad que les conviene. Tus ojos son los ojos de Jesucristo: no te es, pues, permitido abrir los ojos de Jesucristo para contemplar la vanidad; ten en cuenta que Jesucristo es la Verdad, y que toda vanidad es contraria a la verdad. Tu boca es la boca de Jesucristo: tú no debes, pues, hacer servir tu boca, no diré ya a la mentira o a la maledicencia, sino ni siquiera a discursos inútiles: sólo debe abrirse para alabar a Dios y para la edificación del prójimo. Lo mismo ocurre, no lo olvides, con todos los otros miembros de Jesucristo confiados a tu custodia.

“Todos los cristianos somos en Jesucristo un solo y único Cristo”. ¿Hay para admirarse? Él es la Cabeza, y nosotros el cuerpo; Él es el Esposo y la Esposa; el Esposo en sí, la Esposa en las almas

santas que se ha asociado por los lazos del eterno amor. “Sobre mi cabeza ha puesto la diadema nupcial del Esposo, y me ha adornado con sus joyas al darme el título de Esposa”. Aquí, pues, ¡oh alma mía! repasa en tu memoria sus beneficios; abrázate de amor por Él; corre con el más vivo ardor hacia su bienaventurada contemplación. Eleva hacia Él el grito enérgico de amor, y, como desecho en deseos, pide prestados al alma fiel sus acentos: “Dame un beso de tu boca”. Vaya lejos de mi corazón todo placer que le sea extraño. No haya en mí ningún apego a la vida presente. No quiera ningún consuelo de aquí abajo, mientras me sea rehusada su bienaventurada presencia; que Él me estreche con los brazos de su misericordia; que me dé el beso de su celestial sabiduría; que me hable esta lengua inefable que revela a los ángeles sus misterios. Que reine entre el Esposo y la Esposa un delicioso cambio de expresiones, a fin de que le abra todo entero mi corazón, y que Él me desvele todos los secretos de su dulzura.

Lleno del afecto del santo deseo, trata de seguir a tu Esposo, y dile: “¡Llévame tras de ti; corramos al olor de tus perfumes!” Dile, pero con el grito de la fe, no con sonidos que pasan, sino con un deseo que no aminora jamás. Dile, para ser escuchado; desea que Él te atraiga, de manera que puedas seguirlo. Repite, pues, a tu Salvador y tu Redentor: “Atráeme tras de tus pasos”. Que no sea la dulzura del siglo, sino la suavidad de tu bendito amor quien me atraiga. En otro tiempo fue la vanidad la que miserablemente me atrajo; que sea ahora vuestra verdad la que al presente me atraiga. Atráeme, ya que habéis comenzado a atraerme. Retenme, ya que me habéis tomado de la mano; me habéis atraído rescatándome; atráeme con tu salvación; me habéis atraído por tu misericordia, atráeme por tu felicidad. Has venido a mí, mostrándote entre los hombres bajo la forma humana; retenme hoy que te has sentado en lo más alto de los cielos, glorificado por encima de los ángeles.

Encadena contigo por los lazos indisolubles del amor todos los deseos de mi corazón, allá donde están ya contigo las primicias de mi espíritu. Que la unidad de la caridad nos junte, a nosotros a los que ya nos ha reunido la caridad de la redención. Tú me has amado, ¡oh mi Salvador! Tú te has entregado por mí: que mi conversación sea, pues, siempre contigo en el cielo; que tu protección y tu gracia sean siempre sobre la tierra. Tú que me has amado cuando yo te despreciaba, socórreme ahora que ardo en deseos de estar contigo y de no amar a nadie sino a Ti. Dame un corazón que

te busque, Tú que te has dado incluso a quien no te conocía. Recibe bondadosamente a un pecador que vuelve a ti, Tú que lo has conducido cuando huía lejos. Que te ame, para que Tú me ames, o mejor porque Tú me amas; que te ame a fin de ser amado aún más por Ti. Que mi pensamiento permanezca siempre contigo; que mis intenciones, mis deseos y mis afectos tiendan hacia esta feliz estancia donde nuestra naturaleza, que Tú te has dignado revestir por un exceso de misericordia, reina ya en los esplendores de la gloria y de la dicha; que yo os permanezca unido inseparablemente; que no me canse jamás de adorarte; que te sirva con perseverancia hasta el fin; que te busque con fidelidad; que tenga la dicha de encontrarte; que te posea durante toda la eternidad.

O bien:

*De los comentarios de Isaac de Nínive:
“Discurso sobre la humildad”*

*Discours sur l'humilité. “Mystic Treatises”, Wensinck 1923, pp. 384 y ss.
cf. Œuvres spirituelles, DDB 1981, pag. 137*

Deseo hablaros, carísimos hermanos, de la eminente dignidad de la humildad; y estoy temblando como el que va a hablar de Dios con conceptos de su propia cosecha. La humildad, en efecto, es el vestido de la divinidad: el Verbo se vistió de ella al hacerse hombre; con tal vestido convivió con nosotros, compartiendo nuestra carne. Todo el que vista, sinceramente, ese mismo vestido, se hace semejante, por la humildad, al que bajó de la suma majestad, ocultando su resplandor y gloria, no fuera que la criatura no pudiese mirarlo sin morir. Pues la criatura hubiese sido incapaz de verlo, si él no se hubiese unido a una realidad de la creación: al asumir esta realidad humana, le fue posible, por su medio, convivir con nosotros; hemos podido verlo cara a cara, y oír sus palabras. Recordad esto: cuando habló desde la nube a los hijos de Israel, éstos no pudieron aguantar el tono terrible de su voz. ¿Cómo hubiesen podido contemplarlo las criaturas a cara descubierta? Los hijos de Israel fueron presa de tan gran pánico que clamaron a Moisés: “Háblanos tú, y oiremos. No nos hable Dios, que moriríamos”.

Al cumplirse el tiempo, el Verbo vino a nosotros y llenó el mundo de su gracia. Vino a nosotros no entre terremotos o llamas, ni anunciándose con truenos terribles, sino que bajó como lluvia so-

bre vellón de lana o como el rocío que cae suavemente sobre una pradera. Le plugo hablarnos un nuevo lenguaje, escondiendo su majestad bajo el velo de su carne; conversó y convivió con nosotros con el humilde ropaje que la omnipotencia divina le había tejido en el seno de la Virgen. Desde entonces podemos tratarlo como a miembro de nuestro linaje, sin que su vista nos cause terror. De donde se sigue que el hombre que se reviste del vestido con que quiso mostrarse a nosotros el Creador en su santísima humanidad, se reviste de Cristo. Posee la humildad que informaba a Cristo hasta en su ser interior cuando se manifestaba al mundo. En realidad, Jesús deseaba profundamente manifestarse a los hombres sus hermanos, bajo esa forma humilde, en vez de revestirse de gloria y esplendor.

No es todavía perfectamente humilde el que se humilla ante el recuerdo de sus defectos y pecados. Se reaviva en sí este recuerdo para adquirir un corazón contrito y purificarlo de las tentaciones de orgullo. Sin duda es una práctica excelente, pero es signo de que el hombre es todavía atacado por pensamientos de orgullo. No posee aún la humildad de una manera estable. Busca la humildad: no es humilde. El perfectamente humilde no tiene necesidad de buscar motivos o razones para hacerse humilde; actualmente posee la humildad de una manera connatural, sin esfuerzo. La ha recibido como la mayor de las gracias, una gracia de la que la criatura es siempre indigna; con todo él se considera como un pecador y un pobre hombre. Aunque haya penetrado los secretos del universo espiritual, aunque posea toda la ciencia del mundo, íntimamente está convencido de que es un completo ignorante. Esta convicción no la obtuvo por ciertos ejercicios, sino espontáneamente, sin haberla buscado, por una inclinación del corazón.

“Lo que has ocultado a los sabios y a los entendidos, lo has revelado a la gente sencilla”. A los humildes se les da el Espíritu de revelación que les introduce en los arcanos de la verdad. Por eso, como dijeron ciertos hombres de Dios, la humildad es el sello de la perfección: ella dispone para acoger la manifestación de Dios. Que nadie, pues, se imagine haber alcanzado el estado eminente de la humildad, simplemente porque siente en su corazón algunos pensamientos de contrición, o derrama unas lágrimas de compunción, o tal vez porque posee alguna virtud, sea naturalmente sea por la ascesis. Llegar a ser humilde es alcanzar la cumbre de la

iniciación mística y la completa perfección. ¿Cómo podrá creerse haber llegado a ella por unos débiles esfuerzos, y considerar lo adquirido así, como un don perfecto? Más bien, escuchad lo que requiere la perfección de la humildad: el hombre deberá haber triunfado definitivamente de todas las inspiraciones contrarias; al término de su esfuerzo ascético, no deben faltarle ninguna de las obras de la perfección; deberá haber destruido todos los refugios que el mal ocupaba en su alma; entonces, percibirá, en la cima de su espíritu, que le llega el don sobrenatural de la humildad. Como dice el Apóstol, se trata de un testimonio que el Espíritu Santo da a nuestro espíritu. He ahí el hombre perfectamente humilde. Es dichoso porque reposa continuamente en el pecho de Jesús.



20 de diciembre

Tránsito de Nuestro Bienaventurado Padre

Santo Domingo de Silos, abad

Monasterio de Silos y Priorato de Montserrat: solemnidad

Santo Domingo de Silos, abad

patrono secundario de la abadía

Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

Santo Domingo de Silos, abad

Monasterio de Samos: memoria

Santo Domingo de Silos nació en Cañas (La Rioja), el año 1000. Fue primero monje benedictino del monasterio de San Millán de la Cogolla, del que llegó a ser prior. Tuvo que salir desterrado por el rey de Navarra, don García, a San Sebastián de Silos, cuyo monasterio, por él restaurado, conservará el nombre de su santo abad, así como su arte y su espíritu. Sobresalió por su amor y esfuerzo en favor de los cautivos. Murió el 20 de diciembre de 1073.

*De la vida de Santo Domingo de Silos,
escrita por su discípulo, Grimaldo*

Vita Dominici, Vil. Ms. 12, archivo de Silos

“Sé valiente; pasa tranquilo y ven”

Estaba santo Domingo entregado a las preocupaciones cotidianas de restauración que tenía a su cargo. Se entregaba sin descanso a la reflexión y a la oración, por el mejoramiento y la salvación de la grey que se le había confiado. Así se ocupaba en las obras de Dios que le hacen a uno feliz, sin sentir nunca cansancio.

Pero Dios misericordioso quiso darle un consuelo por sus rectas y santas intenciones. Mientras dormía en su lecho después del trabajo, le envió en sueños a unos personajes de rostro y vestidos refulgentes para que le consolaran.

El siervo de Cristo quedó inundado de una suave alegría con esta visión. Llamó a unos hermanos con quienes le unía una gran intimidad, y les explicó lo que había visto en sueños. Describió así su visión: “Esta noche, dijo, veía en sueños que me hallaba junto a un río en el que discurrían dos grandes corrientes, muy profun-

das. La una guardaba un color blanco, como el de la leche, pero el color de la otra era rojo, como el de la sangre. Y, aunque me parecía que las dos corrientes venían del mismo río, no se juntaban la una con la otra. Veía también que sobre el río había un puente de cristal de palmo y medio de anchura.

Al otro extremo del puente, dos varones de hermosura sobrehumana, estaban de pie, vestidos con trajes blancos, ceñido el pecho con franjas doradas que brillaban extraordinariamente. El uno tenía en la mano dos coronas de oro de gran esplendor; el otro solo llevaba una que superaba en mucho con su brillo a las que el primero tenía, y además estaba toda ella recubierta de piedras preciosas.

El que tenía dos coronas me llamaba y me mandaba que me llegara hasta ellos. A esto yo le respondí: Señor, no puedo; es demasiado estrecho y frágil este puente; no puedo pasarlo de ninguna manera. El me respondió: No tengas miedo, sé valiente; pasa tranquilo y ven.

Obedeciendo a sus órdenes, pasé el estrecho puente de cristal sin dificultad y con éxito, y llegué hasta ellos: Enseguida me dijo el uno: estas dos coronas que ves te las da el Señor. Nosotros te las traemos porque ya las has merecido.

Lleno de grande alegría y recobradas las fuerzas con su visita como con un manjar celestial, le dije: Señor mío, ¿qué buena acción es esa por la que recibo del Señor este premio a través de intermediarios tan insignes?

Él me dijo: esta primera corona te la da Cristo porque le has seguido, porque has obedecido su mandato de perfección, porque has abandonado totalmente el mundo y has renunciado a sus malas obras. Si quieres poseer esta corona para siempre, tendrás que continuar en tu propósito hasta la muerte con perseverancia, que es la que da el éxito.

La segunda corona te la da Dios por la restauración que llevaste a cabo en la iglesia de la santa Madre de Dios, por la devoción santa que siempre le has profesado y por tu virginidad que tan grata le es a Dios, y que has determinado guardar íntegramente desde tu juventud. Si deseas poseer para siempre esta corona, tendrás que extremar tu vigilancia y luchar como los buenos contra el demonio para poder guardar sin mancha tu virginidad.

La tercera corona, la más preciosa, está preparada para ti en razón del monasterio de Silos, que has de reedificar desde los ci-

mientos y has de restaurar en su primitivo esplendor, y en razón de las multitudes que aquí has de ganar para Dios. Si procuras realizar lo que de mí has oído con dedicación constante, tuyas serán estas tres coronas que ves con tus ojos, y reinarás con Cristo y con nosotros eternamente.

Dicho esto, desapareció de mí la visión, me desperté del sueño, y comencé a pensar, muy seriamente, sobre lo que había visto. Ahora, hermanos amados, dediquémonos con vigilancia a las buenas obras, a los mandatos del Señor, para perseverar en su servicio y que él nos dé participación en su reino.

O bien:

De la vida de Santo Domingo de Silos, de Gonzalo de Berceo
Ms 12, Archivo de Silos

“Seredes de reliquias ricos e ahondados”

El confesor glorioso, digno de adorar,
en todas las maneras, lo quiso Dios honrar
en todos los oficios lo quiso heredar,
por en el paraíso, mayor gloria le dar.

Por amor que creáis que vos digo verdad,
quiéro-vos dar a esto una autoridad:
como fue él, profeta, fabló certenedad,
por donde fue afirmada la su grand santidad.

San Vicent tenia por nombre, un mártir anciano,
Sabina e Cristeta, de ambas fue hermano,
todos por Dios murieron de violenta mano,
todos yacían en Avila, non vos miento un grano .

El rey don Fernando siempre amó bondad,
e metió en complirla toda su voluntad,
amó de trasladarlos a mejor santidad,
e meterlos en tumbas de mejor honestad.

Amó un buen consejo essa fardida lanza:
traerlos a San Pedro que dicen de Arlanza,
con esse buen convento tendrían mejor fincanza.
serian mejor servidas sin ninguna dubdanza.

Abades e Obispos e calonges reglares
lleváronse reliquias, todos a sus logares,

mas el abad de Silos, e sus familiares,
solos no las osaron tañer de los polgares.

Vino a su monasterio el bon abad Benito
fue de sus compañeros mucho bien recibido,
dijo él: “Benedícite”, en voz muy bien sabrido.
Dijeron ellos: “Dóminus”, en son bono complido.

Señor, dijeron ellos, cuando te recobramos,
a Dios rendemos gracias; más alegres estamos.
Esso lo que nos dices, todo lo otorgamos.
Mas por una cosiella murmurantes estamos.

De las santas reliquias que a cuestras trassistes,
a cuantos las pidieron, dellas a todos distes;
a vuestro monesterio, dellas non adujistes.
tenemos que, en esto, negligencia fecistes.

Fabló contra este dicho la boca verdadera.
Recudió diestramente, dio respuesta certera:
Amigos, dijo, por esto non hayades dentera,
Dios vos dará consejo por alguna manera.

Si vos a Dios leales, quisiéredes ser,
e los sus mandamientos quisiéredes tener,
él vos dara reliquias que veredes placer.
Yo sé que non podredes en esto fallecer.

Si no nos lo tolleren nuestros graves pecados
cuerpos santos habredes, que seredes pagados,
seredes de reliquias ricos e ahondados,
de algunos vecinos seredes envidiados.

Señor Sancto Domingo que esto les dijo
profetaba la cosa que avenir hubo.
Aunque lo profetaba, él no lo entendió
que esta profecía en él mismo cayó.



ELOGIOS DEL MARTIROLOGIO

🌿🌿 Julio 🌿🌿

1 de julio

San Fagildo de Antealtares, abad
Monasterio de Samos: memoria

Monje vinculado a la Iglesia de Santiago (?-1084). El abad Fagildo es uno de los monjes más famosos de la Edad Media compostelana. Fue el promotor, junto con el obispo Diego Peláez, de la Concordia de Antealtares (1077), un documento donde se narra por primera vez el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago y se establecen los acuerdos que permitieron la construcción de la catedral románica. Está enterrado, según la tradición, en el actual convento de San Paio de Antealtares.

8 de julio

Beato Eugenio III, papa
OCIST y OCSO: memoria

En Tívoli, en el Lacio, tránsito del beato Eugenio III, papa, discípulo amado de san Bernardo, que, siendo abad del monasterio de los Santos Vicente y Anastasio “ad Acquis Salvias”, fue elegido papa, defendiendo con gran tesón al pueblo cristiano de Roma de las insidias de quienes no le eran fieles y preocupándose por mejorar la disciplina eclesiástica (1153).

El mismo día, 8 de julio

San Famiano, eremita
Monasterio de Samos: memoria

San Famiano de Oseira, monje y peregrino

En el monasterio de Oseira se celebra el día 8 de agosto
con la categoría litúrgica de fiesta

En la OCIST se celebra el día 9 de agosto como memoria libre

En Galese, cerca de Viterbo, en la Toscana, san Famiano, eremita, que, nacido en Colonia, después de haber distribuido sus bienes entre los pobres y haber realizado piadosas peregrinaciones, murió en este lugar, revestido con el hábito Cisterciense (c. 1150)

11 de julio

**San Benito de Nursia, abad. Patrono de Europa
Patriarca de los monjes de Occidente
fiesta**

**Nuestro Padre san Benito, abad
OSB, OCIST, OCSO, ECMC: solemnidad**

Fiesta de san Benito, abad, Patrono principal de Europa, que habiendo nacido en Nursia, fue educado en Roma y abrazó luego la vida eremítica en la región de Subiaco, viéndose pronto rodeado de muchos discípulos. Pasado un tiempo, se trasladó a Casino, donde fundó un célebre monasterio y compuso una Regla que se propagó de tal modo por todas partes, que ha merecido ser llamado “Patriarca de los monjes de Occidente”. Murió, según la tradición, el veintiuno de marzo (547).

12 de julio

**San Juan Gualberto, abad
OSB, OCIST, OCSO, ECMC: memoria libre**

En el monasterio de Passignano, en la Toscana, san Juan Gualberto, abad, que después de perdonar por el amor de Cristo al asesino de un hermano suyo, vistió el hábito monástico, y más tarde, deseando practicar una vida de mayor austeridad, puso los cimientos de una nueva familia monástica en Vallumbrosa (1073).

13 de julio

**San Enrique, oblato
Patrono de los Oblatos de Nuestra Orden
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria**

**San Enrique, rey y oblato benedictino
Monasterios de Silos y Leyre: memoria libre**

San Enrique, emperador de los romanos, que, según la tradición, de acuerdo con su esposa Cunegunda puso gran empeño en reformar la vida de la Iglesia y en propagar la fe en Cristo por toda Europa, donde, movido por un celo misionero, instituyó numerosas sedes episcopales y fundó monasterios. Murió en este día en Grona, cerca de Göttingen, en Franconia (1024).

15 de julio

Beato Bonifacio de Saboya, monje y pastor

En el monasterio de Hautecombe, junto al lago de Burget, en Saboya, inhumación del beato Bonifacio, obispo, el cual, de estirpe regia, se retiró a una cartuja, pero, pasado un tiempo, fue elevado primero a la sede episcopal de Belley y después a la de Cantorbéry, entregándose en ambas sedes al cuidado de su grey (1270).

16 de julio

Beatas Vírgenes de Orange, mártires

OCIST y OCSO: memoria libre

En Orange, también en Francia, beatas Aimée de Jesús (María Rosa) de Gordon y otras seis religiosas (sus nombres son: beatas María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, María Ana de San Miguel Doux, María Rosa de San Andrés Laye, Dorotea del Corazón de María y Magdalena del Santísimo Sacramento de Justamont), vírgenes y mártires, que durante la misma revolución fueron decapitadas por haberse negado a renunciar a la vida religiosa, recibiendo con alegría la palma del martirio (1794).

El mismo día 16 de julio

Beatos Claudio Béguinot y Lázaro Tiersot, monjes y mártires

—Mártires cartujos de la Revolución Francesa—

OCART: 12 lecturas

Frente a Rochefort, en la costa de Francia, beatos Nicolás Savouret, de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales, y Claudio Béguinot, cartujo, presbíteros y mártires, que durante la Revolución Francesa, por odio al sacerdocio, fueron encerrados en una nave convertida en cárcel, en la que enfermaron y murieron (1794).

En el brazo de mar frente a Rochefort, en la costa de Francia, beatos Claudio José Jouiffret de Bonnefont, de la Sociedad de San Sulpicio, Francisco François, de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, y Lázaro Tiersot, de la Orden de los Cartujos, todos presbíteros y mártires, que durante la Revolución Francesa,

encerrados a una vieja nave, consumaron su martirio por el hecho de ser sacerdotes (1794).

22 de julio

**Santa Maria Magdalena
memoria**

**Santa María Magdalena
Patrona de la Congregación
ECMC: fiesta**

Memoria de santa María Magdalena, que, liberada por el Señor de siete demonios y convertida en su discípula, le siguió hasta el monte Calvario y mereció ser la primera que vio al Señor resucitado en la mañana de Pascua y la que se lo comunicó a los demás discípulos (s. I).

23 de julio

**Santa Brígida de Suecia, religiosa
Co-Patrona de Europa
Memoria libre**

Santa Brígida, religiosa, nacida en Suecia, que contrajo matrimonio con el noble Ulfo, del que tuvo ocho hijos, a los cuales educó piadosamente, consiguiendo al mismo tiempo con sus consejos y con su ejemplo que su esposo llevase una vida de piedad. Muerto éste, peregrinó a muchos santuarios y dejó varios escritos, en los que habla de la necesidad de reforma tanto de la cabeza como de los miembros de la Iglesia. Puestos los fundamentos de la Orden del Santísimo Salvador, en Roma pasó de este mundo al cielo (1373).

29 de julio

**Santos Marta, Maria y Lázaro,
amigos y hospederos del Señor
OSB, OCIST, OCSO, ECMC: memoria**

Memoria de santa Marta, que recibió en su casa de Betania, cerca de Jerusalén, a Jesús, el Señor, y muerto su hermano Lázaro, pro-

clamó: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo” (s. I).

Conmemoración de los santos Lázaro, hermano de santa Marta, a quien lloró el Señor al enterarse de que había muerto, y al que resucitó, y María, su hermana, la cual, mientras Marta se ocupaba inquieta y nerviosa en preparar todo lo necesario, ella, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras (s. I).



🌙🌙 Agosto 🌙🌙

2 de agosto

**San Pedro de Osma, obispo,
Monasterio de Huerta: fiesta
Monasterio de Silos: memoria**

En Palencia, en la región hispánica de Castilla, muerte de san Pedro, obispo de Osma. Fue primeramente monje, después archidiacono de la Iglesia de Toledo y, finalmente, elevado a la sede de Osma, recientemente liberada del dominio mahometano, la cual organizó con pastoral celo (1109).

6 de agosto

**San Esteban, abad y compañeros, monjes y mártires,
Monasterio de Cardena: solemnidad**

Memoria de los doscientos héroes de Cárdena degollados por los alfanjes musulmanes tenía que recibir pronto la veneración y el homenaje de los fieles y de sus hermanos en religión. El martirio de estos doscientos monjes benedictinos, cuyas coronas serán la mejor ofrenda que podrá presentar esta región de Castilla cuando, según palabras de Prudencio, venga el Señor sobre una nube, blandiendo rayos con su diestra fulgurante, a poner la justicia entre los hombres (953).

18 de agosto

**Beatos Elías Desgardin, Pablo Charles
y Gervasio Brunel, monjes y mártires
—Mártires de Rochefort—
—Mártires cistercienses de la Revolución Francesa—
OCIST y OCSO: memoria libre**

Frente a la costa de Rochefort, en Francia, beato Agustín José (Elías) Desgardin, monje cisterciense y mártir, el cual, durante la Revolución Francesa, por odio a la religión fue sacado de su monasterio de Sept-Fonts y encerrado en una vieja nave, en la que se entregó al cuidado de sus compañeros enfermos, muriendo al enfermar también él.

En un viejo navío anclado ante la costa de Rochefort, en Francia, beato Pablo Juan Charles, presbítero y mártir, que siendo prior en la Orden Cisterciense, en el furor de la Revolución Francesa fue conducido por los perseguidores, por el hecho de ser sacerdote, desde el monasterio de las Sept Fonts a la cárcel naval, en donde murió consumido por el hambre y la enfermedad.

En una nave anclada frente a Rochefort, en la costa francesa, beatos Luis Francisco Le Brun y Gervasio Brunel, presbíteros y mártires. Uno era monje de la Congregación Benedictina de san Mauro, y el otro, prior de la abadía de la Trapa, de la Orden Cisterciense. Ambos, retenidos de manera inhumana durante la Revolución Francesa, consumaron el martirio agotados por la enfermedad (1794).

19 de agosto

Beato Guerrico de Igny, abad

OCIST: memoria

OCSO: memoria libre

En el monasterio de Igny, en Francia, beato Guerrico, abad. Verdadero discípulo de san Bernardo, al no poder dar ejemplo en el trabajo a sus hermanos por la debilidad de su cuerpo, los fortalecía en la humildad y caridad con reiteradas exhortaciones espirituales (1151/1157).

El mismo día 19 de agosto

San Bernardo Tolomei, abad

ECMC: memoria

OSB y Monasterio de Leyre: memoria libre

En Siena, de la Toscana, muerte de san Bernardo Tolomei, abad y fundador de la Congregación Olivetana según la Regla de san Benito. Trabajó con gran empeño por la disciplina monástica y, cuando la peste assolaba Italia, murió entre los monjes de Siena, expuestos al mismo peligro.

20 de agosto
Nuestro Padre San Bernardo,
abad y doctor de la iglesia
OCIST: solemnidad
OCSO: solemnidad o fiesta
Monasterio de Huerta: solemnidad

Memoria de san Bernardo, abad y doctor de la Iglesia, el cual, habiendo ingresado con treinta compañeros en el nuevo monasterio del Cister, fue después fundador y primer abad del monasterio de Clairvaux (Claraval), dirigiendo sabiamente a los monjes por el camino de los mandamientos del Señor, con su vida, su doctrina y su ejemplo. Recorrió una y otra vez Europa para restablecer la paz y la unidad e iluminó a la Iglesia con sus escritos y sabios consejos, hasta que descansó en el Señor cerca de Langres, en Francia (1153).

27 de agosto
San Vintila de Punxín, eremita
Monasterio de Samos: memoria

En Pungín, en la Gallaecia, san Vintila, émulo de san Millán y san Frutos, buscó su retiro para entregarse a la vida eremítica, que trocó por la del cielo el 23 de diciembre del año 890.

28 de agosto
San Agustín de Hipona, obispo y doctor de la Iglesia
Memoria

Memoria de san Agustín, obispo y doctor eximio de la Iglesia, el cual, después de una adolescencia inquieta por cuestiones doctrinales y libres costumbres, se convirtió a la fe católica y fue bautizado por san Ambrosio de Milán. Vuelto a su patria, llevó con algunos amigos una vida ascética y entregada al estudio de las Sagradas Escrituras. Elegido después obispo de Hipona, en África, siendo modelo de su grey, la instruyó con abundantes sermones y escritos, con los que también combatió valientemente contra los errores de su tiempo e iluminó con sabiduría la recta fe (430).

30 de agosto

Santos Guarino de Sión y Amadeo de Lausana, obispos
OCIST y OCSO: memoria libre

En el monasterio de Aulps, en Saboya, muerte de san Guarino, obispo de Sión, que, siendo monje de Molesmes en tiempos de san Roberto, fundó este cenobio, que dirigió santamente y agregó a la Orden del Císter (1150).

En Lausana, entre los helvecios (hoy Suiza), san Amadeo, obispo. Siendo monje de Claraval, fue designado abad del cenobio de Hautecombe y elegido, más tarde, para la sede episcopal, desde donde educó con destreza a los jóvenes, formó un clero piadoso y casto y cantó las alabanzas en su predicación de la bienaventurada Virgen María (1159).

El mismo día 30 de agosto

Beato Alfredo Ildefonso Schuster, abad y obispo
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

En Venegone, cerca de Varese, en Italia, beato Alfredo Ildefonso Schuster, obispo, que, siendo abad de San Pablo de Roma, fue elevado a la sede episcopal de Milán, donde, con gran cuidado y diligencia, desempeñó con admirable sabiduría su función de pastor por el bien de su pueblo.

31 de agosto

San Ero de Armenteira, abad
Monasterio de Samos: memoria

Su vida es una leyenda contada por el rey Alfonso X el Sabio en las “Cantigas de Santa María”. Se dice que nació en la comarca de Salnés, Galicia. En 1151 fundó la abadía cisterciense de Armenteira del que fue su primer abad durante veintiséis años, primero bajo la observancia benedictina y después del cister.

1 de septiembre

**San Egidio (Gil) de Casaio, eremita y abad
Monasterio de Samos: memoria**

En Casaio, en la diócesis de Astorga, san Gil, monje de Carracedo y abad de San Martín de Castañeda, que terminó sus días como eremita (s. XI).

2 de septiembre

**Beato Bernardo de Poblet, monje,
y sus hermanas María y Gracia, mártires
OCIST: memoria libre**

En Alcira, en el territorio de Valencia en España, conmemoración de los santos mártires Bernardo, antes llamado Mohamed, monje de la Orden Cisterciense, y sus hermanas, María (Zaida) y Gracia (Zoraida), que desde la religión mahometana él las condujo a la fe en Cristo.

El mismo día 2 de septiembre

**Beatos Agustín Chevreux, Renato Julián Massey
y Luis Barreau de la Touche, presbíteros,
y compañeros, mártires
—Mártires benedictinos de la Revolución Francesa—
OSB (Congregación de Solesmes): memoria**

Ambrosio Agustín Chevreux nació en Orleans en 1728. En 1744 profesó como monje benedictino maurista en la abadía de Saint-Florent de Saumur. Fue destinado a la abadía parisina de Saint-Germain-des-Prés. Fue el último superior general de la Congregación benedictina francesa de San Mauro (Mauristas). Defendió los derechos de su orden contra las pretensiones de la Comisión de la regularidad, que en los albores de la Revolución francesa quería suprimir las congregaciones religiosas; animó a mantener vivo el ideal monástico dentro de los conventos de la Orden. Fue encarcelado junto a un numeroso grupo de eclesiásticos en el monasterio carmelita de París (“Les Carmes”) con su sobrino Dom Ludovico

Barreau de la Touche y Dom René Julián Massey y ejecutado durante la masacre general.

En París, en Francia, martirio de los beatos Ambrosio Agustín Chevreux y René Julián Massey, de la orden de San Benito y Ludovico Barreau de la Touche, de la congregación de San Mauro de la orden de San Benito, que, por negarse todos ellos a prestar el juramento impiamente impuesto a los clérigos en tiempo de la Revolución Francesa, fueron encarcelados en el convento de Carmelitas y, por Cristo, ajusticiados en odio a la religión (1792).

3 de septiembre

San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia

Memoria

Memoria de san Gregorio I Magno, papa y doctor de la Iglesia, que siendo monje ejerció ya de legado pontificio en Constantinopla y después, en tal día, fue elegido Romano Pontífice. Arregló problemas temporales y, como siervo de los siervos, atendió a los cuidados espirituales, mostrándose como verdadero pastor en el gobierno de la Iglesia, ayudando sobre manera a los necesitados, fomentando la vida monástica y propagando y reafirmando la fe por doquier, para lo cual escribió muchas y célebres obras sobre temas morales y pastorales. Murió el doce de marzo (604).

7 de septiembre

San Esteban de Die, monje y pastor

En Die, en Francia, san Esteban de Chatillon, obispo, que, sacado de la soledad cenobítica de la Cartuja de Les Portes (Belley), presidió la Iglesia con gran diligencia y sin menoscabo de su austeridad cartujana (1208).

10 de septiembre

Beato Ogler de Locedio, abad

OICIST y OCSO: memoria libre

En el monasterio de Locedio, en Vercelli, del Piamonte, beato Oglerio, abad de la orden cisterciense (1214).

El mismo día 10 de septiembre
San Juan Roberts y compañeros, mártires
—Mártires benedictinos de la persecución en Inglaterra—
(1535–1681)
Monasterio de Silos: memoria

En Tyburn (Inglaterra), san Juan Roberts, de la orden de San Benito, y beato Tomás Somers, presbíteros y mártires, los cuales, condenados en tiempo del rey Jaime I a causa de su sacerdocio, habiendo abrazado a dieciséis ladrones, fueron colgados en el mismo patíbulo (1610).

El mismo día 10 de septiembre
San Pedro de Mezonzo, abad y obispo
Monasterio de Samos: memoria

En Santiago de Compostela, San Pedro de Mezonzo, ob. Nacido h. 930 de padres nobles, con unos veinte años de edad profesó como monje en Mezonzo, monasterio del que llegaría a ser abad, y lo fue luego del de Antealtares y en 985 fue designado para la sede compostelana en la que gozó del apoyo del rey Bermudo II de León, que se mostró generoso en privilegios y donaciones, pero en su tiempo tuvo lugar la incursión de Almanzor (997), el cual destruyó la iglesia de Santiago, que hubo de reconstruir el obispo con la ayuda del monarca. Luego de ejercer un notable trabajo pastoral, elogiado por sus contemporáneos, murió el año 1003, seguramente el 10 de septiembre. Su memoria se celebra en toda Galicia.

El mismo día 11 de septiembre
Beato Buenaventura Gran, religioso
Monasterio de Poblet: memoria libre

En Roma, beato Buenaventura de Barcelona (Miguel) Gran, religioso de la Orden de Hermanos Menores, que, amante de la observancia regular, instituyó conventos para retiros espirituales en muchos lugares del territorio romano, mostrando siempre máxima austeridad de vida y caridad para con los pobres.

12 de septiembre

San Pedro de Tarentasia, obispo
OCIST y OCSO: memoria libre

En el monasterio de Bellevaux, en la región de Besançon, en Francia, tránsito de san Pedro, obispo, que, siendo abad cisterciense, fue promovido a la sede de Tarantasia, rigiéndola con fervorosa diligencia y esforzado fomento de la concordia entre los pueblos.

El mismo día 12 de septiembre

San Franquila de Celanova, abad
Monasterio de Samos: memoria

Nombrado abad del monasterio de Celanova por san Rosendo, bajo la regla de San Benito.

17 de septiembre

San Martín de Hinojosa, obispo
OCIST y OCSO: memoria libre

San Martín de Hinojosa, obispo
titular del monasterio

Monasterio de Huerta: solemnidad

En el monasterio de Santa María de Huerta, en Castilla, san Martín de Hinojosa, obispo, conocido también como san Sacerdote. Nacido en Almazán (Soria) h. 1139, se hizo monje cisterciense y dio comienzo al monasterio de Santa María de Huerta del que fue abad hasta que en 1185 fue elegido obispo de Sigüenza donde brilló por sus virtudes y su magnífica labor pastoral pero en 1192 se retiró a la soledad de su monasterio donde murió en el año 1213.

El mismo día 17 de septiembre

Santa Hildegarda de Bingen, virgen
y Doctora de la Iglesia
OSB, OCIST: memoria libre

En el monasterio de monte San Ruperto (hoy Rupertsberg), cerca de Bingen, en Hesse, santa Hildegardis, virgen, que expuso y describió piadosamente en libros sus conocimientos experimentales,

tanto sobre ciencias naturales, médicas y musicales, como de contemplación mística (1179).

24 de septiembre

Santa Tecla de Iconio, virgen y mártir

OSPPE: Memoria libre

En Seleucia, de Cilicia, santa Tecla, virgen y mártir, originaria de Iconio, en Licaonia (s. inc.).

25 de septiembre

**Beato José Antón Gómez, presbítero,
y compañeros, mártires**

—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—

Monasterios de Silos y de la Santa Cruz del Valle: memoria

En la Ciudad Universitaria, Beato José Antón Gómez, sacerdote profeso benedictino, prior del priorato de Montserrat, dependiente de la abadía de Santo Domingo de Silos, y compañero, mártires.

28 de septiembre

Santa Eustoquia, virgen

OSH: memoria

En Belén de Judea, conmemoración de santa Eustoquio, virgen, la cual, con su madre santa Paula, pasó de Roma a Belén para no privarse del consejo del maestro san Jerónimo, y allí, llena de preclaros méritos, voló al cielo (c. 419).

30 de septiembre

San Jerónimo de Estridón, presbítero y doctor de la Iglesia

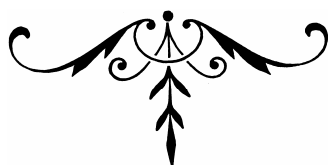
memoria

**San Jerónimo, Nuestro Padre,
presbítero y doctor de la iglesia**

OSH: solemnidad

Memoria de san Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia, que, nacido en Dalmacia, estudió en Roma, cultivando con esmero todos los saberes, y allí recibió el bautismo cristiano. Después, cap-

tado por el valor de la vida contemplativa, se entregó a la existencia ascética yendo a Oriente, donde se ordenó de presbítero. Vuelto a Roma, fue secretario del papa Dámaso, hasta que, fijando su residencia en Belén de Judea vivió una vida monástica dedicado a traducir y explicar las Sagradas Escrituras, revelándose como insigne doctor. De modo admirable fue partícipe de muchas necesidades de la Iglesia y, finalmente, llegando a una edad proveyecta, descansó en la paz del Señor (420).



🌙🌙 Octubre 🌙🌙

3 de octubre

Nuestro Padre San Virila de Leyre, abad
Monasterio de Leyre: fiesta

En el monasterio de San Salvador de Leyre, en Navarra, memoria de san Virila, abad (s. X).

En el monasterio de Leyre (Navarra), san Virila, abad, que según la tradición nació en el pueblo navarro de Tiermas a comienzos del s. X, y muy joven abrazó la vida monástica en Leyre, acreditándose por sus virtudes, por lo que fue elegido abad y luego de haber regido santamente el monasterio murió con fama de santo y tuvo muy pronto culto litúrgico en el monasterio, celebrándose su memoria el 1 de octubre hasta que esta fecha ha sido ocupada por la memoria de santa Teresita del Niño Jesús. Celebran su memoria las diócesis de Pamplona y de Tudela el día 3 de octubre.

6 de octubre

Nuestro Padre San Bruno, monje
OCART: solemnidad

San Bruno, monje
OCIST: memoria

San Bruno, presbítero y eremita
OCSO: memoria

San Bruno, presbítero, que, oriundo de Colonia, en Lotaringia, enseñó ciencias eclesiásticas en la Galia, pero deseando llevar vida solitaria, con algunos discípulos se instaló en el apartado valle de Cartuja, en los Alpes, dando origen a una orden que conjuga la soledad de los eremitas con la vida común de los cenobitas. Llamado por el papa Urbano II a Roma, para que le ayudase en las necesidades de la Iglesia, pasó los últimos años de su vida como eremita en el cenobio de La Torre, en Calabria (1001).

8 de octubre
San Martín Cid, abad
OCIST: memoria libre

En el monasterio de Belofonte, llamado luego Valparaíso, en el reino de León, san Martín Cid, abad, que, siendo sacerdote de Zamora, luego de hacer vida solitaria fundó dicho monasterio, del que fue elegido abad y lo agregó a la Orden del Císter (1145), y lo presidió santamente hasta su muerte en el año del Señor de 1152.

El mismo día 8 de octubre
San Artoldo de Belley, monje y pastor
OCART: Tres lecturas

En la Cartuja de Arvières, en la Borgoña, fundada por él mismo, san Artoldo, obispo de Belley, que tenía cerca de noventa años cuando, a pesar suyo, fue elegido obispo, pero a los dos años renunció, volviendo a la vida monástica, y falleció a la edad de ciento seis años (1206).

9 de octubre
Beato Vicente Kadlubek, obispo
OCIST: memoria libre

En el monasterio de Jedrzejow, en Polonia, tránsito del beato Vicente Kadlubek, obispo de Cracovia, al cual, tras renunciar a su cargo, profesó allí la vida monástica (1223).

13 de octubre
San Lanuino de Calabria, monje
(sucesor de san Bruno)
OCART: 12 lecturas

En Calabria, beato Lanuino, que fue compañero de san Bruno y sucesor suyo, insigne intérprete del espíritu del fundador en las instituciones y monasterios de la Cartuja.

El mismo día 13 de octubre
Beatos mártires de Montserrat
—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—
Monasterio de Montserrat: memoria

En Tarragona, España, Beatos Àngel Maria Rodamilans y veinte compañeros, monjes benedictinos del Monasterio de Montserrat, asesinados por odio a la fe. (+ 1936-39)

16 de octubre
Santa Eduvigis, religiosa
OCIST: memoria libre

En el monasterio de Trebnitz, en Silesia, muerte de santa Eduvigis, religiosa, cuya memoria se celebra mañana (1243).

20 de octubre
Santa Rosolina de Villeneuve, virgen y monja
OCART: 12 lecturas

En Fréjus, ciudad de la Provenza, en Francia, santa Rosolina, priora de Celle-Roubaud, de la orden de la Cartuja, que se distinguió por su abnegación y por su austeridad en la comida, el sueño y el ayuno.

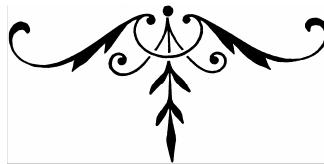
25 de octubre
San Bernardo Calbó, obispo
OCIST: memoria libre
Monasterios de Poblet y Solius: memoria

En Vic, localidad de Cataluña, en España, san Bernardo Calbó, obispo, que, renunciando a su oficio de juez, fue monje cisterciense y abad de su monasterio, para ser elegido más tarde para la sede de Vic, promoviendo la verdadera doctrina (1243).

El mismo día 25 de octubre
San Frutos de Segovia, eremita,
Monasterio del Parral: fiesta

San Frutos, eremita,
patrono secundario del monasterio
Monasterio de Silos: memoria

En las cercanías de Segovia, en Hispania, san Frutos, que llevó vida eremítica junto a una escarpada montaña (c. 715).



6 de noviembre

**Beato Mauro Palazuelos, presbítero, y compañeros, mártires
(Monjes benedictinos del Pueyo)
—Mártires benedictinos de la persecución religiosa en España—
Monasterio de Leyre: memoria**

En Huesca, Aragón, España, Beato Mauro (en el siglo: Abel Ángel Palazuelos Maruri), Sacerdote profeso de la Orden de San Benito y diecisiete compañeros del convento de Nuestra Señora del Pueyo; asesinados por odio a la Fe (1936).

7 de noviembre

**Beato Manuel Sanz Domínguez, presbítero y mártir
—Mártir jerónimo de la persecución religiosa en España—
OSH: memoria**

En Paracuellos de Jarama, Madrid, España, beato Manuel de la Sagrada Familia (en el siglo Manuel Sanz Domínguez), monje y reformador de la orden de San Jerónimo, asesinado por odio a la fe (1936).

**El mismo día 7 de noviembre
San Wilibrordo de Utrecht, obispo
OSB: memoria libre**

En Echternach en Austria, en el territorio de la actual Luxemburgo, deposición de san Willibrordo, que, de origen inglesa, ordenado obispo de Utrecht por el papa san Sergio I, predicó el Evangelio entre las poblaciones de Holanda y de Dinamarca y fundó sedes episcopales y monasterios, hasta que, enfermo por las fatigas y de avanzada edad, se durmió en el Señor en un cenobio fundado por él.

8 de noviembre
Dedicación de la Basílica de Letrán
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: fiesta

Fiesta de la dedicación de la basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, construida por el emperador Constantino como sede de los obispos de Roma. Su anual celebración en toda la Iglesia latina es un signo permanente de amor y de unidad con el Romano Pontífice (s. IV).

El mismo día 8 de noviembre
San Alvito, abad de Samos y obispo de León
Monasterio de Samos: memoria

Monje y abad benedictino del monasterio de Sahagún o del de Samos. Se durmió en el Señor, siendo obispo de León, en el año 1063.

11 de noviembre
San Martín de Tours, obispo
memoria
OCIST y ECMC: fiesta
OCSO: memoria
Monasterios de Oseira y de Leyre: fiesta

Memoria de san Martín, obispo, en el día de su sepultura. Nacido en Panonia de padres gentiles, siendo soldado en las Galias y aún catecúmeno, cubrió con su manto a Cristo en la persona de un pobre, y luego, recibido el bautismo, dejó las armas e hizo vida monástica en un cenobio fundado por él mismo en Ligugé, bajo la dirección de san Hilario de Poitiers. Después, ordenado sacerdote y elegido obispo de Tours, teniendo ante sus ojos el ejemplo del buen pastor, fundó en distintos pueblos otros monasterios y parroquias, adoctrinó y reconcilió al clero y evangelizó a los campesinos, hasta que fue al encuentro del Señor en Candes (397).

12 de noviembre
San Teodoro de Studion, abad
OSB, OCIST y OCSO: memoria libre

En Constantinopla, san Teodoro Estudita, abad, que hizo de su monasterio una escuela de sabios, de santos y de mártires, que murieron víctimas de las persecuciones promovidas por los iconoclastas. Fue tres veces expulsado al destierro, tuvo entrañable veneración por las tradiciones de los padres de la Iglesia y escribió tratados famosos sobre la fe católica, exponiendo la doctrina cristiana (826).

El mismo día 12 de noviembre
San Millán de la Cogolla, presbítero y ermitaño
Monasterios de Silos y Leyre: memoria
En el Yermo de Herrera se celebra el día 14 de este mismo mes,
como memoria

Santos Millán, presbítero y ermitaño y monjes españoles
Monasterio de la Santa Cruz del Valle: memoria

En los montes de la región de la Cogolla, no lejos de la ciudad de Logroño, en España, san Emiliano o Millán, presbítero, que, después de llevar vida eremítica y clerical, abrazó la monástica y se hizo famoso por su generosidad para con los pobres y el don de profecía (574).

13 de noviembre
Santos Benito, Juan, Mateo,
Isaac y Cristino, eremitas y mártires
ECMC: fiesta

En Kasimierz, junto al río Warta, en Polonia, santos Benito, Juan, Mateo e Isaac, mártires, que, enviados a propagar la fe en tierras de aquel país, fueron degollados una noche por los ladrones. Con ellos se conmemora también a Cristiano, su criado, ahorcado en los aledaños de la capilla (1005).

16 de noviembre

Santa Gertrudis de Helfta, virgen y monja

OCIST y OCSO: memoria

Monasterio de Leyre: memoria

Santa Gertrudis, apellidada “Magna”, virgen, que entregada con mucho fervor y decisión, desde su infancia, a la soledad y al estudio de las letras, y convertida totalmente a Dios, ingresó en el monasterio cisterciense de Helfta, cerca de Eisleben, en Sajonia, de Alemania, donde progresó de modo admirable por el camino en perfección, consagrándose a la oración y contemplación de Cristo crucificado. Falleció el día diecisiete de noviembre de 1302.

El mismo día 16 de noviembre

Santa Trahamunda de Poio, virgen

Monasterio de Samos: memoria

Monja procedente de Galicia, de la alta edad media. Su vida, que se ha conservado en forma de leyenda, la relaciona con el monasterio de San Juan de Poio.

17 de noviembre

San Hugo de Lincoln, monje y pastor

OCART: 12 lecturas

En Lincoln, en Inglaterra, san Hugo, obispo, que era monje cartujo cuando fue llamado a regir la iglesia de esta ciudad, donde realizó un trabajo excelente, lo mismo en la defensa de las libertades de la Iglesia que en arrancar a los judíos de las manos de sus enemigos (1200).

19 de noviembre

Santa Matilde de Hackeborn, virgen y monja

OSB y OCIST: memoria libre

En el monasterio de Helfta, en Sajonia, santa Matilde, virgen, que fue mujer de exquisita doctrina y humildad, ilustrada con el don celeste de la contemplación mística (1298).

24 de noviembre
San Columbano de Luxeuil, abad
Memoria libre

San Columbano, abad, irlandés de nacimiento, que por Cristo se hizo peregrino para evangelizar las gentes de las Galias. Fundó, entre otros muchos, el monasterio de Luxeuil, que él mismo rigió con estricta observancia, y obligado después a exiliarse, atravesó los Alpes y construyó el cenobio de Bobbio, en la Liguria, famoso por su disciplina y estudios, en el cual se durmió en la paz, lleno de méritos para con la Iglesia. Su cuerpo recibió sepultura en este día (615).

25 de noviembre
Santa Beatriz de Ornacieux, virgen y monja
OCART: 12 lecturas

En la región de Valence, en la Galia, beata Beatriz de Ornacieux, virgen de la orden cartujana, insigne por el amor a la Cruz, que vivió y murió con pobreza extrema en el monasterio de Eymeux, fundado por ella (1303/ 1309).

26 de noviembre
San Silvestre Gozzolini, abad
OSB: memoria libre

Junto a Fabriano, en el Piceno, de Italia, san Silvestre Gozzolini, abad, que habiendo calado hasta el fondo la vanidad de todas las cosas del mundo, a la vista de la sepultura abierta de un amigo, fallecido poco antes, se fue al yermo, cambiando varias veces de sitio para permanecer más oculto a los hombres, y por fin, en el desierto, junto al monte Fano, trazó las bases de la congregación de los Silvestrinos, bajo la Regla de san Benito (1267).



❧❧❧ Diciembre ❧❧❧

4 de diciembre

**Beato Pío Heredia Zubía, presbítero,
y compañeros, monjes y mártires**

—Mártires de Viaceli—

—Mártires cistercienses de la persecución religiosa en España—

OCIST y OCSO: memoria libre

Monasterio de Viaceli: fiesta

En diversas localidades de España, Beato Pío Heredia Zubia y diecisiete compañeros y compañeras, de las Ordenes Cistercienses de Estrecha Observancia (Trapenses) y de san Bernardo, asesinados por el odio a la fe, en 1936, durante la guerra civil española (+ 1936).

Memoria de los monjes y monjas cistercienses víctimas de la Guerra Civil española en el año 1936. En el mes de julio, el P. Lorenzo Olmedo Arrieta, superior de Huerta; el 21 de septiembre, los PP. Eugenio García Pampliega y Vicente Pastor Garrido, monjes de Viaceli; en el mes de noviembre, las hermanas María de San Miguel Baldoví Trull y María de la Trinidad Medes Ferris, monjas del monasterio de la Gracia de Dios de Zaydia; los días 3 y 4 de diciembre, el prior Pío Heredia Zubía y doce monjes de Viaceli, asesinados y arrojados al mar; el hermano Leandro Gómez Gil, converso, fue igualmente asesinado el 30 de noviembre.

5 de diciembre

San Sabas de Capadocia, abad

OSB, OCIST y OCSO: memoria libre

Cerca de Jerusalén, san Sabas abad, que, nacido en Capadocia, se retiró al desierto de Judea, en donde fundó un nuevo estilo de vida eremítica en siete monasterios que se llamaron lauras, reuniendo a los solitarios bajo un superior. Vivió durante muchos años en la gran laura, que posteriormente llevó su nombre, brillando con el ejemplo de santidad y luchando esforzadamente por la fe de Calcedonia (532).

El mismo día 5 de diciembre
Beato Plácido Riccardi, monje y presbítero
Memoria libre

En Roma, junto a San Pablo, en la vía Ostiense, beato Plácido Riccardi, presbítero de la orden de San Benito, el cual, a pesar de estar afectado por fiebres continuas, enfermedades y parálisis, abrazó incansablemente la observancia de la Regla y la oración.

11 de diciembre
Beato David de Himmerod, monje
OCIST: memoria libre

En el monasterio de Himmerod, de la región de Tréveris, en Alemania, beato David, monje, el cual, aunque débil de cuerpo, fue recibido en Claraval por san Bernardo, quien después le envió con los hermanos a Alemania para fundar un monasterio y allí se entregó día y noche a la oración y a las buenas obras (1179).

15 de diciembre
Beato János Brenner, mártir
OCIST: Memoria libre

En Rábakethely, Hungría, beato János Brenner, presbítero y mártir, muerto por odio a la fe mientras protegía con sus manos la Eucaristía (1957).

16 de diciembre
San Guillermo de Fenol, monje
OCART: 12 lecturas

En la cartuja de Casotto, en el Piamonte, beato Guillermo de Fenol, religioso, el cual antes había sido ermitaño (c. 1200).



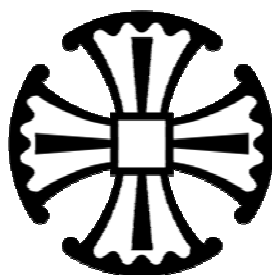
ÍNDICES

Índice alfabético de celebraciones del tomo II

Agustín Chevreux, beato	147
Agustín de Hipona, san	120
Alfredo Ildefonso Schuster, beato	127
Alvito, san	310
Amadeo, san	123
Artoldo, santo	241
Beatriz, santa	385
Benito, Juan, Mateo, Isaac y Cristino, santos	338
Benito de Nursia, san	28
Bernardo Calbó, san	273
Bernardo de Poblet, beato	142
Bernardo Tolomei, san	106
Bernardo de Claraval, san	111
Bonifacio de Saboya, san	49
Brígida, santa	81
Bruno, san	224
Buenaventura Gran, beato	174
Claudio Béguinot, beato	58
Columbano, san	382
David de Himmerod, beato	416
Dedicación de la Basílica de Letrán	305
Eduvigis	262
Egidio, san	139
Enrique, san	41
Ero de Armenteira, san	133
Esteban de Cardeña, san	96
Esteban de Die, san	154
Eugenio III, beato	021
Eustoquia, santa	205
Fagildo de Antealtares, san	17
Famiano, san	24
Franquila, san	181
Frutos, san	277
Gertrudis de Helfta, santa	354
Gregorio Magno, san	151
Guarino, san	123
Guerrico de Igny, beato	102

Guillermo de Fenol, san	423
Hildegarda de Bingen, santa	189
Hugo de Lincoln, san	365
János Brenner, beato	419
Jerónimo, san	210
José Antón Gómez y compañeros, beatos	200
Juan Gualberto, san	37
Juan Roberts y compañeros, santos	164
Lanuino, san	249
Lázaro Tiersot, beato	58
Luis Barreau de la Touche, beato	147
Manuel Sanz Domínguez, beato	290
Maria Magdalena, santa	65
Marta, Maria y Lázaro, santos	85
Martín Cid, san	238
Martín de Hinojosa, san	185
Martín de Tours, san	314
Mártires de Montserrat, beatos	257
Mártires de Rochefort, beatos	99
Matilde de Hackeborn, santa	375
Mauro Palazuelos, beato	284
Millán de la Cogolla, san	320
Ogler, beato	160
Pedro de Mezonzo, san	168
Pedro de Osma, san	93
Pedro de Tarentasia, san	177
Pío Heredia Zubía, beato	403
Plácido Riccardi, beato	409
Renato Julián Massey, beato	147
Rosolina, santa	265
Sabas, san	406
Santos y beatos de la Orden Cartujana	331
Silvestre, san	395
Tecla, santa	197
Teodoro de Studion, san	317
Todos los difuntos de la Orden Benedictina	342
Todos los difuntos de la Orden de San Pablo	281
Todos los difuntos de la Familia Jerónima	345
Todos los santos de la Familia Jerónima	302
Todos los santos de la Orden Benedictina	324

Todos los santos de la Orden de San Pablo	299
Trahamunda, santa	361
Tránsito de Santo Domingo de Silos	430
Traslación reliquias Santo Domingo de Silos	170
Vicente Kadlubek, beato	246
Vintila, san	116
Vírgenes de Orange, beatas	55
Virila de Leyre, san	221
Wilibrordo de Utrecht, san	294



Índice general

Nota previa	11
-------------------	----

Propio de los Santos

Julio

1. San Fagildo de Antealtares	17
8. Beato Eugenio III	21
San Famiano	24
11. San Benito de Nursia	28
12. San Juan Gualberto	37
13. San Enrique	41
15. Beato Bonifacio de Saboya	49
16. Beatas Vírgenes de Orange	55
Beatos Claudio Béguinot y Lázaro Tiersot	58
22. Santa María Magdalena	65
23. Santa Brígida	81
29. Santos Marta, María y Lázaro	85

Agosto

2. San Pedro de Osma	93
6. San Esteban y compañeros	96
18. Mártires de Rochefort	99
19. Beato Guerrico de Igny	102
San Bernardo Tolomei	106
20. San Bernardo de Claraval	111
27. San Vintila	116
28. San Agustín	120
30. Santos Guarino y Amadeo	123
Beato Alfredo Ildefonso Schuster	127
31. San Ero de Armenteira	133

Septiembre

1. San Egidio	139
2. Beato Bernardo de Poblet, María y Gracia	142
Beatos Agustín Chevreux, Renato Julián Massey y Luis Barreau de la Touche	147

3. San Gregorio Magno	151
7. San Esteban de Die	154
10. Beato Ogler de Locedio	160
San Juan Roberts y compañeros	164
San Pedro de Mezonzo	168
11. Traslación de las reliquias de Santo Domingo de Silos	170
Beato Buenaventura Gran	174
12. San Pedro de Tarentasia	177
San Franquila	181
17. San Martín de Hinojosa	185
Santa Hildegarda de Bingen	189
24. Santa Tecla	197
25. Beato José Antón Gómez y compañeros	200
28. Santa Eustoquia	205
30. San Jerónimo	210

Octubre

3. San Virila de Leyre	221
6. San Bruno de Colonia	224
8. San Martín Cid	238
San Artoldo, monje y pastor	241
9. Beato Vicente Kadlubek	246
13. San Lanuino	249
Beatos mártires de Montserrat	257
16. Santa Eduvigis	262
20. Santa Rosolina	265
25. San Bernardo Calbó	273
San Frutos	277

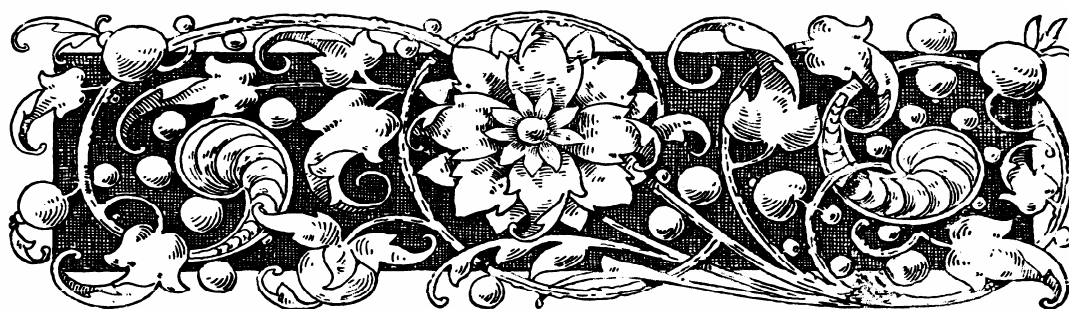
Noviembre

3. Conmemoración difuntos de la OSPPE	281
6. Beato Mauro Palazuelos	284
7. Beato Manuel Sanz Domínguez	290
San Wilibrordo de Utrecht	294
Todos los Santos de la OSPPE	299
8. Todos los Santos de la familia Jerónima	302
Dedicación de la Basílica de Letrán	305
San Alvito	310
11. San Martín de Tours	314

12. San Teodoro de Studion	317
San Millán de la Cogolla	320
13. Todos los Santos que sirvieron a Dios siguiendo la Regla de San Benito	324
Santos y Bienaventurados de la Orden Cartujana	331
Santos Benito, Juan, Mateo, Isaac y Cristino	338
14. Todos los difuntos que sirvieron a Dios siguiendo la Regla de San Benito	342
Todos los difuntos de la Familia Jerónima	345
16. Santa Gertrudis de Helfta	354
Santa Trahamunda	361
17. San Hugo de Lincoln	365
19. Santa Matilde de Hackeborn	375
24. San Columbano	382
25. Santa Beatriz	385
26. San Silvestre	395

Diciembre

4. Beato Pío Heredia Zubía y compañeros	403
5. San Sabas	406
Beato Plácido Riccardi	409
11. Beato David de Himmerod	416
15. Beato János Brenner	419
16. San Guillermo de Fenol	423
20. Tránsito de Santo Domingo de Silos	430
Elogios del Martirologio	437
Índices	469



“Bastón de los ciegos,
despensa de los hambrientos,
esperanza de los desgraciados,
consuelo de los afligidos”.

Hagiografía del abad Odilón

